

**STEPHEN KING  
EL MISTERIO DE  
SALEM'S LOT**

**\*\* Este libro son ideas,  
las ideas en tu mente  
forman la realidad,  
entonces la realidad es solo  
otra idea,  
pero... ¿Es tuya o de  
alguien mas? ; -) \*\*\***

**\*\* Edición Electrónica X  
Frankpelas \*\* 2003 V1.0  
Para Naomi Rachel King  
«... en cumplimiento de  
promesas»**

**Título original: Salem 's  
Lot**

**Diseño de la portada: GS-  
Grafícs, S. A.**

**Primera edición: febrero,  
1997**

**© 1975, Stephen King de la  
traducción, Marta I.**

**Gustavino**

**ISBN: 84-01-49102-9 (col.  
Jet) ISBN; 84-01-47456-6  
(vol. 102/6)**

**NOTA DEL AUTOR**

**No hay quien escriba solo  
una novela larga. Me**

**gustaría robar un momento al lector para agradecer a algunas personas su ayuda en este libro: a G. Everett McCutcheon, de la Hampden Academy, por sus sugerencias prácticas y su estímulo; al doctor John Pearson, de Old Town, Maine, inspector médico del Condado de Penobscot y reconocido miembro de esa excelsa especialidad médica que es la medicina general;**

**al padre Renald Hallee, de la Iglesia católica de San Juan en Bangor, Maine. Y naturalmente a mí mujer, cuyas críticas son tan severas e inflexibles como siempre.**

**Aunque los pueblos cercanos a Salem's Lot son totalmente reales, el propio Salem's Lot no existe en modo alguno más que en la imaginación del autor y cualquier semejanza entre las personas que allí viven y**

**las que habitan el mundo  
real no es más que una  
coincidencia no  
intencionada.**

**S. K.**

## **PRÓLOGO**

**Viejo amigo, ¿qué es lo que  
buscas?**

**Tras tantos años de  
ausencia vienes  
con las imágenes que  
albergaste**

**bajo cielos extraños  
muy lejanos de tu tierra.**

**GEORGE SEFERIS**

**Casi todo el mundo creía que el hombre y el chico eran padre e hijo.**

**Atravesaron la comarca dirigiéndose sin seguir una dirección muy precisa hacia el sudeste. Viajaban en**

**un viejo Citroen de dos puertas y tomaban preferentemente las carreteras secundarias, que recorrían en tramos irregulares. Por el camino se detuvieron en tres lugares antes de llegar a su**

**destino: primero en Rhode Island, donde el hombre alto de cabello negro se puso a trabajar en una fábrica textil; después en Youngstown, Ohio, donde trabajó durante tres meses en una línea de montaje de tractores y finalmente en un pueblecito californiano próximo a la frontera con México, donde trabajó como empleado de una gasolinera, además de**

**realizar reparaciones en  
pequeños coches europeos,  
con un éxito que a él mismo  
le resultó tan sorprendente  
como reconfortante.**

**Cada vez que se detenían,  
el hombre compraba un  
periódico de Maine, el  
Press-Herald de Portland,  
y  
buscaba en él los artículos  
que hicieran alguna  
referencia a una pequeña  
ciudad del sur de Maine  
llamada**



**Jerusalem's Lot y a la  
región circundante. De vez  
en cuando encontraba  
alguna noticia sobre ellas.  
Antes de llegar a Central  
Falls, Rhode Island,  
escribió en diferentes  
cuartuchos de motel el  
bosquejo de  
una novela que despachó  
por correo a su agente  
literario. Un millón de años  
atrás había sido un  
novelista de  
cierto éxito, cuando las  
sombras no habían**

**invadido aún su vida. El agente llevó el borrador a su último editor, quien se mostró cortésmente interesado aunque no muy decidido a efectuar un adelanto de dinero.**

**Pedir algo y dar las gracias por nada, explicó el hombre al muchacho mientras hacía pedazos la carta del agente, todavía era gratis. Lo dijo sin demasiada amargura y de todas**

**maneras comenzó a  
escribir el libro.**

**El muchacho no solía  
hablar. Su rostro siempre  
estaba tenso y sus ojos eran  
sombrios, como si  
estuvieran escudriñando  
continuamente algún  
yermo horizonte interior.**

**En los bares y en las  
estaciones de  
servicio donde se detenían  
por el camino se mostraba  
simplemente cortés.**

**Parecía no querer  
separarse del**

**hombre alto y se ponía nervioso cuando éste le dejaba, aunque sólo fuera para ir al cuarto de baño. Se negaba a hablar del pueblo de Salem's Lot, aunque el hombre procuraba sacar el tema de vez en cuando, y nunca miraba los periódicos de Portland que su compañero dejaba deliberadamente a su alcance. Cuando terminó el libro ambos vivían en una casita**

**sobre la playa apartada de la carretera. Los dos solían nadar en el Pacífico, más cálido y amistoso que el Atlántico. En el Pacífico no había recuerdos. El chico empezó a ponerse muy moreno.**

**Aunque vivían bastante bien, ya que podían comer tres veces al día y tenían el refugio de un techo seguro, el hombre había empezado a sentirse deprimido y a abrigar**

**dudas sobre la forma de vida que llevaban. Se había convertido en su maestro, y aunque al muchacho no parecía perjudicarlo demasiado el hecho de no ir al colegio (era un chico despierto y con afición a los libros, como también lo había sido él), no creía que ayudarlo a olvidar Salem's Lot pudiera hacerle ningún bien. A veces, durante la noche, gritaba en sueños y**

**arrojaba las mantas al  
suelo.**

**Recibieron una carta de  
Nueva York. El agente le  
comunicaba que la  
editorial Random House le  
ofrecía**

**doce mil dólares de  
adelanto y que casi había  
cerrado un trato con un  
Club de Lectores.**

**Sin duda parecía  
interesante.**

**El hombre dejó su trabajo  
en la gasolinera y, junto**

**con el muchacho, cruzaron la frontera.**

**2**

**Los Zapatos (un nombre que por absurdo resultaba secretamente atractivo al hombre) era una pequeña aldea situada no lejos del océano. Estaba bastante libre de turistas. No tenía una buena carretera, ni vista al mar (para ello había que seguir unos ocho kilómetros más hacia el**



**oeste) ni lugares históricos de interés.**

**Además, la taberna local estaba plagada de cucarachas y la única prostituta era una abuela de cincuenta años.**

**Al dejar atrás Estados Unidos su vida se llenó de una quietud casi extraterrena. Pocos aviones sobrevolaban sus cabezas, no había autopistas de peaje y nadie tenía una cortadora de césped eléctrica (ni se**

**preocupaba por tenerla) en  
ciento cincuenta kilómetros  
a la redonda. Tenían una  
radio que no emitía más  
que  
una sucesión de ruidos  
carentes de significado;  
todos los noticiarios se  
transmitían en español, que  
el chico  
empezaba a entender pero  
que para el hombre era y  
seguiría siendo  
incomprensible. Parecía no  
existir otra**

**música que la ópera. Por las noches, a veces sintonizaban una emisora de música pop desde Monterrey, frenética con las inflexiones de Wolfman Jack, pero la onda aparecía y desaparecía. El único ruido de motor era el de un viejo Rototiller, propiedad de uno de los granjeros locales. Cuando el viento soplabá en esa dirección, el sonido entrecortado les llegaba**

**débilmente a los oídos,  
como un espíritu inquieto.  
Sacaban a  
mano el agua del pozo.  
Un par de veces al mes (no  
siempre juntos) oían misa  
en la pequeña iglesia de la  
aldea. Ninguno de los  
dos entendía el significado  
de la ceremonia, pero iban  
de todas formas. A veces, el  
hombre dormitaba en el  
calor sofocante al ritmo  
familiar de las plegarías y  
de las voces que las**

**formulaban. Un domingo,  
el muchacho  
salió al destartalado porche  
del fondo, donde el hombre  
había empezado a escribir  
otra novela, y con voz  
vacilante le dijo que había  
hablado con el sacerdote  
para que le admitieran en  
la fe de su iglesia. El  
hombre  
hizo un gesto de  
asentimiento y le preguntó  
si sabía bastante español  
para aprender el catecismo.  
El chico**

**contestó que no creía que eso fuera un problema. Una vez a la semana, el hombre hacía un viaje de más de sesenta kilómetros en busca del periódico de Portland, Maine, que tenía siempre una semana de antigüedad por lo menos y a veces estaba manchado de orina de algún perro. Dos semanas después de que el muchacho le comunicara sus intenciones, encontró un**

**artículo de fondo sobre Salem's Lot y sobre una ciudad de Vermont llamada Monson. En el relato se mencionaba el nombre del hombre alto.**

**Éste dejó el periódico por la habitación sin muchas esperanzas de que el muchacho lo leyera. El artículo le inquietaba por varias razones. Al parecer, no todo había terminado en Salem's Lot.**

**Al día siguiente, el chico se le acercó con el periódico en la mano doblado de manera que se viera el encabezamiento: «¿Pueblo fantasma en Maine?»»**

**—Tengo miedo —comentó.**

**—Yo también —respondió el hombre alto.**

**3**

**¿PUEBLO FANTASMA  
EN MAINE?**

**por John Lewis Director  
articulista de Press-Herald.**

**JERUSALEM'S LOT. —**

**Jerusalem's Lot es una**



**pequeña ciudad situada al este de Cumberland y a treinta kilómetros al norte de Portland. No es, en la historia norteamericana, la primera ciudad que muere y desaparece y probablemente no será la última, pero es una de las más extrañas. Los pueblos fantasma son comunes en el sudoeste norteamericano, donde las comunidades crecieron**

**poco menos que de la noche  
a la**

**mañana, en torno de ricos  
filones de oro y plata para  
desaparecer después casi  
con la misma rapidez a  
medida**

**que las vetas se agotaban,  
dejando que las tiendas, los  
hoteles y los saloons se  
pudrieran, vacíos, en el  
silencio**

**del desierto.**

**En Nueva Inglaterra, la  
misteriosa muerte de  
Jerusalem's Lot, o Salem's**

**Lot, como suelen llamarlo los nativos, sólo encuentra parangón en una pequeña ciudad de Vermont llamada Monson. Durante el verano de 1923, al parecer Monson dejó de ser habitable y desapareció, y con ella desaparecieron sus 312 habitantes.**

**Las casas y los edificios de algunas pequeñas tiendas del centro de la ciudad**

**están todavía en pie, pero desde ese verano de hace cincuenta y tres años siguen deshabitadas. En algunos casos, los muebles han sido retirados, pero la mayoría de las viviendas continúan amuebladas, como si en medio de la vida cotidiana un misterioso viento se hubiera llevado a la gente. En una casa la mesa estaba**

**puesta para la comida,  
hasta con  
un centro de flores,  
marchitas desde hacía  
mucho tiempo. En otra,  
uno de los dormitorios  
estaba preparado  
para que alguien se  
acostara, con las camas  
prolijamente dispuestas.  
En una de las tiendas de la  
localidad se  
encontró sobre el  
mostrador una pieza de  
tela de algodón podrido y**

**la caja registradora marcaba un dólar con veintidós. Los investigadores encontraron casi 50 dólares en el interior de la caja.**

**A la gente de aquella zona le gusta entretener a los turistas con la historia e insinuar que el pueblo está encantado; eso, dicen, explica el hecho de que desde entonces haya permanecido vacío. Una razón más**

**plausible podría ser la  
circunstancia de que  
Monson se halla situada en  
un olvidado rincón del  
estado, lejos de  
todas las carreteras  
importantes. Allí no hay  
nada que no se pueda  
encontrar también en otras  
ciudades, a no  
ser, por supuesto, el  
misterioso hecho de  
quedarse súbitamente  
deshabitada, algo parecido  
a lo que ocurrió en  
Mary Celeste.**

**En el censo de 1970,  
Salem's Lot figuraba con  
1319 habitantes, un  
aumento de 67 personas en  
los diez  
años transcurridos desde el  
censo anterior. Es un  
municipio extenso y  
placentero al que sus  
antiguos  
habitantes llamaban  
familiarmente Solar y  
donde jamás sucedía nada  
demasiado notable. El  
único tema de**



**conversación de los  
ancianos que se reunían  
regularmente en el parque  
y en el almacén agrícola  
era el  
incendio de 1951, cuando  
un fósforo arrojado por  
descuido inició uno de los  
incendios forestales más  
impresionantes en la  
historia reciente del estado.  
Para cualquier hombre que  
quisiera terminar sus años  
de jubilado en un pequeño  
pueblo rural donde todo**

**el mundo se ocupaba de sus propios asuntos y donde el gran acontecimiento de la semana solía ser el concurso de bizcochos que organizaba la Comisión de Señoras, Solar podía haber sido una buena elección. En el aspecto demográfico, el censo de 1970 mostraba unos hechos tan familiares a los sociólogos rurales como a cualquiera que residiera desde hacía años en alguna**

**pequeña ciudad de Maine:  
un montón de ancianos,  
algunos pobres, y un grupo  
de jóvenes que se alejaban  
de la zona con su diploma  
bajo el brazo para nunca  
más volver.**

**Pero hace poco más de un  
año, algo fuera de lo común  
empezó a suceder en  
Jerusalem's Lot. La gente  
comenzó a desaparecer.**

**Por supuesto que la mayor  
parte de los desaparecidos  
no pueden considerarse  
como**

**tales en el sentido estricto de la palabra. El antiguo agente de policía de Solar, Parkins Gillespie, vive con su**

**hermano en Kittery.**

**Charles James, propietario de una gasolinera situada frente a la farmacia, está ahora al**

**frente de un taller de reparaciones en la vecina ciudad de Cumberland.**

**Pauline Dickens se ha trasladado a Los**

**Ángeles y Rhoda Curless  
trabaja en Portland con la  
Misión San Mateo. La lista  
de «no desaparecidos»  
podría  
prolongarse  
indefinidamente.**

**Lo que resulta enigmático  
en todas estas personas  
encontradas es su unánime  
renuencia —o  
incapacidad— para hablar  
de Jerusalem's Lot y de lo  
que pueda (o no) haber  
sucedido allí. Parkins  
Gillespie**

**se limitó a mirar al  
periodista, encender un  
cigarrillo y contestar:  
«Decidí marcharme, eso es  
todo.» Charles**

**James asegura que se vio  
obligado a irse porque su  
negocio desapareció al  
mismo tiempo que la  
ciudad.**

**Pauline Dickens, que  
trabajó durante varios  
años como camarera en el  
Café Excellent, no contestó  
jamás a las**

**preguntas que el periodista le formuló por carta. Y la señorita Curless se niega a decir una sola palabra sobre**

**Salem's Lot.**

**Ciertas desapariciones pueden explicarse basándose en algunas conjeturas y haciendo algunas**

**investigaciones. Lawrence Crockett, el agente de la propiedad inmobiliaria de la ciudad, que ha desaparecido**

**con su mujer y su hija, deja  
tras de sí varias  
operaciones comerciales e  
inmobiliarias de dudosa  
naturaleza,  
entre ellas cierta  
especulación con unos  
terrenos de Portland donde  
se están construyendo  
ahora el paseo y el  
centro comercial. El  
matrimonio Royce  
McDougall, también entre  
los desaparecidos, había  
perdido a su hijo**



**pequeño ese mismo año y no había nada importante que les retuviera en la ciudad. Podrían estar en cualquier parte, y hay otros en la misma situación. Según Peter McFee, el jefe de policía del estado: «Hemos seguido la pista a muchas de las personas que se fueron de Salem's Lot, pero no es ésta la única ciudad de Maine donde**

**la gente se ha esfumado.  
Royce McDougall, por  
ejemplo, se marchó  
debiendo dinero a un  
banco y a dos  
compañías financieras... A  
mi juicio, no era más que  
un ave de paso que decidió  
mejorar su suerte. En  
cualquier momento, este  
año o el próximo, usará  
una de las tarjetas de  
crédito que tiene en la  
billetera y lo  
atraparán en un abrir y  
cerrar de ojos. En Estados**

**Unidos, las personas  
desaparecidas son tan  
frecuentes como  
la tarta de manzana.**

**Vivimos en una sociedad  
centrada en el automóvil.  
Cada dos o tres años, la  
gente recoge  
sus bártulos y se va a otro  
sítio. A veces olvidan dejar  
su nueva dirección.**

**Especialmente los  
vagabundos.»»**

**Sin embargo, y pese al  
contundente sentido  
práctico de las palabras del**

**capitán McFee, quedan  
muchas  
preguntas sin respuesta en  
Salem's Lot. Henry Petrie,  
su mujer y su hijo también  
se han ido, y sería difícil  
calificar de vagabundo al  
señor Petrie, ejecutivo de la  
Compañía de Seguros  
Prudencial. También el  
empresario local de  
pompas fúnebres, el librero  
y la esthéticienne están en  
el archivo de  
desaparecidos. La**

**lista alcanza una longitud inquietante.**

**En los pueblos circundantes se ha iniciado la previsible campaña de rumores que es el comienzo de la**

**leyenda. Se afirma que en Salem's Lot hay fantasmas.**

**Se dice que a veces hay luces de colores que se ciernen**

**sobre los cables de alta tensión de la central eléctrica de Maine, que**

**atraviesan el municipio, y  
si uno sugiere  
que a los habitantes de  
Solar se los llevaron los  
OVNIS, nadie se reirá. Se  
ha hablado incluso del  
«oscuro  
pacto» de un grupo de  
jóvenes que celebraban  
misas negras en el pueblo,  
lo que podría haber  
producido la ira  
de Dios sobre una ciudad  
que llevaba el mismo  
nombre que la ciudad más**

**sagrada de Tierra Santa.  
Otros,  
menos inclinados hacia lo  
sobrenatural, recuerdan a  
los jóvenes que hace unos  
tres años «desaparecieron»  
en  
Houston, Texas, para ser  
descubiertos luego en  
espantosas tumbas  
colectivas.  
Tras una visita a Salem's  
Lot, todas esas conjeturas  
parecen menos  
disparatadas. No queda  
una sola**

**tienda abierta. La última en desaparecer fue la farmacia de Spencer, que cerró sus puertas en enero. También han cerrado el almacén de productos agrícolas de Crossen, la ferretería, la tienda de muebles de Barlow y Straker, el Café Excellent, e incluso el edificio municipal, así como la nueva escuela secundaria, construida en**



**Solar en 1967. El mobiliario y los libros de la escuela han sido trasladados a un establecimiento provisional en Cumberland, pero parece que al comienzo del nuevo año escolar no acudirá ningún niño de Salem's Lot. Allí ya no hay niños; sólo quedan tiendas y locales abandonados, casas desiertas, jardines y caminos descuidados.**

**Algunas de las personas a quienes la policía estatal quisiera localizar, o de quienes le gustaría por lo menos tener noticias, son John Croggins, pastor de la iglesia metodista de Salem's Lot; el padre Donald Callahan, párroco de St. Andrew; Mabel Werts, una viuda de la localidad que se distinguía por su labor en la iglesia de Salem's Lot y por sus funciones sociales;**

**Lester y Harriet Durham,  
un matrimonio que  
trabajaba en  
Gates Mili y Weaving; Eva  
Miller, propietaria de una  
pensión en la localidad...**

**4**

**Dos meses después de la  
publicación de aquel  
artículo en el periódico, el  
muchacho fue bautizado en  
la  
fe católica. Hizo su primera  
confesión y lo confesó  
todo...**

**5**

**El sacerdote de la aldea era un anciano de cabello blanco y rostro atrapado en una red de arrugas. Desde la cara curtida por el sol, los ojos atisbaban con una vivacidad y una avidez sorprendentes; eran unos ojos azules, muy irlandeses. Cuando el hombre alto llegó a su casa, el cura estaba sentado en el porche tomando el té. Junto a él había un hombre bien trajeado, con**

**el cabello peinado con raya en medio y tal cantidad de brillantina que al hombre alto le hizo pensar en viejas fotografías de 1890.**

**—Soy Jesús de la Rey Muñoz —se presentó el hombre—. El padre Gracon me pidió que hiciera de intérprete, porque él no sabe inglés. El padre ha hecho a mi familia un gran servicio que no me está permitido**

**mencionar. Mis labios  
permanecerán igualmente  
sellados respecto al  
problema que él quiere  
plantear. ¿Está  
usted de acuerdo?**

**—Sí. —El hombre estrechó  
la mano de Muñoz y  
después la de Gracon. Éste  
habló en español  
sonriendo.**

**No le quedaban más que  
cinco dientes, pero su  
sonrisa era alegre y amplia.**

**—Pregunta si aceptaría usted una taza de té. Es té de menta, muy refrescante.**

**—Me encantaría.**

**—El muchacho no es su hijo —dijo el sacerdote una vez superadas las formalidades.**

**—No.**

**—Su confesión fue muy extraña. En realidad, en toda mi vida de sacerdote no había oído una confesión tan extraña.**

**—No me sorprende.**

**—Y lloró —continuó el padre Gracon mientras bebía su té—, con un llanto intenso y terrible que parecía proceder de lo más profundo de su alma.**

**¿Debo hacer la pregunta que esa confesión implica?**

**—No —respondió con calma el hombre alto—. No es necesario. Le dijo la verdad.**

**Ya antes de que Muñoz se lo tradujera, Gracon**



**asentía con la cabeza y su rostro había cambiado de expresión. Se inclinó hacia adelante, con las manos cruzadas entre las rodillas, y habló durante largo rato. Muñoz le escuchaba atentamente con el rostro inexpresivo. Cuando el sacerdote terminó, el intérprete empezó a hablar.**

**—Dice que en el mundo hay cosas extrañas. Hace cuarenta años, un**

**campesino de El Graniones  
le trajo  
una lagartija que gritaba  
como si fuera una mujer.  
También ha visto un  
hombre que tenía estigmas,  
el sello de  
la pasión de Nuestro Señor,  
y que le sangraban las  
manos y los pies el Viernes  
Santo. Dice que esto es una  
cosa terrible y tenebrosa.  
Grave para usted y para el  
muchacho (sobre todo para  
el chico). Es algo que le está  
carcomiendo. Dice...**

**Gracon volvió a hablar brevemente.**

**—Pregunta si usted entiende qué es lo que ha hecho en esta Nueva Jerusalem.**

**—En Jerusalem's Lot — repitió el hombre—. Sí, lo entiendo.**

**Gracon volvió a hablar.**

**—Quiere saber qué es lo que piensa hacer al respecto.**

**El hombre alto meneó muy lentamente la cabeza.**

**—No lo sé.**

**Gracon habló de nuevo.**

**—Dice que rezará por  
ustedes.**

**6**

**Una semana más tarde  
despertó sudando por una  
pesadilla y pronunció el  
nombre del muchacho. —**

**Tengo que volver —  
anunció.**

**El muchacho palideció bajo  
su bronceado.**

**—¿Puedes venir conmigo?**

**—preguntó el hombre.**

**—¿Tú me quieres?**

**—Sí. Por Dios que sí.**

**El muchacho empezó a llorar y el hombre alto le abrazó.**

**7**

**Aún seguía sin poder dormir. Había rostros que acechaban en las sombras, elevándose sobre él en un torbellino como caras desdibujadas por la nieve, y cuando el viento sacudía una rama y la golpeaba contra el techo, el hombre daba un salto.**

**Salem's Lot...**

**Cerró los ojos y cubrió su rostro con el brazo. Todo empezó de nuevo. Podía ver el pisapapeles de cristal, uno de esos que cuando se mueven provocan en su interior una tormenta de nieve en miniatura.**

**El solar de Salem...**

**PRIMERA PARTE**

**LA CASA DE LOS**

**MARSTEN**

**Ningún organismo viviente puede seguir existiendo**

**durante mucho tiempo en  
la realidad absoluta sin  
perder la razón; hay quien  
supone que incluso las  
alondras y las cigarras  
sueñan. Hill House, un  
lugar que  
nadie asociaría  
precisamente con la  
cordura, se erguía sola  
sobre sus colinas  
reteniendo dentro de sí la  
oscuridad: hacía ochenta  
años que se mantenía así y  
podía seguir haciéndolo**

**durante otros ochenta más.  
En su  
interior, las paredes  
conservaban su perfecta  
verticalidad, los ladrillos se  
unían con pulcritud, el  
suelo se  
mantenía firme y las  
puertas cerradas. El  
silencio se afirmaba  
pesadamente contra la  
madera y la piedra de  
Hill House, y cualquier  
cosa que por allí  
apareciera, aparecía sola.  
SHIRLEY JACKSON**



# **The Haunting of Hill**

## **House**

### **UNO**

#### **BEN (I)**

**1**

**Tras sobrepasar Portland  
mientras se dirigía al Norte  
por la autopista de peaje,  
Ben Mears había  
empezado a sentir en el  
vientre un cosquilleo de  
agitación nada  
desagradable. Era el 5 de  
septiembre de 1975  
y el verano se complacía en  
una última y magnífica**

**exuberancia. El verde  
estallaba en los árboles, el  
cielo era  
de un azul lejano y suave y  
más allá de la línea  
ferroviaria de Falmouth  
Ben distinguía a dos  
muchachos que  
andaban por un camino  
paralelo a la autopista con  
las cañas de pescar al  
hombro como si fueran  
carabinas.  
Pasó al carril de la  
derecha, disminuyó la  
velocidad al mínimo**

**permitido en la autopista y  
empezó a  
buscar algo que activara su  
memoria.**

**Al principio no encontró  
nada e intentó prevenirse  
contra una decepción casi  
segura. Entonces tenías  
siete años. Hace veinticinco  
que corre el agua bajo los  
puentes. Los lugares  
cambian y la gente  
también,  
pensó.**

**En aquella época la  
autopista 295 y sus cuatro**

**carriles no existían. Si uno quería ir a Portland desde Solar, tomaba la carretera 12 hasta Falmouth y desde allí la número 1. El tiempo no se había detenido.**

**Basta de imbecilidades, se dijo.**

**Pero era difícil pararse.**

**Era difícil decir basta cuando...**

**Una gran BSA con el manillar levantado le adelantó súbitamente con un rugido por el carril de la**

**izquierda. Iba conducida por un muchacho en camiseta de deporte mientras una chica vestida con una chaqueta de tela roja y enormes gafas de sol ocupaba el asiento trasero. La aparición fue inesperada y la reacción de Ben excesiva: pisó el pedal del freno a fondo y apoyó ambas manos en el claxon. La motocicleta**

**aceleró arrojando un eructo de humo azul por el tubo de escape, y la chica se giró para apuntarle con un dedo.**

**Mientras volvía a aumentar la velocidad, Ben deseó fumar un cigarrillo. Le temblaban un poco las manos. La motocicleta, que avanzaba como un rayo, ya casi se había perdido de vista. Los muchachos..., condenados muchachos. Los recuerdos recientes se agolpaban en él y Ben los**

**apartó. Hacía dos años que no  
había montado en una  
motocicleta y no pensaba  
volver a hacerlo jamás.  
Un destello rojo le hizo  
mirar hacia la derecha y al  
volver la vista sintió una  
oleada de placer y gratitud.  
A lo lejos, sobre una colina  
que se elevaba más allá de  
un campo de plantas  
forrajeras, se levantaba un  
enorme granero rojo con el  
techo pintado de blanco;**

**incluso desde esa distancia se podía distinguir cómo resplandecía el sol en la veleta colocada sobre el techo. Estaba allí en aquel entonces y allí seguía exactamente con el mismo aspecto. Tal vez, después de todo, las cosas mejorarían. Los árboles volvieron a ocultar el granero.**

**A medida que la carretera se acercaba a Cumberland**



**el entorno se hacía cada vez más familiar. Atravesó el río, donde de niños solían ir a pescar. Divisó al pasar un fugaz panorama de Cumberland por entre los árboles. Se veía la torre de elevación de aguas de Cumberland con su enorme letrero pintado en un costado: «Conservad el verdor de Maine.» Tía Cindy había dicho siempre que alguien**

**debería escribir debajo: «Y  
traed  
dinero.»»**

**Su inicial sensación de  
exaltación se intensificó y  
Ben empezó a acelerar  
esperando distinguir el  
cartel  
indicador. Unos ocho  
kilómetros después  
apareció ante sus ojos.  
Estaba pintado de un verde  
luminoso que  
destellaba a la distancia:**

**RUTA 12 JERUSALEM'S  
LOT CUMBERLAND  
CUMBERLAND CTR**

**Una súbita oscuridad se abatió sobre él amortiguando su euforia como cuando se echa arena sobre el fuego. Estos episodios se habían hecho frecuentes desde la época gris de su vida (su mente quería pronunciar el nombre de Miranda, pero Ben no se lo permitió).**

**Estaba acostumbrado a mantener a raya sus malos pensamientos, sin embargo esta vez no pudo hacer nada contra la sensación que se apoderó de él con una fuerza tan salvaje que lo atemorizó.**

**¿Qué pretendía volviendo a un pueblo donde había vivido cuatro años, cuando era niño, con el deseo de recuperar algo ya irrevocablemente perdido?  
¿Qué magia esperaba**

**encontrar deambulando  
por unas calles  
que había recorrido antaño  
y que probablemente  
estarían asfaltadas,  
niveladas, señalizadas y  
atestadas de latas  
de conserva desechadas por  
los turistas? La magia  
habría desaparecido, tanto  
la negra como la blanca.  
Todo  
se había ido por el  
vertedero de basura esa  
noche, cuando él perdió el**

**control de la motocicleta y  
después  
apareció el camión  
amarillo, cada vez más y  
más grande, y el alarido de  
su mujer, Miranda, que de  
pronto se  
cortó irrevocablemente  
cuando...**

**A la derecha vio la salida y  
durante un momento Ben  
pensó en pasar de largo, en  
seguir hacia  
Chamberlain o Lewiston,  
detenerse allí para comer y**

**después dar la vuelta para regresar. Pero ¿regresar adonde? ¿A casa? No pudo reprimir una sonrisa. Si alguna vez se había sentido en casa, había sido aquí. Aunque no hubieran sido más de cuatro años, sin duda era aquí. Puso el intermitente, disminuyó la velocidad del Citroen y subió por la rampa. A punto de llegar a la cima, a la parte donde la rampa de la autopista se**

**unía a la carretera 12 (que al acercarse más a la ciudad se llamaba Jointner Avenue), levantó la vista hacia el horizonte. Lo que allí vio le obligó a frenar violentamente. El Citroen se detuvo con un estremecimiento. Los árboles, pinos y abetos en su mayoría, se elevaban en una suave pendiente hacia el este y daban la impresión de amontonarse en el cielo hasta donde**



**alcanzaba la vista. Desde su posición no se distinguía el pueblo; nada más que los árboles y, en la distancia, el ángulo agudo del techo a dos aguas de la casa de los Marsten.**

**Ben se quedó mirándola fascinado. Con rapidez calidoscópica, encontradas emociones asomaron a su rostro.**

**—Sigue aquí —murmuró en voz alta—. ¡Por Dios!**

**Al mirarse los brazos  
comprobó que se le había  
puesto carne de gallina.**

**2**

**Evitó pasar  
deliberadamente por el  
pueblo; atravesó  
Cumberland para después  
volver a Salem's Lot  
desde el oeste por Burns  
Road. Se quedó atónito al  
ver lo poco que habían  
cambiado las cosas. Había  
algunas  
casas nuevas que Ben no  
recordaba, una posada —la**

**de Dell— en el límite del pueblo y un par de canteras de grava nuevas. Habían talado buena parte del bosque, pero la vieja señal de hojalata que indicaba el camino hacia el vertedero de basuras del pueblo seguía en su lugar. En cuanto al piso, estaba aún sin asfaltar, lleno de baches e irregularidades. Por la abertura que quedaba entre los árboles,**

**allí donde las torres de los cables de alta tensión de la Central Eléctrica de Maine corrían de noroeste a sudeste, Ben alcanzó a ver Schoolyard Hill.**

**La granja de los Griffen seguía existiendo; además, habían ampliado el granero. Ben se preguntó si seguirían embotellando y vendiendo la leche que producían. El eslogan que usaba era una vaca que sonreía bajo la**

**marca de fábrica: «Leche  
Rayo de Sol ¡De las granjas  
Griffen!» Sonrió al pensar  
en la cantidad de leche**

**Rayo**

**de Sol en que había bañado  
sus copos de cereales  
cuando vivía en casa de la  
tía Cindy.**

**Giró a la izquierda para  
tomar Brooks Road, pasó  
junto a los portones de  
hierro forjado y la pared  
de**

**piedra que rodeaba el  
cementerio de Harmony**

**Hill y tras descender la abrupta pendiente empezó a subir la del otro lado, lo que se conocía en el pueblo como Marsten's Hill.**

**En la cima, los árboles se marchitaban a ambos lados de la carretera. A la derecha, la vista alcanzaba directamente hasta el pueblo; fue la primera visión que Ben tuvo de él. A, la izquierda quedaba la casa de los**

**Marsten. Se armó de valor  
y salió del automóvil.**

**Todo seguía igual, sin  
diferencia alguna en lo más  
mínimo. Era como si lo  
hubiera visto ayer por  
última  
vez.**

**El césped de las brujas  
crecía, libre y alto, en el  
jardín de delante,  
ocultando las viejas losas  
desniveladas  
por las heladas que  
conducían al porche. Allí  
cantaban, chirriantes, los**

**grillos, y los saltamontes se elevaban en erráticas parábolas. La casa miraba hacia el pueblo. Era enorme y parecía desdibujada y vencida. Las ventanas descuidadamente cerradas le daban ese aspecto siniestro de todas las casas viejas que han pasado mucho tiempo vacías. La pintura se había descascarillado a la intemperie y toda la casa tenía un aspecto**



**uniformemente gris. Los temporales de viento habían arrancado muchas tejas y una densa nevada había hundido el ángulo oeste del techo principal dejándolo torcido. A la derecha, un destartelado cartel clavado sobre un poste advertía: «Prohibida la entrada.» Ben sintió el impulso irresistible de adentrarse por ese camino lleno de malezas acosado por los grillos y**

**saltamontes que se  
levantarían entre sus pies  
hasta subir al porche y,  
entre los postigos mal  
cerrados, espiar el  
vestíbulo o el salón. Quizá  
incluso tantearía la puerta  
principal y, si no estaba  
cerrada con llave, entraría.  
Tragó saliva y se quedó  
mirando la casa casi  
hipnotizado. Con estúpida  
indiferencia, el edificio le  
devolvía la mirada.  
Al recorrer el vestíbulo  
sentiría el olor del yeso**

**húmedo y del empapelado  
podrido y vería escabullirse  
los ratones por las paredes.  
Todavía encontraría  
algunos objetos, tal vez un  
pisapapeles que guardaría  
en el  
bolsillo. Al final del  
vestíbulo, en vez de seguir  
hacia la cocina, podría  
doblar a la izquierda y  
subir por las  
escaleras sintiendo crujir  
bajo los pies el polvo de  
yeso que durante años**

**había ido cayendo del  
techo. Había  
exactamente catorce  
escalones, pero el último  
era más pequeño que los  
anteriores, como si lo  
hubieran  
agregado para evitar el  
número fatídico. Al  
terminar de subir por la  
escalera uno se encuentra  
en el descanso y  
el pasillo da a una puerta  
cerrada. Y se avanza hacia  
ella, mirándola con suma  
atención, se aprecia el**

**empañado picaporte de plata...**

**Se alejó para no seguir viendo la casa mientras dejaba escapar el aire por la boca con un silbido.**

**Todavía**

**no... Más adelante tal vez, pero todavía no. Por ahora le bastaba con saber que todo seguía allí esperándole.**

**Apoyó las manos en el capó del coche y se quedó mirando el pueblo. Allí**

**podría averiguar quién administraba la casa de los Marsten y alquilarla. La cocina sería un lugar adecuado para escribir y podría poner un diván en el saloncito de delante. Pero no se dejaría llevar por el impulso de subir por las escaleras. No, a menos que fuera necesario. Subió al automóvil, lo puso en marcha y descendió la**

**colina en dirección a  
Jerusalem's Lot.**

**DOS**

**SUSAN (I)**

**1**

**Estaba sentado en un  
banco del parque cuando  
advirtió que la chica le  
observaba. Era una  
muchacha  
muy bonita. Llevaba un  
pañuelo de seda que le  
cubría el cabello, de un  
rubio luminoso. En ese  
momento**

**estaba leyendo un libro,  
pero junto a ella había un  
bloc de dibujo y algo que  
parecía un lápiz carbón.**

**Era**

**martes 16 de septiembre, el  
primer día de clase, y el  
parque se había vaciado  
mágicamente de los  
visitantes**

**más bulliciosos. Sólo  
quedaban algunas madres  
con sus bebés y otros tantos  
ancianos sentados junto al  
monumento, además de la  
muchacha, inmóvil bajo la**



**sombra protectora de un olmo viejo y retorcido.**

**Al levantar la vista le vio y en su rostro se dibujó una expresión de sorpresa. Bajó la mirada hacia el libro; después volvió a mirar e hizo ademán de levantarse; pareció pensarlo dos veces; por fin se levantó, pero volvió a sentarse.**

**Ben se puso en pie y se dirigió hacia ella llevando en la mano su libro, una novela del oeste en edición**

**de bolsillo.**

**—Hola —la saludó  
cordialmente—. ¿Nos  
hemos visto antes?**

**—No —respondió la chica  
—. Es decir..., usted es  
Benjamín Mears, ¿no es  
cierto?**

**—Es cierto —confirmó Ben  
arqueando las cejas.**

**La muchacha dejó escapar  
una risa nerviosa  
mirándole, por un  
momento, a los ojos, como  
si quisiera**

**leer sus intenciones. Sin  
duda no estaba  
acostumbrada a hablar con  
los extraños que se  
encontraba en el  
parque.**

**—Me pareció que veía un  
fantasma —explicó ella  
mientras le mostraba el  
libro que tenía en la falda.  
Ben alcanzó a ver que entre  
las tapas había un sello:  
«Biblioteca Pública de  
Jerusalem's Lot.» El libro  
era Danza, aérea, su  
segunda novela. La chica le**

**mostró la fotografía que aparecía en la solapa de la contratapa, tomada hacía ya cuatro años. La cara de Ben tenía un aire juvenil y tremendamente serio; los ojos eran como diamantes negros.**

**—De tan triviales comienzos arrancan las dinastías —comentó Ben. Aunque sus palabras eran una broma sin intención, quedaron extrañamente**

**suspendidas en el aire  
como  
una profecía formulada al  
descuido. Tras ellos, varios  
chiquillos que apenas  
sabían andar chapoteaban  
alegremente en la pequeña  
piscina y una de las madres  
advertía a Roddy que no  
columpiara tan alto a su  
hermanita. Ésta ascendía  
en su columpio como una  
flecha, gozosa, con la falda  
al viento como intentando  
alcanzar el cielo. Fue un  
momento que Ben**

**recordaría a lo largo de los años, como si le hubieran cortado una porción especial de la tarta del tiempo. Si entre dos personas no se produce nada especial, un instante como ése se pierde en el naufragio general de la memoria.**

**En ese momento la muchacha rió y le ofreció el libro.**

**—¿Quiere dedicármelo?**

**—Pero es de la biblioteca.**

**—Lo compraré para reponerlo.**

**Ben sacó un lápiz del bolsillo, abrió el libro por la primera hoja y preguntó:**

**—¿Cómo se llama?**

**—Susan Norton.**

**Sin pensar, Ben escribió rápidamente: «Para Susan Norton, la chica más bonita del parque, afectuosamente, Ben Mears.» Bajo su firma anotó la fecha.**

**—Ahora no tendrá más remedio que robarlo —le dijo mientras se lo devolvía—. Lamentablemente Danza aérea está agotado.**

**—Haré que uno de esos expertos en conseguir libros agotados que hay en Nueva York me consiga un ejemplar. —Susan dudó un momento y esta vez sus ojos se detuvieron en los de Ben—. Es un libro extraordinario.**

**—Gracias. Cada vez que lo cojo y le echo un vistazo, no**



**entiendo cómo pueden haberlo publicado.**

**—¿Y suele cogerlo a menudo?**

**—Sí, pero estoy tratando de no hacerlo más.**

**Ella le miró sonriendo. Los dos rieron y la situación les pareció más natural.**

**Después él se sorprendería cada vez que pensara en la facilidad con que había sucedido todo. La idea le incomodaba. Le obligaba a pensar en un destino que no sólo era ciego, sino que**

**estaba provisto de una  
visión consciente y  
poderosísima  
empeñada en triturar a los  
indefensos mortales entre  
las grandes piedras del  
molino del universo para  
fabricar  
algún pan ignoto.**

**—Leí también La hija de  
Conway y me encantó.  
Supongo que es lo que le  
dicen continuamente.**

**—No. Muy pocas veces —  
respondió con sinceridad  
Ben.**

**A Miranda también le gustaba La hija de Conway, pero casi todos sus amigos se habían mostrado indiferentes y la mayor parte de los críticos se habían ensañado con el libro. Nadie podía confiar en la crítica actual. Las obras con argumento ya no se usaban; la moda era la masturbación. —Pues a mí me gustó — insistió Susan.**

**—¿Ha leído la última?**  
**—¿Adelante, dijo Billy?**  
**Todavía no. La señorita**  
**Coogan, la del drugstore,**  
**dice que es bastante fuerte.**  
**—Pero si es casi puritano**  
**—protestó Ben—. El**  
**lenguaje es áspero, pero**  
**cuando se describen**  
**muchachos**  
**del pueblo y sin mucha**  
**educación, no se puede...**  
**Oye, ¿puedo invitarte a**  
**tomar un helado o algo así?**  
**Yo**

**estaba pensando en tomar uno.**

**Por tercera vez, Susan observó sus ojos. Después su sonrisa iluminó su rostro cálidamente.**

**—Sí, me encantaría. Los de la tienda de Spencer son fantásticos.**

**Así fue como empezó todo.**

**2**

**—¿Es ésa la señorita Coogan?**

**Ben lo preguntó en voz baja sin dejar de mirar a la mujer alta y delgada que**

**llevaba un delantal de  
nailon  
rojo sobre su uniforme  
blanco. El cabello, con  
algunos reflejos azules,  
estaba marcado en una  
sucesión de  
ondas que parecían  
escalones.**

**—La misma. Tiene una  
carretilla que lleva a la  
biblioteca todos los jueves  
por la noche. Hace reservas  
de libros a montones y  
vuelve loca a la señorita  
Starcher.**

**Estaban sentados en los  
taburetes tapizados de  
cuero rojo del bar. Ben  
sorbía un helado de  
chocolate con  
soda y Susan uno de fresa.  
£1 local de Spencer  
también hacía las funciones  
de estación local de  
autobuses y  
desde donde ellos estaban  
se veía, más allá de una  
decrépita y anticuada  
arcada, la sala de espera,  
en la que un**

**muchacho con uniforme  
azul de las Fuerzas Aéreas  
esperaba de pie con aire  
sombrio y la maleta  
colocada  
entre los pies.**

**—No parece sentirse muy  
alegre, ¿verdad? —señaló  
Susan siguiendo la mirada  
de Ben.**

**—Supongo que se le acabó  
el permiso —conjeturó él.  
Y pensó: «Ahora me  
preguntará si hice el  
servicio  
militar.»**



**—Uno de estos días —dijo ella en cambio— tomaré el autobús de las diez y media y... adiós Salem's Lot. Tal vez me marche con un aspecto tan triste como el de este chico.**

**—¿Adonde irás?**

**—Supongo que a Nueva York. Quiero comprobar de una vez si puedo valerme sola.**

**—Y aquí, ¿qué es lo que va mal?**

**—¿En Solar? Oh, esto me encanta. Pero tengo**

**problemas con mis padres,  
¿sabes? Es como si  
estuvieran  
siempre leyendo por  
encima de mi hombro. Un  
fastidio. En realidad, no es  
un pueblo muy adecuado  
para una  
chica que quiere llegar a  
algo. Se encogió de  
hombros e inclinó la cabeza  
para sorber su pajita. Tenía  
el cuello  
tostado con los músculos  
bellamente dibujados.  
Llevaba una camisa**

**estampada, de colores, que dejaba adivinar una hermosa figura.**

**—¿Y qué clase de trabajo buscarías? —preguntó Ben.**

**La chica se encogió de hombros otra vez.**

**—Tengo una licenciatura en artes por la Universidad de Boston que, en realidad, tiene menos valor que el diploma que me dieron para certificar mi graduación. Apenas sirve**

**para situarme en la categoría de los idiotas educados. Ni siquiera me prepararon para decorar una oficina. Algunas de las chicas que fueron conmigo a la escuela secundaria ocupan ahora estupendos puestos de secretaria, pero yo nunca fui capaz de escribir a máquina más de treinta pulsaciones por minuto.**

**—¿Qué posibilidades tienes?**

**—Bueno... tal vez una editorial —respondió ella con vaguedad—. O alguna revista..., publicidad, no sé. Son lugares donde siempre puede haber algo para una persona que sabe dibujar. Y yo sé hacerlo; tengo una carpeta.**

**—¿Tienes alguna oferta?**

**—preguntó suavemente Ben.**

**—No, eso no. Pero...**

**—A Nueva York no se puede ir sin tener ofertas. Créeme. No harías más que gastar zapatos...**

**—Supongo que sabes lo que dices —sonrió Susan con inquietud.**

**—¿Has vendido algo en esta zona?**

**De pronto, ella se rió.**

**—Oh, sí. La venta más importante que he hecho hasta hoy fue a la Cinex Corporation. Abrieron una sala**

**cinematográfica nueva en  
Portland y me compraron  
doce cuadros para colgar  
en la entrada. Cobré  
setecientos  
dólares y con eso pagué la  
entrada de mi coche.**

**—Deberías pasar una  
semana en un hotel de  
Nueva York —le aconsejó  
Ben—, para visitar todas  
tas  
revistas y editoriales  
posibles con tu carpeta.  
Pero procura concertar las**

**entrevistas con seis meses  
de  
antelación para que los  
editores y los encargados  
de personal no tengan  
cubierta su agenda. Y por  
Dios, no  
vayas a una gran ciudad  
simplemente a probar  
suerte.**

**—¿Y qué hay de ti? —  
preguntó Susan mientras  
dejaba la pajita para  
empezar a comer el helado  
con la**



**cuchara—. ¿Qué estás  
haciendo en la próspera  
comunidad de Jerusalem's  
Lot, Maine, población de  
1.300  
habitantes?**

**—Trato de escribir una  
novela —respondió Ben  
encogiéndose de hombros.**

**Al instante, la emoción  
iluminó el rostro de Susan.**

**—¿Aquí, en Solar? ¿Una  
novela sobre qué? ¿Por qué  
en este pueblo? ¿Estás,..?**

**Ben la miró con seriedad y  
dijo:**

**—Se te está cayendo el helado.**

**—Disculpa. —Con una servilleta enjugó la base de su vaso—. No pretendía ser curiosa. En general, no soy entremetida.**

**—No es necesario que te disculpes —la tranquilizó Ben—. A todos los escritores les gusta hablar de sus libros. A veces, cuando estoy en la cama, imagino una entrevista con Play-**

**Boy. Pero es una pérdida de tiempo. Sólo entrevistan a los autores cuyos libros se venden muy bien.**

**El muchacho del uniforme de las Fuerzas Aéreas se levantó. Un autocar Greyhound se acercaba al apeadero haciendo resoplar los frenos de aire.**

**—De niño viví cuatro años en las afueras de Salem's Lot, en Burns Road.**

**—¿Burns Road? Ahora ya no queda nada allí, salvo**

**los pantanos y un pequeño  
cementerio, Harmony  
Hill.**

**—Vivía con mí tía Cindy.  
Cynthia Stevens. Mi padre  
murió y mi madre tuvo  
un..., bueno, una especie  
de descalabro nervioso, así  
que me mandó a casa de mi  
tía Cindy mientras ella se  
reponía. Tía Cindy me  
montó en un autobús para  
que volviera a Long Island  
junto a mi madre un mes  
después del gran incendio.**

**—**

**Ben se miró en el espejo  
que había detrás de la  
barra—. Y yo, que había  
venido llorando en el  
autobús al  
separarme de ella, volví  
llorando al alejarme de tía  
Cindy y de Salem's Lot.  
—¡Qué casualidad! Yo nací  
el año del incendio  
—contestó Susan  
—. Fue lo más importante  
que ha sucedido jamás en  
este pueblo y yo no me  
enteré.**

**—Así pues eres unos siete años mayor de lo que pensé en el parque —calculó Ben riendo.**

**—¿De veras? —Susan parecía encantada—.**

**Gracias. La casa de tu tía debió de quemarse.**

**—Sí —confirmó Ben—. La verdad es qué lo que ocurrió esa noche es uno de los recuerdos más claros que conservo. Vinieron unos hombres con extintores a la espalda y**

**nos dijeron que teníamos  
que irnos. Fue  
muy emocionante. La tía  
Cindy se afanaba en  
recoger cosas para  
cargarlas en su automóvil.  
¡Qué noche, por  
Dios!**

**—¿Tenía seguro?**

**—No, pero la casa era  
alquilada y conseguimos  
cargar en el coche casi  
todas las cosas de valor,  
salvo el  
televisor. Lo intentamos,  
pero no pudimos levantarlo**

**del suelo. Era un Video King con pantalla de siete pulgadas y un cristal de aumento sobre el tubo.**

**Muy perjudicial para los ojos. De todas maneras no se veía**

**más que un canal, con muchísimas canciones del oeste, información para granjeros y Kitty el payaso.**

**—Y has vuelto aquí para escribir un libro —se maravilló Susan.**

**Ben tardó unos segundos en contestar. La señorita**



**Coogan estaba abriendo  
cartones de cigarrillos para  
llenar el exhibidor colocado  
junto a la caja  
registradora. El  
farmacéutico, el señor  
Labree, paseaba como un  
fantasma detrás de su  
mostrador. Por su parte, el  
muchacho con uniforme de  
las Fuerzas Aéreas, de pie  
junto  
a la puerta del autobús,  
esperaba que el conductor  
volviera del cuarto de  
baño.**

**—Sí —respondió finalmente, y se volvió a mirarla a la cara por primera vez. Era muy bonita, con candidos ojos azules y frente alta, despejada y tostada por el sol—. ¿Esta ciudad representa tu infancia? —le preguntó.**

**—Sí.**

**—En tal caso puedes entenderme. De niño estuve en Salem's Lot y para mí es un pueblo lleno de**

**fantasmas. Cuando regresaba, estuve a punto de pasar de largo por miedo de que fuera diferente.**

**—Aquí las cosas no cambian... —afirmó Susan —, no mucho.**

**—Yo solía jugar a la guerra con los chicos de Gardener en los pantanos. Y a los piratas junto al estanque. En el parque jugábamos a policías y ladrones y al escondite.**

**Después de abandonar la casa de tía Cindy, mamá y yo lo pasamos bastante mal. Ella se suicidó cuando yo tenía catorce años, pero mucho antes se me había caído todo el polvo mágico. Lo que tuve de magia, lo tuve aquí y sigue estando aquí. El pueblo no ha cambiado tanto. Mirar por Jointner Avenue es como mirar a través de un**

**delgado cristal de hielo,  
como el  
que se puede sacar de la  
cisterna del pueblo en  
noviembre. A través de él  
puedes mirar tu infancia,  
ondulante  
y brumosa. Hay lugares  
donde se pierde en la nada,  
pero la mayor parte sigue  
estando allí, intacta.  
Se detuvo, atónito. Había  
hecho un discurso.  
—Hablas como en tus  
libros —dijo Susan  
fascinada.**

**—Jamás en mi vida había dicho algo así en voz alta**

**—sonrió Ben.**

**—¿Qué hiciste cuando tu madre... murió?**

**—Anduve por ahí —fue su breve respuesta—. Acaba el helado.**

**Susan obedeció.**

**—Algunas cosas han cambiado —comentó al cabo de un momento—. El señor Spencer murió. ¿Te acuerdas de él?**

**—Desde luego. Todos los jueves por la tarde, tía**

**Cindy bajaba al pueblo para hacer la compra en la tienda de Crossen y me mandaba aquí para tomar una gaseosa de hierbas. Entonces no venían embotelladas, era verdadera gaseosa de Rochester. Mi tía me daba una moneda envuelta en un pañuelo.**

**—Cuando yo empecé a venir, ya no bastaba con una moneda, ¿Te acuerdas de lo que solía decir el señor**

**Spencer?**

**Ben se encorvó hacia adelante, retorció una mano como si la tuviera deformada por la artritis y esbozó**

**una mueca con la boca simulando una especie de hemiplejía.**

**—La vejiga —susurró—, Esas gaseosas os echarán a perder la vejiga, chicos.**

**La risa de Susan se desgranó hacia el ventilador que giraba**



lentamente sobre sus  
cabezas. La señorita  
Coogan la miró con  
desconfianza.

—¡Perfecto! Sólo que a  
nosotros nos decía  
chiquillas.

Los dos se miraron  
hechizados.

—Oye, ¿te gustaría ir al  
cine esta noche? —  
preguntó Ben.

—Me encantaría.

—¿Cuál es el cine más  
próximo?

Susan rió una vez más.

**—Pues el Cinex de  
Portland. El que tiene la  
entrada decorada con los  
cuadros inmortales de  
Susan  
Norton.**

**—¿Hay algún otro? ¿Qué  
clase de películas te  
gustan?**

**—Algo emocionante, con  
persecuciones en  
automóvil.**

**—Estupendo. ¿Recuerdas  
el Nórdici? Ése estaba en el  
pueblo.**

**—Claro, pero lo cerraron en 1968. Yo solía ir con mis compañeras de la escuela secundaria. Cuando las películas eran malas, arrojábamos las cajas de caramelos a la pantalla. Y por lo general eran malas —agregó riendo.**

**—Solían poner esas viejas películas... —evocó Ben—. El hombre cohete. El regreso del hombre cohete. Crash Callahan y el dios vudú de la muerte.**

**—En mi época ya no las ponían.**

**—¿Qué pasó con el local?**

**—Ahora es la oficina de propiedades inmuebles de Larry Crockett —explicó Susan—. Supongo que no pudo competir con el cine al aire libre de Cumberland, ni con la televisión.**

**Durante un momento permanecieron en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. El reloj de k**

**empresa de autocares  
señalaba las 10.45 de la  
mañana.**

**—Oye —prorrumpieron de  
pronto los dos al unísono  
—, ¿te acuerdas...?**

**Se miraron, y esta vez la  
señorita Coogan los miró a  
los dos al oír estallar las  
risas. Hasta el señor  
Labree  
los miró.**

**Estuvieron charlando  
quince minutos más, hasta  
que Susan le dijo que tenía  
algunas cosas que hacer,**

**pero que lo esperaría a las  
siete y media, Al separarse,  
ambos estaban  
maravillados de la facilidad  
y  
naturalidad con que sus  
vidas se habían  
encontrado.**

**Ben regresó a pie por  
Jointner Avenue y se  
detuvo en la esquina de  
Brock Street a mirar  
distráidamente  
hacia la casa de los  
Marsten. Recordó que el  
gran incendio forestal de**

**1951 había llegado casi hasta el jardín de la casa antes de que cambiara la dirección del viento.**

**«Tal vez debería haberse quemado —pensó—. Tal vez eso hubiera sido lo mejor.»**

**3**

**Nolly Gardener salió del edificio municipal y se sentó en los escalones junto a Parkins Gillespie en el preciso instante en que Ben y Susan entraban juntos en**

**la tienda de Spencer.**

**Parkins estaba fumando un  
Pall**

**Mall mientras se limpiaba  
las uñas amarillentas con  
un cortaplumas.**

**—Ese tipo es el escritor,  
¿no? —preguntó Nolly.**

**—Sí.**

**—Y la que estaba con él,  
Susie Norton.**

**—Así es.**

**—Pues qué interesante —  
comentó Nolly mientras se  
ajustaba el cinturón del  
uniforme.**



**La insignia de policía  
relucía de manera  
imponente sobre su pecho.  
Nolly había escrito a una  
revista  
policíaca para que se la  
enviaran; el pueblo no se  
ocupaba de proporcionar  
insignias a sus agentes de  
policía.**

**Parkins también tenía una,  
pero la llevaba en la  
cartera; era algo que Nolly  
jamás había podido  
entender.**

**Claro que en Solar todo el mundo sabía que él era el agente, pero había que tener en cuenta la tradición, había que tener en cuenta la responsabilidad. Cuando se estaba al servicio de la ley había que pensar en esas cosas.**

**Nolly pensaba frecuentemente en ellas, aunque sólo podía ser agente con dedicación parcial.**

**A Parkins se le resbaló el cortaplumas y le lastimó la cutícula del dedo pulgar.**

**—Mierda —masculló por lo bajo.**

**—¿Crees que es de veras escritor, Park?**

**—Claro que sí. Aquí en la biblioteca hay tres libros suyos.**

**—¿Históricos o de ficción?**

**—De ficción —suspiró Parkins mientras dejaba el cortaplumas.**

**—A Floyd Tibbits no le va a gustar que un tipo ande por ahí con su mujer.**

**—No están casados — señaló Parkins—, y ella tiene más de dieciocho años.**

**—Pero a Floyd no le gustará.**

**—Por mí, Floyd puede cagarse en el sombrero y ponérselo después — declaró Parkins.**

**Aplastó el cigarrillo en el escalón, sacó del bolsillo**

**una cajita de pastillas,  
guardó dentro la colilla y  
volvió a meter la caja en el  
bolsillo.**

**—¿Dónde vive el escritor  
ése? —preguntó Nolly.**

**—En casa de Eva —le  
informó Parkins mientras  
observaba minuciosamente  
la cutícula herida—. El  
otro  
día estuvo mirando la casa  
de los Marsten. Tenía una  
extraña expresión en la  
cara.**

—¿Extraña? ¿Qué quieres decir?

—Extraña, nada más. —

Parkins volvió a sacar los cigarrillos. Sobre su cara, el sol era tibio y grato—.

Después fue a ver a Larry Crockett. Quería alquilar la casa.

—¿La casa de los Marsten?

—Sí.

—Pero ¿está loco?

—Podría ser. —Parkins espantó una mosca de la pierna izquierda del

**pantalón y la observó  
mientras se  
alejaba zumbando en la  
mañana soleada—. El viejo  
Larry Crockett ha estado  
muy ocupado últimamente.**

**Oí**

**decir que vendió La tina  
del pueblo. En realidad,  
hace un tiempo que la  
vendió.**

**—¿Qué, la vieja  
lavandería?**

**—Aja.**

**—Pero ¿para qué puede  
quererla alguien?**

—No sé.

—Bueno. —Nolly se levantó y volvió a ajustarse el cinturón—. Me parece que voy a dar una vuelta por el pueblo.

—De acuerdo —aprobo Parkins mientras encendía otro cigarrillo.

—¿Quieres venir?

—No, me quedaré un rato aquí sentado.

—Muy bien. Hasta luego. Nolly bajó por los escalones mientras se preguntaba (no



**por primera vez) cuándo se decidiría Parkins a jubilarse para que él, Nolly, pudiera tener el trabajo con dedicación exclusiva.**

**¿Cómo demonios se podían investigar crímenes ahí sentado en los escalones del ayuntamiento?**

**Parkins le vio alejarse con una vaga sensación de alivio. Nolly era buen muchacho, pero tremendamente ansioso. Sacó el cortaplumas del bolsillo, lo**

**abrió y empezó de nuevo a recortarse las uñas.**

**4**

**Jerusalem's Lot se incorporó al territorio nacional en 1765 (doscientos años más tarde celebró él bicentenario con fuegos artificiales y una procesión por el parque, durante la cual una chispa incendió el vestido de princesa india de la pequeña Debbie Forrester y Parkins**

**Gillespie tuvo que poner a la sombra a seis tipos por emborracharse en la vía pública), es decir cincuenta años antes de que Maine se convirtiera en uno de los estados de la Unión como resultado del compromiso de Missouri. El pueblo debía su extraño nombre a un suceso bastante trivial. Uno de los primeros residentes en la zona era un granjero larguirucho y hosco**

**llamado Charles Belknap  
Tanner, que criaba cerdos.  
Una de las  
marranas más grandes se  
llamaba Jerusalem. Un día,  
a la hora de alimentar a los  
animales, Jerusalem salió  
del  
corral, escapó hacia el  
bosque inmediato y allí se  
volvió salvaje y agresiva.  
Años más tarde, para  
ahuyentar a  
los chiquillos de su  
propiedad, Tanner seguía  
inclinándose sobre el**

**portón y graznándoles con  
el ominoso  
tono de un cuervo: «¡No os  
metáis en el solar de Salem,  
si no queréis acabar  
destripados!» La  
advertencia  
pasó a la historia y el  
nombre también. El  
episodio no demuestra gran  
cosa, a no ser que en  
Estados Unidos de  
Norteamérica hasta los  
cerdos puedan aspirar a la  
inmortalidad.**

**La calle principal, llamada en un principio Portland Post Road, recibió en 18% et nombre de Elias Jointner. Jointner, que había sido miembro de la Cámara de Representantes durante seis años (hasta su muerte, que fue causada por la sífilis cuando tenía cincuenta y ocho), era lo más semejante a un personaje de que podía vanagloriarse Salem's Lot, excepción hecha de Salem, la**

**marrana, y de Pearl Ann Butts, que en 1907 escapó a la ciudad de Nueva York para convertirse en una de las Ziegfeld Girls.**

**Brock Street atravesaba Jointner Avenue por el centro mismo y en ángulo recto. El municipio como tal era casi circular (aunque un poco achatado hacia el este, donde el límite eran los meandros del río Royal).**

**Vistas en un mapa, las dos calles principales daban al pueblo un aspecto muy semejante al de una mira telescópica.**

**El cuadrante noroeste de la mira correspondía a North Jerusalem, el sector más densamente forestado del pueblo. Eran las tierras altas, aunque no le habrían parecido muy altas a nadie, salvo quizá a alguien procedente del Medio Oeste. Las viejas y fatigadas colinas, surcadas**



**de antiguos caminos para el transporte de madera, descendían suavemente hacia el pueblo y en la última de las pendientes se levantaba la casa de los Marsten.**

**Buena parte del cuadrante noreste era tierra abierta dedicada al cultivo de alfalfa y otras plantas forrajeras. Por ahí corría el río Royal, un viejo río que había erosionado**

**profundamente sus riberas  
hasta casi  
el nivel del lecho. Pasaba  
bajo el puentecillo de  
madera de Brock Street y  
se alejaba hacia el norte en  
amplios  
arcos relucientes hasta  
penetrar en la zona  
próxima al límite norte del  
municipio, donde la  
delgada capa de  
cierra se extendía sobre  
cimientos de sólido granito.  
Allí, el río había tallado en  
la piedra acantilados de**

**quince metros en un  
trabajo de millones de  
años. Los chiquillos  
llamaban al lugar el Salto  
del Borracho,  
porque algunos años atrás  
Tommy Rathbun, el  
hermano borracho de  
Virge Rathbun, se había  
caído por el  
borde mientras buscaba un  
lugar para pasar. El Royal  
desembocaba en el  
contaminado río  
Amdroscoggin,**

**pero el Royal jamás había estado contaminado; la única industria de que hubiera podido jactarse Salem's Lot**

**era un aserradero, cerrado desde hacía muchos años.**

**En los meses de verano, eran un espectáculo**

**habitual los**

**pescadores que lanzaban sus cañas de pescar desde el puente de Brock Street.**

**El día en que no se podía sacar**

**algo del Royal era un día excepcional.**

**El cuadrante sudeste era el más bonito. El suelo volvía a elevarse, pero allí no se veían los desagradables rastros del incendio ni la superficie de la tierra arrasada y agostada que era el legado del fuego. A ambos lados de Griffen Road, la tierra era propiedad de Charles Griffen, dueño de la granja lechera más importante al sur**

**de Mechanic Falls, y desde  
Schoolyard Hill se  
alcanzaba a ver el enorme  
establo de Griffen con su  
tejado de  
aluminio que resplandecía  
al sol como un heliógrafo  
monstruoso. En la zona  
había otras granjas y  
muchas  
casas en las que vivían  
empleados administrativos  
y de oficinas que todos los  
días viajaban en tren a  
Portland**

**o a Lewiston. A veces, en el otoño, uno podía detenerse en lo mas alto de Schoolyard Hill para aspirar la aromática fragancia de los campos al quemarse y distinguir como un juguete el camión de los bomberos voluntarios de Salem's Lot, pronto a intervenir si alguna de las fogatas amenazaba con descontrolarse. El pueblo había aprendido la lección de 1951.**

**La parte del sudoeste era la que habían empezado a ocupar los remolques y casas rodantes, formando algo parecido a un cinturón de asteroides extraurbano. Con ellos, habían aparecido también sus huellas características: montones de coches desechados, neumáticos colgados de cuerdas deshilachadas, latas de cerveza vacías que brillaban junto al camino,**



**andrajos lavados y puestos  
a secar en cuerdas tendidas  
entre  
postes improvisados, el  
denso olor de cañerías  
conectadas con cuartos de  
baño instalados a la ligera.  
Las casas  
de Bend eran muy  
parecidas a chabolas, pero  
en casi todas ellas se  
elevaba una  
resplandeciente antena de  
televisión, la mayoría eran  
receptores en color  
comprados a crédito en**

**Grant's o en Sears. El patio de cada uno de los remolques estaba por lo general repleto de chiquillos, juguetes, trineos, patines y motocicletas. En algunos casos, las caravanas estaban bien cuidadas, pero en la mayoría parecía que sus dueños pensarán que la prolijidad fuera demasiada molestia. La maleza y el pasto crecían hasta la**

**altura de la rodilla. Cerca del límite del pueblo, donde Brock Street empezaba a llamarse Brock Road, estaba la posada de Dell. Los viernes tocaba un conjunto de rock and roll y los sábados una banda de música country. Para la mayoría de los vaqueros de la localidad y sus chicas, era el lugar donde ir en busca de una cerveza o de una pelea. La mayor parte de las líneas telefónicas eran**

**compartidas entre dos,  
cuatro o seis abonados, de  
manera  
que la gente tenía siempre  
de qué hablar. En todos los  
pueblos pequeños los  
escándalos se cuecen  
siempre a  
fuego lento en el hornillo de  
atrás, como el cocido de la  
abuela. La mayor parte de  
los escándalos se  
originaban en el Bend, pero  
de vez en cuando alguien  
con una posición social más  
elevada aportaba algo a la**

**olla común.**

**El pueblo se gobernaba por  
asamblea popular, y  
aunque desde 1965 se  
hablaba de elegir un  
concejo  
municipal que se reuniera  
dos veces al año para  
estudiar el presupuesto, la  
idea no había llegado a  
cuajar. El  
pueblo no crecía con la  
rapidez suficiente para que  
las costumbres ancestrales  
resultaran verdaderamente**

**incómodas, aunque más de un recién llegado levantaba con exasperación los ojos al cielo ante esa indigesta democracia que alzaba las manos para votar. Había tres funcionarios electivos: el alguacil de la ciudad, que se ocupaba de los pobres, un empleado municipal (para sacar la matrícula del coche había que ir al extremo de Taggart Stream Road y desafiar a dos perros que**

**andaban sueltos por el patio) y el encargado de asuntos escolares. El cuerpo de bomberos voluntarios recibía una paga simbólica de trescientos dólares anuales, pero en realidad era más bien un club social para ancianos jubilados, que durante la temporada de quema de rastrojos se divertían bastante y se dedicaban a charlar alrededor del**

**camión durante el resto del  
año. No había  
departamento de obras  
públicas porque el agua  
corriente, el gas, las cloacas  
y la electricidad no eran  
servicios  
públicos. Las torres de alta  
tensión atravesaban el  
municipio en diagonal, de  
noroeste a sudeste,  
abriendo en el  
bosque una enorme brecha  
de cuarenta y cinco metros  
de ancho. Una de las torres  
se elevaba cerca de la casa**



**de los Marsten  
recortándose sobre ella  
como un centinela.  
La información que tenía  
Salem's Lot acerca de  
guerras, incendios y crisis  
gubernamentales provenía  
principalmente de los  
noticieros de Walter  
Cronkite por televisión.  
Aunque claro, todo el  
mundo sabía que al  
muchacho de los Potter lo  
habían matado en Vietnam  
y que el hijo de Claude**

**Bowie, después de pisar una mina, había vuelto con un pie de metal, pero le habían dado un trabajo como ayudante de Kenny Danles en la oficina de correos, de modo que eso estaba perfectamente arreglado. Los chicos llevaban el cabello más largo que sus padres y no se lo peinaban con tanto cuidado, pero ya nadie les prestaba atención. Cuando en la escuela**

**secundaria abandonaron el uniforme, Aggie Cortiss escribió una carta al Ledger de Cumberland, pero hacía años que Aggie escribía cartas a ese periódico todas las semanas, principalmente sobre los peligros del alcohol y sobre la maravilla de aceptar a Jesucristo en su corazón como salvador. Algunos de los chicos tomaban drogas. En agosto, el juez Hooker**

**impuso a Frank, el hijo de Horace**

**Kilby, una multa de cincuenta dólares (aunque le permitió pagarla con lo que sacaba repartiendo periódicos a**

**domicilio), pero el mayor problema era el alcohol**

**Desde que la edad para consumir bebidas**

**alcohólicas se fijó**

**en dieciocho años, eran**

**muchos los chicos que**

**pasaban las horas en el bar**

**de Dell. Después volvían a sus casas conduciendo a toda velocidad, como si quisieran pavimentar el camino con goma, y de vez en cuando alguno se mataba. Como cuando Billy Smith se estrelló contra un árbol en Deep Cut Road a casi ciento cincuenta kilómetros por hora y se mató junto con su chica, LaVerne Dube.**

**De no haber sido por estas cosas, el conocimiento de los tormentos por los que atravesaba el país no habría sido más que académico en Salem's Lot. Allí, el tiempo transcurría de forma diferente. En un pueblecito tan simpático no podía suceder nada demasiado malo.**

**5**

**Ann Norton estaba planchando cuando su hija irrumpió en la casa con**

**una bolsa de comestibles,  
puso  
ante sus ojos un libro que  
tenía en la solapa la  
fotografía de un hombre de  
rostro delgado y empezó a  
hablar.**

**—Espera un momento —le  
dijo Ann—. Baja el  
volumen del televisor y  
cuéntame.**

**Susan estranguló la voz de  
Art Fleming, que  
desparramaba miles de  
dólares desde su programa,  
y le**

**contó a su madre que había conocido a Ben Mears. La señora Norton tuvo cuidado de hacer pausados gestos de asentimiento y simpatía a medida que se desarrollaba el relato, pese a las luces amarillas de advertencia que se encendían en su cabeza siempre que Susan hablaba de un muchacho nuevo o un hombre. En realidad,**



**se le hacía difícil pensar que Susie ya tenía la edad suficiente para que fueran hombres. Pero las luces de hoy eran un poco más intensas.**

**—Parece interesante — comentó mientras ponía sobre la tabla de planchar otra de las camisas de su marido.**

**—Estuvo realmente simpático —afirmó Susan —. Muy natural.**

**—Ay..., mis pies —se quejó la señora Norton. Dejó la**

**plancha en el porta  
plancha, donde silbó  
ominosamente, y se  
acomodó en la mecedora  
situada junto a la amplia  
ventana. Tomó un  
Parliament del  
paquete que estaba sobre la  
mesita de café y lo encendió  
—. ¿Estás segura de que es  
un muchacho serio,  
Susie?**

**Susan sonrió un poco a la  
defensiva.**

**—Claro que estoy segura.  
Tiene el aspecto... no sé, de**

**un profesor universitario o algo así.**

**—Dicen que el Bombero Loco tenía aspecto de jardinero —evocó reflexivamente su madre.**

**—Bosta de ciervo — respondió alegremente Susan. Era una expresión que siempre irritaba a su madre.**

**—Déjame ver el libro. — Ann tendió una mano para cogerlo.**

**Mientras se lo daba, Susan recordó repentinamente la**

**escena de la violación  
homosexual en la prisión.  
—Danza aérea —dijo con  
aire meditabundo Ann  
Norton, y empezó a pasar  
distraídamente las páginas.  
Susan esperaba, resignada.  
Su madre lo encontraría.  
Como siempre.  
Las ventanas estaban  
abiertas y una brisa ociosa  
rizaba las cortinas  
amarillas de la cocina, que  
su madre  
insistía en llamar despensa  
como si vivieran en medio**

**de las comodidades de la clase alta. Era una hermosa casa, maciza, de ladrillo, un poco difícil de calentar en invierno pero fresca como una gruta durante el verano.**

**Estaba situada en una ligera elevación al término de Brock Street y desde la ventana frente a la cual estaba**

**sentada la señora Norton se podía ver todo el pueblo. El panorama no sólo era agradable, sino incluso**

**espectacular en invierno,  
con el paisaje amplio y  
brillante de la nieve  
inmaculada y de los  
edificios  
desdibujados por la  
distancia, que arrojaba a  
los campos nevados largas  
sombras amarillas.**

**—Me parece que leí un  
comentario sobre el libro  
en el periódico de Portland.  
No era muy bueno.**

**—Pues a mí me gusta —  
anunció Susan con firmeza  
—. Y me gusta él.**

**—Es posible que a Floyd también le guste —comentó la señora Norton—.**

**Deberías presentarles.**

**Susan sintió una verdadera punzada de cólera que la consternó. Creía que ella y su madre habían dejado atrás las últimas tormentas de la adolescencia y sus secuelas, pero estaba equivocada. Las dos reanudaron la vieja discusión en la que la identidad de Susan debía luchar contra la**

**experiencia y las creencias de su madre.**

**—Ya hemos hablado de Floyd, mamá, y tú sabes que eso no era nada serio.**

**—El periódico también decía que había unas escenas bastante espeluznantes en la prisión. Cosas entre muchachos...**

**—¡Mamá, por el amor de Dios! —Susan cogió uno de los cigarrillos de su madre.**

**—No tienes por qué usar el nombre de Dios en vano —**



**señaló la señora Norton imperturbable.**

**Le devolvió el libro y tiró la ceniza del cigarrillo en un cenicero de cerámica que tenía la forma de un pez. Se lo había regalado una de sus amigas de la asociación de beneficencia y a Susan siempre le había irritado sin que pudiera saber exactamente el motivo. Tal vez porque había algo obsceno en eso de echar**

**ceniza en la boca de una perca.**

**—Voy a guardar los comestibles —dijo Susan, y se levantó.**

**La señora Norton volvió a insistir en voz baja:**

**—Sólo me refería a que si tú y Floyd Tibbits vais a casaros...**

**La irritación aumentó hasta convertirse en la antigua cólera punzante.**

**—Pero por Dios, ¿cómo se te ha ocurrido semejante**

**idea? ¿Alguna vez te he dicho que pensaba casarme?**

**—Yo suponía...**

**—Pues suponías mal — interrumpió Susan con ardor y faltando un poco a la verdad. Hacía ya unas semanas que trataba de desanimar gradualmente a Floyd.**

**—Suponía que cuando una sale con el mismo muchacho durante un año y medio — prosiguió, suave e**

**implacable su madre—, eso  
debe de significar que las  
cosas han llegado a un  
punto en que ya no se  
limitan a  
cogerse de las manos.  
—Floyd y yo somos algo  
más que amigos —  
confirmó tranquilamente  
Susan para que su madre  
sacara la  
conclusión que quisiera.  
Una conversación no  
formulada quedó  
pendiente entre ellas:**

**—¿Te has acostado con  
Floyd?**

**—Eso a ti no te importa.**

**—¿Qué significa para ti ese  
Ben Mears?**

**—Eso a ti no te importa.**

**—A ver si te entusiasmas  
con él y haces alguna  
tontería.**

**—Eso a ti no te importa.**

**—Pero es que te amo,  
Susie. Papá y yo te  
queremos mucho.**

**Y para eso no había  
respuesta. Por eso era  
urgente Nueva York o**

**cualquier otra cosa.  
Finalmente, uno  
siempre terminaba por  
estrellarse contra las  
tácitas barricadas de ese  
amor, como si fueran las  
paredes  
acolchadas de una celda.  
La verdad del amor de sus  
padres hacía que fuera  
imposible mantener una  
discusión  
en la que pudieran  
plantear posiciones y  
despojaba de sentido a**

**cuanto había sucedido  
antes de que  
comenzasen a no estar de  
acuerdo.**

**—Bueno —dijo  
suavemente la señora  
Norton. Apagó el cigarrillo  
en la boca de la perca y lo  
dejó en la  
barriga.**

**—Voy a mi habitación —  
dijo Susan.**

**—Está bien. ¿Podré leer el  
libro cuando lo termines?**

**—Si quieres...**

**—Me gustaría conocerle —  
expresó la señora Norton.**

**Susan separó las manos  
encogiéndose de hombros.**

**—¿Volverás tarde esta  
noche?**

**—No lo sé.**

**—¿Qué le digo a Floyd  
Tibbits si llama?**

**El enojo volvió a  
apoderarse de Susan.**

**—Dile lo que quieras —  
hizo una pausa—. Es lo que  
harás de todos modos.**

**—¡Susan!**



**La muchacha subió por las escaleras sin mirar hacia atrás.**

**La señora Norton permaneció donde estaba mirando por la ventana hacia el pueblo, pero sin verlo. En el piso de arriba se oyeron los pasos de Susan y después el chirrido del caballete al correrlo.**

**Se levantó y se puso otra vez a planchar. Cuando pensó que Susan estaría totalmente sumergida en su**

**trabajo (aunque no fue más que una idea apenas consciente en un rincón de su mente) se dirigió al teléfono de la despensa y llamó a Mabel Werts. Durante la conversación comentó que Susan le había contado que un escritor famoso estaba en el pueblo. Mabel resopló y dijo «claro, te referirás al hombre que escribió La hija de**

**Conway», y la señora Norton asintió. Mabel añadió que eso no era escribir sino pura y simplemente hacer libros pornográficos. La señora Norton le preguntó si el escritor estaba alojado en un motel o...**

**En realidad, se alojaba en el pueblo, en la casa de Eva, la dueña de la única pensión de la localidad. Se sintió profundamente aliviada. Eva Miller era una viuda decente que no**

**se andaba con rodeos. Sus normas respecto a subir mujeres a las habitaciones eran simples y estrictas. «Si es su madre o su hermana, de acuerdo.**

**Si no, se pueden sentar en la cocina.» Y sobre eso no había discusiones.**

**Quince minutos más tarde, después de disimular sagazmente su principal objetivo hablando de otros**

**chismorreos, la señora  
Norton cortó la  
comunicación.**

**«Susan —pensaba  
mientras volvía a la tabla  
de planchar—. Oh, Susan,  
lo único que quiero es lo  
mejor  
para ti. ¿No puedes  
comprenderlo?»**

**6**

**No era demasiado tarde —  
apenas un poco más de las  
once— cuando volvían de  
Portland en el coche por**

**la carretera 295. El límite de velocidad después de salir de los suburbios de Portland era de 110 kilómetros, Ben lo respetó. Los faros del Citroen perforaban limpiamente la oscuridad. A los dos les había gustado la película, pero se mostraban cautos, como sucede con personas que están tanteando mutuamente sus límites. De pronto, Susan**

**recordó la pregunta de su madre.**

**—¿Dónde te alojas? —  
inquirió—. ¿O has  
alquilado algo?**

**—Tengo una habitación  
pequeña en el tercer piso  
de la pensión de Eva, en  
Railroad Street.**

**—¡Pero es espantoso! ¡Allí  
arriba debe de hacer un  
calor horrible!**

**—A mí me gusta el calor —  
explicó Ben—. No me  
molesta para trabajar. Me  
quito la camisa, enciendo**

**la radio y me bebo una buena dosis de cerveza. He estado escribiendo unas diez páginas por día.**

**Además, hay algunos chiflados interesantes. Y cuando por fin uno sale al porche a respirar la brisa... es el paraíso.**

**—De todas formas... — protestó Susan no muy convencida.**

**—Pensé en alquilar la casa de los Marsten —comentó Ben con aire**



**despreocupado—, y hasta fui a informarme, pero la habían vendido.**

**—¿La casa de los Marsten? —se asombró Susan—. Te equivocas de lugar.**

**—En absoluto. La que está en la primera colina, al noroeste del pueblo. En Brooks Road.**

**—¿La han vendido? Pero ¿quién demonios...?**

**—Lo mismo pensé yo. Más de una vez me han acusado**

**de estar un poco loco y, sin embargo, yo sólo pensaba en alquilarla. El agente de la inmobiliaria no quiso decir nada.**

**Parecía guardar un tremendo secreto.**

**—Tal vez sea algún forastero que quiera convertirla en residencia de veraneo —conjeturó Susan**

**—, Pero**

**en cualquier caso, es una locura. Una cosa es restaurar un lugar, y a mí**

**me encantaría intentarlo,  
pero eso no  
tiene restauración posible.  
Cuando yo era pequeña ya  
era una ruina. Ben, ¿por  
qué pensaste en vivir allí?  
—¿Has entrado alguna vez,  
Susan?**

**—No, pero en cierta  
ocasión me atreví a mirar  
por la ventana. Y tú, ¿has  
entrado?**

**—Sí, una vez —respondió  
Ben.**

**—Es un lugar  
escalofriante, ¿verdad?**

**Los dos se quedaron en silencio pensando en la casa de los Marsten. Era una actividad nostálgica que no tenía el matiz romántico de las otras. El escándalo y la violencia relacionados con la casa se habían producido antes de que ellos nacieran, pero las ciudades pequeñas no olvidan fácilmente y transmiten sus horrores de generación en generación. La historia de Hubert Marsten y su mujer, Birdie,**

**era lo más parecido a un  
secreto turbio que se  
guardaba en los anales del  
pueblo. Hubie había sido  
presidente de una gran  
compañía de camiones de  
Nueva**

**Inglaterra en la década de  
los veinte. Una compañía  
de la que muchos  
comentaban que obtenía  
sus más**

**suculentos beneficios  
después de medianoche,  
introduciendo en**

**Massachusetts whisky  
procedente de Canadá.  
Tras hacer fortuna, él y su  
mujer se retiraron a  
Salem's Lot en 1928 y  
perdieron buena parte de  
su dinero  
(nadie, ni siquiera Mabel  
Werts, sabía exactamente  
cuánto) en el crack bursátil  
de 1929.**

**Durante los diez años  
transcurridos entre la crisis  
y la ascensión de Hitler al  
poder, Marsten y su mujer**

**vivieron en su casa como ermitaños. Sólo se les veía los miércoles por la tarde, cuando iban al pueblo a hacer sus compras. Larry McLeod, que en aquellos años era el cartero, contaba que Marsten recibía diariamente dos periódicos, The Saturday Evening Post, The New Yorker, y una revista sensacionalista que se llamaba**

**Amazing Stories. Una vez al mes recibía también un cheque de la compañía de camiones, que tenía su sede en**

**Fall River, Massachusetts.**

**Larry decía que él se daba cuenta de que era un cheque arqueando el sobre para**

**espiar por la ventanilla de la dirección.**

**Fue Larry quien los encontró en el verano de 1939. Los periódicos y**



**revistas de cinco días se  
habían  
amontonado en el buzón  
hasta el punto de que era  
imposible meter más.  
Larry los llevó a la casa  
con la  
intención de dejarlos entre  
la puerta de rejilla y la  
principal.  
Corría el mes de agosto,  
era pleno verano y el  
césped en el jardín  
delantero de los Marsten  
estaba verde**

**y lozano. Sobre el enrejado  
que se levantaba en el lado  
oeste de la casa  
enloquecían las  
madreselvas y las  
rechonchas abejas  
zumbaban indolentemente  
en torno de las aromáticas  
flores de un blanco cerúleo.  
En esa  
época, la casa todavía era  
agradable a la vista,  
aunque el césped estuviera  
demasiado crecido.  
Generalmente**

**todos coincidían en que Hubie había construido la casa más bonita de Salem's Lot antes de volverse loco. Cuando estaba a mitad de camino, según el relato que se repetía con expectante horror para cada nuevo miembro de la asociación de beneficencia, Larry había percibido un mal olor, como de carne en descomposición. Al golpear en la puerta principal no obtuvo respuesta. Miró hacia adentro y no pudo**

**distinguir nada en la densa penumbra. En vez de entrar, rodeó la casa, y fue una suerte que lo hiciera.**

**En la**

**parte de atrás, el olor era aún peor. Larry intentó abrir la puerta del fondo y como estaba cerrada sin llave**

**entró en la cocina. Birdie Marsten estaba tendida en un rincón, con las piernas abiertas y los pies desnudos. Le**

**habían volado media  
cabeza de un disparo hecho  
a quemarropa.**

**«Y las moscas... —decía  
siempre en ese momento  
Audrey Hersey hablando  
con tranquila autoridad—.  
Larry dice que la cocina  
estaba llena de moscas.  
Zumbaban por todas  
partes, se posaban en...  
usted ya me  
entiende, y volvían a  
levantar el vuelo. Las  
moscas...»**

**Larry McLeod salió de allí y volvió directamente al pueblo. Buscó a Norris Varney, que en ese momento era el policía, y llamó a tres o cuatro de los parroquianos de la tienda de Crossen; en aquel entonces, el padre de Milt era todavía el que atendía el local. Entre los que acudieron estaba Jackson, el hermano mayor de**

**Audrey. Volvieron a la casa en el Chevrolet de Norris y en la camioneta de correos de Larry.**

**En el pueblo, nadie había estado jamás en la casa y no terminaban de asombrarse. Cuando se extinguió el alboroto, el Telegram de Portland publicó un artículo de fondo sobre el asunto. La casa de Hubert Marsten era un atestado, caótico e increíble nido de ratas,**

**donde la basura y la  
podredumbre se apilaban  
dejando  
estrechos y tortuosos  
senderos que se abrían  
paso entre montones de  
periódicos, revistas  
amarillentas y miles  
de libros que se caían a  
pedazos. La antecesora de  
Loretta Starcher en la  
biblioteca pública de  
Salem's Lot se  
había hecho con las obras  
completas de Dickens,  
Scott y Mariatt, que**



**seguían allí sin  
desempaquetar.**

**Jackson Hersey levantó un  
ejemplar del Saturday  
Evening Post, empezó a  
hojearlo y se quedó  
perplejo:**

**en cada página habían  
pegado pulcramente un  
billete de un dólar.**

**Fue Norris Varney quien  
descubrió que Larry había  
tenido mucha suerte al  
entrar por la puerta de la  
cocina. El arma asesina  
había sido atada a una**

**silla, con el cañón en  
dirección a la puerta de  
delante, apuntado  
a la altura del pecho de un  
hombre. El fusil estaba  
amartillado y del gatillo  
salía una cuerda que corría  
por el  
piso del vestíbulo hasta el  
picaporte de la puerta.  
«Y bien cargado que estaba  
—insistía Audrey al  
contarlo—. Un tironcito y  
Larry McLeod se hubiera**

**encontrado directamente  
ante las puertas de la  
morada eterna.»**

**También había otras  
trampas, aunque menos  
mortíferas. Sobre la puerta  
del comedor habían  
colocado un  
atado de veinte kilos de  
periódicos. Uno de los  
peldaños de la escalera que  
llevaba al piso de arriba  
estaba  
serrado y podría haber  
costado a cualquiera un  
tobillo roto. No tardó en**

**evidenciarse que Hubie  
Marsten  
estaba algo más que mal de  
la cabeza; se había vuelto  
total y rematadamente  
loco.**

**Lo encontraron en el  
dormitorio que había al  
final del pasillo del piso de  
arriba colgado de una viga.  
Susan y sus amiguitas se  
habían torturado  
deliciosamente con los  
relatos que habían oído de  
sus**

**mayores; Amy Rawcliffe  
tenía en el patio del fondo  
de su casa una casita de  
juguete, donde las niñas  
solían  
encerrarse con llave y  
sentarse en la oscuridad  
para aterrarse unas a otras  
hablando de la casa de los  
Marsten,  
que se había ganado su  
siniestra reputación mucho  
antes de que Hitler  
invadiera Polonia, y para  
repetirse las**

**historias que habían oído a  
sus padres con los  
aditamentos más  
espeluznantes que  
alcanzaban a imaginar,  
Todavía hoy, dieciocho  
años más tarde, Susan  
tenía la sensación de que  
sólo el pensar en la casa de  
los  
Marsten actuaba sobre ella  
como el conjuro de un  
hechicero, evocando las  
imágenes, dolorosamente  
nítidas,**

**de las niñas acurrucadas en la casa de juguete, tomadas de las manos mientras Amy relataba con voz**

**escalofriante: «Y tenía toda la cara hinchada, la lengua negra y le colgaba fuera de la boca. Estaba cubierto de moscas. Mi mamá se lo contó a la señora Werts.»**

**—..Jante.**

**—¿Cómo? Discúlpame. —**

**A Susan le costó casi un esfuerzo físico regresar al presente.**

**En ese momento, Ben salta de la autopista de peaje para tomar el desvío hacia Salem's Lot. Repitió:**

**—Dije que realmente es un lugar horripilante.**

**—Háblame de cuando estuviste dentro.**

**Con una risa carente de alegría, Ben encendió las luces de carretera. Con sus dos carriles, la oscuridad del camino se extendía ante ellos, enmarcada en una doble hilera de pinos y abetos.**



**—Empezó como un juego de niños. Tal vez nunca haya sido más que eso.**

**Recuerda que hablo del año**

**cincuenta y uno y que a los pequeños tenía que**

**ocurrírseles algo que los divirtiera porque en esa época aún no**

**estaba de moda meterse**

**por las narices la cola para**

**armar los aviones de**

**juguete. Yo solía jugar con**

**los chicos**

**del Bend, la mayoría de ellos ya no deben de estar aquí en estos momentos...**

**¿Todavía siguen llamando Bend**

**a la parte sur de Salem's Lot?**

**—Sí.**

**—Pues yo jugaba con Davie Barclay, Charles James, a quien todos los chicos solían llamar Sonny, con Harold Rauberson, Floyd Tibbits...**

**—¿Con Floyd? —preguntó Susan sobresaltada.**

**—Sí. ¿Lo conoces?**

**—Durante un tiempo salí con él —respondió Susan, y temerosa de que su voz sonara extraña prosiguió presurosamente—: Sonny James también sigue aquí. Está a cargo de la gasolinera de Jointner Avenue. Harold Rauberson murió. De leucemia.**

**—Todos ellos tenían un par de año» más que yo.**

**Formaban una banda muy exclusiva. Sólo podían ingresar en ella los Piratas Sanguinarios que cumplieran por lo menos tres requisitos. —Ben se había propuesto hacer un relato aséptico, pero en sus palabras subyacía un resabio de k antigua amargura—. No querían admitirme, y lo que más deseaba en el mundo era ser Pirata**

**Sanguinario... ese verano,  
por lo menos.**

**Seguí insistiendo hasta que  
finalmente cedieron.**

**Dijeron que me aceptarían  
si pasaba una prueba, que  
Dave**

**urdió en ese mismo  
momento. Teníamos que ir  
todos a la casa de los  
Marsten y yo tendría que  
entrar y salir  
con un botín. —Volvió a  
reírse, pero sintió que se le  
había secado la boca.**

**—¿Y qué sucedió?**

**—Entré por una ventana.  
La casa seguía llena de  
basura después de doce  
años. Durante la guerra se  
debieron de llevar los  
periódicos, pero lo demás  
lo dejaron allí. En el  
vestíbulo había una mesa y  
sobre ella  
uno de esos globos con  
nieve... ¿Sabes a qué me  
refiero? Dentro del globo  
hay una casita y, cuando lo  
agitas,  
la nieve cae encima. Lo  
guardé en el bolsillo, pero**

**no salí. En realidad, quería probarme a mí mismo, de modo**

**que subí las escaleras y me dirigí hacia la habitación donde se ahorcó.**

**—Oh, Dios mío —susurró Susan.**

**—Alcánzame un cigarrillo de la guantera, ¿quieres? Estoy tratando de dejar de fumar, pero en este momento lo necesito.**

**Susan se lo alcanzó y Ben oprimió el encendedor del tablero.**

**—La casa olía mal. No puedes imaginar cómo olía, a humedad y a tapizados podridos, y había una especie de olor ácido, como de mantequilla rancia. Pero había vida..., ratas, marmotas o sabe Dios qué bichos habían hecho cuevas en las paredes o hibernaban en el sótano. Había un olor húmedo y mezquino por toda la casa.**



**»Trepé por las escaleras.  
No era más que un niño de  
nueve años muerto de  
miedo. La casa crujía y  
parecía moverse. Yo oía el  
ruido de seres que surgían  
de mi interior y se filtraban  
por las paredes.**

**»Me parecía oír pasos que  
me seguían. Tenía miedo de  
girarme y ver que Hubie  
Marsten se me  
acercaba, tambaleándose,  
llevando una cuerda con un  
nudo corredizo en la mano  
y con la cara negra.**

**Sus manos agarraban con nerviosismo el volante y había desaparecido de su voz toda frivolidad. La intensidad de su recuerdo asustó un poco a Susan. El resplandor de las luces del tablero destacaba en el rostro de Ben la expresión de un hombre que viajaba por un país odiado del que no puede alejarse por completo.**

**—Al llegar a lo alto de la escalera reuní todo mi**

**valor y corrí por el pasillo hasta llegar a esa habitación.**

**Estaba decidido a entrar corriendo en ella, apoderarme de cualquier cosa que hubiera allí y bajar a toda prisa.**

**Al final del pasillo, la puerta estaba cerrada y yo la veía cada vez más próxima. Veía que las bisagras habían cedido y que el borde inferior de la puerta se apoyaba en el umbral.**

**Alcancé a ver el picaporte  
de plata, un  
poco empañado en el lugar  
donde se apoyaban las  
manos. Cuando lo empujé,  
la parte de abajo de la  
puerta  
chirrió como una mujer  
que sufre. Si hubiera  
estado en mis cabales, creo  
que me habría dado la  
vuelta y  
habría salido de allí como  
alma que lleva el diablo.  
Pero estaba lleno de**

**adrenalina, y aferré el  
picaporte con  
ambas manos para  
empujar con todas mis  
fuerzas. La puerta se abrió  
y allí estaba Hubie, colgado  
de la viga,  
con la forma del cuerpo  
recortada contra la luz de  
la ventana.**

**—Oh, Ben, no es...**

**—Te aseguro que es la  
verdad —insistió él—. La  
verdad de lo que vio un  
niño de nueve años y de lo**

**que veinticuatro años más tarde recuerda el hombre. Hubie estaba allí colgado y no tenía la cara negra, qué va. La tenía verde, con los ojos hinchados y cerrados. Las manos lívidas..., horrorosas. Y entonces abrió los ojos. Ben aspiró el humo de su cigarrillo y lo arrojó por la ventanilla a las tinieblas. —Dejé escapar un chillido que debió de oírse a tres**

**kilómetros y salí corriendo.  
Caí por la escalera. Me  
levanté. Salí corriendo por  
la puerta principal. Seguí  
corriendo por el camino.  
Los chicos me esperaban a  
casi  
un kilómetro de distancia.  
Entonces me di cuenta de  
que todavía tenía en la  
mano el globo de cristal y...  
todavía lo conservo.  
—Pero... tú no crees  
realmente que viste a  
Hubert Marsten, ¿verdad,**

**Ben? —Muy a lo lejos,  
Susan  
alcanzaba a ver la luz  
amarilla y parpadeante que  
señalaba el centro del  
pueblo y se alegró de verla.  
—No lo sé —respondió él,  
después de una larga  
pausa. Habló con dificultad  
y de mala gana, como si  
hubiera preferido negarlo y  
terminar con el tema—.  
Quizá estaba tan exaltado  
que no fue más que una  
alucinación. Por otra parte,  
es posible que haya cierta**



**verdad en la idea de que las casas absorben las emociones que se generan en ellas, que tienen una especie de... magnetismo interior. Tal vez una personalidad adecuada, la de un chico imaginativo, por ejemplo, pueda actuar como catalizador sobre esa carga magnética y conseguir que produzca una manifestación activa de... de algo. No estoy**

**hablando de fantasmas. Me refiero a una especie de televisión psíquica en tres dimensiones. Quizá haya algo vivo. No sé, un monstruo o algo así. Susan tomó uno de los cigarrillos de Ben y lo encendió.**

**—De todas maneras, pasé semanas enteras durmiendo sin apagar la luz del dormitorio y durante toda mi**

**vida he seguido soñando  
con que abría esa puerta.  
Siempre que estoy  
nervioso, sueño con eso.**

**—Es espantoso.**

**—No. No tanto. Todos  
tenemos nuestras  
pesadillas.**

**Con un gesto del dedo  
pulgar, Ben señaló las casas  
dormidas y silenciosas que  
bordeaban Jointner  
Avenue.**

**—A veces —continuó— me  
pregunto si hasta las tablas**

**de esas casas gimen con las cosas horrorosas que suceden en los sueños. —Hizo una pausa—. Si quieres, podrías venir a la pensión de Eva y nos sentamos un rato en el porche. No puedo invitarte a entrar, por las reglas de la casa, pero tengo un par de coca-colas en la nevera y traeré el ron de mi habitación. Podemos echar un trago de despedida.**

**—Oh, me encantaría.  
Ben dobló por Railroad  
Street, apagó las luces del  
coche y se dirigió al  
pequeño aparcamiento de  
tierra  
destinado a los huéspedes  
de Eva. El porche trasero  
estaba pintado de blanco  
con filetes rojos y las tres  
sillas  
de mimbre colocadas en él  
miraban hacia, el río. El  
espectáculo era  
deslumbrante. La luna del  
final de verano,**

**atrapada en los árboles de  
la ribera, pintaba a través  
del agua una senda de  
plata. En el silencio del  
pueblo,  
Susan oía el débil gorgoteo  
espumoso del agua al  
verterse por las esclusas del  
embalse.**

**—Siéntate, vuelvo  
enseguida.**

**Ben entró en la casa,  
cerrando suavemente tras  
de sí la puerta de repita, y  
Susan se sentó en una de  
las**

**mecedoras.**

**A pesar de lo extraño que era, él le gustaba. Susan no creía en el amor a primera vista, pero creía que con frecuencia el deseo (disimulado con otros nombres más inocentes) se encendía instantáneamente. Y sin embargo, Ben no era un hombre que impulsara a escribir a medianoche en un diario íntimo; era demasiado**

**delgado para su altura, un poco pálido. Su rostro resultaba introspectivo y demasiado intelectual, los ojos rara vez traicionaban sus pensamientos. Todo eso coronado por una densa mata de cabello negro que daba la impresión de peinar con los dedos en vez de cepillárselo. Y esa historia. Ni La hija de Conway ni Danza aérea traicionaban**



**una disposición anímica  
tan morbosa. La primera  
novela narraba la historia  
de la hija de un pastor que  
se escapa, se une a los  
jóvenes rebeldes y hace un  
largo y  
azaroso viaje por todo el  
país en autostop. La  
segunda era la historia de  
Frank Buzzey, un convicto  
fugado  
que empieza una nueva  
vida como mecánico en  
otro estado, hasta que**

**vuelven a detenerlo. Los  
dos libros  
eran enérgicos y llenos de  
vida, y no daban la  
impresión de que sobre  
ellos se balanceara la  
sombra de Hubie  
Marsten, reflejada en los  
ojos de un chiquillo de  
nueve años.  
Como si sus propios  
pensamientos la obligaran  
a hacerlo, Susan apartó sus  
ojos del río y los dirigió  
casi**

**involuntariamente hacia la izquierda del porche, donde la última colina que se alzaba ante el pueblo impedía ver las estrellas.**

**—Ya está —dijo Ben—.**

**Espero que esto te guste...**

**—Mira la casa de los Marsten —dijo ella.**

**Ben miró, y vio que había una luz allá arriba.**

**7**

**Habían terminado el cubalibre pasada la medianoche; la luna casi**

**había desaparecido. Tras un rato de conversación intrascendente, Susan dijo: —Me gustas, Ben. Me gustas mucho.**

**—Tú también me gustas. Y me sorprende... No, no era eso lo que quería decir.**

**¿Recuerdas aquella tontería que dije en el parque? Todo esto parece demasiado fortuito.**

**—Yo quiero volver a verte, si tú estás de acuerdo.**

**—Claro que sí.**

**—Pero sin darnos prisa.  
Recuerda que no soy más  
que una muchacha de  
pueblo.**

**—Parece tan  
hollywoodense... —Ben  
sonrió—. Me refiero a las  
buenas películas de  
Hollywood, claro.**

**¿Se supone que es ahora  
cuando tengo que besarte?  
—Sí —asintió con seriedad  
Susan—. Creo que es lo  
que corresponde.**

**Ben estaba sentado en la  
mecedora de al lado y, sin**

**interrumpir su lento  
movimiento oscilatorio, se  
inclinó para besar la boca  
de Susan. No pretendía  
alcanzar la lengua de la  
muchacha ni tocarla. Sus  
labios  
eran firmes con la presión  
de los dientes y en su  
aliento había un débil eco  
de ron y de tabaco.  
Susan también empezó a  
mecerse y el movimiento  
convirtió el beso en algo  
nuevo, que crecía y**

**decrecía, se hacía leve y otra vez firme. «Está saboreándome», pensó Susan. La idea movilizó en ella una limpia y secreta excitación, y la muchacha interrumpió el beso antes de que pudiera llevarla más lejos. —¡Uf! —suspiró Ben. —¿Te gustaría venir a cenar a casa conmigo? Estoy segura de que a mis padres les encantaría conocerte.**

**—En la placentera serenidad de ese momento, Susan podía hablar así de su madre.**

**—¿Comida casera?**

**—Caserísima.**

**—Me encantaría. Desde que llegué me estoy alimentando de bocadillos.**

**—¿A las seis? En este pueblo se cena temprano.**

**—Espléndido. Y ya que hablamos de casa, será mejor que te lleve. Vamos. Durante el trayecto no hablaron hasta que Susan**



**volvió a ver la luz nocturna que parpadeaba en la cima de la colina, la que su madre dejaba siempre encendida cuando ella salía.**

**—¿Quién podrá estar despierto allí arriba? — caviló, mirando hacia la casa de los Marsten.**

**—El nuevo dueño, probablemente — respondió Ben sin comprometerse.**

**—Pero esa luz no parecía eléctrica —continuó ella—.**

**Demasiado débil y amarillenta. Tal vez fuera una lámpara de queroseno.**

**—Es probable que todavía no tengan corriente.**

**—Tal vez. Pero cualquiera que fuera un poco previsor llamaría a la compañía de la luz antes de trasladarse.**

**Ben no contestó. Había llegado a la entrada de la casa de Susan.**

**—Ben —prorrumpió ella de pronto—, tu nuevo**

**libro, ¿es sobre la casa de los Marsten?**

**Él rió y le besó la punta de la nariz.**

**—Es tarde.**

**—No pretendía ser curiosa**

**—le sonrió Susan.**

**—Está bien. Ya hablaremos de eso... durante el día.**

**—Perfecto.**

**—Será mejor que entres, pequeña. ¿Mañana a las seis?**

**Susan miró su reloj.**

**—Hoy a las seis.**

**—Buenas noches, Susan.**

**—Buenas noches.**

**Bajó del coche y corrió por el sendero hasta la puerta lateral, para después volverse a saludarle con la mano mientras Ben se alejaba con el coche. Antes de entrar cogió la nota con el pedido para el lechero y agregó crema ácida. Se servirá con patatas al horno, pensó. Le dará categoría a la cena. Se demoró un minuto más antes de entrar, mirando**

**hacia la casa de los  
Marsten.**

**8**

**Ya en su habitación,  
pequeña como una caja,  
Ben se desvistió con la luz  
apagada y se deslizó  
desnudo**

**entre las sábanas. Susan  
era una chica bonita, la  
primera que le parecía  
bonita desde la muerte de  
Miranda.**

**Pensó que ojalá no tratara  
de convertirla en una  
nueva Miranda; sería**

**doloroso para él y  
horriblemente injusto  
para ella.**

**Se tendió en la cama y se  
relajó. Antes de que le  
venciera el sueño, se apoyó  
en un codo y miró por la  
ventana, más allá de la  
sombra rectangular de la  
máquina de escribir y por  
encima del delgado manojó  
de  
hojas manuscritas que  
estaba junto a ella. Después  
de examinar varias**

**habitaciones, había pedido a Eva Miller que le diera específicamente ésta, porque estaba orientada directamente hacia la casa de los Marsten.**

**Allá arriba, las luces seguían encendidas.**

**Esa noche, por primera vez desde que había vuelto a Salem's Lot, tuvo la antigua pesadilla, que no se había presentado con tanta nitidez desde los días espantosos que habían**

**seguido a la muerte de  
Miranda en el  
accidente. La carrera a lo  
largo del pasillo, el horrible  
chillido de la puerta  
mientras se abría, la figura  
pendiente que abría  
súbitamente los ojos  
abominablemente  
hinchados, él mismo que se  
volvía hacia la puerta  
en el pánico lento y  
pegajoso de los sueños...  
Y la encontraba cerrada  
con llave.**

**TRES**



# **SOLAR (I)**

**1**

**El pueblo no tarda en despertar; el trabajo no espera. Cuando el sol todavía no ha despuntado en el horizonte y la oscuridad reina en la comarca, la actividad ya ha empezado.**

**2**

**4.00 h.**

**Los muchachos de Griffen —Hal de dieciocho años, y Jack de catorce— y los dos peones habían**

**empezado a ordeñar. El establo era una maravilla de limpieza, encalado y reluciente. Por el centro, entre las sendas immaculadas que pasaban frente a las dos hileras de establos, corría un bebedero de cemento. Hal hizo correr el agua accionando un interruptor al tiempo que abría una válvula. La bomba de motor eléctrico que**

**sacaba el agua de uno de los dos pozos artesianos que alimentaban el lugar se puso en movimiento con un zumbido continuo. Hal era un muchacho hosco, nada brillante, y ese día estaba especialmente irritable. La noche anterior había tenido una discusión con su padre. Hal no quería seguir yendo a la escuela. Odiaba la escuela. No soportaba ese aburrimiento, esa**

**insistencia en que permaneciera inmóvil durante períodos de cincuenta minutos de duración y estaba harto de todas las materias, con excepción del taller de carpintería y el de artes gráficas. £1 inglés era desesperante; la historia, idiota; las matemáticas comerciales, incomprensibles. Y lo peor de todo era que nada de eso servía**

**para nada. A las vacas no les importaba cómo se hablaba o que se conjugaran mal los verbos, ni quién fue el comandante en jefe del maldito ejército del Potomac durante la maldita Guerra Civil, y en cuanto a las matemáticas, su padre era incapaz de sumar dos quintos y un medio aunque se lo mandaran frente a un pelotón de fusilamiento. Por eso tenía un contable.**

**¡Menudo tipo! Tenía un título universitario y trabajaba para un idiota como su viejo. Éste le había dicho muchas veces que el secreto de llevar bien un negocio (y una granja lechera era un negocio como cualquier otro) no se aprendía en los libros; todo radicaba en conocer a la gente. Su padre era especial para venirle a uno con toda esa estupidez**

**sobre las maravillas de la educación — él, que había llegado a sexto grado y nunca leía otra cosa que el Reader's Digest—, pero la granja daba un beneficio de dieciséis mil dólares anuales. Conocer a la gente... Saber dar la mano y preguntar por la mujer sin olvidar el nombre de ella. «Mira, Hal, tienes que conocer a la gente. Hay dos**

**clases de personas: las que uno se puede llevar por delante y las que no se puede.» Los primeros excedían a los segundos en la proporción de diez a uno.**

**Lamentablemente, su padre pertenecía al grupo menos numeroso.**

**Hal miró por encima del hombro a Jack que, lento y soñoliento, iba poniendo en los cuatro primeros**



**establos el heno que sacaba con la horquilla de un fardo roto. Ése era el tragalibros, el mimado de papá.**

**También era un miserable, un infeliz.**

**—¡Vamos! —le gritó—.**

**¡Date prisa con ese heno!**

**Abrió los armarios para sacar la primera de las cuatro ordeñadoras y la arrastró por el pasillo. Su gesto**

**era hosco por encima del  
resplandeciente artefacto  
de acero inoxidable.**

**La escuela... ¡A la mierda  
con la maldita escuela!**

**Los nueve meses siguientes  
se extendían ante él como  
una tumba interminable.**

**3**

**4.30 h.**

**La leche extraída el último  
día ya había sido procesada  
y de nuevo estaba camino  
de Salem's Lot, pero  
ya no en tarros de acero  
galvanizado sino en**

**cartones que llevaban la colorida etiqueta de la granja lechera de Slewfoot Hill. El padre de Charles Griffen comercializaba la leche que él mismo producía, pero eso ya no resultaba práctico. Las cooperativas habían absorbido a los últimos productores independientes. El lechero representante de Slewfoot Hill en el oeste de**

**Salem era Irwin Purinton, que empezaba su recorrido por Brock Street (conocida en la comarca como Brock Road, o El Semillero de Baches), para después recorrer el centro del pueblo hasta salir de él por Brooks Road.**

**Win había cumplido los 61 años en agosto, y por primera vez en su vida, la jubilación inminente le parecía real y posible. Su mujer, una vieja aborrecible llamada Elsie,**

**había muerto en el otoño  
de 1973**

**(precederlo a la tumba fue  
la única consideración que  
había demostrado hacia él  
en veintisiete años de  
matrimonio), y cuando  
finalmente le llegara la  
jubilación, Win se  
instalaría con su perro,  
Doc, un mestizo con  
mezcla de cocker, en  
Pemaquid Point. Sus  
proyectos radicaban  
básicamente en dormir  
todos los días hasta las**

**nueve de la mañana y no  
ver nunca más un  
amanecer.**

**Se detuvo frente a la casa  
de los Norton y el pedido  
llenó su cesta: zumo de  
naranja, dos litros de leche  
y**

**una docena de huevos. Al  
bajar del carro sintió una  
debilísima punzada en la  
rodilla derecha. El tiempo  
sería  
bueno.**

**Escrito con la letra  
redonda y clara de Susan,**

**había agregado al pedido habitual de la señora Norton:**

**«Por favor, Win, deje una botella pequeña de crema ácida. Gracias.»**

**Purinton volvió a buscarla pensando que le esperaba uno de esos días en que todo el mundo hacía pedidos especiales. ¡Crema ácida! Una vez que la había probado, había sentido náuseas.**

**El cielo empezaba a aclararse en el este, y en los**

**campos que se extendían hasta el pueblo, el rocío destellaba como miles de diamantes destinados a pagar el rescate de un rey.**

**4**

**5.15 h.**

**Hacía veinte minutos que Eva Miller estaba levantada. Vestía una bata harapienta y un par de deformadas chinelas color salmón, y estaba preparándose el desayuno: huevos revueltos, lonchas de tocino y**



**una fuentecilla de frituras  
caseras. £1 refrigerio se  
completaba con dos  
tostadas con mermelada,  
un vaso de  
zumo de naranja y una  
taza de café. Era una  
mujer corpulenta, pero no  
exactamente gorda; le  
preocupaba  
demasiado la pulcritud de  
su casa como para que  
alguna vez pudiera llegar a  
ser gorda. Las curvas de su  
cuerpo eran heroicas,  
rabelaisianas. Contemplar**

**sus movimientos frente a los ocho quemadores de su cocina eléctrica era como ver el incesante movimiento de la marea o las vicisitudes migratorias de las dunas. A Eva le gustaba hacer la primera comida del día en esa soledad total, mientras planeaba el trabajo que le esperaba para la jornada. Y vaya si tendría trabajo: el miércoles era el día que cambiaba la ropa de cama.**

**En ese momento tenía  
nueve huéspedes, entre  
ellos el señor Mears. La  
casa tenía tres pisos y  
veintisiete  
habitaciones, y también  
había que lavar los suelos,  
fregar las escaleras,  
encerar el pasamanos y dar  
vuelta a la  
alfombra de la sala de  
estar. Pensó que le pediría  
a Weasel Craig que la  
ayudara en algo, salvo que  
estuviera  
durmiendo la mona.**

**La puerta de atrás se abrió en el momento en que Eva se sentaba a la mesa.**

**—Hola, Win. ¿Cómo le va?**

**—Más o menos. Me duele un poco la rodilla.**

**—Oh, lo siento. ¿Quiere dejarme un litro más de leche y una botella de esa limonada?**

**—Desde luego —dijo con resignación—. Ya sabía que iba a tener un día así.**

**Eva se dedicó a los huevos, pasando por alto el**

**comentario. Win Purinton siempre encontraba algo de qué quejarse, aunque bien sabía Dios que debería haber sido el hombre más feliz del mundo desde que la**

**arpía con que se había enganchado se cayó por la escalera del sótano y se rompió el cuello.**

**A las seis menos cuarto, en el momento en que Eva terminaba su segunda taza de café y estaba**

**encendiendo un  
Chesterfield, el Press-  
Herald golpeó contra un  
lado de la casa y cayó entre  
los rosales. La  
tercera vez en la semana; el  
chico de los Kilby se estaba  
pasando de la raya. Tal vez  
estuviera harto de repartir  
periódicos. Pues que se  
quedara ahí un rato. Los  
primeros rayos del sol, un  
oro tenue y precioso,  
entraban  
oblicuamente por las  
ventanas del este. Para Eva**

**era el mejor momento del día, y no tenía la intención de dejar que nada perturbara su paz.**

**Sus huéspedes tenían derecho a usar la cocina y la nevera, lo cual, como el cambio semanal de ropa de cama, estaba incluido en el precio, y la paz no tardaría en romperse cuando Grover Vernil y Mickey Sylvester bajaran a prepararse sus cereales antes de salir para**

**la tejeduría de Gates Falls  
donde trabajaban.**

**Como si con este  
pensamiento hubiera  
acelerado su aparición, se  
oyó correr el agua en el  
baño del**

**segundo piso y en las  
escaleras empezaron a  
retumbar las pesadas botas  
de trabajo de Sylvester.**

**Eva se levantó de su asiento  
para ir en busca del  
periódico.**

**5**

**6.05 h.**



**Los tenues gemidos del bebé perforaron el liviano sueño mañanero de Sandy McDougall, que se levantó para atender al niño con los ojos todavía hinchados. Se golpeó en la pierna contra la mesita de noche y soltó una maldición.**

**Al oírla, el bebé chilló con más fuerza.**

**—¡Cállate, que ya voy! —le gritó Sandy.**

**Por el estrecho pasillo de la caravana fue hasta la**

**cocina. Era una muchacha delgada en quien ya quedaba muy poco de la belleza que en algún momento podía haberla agraciado. Sacó de la nevera el biberón de Randy y pensó en calentárselo, pero después decidió que sólo tenía ganas de mandar al diablo todo. Si tanta hambre tienes, mocososo, te lo puedes tomar frío, se dijo.**

**Fue hasta el dormitorio del niño y lo miró fríamente.**

**Tenía diez meses, pero era enfermizo y llorón.**

**Todavía no hacía un mes que había empezado a gatear. Tal vez tuviera polio o sabe Dios qué. Ahora tenía**

**algo en las manos. Sandy se acercó más, pensando qué demonios había encontrado.**

**Sandy tenía diecisiete años, y en julio ella y su marido**

**habían celebrado el primer aniversario de su boda. En el momento de casarse con Royce McDougall, embarazada de seis meses y sin posibilidad de disimular su estado, el matrimonio le había parecido la bendición que el padre Callahan decía que era: una bendita escotilla de escape. Ahora creía que no era más que un montón de mierda. Exactamente, advirtió**

**consternada, lo que Randy tenía en las manos y con lo que había ensuciado su pelo y las paredes.**

**Se quedó mirándolo sombríamente, con el biberón frío en la mano.**

**¿Para eso, reflexionó, había dejado la escuela secundaria, sus amigos, sus esperanzas de llegar a ser modelo? Por ese piojoso remolque aparcado en el Bend, donde ya la fórmica se desprendía de los muebles,**

**por un marido que  
trabajaba todo el día en la  
tejeduría y por las noches  
se iba a beber o a jugar al  
póquer con  
los inútiles de sus amigos  
de la gasolinera. Por un  
mocoso que era el retrato  
del inútil de su padre y que  
lo  
embadurnaba todo de caca.  
Y que gritaba con toda la  
fuerza de sus pulmones.  
—¡Cállate! —vociferó a su  
vez Sandy.**

**Arrojó contra el niño el biberón de plástico, que le golpeó en la frente y le hizo caer de espaldas en la cuna, llorando y agitando los brazos. Bajo el nacimiento del pelo le había quedado una marca roja, y Sandy sintió una horrible oleada de satisfacción, pena y odio que le anudó la garganta. Levantó al niño de la cuna como si fuera un trapo. —¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!**

**Antes de poder dominarse,  
ya le había dado dos  
puñetazos, y el esfuerzo de  
Randy por gritar era tal  
que  
dejó de emitir ningún  
sonido. Con el rostro  
purpúreo, se quedó tendido  
en la cuna, jadeante.**

**—Perdóname —murmuró  
Sandy—•, Oh, perdóname.  
¿Te he hecho daño, Randy?  
Espera un minuto que  
mami te va a limpiar.  
Cuando Sandy volvió con  
un trapo mojado, Randy**



**tenía los ojos hinchados y se le estaban amoratando, pero se tomó el biberón, y cuando empezó a limpiarle la cara con el trapo mojado, le sonrió con su sonrisa sin dientes.**

**Le diré a Roy que se me cayó mientras le cambiaba, pensó Sandy. Se lo creerá. Oh, Dios, que se lo crea, por favor.**

**6**

**6.45 h.**

**La mayor parte de la población obrera de Salem's Lot iba camino de su trabajo. Mike Ryerson era uno de los pocos que trabajaban en el pueblo. En el registro anual del mismo aparecía consignado como jardinero, pero en realidad era el encargado del mantenimiento de los tres cementerios de la pequeña ciudad. En verano**

**el trabajo le exigía casi  
dedicación exclusiva, pero  
en invierno tampoco era de  
chiste como parecían  
pensar  
algunos, como ese  
remilgado de George  
Middler, el de la ferretería.  
Mike trabajaba algunas  
horas con Carl  
Foreman, el empresario de  
Pompas Fúnebres de  
Salem's Lot, y parecía que  
la mayoría de los viejos  
estiraba la  
pata en invierno.**

**En ese momento Mike iba camino de Burns Road en su camioneta, cargada de podaderas, una tijera para recortar los setos, una caja de estacas, una palanca para enderezar cualquier lápida que pudiera haberse caído, una lata de diez litros de gasolina y dos cortadoras de césped Briggs & Stratton.**

**Por la mañana cortaría el césped en Harmony HUI, y**

**realizaría cualquier arreglo que fuera necesario en las losas y la pared de piedra, y por la tarde iría al otro lado del pueblo, hasta el cementerio de Schoolyard Hill, donde solían sepultar sus muertos los miembros de una secta religiosa ya extinguida en el pueblo. Pero el que más le gustaba a Mike era Harmony Hill. No era tan antiguo como el osario**

**de Schoolyard Hill, pero era un lugar agradable y sombreado. Mike esperaba que con el tiempo a él también lo enterrarían allí... dentro de un siglo o más.**

**Tenía veintisiete años y había cursado tres años de enseñanza superior de una carrera bastante azarosa. Abrigaba la esperanza de poder terminarla algún día. Era buen mozo, de**

**maneras sencillas y  
agradables, y no  
le resultaba difícil  
vincularse con las jóvenes  
solteras que los sábados  
por la noche iban al bar de  
Dell o a  
Portland. A algunas de  
ellas, el trabajo de Mike les  
provocaba aprensión, cosa  
que a él se le hacía difícil de  
entender. Era un trabajo  
agradable, sin un patrón  
que anduviera siempre  
vigilándolo a uno por  
encima del**

**hombro, y se hacía al aire libre. Si tenía que cavar algunas tumbas o, de vez en cuando, conducir el furgón mortuorio de Cari Foreman, ¿qué problema había? Alguien tenía que hacerlo. Para su modo de pensar, sólo había una cosa más natural que la muerte, y era el sexo.**

**Tarareaba una canción cuando dobló por Burns Road y puso segunda para**



**subir la colina. El polvo  
seco  
del camino se elevaba tras  
él. A través de las densas  
frondas del verano, a  
ambos lados del camino,  
alcanzaba  
a ver los troncos desnudos  
de los árboles que se  
habían quemado en el gran  
incendio de 1951,  
esqueléticos  
como viejos huesos que se  
desintegran. Mike sabía  
que por allí había árboles**

**caídos contra los que uno  
se  
podía romper una pierna si  
no andaba con cuidado.  
Pese a que ya habían  
transcurrido veinticinco  
años, aún  
perduraban las cicatrices  
del incendio. Así eran las  
cosas. En mitad de la vida,  
estamos en la muerte.  
El cementerio estaba  
situado en lo alto de la  
colina y Mike disminuyó la  
marcha, preparándose  
para abrir**

**el portón, pero de pronto frenó en seco con un estremecimiento.**

**Del portón de hierro forjado pendía, cabeza abajo, el cadáver de un perro, y el suelo estaba empapado en sangre.**

**Mike bajó de la camioneta y se acercó. Se puso los guantes de trabajo que llevaba en el bolsillo de atrás**

**y levantó con una mano la cabeza del perro, que cedió**

**con una horrible facilidad, y se encontró con los ojos vidriosos y vacíos de Doc, el cocker mestizo de Win Purinton. Al perro lo habían ensartado en uno de los espigones del portón como a una res en un gancho de carnicería y las moscas, atontadas por el frío de la mañana, se amontonaban ya pegajosamente sobre el cuerpo.**

**Mike forcejeó para sacarlo, sintiendo que se le revolvía**

**el estómago. El vandalismo de los cementerios no era novedad para él, especialmente hacia Todos los Santos, pero para esa fecha faltaba todavía un mes y medio, y además nunca había visto una cosa así. Por lo general, se conformaban con derribar algunas lápidas, garrapatear obscenidades o colgar del portón un esqueleto de papel. Pero si esa barbaridad era obra de**

**chiquillos, eran unos  
verdaderos bastardos. A  
Win se le destrozaría el  
corazón.**

**Mike pensó en llevar el  
perro directamente al  
pueblo para mostrárselo a  
Parkins Gillespie, pero  
luego  
reflexionó que con eso no se  
ganaría nada. Podía llevar  
al pobre Doc al pueblo  
cuando volviera a comer...  
aunque ese día no iba a  
tener mucho apetito.**

**Corrió el cerrojo del portón y se miró los guantes, que estaban manchados de sangre. Habría que fregar los barrotes de hierro del portón; Mike tuvo la impresión de que, después de todo, esa tarde no llegaría a Schoolyard Hill. Entró en el cementerio, aparcó, pero ya había dejado de canturrear. La magia del día había desaparecido.**

**7**

**8.00 h.**

**Los pesados autobuses amarillos del transporte de escolares habían empezado su recorrido habitual e iban recogiendo a los niños que esperaban junto a sus buzones, jugando, con la cestita del almuerzo en la mano. Charlie Rhodes conducía uno de los autobuses, y su ruta abarcaba Taggart Stream Road, que quedaba**



**al este del pueblo, y la segunda mitad de Jointner Avenue.**

**Los chicos que viajaban en el autobús de Charlie eran los que mejor se portaban en la ciudad, y en todo el distrito escolar, en definitiva. En el autobús número 6 no había gritos ni juegos de manos ni empujones. Si no se quedaban bien sentados y quietos, o se olvidaban de los buenos**

**modales, se verían obligados a hacer a pie los casi cinco kilómetros que los separaban de la escuela elemental de Stanley Street, y explicar por qué dirección, Charlie sabía lo que pensaban de él y las cosas que se decían a sus espaldas. Pero le daba lo mismo. Él no estaba dispuesto a aceptar idioteces ni alborotos en su autobús.**

**Para eso ya estaban los pusilánimes de los maestros.**

**El director de Stanley Street había tenido el coraje de preguntarle si no habría, actuado impulsivamente cuando al chico de los Durham le suspendió el transporte por tres días por haber hablado en voz un poco alta.**

**La reacción de Charlie fue simplemente sostenerle la mirada hasta que**

**finalmente el director, un tonto que hacía apenas cuatro años que había terminado la universidad, apartó la vista. El encargado de la empresa de transporte automotor SAD 21, Dave Felsen, era un viejo amigo de Charlie; habían estado juntos en Corea, y se comprendían. Y entendían lo que estaba sucediendo en el país.**

**Entendían que el chico que en 1958 no hacía más que «hablar en voz un poco demasiado alta en el autobús» era el mismo que en 1968 se había orinado sobre la bandera. Al echar un vistazo al gran espejo colocado por encima de su cabeza vio que Mary Kate Gríegson le pasaba una nota a su amiguito Brent Tenney. Los chicos de hoy empezaban a divertirse con el sexo desde la**

**escuela primaria.**

**Disminuyó la marcha  
mientras encendía las luces  
intermitentes. Mary Kate y  
Brent le miraron  
consternados.**

**—¿Tenéis mucho que  
deciros? —les preguntó  
Charlie por el espejo—.  
Bueno, pues será mejor que  
os  
vayáis andando.**

**Abrió las puertas plegables  
y esperó que los dos se  
bajaran aterrorizados del  
autobús.**

**8**

**9.00 h.**

**Weasel Craig se cayó de la cama. El sol entraba, cegador, por la ventana del segundo piso. La cabeza le latía horribilmente, y arriba aquel tipejo, el escritor, ya estaba dándole a la máquina. Un hombre tenía que estar como una cabra para pasarse el tiempo así, tap-tap-tap, día tras día. Se levantó y, en calzoncillos, fue a**

**comprobar en el calendario si ése era el día que cobraba su pensión por desempleo. No. Era el miércoles.**

**La resaca de hoy no era tan grave como otras veces. Se había quedado en el bar de Dell hasta la hora del cierre, a la una, pero no tenía más que dos dólares y no había podido conseguir que le invitaran a muchas cervezas cuando se le acabó el dinero. Estoy perdiendo**



**el crédito, pensó mientras se frotaba la cara con una mano.**

**Se puso la camiseta que usaba en invierno y verano, se enfundó en los pantalones verdes de trabajo y después abrió el armario para buscar su desayuno: una botella de cerveza para beberse allí mismo y una caja de copos de avena, de las que repartía la beneficencia, que**

**prepararía abajo. Craig no soportaba los copos de avena, pero le había prometido a la viuda que le ayudaría a dar vuelta a la alfombra, y era probable que también tuviera que hacerle otras tareas. No es que le importara mucho, en realidad, pero se había venido abajo desde la época en que compartía el lecho de Eva Miller. El marido de ella había muerto en un accidente en**

**el aserradero, en 1959, y la cosa  
había sido graciosa, si es que se podía aplicar tal calificativo a un accidente tan horrible. Por aquel entonces el aserradero empleaba sesenta o setenta hombres, y Ralph Miller era candidato para la dirección de la empresa. Lo que le había pasado era gracioso, en cierto modo, porque Ralph Miller no tocaba una máquina desde**

**hacía siete años, en 1952, cuando lo habían ascendido de capataz a empleado de oficina. En eso consistía la gratitud de los ejecutivos hacia uno, y Weasel suponía que Ralph se la había ganado. Cuando el gran incendio arrasó los pantanos para extenderse por Jointner Avenue, avivado por un viento del este de cuarenta kilómetros por hora, todo el mundo pensó que eso era el fin del aserradero. Los**

**bomberos de seis  
municipios  
vecinos tenían bastante  
trabajo con tratar de salvar  
el pueblo como para  
distráer hombres en una  
operación tan  
descabellada como el  
aserradero de Jerusalem's  
Lot. Ralph Miller había  
organizado a todos los  
obreros del  
segundo turno en una  
brigada para combatir el  
fuego, y bajo su dirección**

**los hombres mojaron el  
tejado e  
hicieron lo que los  
bomberos no habían sido  
capaces de hacer al oeste de  
Jointner Avenue: levantar  
una  
barrera que contuvo las  
llamas y las desvió hacia el  
sur, donde quedó  
totalmente controlado.  
Siete años más tarde se  
había caído en una  
máquina de hacer pulpa de  
madera mientras hablaba  
con unos**

**visitantes de una empresa de Massachusetts, a quienes había estado enseñándoles la planta, con la esperanza de convencerlos de que la compraran. Resbaló en un charco de agua y cayó dentro de la máquina en las narices mismas de los visitantes. Desde luego la posibilidad de cerrar el trato desapareció junto con Ralph Miller. El aserradero que él mismo había salvado en**

**1951 se cerró para siempre en febrero de 1960.**

**Weasel se miró en el espejo, salpicado de agua, mientras se peinaba el pelo blanco, aún abundante y espeso a sus sesenta y siete años. Era la única parte de su persona a la que, al parecer, le sentaba bien el alcohol. Después se puso la camisa de trabajo de color caqui y, con su caja de copos de avena en la mano, bajó por las escaleras.**



**Y allí estaba él, casi dieciséis años después que todo aquello hubiera pasado, haciendo de ama de llaves para una mujer con quien antaño había mantenido relaciones sexuales, y que todavía seguía pareciéndole condenadamente atractiva. En cuanto le vio entrar en la soleada cocina, la viuda se abalanzó sobre él como un buitre.**

**—Oye, ¿podrías encerrarme el pasamanos del frente**

**una vez hayas tomado el desayuno, Weasel? ¿Tienes tiempo?**

**Ambos mantenían la ficción de que él hacía esos trabajos como favores, no en pago de los catorce dólares semanales que costaba su habitación.**

**—Cómo no, Eva.**

**—Y la alfombra del salón de enfrente...**

**—... habría que darle la vuelta. Sí, lo recuerdo.**

**—¿Te duele la cabeza esta mañana?**

**Eva formuló la pregunta  
sin dejar que en su voz  
asomara compasión  
alguna, pero Weasel la  
sentía vibrar  
por debajo de la epidermis.**

**—En absoluto —contestó  
mientras ponía a calentar  
el agua para la avena.**

**—Es que viniste tarde, por  
eso te lo preguntaba.**

**—No dejas de vigilarme,  
¿eh?**

**Weasel la miró, enarcando  
una ceja, satisfecho de ver**

**que ella todavía podía ruborizarse como una colegiala, aunque ya hacía casi nueve años que habían dejado de lado toda diversión.**

**—Vamos, Ed...**

**Eva era la única que seguía llamándolo así. Para todos los demás habitantes de Solar, él no era más que Weasel.<sup>1</sup> Pues muy bien. Que le llamaran como quisieran. El oso había atrapado a la comadreja.**

**—No importa —concluyó él ásperamente—. Hoy me he levantado con el pie izquierdo.**

**—Yo diría que te has caído de la cama.**

**Eva habló con más vivacidad de lo que se había propuesto, pero Weasel se limitó a gruñir. Cocinó su repugnante avena y se la comió; después cogió la cera para muebles y unos trapos y salió sin mirar atrás.**

**Arriba, el tap-tap-tap de la máquina de escribir seguía con intermitencias. Vinnie Upshaw, que ocupaba el cuarto enfrente al de él, decía que empezaba todas las mañanas a las nueve, seguía hasta mediodía, volvía a empezar a las tres para seguir hasta las seis, empezaba de nuevo a las nueve y seguía sin parar hasta medianoche. Weasel no comprendía que alguien**

**pudiera tener tantas  
palabras en la cabeza.**

**Así y todo, parecía bastante  
buen tipo, y no estaría mal  
tomarse unas cervezas con  
él alguna noche en el  
bar de Dell. Weasel había  
oído comentar que la  
mayoría de los escritores  
bebían como cosacos.**

**Empezó a lustrar  
metódicamente el  
pasamanos, y de nuevo se  
encontró pensando en la  
viuda. Con el**

**dinero del seguro de su  
marido, Eva había  
convertido la casa en una  
pensión y se las arreglaba  
muy bien. No  
tenía por qué ser de otro  
modo. Trabajaba como una  
muía. Pero con su marido  
debía de haber estado  
acostumbrada a follar con  
regularidad, y una vez se  
extinguió su pena, su  
necesidad había  
perdurado. ¡Dios, y  
cómo le había gustado  
hacérselo con él!**



**Por aquellos días, a principios de los sesenta, la gente todavía le llamaba Ed y no Weasel, y él aún se sentía dueño de la botella en vez de ser lo contrario. Tenía un buen trabajo, y las cosas habían empezado una noche de enero. Interrumpió el rítmico movimiento del encerado y miró pensativamente por la estrecha ventana que había en el descanso del segundo piso, llena de esa**

**ultima luz brillante y  
dorada del verano, una luz  
que se  
reía del otoño frío y  
bullicioso y del invierno,  
más frío aún, que habría de  
seguirle.**

**Aquella noche fue cosa de  
los dos, y después de  
haberlo hecho, cuando  
yacían juntos en la  
oscuridad del  
dormitorio de Eva, ella  
empezó a llorar y a decirle  
que lo que habían hecho**

**estaba mal. Él le dijo que  
había  
estado bien, aunque no  
sabía si estaba bien o mal  
ni le importaba. Y mientras  
el viento norte silbaba y  
gemía  
en los aleros, la habitación  
de Eva era tibia y segura, y  
por fin se quedaron  
dormidos, pegados como  
cucharas  
en el cajón de los cubiertos.  
Ah, Dios bendito, el tiempo  
era como un río, y Weasel**

**se preguntó si eso lo sabría  
aquel escritorzuelo.**

**Reanudó el lustrado con  
largos movimientos  
rítmicos.**

**9**

**10.00 h.**

**En el colegio de Stanley  
Street había llegado la hora  
del recreo. Era el edificio  
escolar más nuevo y  
ostentoso de Solar, tanto  
que el distrito escolar no  
había terminado de  
pagarlo. Se trataba de un  
edificio bajo,**

**con cuatro grandes aulas,  
de cristal, tan moderno y  
luminoso como viejo y  
oscuro era el colegio de  
Brock  
Street.**

**Richie Boddin, que era el  
matón de la escuela y se  
enorgullecía de serlo, salió  
al patio de recreo,  
buscando con los ojos al  
chico nuevo tan listo que se  
sabía todos los temas de  
matemáticas. No iba a  
permitir**

**que llegara a su escuela  
ningún chico nuevo sin  
enterarse de quién era el  
jefe, y mucho menos un  
cuatro ojos  
marica y preferido del  
maestro.**

**Richie tenía once años y  
pesaba setenta kilos. Desde  
siempre, la madre se había  
dedicado a mostrar a la  
gente cuan enorme era su  
hijo, de modo que Richie  
sabía que era grande. A  
veces se imaginaba que al  
andar**

**oía temblar el suelo bajo sus pies. Y cuando fuera mayor fumaría Camel, lo mismo que su padre. Los chicos de los cursos adelantados le tenían terror, y a los más pequeños Richie les parecía el tótem de la escuela. Cuando empezaran el instituto en Brock Street School, echarían en falta una deidad en su panteón. A Richie todo eso le encantaba.**

**Y ahí estaba ese chico,  
Petrie, esperando que le  
llamaran para el partido de  
fútbol durante el recreo.**

**—¡Eh! —vociferó Richie.**

**Todo el mundo se volvió,  
salvo Petrie. Todos los ojos  
parecieron aliviados  
cuando vieron que los de  
Richie miraban hacia otra  
parte.**

**—¡Eh, tú, cuatro ojos!**

**Mark Petrie se volvió hacia  
Richie. Sus gafas con  
montura de acero brillaron  
bajo el sol de la mañana.**



**Era tan alto como Richie,  
es decir, más que la  
mayoría de sus  
compañeros, pero era más  
delgado y su rostro  
tenía algo de indefenso y  
reservado.**

**—¿Me hablas a mí?**

**—¿Me hablas a mí? —lo  
imitó Richie con voz de  
falsete—. ¿Sabes que  
hablas como un maricón,  
cuatro  
ojos?**

**—No, no lo sabía —  
respondió Mark.**

**Richie dio un paso adelante.**

**—Apuesto a que lo eres.**

**Un gran maricón al que le gusta chuparse el dedo.**

**—¿De veras? —Le sacaba a uno de quicio con ese tono cortés.**

**—Sí, eso me han dicho. Y que no son sólo dedos lo que chupas.**

**Los chicos empezaron a arremolinarse para ver cómo Richie le cascaba al nuevo. La señorita Holcomb,**

**que esa semana estaba a cargo del recreo, se había ido al patio de delante a vigilar a los más pequeños en los**

**columpios y balancines.**

**—¿Cuál es tu banda? —**

**preguntó Mark, que miraba a Richie como si acabara de encontrar un bicho**

**nuevo e interesante.**

**—¿Cuál es tu banda? —**

**volvió a mofarse Richie, en falsete—. Yo no tengo**

**ninguna banda. Pero me han dicho que tú eres un gordo maricón.**

**—¿De veras? —preguntó Mark, siempre cortés—.**

**Pues a mí me han asegurado que tú eres una bestia**

**estúpida, ¿sabes?**

**Silencio. Los demás muchachos se quedaron boquiabiertos (pero al mismo tiempo interesados; jamás se**

**había visto que nadie firmara su propia sentencia de muerte). Richie, tomado de sorpresa, se quedó tan boquiabierto como los demás.**

**Mark se quitó las gafas y se las entregó al muchacho que estaba junto a él —¿Quieres guardármelas? El otro las cogió, mientras miraba silenciosamente a Mark con ojos desorbitados.**

**Richie atacó. Fue una carga lenta y torpe, sin**

**asomo de gracia ni finura.  
El suelo temblaba bajo sus  
pies**

**mientras avanzaba, lleno  
de confianza. Su derecha  
preparaba el puñetazo que  
iba a asestar en plena boca  
al**

**marica cuatro ojos, y que le  
haría saltar los dientes  
como las teclas de un  
piano. Prepárate para el  
dentista,**

**maricón, que te la doy.**

**Mark Petrie se inclinó  
hacia un lado y el puño le**

**pasó por encima de la  
cabeza. Richie se vio  
arrastrado  
por su propio impulso, y  
Mark no tuvo más que  
poner el pie. Richie Boddin  
cayó pesadamente al suelo,  
con  
un gruñido, y una  
exclamación de asombro se  
elevó del grupo de niños  
que observaban.  
Mark sabía perfectamente  
que si el torpe muchacho  
que yacía en el suelo**

**recuperaba la ventaja, le daría**

**una buena paliza. Mark era ágil, pero con la agilidad no se resistía mucho en una pelea en el patio del colegio.**

**Si el escenario hubiera sido la calle, ése habría sido el momento de correr para distanciarse de su perseguidor,**

**y después darse vuelta para aplastarle la nariz. Pero no estaban en la calle, y Mark sabía que si no vencía**



**inmediatamente a aquel grandullón, jamás volvería a tener paz.**

**Todo eso lo pensó en una fracción de segundo, y saltó sobre la espalda de Richie Boddin.**

**Richie gruñó, y todos volvieron a exclamar. Mark cogió a Richie del brazo y se lo retorció a la espalda. Richie chilló de dolor.**

**—Di me rindo o te rompo el brazo, lo juro por Dios —dijo Mark.**

**La respuesta de Richie fue digna de un marine veterano.**

**Mark le subió el brazo hasta los omóplatos, y Richie volvió a gritar lleno de indignación, miedo y perplejidad. Nunca le había ocurrido nada parecido y no podía ser que le estuviera ocurriendo ahora. ¡Tenía sentado sobre la espalda a un cuatro ojos maricón que le retorció el brazo y le**

**hacía pitar ante sus  
súbditos!**

**—Di me rindo —repitió  
Mark.**

**Richie consiguió ponerse de  
rodillas; Mark le hincó a su  
vez las suyas en los  
costados, como si montara  
un caballo, y se afirmó. Los  
dos estaban cubiertos de  
polvo, pero la situación de  
Richie era peor. Tenía la  
cara**

**roja y tensa, los ojos se le  
salían de las órbitas, y un**

**rasguño le cruzaba la mejilla.**

**Intentó sacudirse de los hombros a Mark, pero éste volvió a doblarle el brazo hacia arriba. Esta vez lo de Richie no fue un grito sino un aullido.**

**—Di me rindo, o por Dios que te lo rompo.**

**A Richie se le había salido la camisa de los pantalones y sentía ardor en la barriga. Empezó a sollozar y**

**a retorcer los hombros,  
pero el maldito maricón  
seguía encima de él. Sentía  
el antebrazo como de hielo,  
y un  
intenso fuego en el hombro.**

**—¡Bájate de ahí, hijo de  
puta! ¡Así no se pelea!**

**—Di me rindo.**

**—¡No! —Perdió el  
equilibrio y cayó boca  
abajo en el polvo.**

**El dolor le paralizaba el  
brazo y tenía tierra en la  
boca y los ojos. Agitó las  
piernas, indefenso. Había**

**olvidado que era enorme.  
Había olvidado cómo  
temblaba el suelo bajo sus  
pies cuando caminaba.  
Había  
olvidado que cuando fuera  
mayor fumaría Camel,  
como su padre—. ¡Me  
rindo! ¡Me rindo! —gritó  
con la  
sensación de ser capaz de  
seguir gritando horas, con  
tal que le soltaran el brazo.  
—Di soy un mierda.**

**—¡Soy un mierda! —  
masculló Richie tragando  
polvo.**

**—Está bien.**

**Mark le soltó y se puso  
fuera de su alcance  
mientras Richie se  
levantaba. Le dolían los  
muslos y  
esperaba que a Richie ya  
no le quedaran ganas de  
pelea.**

**Richie se levantó y miró  
alrededor. Nadie le  
devolvió la mirada. Todos**

**se dieron la vuelta hacia  
Mark. Y  
aquel apestoso de Glick  
estaba junto al maricón y le  
miraba como si fuera una  
especie de Dios.  
Richie se quedó solo;  
apenas podía creer con qué  
rapidez la ruina se había  
abatido sobre él. Tenía la  
cara  
sucia, salvo donde se la  
habían limpiado sus  
propias lágrimas de furia y  
humillación. Pensó en  
arrojarse de**



**nuevo sobre Mark Petrie,  
pero la vergüenza y el  
miedo, sensaciones nuevas,  
resplandecientes y  
enormes, no  
se lo permitieron. Sucio  
bastardo, pensó, si alguna  
vez consigo sorprenderte y  
derribarte...**

**Pero ese día no. Dio media  
vuelta y se alejó cabizbajo.  
Una de las chicas rió con  
un timbre alto y burlón que  
se elevó con cruel claridad  
en el aire de la mañana.**

**Richie Boddin no levantó los ojos para ver quién se atrevía a reírse de él.**

**10**

**11.15 h.**

**El vertedero de basuras del municipio de Jerusalem's Lot había sido antes un pozo de grava, hasta que en 1945 el yacimiento se agotó y las excavaciones tocaron arcilla. Estaba situado al final de una elevación que desde Burns Road se extendía unos tres kilómetros hasta pasar el**

**cementerio de Harmony Hill.**

**Dud Rogers oía débilmente, por el camino, las explosiones y toses de la cortadora de césped de Mike**

**Ryerson. Pero ese ruido no tardaría en ser borrado por el chisporroteo de las llamas.**

**Dud era el encargado del vertedero desde 1956, y todos los años era rutinariamente reelegido por**

**unanimidad en la reunión  
del municipio. Vivía en el  
vertedero, en un pulcro  
cobertizo que tenía en la  
puerta**

**un cartel con la inscripción  
ENCARGADO DEL  
VERTEDERO. Tres años  
atrás había conseguido que  
esos**

**avaros de la junta  
municipal le compraran un  
aparato de calefacción y  
había abandonado  
definitivamente su  
vivienda del pueblo.**

**Era un jorobado con la cabeza curiosamente torcida, que le daba un aspecto grotesco. Sus brazos, que pendían como los de un mono, casi hasta las rodillas, tenían una fuerza sorprendente. Habían hecho falta cuatro hombres para cargar en el camión los artículos de la vieja quincallería y traerlos al vertedero, cuando la**

**tienda cambió de ramo, y  
la suspensión del camión se  
había aplastado  
visiblemente con la carga.  
Pero de  
descargar se había ocupado  
Dud Rogers, solo, y en el  
esfuerzo, los tendones se le  
marcaban en el cuello, las  
venas se le hinchaban en la  
frente y los antebrazos y  
bíceps eran como cables de  
acero. Él solo había echado  
todo por el borde del  
vertedero.**

**A Dud le gustaba el vertedero. Le gustaba ahuyentar a los chiquillos que iban a romper botellas, y le gustaría dirigir el tráfico hacia los lugares donde había que efectuar cada día los vertidos. Le gustaba hurgar en la basura, que era su privilegio como encargado, y se imaginaba que se burlaban de él al verle caminar a**

**través de las montañas de  
basura con sus botas hasta  
las caderas y sus guantes de  
cuero, con la pistola al  
cinto,  
un gran saco sobre el  
hombro y la navaja en la  
mano. Pues que se  
burlaran. Había cables de  
cobre, y a veces  
motores enteros, y en  
Portland el cobre se  
pagaba a buen precio.  
Había escritorios, sillas y  
sofás de desecho,**



**cosas que se podían  
arreglar y vendérselas a los  
anticuarios de la carretera  
1. Duf estafaba a los  
anticuarios y  
éstos hacían lo propio con  
los turistas. Dos años antes  
Dud había encontrado una  
astillada cama victoriana  
con  
el marco partido, y se la  
había vendido por  
doscientos dólares a un  
afeminado de Wells, que  
había caído en**

**éxtasis ante la autenticidad del estilo Nueva Inglaterra de ese mueble, y que jamás supo con qué cuidado Dud había lijado hasta hacer desaparecer la inscripción que rezaba Made in Grand Rapids sobre la cabecera de la cama.**

**En la parte más alejada del vertedero estaban los coches usados, Buick y Ford y Chevy y lo que uno pidiera, incluso con los repuestos que la gente**

**dejaba en los automóviles  
cuando se hartaba de ellos.  
Lo mejor  
eran los radiadores, pero  
un buen carburador podía  
venderse por siete dólares  
después de haberlo bañado  
en  
gasolina. Y otro tanto  
sucedió con las correas del  
ventilador, luces de cola,  
parabrisas, volantes y  
alfombrillas  
para el suelo.  
Sí, el vertedero era  
increíble. Era a la vez**

**Disneylandia y Shangri-La.  
Pero ni siquiera el dinero  
acumulado en la caja negra  
que guardaba bajo la  
mecedora era lo mejor.  
Lo mejor eran los ruegos...  
y las ratas.**

**Los miércoles y domingos  
por la mañana, y los lunes  
y viernes por la noche, Dud  
pegaba fuego a parte  
de la basura. Las fogatas  
nocturnas eran las más  
bonitas. A Dud le  
encantaba el sombrío  
resplandor en que**

**florecieron las bolsas de plástico verde llenas de basura, los periódicos y las cajas. Pero los fuegos de la mañana eran mejores por las ratas. Ahora, sentado en su sillón mientras observaba cómo el fuego prendía y empezaba a echar al aire su grasiento humo, negro, que ahuyentaba a las gaviotas, Dud sostuvo en la mano su pistola calibre 22 y esperó a que salieran las ratas.**

**Cuando salían, lo hacían en batallones. Eran grandes, de un gris sucio y ojos rosados. En su piel saltaban las pulgas y las gruesas colas se arrastraban tras ellas. A Dud le encantaba disparar contra las ratas. —Te has comprado una buena carga de cartuchos, Dud —solía decirle con voz pastosa George Middler, en la ferretería, mientras colocaba las cajas sobre el**

**mostrador—. ¿Los paga el municipio?**

**Era un antiguo chiste. Años atrás, Dud había presentado una orden de compra de dos mil cartuchos**

**Remington 22, de punta hueca, y Bill Norton le había mandado hoscamente a paseo.**

**—Bueno, tú sabes que esto no es más que un servicio público, George — contestaba Dud.**

**Ésa. Esa rata grande y gorda que arrastraba una pata trasera era George Middler. En la boca tenía algo que parecía un trozo de hígado de pollo.**

**—Ésta es para ti, George —dijo Dud, y apretó el gatillo.**

**El estruendo de la 22 no era nada estrepitoso, pero la rata dio un par de tumbos y quedó tendida, estremeciéndose. La punta hueca era el secreto. Algún**



**día se compraría un calibre grande, una 45 o una Magnum 357, para ver qué les pasaba a las muy malditas.**

**Y la que seguía era esa pequeña puta de Ruthie Crockett, la que iba a la escuela sin sostén y le gustaba provocar a los chicos y se reía por lo bajo cuando se encontraba con Dud por la calle. Bang. Adiós, Ruthie. Las ratas huían enloquecidas hacia el otro**

**lado del vertedero, pero  
antes de que consiguieran  
ponerse a  
salvo, Dud ya había  
matado seis. Buena cosecha  
para la mañana. Y si se  
acercaba a mirarlas, vería  
que las  
pulgas se escapaban de los  
cuerpos que iban  
enfriándose, como... como...  
bueno, como ratas que  
huyen de un  
barco que se hunde.  
El chiste le pareció  
apropiadamente divertido,**

**y echó atrás la cabeza, se  
recostó sobre su giba y rió  
con  
largas carcajadas mientras  
el fuego deslizaba por entre  
la basura sus largos dedos  
anaranjados.**

**La vida era estupenda,  
vaya.**

**11**

**12.00 h.**

**El silbato del ayuntamiento  
sonó durante doce  
segundos, anunciando la  
hora de la comida en los  
tres**

**colegios, al tiempo que saludaba la llegada de la tarde. Lawrence Crockett, el segundo funcionario electivo de Solar, a la vez que propietario de la Compañía de Seguros y Bienes Raíces Crockett, de Southern Maine, apartó el libro que estaba leyendo, El sexo y los esclavos de Satán, y puso en hora su reloj, guiándose por el**

**silbato. Fue hasta la puerta y colgó del postigo el cartel de «Vuelvo a la una». Su rutina era invariable. Iría a pie hasta el Café Excellent, comería dos hamburguesas con queso y guarnición, tomaría una taza de café y se**

**quedaría mirándole las piernas a Pauline mientras fumaba un William Penn. Comprobó el picaporte para asegurarse de que la cerradura no cedía y echó a andar por Jointner Avenue.**

**En la esquina se detuvo a  
mirar la casa de los  
Marsten, En el camino de  
entrada había un coche.  
Apenas  
resultaba visible, un brillo  
titilante. Le provocó una  
leve inquietud. Hacía algo  
más de un año que Larry  
Crockett había vendido la  
casa de los Marsten y la  
difunta lavandería del  
pueblo. Había sido la  
operación más  
extraña de su vida... y vaya  
si había hecho cosas**

**extrañas en su vida. El  
dueño de aquel coche sería,  
probablemente, un hombre  
de apellido Straker. R. T.  
Straker. Y esa misma  
mañana Larry había  
recibido por  
correo algo de ese Straker.  
El tipo en cuestión había  
llegado a la oficina de  
Crockett una soleada tarde  
de julio, hacía poco más de  
un año. Se bajó del coche y  
tras una breve vacilación  
en la acera se decidió a  
entrar; era un hombre alto,**

**vestido con un sobrio traje con chaleco, pese al calor sofocante. Era tan calvo como una bola de billar, y sudaba. Las cejas eran una línea negra y recta, bajo la cual las órbitas de sus ojos parecían oscuros agujeros practicados con un taladro en la angulosa superficie de la cara. En una mano llevaba un maletín negro.**

**Larry**

**estaba solo en su oficina cuando entró Straker. Su secretaria de la mañana,**



**una muchacha de Falmouth con los senos más deliciosos que jamás había visto, trabajaba por las tardes con un abogado de Gates Falls.**

**El hombre calvo se sentó en un asiento, puso la cartera sobre sus rodillas y miró fijamente a Larry Crockett. Era imposible leer la expresión de sus ojos, cosa que preocupó a Larry. A él le gustaba leer en los**

**ojos lo que quería un hombre antes de que pudiera abrir la boca. Ése hombre no se había detenido a mirar las fotografías de casas y fincas que se ofrecían en el tablero, no le había tendido la mano ni se había presentado; ni siquiera había dicho «hola».**

**—¿En qué puedo serle útil?—preguntó Larry.**

**—Me han encargado la compra de una casa y un**

**local comercial en su  
bonita ciudad —dijo el  
hombre  
calvo con un tono llano y  
sin inflexiones.**

**—Ah, excelente —  
respondió Larry—.**

**Tenemos algunas que  
podrían...**

**—No es necesario —  
declaró el hombre con un  
gesto de mano. Larry  
observó que sus dedos eran  
extraordinariamente  
largos; el medio parecía  
tener cerca de quince**

**centímetros—. El local que me interesa está en la manzana contigua al ayuntamiento, frente al parque.**

**—Sí, respecto a ese local podemos llegar a un acuerdo. Antes era una lavandería, pero hace un año quebró. Es un lugar muy bueno si usted...**

**—La casa que quiero —el hombre calvo no escuchó sus palabras— es la que se conoce como casa de los**

**Marsten.**

**Hacía demasiado tiempo que Larry estaba en el negocio como para permitir que el azoramiento se reflejara en su rostro.**

**—Ah, ¿ésa?**

**—Sí. Mi nombre es Straker. Richard Throckett Straker. Todos los documentos estarán a mi nombre.**

**—Muy bien —asintió Larry. El hombre quería ir al grano, eso estaba claro**

**—. El precio de esa casa es de catorce mil dólares, aunque pienso que podríamos conseguirla por algo menos. En cuanto a la vieja lavandería...**

**—Así no hay acuerdo. Estoy autorizado para pagar un dólar.**

**—¿Un...? —Larry inclinó la cabeza como si no hubiera oído bien.**

**—Sí. Un momento, por favor.**

**Los largos dedos de Straker desprendieron los cierres del maletín y sacaron unos documentos en una carpeta azul transparente. Larry Crockett lo miraba con ceño.**

**—Lea, por favor; eso nos ahorrará tiempo.**

**Larry echó un vistazo a la primera hoja con el aire de un hombre que le sigue la corriente a un loco. Por un momento sus ojos se movieron al azar sobre la**

**página, hasta que se  
quedaron clavados en algo.  
Straker sonreía levemente.  
Buscó en el interior de su  
americana, sacó una  
pitillera de oro y extrajo un  
cigarrillo. Después de darle  
unos golpecitos, lo encendió  
con una cerilla. El áspero  
aroma de una mezcla de  
tabaco turco llenó el  
despacho y se dispersó por  
efecto del ventilador.  
Durante los diez minutos  
siguientes reinó en la  
oficina un silencio sólo**



**interrumpido por el  
zumbido del  
ventilador y el ruido  
amortiguado del tráfico en  
la calle. Straker se fumó el  
cigarrillo, aplastó la colilla  
y  
encendió otro.  
Larry levantó la vista, con  
el rostro pálido y alterado.  
—Esto es una broma.  
¿Quién se la encargó?  
¿John Kelly?  
—No conozco a ningún  
John Kelly, y esto no es una  
broma.**

**—Estos papeles...  
desistimiento de  
demanda..., investigación  
de títulos de la tierra... por  
Dios, hombre,  
¿no sabe que ese terreno  
vale un millón y medio de  
dólares?**

**—Se queda corto —dijo  
fríamente Straker—. Vale  
cuatro millones, y pronto  
valdrá más, cuando se  
construya el centro  
comercial.**

**—¿Qué quiere? —  
preguntó Larry con voz  
ronca.**

**—Ya le dije qué quiero. Mi  
socio y yo pensamos abrir  
una tienda en este pueblo, y  
vivir en la casa de los  
Marsten.**

**—¿Qué clase de tienda?  
Straker sonrió fríamente.**

**—Se tratará de una tienda  
de muebles, con una  
sección especial de  
antigüedades, para  
coleccionistas. Mi**

**socio es experto en ese campo.**

**—Mierda —repuso Larry —. La casa de los Marsten pueden conseguirla por ocho mil pavos, y la tienda por dieciséis. Su socio debe saberlo. Y ambos deben saber que en este pueblo no hay mercado para una tienda de muebles y antigüedades. —Mi socio está bien informado sobre todos los temas que le interesan —**

**declaró Straker—, y sabe que por este pueblo pasa una carretera frecuentada por turistas y residentes de verano. Ésa es la gente que nos interesa para nuestro negocio. De todas maneras, eso no es problema suyo. ¿Le parece que los papeles están en orden? Larry dio unos golpecitos sobre el escritorio con la carpeta azul.**

**—Parece que sí. Pero no pienso dejarme estafar,**

**—No, naturalmente que no. —En la voz de Straker se insinuaba un cortés desprecio—. Creo que usted**

**tiene un abogado en Boston. Un tal Francis Walsh.**

**—¿Cómo lo sabe? —ladró Larry.**

**—Eso no importa. Llévele los papeles, y él le confirmará que son**

**válidos. El terreno donde se  
edificará  
el centro comercial será de  
usted, si se cumplen tres  
condiciones.**

**—Ah —exclamó Larry—.**

**Conque hay condiciones.**

**—Se inclinó hacia atrás**

**para sacar un William**

**Penn**

**de la pitillera de cerámica**

**colocada sobre su**

**escritorio, frotó una cerilla**

**en la suela de su zapato y lo**

**encendió—. Adelante.**

**—Primera. Usted me venderá la casa de los Marsten y el local comercial por un dólar. Su cliente en cuanto a la casa es una cooperativa de Bangor El local comercial pertenece ahora a un banco de Portland. Estoy seguro de que ambos se mostrarán de acuerdo si usted compensa la diferencia, con el precio más bajo**



**que sea aceptable. Menos la  
comisión de usted, claro.**

**—¿De dónde saca usted su  
información?**

**—No es cosa que deba  
preocuparle, señor  
Crockett. Segunda  
condición. Usted no dirá  
nada de la  
transacción que hemos  
hecho hoy aquí. Nada. Si  
alguna vez le preguntan, lo  
único que usted sabe es lo  
que yo  
le dije... que somos dos  
socios y tenemos intención**

**de abrir una tienda para  
turistas y visitantes  
veraniegos.**

**Esto es muy importante.**

**—No soy un charlatán.**

**—De todas maneras, ha de  
entender que esta  
condición es fundamental.**

**Puede llegar el momento,  
señor**

**Crockett, en que usted  
quiera contarle a alguien la  
espléndida operación que  
ha hecho hoy. Si lo hace,  
me**

**enteraré y le arruinaré.**

**¿Me entiende?**

**—Habla usted como un espía de película barata — dijo Larry.**

**Su voz sonaba tranquila, pero en su interior sentía el estremecimiento del miedo.**

**Las palabras le**

**arruinarle habían sido**

**articuladas con el mismo**

**tono que encantado de**

**conocerle, y eso daba a la**

**afirmación**

**un inquietante acento de**

**verdad. ¿Y cómo diablos se**

**había enterado ese payaso de la existencia de Frank Walsh? Ni siquiera la mujer de Larry sabía nada de Frank Walsh.**

**—¿Me enriende, señor Crockett?**

**—Sí —respondió Larry—. Estoy acostumbrado a jugar sin mostrar las cartas.**

**Straker volvió a dedicarle una tenue sonrisa.**

**—Seguro. Por eso estoy haciendo negocios con usted.**

**—¿La tercera condición?**  
**—La casa necesitará algunas reformas.**  
**—Es una manera de hablar**  
**—asintió secamente Larry.**  
**—Mi socio piensa ocuparse personalmente de ello, pero usted será su agente. De vez en cuando se pedirá algo. Algunas veces necesitaré los servicios de los obreros que usted emplee para traer ciertas cosas, ya**

**sea a la casa o a la tienda.**

**Usted no hablará de esos servicios. ¿Entendido?**

**—Sí, entendido. Ustedes no son de por aquí, ¿no?**

**—¿Tiene importancia? — Straker enarcó las cejas.**

**—Pues claro. Esto no es Boston ni Nueva York. No se reduce todo a que yo cierre la boca. La gente hablará. En Railroad Street hay una gallina vieja que se llama Mabel Werts y se pasa todo el día frente a su**

**ventana con unos  
prismáticos.»»**

**—La gente del pueblo no  
me interesa, ni le interesa a  
mi socio. La gente del  
pueblo siempre habla, pero  
pronto nos aceptarán.  
Larry se encogió de  
hombros.**

**—De acuerdo.**

**—Usted pagará todos los  
servicios y guardará las  
facturas y las cuentas, que  
se le reembolsarán. ¿Está de  
acuerdo?**

**Tal como le había dicho a Straker, Larry estaba acostumbrado a jugar sin mostrar las cartas, y era uno de los mejores jugadores de póquer del condado de Cumberland. Y por más que exteriormente hubiera mantenido la calma, estaba ardiendo por dentro. El trato que aquel chiflado le ofrecía era de esas cosas que se presentan una sola vez, o nunca. Tal vez el jefe de ese**



**tipo fuera uno de esos  
reclusos millonarios que...**

**—¿Señor Crockett? Estoy  
esperando.**

**—Yo también tengo mis  
condiciones.**

**—¿Ahh -Straker se mostró  
cortésmente interesado.**

**Larry sacudió la carpeta  
azul.**

**—Primero, haré que  
revisen estos papeles.**

**—Naturalmente.**

**—Segundo, si lo que usted  
pretende hacer es ilegal, yo**

**no sé nada. Con eso quiero decir...**

**Straker echó atrás la cabeza y soltó una risa extrañamente fría y falta de emoción.**

**—¿He dicho algo gracioso?**

**—preguntó Larry.**

**—Oh... claro que no, señor Crockett. Perdona mi exabrupto. Su observación me ha resultado divertida por razones particulares.**

**¿Qué iba usted a decir?**

**--Respecto a las reformas.**

**No estoy dispuesto a**

**colaborar en conseguirles  
nada que me deje a mí con  
el  
trasero al aire. Si su  
proyecto es fabricar whisky  
clandestino, LSD o  
explosivos para algún  
grupo hippie  
extremista, es cosa de  
ustedes.**

**—De acuerdo —asintió  
Straker. La sonrisa había  
desaparecido de su cara—.  
¿Cerramos el trato?**

**Entonces, con una extraña  
sensación de renuencia,**

**Larry respondió:**

**—Si los papeles están en  
orden, supongo que sí.**

**Aunque me parece que el  
trato lo cierra usted y la  
ganancia me la llevo yo,**

**—Hoy es lunes —dijo**

**Straker—. ¿Le parece bien  
que pase el jueves por la  
tarde?**

**—Mejor el viernes.**

**—Está bien. —Se puso de  
pie—. Adiós, señor  
Crockett.**

**Los papeles estaban en orden. El abogado bostoniano de Larry dijo que la parcela donde se edificaría el centro comercial de Portland había sido comprada por un equipo de la empresa Continental, de tierras y bienes raíces, una compañía ficticia con sede en el Chemical Bank Building de Nueva York. En las oficinas**

**de la Continental no había más que unos pocos armarios vacíos y un montón de polvo.**

**Straker regresó el viernes y Larry firmó los papeles necesarios; mientras lo hacía sentía en el fondo del paladar un acre sabor de duda. Por primera vez había pasado por alto su propia máxima personal: no cagar donde se come. Y por más que el atractivo fuera importante, se dio cuenta,**

**mientras Straker se guardaba en la cartera los títulos de propiedad de la casa de los Marsten y la antigua lavandería, de que se había puesto a merced de ese hombre y de su socio, el ausente señor Barlow.**

**Finalmente, pasó el mes de agosto, y a medida que el verano se deslizaba hacia el otoño para caer después en el invierno, Larry empezó a**

**experimentar un alivio indefinible. Para la primavera casi había conseguido olvidar el trato que había cerrado para conseguir los papeles que ahora ocupaban su caja de seguridad en Portland. Entonces empezaron a suceder cosas.**

**Ese escritor, Mears, había venido una semana y media atrás a preguntar si la casa de los Marsten estaba disponible para alquilar, y había mirado a Larry de**



**una manera muy especial  
cuando éste le dijo que  
estaba  
vendida.**

**Ayer había encontrado en  
el buzón un largo tubo,  
junto con una carta de  
Straker. Una nota, en  
realidad,  
muy breve: «Tenga la  
bondad de hacer colocar el  
cartel que le adjuntamos en  
la vidriera de la tienda. R.  
T.**

**Straker.» El cartel era  
bastante común, y de**

**colores menos chillones que otros. Decía únicamente:**

**«Abrimos**

**dentro de una semana.**

**Barlow y Straker. Muebles de categoría. Antigüedades selectas. Bienvenidos los curiosos.»**

**Larry había llamado a Royal Snow para que lo colocaran.**

**Y ahora había un coche, allá en casa de los Marsten.**

**Todavía estaba mirándolo cuando alguien dijo junto a él:**

**—¿Te estás durmiendo,  
Larry?**

**Sobresaltado, miró a  
Parkins Gillespie, que  
estaba de pie en la esquina,  
próximo a él, encendiendo  
un  
Pall Malí.**

**—No —contestó con una  
risa nerviosa—. Pensaba,  
nada más.**

**Parkins levantó la vista  
hacia la casa de los  
Marsten, donde el sol  
destellaba sobre el cromo y  
el metal en**

**la entrada para coches, y después miró la vieja lavandería, con su nuevo cartel en la vidriera.**

**—Y no eres el único, me imagino. Siempre viene bien que haya gente nueva en la ciudad. Tú los conoces, ¿no?**

**—Conocí a uno de ellos, el año pasado.**

**—¿A Barlow o a Straker?**

**—A Straker.**

**—Parece bastante simpático, ¿no?**

**—Es difícil de decir —  
contestó Larry, con la  
sensación de que necesitaba  
humedecerse los labios,  
pero  
no lo hizo—. No hablamos  
más que de negocios. Me  
pareció bien.**

**—Bueno. Vamos. Te  
acompañaré andando hasta  
el Excellent.**

**Mientras cruzaban la calle,  
Lawrence Crockett iba  
pensando en pactos con el  
diablo.**

**13.00 h.**

**Susan Norton entró en el salón de belleza, saludó con una sonrisa a Babs Griffen (la hermana mayor de Hal y de Jack) y dijo:**

**—Me alegra que hayas podido darme hora con tan poco tiempo.**

**—A mitad de semana no es problema —respondió Babs mientras encendía el ventilador—. Uf, qué bochorno. Esta tarde tendremos tormenta.**

**Susan miró el cielo, de un azul inmaculado.**

**—¿Tú crees?**

**—Sí. ¿Cómo lo quieres?**

**—Natural —indicó Susan, pensando en Ben Mears—. Como si no hubiera pasado por aquí.**

**—Princesa —Babs se acercó con un suspiro—, eso es lo que piden todas. El suspiro difundió el aroma a fruta de la goma de mascar, mientras Babs le preguntaba a Susan si sabía**

**que unos forasteros iban a  
abrir una tienda de  
muebles en la vieja  
lavandería de! pueblo. Por  
el aspecto,  
parecían cosas caras, pero  
¿no sería bueno si tuvieran  
una lamparita que hiciera  
juego con la que ella tenía  
en  
su apartamento? ¿Y acaso  
irse de casa para vivir en el  
pueblo no era lo mejor que  
jamás se le hubiera  
ocurrido? ¿Y no había sido  
bueno el verano? Era**



**realmente una pena que  
tuviera que acabarse.**

**13**

**15.00 h.**

**Bonnie Sawyer estaba  
tendida en la gran cama de  
matrimonio, en su casa de  
Deep Cut Road. Era una  
casa sólida, no una  
miserable caravana, y tenía  
cimientos y sótanos. El  
marido de Bonnie, Reg, se  
ganaba sus  
buenos dólares como  
mecánico en la agencia**

**Pontiac que Jim Smith  
regentaba en Buxton.**

**Bonnie estaba desnuda, a  
no ser por un par de ligeras  
bragas azules, y miró con  
impaciencia el reloj que  
estaba sobre la mesita de  
noche: las 15.02. ¿Dónde  
estaría?**

**Casi como si el  
pensamiento lo hubiera  
convocado, la puerta del  
dormitorio se entreabrió y  
Corey**

**Bryant espió hacia el  
interior.**

**—¿Todo bien? —susurró.  
Corcy tenía sólo veintidós  
años, y hacía dos que  
trabajaba en la compañía  
telefónica. Esta relación  
con  
una mujer casada —y aún  
más con una tan  
espectacular como Bonnie  
Sawyer, que en 1973 había  
sido Miss  
del condado —le tenía  
debilitado, nervioso y  
excitado.**

**Bonnie le sonrió,  
mostrando sus hermosos  
dientes.**

**—Si todo no estuviera bien,  
cariño —contestó—, ya  
tendrías en el cuerpo un  
agujero como para mirar la  
televisión a través de él.**

**—Corey entró de puntillas,  
mientras los implementos  
del cinturón de seguridad  
le tintineaban alrededor  
de la cintura.**

**Con una risita ahogada,  
Bonnie le tendió los brazos.**

**—Me gustas de veras,  
Corey. Eres muy guapo.  
Los ojos de Corey se  
posaron sobre la sombra  
oscura que dejaba traslucir  
el tenso nailon azul, y  
empezó  
a sentirse más excitado que  
nervioso. Se olvidó de  
andar de puntillas, y  
mientras ambos se unían,  
una cigarra  
empezó a vibrar en algún  
lugar del bosque.**

**14**

**16.00 h.**

**Ben Mears se apartó del escritorio, terminado su trabajo de la tarde. Ese día no había dado su paseo por el parque, para poder ir a cenar a casa de los Norton con la conciencia tranquila, y había escrito durante casi todo el día sin interrupción. Se levantó y se desperezó, sintiendo cómo le crujían las vértebras. Tenía el torso húmedo de sudor. Se dirigió hacia el armario colocado a la cabecera de la cama, sacó una toalla**

**limpia y fue al cuarto de  
baño, para  
 ducharse antes de que los  
 demás huéspedes volvieran  
 del trabajo.**

**Se echó la toalla al hombro  
y, dando la espalda a la  
puerta, se acercó a la  
ventana; algo le había  
llamado**

**la atención. No era nada  
que sucediera en el pueblo,  
que dormitaba bajo el  
peculiar cielo azul  
profundo de**

**Nueva Inglaterra en los días del fin del verano.**

**Al mirar hacia los edificios de dos pisos de Jointner**

**Avenue podía ver los tejados planos, recubiertos de**

**asfalto, y alcanzaba a**

**distinguir todo el parque**

**donde a esa hora los chicos,**

**que ya habían salido de la**

**escuela,**

**andaban en bicicleta,**

**holgazaneaban o reñían, y**

**también el sector noroeste**



**del pueblo, donde Brock  
Street  
desaparecía tras la primera  
colina boscosa. Sus ojos  
vagaron hacia la brecha en  
los bosques donde la  
intersección de Burns Road  
y Brooks Road formaba  
una T, y siguieron su  
recorrido hasta donde se  
erguía,  
dominante, sobre el pueblo,  
la casa de los Marsten.  
Vista desde allí era una  
perfecta miniatura, del  
tamaño de una casa de**

**muñecas. Ya Ben le gustaba que lo fuera. Vista desde allí, la casa de los Marsten tenía un tamaño que le permitía a uno hacerle frente.**

**Bastaba con levantar la mano para hacerla desaparecer con la palma.**

**Había un coche en el camino de entrada.**

**Ben se quedó inmóvil con su toalla al hombro, mirando la casa, y sintió en**

**el vientre una oleada de  
terror  
inmotivado. Dos de los  
postigos caídos habían sido  
reemplazados, y le daban a  
la casa un aspecto ciego y  
furtivo que no había tenido  
antes.**

**Sus labios se movieron  
como si formaran palabras  
que nadie, ni el propio Ben,  
pudiera comprender.**

**15**

**17.00 h.**

**Matthew Burke salió del  
instituto y atravesó el**

**aparcamiento vacío en  
busca de su viejo Chevy  
Biscayne, todavía con las  
cubiertas para la nieve del  
año anterior.**

**Contaba sesenta y tres años  
y le faltaban dos para la  
jubilación obligatoria;  
todavía se dedicaba  
plenamente a sus clases de  
inglés y actividades  
extraescolares. La  
actividad del otoño era la  
representación  
teatral del instituto, y  
Burke acababa de dar**

**término a las lecturas de una farsa en tres actos, El problema de Charley. Había conseguido la pléyade habitual de nulidades, tal vez una docena de catetos que por lo menos podrían memorizar sus líneas (y que las dirían después con temblorosa monotonía) y tres chicos que tenían condiciones. El viernes organizaría el reparto y empezaría a ensayar en la**

**próxima semana. De ahí al  
30 de  
octubre, fecha del estreno,  
el elenco tendría tiempo  
para prepararse lo mejor  
posible. Matt sustentaba la  
teoría  
de que una representación  
en el instituto debía ser  
como un bote de sopa de  
letras Campbell: insípida  
pero  
relativamente inofensiva.  
Asistirían los familiares, y  
se quedarían encantados.  
También asistiría el crítico**

**teatral del Ledger, de  
Cumberland, y caería en  
un éxtasis polisilábico, el  
que se esperaba de él frente  
a  
cualquier producción local.  
La Miss elegida (que  
probablemente ese año  
fuera Ruthie Crockett) se  
enamoraría  
de algún miembro del  
reparto, y lo más probable  
era que perdiera la  
virginidad después de la  
fiesta de los**

**actores. Y luego, Matt tomaría las riendas en el Club de Debate.**

**A los sesenta y tres años, la enseñanza seguía siendo un placer para él. En cuanto a la disciplina era**

**lamentable, con lo que había anulado cualquier posibilidad de llegar a la administración (sus ojos eran**

**demasiado soñadores para poder ejercer con eficacia el puesto de ayudante de dirección), pero la falta de**



**disciplina jamás había sido  
obstáculo para él. Matt  
había leído los sonetos de  
Shakespeare en aulas de  
clase**

**heladas, donde las cañerías  
se quejaban y volaban  
aviones y bolitas de papel  
humedecido con saliva, se  
había**

**sentado sobre tachuelas y  
las había puesto a un lado  
con aire distraído mientras  
decía a la clase que  
abrieran la**

**Gramática por la página 467, se había encontrado con grillos, sapos y hasta con una culebra al abrir los cajones para sacar el papel en que sus alumnos tenían que escribir sus redacciones.**

**Había recorrido la lengua inglesa a lo largo y a lo ancho, como un solitario Viejo Marinero extrañamente complaciente: Steinbeck en la primera hora, Chaucer**

**en la segunda, la oración en la tercera, y la función del gerundio antes del almuerzo. Tenía los dedos permanentemente teñidos de amarillo, más que por la acción de la nicotina por el polvo de tiza, sustancia que para algunas personas es, también, algo a lo que se aficianan, hasta convertirse en adictos.**

**Los chicos no le veneraban ni le querían; no era un**

**Mr. Chips que languideciera en un rústico rincón de Estados Unidos a la espera de que llegara Ross Hunter a descubrirlo, pero muchos de sus alumnos le respetaban, y algunos aprendían de él que la dedicación, por excéntrica o humilde que sea, es una cosa digna.**

**A Matt le gustaba su trabajo.**

**Subió a su automóvil, apretó demasiado el**

**acelerador y el motor se ahogó. Esperó un momento antes de empezar de nuevo.**

**Sintonizó en la radio una emisora que transmitía rock and roll desde Portland y elevó el Volumen casi hasta distorsionar el sonido. El rock and roll le parecía una música estupenda. Marcha atrás,**

**salió del aparcamiento, se le caló el motor y volvió a ponerlo en marcha.**

**Tenía una casita en las afueras, sobre Taggart Stream Road, y recibía muy pocas visitas. No se había casado y casi no tenía familia, sólo un hermano en Texas que trabajaba para una compañía petrolífera y no le escribía nunca. En realidad, Matt no echaba de menos su falta de vínculos. Era un solitario, pero la soledad no**

**le había afectado en ningún sentido.**

**Se detuvo ante el semáforo de Jointner Avenue y Brock Street, y después tomó el camino de su casa. Las sombras ya se habían alargado, y la luz del día había alcanzado una belleza extrañamente cálida, tersa y dorada, como un cuadro impresionista francés. Matt miró hacia la izquierda, vio la casa de los Marsten, y se fijó con más atención.**

**—Los postigos —dijo por encima del ritmo desenfrenado de la radio—. Han vuelto a colocar los postigos.**

**Eché un vistazo al retrovisor y vio que en la entrada para coches estaba aparcado un vehículo. Matt ejercía la docencia en Salem's Lot desde 1952 y jamás había visto un coche aparcado en esa entrada.**

**—¿Es que vive alguien allí? —se preguntó, y siguió conduciendo.**



**16**

**18.00 h.**

**Bill Norton, padre de Susan y principal funcionario electivo de Solar, se sorprendió al descubrir que Ben Mears le gustaba muchísimo. Bill era un hombre alto y fuerte, de pelo negro, con complexión de camionero, y que a pesar de haber pasado los cincuenta seguía manteniéndose en buena**

**forma física. Próximo a  
terminar el  
instituto, lo había  
abandonado, con  
autorización de su padre,  
para ingresar en el ejército,  
y a partir de entonces  
había ascendido  
trabajosamente hasta  
alcanzar su diploma a los  
veinticuatro años, mediante  
un examen de  
reválida al que decidió  
presentarse en el último  
momento. No era un**

**antiintelectual, como suele suceder con algunos obreros cuando, ya sea por obra del destino o de su propia actitud, se ven privados del nivel de aprendizaje que habrían sido capaces de asimilar, pero no podía soportar a esos «abortos del arte», como llamaba a algunos de los muchachos de pelo largo y ojos de gacela que Susan solía llevar a casa. No era que**

**le importara cómo llevaban el pelo o se vestían. Lo que le fastidiaba era que ninguno daba impresión de seriedad. Bill no compartía la inclinación de su mujer por Floyd Tibbits, el muchacho con quien Susan había salido más a menudo desde que terminara sus estudios, pero tampoco le disgustaba. Floyd tenía un trabajo bastante bueno en Falmouth Grant's, como**

**ejecutivo, y Bill Norton le consideraba hombre relativamente serio. Además, era del pueblo, pero también, en cierto modo, lo era el tal Mears.**

**—Hazme el favor de dejarle tranquilo con esa manía de los abortos del arte —dijo Susan, mientras se levantaba al oír sonar el timbre de la puerta. Se había puesto un ligero**

**vestido verde de verano y  
llevaba el  
pelo peinado con sencillez,  
recogido hacia atrás.**

**Bill rió.**

**—Tengo que decir las cosas  
como las veo, querida  
Susie. Pero no te  
molestaré... nunca lo hago,  
por lo  
demás, ¿no es cierto?**

**Con una sonrisa nerviosa,  
Susan fue a abrir la puerta.  
El hombre que entró era  
delgado y de aspecto ágil,**

**bellos rasgos y una espesa,  
casi grasienta, mata de  
pelo negro que, pese a ello,  
parecía recién lavado. Su  
manera de vestir  
impresionó favorablemente  
a Bill:**

**vaqueros azules impecables  
y una camisa blanca  
arremangada hasta los  
codos.**

**—Ben, te presento a mis  
padres, Bill y Ann Norton.  
Ma, papá, Ben Mears.**

**—Hola. Encantado de  
conocerles.**

**Sonrió con cierta reserva a la señora Norton, y ella le saludó:**

**—Hola, señor Mears. Es la primera vez que vemos de cerca a un verdadero escritor. Susan estaba muy emocionada.**

**—No se preocupe; yo no cito mis propias obras. — Ben volvió a sonreír.**

**—Hola—dijo Bill.**

**Se levantó de su silla. No en vano había llegado desde los muelles de Portland al cargo sindical que**



**ocupaba; su apretón de  
manos era fuerte y recio.  
Pero la mano de Mears no  
se retrajo ni se convirtió en  
gelatina como la de esos  
abonos del arte, y Bill se  
sintió satisfecho. Decidió  
hacerle pasar la segunda  
prueba y  
preguntó:  
—¿Le apetece una  
cerveza?  
Los abortos del arte  
rehusaban  
invariablemente; la**

**mayoría de ellos le daba a la marihuana, y no querían dañar su valiosa conciencia bebiendo.**

**—Hombre, me encantaría.**

**—La sonrisa de Ben se hizo más amplia—. Y dos o tres también.**

**La risa de Bill retumbó como un trueno.**

**—Estupendo. Nos entenderemos. Vamos allá. El sonido de su risa marcó una extraña forma de comunicación entre los dos hombres, que tenían**

**muchos rasgos en común.  
El ceño de Ann Norton se  
nubló, mientras el de Susan  
se despejaba, como si una  
carga de inquietud se  
hubiera desplazado por  
telepatía a través de la  
habitación.**

**Ben siguió a Bill a la  
galería, en un ángulo de la  
cual aparecía sobre una  
mesa pequeña una nevera  
llena  
de latas de Pabst, Bill sacó  
una de encima del hielo y**

**se la arrojó a Ben, que la atrapó con una mano, sin agitarla para evitar que hiciera demasiada espuma.**

**—Se está bien aquí fuera —comentó Ben, mirando hacia la barbacoa que había en el patio del fondo, una construcción de ladrillo, baja y práctica.**

**—Lo construí yo —explicó Bill—. Me alegro de que le guste.**

**Ben bebió un largo trago y después eructó: un punto más a su favor.**

**—Susie piensa que usted es un gran tipo —comentó Norton.**

**—Y ella es un encanto de chica.**

**—Y sensata, también — agregó Norton y eructó a su vez—. Dice que ha publicado usted tres libros.**

**—Así es.**

**—¿Se venden bien?**

**—El primero se vendió — contestó Ben, y no agregó nada más.**

**Bill Norton hizo un leve gesto de asentimiento; le**

**gustaba que un hombre  
tuviera la suficiente  
discreción  
para mantener reserva  
sobre sus asuntos de  
dinero.**

**—¿Quiere echarme una  
mano con las  
hamburguesas y  
salchichas?**

**—Desde luego —respondió  
Bill.**

**—Las salchichas hay que  
cortarlas para que no  
estallen, ¿lo sabía?**

**—A)á —asintió Ben,  
mientras con el índice  
derecho hacía tajos en  
diagonal en el aire, sin  
dejar de  
sonreír. En los frankfurts,  
esos pequeños cortes  
impedían que se formaran  
ampollas.**

**—Se TC que usted es un  
hombre de experiencia —  
aprobó Bill Norton—. Eso  
se descubre enseguida.  
Traiga esa bolsa de carbón  
que hay allí, que yo**

**buscaré la carne. Y coja su  
cerveza.**

**—Jamás me separaría de  
día.**

**En el momento de irse, Bill  
vaciló y le miró, arqueando  
una ceja.**

**—¿Usted es un tipo serio?**

**—le preguntó.**

**Ben le sonrió.**

**—Vaya si lo soy.**

**—Muy bien —asintió Bill,  
y entró en la casa.**

**La previsión de lluvia de  
Babs Griff en erró por**



**kilómetros, y la comida en el patio del fondo fue sobre ruedas. Se levantó una suave brisa que, unida a las bocanadas de humo de nogal que subían de la barbacoa, consiguió mantener alejados a los mosquitos. Las mujeres llevaron los platos de cartón y los condimentos, y volvieron a beberse una cerveza cada una, riendo mientras Bill, hábil en**

**vencer las jugarretas del viento, le ganaba a Ben al badminton por 21-6. Ben agradeció la oferta de jugar la revancha, señalando con desgana su reloj.**

**—Estoy escribiendo otro libro —explicó— y me faltan seis páginas para cumplir con la cuota fijada para hoy. Si sigo bebiendo, mañana por la mañana no**

**podré releer lo que llevo escrito.**

**Susan le acompañó hasta la puerta; Ben había venido a pie desde el pueblo. Bill asentía para sus adentros mientras apagaba el fuego. Ben había dicho que era un tipo serio, y él le tomaba la palabra. No se había esforzado por impresionar a nadie, pero un hombre que trabajaba después de la cena no podía menos**

**que dejar recuerdo de su nombre, y probablemente en mayúsculas.**

**Ann Norton, sin embargo, no se sentía tranquila del todo.**

**17**

**19.00 h.**

**Floyd Tibbits entró en el aparcamiento de Dell's diez minutos después que Delbert Markey, propietario y barman, hubiera encendido el nuevo cartel del frente. El cartel proclamaba**

**DELI/S en letras de casi un metro**

**de alto, y el apostrofe era un vaso de whisky.**

**Fuera, el resplandor del sol había sido sustituido en el cielo por el púrpura creciente del crepúsculo, y en**

**las depresiones del terreno no tardaría en empezar a acumularse la niebla. En una hora empezarían a aparecer los habituales clientes nocturnos.**

**—Hola, Floyd —saludó  
Dell mientras sacaba una  
Michelob de la nevera—.**

**¿Qué tal el día?**

**—Bien —respondió Floyd  
—. Parece una buena  
cerveza.**

**Era un hombre alto que  
lucía una bien recortada  
barba de color arena y  
vestía pantalones de  
deporte de**

**punto y una americana  
informal. Era el**

**subdirector de créditos, y**

**su trabajo le gustaba de esa  
manera ausente  
que en cualquier momento  
puede convertirse en  
aburrimiento. Floyd se  
sentía a la deriva, pero la  
sensación no  
era desagradable. Y estaba  
Suze, una chica excelente.  
No tardaría en llegar por  
allí, y Floyd pensó que  
entonces tendría que  
hacerse valer.  
Dejó sobre el mostrador un  
billete de un dólar, se sirvió**

**la cerveza, se la bebió ávidamente y volvió a servirse. En ese momento no había otros parroquianos que un hombre joven con el mono azul de la compañía telefónica: El chico de Bryant, pensó Floyd. Estaba bebiendo cerveza en una mesa, mientras escuchaba la melancólica canción de amor que sonaba en el tocadiscos.**



**—¿Y qué hay de nuevo en el pueblo? —preguntó Floyd, aunque ya sabía la respuesta.**

**Nada nuevo, en realidad. Tal vez alguien hubiera aparecido borracho en el instituto, pero no se le ocurría nada más.**

**—Bueno, alguien mató al perro de tu tío. Ésa es la novedad.**

**El vaso de Floyd se detuvo antes de llegar a la boca.**

**—¿Qué? ¿A Doc, el perro del tío Win?**

**—Exactamente.**

**—¿Lo atropello un coche?**

**—Parece que no. Mike Ryerson lo encontró, cuando iba a Harmony Hill a cortar el césped. Doc estaba**

**colgado de las alcayatas que hay en lo alto del portón del cementerio, totalmente desgarrado.**

**—¡Menuda canallada!— exclamó Floyd, atónito.**

**Dell asintió con gravedad, satisfecho de la impresión que había causado. Sabía algo más que esa tarde tenía en vilo a todo el pueblo: que a la chica de Floyd la habían visto con el escritor que se alojaba en la pensión de Eva. Pero era mejor que Floyd lo descubriera por sí mismo. —Ryerson le trajo el cadáver a Parkins Gillespie —continuó—. Él piensa**

**que posiblemente el perro  
ya  
estaba muerto y algunos  
granujas lo colgaron por  
divertirse.**

**—Gillespie no sabe lo que  
dice.**

**—Tal vez no. Te diré lo que  
pienso. —Dell se inclinó  
hacia adelante,  
afirmándose en sus  
antebrazos—.**

**Pienso que han sido los  
chicos, demonios, eso es  
seguro. Pero puede ser algo**

**más grave que una broma.**

**Oye,**

**mira esto. —Buscó debajo**

**de la barra, sacó un**

**periódico y lo extendió**

**sobre el mostrador, abierto**

**por una**

**página del medio.**

**Floyd lo levantó. El**

**encabezamiento rezaba:**

**ADORADORES DE**

**SATÁN PROFANAN**

**IGLESIA.**

**Leyó rápidamente la**

**noticia. Un grupo de**

**muchachos se había metido**

**en una iglesia católica de  
Clewiston,  
Florida, poco después de  
medianoche, para practicar  
allí algún tipo de ritos  
profanos. El altar había  
sido  
profanado, había palabras  
obscenas escritas en los  
bancos, los confesionarios y  
la pila de agua bendita, y  
en  
los escalones que conducían  
a la nave se habían  
encontrado manchas de  
sangre. Los análisis habían**

**confirmado que aunque parte de la sangre era de algún animal (se pensaba en un chivo), la mayor parte era humana. El jefe de policía de Clewiston admitía que de momento no tenían pista alguna.**

**Floyd dejó el periódico.**

**—¿Adoradores de Satán en Solar? Vamos, Dell. Debes de estar chiflado.**

**—Son los chicos los que se están volviendo locos —**

**insistió Dell—. Ya verás como es cierto. La próxima novedad será que están haciendo sacrificios humanos en el prado de los Griffen. ¿Quieres otro vaso?**

**—No, gracias. —Floyd se bajó del taburete—. Creo que será mejor que vaya a ver al tío Win. Adoraba a su perro.**

**—Dale mis saludos —pidió Dell mientras volvía a guardar el periódico, que esa noche se convertiría en**



**principal artículo de exhibición—. Dile que lamento lo sucedido.**

**Mientras se dirigía hacia la puerta, Floyd se detuvo para comentar:**

**—¿Así que lo colgaron de las alcayatas? Mierda, me gustaría echar el guante a los gamberros que lo hicieron.**

**—Adoradores del diablo — volvió a decir Dell—. A mí no me sorprendería. No sé qué le pasa a la gente hoy en día.**

**Floyd se fue. El chico de  
Bryant insertó otra  
moneda en el jukebox y  
Dick Curless empezó a  
cantar**

**Enterradme con la botella.**

**18**

**19.30 h.**

**—Volved temprano a casa  
—dijo Marjorie Glick a su  
hijo mayor, Danny—.**

**Mañana hay que ir a la  
escuela, y quiero que tu  
hermano esté acostado a  
las nueve y cuarto.**

**—En realidad no veo por qué tengo que llevarlo — protestó Danny mientras restregaba los pies contra el suelo.**

**—No tienes que llevarlo — precisó Marjorie con peligrosa afabilidad—. Siempre puedes quedarte en casa.**

**Se volvió hacia la mesa de la cocina, donde estaba limpiando pescado, y Ralphie le sacó la lengua.**

**Danny le amenazó con el puño cerrado, pero el torpe de su hermano se limitó a sonreír.**

**—Volveremos —prometió, y se dirigió a la puerta de la cocina seguido de Ralphie.**

**—A las nueve.**

**—Sí... está bien.**

**En la sala. Tony Glick estaba sentado frente al televisor, mirando un partido de béisbol.**

**—¿Adonde vais, chicos?**

**—A casa de Mark Petrie, el chico nuevo —contestó Danny.**

**—Sí —se le unió Ralphie —. Vamos a ver los... trenes eléctricos que tiene.**

**Dany lanzó a su hermano una mirada furibunda, pero su padre no advirtió ni la pausa ni el énfasis.**

**Tony**

**Glick había dejado de escuchar lo que decían.**

**—Volved temprano —les dijo con aire ausente.**

**Fuera, aunque el sol ya se había puesto, una tenue luz seguía todavía en el cielo.**

**—Te mereces que te rompa la crisma, idiota —dijo Danny mientras cruzaban el patio del fondo.**

**—Pues se lo diré —insistió afectadamente Ralphie—. Le diré por qué quieres ir.**

**—Mamón —murmuró Danny, sin esperanzas.**

**Desde el fondo del patio, un camino desigual bajaba por la pendiente en dirección al bosque. La casa de**

**los Glick estaba en Brock Street, la de Mark Petrie al sur de Jointner Avenue. El camino era un atajo que ahorraba bastante tiempo para chicos de nueve y doce años dispuestos a atravesar el arroyo saltando sobre las piedras. Las ramas crujían bajo sus pies. En algún rincón del bosque grajeaba un chotacabras, mientras ellos caminaban rodeados por el chirrido de los grillos.**

**Danny había cometido el error de contar a su hermano que Mark Petrie tenía la serie completa de monstruos de plástico Aurora: el Hombre Lobo, la Momia, Drácula, el Médico Loco, y hasta la Cámara de los Horrores. La madre de los chicos pensaba que todo eso era malo, que les afectaba el cerebro o algo por el estilo, y el hermano de Danny se había convertido**



**inmediatamente en  
chantajista.**

**—Apestar, ¿lo sabías? —  
dijo Danny.**

**—Muy bien —asintió  
Ralphie—. ¿Qué es  
apestar?**

**—Es cuando te pones verde  
y pegajoso, repugnante.**

**—Déjame en paz —se  
desentendió Ralphie.**

**Iban descendiendo por las  
márgenes del Crocket  
Brook, que gorgoteaba  
plácidamente sobre su  
lecho de**

**guijarros, mientras en la superficie se dibujaba un leve resplandor perlado. Unos tres kilómetros hacia el este se unía a Taggart Stream, que a su vez terminaba por verterse en el río Royal. Danny empezó a atravesarlo saltando sobre las piedras, mirando para ver dónde pisaba, en la creciente oscuridad.**

**—¡Te voy a empujar! —  
gritó Ralphie a sus**

**espaldas alegremente—.**

**¡Cuidado, Danny, que te voy a**

**empujar!**

**—Si me empujas yo te arrastraré a ti a las arenas movedizas, idiota.**

**Llegaban a la otra orilla.**

**—Por aquí no hay arenas movedizas —se mofó**

**Ralphie, pero se acercó más a su hermano.**

**—¿Ah, no? —preguntó Danny—. Hace unos años, un chico se hundió en las arenas movedizas. Se lo oí**

**comentar a los viejos que se reúnen en la tienda.**

**—¿De veras? —preguntó Ralphie, con ojos muy abiertos.**

**—Sí —masculló Danny—. Se hundió chillando y pataleando, y la boca se le llenó de arena y se acabó.**

**—¿Qué dices? —repuso Ralphie, inquieto. La oscuridad ya era casi completa y el bosque parecía lleno de sombras fugitivas—. Salgamos de aquí.**

**Empezaron a trepar por la ribera opuesta, aunque la pinocha les hacía resbalar. El chico de quien Danny había oído hablar era un muchacho de diez años llamado Jerry Kingfield. Tal vez se hubiera hundido en las arenas movedizas, chillando y pataleando, pero si había ocurrido así, nadie lo oyó. Simplemente, seis años antes había desaparecido en los pantanos mientras**

**pescaba. Algunos hablaron de arenas movedizas, otros dijeron que lo había matado un perverso sexual. Gente así había en todas partes.**

**—Dicen que su fantasma sigue rondando por estos bosques —anunció Danny, sin informar a su hermano que los pantanos quedaban casi cinco kilómetros hacia el sur.**

**—No sigas, Danny —pidió Ralphie, nervioso—. En... en la oscuridad no.**

**Los árboles crujían en  
torno de ellos. El grajeo del  
chotacabras se había  
acallado. Casi  
furtivamente, una  
rama restalló en alguna  
parte a sus espaldas. La luz  
del día había desaparecido  
casi del todo.**

**—Y a veces —continuó  
Danny con voz  
espeluznante—, cuando  
algún pequeño idiota sale  
por la noche,  
aparece aleteando entre los  
árboles, con la cara**

**podrida y cubierta de  
arenas movedizas...**

**—Danny, por favor.**

**En la voz de su hermanito  
había una súplica, y Danny  
se detuvo. Hasta él mismo  
había terminado por  
asustarse. Alrededor, los  
árboles eran oscuras  
presencias abultadas que  
oscilaban lentamente  
impulsadas por  
el viento nocturno,  
frotándose unos contra  
otros, crujiendo en las  
articulaciones.**



**A la izquierda, otra rama se quebró.**

**De pronto, Danny deseó haber ido por el camino.**

**Otro crujido.**

**—Danny, tengo miedo — susurró Ralphie.**

**—No seas estúpido —le espetó su hermano—.**

**Vamos.**

**De nuevo echaron a andar, haciendo crujir las agujas de pino. Danny se dijo que no había oído ninguna rama que se quebrara. No se oía nada, a no ser sus**

**propios pasos. La sangre le  
latía en las sienes y sentía  
las  
manos heladas. Cuenta los  
pasos, se dijo. Doscientos  
pasos más y estaremos en  
Jointner Avenue. Y a la  
vuelta  
tomaremos el camino, para  
que este idiota no tenga  
miedo. Dentro de un  
minuto veremos las luces  
de la calle  
y me sentiré un estúpido,  
pero qué bueno será  
sentirse un estúpido, así**

**que... cuenta los pasos...**

**Uno... dos...**

**tres...**

**Ralphie soltó un grito:**

**—¡Lo veo! ¡Estoy viendo al fantasma! ¡Lo veo!**

**El terror se incrustó en el pecho de Danny como un hierro al rojo. Parecía que la electricidad le subía por las piernas. Se habría vuelto para correr, pero Ralphie estaba aferrado a él.**

**—¿Dónde? —susurró, olvidándose de que él**

**mismo había inventado el fantasma—. ¿Dónde? —Y atisbo**

**entre los árboles, temeroso de lo que pudiera ver y sin distinguir otra cosa que la oscuridad.**

**—Ahora ha desaparecido... pero lo he visto... Los ojos. Le he visto los ojos. Oh, Danny... —balbuceaba.**

**—No hay fantasmas, tonto. Vamos.**

**Danny tomó de la mano a su hermano y reemprendieron la marcha.**

**Las rodillas le temblaban.**

**Ralphie se**

**apretaba contra él hasta el punto de que casi le hacía salir del sendero.**

**—Nos está vigilando —  
murmuró Ralphie.**

**—Escucha, no voy a...**

**—No, Danny, en serio. ¿Es que no lo sientes?**

**Danny se detuvo. Adelante, en el camino, sintió efectivamente algo y se dio cuenta de que ya no estaban**

**solos. Una gran quietud  
había descendido sobre el  
bosque, una quietud  
maligna. Movidas por el  
viento, las  
sombras se retorcían  
lánguidamente.**

**Y Danny olfateaba algo  
salvaje, pero no con la  
nariz.**

**No había fantasmas, pero  
había pervertidos. Venían  
en un automóvil negro a  
ofrecerles caramelos a los  
chicos, o los esperaban en  
las esquinas, o... o les**

**seguían al interior de los  
bosques...**

**Y entonces...**

**—Corre —dijo  
roncamente.**

**Pero Ralphie temblaba  
junto a él, paralizado por el  
terror. Su mano aferraba el  
brazo de Danny. Sus ojos,  
que miraban hacia el  
bosque, empezaron a  
abrirse cada vez más.**

**—¿Danny?**

**Una rama se quebró.**

**Al darse la vuelta, Danny vio qué era lo que miraba su hermano.**

**La oscuridad los envolvió.**

**19**

**21.00 h.**

**Mabel Werts era muy gorda, había llegado a los setenta y cuatro en su último cumpleaños y cada vez**

**confiaba menos en sus piernas. Era una enciclopedia de la historia y las habladurías del pueblo, y su memoria**



**abarcaba más de cinco  
decenios de necrología,  
adulterios, robos e insania.  
Aunque chismosa, no era  
deliberadamente cruel (por  
más que en esa apreciación  
no estuvieran de acuerdo  
aquellos cuya historia se  
había difundido gracias a  
ella); simplemente, vivía en  
el pueblo y para el pueblo.  
En cierto modo, Mabel era  
el pueblo. Viuda y obesa, en  
la actualidad salía muy  
poco y pasaba la mayor**

**parte del tiempo sentada  
junto a  
la ventana, vestida con una  
camisola de seda que la  
hacía parecer una tienda de  
campaña, con el pelo de un  
amarillento color marfil  
recogido en una corona de  
gruesas trenzas, el teléfono  
en la mano derecha y el par  
de  
prismáticos japoneses en la  
izquierda. La combinación  
de ambos recursos —amén  
del tiempo para usarlos—**

**la convertían en una benévola araña situada en el centro de una red de comunicaciones que se extendía desde el Bend hasta el este de Salem.**

**A falta de algo mejor que hacer, Mabel se había dedicado a vigilar la casa de los Marsten cuando se abrieron los postigos situados a la izquierda del porche, dejando ver un rectángulo de luz dorada que no era el**

**terco resplandor de la  
electricidad. Apenas si  
había tenido una fugaz  
visión de lo que podría  
haber sido la  
cabeza y los hombros de un  
hombre, recortados a  
contraluz. Sintió un  
escalofrío.**

**En la casa no se había visto  
más movimiento.**

**¿Qué clase de gente hay  
que ser, pensó Mabel  
Werts, para abrir las  
ventanas únicamente  
cuando uno ya**

**apenas si puede verlos?  
Dejó los prismáticos sobre  
una mesita y levantó el  
teléfono. Dos voces —que  
Mabel no tardó en  
identificar como de Harriet  
Durham y Glynis  
Mayberry— comentaban  
que ese muchacho,  
Ryerson, había  
encontrado muerto al  
perro de Irwin Purinton.  
Mabel se quedó inmóvil,  
respirando por la boca,  
para que no fuese**

**advertida su presencia en  
la línea.**

**20**

**23.59 h.**

**El día temblaba al borde de  
la extinción. Las casas  
dormían en la oscuridad.**

**En el centro del pueblo, las  
luces de la ferretería, de las  
Pompas Fúnebres y del  
Café Excellent arrojaban  
sobre el pavimento un débil  
resplandor eléctrico. Había  
quien seguía despierto,  
como George Boyer, que**

**acababa de llegar a casa  
después  
de cumplir el turno de la  
tarde en el aserradero, o  
Win Purinton, que hacía  
solitarios, incapaz de  
dormir al  
pensar en su perro, cuya  
muerte lo había afectado  
más profundamente que la  
de su mujer; pero, en  
general,  
todo el mundo dormía el  
sueño de los justos y los  
trabajadores.**

**En el cementerio de  
Harmony Hill, una  
sombria figura se mantenía  
inmóvil y meditativa junto  
al portón,  
a la espera de que acabara  
el día. Cuando habló, la voz  
era suave y cultivada:  
—Oh, padre mío,  
favoréceme ahora. Señor  
de las Moscas, favoréceme  
ahora. Te traigo carne  
podrida y  
ahumada. Para ganar tu  
favor he sacrificado, y con  
la mano izquierda te traigo**



**el sacrificio. Sobre este terreno,  
consagrado en tu nombre,  
haz un signo para mí. Un signo espero para comenzar tu obra.**

**Se levantó un viento suave, que traía consigo el suspiro y el susurro de hojas y ramas, y una bocanada de olor a carroña, desde el vertedero junto al camino. No se oían más ruidos que los que transportaba la brisa. La figura se mantuvo silenciosa y pensativa.**

**Después se inclinó y volvió  
a erguirse. En sus brazos  
tenía el cuerpo de un niño.  
—Esto te he traído.**

**CUATRO**

**DANNY GLICK Y OTROS**

**1**

**Danny y Ralphie Glick  
habían salido para ir a casa  
de Mark Petrie con  
órdenes de estar de vuelta a  
las  
nueve. Cuando pasaron las  
diez sin que sus hijos  
hubieran regresado,**

**Marjorie Glick llamó a casa de los Petrie. No, le dijo la señora Petrie, los muchachos no estaban allí. Ni habían estado. Tal vez sería mejor que su marido hablara con Henry. La señora Glick le pasó el teléfono a su esposo, mientras sentía en el vientre el cosquilleo del miedo. Los dos hombres comentaron el asunto. Sí,**

**los chicos habían ido por la senda de los bosques. No, el arroyo no tenía profundidad en esta época del año, y menos con buen tiempo. Apenas si llegaría al tobillo.**

**Henry sugirió que él podía empezar desde su extremo del sendero, con una linterna, mientras el señor Glick avanzaba desde su lado. Tal vez los chicos hubieran encontrado una**

**madriguera de conejos o  
estuvieran  
fumándose un cigarrillo, o  
algo así. Tony se mostró de  
acuerdo y agradeció al  
señor Petrie por tomarse  
esa  
molestia. El señor Petrie  
dijo que no era molestia.  
Tony colgó el auricular y  
tranquilizó un poco a su  
mujer,  
que estaba asustada.  
Mentalmente, el padre ya  
había decidido que ninguno**

**de los dos chicos se iba a  
poder  
sentar durante una  
semana, cuando los  
encontrara.**

**Pero antes de que hubiera  
salido siquiera del patio,  
Danny apareció a  
tropezones de entre los  
árboles y se  
desplomó junto a la  
barbacoa del fondo. Estaba  
aturdido y hablaba con  
lentitud, respondiendo  
trabajosamente**

**y no siempre con sensatez a lo que se le preguntaba.**

**Tenía hierba en las manos, y algunas hojas otoñales en el**

**pelo.**

**Le contó a su padre que él y Ralphie habían ido por la senda del bosque, habían atravesado el arroyo saltando por las piedras y habían llegado sin dificultad al otro lado.**

**Después Ralphie empezó a decir que**

**había un fantasma en los bosques (Danny tuvo cuidado en no mencionar que él te había metido esa idea en la cabeza a su hermano). Ralphie decía que veía una cara, y Danny empezó a asustarse. Él no creía en fantasmas ni espantajos, pero le parecía haber oído algo en la oscuridad. ¿Qué habían hecho entonces?**



**Danny creía que habían echado a andar de nuevo, tomados de la mano, pero no estaba seguro. Ralphie iba lloriqueando por el fantasma. Danny le dijo que no llorara, porque pronto verían las luces de Jointner**

**Avenue. No les faltaban más que doscientos pasos, menos tal vez. Entonces había sucedido algo malo. ¿Qué? ¿Qué había sucedido?**

**Danny no sabía.**

**Discutieron con él, se irritaron, lo reconvinieron. Dany no hacía más que menear la cabeza, lentamente y sin comprender. Sí, sabía que tendría que recordarlo, pero no podía. En serio, no podía. No, no recordaba haberse caído, en absoluto. Sólo... sólo que todo estaba oscuro. Muy oscuro. Y después recordaba que él estaba tendido en la senda, solo. Ralphie había desaparecido.**

**Parkins Gillespie dijo que no tenía sentido organizar una búsqueda en los bosques esa noche.**

**Demasiadas trampas para caza. Probablemente el chico se hubiera salido del camino, y nada más.**

**Acompañado por Nolly Gardener, Tony Glick y Henry Petrie, Gillespie recorrió de punta a punta la senda y después los alrededores de Jointner Avenue y ¿rock**

**Street, llamando al chico con un megáfono.**

**A primera hora de la mañana siguiente, la policía de Cumberland, junto con la estatal, inició una búsqueda coordinada en la zona boscosa, al no encontrar nada, se amplió el área del rastreo. Durante cuatro días revisaron la espesura, y los esposos Glick recorrieron bosques y**

**campos, escudriñando los  
árboles caídos  
que quedaban del antiguo  
incendio, gritando el  
nombre de su hijo con  
terca y desgarradora  
esperanza.**

**Nada se encontró y  
entonces se hizo un  
dragado de Taggart Stream  
y del río Royal, sin  
resultado.**

**A las cuatro de la  
madrugada del quinto día,  
aterrorizada e histérica,**

**Marjorie Glick despertó a su marido. Danny se había desmayado en el vestíbulo del piso alto, aparentemente mientras iba al cuarto de baño. Una ambulancia lo transportó al Hospital General de Central Maine. El diagnóstico preliminar fue conmoción emocional retardada.**

**El medico a cargo del caso,  
de apellido Gorby, llevó  
aparte al señor Glick.**

**—¿Su hijo ha sufrido  
alguna vez ataques de  
asma?**

**El señor Glick pestañeó  
mientras sacudía la cabeza.**

**En menos de una semana  
había envejecido diez  
años.**

**—¿Antecedentes de fiebre  
reumática?**

**—¿Danny? No... Danny no.**

**—Durante este último año,  
¿le han hecho alguna  
reacción de Mantoux?**

**—¿Por la tuberculosis? ¿Es  
que está enfermo?**

**—Señor Glick,  
simplemente queremos  
descubrir...**

**—¡Marge! Margie, ven  
aquí.**

**Marjorie Glick se levantó y  
se acercó por el corredor.  
Tenía el semblante pálido,  
el pelo descuidado,**



**todo el aspecto de una  
mujer presa de una  
jaqueca torturante.**

**—¿A Danny le han hecho  
la reacción de Mantoux  
este año?**

**—Sí —contestó  
sombriamente—. A  
principio de año, en el  
colegio. No tuvo reacción.**

**—¿Tose por las noches? —  
siguió preguntando Gorby.**

**—No.**

**—¿Se queja de dolores en  
el pecho o en las  
articulaciones?**

**—No.**

**—¿De molestias al orinar?**

**—No.**

**—¿No hay pérdidas de sangre anormales? ¿Por la nariz, en las deposiciones..., o bien un número excepcional de heridas y cardenales?**

**—No.**

**Gorby sonrió e hizo un gesto de asentimiento.**

**—Quisiéramos que se quedara para hacerle unos análisis.**

**—Desde luego —respondió Tony—. Estoy asociado a la Cruz Azul.**

**—Sus reacciones son muy lentas —explicó el médico —, y vamos a examinarle con rayos X, hacer un estudio de la médula, un recuento de leuco...**

**—¿Tiene Danny leucemia?**

**—preguntó en un susurro Marjorie Glick, cuyos ojos habían ido agrandándose lentamente.**

**—Señora Glick, esto es muy... —empezó a explicar**

**el médico, pero la madre se había desmayado.**

**2**

**Ben Mears fue uno de los voluntarios de Salem's Lot que colaboraron en la búsqueda de Ralphie Glick, sin conseguir otra cosa que ensuciarse los pantalones con la maleza y un violento acceso de fiebre del heno provocado por la pelusa de los plátanos.**

**Durante el tercer día de búsqueda, Ben entró en la**

**cocina de Eva dispuesto a  
comerse un plato de  
raviolis y dormir una breve  
siesta antes de ponerse a  
escribir. Encontró a Susan  
Norton atareada en la  
cocina,  
preparando un guisado con  
hamburguesas. Los  
hombres que acababan de  
volver del trabajo, sentados  
en torno  
de la mesa, simulaban  
conversar mientras la  
devoraban con los ojos;**

**Susan llevaba una  
desteñida camisa a  
cuadros atada a la cintura  
y unos pantalones cortos de  
pana. Eva Miller estaba  
planchando en un rincón  
de la  
cocina.**

**—Hola, ¿qué estás  
haciendo aquí? —saludó  
Ben.**

**—Cocinándote algo  
decente antes de que te  
conviertas en una sombra  
—respondió Susie, y Eva  
rió**

**desde su rincón.**

**Ben sintió que le ardían las orejas.**

**—Guisa bien, de veras — dictaminó Weasel—. Puedo asegurarlo; la he estado observando.**

**—Si llegas a mirarla un poco más se te salen los ojos de las órbitas — comentó Grover Verrill con una risita.**

**Susan tapó la cazuela, la puso en el horno y ambos**

**salieron al porche del fondo a esperar que estuviera lista. El sol descendía, rojo e inflamado.**

**—¿Algo nuevo?**

**—No. Nada. —Ben sacó del bolsillo de la camisa un arrugado paquete de cigarrillos y encendió uno.**

**—Hueles como si fueras un leñador —comentó Susan.**

**—Vaya día hemos tenido.**

**—Ben extendió el brazo para mostrarle las picaduras de insectos y los**



**raspones a medio cicatrizar  
—. Entre los condenados  
mosquitos y los malditos  
arbustos espinosos me han  
destrozado los brazos.**

**—¿Qué crees que puede  
haberle pasado, Ben?**

**—Sabe Dios. —Ben exhaló  
una bocanada de humo—.  
Tal vez alguien sorprendió  
por detrás al  
muchacho mayor, y  
secuestró al pequeño.**

**—¿Tú crees que está  
muerto?**

**Ben la miró para ver si Susan esperaba una respuesta sincera, o simplemente una que dejara esperanzas.**

**Le tomó la mano y entrelazó los dedos con los de ella.**

**—Sí —dijo—, creo que el niño está muerto. Todavía no hay pruebas concluyentes, pero es lo que creo.**

**Ella sacudió la cabeza.**

**—Ojalá te equivoques. Mamá y otras señoras**

**estuvieron haciendo  
compañía a la señora  
Glick. Está  
como si hubiera perdido el  
juicio, y el marido también.  
Y el otro chico que no hace  
más que andar por ahí  
como un fantasma.**

**—Humm —gruñó Ben,  
mientras miraba hacia la  
casa de los Marsten, sin  
escuchar en realidad.  
Los postigos estaban  
cerrados; más tarde se  
abrirían. Al anochecer. Los  
postigos se abrirían por la**

**noche. Ben sintió un  
mórbido escalofrío ante la  
idea.**

**—... noche?**

**—¿Cómo? Perdona. —Se  
volvió a mirar a Susan.**

**—Te decía que a papá le  
gustaría que fueras  
mañana por la noche.**

**¿Podrás?**

**—¿Estarás tú?**

**—Claro que sí —afirmó  
Susan.**

**—De acuerdo. Sí.**

**Ben quería mirarla,  
encantadora como estaba a**

**la luz crepuscular, pero  
sentía que la casa de los  
Marsten  
atraía sus ojos como un  
imán.**

**—Te atrae, ¿verdad? —  
preguntó Susan, y el hecho  
de que le hubiera leído el  
pensamiento, e incluso la  
metáfora, era casi  
pavoroso.**

**—Sí.**

**—Ben, ¿sobre qué es tu  
nuevo libro?**

**—Todavía no —pidió él—.  
Dame tiempo. Te lo diré**

**tan pronto pueda. Es...  
tiene que ir resolviéndose  
solo.**

**En ese momento Susan  
quiso decirle te amo,  
decírselo con la soltura y la  
falta de aprensión con que  
la**

**idea había afluado a su  
conciencia, pero se mordió  
el labio para no dejar salir  
las palabras. No quería  
decírselo mientras él  
estuviera mirando...  
mirando hacia allá.  
Se levantó.**

**—Voy a vigilar el guisado.  
Cuando Susan se alejó, Ben  
seguía fumando y mirando  
hacia la casa de los  
Marsten.**

**3**

**En la mañana del día 22,  
Lawrence Crockett estaba  
sentado en su oficina,  
aparentando leer su  
correspondencia de los  
lunes mientras espiaba por  
el rabillo del ojo a su  
secretaria, cuando sonó el  
teléfono.**

**Larry había estado pensando en su carrera comercial en Salem's Lot, en ese pequeño coche reluciente aparcado en la entrada de la casa de los Marsten, y en pactos con el diablo. Ya antes de que su pacto con Straker quedara consumado (Vaya palabra, pensó Larry, mientras sus ojos recorrían el frente de la blusa de su secretaria), Lawrence Crockett era,**



**indudablemente, el hombre  
más rico  
de Salem's Lot y uno de los  
más ricos del condado de  
Cumberland, aunque no  
hubiera signo externo en su  
oficina ni en su persona  
que así lo indicara. El  
despacho era viejo,  
polvoriento y apenas  
iluminado por dos  
bombillas manchadas por  
las moscas. El antiguo  
escritorio de tapa  
enrollable estaba atestado  
de papeles,**

**lápices y correspondencia. En un extremo se veía un frasco de goma de pegar, y en el otro un pisapapeles de cristal, cuadrado, que lucía en sus diferentes caras fotos de la familia de Larry. En precario equilibrio sobre una pila de libros de contabilidad había una pecera de cristal llena de cerillas, con un cartel que anunciaba: «Coja lo que quiera.» Salvo tres armarios para archivo,**

**a prueba de incendios, y el escritorio de la secretaria en su pequeño recinto, la oficina estaba vacía.**

**Sin embargo, estaba decorada.**

**Había instantáneas y fotografías por todas partes, pinchadas o pegadas sobre cualquier superficie disponible. Algunas eran copias Polaroid recientes, otras instantáneas de color tomadas algunos años atrás,**

**pero la mayoría eran fotos  
en blanco y negro,  
arqueadas y amarillentas,  
que en algunos casos tenían  
hasta**

**quince años. Debajo de  
cada una se leía un anuncio  
escrito a máquina:**

**«¡Hermosa vivienda  
campestre, seis**

**habitaciones!» O: «En lo  
alto de la colina, Taggart  
Stream Road, \$ 32.000.**

**¡Baratísima!» O: «Para  
familia**

**numerosa, granja con casa de diez habitaciones, Burns Road.» Todo tenía el aspecto de una triste operación clandestina, y lo había sido hasta 1957, cuando Larry Crockett, a quien en Jerusalem's Lot consideraban apenas algo más que un inútil, decidió que el negocio del futuro eran los remolques. En esos días, perdidos ya**

**en la bruma del tiempo, la  
mayoría de la gente  
pensaba en las caravanas,  
esas pintorescas cosas  
plateadas que  
uno enganchaba a la parte  
posterior del coche cuando  
quería ir hasta el Parque  
Nacional de Yellowstone a  
sacarles fotos a la mujer y  
los niños, de pie junto a  
Old Faithmul,  
boquiabiertos ante el  
chorro intermitente del  
geiser. En esos días,  
perdidos ya en la bruma**

**del tiempo, casi nadie —ni siquiera los propios fabricantes de caravanas— pudo prever que un día las pintorescas cosas plateadas se convertirían en «apaches» que se enganchaban directamente a la camioneta Chevy, ni que podían venir completas y motorizadas independientemente. Larry, sin embargo, no tuvo necesidad de saber estas cosas. Su intuición le**

**llevó al ayuntamiento —  
por  
ese entonces aún no lo  
habían elegido como  
funcionario municipal;  
nadie habría votado por él  
ni siquiera para  
que se hiciera cargo de la  
perrera— con el objeto de  
estudiar las leyes de  
urbanización de  
Jerusalem's Lot.  
Eran muy satisfactorias.  
Mientras leía entre líneas,  
imaginaba miles de**



**dólares. La ley decía que no se podía mantener un vertedero, ni tener más de tres coches viejos aparcados en un cercado sin permiso municipal, ni tener un inodoro químico —eufemismo no demasiado exacto por letrina— si no estaba aprobado por la Oficina Sanitaria Municipal. Y eso era todo. Larry se hipotecó hasta el cuello, pidió además un préstamo y consiguió**

**comprar tres remolques.**

**Nada**

**de pintorescas cositas**

**plateadas: largos**

**monstruos hipertrofiados,**

**tapizados, revestidos en**

**paneles de madera**

**plástica y con los cuartos**

**de baño de fórmica. Para**

**cada uno compró una**

**parcela de cuarenta metros**

**cuadrados en el Bend,**

**donde el terreno era**

**barato, los instaló sobre**

**precarios cimientos y se**

**puso a la tarea de**

**venderlos. En tres meses lo había conseguido, tras superar cierta resistencia inicial de la gente (que dudaba en vivir en una casa que se parecía a un coche Pullman) y sus ganancias rondaban los diez mil dólares. El futuro había llegado a Salem's Lot, y Larry Crockett estaba allí, listo para capitalizarlo. El día que R. T. Straker apareció en su despacho,**

**Crockett se cotizaba en casi dos millones de dólares, como resultado de sus especulaciones inmobiliarias en pueblos vecinos, pero no en Solar (no se caga donde se come, era el lema de Lawrence Crockett), basadas en la convicción de que la industria de los hogares móviles crecería como los hongos. Así fue, y el dinero comenzó a entrar a paladas.**

**En 1965, Larry Crockett se asoció silenciosamente con un contratista llamado Romeo Poulin, que estaba construyendo un supermercado en Auburn. Poulin se las sabía todas, y con su veteranía y el don para los números que tenía Larry, sacaron 750.000 dólares por cabeza, de lo cual no tuvieron que declarar más que un tercio a los recaudadores de impuestos del Tío Sam.**

**Todo andaba a las mil maravillas, y si el techo del supermercado salió con unas cuantas goteras, bueno, qué se le iba a hacer.**

**Entre 1966 y 1968, Larry compró acciones suficientes para controlar tres empresas de remolques de Maine, e hizo toda clase de piruetas para mantener alejada a la gente de los impuestos. A Romeo Poulin le**

**describió el proceso como entrar en el túnel del amor con la chica A, acostarse con la chica B que iba en el coche de atrás y terminar cogido de la mano con la chica C del otro lado.**

**Larry terminó comprándose casas rodantes a sí mismo, y esas transacciones incestuosas resultaron tan beneficiosas que casi daban miedo.**

**Tratos con el diablo, vaya, pensaba Larry mientras recorría sus papeles.**

**Cuando uno hace trato con él, los pagarés huelen a azufre. La gente que compraba caravanas eran obreros o empleados de clase media baja, gente que no tenía posibilidad de pagar una entrada por una casa más convencional, o jubilados que buscaban cómo sacar el máximo partido a la Seguridad Social. La idea de una flamante vivienda**



**de seis habitaciones era  
muy  
importante para esa gente  
y, para los más ancianos,  
había otra ventaja que  
algunos vendedores  
olvidaban  
destacar pero que Larry,  
siempre astuto, subrayaba:  
las caravanas no tenían  
más que una planta, y no  
había  
que subir ninguna escalera.  
La financiación también  
era fácil. Por lo general,  
con una entrada de 500**

**dólares la operación  
quedaba  
cerrada, y si incluso en esos  
días de la década de los  
sesenta en los que el dinero  
aún tenía valor, los 9.500  
restantes se gravaban con  
un interés del 24 por  
ciento, eso rara vez le  
parecía una trampa a esa  
gente ansiosa  
de tener su casa.**

**¡Y el dinero entraba a  
espuertas!**

**El propio Crockett había  
cambiado muy poco,**

**incluso después de haber  
sellado el pacto con el  
inquietante señor Straker.  
Ningún decorador  
afeminado fue a  
redecorarle el despacho.  
Seguía conformándose  
con el ventilador eléctrico  
en vez de poner aire  
acondicionado. Usaba los  
mismos trajes relucientes o  
sus  
eternos y brillantes  
conjuntos de deporte.  
Siguió fumando los mismos**

**cigarros baratos y  
acudiendo a la  
taberna de Dell los sábados  
por la noche para beberse  
algunas cervezas y jugar a  
los naipes con los  
muchachos. No había  
abandonado los negocios  
inmobiliarios en el  
municipio, lo que le  
suponía dos  
importantes ventajas:  
primero, le había valido ser  
elegido como funcionario, y  
segundo, le permitía  
manejar**

**hábilmente su declaración de impuestos, porque las operaciones visibles quedaban todos los años un escalón por debajo del mínimo no imponible. Aparte de la casa de los Marsten, era y había sido el agente de ventas de unas tres docenas de mansiones decrepitas de la zona. Claro que hubo algunos tratos buenos, pero Larry no**

**presionó. Después de todo,  
el dinero entraba a  
espuertas.**

**Demasiado dinero, tal vez.  
Era posible pasarse de  
listo, pensó. Entrar en el  
túnel del amor con la chica  
A, acostarse con la chica B,  
salir de la mano con la  
chica C, para que al final  
las tres le dieran a uno  
calabazas.**

**Straker había dicho que se  
mantendría en contacto  
con él, y de eso hacía**

**catorce meses. Y si  
resultaba ahora  
que...**

**En ese momento sonó el  
teléfono.**

**4**

**—Señor Crockett —dijo la  
conocida voz sin acento.**

**—Straker, ¿verdad?**

**—El mismo.**

**—Justamente pensaba en  
usted. Parece telepatía.**

**—Qué coincidencia, señor  
Crockett. Necesito un  
servicio, por favor.**

**—Lo imaginé.**

**—Consígame un camión,  
por favor. Grande.  
Alquílelo para que esté en  
los muelles de Portland  
esta  
tarde a las siete en punto.  
En la aduana. Creo que  
con dos mozos será  
suficiente.**

**—Perfecto.**

**Larry sacó una libreta y  
garabateó: «H. Peters, R.  
Snow. Henry's U-Haul. 6 a  
más tardar.» No se detuvo**



**a pensar lo servilmente que parecía cumplir las órdenes de Straker.**

**—Hay una docena de cajas para retirar. Todas, salvo una, van a la hacienda. La otra es un aparador valiosísimo... un Hepplewhite. Los mozos lo distinguirán por el tamaño, y hay que llevarlo a la casa. ¿Comprende?**

**—Sí.**

**—Indique que lo bajen al sótano. Los hombres pueden entrar por el acceso**

**que hay bajo las ventanas  
de**

**la cocina. ¿Entendido?**

**—Sí. Ahora, ese aparador...**

**—Una cosa más, por favor.**

**Consiga cinco candados**

**Yale. ¿Conoce la marca**

**Yale?**

**—Todo el mundo la conoce.**

**¿Qué...?**

**—Cuando se vayan, los  
mozos cerrarán la puerta**

**de atrás de la tienda.**

**Dejarán las llaves de los**

**cinco**

**candados en la mesa del sótano. Cuando salgan de la casa, pondrán candados en la puerta de acceso al sótano, en la puerta principal y la del fondo, y en la del cobertizo. ¿Comprende?**

**—Sí.**

**—Gracias, señor Crockett. Siga exactamente todas las indicaciones. Adiós.**

**—Espere un momento...  
Se cortó la comunicación.**

**Faltaban dos minutos para las siete cuando el gran camión anaranjado y blanco con su distintivo de Henry's U-Haul, se detuvo ante la barraca al fondo de la aduana, en los muelles de Portland. La marea estaba cambiando, y eso inquietaba a las gaviotas, que planeaban y graznaban contra el cielo carmesí del poniente.**

**—Aquí no hay nadie —  
comentó Royal Snow**

**mientras se terminaba su  
Pepsi, y dejó caer la lata  
vacía al  
suelo de la cabina—. Nos  
arrestarán por  
merodeadores.**

**—Hay alguien —señaló  
Hank Peters—. De la poli.  
No era precisamente de la  
poli, sino un vigilante  
nocturno, que los enfocó  
con su linterna,  
—¿Alguno de ustedes es  
Lawrence Crockett?**

—Somos empleados suyos  
—aclaró Royal—. Venimos  
a buscar unos cajones.

—Bueno —dijo el hombre  
—. Entrad en la oficina,  
que tengo que haceros  
firmar la factura. —Le  
hizo un  
gesto a Peters, que iba al  
volante—. Da marcha atrás  
hasta esa doble puerta que  
está un poco quemada, ¿la  
ves?

—Aja. —Peters dio  
marcha atrás al camión.

**Royal Snow siguió al vigilante hasta la oficina, donde burbujeaba una cafetera. El reloj que había sobre**

**el calendario señalaba las 19.04. El hombre rebuscó entre los papeles que había sobre el escritorio y le tendió**

**un formulario.**

**—Firma aquí.**

**Royal lo hizo.**

**—Id con cuidado al entrar.**

**Encended las luces. Hay ratas.**

**—Jamás he visto una rata que no huya ante esto — declaró Royal, mientras balanceaba el pie calzado con una pesada bota de trabajo.**

**—Éstas son ratas de puerto —señaló secamente el otro —, y se han enfrentado a hombres más fuertes que tú.**

**Royal volvió a salir y se dirigió hacia la puerta del almacén. El vigilante se quedó en la puerta de la**



**barraca, siguiéndolo con la vista.**

**—Cuidado —le indicó Royal a Peters—. El viejo dijo que había ratas.**

**—Bueno. Si a él le asustan... —se burló Hank.**

**Royal encontró el conmutador de la luz al lado de la puerta. En la atmósfera, pesada con los olores**

**mezclados de la sal, la madera podrida y la humedad, había algo que**

**quitaba las ganas de reírse.**

**Eso, y la idea  
de las ratas.**

**Los cajones estaban  
apilados en medio del suelo  
del amplio almacén. Aparte  
ellos, el lugar estaba vacío  
y, por contraste, la  
colección parecía enorme.**

**El aparador estaba en el  
centro; era más alto que los  
demás**

**cajones, y el único que no  
llevaba la indicación**

**«Barlow y Straker, 27**

**Jointner Avenue, Jer. Lot,  
Maine».**

**—Bueno, pues no parece  
tan mal —comentó Royal.  
Consultó su copia del  
albarán y después contó los  
cajones—. Sí, están todos.**

**—Y hay ratas —señaló  
Hank—. ¿Las oyes?**

**—Sí, malditos bichos. Me  
enferman.**

**Durante un momento, los  
dos se quedaron en silencio,  
escuchando los chillidos y  
corridas que se oían en  
las sombras.**

**—Bueno, a trabajar —dijo  
Royal—. Subamos primero  
ese grande para que no nos  
estorbe cuando  
lleguemos a la tienda.  
Vamos.**

**—Sí, vamos.**

**Se acercaron al cajón y  
Royal sacó un cortaplumas  
del bolsillo y abrió el sobre  
adherido al cajón.**

**—Eh —objetó Hank—, ¿te  
parece que debemos...?**

**—Tenemos que  
asegurarnos de que es lo  
que nos encargaron, ¿no?**

**Si metemos la pata, Larry nos corta el pescuezo. —Sacó el albarán del sobre para mirarlo.**

**—¿Qué dice?—preguntó Hank.**

**—Heroína —le informó seriamente Royal—. Cien kilos de heroína, dos mil libros pornográficos de Suecia, trescientos mil vibradores franceses...**

**—Dame eso. —Hank le arrebató el albarán—.**

**Aparador —leyó—.**

**Exactamente lo que nos  
dijo Larry.**

**De Londres, Inglaterra, a  
Portland, Maine, expedido  
por correo. Vibradores  
franceses un cuerno. Pon  
esto en  
su lugar.**

**—Hay algo raro en este  
asunto —comentó Royal,  
mientras hacía lo que le  
habían indicado.**

**—Lo único raro eres tú.**

**—No, no es broma. Este  
cacharro no tiene sellos de**

**aduana. Ni en el cajón, ni en el sobre del albarán. Ni un solo sello.**

**—Tal vez se los pongan con esa tinta especial que sólo se ve con luz negra.**

**—No es lo que se hacía cuando yo trabajaba en el puerto. Hasta el más insignificante cargamento quedaba lleno de sellos. No podías levantar un cajón sin llenarte de tinta azul hasta los codos.**

**—Bueno, me alegro. Pero date prisa porque mi mujer**

**suele acostarse muy temprano y quiero llegar a tiempo para...**

**—Tal vez si le echáramos un vistazo...**

**—No hay tiempo. Vamos, levantémoslo.**

**Royal se encogió de hombros. Cuando inclinaron el cajón, algo pesado se movió dentro.**

**Era un cajón muy desagradable de levantar. Posiblemente fuera una de esas cómodas**



**de cajones. Era bastante pesado.**

**Entre gruñidos, lo llevaron trabajosamente hasta el camión y lo colocaron en el elevador hidráulico con suspiros de alivio. Royal se quedó a la espera mientras Hank hacía funcionar el elevador. Cuando estuvo al nivel del suelo del camión, los dos subieron para empujarlo hacia el interior. En el cajón había algo que no le gustaba, y era algo**

**más que la falta de sellos de aduanas. Una cosa indefinible. Royal siguió mirando el cajón hasta que Hank bajó la puerta rampa de atrás. —Vamos —dijo —.**

**Subamos los otros. Los demás cajones tenían los sellos normales de aduana, salvo los tres que habían sido despachados desde el interior de Estados Unidos. Mientras iban cargándolos**

**en el camión, Royal  
cotejaba  
cada cajón con lo  
especificado en el albarán,  
y lo firmaba con sus  
iniciales. Todos los cajones  
que iban a la  
tienda quedaron colocados  
cerca de la puerta trasera  
del camión, separados del  
armario. —Pero ¿quién  
demonios va a comprar  
estas cosas? —preguntó  
Royal una vez terminaron  
—. Una mecedora polaca,  
un reloj**

**alemán, una rueca  
irlandesa... Dios, imagino  
que todo esto vale una  
fortuna.**

**—Los turistas lo  
comprarán —explicó Hank  
—. Los turistas compran  
cualquier cosa. Algunos de  
esos  
que vienen de Boston y  
Nueva York... se  
comprarían una bolsa de  
bosta de vaca, si la bolsa  
fuera vieja.**

**—No me gusta nada ese  
cajón grande —insistió**

**Royal—. Ningún sello de aduanas, eso es rarísimo.**

---

**Bueno, llevémoslo a donde nos dijeron. Sin hablar, volvieron a Salem's Lot. Hank no quitó el pie del acelerador; quería terminar con ese encargo. Había algo que le disgustaba. Como decía Royal, era muy raro. Se detuvo en la puerta del fondo de la nueva tienda y comprobó que no estaba cerrada con llave, como le**

**había dicho Larry. Royal accionó el conmutador, pero la luz no se encendió.**

**—Estupendo —gruñó**

**Royal—.**

**Tener que descargar estas porquerías en completa**

**oscuridad... Oye, ¿no**

**sientes un olor raro aquí?**

**Hank olfateó. Sí, había un**

**tufo, un olor desagradable,**

**pero no podría haber dicho**

**con exactitud qué era.**

**Seco y acre, como el hedor**

**de algo que hubiera estado**

**podriéndose durante largo tiempo.**

**—Es que ha estado demasiado tiempo cerrado —concluyó mientras pasaba el haz de su linterna por la larga habitación vacía—.**

**Necesita ventilación.**

**—Pues yo lo quemaría — declaró Royal. No le gustaba aquello—. Vamos, y tratemos de no rompernos una pierna.**

**Descargaron los cajones con la mayor rapidez posible, dejando cada uno cuidadosamente en el suelo. Una hora y media más tarde, Royal cerraba con un suspiro de alivio la puerta del fondo, sin olvidarse de colocarle uno de los nuevos candados.**

**—La primera parte está hecha —comentó.**

**—La parte mas fácil —le recordó Hank, mirando hacia la casa de los**



**Marsten, que se veía oscura y con los postigos cerrados—. No me gusta tener que ir allá» y no me da vergüenza decirlo. Si alguna vez ha habido una casa embrujada, es ésa. Esos tipos deben estar locos si piensan vivir ahí. En todo caso, son bichos raros.**

**—Igual que todos los decoradores —completó Royal—. Probablemente**

**quieren prepararla como  
lugar  
de exposición. Bueno, para  
una tienda.**

**—En fin, si tenemos que  
hacerlo, adelante.**

**Echaron una última  
mirada al aparador  
encerrado en su embalaje y  
después Hank cerró de un  
golpe la  
puerta trasera. Se sentó al  
volante y tomó por  
Jointner Avenue hasta  
Brooks Road. Un minuto  
después,**

**sombría y crepitante, se  
erguía ante ellos la casa de  
los Marsten, y Royal sintió  
el primer retortijón de  
miedo  
en el vientre.**

**—Dios, qué lugar tan  
escalofriante —murmuró  
Hank—. ¿Quién puede  
querer vivir allí?**

**—No lo sé, ¿Ves alguna luz  
detrás de los postigos?**

**—No.**

**Parecía que la casa se  
inclinara hacia ellos, como  
si esperara su llegada.**

**Hank condujo el camión  
por el  
camino de entrada y dio la  
vuelta hacia el fondo.  
Ninguno de los dos miró  
demasiado lo que las  
inciertas luces  
delanteras podían revelar  
entre la exuberante hierba  
del patio del fondo. Hank  
sentía que su corazón se  
encogía por un sentimiento  
de pánico que no había  
experimentado siquiera en  
Vietnam, aunque allí había**

**vivido casi todo el tiempo  
asustado. Pero aquél era un  
miedo racional. Miedo de  
pisar alguna planta  
venenosa  
que le hinchara a uno el pie  
hasta convertirselo en un  
mefítico globo verde, miedo  
de que algún muchachito  
de uniforme negro cuyo  
nombre jamás uno habría  
podido pronunciar le  
volara la cabeza con un  
fusil ruso,  
miedo de que a uno le  
tocara un oficial chiflado**

**que le ordenara ametrallar  
a todo el mundo en una  
aldea  
donde una semana antes  
habían estado los vietcong.  
Pero éste de ahora era un  
miedo infantil, onírico. Un  
miedo sin puntos de  
referencia. Una casa era  
una casa: tablas, bisagras,  
clavos, tejas. No había  
razón para  
sentir que cada rendija  
astillada exhalaba el  
polvoriento aroma del mal.**

**Eso no eran más que ideas estúpidas.**

**¿Fantasmas? Hank no creía en fantasmas.**

**Imposible creer en ellos después de Vietnam.**

**Tuvo que hacer dos intentos antes de poder meter la marcha atrás y retroceder hasta detener el camión**

**ante la entrada del sótano.**

**Las herrumbradas puertas estaban abiertas y, bajo el rojo resplandor de las luces**

**traseras del camión,  
parecía que los escalones  
de piedra descendieran  
hacia el infierno.**

**—Amigo, esto no me gusta  
nada —declaró Hank.**

**Intentó sonreír, pero sólo le  
salió una mueca. —A mí  
tampoco.**

**Los dos se miraron a la  
débil luz del salpicadero,  
abrumados por el miedo.**

**Pero la infancia había  
quedado atrás, y no podían  
marcharse sin hacer el  
trabajo por un miedo**



**irracional. ¿Cómo lo  
explicarían a la  
luz del día sin que se  
burlaran de ellos? El  
trabajo había que hacerlo.  
Hank apagó el motor,  
bajaron y se dirigieron  
hacia la trasera del camión.  
Royal trepó, soltó el seguro  
de  
la puerta y bajó la rampa  
sobre sus rieles.  
El cajón seguía allí, todavía  
con rastros de serrín,  
inmóvil y silencioso.**

**—¡Dios, no quiero tener que bajarlo! —exclamó Hank Peters, con una voz que era casi un sollozo.**

**—Vamos —le animó Royal —. Deshagámonos de él.**

**Arrastraron el cajón sobre el elevador y lo hicieron bajar. Cuando estuvo al nivel de la cintura, Hank detuvo el elevador y volvieron el cajón.**

**—Tranquilo —gruñó Royal mientras retrocedía hacia los escalones—.**

**Tranquilo...**

**Bajo la luz roja de las luces traseras, su rostro aparecía tenso como si hubiera sufrido un ataque al corazón.**

**Bajó de espaldas los peldaños, uno por uno, con el cajón apoyado contra el pecho. Era un peso tremendo, como si llevara encima una lápida de piedra. Era pesado, pensaría después, pero no tanto. Él y Hank habían llevado cargas más pesadas para**

**Larry Crockett, subiendo y bajando escaleras, pero en la atmósfera de ese lugar había algo que le encogía a uno el corazón, algo que no era bueno.**

**Los escalones estaban húmedos y resbaladizos, y en dos ocasiones Royal se tambaleó, a punto de perder el equilibrio, gritando: —¡Eh! ¡Cuidado! Finalmente, llegaron abajo. El techo les oprimía con su**

**poca altura, y avanzaron  
encorvados como brujas  
bajo el peso del aparador.  
—¡Déjalo aquí, no puedo  
más! —jadeó Hank.**

**Lo dejaron caer con un  
golpe y ambos se  
apartaron. Al mirarse a los  
ojos advirtieron que alguna  
secreta  
alquimia había cambiado el  
miedo en terror. El sótano  
parecía de pronto lleno de  
secretos ruidos  
susurrantes.**

**Ratas, tal vez, o quizá algo imposible de pensar.**

**De pronto, Hank primero y Royal Snow tras él, dieron un salto y subieron a la carrera los escalones.**

**Royal cerró de un golpe las puertas del sótano.**

**Treparon apresuradamente a la cabina del camión;**

**Hank lo puso en marcha y se dispuso a partir. Royal lo aferró del brazo; en la oscuridad su rostro parecía todo ojos, enormes y fijos.**

**—Hank, no hemos puesto los candados.**

**Los dos se quedaron mirando el haz de candados nuevos que pendían del tablero, sostenidos por un trozo de alambre de embalar.**

**Hank buscó en el bolsillo de su americana y sacó un llavero con cinco llaves Yale**

**nuevas: una era para el candado que habían dejado en la puerta de la tienda, en**

**el pueblo, las otras cuatro  
para  
la casa. Cada una tenía su  
etiqueta,  
—Oh, por Dios —masculló  
—. Oye, ¿y si volvemos  
mañana por la mañana  
temprano...?**

**Royal tomó la linterna de  
la guantera.**

**—Eso no puede ser, y tú lo  
sabes —respondió.**

**Volvieron a bajar de la  
cabina, sintiendo cómo la  
fresca brisa nocturna les**



**enfriaba el sudor en la frente.**

**—Ve tú a la puerta de atrás —dijo Royal—. Yo me ocuparé de la de delante y de la del cobertizo.**

**Se separaron, y Hank se dirigió hacia la puerta del fondo, sintiendo cómo el corazón le palpitaba en el pecho. Tuvo que intentarlo dos veces antes de poder colocar el candado en el cerrojo. A tan poca distancia de**

**la casa, el olor a vejez y  
madera podrida era  
intenso. Todas las historias  
sobre Hubie Marsten de las  
que se  
habían reído de niños  
volvieron a acosarle, lo  
mismo que la canción con  
que asustaban a las niñas:  
«¡Cuidado,  
cuidado, cuidado! Hubie te  
agarrará si no tienes  
cui...da,..do.»  
—¿Hank?**

**Respiró profundamente, y un candado se le cayó de las manos. Lo recogió.**

**—¿No se te ocurre nada mejor que acercarte así a una persona? ¿Ya...?**

**—Sí. Hank, ¿quién va a bajar de nuevo a ese sótano para dejar el llavero sobre la mesa?**

**—No sé —dijo Hank Peters.**

**—¿Te parece que lo echemos a suertes?**

**—Sí, creo que es lo mejor.**

**Royal sacó una moneda de veinticinco centavos.**

**—Elige mientras está en el aire —dijo, y la arrojó.**

**—Cara.**

**Royal atrapó la moneda, la aplastó contra el antebrazo y la descubrió. El águila resplandeció sombríamente ante sus ojos.**

**—Jesús —suspiró Hank, pero tomó el llavero y la linterna y volvió a abrir las puertas del sótano.**

**Se obligó a bajar los escalones, y cuando hubo pasado la pendiente del tejado encendió la luz para alumbrar la parte visible del sótano, que unos nueve metros más adelante hacía una curva en L y se perdía. Dios sabría dónde. El haz de la linterna se posó sobre la mesa, cubierta de un polvoriento mantel a cuadros.**

**Sobre ella había una rata enorme que no se movió al recibir el rayo de luz; se**

**sentó sobre su gordo  
trasero, y  
casi daba la impresión de  
sonreír burlonamente.  
Hank pasó junto al cajón,  
dirigiéndose a la mesa.  
—¡Psst! ¡Rata!  
El animal saltó al suelo y  
huyó hacia la oscuridad.  
Ahora a Hank le temblaba  
la mano, y el haz de la  
linterna se paseó  
espasmódicamente de un  
lugar a otro, revelando un  
barril cubierto de polvo, un  
viejo**

**escritorio, una pila de  
periódicos...**

**Bruscamente, volvió el  
rayo de luz otra vez hacia  
los periódicos y contuvo el  
aliento mientras la linterna  
iluminaba algo que había  
junto a ellos, a la izquierda.**

**Una camisa... ¿no era una  
camisa? Amontonada como  
un trapo viejo. Y algo que  
había más atrás podría  
ser un par de téjanos. Y eso  
otro parecía...**

**Algo crujió a sus espaldas.**

**Presa del pánico, Hank arrojó las llaves sobre la mesa y echó a correr torpemente hacia fuera.**

**Cuando**

**pasó junto al cajón, vio qué había hecho el ruido. Una de las bandas de aluminio se había soltado y ahora apuntaba hacia el techo, como si fuera un dedo.**

**Subió a tropezones las escaleras, cerró de golpe las puertas a sus espaldas (aunque no se dio cuenta hasta**



**más tarde, se le había  
puesto la carne de gallina  
en todo el cuerpo), trabó el  
candado en el cerrojo y  
corrió a la  
cabina del camión. Su  
respiración era  
entrecortada y sibilante  
como la de un perro  
herido. Vagamente oyó que  
Royal le preguntaba qué  
había sucedido, qué pasaba  
allí abajo, y entonces puso  
en marcha el camión y  
partió**

**a toda velocidad, haciendo rugir el motor al rodear la casa, hundiéndose en la tierra blanda. No disminuyó la velocidad hasta que el camión volvió a entrar en Brooks Road, rumbo a la oficina de Lawrence Crockett.**

**Entonces empezó a temblar incontroladamente.**

**—¿Qué había allá abajo?**

**—preguntó Royal—. ¿Qué viste?**

**—Nada —respondió Hank Peters, y la palabra salió entrecortada por el castañetear de sus dientes —. No vi nada ni quiero volver a verlo jamás.**

**6**

**Larry Crockett estaba preparándose para cerrar la tienda y marcharse a casa cuando Hank Peters volvió a entrar. Todavía parecía asustado.**

**—¿Olvidaste algo, Hank?**

**—preguntó Larry.**

**Cuando los dos habían  
vuelto de la casa de los  
Marsten, con el aspecto de  
que alguien les hubiera  
dado**

**un golpe en la cabeza,  
Larry les dio diez dólares  
extra a cada uno, y dos  
botellas de Etiqueta Negra,  
al mismo**

**tiempo que les daba a  
entender que tal vez sería  
mejor que no hablaran**

**demasiado del trabajo de esa noche.**

**—Tengo que decírselo — dijo Hank—. No puedo más, Larry. Tengo que decírselo.**

**—Adelante —le animó Larry. Abrió el cajón de debajo del escritorio para sacar una botella de Johnnie Walker y sirvió una medida para cada uno en un par de vasos—. ¿Qué le preocupa?**

**Hank bebió un sorbo e hizo una mueca.**

**—Cuando llevé esas llaves para dejarlas en la mesa de abajo, vi algo. Ropa, parecía. Una camisa y tal vez unos pantalones. Y una zapatilla. Creo que era una zapatilla, Larry.**

**Larry se encogió de hombros y sonrió.**

**—¿Y? —Sentía un bloque de hielo sobre el pecho.**

**—El niño de los Glick llevaba pantalones téjanos. Fue lo que dijeron en el**

**Ledger. Téjanos, una  
camisa  
roja y zapatillas. Larry,  
¿y si...?**

**Larry siguió sonriendo,  
pero la sonrisa se le había  
congelado.**

**Hank tragó saliva.**

**—¿Y si esos tipos que  
compraron la casa de los  
Marsten y la tienda  
hubieran secuestrado al  
chico de los  
Glick?**

**Bueno. Ya lo había dicho.  
Bebió el resto del líquido**

**ardiente que tenía en el vaso.**

**—¿No habrás visto también un cadáver? — preguntó Larry, sonriendo.**

**—No... no. Pero...**

**—Eso sería un asunto para la policía —reflexionó Larry Crockett. Volvió a llenar el vaso de Hank sin que le temblara la mano. La sentía tan fría y rígida como una roca—, Y yo mismo te llevaría en mi coche a**



**ver a Parkins. Pero algo así... —Sacudió la cabeza —. Pueden salir a la luz cosas muy feas. Como ese asunto tuyo con esa camarera de Dell... Jackie se llama, ¿no? —¿De qué demonios habla usted? —El rostro de Hank estaba mortalmente pálido. —Y seguramente se sabría lo de ese despido... Pero tú sabes cual es tu deber, Hank. Haz lo que te parezca.**

**—No vi ningún cadáver —  
susurró Hank.**

**—Perfecto —sonrió Larry  
—. Y tal vez no hayas visto  
ropa tampoco. Tal vez no  
eran más que... trapos.**

**—Tropos —repitió Hank  
Peters con voz hueca.**

**—Tú sabes lo que pasa en  
esos sitios viejos. Siempre  
llenos de basura. Tal vez  
viste alguna camisa vieja,  
algo que rompieron para  
usar como trapo de  
limpieza.**

**—Claro —asintió Hank, y volvió a vaciar su vaso—. Tiene usted una buena manera de ver las cosas, Larry.**

**Crockett sacó la billetera del bolsillo del pantalón, la abrió y contó sobre el escritorio cinco billetes de diez dólares.**

**—¿Para qué es eso?**

**—El mes pasado me olvidé de pagarte el trabajo que hiciste para Brennan. Tienes que recordarme esas**

**cosas, Hank. Sabes que siempre me olvido de las cosas.**

**—Pero si usted me...**

**—Fíjate —le interrumpió Larry, sonriendo— que bien podrías estar ahora aquí contándome algo, y mañana por la mañana soy capaz de no acordarme de nada. ¿No es terrible?**

**—Sí —murmuró Hank.**

**Su mano se extendió, temblorosa, cogió los billetes y se los metió en el**

**bolsillo de su chaqueta  
lejana  
como si se sintiera ansioso  
por dejar de tocarlos. Se  
levantó como un  
estremecimiento, tan  
deprisa que estuvo  
a punto de derribar la silla.  
—Escuche, Larry, tengo  
que irme... Yo... yo no...  
Tengo que irme.  
—Llévate la botella —  
sugirió Larry, pero Hank  
se dirigía ya hacia la  
puerta, y no se detuvo.**

**Larry volvió a sentarse. Se sirvió otro trago, sin que la mano le temblara todavía. No se dirigió a cerrar la tienda, sino que volvió a servirse whisky, una y otra vez. Pensaba en pactos con el diablo. Por último sonó el teléfono. Larry lo cogió. —Ya está arreglado —dijo.**

**7**

**Hank Peters despertó a las primeras horas de la mañana siguiente, tras haber soñado con enormes ratas**

**que salían arrastrándose de una tumba abierta, una tumba que guardaba el cuerpo verde y putrefacto de Hubie**

**Marsten, con un viejo trozo de cuerda de cáñamo alrededor del cuello. Peters se quedó apoyado en los codos, respirando con dificultad, con el torso desnudo bañado en sudor, y cuando su mujer le tocó el brazo lanzó un grito.**

**8**

**El Almacén Agrícola de Milt Crossen ocupaba la esquina de Jointner Avenue y Railroad Street, y la mayoría de los viejos chiflados del pueblo acudían allí cuando llovía y el parque resultaba impracticable.**

**Durante los largos inviernos, no faltaban nunca.**

**Cuando Straker llegó en su Packard de 1939 —¿o era**



**de 1940?— no había más que un poco de niebla, y Milt y Pat Middler mantenían en ese momento una conversación sobre si Judy, la novia de Freddy Overlock, se había escapado en 1957 o en 1958. Los dos estaban de acuerdo en que se había largado con aquel viajante de comercio que llegó a Yarmouth, y también coincidían en que él no valía un comino, ni ella tampoco, pero**

**fuera de eso no podían  
ponerse de acuerdo.**

**La conversación cesó en el  
momento en que entró  
Straker.**

**El recién llegado miró a la  
concurcencia —Milt y Pat  
Middler,**

**Joe Grane, Vinnie Upshaw  
y Clyde Corliss— y sonrió  
sin humor.**

**—Buenas tardes,  
caballeros —saludó.**

**Milt Crossen se levantó,  
envolviéndose casi**

**púdicamente en su delantal.**

**—¿Puedo servirle en algo?**

**—Sí —respondió Straker**

**—. Necesito carne, por favor.**

**Compró un trozo de rosbif, un kilo de chuletas, un poco de carne picada y medio kilo de hígado de ternera. A eso se sumaron otros productos —harina, azúcar, judías— y varias hogazas de pan.**

**Hizo toda la compra en el más absoluto silencio. Los**

**parroquianos de la tienda  
siguieron alrededor de la  
gran estufa Pearl Kineo  
que el padre de Milt había  
modificado para que  
funcionara con petróleo.**

**Mientras**

**fumaban, miraban  
prudentemente al cielo y  
observaban al extraño por  
el rabillo del ojo.**

**Cuando Milt terminó de  
colocar los artículos en una  
gran caja de cartón,  
Straker pagó en efectivo,  
con**

**un billete de veinte y otro de diez. Recogió la caja, se la puso bajo el brazo y les volvió a dedicar su sonrisa dura, rápida y sin humor. —Adiós, caballeros —dijo, y se fue.**

**Joan Crane llenó de tabaco su pipa, hecha con una mazorca de maíz. Clyde Corliss se echó hacia atrás y escupió junto a la estufa. Vinnie Upshaw sacó del bolsillo del chaleco papel**

**para liar y le echó unas  
hebras de  
tabaco con sus dedos  
artríticos.**

**Todos observaron cómo el  
forastero cargaba la caja  
en el maletero del coche.  
Eran conscientes de que la  
caja debía pesar unos  
quince kilos, y todos le  
habían visto ponérsela  
debajo del brazo al salir,  
como si fuera  
una almohada de pluma.  
Dio la vuelta hacia el lado  
del conductor, se sentó al**

**volante y partió por  
Jointner  
Avenue. El coche ascendió  
por la colina, dobló a la  
derecha para tomar Brooks  
Road, desapareció y volvió  
a  
aparecer detrás de los  
árboles un rato después,  
reducido ahora por la  
distancia al tamaño de un  
juguete. Tomó  
por la entrada para coches  
de la casa de los Marsten y  
se perdió de vista.**

**—Un tipo raro-señaló  
Vinnie.**

**Se puso el cigarrillo en la  
boca, le quitó unas hebras  
que asomaban por el  
extremo y sacó del bolsillo  
del  
chaleco una cerilla.**

**—Debe de ser uno de los  
que compraron esa tienda  
—aventuró Joe Grane.**

**—Y la casa de los Marsten  
—añadió Vinnie.**

**Clyde Corliss soltó una  
ventosidad.**



**Pat Middler se hurgaba con gran concentración un callo en la palma de la mano izquierda.**

**Pasaron cinco minutos.**

**--¿Creéis que tendrán éxito? —preguntó Clyde.**

**—Quizá —respondió Vinnie—. Es posible que en el verano les vaya bien. Tal como están las cosas hoy día, es difícil decirlo.**

**Un murmullo general, casi un suspiro de asentimiento.**

**—Es un tipo fuerte — comentó Joe.**

**—Aja —coincidió Vinnie  
—. Y tenía un Packard del  
treinta y nueve, sin una  
simple mancha de  
herrumbre siquiera.**

**—Del cuarenta —objetó  
Clyde.**

**—El del cuarenta no tenía  
estribos —se defendió  
Vinnie—. Era del treinta y  
nueve.**

**—Estás equivocado —  
declaró Clyde.**

**Pasaron cinco minutos.  
Después vieron que Milt  
examinaba el billete de**

**veinte dólares con que  
había  
pagado Straker.**

**—¿Es raro ese dinero,  
Milt? —preguntó Pat—.**

**¿Te pagó con dinero  
sospechoso?**

**—No, pero mira. —Milt se  
lo pasó por encima del  
mostrador y todos lo  
observaron. Era mucho  
más**

**grande que un billete  
común.**

**Pat lo miró a contraluz, lo  
examinó, le dio vuelta.**

**—Es una serie E veinte,  
¿verdad, Milt?**

**—Sí —confirmó Milt—.**

**Hace cuarenta o cuarenta y  
cinco años que dejaron de  
hacerlos. Imagino que  
valdrá bastante dinero en  
la feria de moneda de  
Portland.**

**Pat hizo circular el billete y  
todos lo examinaron, de  
más cerca o de más lejos,  
dependiendo de como les  
resultara más fácil para  
ver. Joe Crane lo devolvió,  
y Milt lo colocó debajo del**

**cajón donde guardaba el  
dinero**

**en efectivo, junto con los  
cheques y los cupones.**

**—Seguro que es un tipo  
raro —reflexionó Clyde.**

**—No hay duda —coincidió  
Vinnie, e hizo una pausa—.**

**Era del treinta y nueve, sin  
embargo. Mi medio**

**hermano, Vic, tuvo uno. El  
primer coche que tuvo en**

**su vida. Lo compró de**

**segunda mano, en 1944. Se**

**olvidó de ponerle aceite  
una mañana y se cargó los  
malditos pistones.**

**—Creo que era del  
cuarenta —afirmó Clyde  
—; recuerdo que un tipo  
que solía venir a la tienda  
de**

**Alfred a arreglar sillas fue  
directamente a tu casa y  
dijo...**

**Y así se inició la discusión,  
que se intensificaba en el  
silencio más que en el  
discurso, como una partida**

**de ajedrez jugada por  
correo. Y el día pareció  
inmovilizarse y dilatarse  
hasta la eternidad, y Vinnie  
Upshaw  
empezó a liar otro  
cigarrillo con lentos gestos  
de artrítico.**

**9**

**Ben estaba escribiendo  
cuando oyó llamar a la  
puerta, colocó una señal  
para recordar la última  
palabra  
escrita y se levantó a abrir.  
Eran poco más de las tres**

**de la tarde del miércoles 24 de septiembre. La lluvia había puesto término a todos los proyectos de seguir con la búsqueda de Ralphie Glick, y el consenso general era que la búsqueda había terminado. El chico de los Glick había desaparecido, y no había ya nada que se pudiera hacer.**

**Abrió la puerta y se encontró con Parkins Gillespie, que llevaba un**



**cigarrillo en los labios.**

**Tenía en la  
mano un libro de bolsillo, y  
a Ben le hizo gracia  
advertir que se trataba de  
la edición Bantam de La  
hija de  
Conway.**

**—Adelante, agente —le  
invitó—. Hay mucha  
humedad fuera.**

**—Un poco, sí —asintió  
Parkins, mientras entraba  
—. Septiembre es la época  
de la gripe. Yo uso siempre**

**botas. Hay quien se ríe,  
pero no he tenido gripe  
desde 1944 en Saint-Ló,  
Francia.**

**—Deje su chaqueta sobre  
la cama. Lamento no poder  
ofrecerle café.**

**—No quisiera mojarle  
nada —dijo Parkins,  
mientras sacudía la ceniza  
en el cesto de los papeles—.**

**Y**

**acabo de tomar una taza de  
café en el Excellent.**

**—¿Puedo serle útil?**

**—Bueno, mi mujer leyó esto... —Levantó el libro—.**

**Y oyó decir que usted estaba en la ciudad, pero ella**

**es tímida. Se le ocurrió que tal vez usted podría dedicarle el libro o algo así.**

**Ben tomó el libro.**

**—Por lo que dice Weasel Craig, hace catorce o quince años que su mujer murió.**

**—¿Eso dice? —Parkins no dio la menor señal de**

**sorpresa—. Cómo le gusta hablar al tal Weasel. Algún día abrirá tanto la boca que caerá adentro.**

**Ben no dijo nada.**

**—¿No le parece que me lo podría firmar a mí, entonces?**

**—Encantado.**

**Ben tomó una pluma del escritorio, abrió el libro por la solapa («¡Un palpitante trozo de vida!», Cleveland Plan Dealer), y escribió: «Con los mejores**

deseos para el agente  
Gillespie, de Ben Mears;  
24/9/75.» Luego se lo  
devolvió.

—Se lo agradezco mucho  
—dijo Parkins, sin mirar  
qué había escrito Ben. Se  
inclinó para apagar el  
cigarrillo en el costado de  
la papelería—. Es el único  
libro firmado que tengo.

—¿Ha venido para  
interrogarme? —preguntó  
Ben, sonriente.

—Es bastante despierto,  
usted —comentó Parkins

—. Ahora que lo dice, sí, quería hacerle una o dos preguntas. Esperé a que Nolly tuviera algo más que hacer. Es buen muchacho, pero a él también le gusta hablar. Dios, la de chismes que corren.

—¿Qué quiere saber?

—Principalmente, dónde estuvo el miércoles pasado por la noche.

—¿La noche en que desapareció Ralphie Glick?

—Exacto.

—¿Soy sospechoso?

**—No, señor. Yo no tengo sospechosos. Un asunto de este tipo queda fuera de mi alcance, digamos. Lo mío es parar a los que van a demasiada velocidad al salir del bar de Dell, o ahuyentar a los muchachos del parque antes de que se pongan pesados. No hago más que husmear un poco.**  
**—Supongamos que yo no quisiera decírselo.**

**Parkins se encogió de  
hombros y buscó los  
cigarrillos.**

**—Eso es asunto suyo, hijo.**

**—Estuve cenando en casa  
de Susan Norton. Y jugué  
al bádminton con su padre.**

**—Y él le ganó, seguro.**

**Siempre le gana a Nolly.**

**Nolly delira con lo que le  
gustaría ganar alguna vez a  
Bill Norton. ¿A qué hora se  
fue?**

**Ben rió con una risa no  
muy divertida.**



**—Cuando usted corta,  
corta hasta el hueso, ¿no?  
—Fíjese —señaló Parkins  
— que si yo fuera uno de  
esos detectives  
neoyorquinos como los de  
la  
televisión, podría pensar  
que usted tiene algo que  
ocultar, por la forma en  
que esquivas mis preguntas.  
—Nada que ocultar —le  
aseguró Ben—.  
Simplemente estoy cansado  
de ser el forastero del  
pueblo, de**

**que me señalen por la calle  
y se den codazos cuando  
entro en la biblioteca. Y  
ahora me viene usted con  
esta**

**historia del sospechoso,  
tratando de averiguar si  
guardo en el ropero el  
cuero cabelludo de Ralphie  
Glick.**

**—Pues no, eso no lo creo.**

**—Parkins lo miró por  
encima de su cigarrillo; su  
mirada se había  
endurecido—. Lo que  
procuro es excluirlo. Si**

**pensara que usted tiene algo que ver con eso, ya lo tendría a la sombra.**

**—Bueno —consintió Ben —. Me fui de casa de los Norton a eso de las siete y cuarto. Caminé un poco hacia Schoolyard HUI. Cuando ya era de noche vine aquí, escribí durante un par de horas y me acosté.**

**—¿A qué hora volvió aquí?**

**—Creo que a las ocho y cuarto.**

**—Bueno, pues eso no lo deja a usted tan bien como yo quisiera. ¿No vio a nadie?**

**—No, a nadie —respondió Ben.**

**Parkins gruñó y fue hacia la máquina de escribir.**

**—¿Qué está escribiendo?**

**—Nada que a usted le importe —contestó Ben con voz fría—. Le agradeceré que mantenga los ojos y las manos lejos de mi trabajo. Salvo que tenga una orden de allanamiento.**

**—Es usted quisquilloso.**

**¿Acaso no quiere que sus libros se lean?**

**—Cuando el libro haya pasado por tres borradores, corrección de estilo, pruebas de galeradas y de compaginadas y esté impreso, yo mismo le entregaré cuatro ejemplares dedicados. Pero, por el momento, esto pertenece a mis papeles privados.**

**Con una sonrisa, Parkins se apartó de la máquina de escribir.**

**—Perfecto. De todas maneras, no creo que sea una confesión firmada. Ben le devolvió la sonrisa.**

**—Decía Mark Twain que una novela es un documento en el que un hombre que jamás hizo nada lo confiesa todo.**

**Parkins exhaló una bocanada de humo y se dirigió a la puerta.**

**—No quiero seguir  
mojando su alfombra,  
señor Mears. Le agradezco  
que me haya atendido, y,  
para su  
información, le diré que no  
creo que usted haya visto  
jamás al chico de los Glick.  
Pero mi trabajo es  
averiguar  
esas cosas.**

**—Ya. —Ben hizo un gesto  
de asentimiento.**

**—Y es mejor que sepa  
cómo son las cosas en**

**lugares como Salem's Lot o  
Milbridge o Guliford o  
cualquier pueblecito de  
éstos. Hasta que no haya  
pasado aquí veinte años,  
usted seguirá siendo el  
forastero del  
pueblo.**

**—Lo sé. Lamento haberme  
enfadado con usted.**

**Después de una semana de  
buscarlo sin encontrar  
nada... —Ben sacudió la  
cabeza.**



**—Sí —asintió Parkins—.**

**Malo para la madre.**

**Malísimo. Cuídese.**

**—Lo haré.**

**—¿No está resentido?**

**—No. —Ben hizo una  
pausa—. ¿Quiere decirme  
una cosa?**

**—Si puedo, sí.**

**—¿Dónde consiguió el  
libro?**

**Parkins Gillespie volvió a  
sonreír.**

**—Bueno, en Cumberland  
hay un tipo que tiene una**

**tienda de muebles usados.  
Es medio raro, la verdad.  
Se llama Gendron. Vende  
libros de bolsillo a diez  
centavos el ejemplar, y de  
éstos tenía cinco.**

**Ben se echó a reír. Parkins  
Gillespie se fue, sonriendo  
y fumando. Ben se acercó a  
la ventana y se quedó  
mirando cómo el agente  
salía y cruzaba la calle,  
esquivando los charcos con  
sus botas negras.**

**Parkins se detuvo a mirar por la vidriera de la nueva tienda antes de llamar a la puerta. Cuando aquello era la lavandería del pueblo, uno podía mirar dentro y ver un grupo de mujeres gordas con rulos que agregaban lejía o buscaban cambio en la máquina adosada a la pared; la mayoría de ellas mascaba chicle como vacas rumiando hierba. Pero la tarde**

**anterior había visto  
aparcado el camión de un  
decorador de  
interiores de Portland, y el  
aspecto del local era ahora  
muy diferente.**

**Detrás de la vidriera  
habían instalado dos  
reflectores que arrojaban  
una suave luz sobre los tres  
objetos  
dispuestos en el escaparate:  
un reloj, una rueda y un  
antiguo armario de madera  
de guindo. Frente a cada  
una**

**de las piezas había un  
pequeño atril que exhibía  
discretamente una etiqueta  
con el precio. Se necesitaba  
haber**

**perdido la cabeza para  
pagar 600 dólares por una  
rueca cuando en el Monte  
de Piedad se podía  
conseguir una  
Singer por menos de  
cincuenta dólares.**

**Con un suspiro, Parkins  
fue hacia la puerta y llamó.  
Apenas si tardó un segundo  
en abrirse, como si el**

forastero hubiera estado al  
acecho detrás de ella,  
esperando a que él llamara.  
—¡Inspector! —le saludó  
Straker con una sonrisa—.  
¡Qué estupendo que haya  
venido!

—Agente nada más, me  
temo —aclaró Parkins  
mientras encendía un Pall  
Malí, y entró—. Parkins  
Gillespie. Encantado de  
conocerle. —Se presentó y  
le ofreció la mano, que el  
otro estrechó suavemente  
con

**una mano que le pareció  
enormemente fuerte y muy  
seca.**

**—Richard Throckett  
Straker —anunció el  
hombre calvo.**

**—Me figuré que era usted  
—comentó Parkins  
mientras miraba alrededor.  
La tienda estaba toda  
alfombrada, pero todavía  
no habían acabado de  
pintarla. El olor a pintura  
fresca  
era grato, pero por debajo  
parecía haber otro olor,**

**éste desagradable. Parkins no consiguió identificarlo, y decidió prestar atención a Straker.**

**—¿En qué puedo servirle en este hermoso día? — preguntó Straker.**

**La tranquila mirada de Parkins se dirigió a la ventana, para comprobar que seguía lloviendo a cántaros.**

**—En realidad, en nada. Simplemente he venido a saludarlo. Digamos que**



**quería darle la bienvenida  
al  
pueblo y desearle buena  
suerte.**

**—Muy amable. ¿Puedo  
ofrecerle un café? ¿Una  
copa? En la trastienda  
tengo ambas cosas.**

**—No, gracias, no tengo  
tiempo. ¿Y el señor  
Barlow? —Está en Nueva  
York, en viaje de compras.**

**No**

**creo que llegue hasta el  
diez de octubre, por lo  
menos.**

**—Tendrá que abrir sin él, entonces —dijo Parkins, mientras pensaba que, si los precios que había visto en el escaparate eran la tónica general, Straker no se iba a ver precisamente acosado por los clientes—.**

**Por**

**cierto, ¿cuál es el nombre de pila del señor Barlow?**

**La sonrisa de Straker volvió a aparecer, dura como el acero. —¿Lo pregunta usted oficialmente? —Por**

**curiosidad, nada más.**

**—El nombre completo de mi socio es Kurt Barlow — explicó Straker—. Hemos trabajada juntos en Londres y Hamburgo. Esto —señaló alrededor— es nuestro retiro. Modesto, pero de buen gusto. Lo único que esperamos es ganarnos la vida, pero como a los dos nos gustan las cosas antiguas, las cosas hermosas,**

**esperamos conseguir una reputación en la zona... tal vez incluso en toda esta bellísima región de Nueva Inglaterra. ¿Piensa usted que eso sería posible, agente Gillespie?**

**—Todo es posible, imagino**  
**—respondió Parkins**  
**mientras buscaba con la vista un cenicero. Al no encontrar ninguno, se echó la ceniza del cigarrillo en un bolsillo de la chaqueta**  
**—. En todo caso, espero que**

tengan mucha suerte, y cuando vea al señor Barlow, dígame que trataré de encontrarme con él. —Así lo haré —respondió Straker—. Le gusta conocer gente. —Bien. — Gillespie fue hacia la puerta, se detuvo y miró hacia atrás. Straker le miraba con insistencia—. Por cierto, ¿qué tal la vieja casa? —Necesita reformas — explicó Straker—, pero tenemos tiempo.

**—Claro —asintió Parkins  
—. Supongo que no han  
andado los crios rondando  
por ahí.**

**—¿Crios? —Straker  
frunció el entrecejo.**

**—Chiquillos —explicó  
Parkins—. Usted sabe que  
a veces disfrutaban  
molestando a los recién  
llegados.**

**Tirarles piedras, o tocar el  
timbre y salir corriendo...  
esas cosas.**

**—No, no hemos visto niños.**

**—Pues lo cierto es que se nos ha perdido uno.**

**—¿De veras?**

**—Sí, así es. Y tememos no encontrarlo. Vivo, al menos.**

**—Es terrible —comentó Straker, distante.**

**—Sí, lo es. Si viera usted algo...**

**—No dude que se lo comunicaría inmediatamente. —Volvió a sonreír con su sonrisa helada.**

**—Gracias. —Parkins abrió la puerta y miró con resignación el diluvio—.**

**Dígale al señor Barlow que vendré a verle.**

**—Sin duda, agente Gillespie. Ciao.**

**Parkins se dio vuelta, sorprendido.**

**—¿Chao?**

**La sonrisa de Straker se ensanchó.**

**—Adiós, agente Gillespie. Es la expresión familiar italiana para decir adiós.**



**—¿Sí? Bueno, todos los días se aprende algo nuevo.**

**Adiós,**

**Parkins salió a la lluvia y cerró tras de sí la puerta de la tienda.**

**—A mí no me resulta familiar —masculló.**

**El cigarrillo ya estaba empapado. Lo tiró.**

**Straker lo miró alejarse a través del escaparate.**

**Ya no sonreía.**

**11**

**—¿Nolly? —llamó Parkins al llegar a su despacho en**

**el ayuntamiento—. ¿Estás aquí, Nolly?**

**No hubo respuesta. Parkins hizo un gesto de satisfacción. Nolly era un buen muchacho, pero un poco corto de entendederas. Se quitó la chaqueta y las botas. Luego se sentó ante su escritorio, buscó un número en la guía telefónica de Portland y marcó. Del otro lado respondieron inmediatamente.**

**—FBI, Portland. Agente Hanrahan.**

**—Habla Parkins Gillespie, agente de la policía local de Jerusalem's Lot. Ha desaparecido un niño por aquí.**

**—Lo sabemos —dijo Hanrahan—. Ralph Glick, nueve años, un metro treinta, pelo negro, ojos azules.**

**¿Quiere hacer la denuncia de secuestro?**

**—Nada de eso. Quisiera pedirle que investigue a algunos tipos.**

**Hanrahan se mostró de acuerdo.**

**—El primero es Benjamín Mears. Escritor. Es autor de un libro que se llama La hija de Conway. Los otros dos están medio asociados. Kurt Barlow. El otro tipo...**

**—Kurt. ¿Se escribe con «c» o con «k»?**

**—No sé.**

**—No importa. Siga.**

**Parkins siguió. Estaba transpirando. Hablar con la autoridad siempre le hacía sentirse estúpido. —El otro tipo es Richard Throckett Straker. Con dos íes al final de Throckett, y Straker como suena. Ese tipo y Barlow están en el negocio de muebles y antigüedades; acaban de abrir una pequeña tienda aquí en el pueblo. Straker dice que Barlow está en Nueva York haciendo compras. Y**

**afirma que los dos han  
trabajado  
juntos en Londres y  
Hamburgo. Éstos son los  
únicos datos que puedo  
dar.**

**—¿Sospecha que puedan  
tener que ver con el caso  
Glick?**

**—Por el momento, todavía  
no sé si es un caso. Pero  
todos aparecieron por el  
pueblo más o menos al  
mismo tiempo.**

**—¿Y cree usted que puede  
haber alguna conexión**

**entre ese Mears y los otros dos?**

**Parkins se recostó; con un ojo, espió por la ventana.**

**—Eso es una de las cosas que me gustaría saber — respondió.**

**12**

**En los días claros y frescos, los hilos del teléfono hacen un extraño zumbido, como si los chismes que circulan por su interior los hicieran vibrar, y es un sonido que no se parece a**

**ningún otro, el sonido  
solitario  
de las voces que vuelan a  
través del espacio. Los  
postes del teléfono están  
grises y astillados, y las  
heladas y  
los deshielos del invierno  
los han inclinado en  
caprichosos ángulos. No  
son imponentes, como los  
postes  
telefónicos asentados en el  
cemento. Tienen la base  
negra de alquitrán si están**



**junto a una carretera  
asfaltada,  
y cubierta de polvo si  
flanquean un camino de  
tierra. Ostentan viejas  
abrazaderas herrumbradas  
por donde los  
obreros han trepado a  
hacer arreglos en 1946 o  
1952 o 1969. Las aves —  
cuervos, gorriones,  
petirrojos,  
estorninos—duermen en  
los hilos susurrantes,  
acurrucadas en silencio, y**

**tal vez escuchen los  
extraños sonidos  
de la voz humana. En todo  
caso, sus ojos no lo revelan.  
El pueblo tiene un sentido,  
no de la historia sino del  
tiempo, y parece que los  
postes telefónicos lo  
supieran. Si se apoya la  
mano sobre ellos, se siente  
en lo hondo  
de la madera la vibración  
de los hilos, como si  
palpitaran, prisioneras,  
almas que pugnan por  
liberarse.**

**—... y le pagó con un billete de veinte de los viejos, Mabel, uno de esos grandes. Clyde decía que no había visto uno de éstos desde la Depresión en 1930. Está...**

**—... sí, ya lo creo que es un hombre raro, Ewie. Le he visto andar con una carretilla por detrás de la casa. No entiendo si es que está allí solo o...**

**—... tal vez Crockett lo sepa, pero no lo dirá. No**

**suelta prenda sobre eso.**

**Siempre ha sido un...**

**—... escritor que está en casa de Eva. Me pregunto si Floyd Tibbits sabe que ella estuvo...**

**—... pasa muchísimo tiempo en la biblioteca.**

**Loretta Starcher dice que nunca ha visto a nadie que conociera tantos...**

**—... dijo que él se llamaba...**

**—... sí, es Straker. El señor R. T. Straker. La madre de**

**Kenny Danles dice que pasó por esa tienda nueva del pueblo y que en el escaparate había un armario De Biers auténtico, y que el precio que estaba marcado era de ochocientos dólares. ¿Te imaginas? Así que yo le dije...**

**—... raro, que él venga y el pequeño de los Glick...**

**—... ¿no te parece que...?**

**—... no, pero es raro. Otra cosa, ¿tienes todavía aquella receta de...?**

**Los hilos zumban. Y  
zumban. Y zumban.**

**13**

**29/9/75**

**NOMBRE: Glick, Daniel  
Francis.**

**DIRECCIÓN: RFD 1,  
Brock Road, Jerusalem's  
Lot, Maine 04270.**

**EDAD: 12. SEXO:  
masculino. RAZA:  
caucásica.**

**INGRESO: 22/9/75.**

**PERSONA QUE LO**

**TRAJO: Anthony H. Glick  
(padre).**

**SÍNTOMAS: Conmoción,  
pérdida de memoria  
(parcial), náuseas,  
inapetencia, estreñimiento,  
apatía  
general,**

**ANÁLISIS (véase hoja  
adjunta):**

**1. Reacción de Mantoux:  
Neg.**

**2. Investigación de  
tuberculosis en esputo y  
orina: Neg.**

**3. Diabetes: Neg.**

**4. Recuento glóbulos  
blancos: Neg.**

**5. Recuento glóbulos rojos:  
45 % hemo.**

**6. Muestra de médula: Neg.**

**7. Radiografía de tórax:  
Neg.**

**DIAGNÓSTICO**

**POSIBLE: Anemia**

**perniciosa, primaria o**

**secundaria; examen previo**

**muestra 86 %**

**hemoglobina. Anemia**

**secundaria improbable; no**

**hay historia de úlceras,**

**hemorroides, ni similares.**

**Recuento**



**diferencial de glóbulos neg.  
Probable anemia primaria  
combinada con shock  
mental. Recomendado  
enema de  
bario y radiografía para  
descartar probable  
hemorragia interna,  
aunque el padre no  
menciona accidentes  
recientes. Recomendado  
también dosis diarias de  
vitaminas B12 (véase hoja  
adjunta). En espera de  
nuevo  
análisis, se le da de alta.**

**G. M. GORBY, médico de  
cabecera.**

**14**

**A la una de la madrugada  
del 24 de septiembre, la  
enfermera entró en la  
habitación que ocupaba  
Danny**

**Glick en el hospital para  
darle la medicación. Pero  
la cama estaba vacía.**

**Sus ojos se fijaron en el  
bulto blanco extrañamente  
desvalido que yacía en el  
suelo.**

**—¿Danny? —llamó.**

**Se acercó a él, pensando que habría querido ir al cuarto de baño y que el esfuerzo le habría resultado excesivo.**

**Suavemente, le dio la vuelta, y lo primero que pensó antes de darse cuenta de que estaba muerto fue que la B12 le había hecho bien; nunca había tenido tan buen aspecto desde que había entrado en el hospital.**

**Pero entonces sintió el frío en la muñeca y la falta de movimiento en el leve enrejado azul que formaban las venas bajo sus dedos, y corrió a la sala de enfermeras para comunicar que se había producido una muerte en el pabellón.**

**CINCO**

**BEN (II)**

**1**

**El 25 de septiembre Ben volvió a cenar con los**

**Norton. Era jueves, y la comida fue la habitual: judías con salchichas. Bill Norton asó las salchichas en la parrilla de fuera, y Ann había tenido las judías hirviendo en melaza desde la mañana. Comieron en la mesa del jardín y después los cuatro se quedaron fumando, charlando de lo mal que estaban las cosas en Boston.**

**El aire había cambiado  
sutilmente; la temperatura  
seguía siendo bastante  
agradable, incluso en  
mangas  
de camisa, pero el aire  
tenía ya un resplandor  
helado. El otoño, ya casi  
visible, esperaba entre  
bambalinas. El  
enorme viejo arce que se  
erguía frente a la pensión  
de Eva Miller había  
empezado a ponerse rojo.  
Nada se había modificado  
en la relación de Ben con**

**los Norton. Susan se sentía atraída por él, de un modo claro y natural. Y ella también le gustaba a él. Percibía en Bill una creciente simpatía, contenida por el tabú subconsciente que afecta a todos los padres cuando se hallan frente a hombres cuyo interés se dirige a sus hijas. Si a uno le cae bien otro hombre, dialoga libremente con él, discute**

**de política y habla de  
mujeres  
mientras ambos beben  
cerveza. Pero por más  
intensa que sea la simpatía,  
es imposible abrirse  
totalmente a un  
hombre entre cuyas  
piernas pende la  
desfloración potencial de  
una hija. Ben se  
preguntaba si después del  
matrimonio, cuando la  
posibilidad se hubiera  
concretado, se podría llegar**



**a ser amigo del que noche  
tras  
noche se acostaba con la  
hija de uno. Tal vez en todo  
eso hubiera una enseñanza,  
pero Ben no lo creía.  
La frialdad de Ann Norton  
se mantenía. La noche  
anterior, Susan había  
contado a Ben algo  
respecto a su  
relación con Floyd Tibbits  
y de cómo su madre  
suponía que el problema de  
conseguir un futuro yerno**

**aceptable había quedado  
resuelto en forma definitiva  
y satisfactoria. Floyd era  
una cantidad conocida, un  
dato  
seguro. Ben Mears, por el  
contrario, había aparecido  
de la nada, y allí podía  
volver a desaparecer con la  
misma rapidez, y  
posiblemente llevándose en  
el bolsillo el corazón de su  
hija. Con un instintivo  
disgusto  
pueblerino (que Edward  
Arlington Robertson o**

**Sherwood Anderson  
habrían reconocido sin  
demora), Ann  
desconfiaba del varón  
creativo, y Ben sospechaba  
que en lo profundo de su  
ser imperaba una máxima:  
esas  
personas son maricones o  
maníacos sexuales; pueden  
ser homicidas, suicidas o  
maníacos, y suelen hacer  
cosas como enviar a las  
jóvenes paquetitos en los  
que han envuelto su oreja**

**izquierda. Apparently, la participación de Ben en la búsqueda de Ralphie Glick no había hecho más que intensificar sus sospechas, y nuestro amigo preveía que le iba a resultar imposible ganársela. No sabía si Ann estaría al tanto de la visita que le había hecho Parkins Gillespie.**

**Mientras él rumiaba estos pensamientos, se elevó la voz de Ann:**

—Qué terrible, lo del chico Glick.

—¿Ralphie? Sí.

—No, el mayor. Ha muerto. Ben dio un respingo.

—¿Quién? ¿Daany?

—Murió ayer a primera hora de la mañana. — Pareció sorprendida de que los hombres no lo supieran. Todo el mundo hablaba de eso.

—Lo oí comentar en la tienda de Milt —dijo Susan. Su mano encontró

**la de Ben por debajo de la  
mesa,  
y él se la apretó  
cálidamente—. ¿Cómo han  
reaccionado los Glick?  
—Como lo hubiera hecho  
yo —respondió Ann—.  
Están medio enloquecidos.  
Y no es para menos, pensó  
Ben. Diez días atrás su vida  
se ajustaba al ordenado  
ciclo habitual; ahora la  
unidad de la familia estaba  
hecha pedazos. La idea le  
produjo un escalofrío.**

**—¿Piensa usted que el otro niño aparecerá vivo? — preguntó Bill dirigiéndose a Ben.**

**—No —respondió éste—. Creo que él también ha muerto.**

**—Como lo sucedido en Houston hace dos años — recordó Susan—. Si es que está muerto, casi es mejor esperar que no lo encuentren. Cómo puede alguien hacerle semejante cosa a un chiquillo indefenso...**

**—Creo que la policía está investigando —comentó Ben—. Detienen a los delincuentes sexuales conocidos para interrogarlos.**

**—Cuando encuentren al tipo tendrían que colgarlo de los pulgares —opinó Bill—. ¿Badminton, Ben? Ben se puso de pie.**

**—No, gracias. Tengo la sensación de que usted me ofrece jugar solitarios para entretenerme. Les**



**agradezco la excelente  
comida, pero esta noche  
tengo trabajo.**

**Ann Norton enarcó una  
ceja. Bill se levantó.**

**—¿Qué tal va ese nuevo  
libro?**

**—Bien —respondió Ben—.**

**¿Te gustaría bajar conmigo  
la colina para beber un  
refresco en el bar de  
Spencer, Susan?**

**—Oh, no sé —terció Ann  
—. Después de Ralphie  
Glick y todo eso, estaré  
más tranquila si...**

**—Ma, ya no soy una niña  
—protestó Susan—. Y  
Brock Hill es una calle  
iluminada.**

**—Yo la acompañaré de  
vuelta, por supuesto —dijo  
Ben, casi formalmente.**

**Cuando salió de la pensión  
la tarde estaba tan  
hermosa que había dejado  
su coche para venir a pie.**

**—Me parece bien —dijo  
Bill—. Te preocupas  
demasiado.**

**—Sí, supongo que sí. Los jóvenes saben lo que hacen, ¿no es eso?—Sonrió.**

**—Voy a ponerme un abrigo—murmuró Susan a Ben, y entró en la casa por la puerta trasera.**

**Llevaba una falda plisada roja, a medio muslo, y cuando subió por los escalones de la entrada dejó ver una buena porción de muslo. Ben la miró, consciente de que a su vez**

**Ann le miraba a él. Su  
marido estaba  
echando agua sobre el  
carbón, para apagarlo.  
—¿Cuánto tiempo piensa  
usted quedarse en Solar,  
Ben? —preguntó Ann.  
—Por lo menos hasta que  
haya acabado el libro.  
Después de eso, no sé. Las  
mañanas son  
hermosísimas,  
y el aire muy puro. —  
Sonrió al mirarla a los ojos  
—. Tal vez me quede más  
tiempo.**

**Ann también le sonrió.**

**—Los inviernos son fríos,  
Ben. Muy fríos.**

**Y ahí estaba Susan,  
bajando por los escalones  
con una chaqueta sobre los  
hombros.**

**—¿Vamos? Me tomaré un  
chocolate. Peor para el  
cutis.**

**\_\_Tu cutis lo aguantará —  
sonrió Ben y se volvió hacia  
el matrimonio Norton—.**

**Gracias de nuevo.**

**—Hasta pronto —  
respondió Bill—. Si quiere**

**venga mañana por la  
noche, con una caja de seis  
cervezas.**

**Nos divertiremos con ese  
condenado de  
Yatstrzemski.**

**—Muy bien —asintió Ben  
—, pero ¿qué beberemos  
cuando empiece el segundo  
tiempo?**

**La risa de Bill, profunda y  
sonora, los siguió mientras  
daban la vuelta a la casa.**

**2**

**—En realidad no quiero ir  
al bar de Spencer —**

**declaró Susan mientras descendían por la colina—.**

**Vamos al parque.**

**—¿Y qué hay de los gamberros, nena? —**

**preguntó Ben, en una deliberada exhibición de slang.**

**—En Solar todos los gamberros tienen que estar en casa a las siete.**

**Ordenanza municipal. Y ahora Son las ocho y tres.**

**Mientras descendían por la colina, la oscuridad se**

**cerró sobre ellos, y al andar veían cómo crecían y se achicaban sus sombras bajo las luces de la calle.**

**—Unos gamberros muy gentiles. ¿No va nadie al parque cuando ha anochecido?**

**—A veces los chicos del pueblo se van con algún ligue, si no tienen dinero para ir al cine al aire libre**

**—  
explicó Susan, guiñando un ojo—. De manera que si ves que algo se mueve en**



**los matorrales, mira para  
otro  
lado.**

**Entraron por el lado oeste,  
el que daba hacia el edificio  
municipal. El parque  
estaba en penumbra y tenía  
un aspecto onírico, con sus  
sendas que se alejaban en  
amplias curvas bajo el  
follaje, y el estanque que  
reflejaba las luces de la  
calle. Si había alguien allí,  
Ben no lo advirtió.**

**Caminando, rodearon al  
monumento**

**conmemorativo, con sus  
largas listas de muertos, los  
primeros, de  
la guerra de la  
Independencia, los últimos,  
de la de Vietnam. Había  
seis nombres del pueblo  
que habían  
participado en el último  
conflicto, y el tallado  
relucía en el bronce como  
una herida nueva.**

**Eligieron mal el  
nombre de este pueblo,  
pensó Ben. Debería  
llamarse Tiempo. Y, como**

**si la acción fuera una  
consecuencia  
natural de la idea, miró por  
encima del hombro hacia la  
casa de los Marsten, pero el  
ayuntamiento le impedía  
la visión.**

**Susan advirtió la mirada y  
frunció el entrecejo.**

**Mientras tendían sus  
abrigo sobre el césped  
para**

**sentarse, la muchacha  
habló:**

**—Mamá me dijo que  
Parkins Gillespie había**

**estado interrogándote. El chico nuevo del instituto debe de haber robado el dinero de la leche, o algo así.**

**—Es todo un personaje —  
Sonrió Ben.**

**—Mamá ya te tenía prácticamente juzgado y condenado. —Aunque lo dijo con despreocupación, su voz**

**no pudo ocultar su seriedad.**

**—No le gusto mucho a tu madre, ¿verdad?**

**—No —reconoció Susan,  
tomándole de la mano—.  
Es un caso de desamor a  
primera vista. Lo siento.  
—No importa —la  
tranquilizó Ben—. De  
todas maneras, hoy me he  
anotado cien puntos.  
—¿Con papá? —sonrió  
Susan—. Oh, él sabe  
distinguir lo que es bueno.  
—La sonrisa se esfumó—.  
Ben,  
¿sobre qué es el libro  
nuevo?**

**—Es difícil de explicar.—  
Ben se quitó los mocasines  
para hundir los dedos de  
los pies en la hierba  
húmeda.**

**—No cambies de tema.**

**—No, si no tengo  
inconveniente en decírtelo.  
Sorprendido, él mismo  
descubrió que era verdad.  
Siempre había pensado que  
una obra a medio hacer era  
como un niño, un niño  
débil a quien había que  
cuidar y proteger.**

**Demasiado manoseo puede causar su muerte. Aunque a Miranda la había consumido la curiosidad por La hija de Conway y Danza aérea, Ben se había negado a decirle una sola palabra sobre ambos libros. Pero Susan era diferente, Miranda siempre había intentado una especie de indagación directa, y a Ben sus preguntas le sonaban a interrogatorios.**

**—Déjame pensar cómo hilvanarlo —pidió.**

**—¿No puedes besarme mientras piensas? — sugirió Susan, tendida de espaldas en la hierba. Ben no**

**pudo dejar de advertir qué corta era su falda, y cuánto se le había levantado.**

**—Creo que eso puede interrumpir el proceso de pensamiento —dijo con suavidad—, pero intentémoslo.**



**Se inclinó para besarla,  
apoyándole suavemente  
una mano en la cintura.  
Susan recibió sus labios y  
cerró  
las manos sobre las de Ben.  
Un momento después Ben  
sintió por primera vez la  
lengua de ella, y la recibió  
con la suya. La chica se  
movió para responder  
mejor al beso, y el suave  
susurro de la falda de  
algodón pareció  
ensordecador.**

**Ben deslizó la mano hacia arriba, y Susan se arqueó para llenarla con un pecho suave y cálido. Por segunda vez desde que la conocía, Ben se sintió adolescente, un adolescente ante quien todo se abría con la amplitud de una autopista de seis carriles, sin tráfico pesado a la vista.**

**—¿Ben?**

**—¿Sí?**

**—Hagamos el amor, ¿quieres?**

—Sí, quiero.

—Aquí sobre la hierba —  
pidió Susan.

—De acuerdo, cariño.

Muy abiertos los ojos en la  
oscuridad, ella le miraba.

—Hazlo con ternura.

—Procuraré.

—Despacio. Así...

No eran más que sombras  
en la oscuridad.

—Sí —musitó Ben—. Oh,  
Susan.

3

Estuvieron paseando,  
primero sin rumbo por el

**parque, después en  
dirección de Brock Street.**

**—¿No lo lamentas? —  
preguntó Ben.**

**—No. Me alegro.**

**Ella levantó los ojos y  
sonrió.**

**—Bueno.**

**Sin hablar, siguieron  
andando de la mano.**

**—¿Y el libro? —preguntó  
Susan—. Ibas a hablarme  
de eso antes de esa deliciosa  
interrupción.**

**—El libro es sobre la casa  
de los Marsten —empezó**

**lentamente Ben—. Tal vez la idea original no fuera ésa. Quería escribir sobre el pueblo, pero es posible que esté engañándome.**

**¿Sabes que estuve investigando sobre Hubie Marsten? Era un gángster. La compañía de camiones no era más que una fachada.**

**Susan le miró asombrada.**

**—¿Cómo lo descubriste?**

**—En parte por la policía de Boston, y por una mujer que se llama Minella**

**Corey, la hermana de  
Birdie  
Marsten. Ahora tiene  
setenta y nueve, y es  
incapaz de recordar qué ha  
tomado por la mañana  
para desayunar,  
pero jamás se olvida de  
nada que haya sucedido  
antes de 1940.**

**—Y ella te contó...**

**—Todo lo que sabía. Está  
en un asilo de ancianos de  
Nueva Hampshire, y  
supongo que hace años que**

**nadie se toma la molestia de escucharla. Le pregunté si Hubert Marsten había sido realmente un asesino a sueldo en Boston, que es lo que piensa la policía, y me respondió con un gesto de asentimiento. Le pregunté cuántos, y me respondió levantando los dedos a la altura de los ojos y moviéndolos de atrás hacia adelante.**

**«¿Cuántas veces pudo usted contarlos?», me preguntó.**

**—Dios mío.**

**—La organización de Boston empezó a inquietarse por Hubert Marsten en 1927 — prosiguió Ben—. En dos ocasiones le interrogaron, una vez la policía municipal y otra la de Malden. Cuando lo detuvieron en Boston fue a causa de un ajuste de cuentas entre dos bandas rivales, y en dos horas estuvo de nuevo en la**



**calle. Lo de Malden no fue por nada profesional. Era el asesinato de un niño de once años que apareció destripado.**

**—Ben —rogó Susan con voz alterada.**

**—Los jefes de Marsten le sacaron del aprieto... imagino que él debía saber dónde estaban enterrados unos cuantos cadáveres... pero ya no siguió en Boston. Se trasladó sin llamar la atención a Salem's Lot, en su**

**condición de camionero jubilado que una vez por mes recibía su cheque. Y casi no salía... que se sepa, por lo menos.**

**—¿Qué quieres decir?**

**—Pasé largas horas en la biblioteca, examinando ejemplares viejos del Ledger, de 1928 a 1939. En ese período desaparecieron cuatro niños. No es que sea raro, en una zona rural.**

**Los chicos se pierden, y a veces mueren a la intemperie. A veces quedan sepultados por alguna avalancha. Es una cosa terrible, pero sucede.**

**—¿Pero tú no crees que es eso lo que sucedió?**

**—No lo sé. Lo único que sé es que ninguno de esos cuatro niños pudo ser encontrado. No hubo ningún cazador que tropezara con un esqueleto en 1945, ni un**

**contratista de obras que lo desenterrara al recoger una**

**carga de grava. Hubert y Birdie vivieron durante once años en esa casa, y los niños desaparecieron; es lo único que se sabe. Pero yo sigo pensando en el chiquillo de Malden; siempre pienso en él.**

**¿Conoces El embrujo de la casa de la colina, de Shirley Jackson?  
—Sí.**

**—«Y cualquier cosa que por allí apareciera, aparecía sola» —citó Ben en voz baja—. Tú me has preguntado de qué trataba mi libro. Esencialmente es sobre la capacidad de recurrencia del mal.**

**Susan apoyó ambas manos en el brazo de él.**

**—No pensarás que a Ralphie Glick...**

**—¿Se lo tragó el espíritu vengativo de Hubert Marsten, que resucita cada tres años cuando hay luna**

**llena?**

**—Algo así.**

**—Si lo que quieres es que te tranquilicen, te has equivocado de persona. No te olvides de que soy el niño que abrió la puerta de ese dormitorio y vio a Hubie colgado de una viga.**

**—Eso no es una respuesta.**

**—No, claro que no.**

**Permíteme que te cuente otra cosa antes de decirte exactamente lo que pienso.**

**Fue**

**algo que dijo Minella  
Corey. Dijo que en el  
mundo hay hombres malos,  
verdaderamente malignos.**

**A veces**

**sabemos algo de ellos, pero  
suelen actuar en el secreto  
más absoluto. Dijo que ella  
había sufrido la maldición  
de conocer a dos hombres  
así en su vida. Uno era  
Adolf Hitler; el otro, su  
cuñado Hubert Marsten.**

**—Ben hizo**

**una pausa—. Dijo que el  
día que Hubie disparó**

**sobre su hermana, ella  
estaba en Cape Cod, a casi  
quinientos  
kilómetros de distancia.  
Ese verano estaba  
trabajando como ama de  
llaves para una familia  
rica, y en aquel  
momento estaba  
preparando una ensalada  
en un tazón de madera.  
Eran las dos y cuarto de la  
tarde, cuando un  
dolor súbito e intenso,  
«como un relámpago», le**



**atravesó la cabeza, y oyó el estampido de un disparo.**

**Minella afirma que se cayó al suelo y que cuando se recuperó (estaba sola en la casa) habían pasado veinte minutos. Miró dentro de la ensaladera y dio un grito: estaba llena de sangre.**

**—Dios —murmuró Susan.**

**—Un momento después todo había vuelto a la normalidad. La cabeza no le dolía, en la ensaladera no había más que ensalada.**

**Pero ella dice que supo...**

**supo... que su hermana  
había muerto asesinada de  
un  
balazo.**

**—¿Ésa es la historia que  
ella cuenta?**

**—Es una historia, sí. Pero  
ella no es una embustera;  
es una pobre vieja a quien  
ya no le quedan sesos  
para mentir. Sin embargo  
no es eso lo que me  
preocupa, o no tanto, por lo  
menos. Ya hay datos  
suficientes**

**sobre percepción  
extrasensorial como para  
que, si uno quiere reírse de  
ella, lo haga por su cuenta  
y riesgo. La  
idea de que Birdie  
transmitiera la noticia de  
su propia muerte a casi  
quinientos kilómetros de  
distancia en una  
especie de telegrafía  
psíquica no me resulta, ni  
mucho menos, tan increíble  
como el rostro del mal, ese  
rostro**

**monstruoso que a veces me parece ver que se dibuja en la estructura de esa casa.**

**»Me has preguntado qué pienso, y te lo voy a decir. Creo que es relativamente fácil que la gente acepte cosas como la telepatía o las premoniciones o el teleplasma, porque la disposición a creerlas no les cuesta**

**nada, no les quita el sueño por las noches. Pero la idea de que el mal que hacen los hombres pueda**

**sobrevivirles es más inquietante.**

**Miró hacia la casa de los Marsten y siguió hablando lentamente.**

**—Creo que esa casa podría ser el monumento de Hubert Marsten al mal, una especie de caja de resonancia psíquica. Un faro de lo sobrenatural, si quieres. Inmóvil allí durante todos estos años, conservando tal vez la esencia de la maldad de Hubie en sus**

**viejas entrañas que se desmoronan.**

**—Y ahora ha vuelto a ser habitada.**

**—Y se ha producido otra desaparición. —Ben se volvió hacia Susan y le tomó la cara entre las manos—.**

**Eso es algo con lo que jamás contaba cuando regresé aquí. Pensé que tal vez hubieran demolido la casa, pero ni en mis fantasías más disparatadas se me ocurrió**

**que la hubieran vendido.  
Yo pensaba alquilarla y...  
bueno,  
no sé. Tal vez, hacer frente  
a mis propios terrores y  
maldades. Jugar al  
exorcismo... ¡Por favor,  
aléjate, Hubie!  
O quizá la idea fuera  
simplemente sumergirme  
en la atmósfera del lugar y  
poder escribir un libro tan  
aterrador  
que me hiciera ganar un  
millón de dólares. Pero sea  
como fuere, tenía la**

**sensación de que yo controlaba la situación, y que eso haría que las cosas fueran diferentes. Yo ya no era un niño de nueve años, dispuesto a escapar gritando ante la proyección de una imagen de la linterna mágica, que tal vez brotara simplemente de mi cabeza. Pero ahora... —¿Ahora qué, Ben? —¿Ahora está habitada! — estalló él mientras se**



**golpeaba una palma con el puño—. Yo no controlo la situación. Un niño ha desaparecido, y no sé qué pensar. Podría ser que no tuviera nada que ver con la casa,**

**pero... no lo creo. —Las tres últimas palabras salieron de sus labios con cavilosa lentitud.**

**—¿Fantasmas? ¿Espíritus?**

**—No necesariamente. Tal vez apenas algún buen tipo que de pequeño admiraba la casa y se la compró y**

**ahora está... poseído.**

**—¿Es que sabes algo sobre...? —empezó Susan, alarmada.**

**—¿El nuevo propietario?**

**No. No son más que conjeturas. Pero si es la casa, prefiero pensar en posesión**

**y no en otra cosa.**

**—¿Qué otra cosa?**

**—Tal vez haya atraído a otro ser maligno —  
respondió Ben.**

**Ann Norton los vio venir desde la ventana. Antes había llamado al bar. «No —le había dicho la señorita Coogan con una especie de júbilo—. Aquí no han estado.»**

**¿Dónde has estado, Susan?  
Oh, ¿dónde habéis estado?  
La boca se le retorció en una fea mueca de angustia.  
Vete, Ben Mears. Vete y déjala en paz.**

**5**

**—Haz algo importante por mí, Ben —pidió Susan al**

**desprenderse de sus  
brazos.**

**—Todo lo que pueda.**

**—No hables de estas cosas  
con nadie en el pueblo. Con  
nadie.**

**Ben sonrió sin alegría.**

**—No te preocupes. No  
estoy ansioso por conseguir  
que la gente me considere  
un chiflado.**

**—¿Cierras con llave tu  
cuarto en la pensión de  
Eva?**

**—No.**

**—Pues yo empezaría a hacerlo. —Susan le miró—. Tienes que pensar que eres sospechoso.**

**—¿Para ti también?**

**—Lo serías, si no te amara.**

**Y se alejó, andando con pasos rápidos por la senda mientras Ben la seguía, vigilante, con la vista, aturdido por todo lo que él mismo había dicho y más aturdido aún por las últimas palabras de Susan.**

**Cuando llegó a su habitación se encontró con que no podía escribir ni dormir; estaba demasiado excitado**

**para hacer cualquiera de las dos cosas. Entonces decidió calentar el motor del Citroen y, después de un**

**momento de vacilación, se dirigió al bar de Dell.**

**El local estaba atestado de gente, ruidoso y lleno de humo. La banda, un grupo que tocaba música**

**country, que se hacía llamar los Rangers, estaba interpretando Jamás habías ido tan lejos y compensaban con el volumen todos sus fallos de calidad. Unas cuarenta parejas, casi todas vestidas con téjanos azules, giraban sobre la pista.**

**Los taburetes instalados frente a la barra estaban ocupados por obreros de la construcción y del aserradero. Todos bebían jarras de cerveza, y todos**

**usaban idénticas botas de trabajo con suelas de crepé, atadas con tiras de piel.**

**Dos o tres camareras con complicados peinados y el nombre bordado con hilo dorado sobre la blusa blanca (Jackie, Toni, Shirley) atendían las mesas y los reservados. Desde su posición, Dell llenaba las jarras**

**de cerveza y, en el otro extremo, un hombre con cara de halcón y el pelo**



**grasiento peinado hacia  
atrás  
mezclaba los cócteles. Su  
rostro se mantenía  
inalterable mientras medía  
los licores con los vasos  
pequeños,  
los vertía en la coctelera de  
plata y agregaba los demás  
ingredientes.**

**Ben empezó a rodear la  
pista de baile para dirigirse  
a la barra cuando alguien  
lo llamó:**

**—¡Eh, Ben, oye! ¿Cómo  
estás, muchacho?**

**Al mirar vio a Weasel  
Craig sentado ante una  
mesa próxima a la barra,  
frente a una jarra de  
cerveza a  
medio vaciar.**

**—Hola, Weasel —le saludó  
Ben, y se sentó. Se alegraba  
de ver una cara conocida, y  
Weasel le gustaba.**

**—¿Has decidido hacer un  
poco de vida nocturna,  
muchacho? —le sonrió  
Weasel mientras le  
palmeaba  
el hombro.**

**Ben pensó que debía haber recibido su cheque; con su aliento podría haber hecho propaganda de todas las destilerías de Milwaukee.**

**—Eso es —asintió Ben. Sacó un dólar y lo puso sobre la mesa, cubierta por los fantasmas circulares de las múltiples jarras de cerveza que por ella habían pasado. Preguntó: —¿Cómo estás?**

—Muy bien. ¿Qué te parece el nuevo grupo? ¿No son fantásticos?

—Sí. Son muy buenos. Termina eso antes de que pierda fuerza, que yo invito.

—Toda la noche he estado esperando oír alguien que dijera eso. ¡Jackie! —bramó Weasel—. Tráele una cerveza a mi amigo.

¡Budweiser!

Jackie llevó la botella en una bandeja llena de

**monedas empapadas de  
cerveza y la dejó sobre la  
mesa,**

**alargando el brazo,  
musculoso como el de un  
boxeador. Miró el dólar  
como si fuera una  
cucaracha de especie  
desconocida.**

**—Faltan cuarenta centavos  
—anunció.**

**Bill puso otra moneda  
sobre la mesa y ella las  
recogió, pescó sesenta  
centavos de los charcos de  
su**

**bandeja, los arrojó sobre la mesa y dijo: .**

**—Weasel Craig, cuando chillas así pareces un ganso al que le retuercen el pescuezo.**

**—Eres un tesoro, bonita — le agradeció Weasel—. Te presento a Ben Mears, que escribe libros.**

**—Encantada —murmuró Jackie y se alejó en la penumbra.**

**Ben se sirvió un vaso de cerveza y Weasel hizo lo**

**mismo, llenándolo hasta arriba con habilidad profesional. La espuma estuvo a punto de desbordarse.**

**—Adelante, muchacho. Ben levantó su vaso y bebió.**

**—¿Y cómo va ese libro?**

**—Bastante bien, Weasel.**

**—Te vi por ahí con la hija de los Norton. Es muy guapa, vaya, No podías haber elegido mejor.**

**—Sí, es...**

**—¡Matt! —vociferó  
Weasel, sobresaltando a  
Ben.**

**Por Dios pensó, realmente  
parece un ganso  
despidiéndose de este  
mundo.**

**—¡Matt Burke! —Weasel  
saludó convulsivamente  
con la mano, y un hombre  
de pelo blanco le devolvió  
el saludo y avanzó hacia  
ellos por entre la multitud  
—. A este tipo tienes que  
conocerle —dijo Weasel a  
Ben—**



**. Matt Burke es un  
avisgado hijo de mala  
madre.**

**El hombre que venía hacia  
ellos aparentaba unos  
sesenta años. Era alto,  
llevaba una pulcra camisa  
de  
franela y el pelo, tan blanco  
como el de Weasel, muy  
corto.**

**—Hola, Weasel.**

**—¿Cómo estás, viejo? —  
preguntó Weasel—. Te  
presento a un amigo que se  
aloja en casa de Eva. Ben**

**Mears, escritor de libros,  
figúrate. Un gran tipo. —  
Miró a Ben—. Matt y yo  
nos criamos juntos, pero él  
tiene  
educación y yo me quedé  
en la primaria,  
Ben se levantó para  
estrechar la mano de Matt  
Burke.**

**—¿Cómo está?**

**—Muy bien, gracias. He  
leído uno de sus libros,  
señor Mears.**

**Danza área,**

**—Llámeme Ben, por favor.  
Espero que le haya  
gustado.**

**—Al parecer me gustó más  
que a los críticos —declaró  
Matt mientras se sentaba  
—, y creo que será más  
apreciado conforme pase el  
tiempo. ¿Cómo te va a ti,  
Weasel?**

**—Bien —afirmó Weasel—.  
Tan bien como siempre.  
Jackie! —chilló—. ¿Tráele  
una cerveza a Matt!**

**—¡Espera un minuto, viejo  
gritón! —le gritó a su vez**

**Jackie, provocando risas en las mesas vecinas**

**—Un encanto de chica — comentó Weasel—. Hija de Maureen Talbot.**

**—Sí —aprobó Matt—. Yo tuve a Jackie en el instituto en el setenta y uno. La madre era de la promoción del cincuenta y uno.**

**—Matt enseña inglés en el instituto —explicó Weasel—. Me parece que vais a tener de qué hablar.**

**—Yo recuerdo a una chica. Manteen Talbot —dijo Ben**

**— Venía a buscar la ropa de tú tía para lavarla, y se la devolvía muy bien doblada en una cesta de mimbre que sólo tenía un asa.**

**—¿Eres del pueblo, Ben?**

**—preguntó Matt.**

**—De pequeño pasé un tiempo aquí, con mi tía Cynthia.**

**—¿Cindy Stowens?**

**—Sí.**

**Jackie se acercó con una botella y Matt se sirvió cerveza.**

**—Pues realmente es un mundo pequeño. Tu tía estaba en una de las clases adelantadas que tuve el primer año que pasé en Salem's Lot. ¿Cómo está?**

**—Murió en 1972.**

**—Oh, lo siento.**

**—Tuvo un final muy fácil**

**—le aseguró Ben, y volvió a llenar su vaso.**

**El grupo había terminado de tocar y los músicos se dirigían a la barra. El nivel de las voces descendió un poco.**

**—¿Has vuelto a  
Jerusalem's Lot para  
escribir un libro sobre  
nosotros? —preguntó  
Matt.**

**Un timbre de alarma sonó  
en el cerebro de Ben.**

**—En cierto modo, sí —  
admitió.**

**—Este pueblo sería mucho  
peor para un biógrafo.**

**Danza aérea era un  
hermoso libro. Creo que  
este**

**pueblo podría dar para  
otro hermoso libro. En un**

**tiempo pensé que yo podría escribirlo.**

**—¿Por qué no lo has hecho?**

**Matt sonrió.**

**—Me faltaba un ingrediente vital. El talento.**

**—No lo creas —advirtió Weasel mientras volvía a llenar su vaso con lo que quedaba en la botella—. El viejo Matt tiene muchísimo talento. Enseñar es un trabajo estupendo. Nadie**



**aprecia a los maestros, pero  
ton...**

**—se meció un poco en su  
silla, buscando la palabra.  
Ya estaba muy borracho—  
la sal de la tierra —  
terminó,  
bebió un trago de cerveza,  
hizo una mueca y se  
levantó—. Excusadme  
mientras voy a mear.  
Se alejó, chocando con los  
parroquianos y  
saludándolos por su  
nombre. Todos le dejaban  
pasar con**

**impaciencia o buen humor,  
y verlo dirigirse hacia el  
aseo para hombres era  
como mirar una pelota de  
pingpong  
que salta y rebota hasta  
desaparecer bajo la mesa  
de juego.**

**—Eso es lo que queda de  
un tipo estupendo —  
reflexionó Matt, y levantó  
un dedo.**

**Inmediatamente se acercó  
una camarera, que se  
dirigió a él llamándolo**

**señor Burke. Parecía un poco escandalizada de que su viejo profesor de literatura clásica inglesa pudiera estar ahí emborrachándose con los amigos de Weasel Craig. Cuando se alejó para traerles otra botella, Ben pensó que Matt parecía un poco azorado.**

**—Me gusta Weasel— comentó Ben, y me da la sensación de que en sus**

**buenos tiempos debió de tener muchas cosas dentro. ¿Qué le sucedió?**

**—Oh, no hay tema para un cuento en eso —respondió Matt—. La botella le ganó. Año tras año le ganaba un poco más, y ahora se ha adueñado completamente de él. En la Segunda Guerra Mundial consiguió una Estrella de Plata, en Anzio. Un cínico podría pensar tal vez que su vida**

**habría tenido más sentido  
si se**

**hubiera muerto entonces.**

**—Yo no soy cínico, —**

**declaró Ben—, y este**

**hombre me gusta. Pero**

**creo que lo mejor será que**

**esta**

**noche le lleve a casa en el**

**coche.**

**—Estaría muy bien que lo**

**hicieras. Pues yo vengo**

**aquí de vez en cuando a**

**escuchar música. Me gusta**

**la**

**música fuerte, y más ahora que ha empezado a fallarme el oído. He sabido que estás interesado en la casa de los Marsten. ¿Tu libro se refiere a ella?**

**—¿Quién te lo ha dicho? — preguntó Ben, con un sobresalto.**

**Matt sonrió.**

**—¿Cómo es eso que se dice en esa vieja canción de Marvin Gaye? Me lo contó un pajarito. Sabrosa**

**expresión, gráfica, aunque  
si uno lo piensa la imagen  
es un poco oscura. Uno se  
imagina un hombre con el  
oído alerta a lo que dice un  
gorrión o una golondrina...  
Pero estoy divagando.  
Divago mucho  
últimamente, y  
ya ni siquiera trato de  
disimularlo. Pues lo he  
sabido por lo que la gente  
de la prensa llamaría  
fuente  
autorizada... es decir, de  
Loretta Starcher, la**

**bibliotecaria de nuestra  
ciudadela literaria local.  
Tú has estado  
allí varias veces para leer  
los artículos referentes al  
viejo escándalo en el  
Ledger, de Cumberland, y  
ella te  
buscó también dos libros  
que son recopilaciones de  
artículos sobre crímenes, y  
en ellos se hacía referencia  
a  
él. De paso, el artículo de  
Lubert es bueno... en 1946,**



**vino personalmente a Solar a investigar; pero el de Snow es puro invento.**

**—Ya lo sé —asintió Ben.**

**La camarera depositó otra botella de cerveza sobre la mesa. Matt le pagó y comentó:**

**—Fue espantoso lo que sucedió allá arriba. Y aún sigue pesando en la conciencia del pueblo.**

**Claro que las historias de crueldad y asesinato siempre se transmiten con deleite**

**morbo de generación en generación;  
en cambio, los estudiantes gruñen y se quejan cuando se les sitúa frente a un George Washington o un Jonas Salk. Pero creo que hay algo más que eso. Tal vez se deba a un capricho geográfico.**

**—Sí —dijo Ben, interesado a su pesar. El profesor acababa de expresar una idea que desde el día que**

**había regresado al pueblo,  
desde antes tal vez,  
acechaba su conciencia—.  
Está sobre esa colina que  
domina la  
aldea como... oh, como una  
especie de ídolo sombrío.  
Dejó escapar una risita  
para que el comentario  
sonara trivial, pues de  
pronto le pareció que había  
dicho  
algo que sentía con tal  
profundidad que era como  
abrirle a un extraño una**

**ventana sobre su alma. La  
atención  
con que le escudriñó Matt  
Burke no le ayudó  
precisamente a sentirse  
mejor.**

**—Eso es talento —declaró  
Burke.**

**—¿Cómo dices?**

**—Que lo has expresado  
exactamente. La casa de los  
Marsten nos vigila a todos  
desde hace casi  
cincuenta años, sabe todos  
nuestros pecadillos,**

**pecados y mentiras. Como un ídolo.**

**—Tal vez sea lo bueno, al mismo tiempo.**

**—No es mucho el bien que puede haber en un pueblo pequeño y sedentario.**

**Como mucho, indiferencia condimentada con algún mal cometido sin querer o, lo que es más grave, con algún mal hecho conscientemente. Creo que Thomas Wolfe escribió varios kilos de papel para explicarlo.**

**—No me habías parecido un cínico.**

**—Eres tú quien lo dice, no yo. —Sonrió y bebió un sorbo de cerveza.**

**El grupo de músicos se apartaba de la barra en ese momento. Resplandecían con sus camisas rojas brillantes, sus chalecos y pañuelos. El solista tomó la guitarra y empezó a afinarla.**

**—Sea como fuere, no has respondido a mi pregunta.**

**¿Tu nuevo libro se refiere a la casa de los Marsten?**

**—En cierto modo, supongo que sí.**

**—Te estoy sonsacando. Perdona.**

**—No tiene importancia — le aseguró Ben, pensando en Susan, y sintiéndose incómodo—. No me explico qué le pasa a Weasel. Hace mucho rato que se fue.**

**—¿Puedo pedirte un favor muy grande? Si me lo**

**niegas, lo entenderé  
perfectamente.**

**—Por supuesto, adelante  
—le animó Ben.**

**—Tengo una clase de  
literatura creativa. Son  
chicos inteligentes, la  
mayoría de los grados  
superiores, y  
me gustaría presentarles a  
alguien que se gana la vida  
con las palabras. Alguien  
que... ¿cómo diríamos., que  
ha tomado el verbo y lo ha  
hecho carne?**



**—Pues a mí también me encantaría —respondió Ben, halagado—. ¿Cuánto duran tus clases?**

**—Cincuenta minutos.**

**—Bueno, creo que en ese tiempo no llegaré a aburrirles demasiado.**

**—Oh, para mí es fantástico que sólo sean cincuenta minutos, pero estoy seguro de que tú no les aburrirías en absoluto. ¿La semana próxima?**

**—Cómo no. ¿Qué día y a qué hora?**

**—¿El martes en la cuarta hora? Es de once a doce menos diez. No te recibirán con aplausos, pero sospecho que oirás ruidos en muchos estómagos.**

**—Me llevaré algodón para los oídos.**

**Matt rió.**

**—Me alegro mucho. Te esperaré en el despacho, si te parece.**

**—Espléndido. ¿Crees...?**

**—¿Señor Burke? —Era Jackie, la de los bíceps**

**robustos—. Weasel se ha desmayado en el aseo de hombres. ¿Cree usted...? —¿Cómo? Por Dios, sí, Vamos, Ben.**

**—Claro.**

**Los dos se levantaron y cruzaron el salón. El grupo había empezado a tocar de nuevo, algo sobre cómo los chicos de Muskogee todavía respetaban al rector de la universidad. El baño olía a orina rancia y a cloro. Weasel estaba**

**recostado contra la pared  
entre dos sanitarios, y un  
tipo con uniforme del  
ejército hacía pis a unos  
cinco centímetros de su  
oído derecho.**

**Weasel tenía la boca  
abierta, y a Ben le  
impresionó lo viejo que  
parecía, viejo y devorado  
por fuerzas  
impersonales que nada  
sabían de ternura. No por  
primera vez, pero sí en  
forma angustiosamente  
inesperada, le**

**sacudió la realidad de su propia disolución, que avanzaba día a día. La compasión que le subió a la garganta como las transparentes y oscuras aguas de un pozo era tanto piedad de Weasel como de sí mismo.**

**—Oye —dijo Matt—, ¿puedes sostenerle con un brazo cuando este caballero termine?**

**—Sí —asintió Ben, y miró al hombre uniformado que**

**se sacudía sin prisa alguna**

**—. ¡Venga muchacho!**

**—¿Por qué? A él nadie le persigue.**

**Sin embargo, se subió la cremallera y se apartó para dejarles pasar.**

**Ben pasó un brazo por detrás de la espalda de Weasel, le tomó por la axila y lo levantó. Durante un momento, mientras sus nalgas hacían presión contra la pared de azulejos, sintió las vibraciones de los**

**instrumentos musicales.**

**Weasel se elevó con la floja pesadez de una saca de correos, en la inconsciencia más**

**total. Matt situó la cabeza bajo el otro brazo de Weasel, le rodeó la cintura con el brazo, y entre los dos le sacaron del aseo.**

**—Ahí va Weasel — comentó alguien, y se oyeron risas.**

**—Dell tendría que limitarle la bebida —comentó Matt,**

**sin aliento—. Ya sabe en  
qué termina siempre  
esto.**

**Atravesaron el salón hasta  
llegar a los escalones de  
madera que conducían al  
aparcamiento.**

**—Cuidado —gruñó Ben—.  
No le dejes caer.**

**Mientras bajaban por las  
escaleras, los pies inertes de  
Weasel chocaban con los  
peldaños.**

**—El Citroen... el que está  
en la última hilera.**



**Entre los dos lo llevaron  
hasta allí. La frescura del  
aire se había vuelto  
cortante; por la mañana,  
las hojas  
de los árboles estarían  
teñidas de sangre. Weasel  
había empezado a emitir  
un profundo ronquido, y la  
cabeza  
se le sacudía débilmente.  
—¿Puedes acostarlo  
cuando lleguéis a casa de  
Eva? —preguntó Matt.  
—Sí, creo que sí.**

**—Perfecto. Mira, apenas si se ve el tejado de la casa de los Marsten por encima de los árboles.**

**Ben miró. Matt tenía razón; apenas si asomaba por encima del oscuro horizonte de pinos, y borraba las estrellas situadas al borde del mundo visible.**

**Ben abrió la portezuela del lado del pasajero. —A ver, déjame.**

**Cargó con todo el peso de Weasel, lo sentó en el**

**asiento del pasajero y cerró la portezuela. La cabeza de Weasel golpeó contra la ventanilla.**

**—¿El martes a las once?**

**—No faltaré.**

**—Gracias. Y gracias por ayudar a Weasel —Matt le tendió la mano y Ben se la estrechó.**

**Subió al Citroen, lo puso en marcha y volvió hacia el pueblo. Una vez la luz de neón del bar hubo desaparecido detrás de los árboles, la carretera quedó**

**negra y desierta. Ahora,  
pensó Ben, estos caminos  
también tienen sus  
fantasmas.**

**A su lado, Weasel roncó y  
gruñó. Ben se sobresaltó y  
por un momento el Citroen  
perdió la dirección.**

**Pero ¿por qué se me  
ocurrió eso? se preguntó.  
No hubo respuesta.**

**7**

**Ben abrió la ventanilla  
para que Weasel recibiera  
el aire frío mientras**

**regresaba a casa. Cuando llegó a la entrada de la pensión de Eva Miller, Weasel había alcanzado una semiconciencia.**

**A tropezones, Ben le hizo subir los escalones del porche del fondo hasta llegar a la cocina, débilmente iluminada por un fluorescente. Weasel gimió y después masculló roncamente:**

**—Un encanto de chica,  
Jack, y las mujeres casadas  
saben... saben...**

**Una sombra apareció entre  
las sombras del porche; era  
Eva, imponente con una  
vieja bata acolchada,  
con el pelo envuelto en  
rulos y sujeto por un  
delgado pañuelo de red. La  
crema de noche daba a su  
rostro un  
tono pálido y espectral.**

**—Ed —murmuró—. Oh,  
Ed... sigues igual, ¿verdad?**

**El sonido de su voz hizo que los ojos de Weasel se entreabrieran, y una sonrisa vagó por sus facciones.**

**—Sigo y sigo y sigo —graznó—. ¿No eres tú quien mejor puede saberlo?**

**—¿Puede subirlo hasta su habitación? —preguntó Eva a Ben.**

**—Sí, no se preocupe. Aferró con más fuerza a Weasel y lo hizo subir las**

**escaleras y llegar hasta su cuarto. La puerta no estaba cerrada con llave, y Ben le introdujo en el interior. En el momento en que le depositó sobre la cama, Weasel se sumió en un profundo sueño.**

**Ben se detuvo un momento a mirar alrededor. El cuarto estaba limpio y todo dispuesto con pulcritud. Mientras empezaba a quitarle los zapatos al**



**durmiente, la voz de Eva Miller sonó a sus espaldas.**

**—No se preocupe por eso, señor Mears. Déjelo, si quiere.**

**—Pero habría que...**

**—Yo lo desvestiré. —Su rostro, grave, reflejaba una tristeza digna y mesurada —. Lo desvestiré y le daré una friega con alcohol para que mañana no tenga tanta resaca. Ya lo he hecho antes. Muchas veces.**

**—Está bien —asintió Ben, y subió a su cuarto.**

**Se desvistió lentamente,  
pensando en darse una  
ducha, pero cambió de  
idea. Se metió en la cama y  
se**

**quedó mirando el techo.**

**Durante largo rato  
permaneció despierto.**

**SEIS**

**SOLAR (II)**

**1**

**El otoño y la primavera  
llegaban a Jerusalem's Lot  
de manera tan súbita como  
el sol se levanta o se pone**

**en los trópicos. La línea de demarcación podía no ser más que un día. Pero la primavera no es la mejor estación en Nueva Inglaterra: demasiado breve, incierta y susceptible de desbordarse repentinamente. Aun así, hay días de abril que permanecen en el recuerdo mucho después que uno ha olvidado las caricias de la esposa, o el contacto de la boca del bebé en el pezón. Pero a**

**mediados de mayo, el sol se  
eleva entre la bruma  
matinal**

**con potencia, y al salir a los  
escalones del porche a las  
siete de la mañana, con la  
fiambarrera en la mano, uno  
sabe que para las ocho ya  
habrá desaparecido el rocío  
de la hierba, y que el polvo  
de los caminos secundarios  
quedará inmóvil,  
suspendido en el aire,  
durante cinco minutos  
después que haya pasado  
un coche; y que a la**

**una de la tarde habrá  
treinta y cinco grados en el  
tercer piso del aserradero,  
y el sudor le correrá a uno  
por los  
brazos como si fuera aceite  
y la camisa se le pegará  
cada vez más a la espalda,  
como si estuviéramos en  
pleno  
julio.**

**El otoño, cuando llega  
desalojando al pérfido  
verano, lo hace algún día  
de mediados de septiembre,  
se**

**queda un tiempo, como un  
viejo amigo a quien uno ha  
echado de menos. Se  
instala, como un viejo  
amigo se  
instalaría en nuestra silla  
favorita, para sacar la pipa  
y encenderla y después  
colmar la tarde de relatos  
de los  
lugares donde ha estado y  
de las cosas que ha hecho  
desde la última vez que nos  
vimos.**

**Se queda durante todo  
octubre, y algunos años**

**parte de noviembre. Día  
tras día, el cielo es de un  
azul  
duro y transparente, y las  
nubes que lo atraviesan,  
siempre de oeste a este, son  
calmos navíos blancos con  
las  
quillas grises. El viento  
empieza a soplar durante el  
día y no se aquieta. Lo  
obliga a uno a apresurarse  
cuando  
anda por las calles,  
haciendo crujir las hojas  
caídas que forman una**

**alfombra abirragada. El viento hace que a uno le duela algo más hondo que los huesos. Tal vez sea que toca algo muy antiguo del alma humana, una cuerda de la memoria de la especie, que tañe: «Emigrar o morir... Emigrar o morir.» Aunque uno esté en su casa, el viento azota la madera y el cristal, golpea con descarnada angustia**



**los aleros y, tarde o temprano, uno tiene que dejar lo que estaba haciendo para ir fuera a mirar. Y uno puede quedarse en la escalinata o en la puerta, mediada la tarde, a mirar cómo las sombras de las nubes corren a través del campo de Griffen y suben por Schoolyard Hill, oscuras y claras, como si los dioses estuvieran**

**abriendo y cerrando los  
postigos. Y se  
puede ver cómo las  
representantes más tenaces  
y bellas de toda la flora de  
Nueva Inglaterra se  
inclinan al  
impulso del viento como  
una enorme congregación  
de fieles silenciosos. Y si no  
hay coches ni aviones, ni  
ningún tipo que ande por  
los bosques que hay al oeste  
del pueblo, disparando a  
los faisanes y las  
codornices,**

**si lo único que se oye es el  
lento latido del propio  
corazón, entonces uno  
escucha también otra cosa:  
el sonido  
de la vida que se devana  
hasta llegar al término de  
su ciclo, en espera de que  
las primeras nieves  
celebren los  
últimos ritos.**

**2**

**Ese año, el primer día del  
otoño (del otoño real, no el  
del calendario) fue el 28 de  
septiembre, el día que**

**enterraron a Danny Glick  
en el cementerio de  
Harmony Hill.**

**Las ceremonias en la  
iglesia fueron privadas,  
pero las que habían de  
celebrar junto a la tumba  
eran para  
todo el pueblo, y buena  
parte del pueblo se hizo  
presente: los compañeros  
del colegio, los curiosos, y  
la gente  
de edad que va cada vez  
más compulsivamente a los  
funerales a medida que la**

**vejez va envolviéndolos en  
la  
mortaja.**

**Acudieron por Burns Road  
en una larga hilera que  
serpenteaba hasta  
desaparecer detrás de la  
siguiente  
colina. Pese a la  
luminosidad del día, todos  
los coches tenían las luces  
encendidas. Primero iba el  
coche  
fúnebre de Carl Foreman,  
con las ventanillas traseras**

**llenas de flores, seguido por el Mercury 1965 de Tony Glick, cuyo deteriorado tubo de escape prorrumpía en gemidos y explosiones. Tras ellos, en los cuatro coches siguientes, iban los parientes de ambos lados de la familia; hasta había quien venía de tan lejos como Tulsa, Oklahoma. Entre los demás que integraban el largo desfile con las luces**

**encendidas estaban Mark  
Petrie (el  
muchacho a quien Ralphie  
y Danny iban a visitar la  
noche que desapareció  
Ralphie), con su madre y  
su padre;  
Richie Boddin y su familia;  
Mabel Werts en un coche  
en el que también se  
acomodaban William  
Norton y su  
esposa, que, sentada en el  
asiento de atrás con el  
bastón entre sus piernas**

**hinchadas, hablaba con  
inagotable  
constancia de otros  
funerales a los que había  
asistido desde 1930; Lester  
Durham y su mujer,  
Harriet; Paul  
Mayberry y su esposa  
Glynis; Pat Middler, Joe  
Crane, Vinnie Upshaw y  
Clyde Corliss en un coche  
conducido  
por Milt Crossen (Milt  
había abierto la pequeña  
nevera donde guardaba las**



**cervezas antes de que  
salieran y  
todos habían compartido  
solemnemente una botella  
frente a la cocina); Eva  
Miller en un coche en el  
que  
también viajaban sus  
amigas Loretta Starcher y  
Rhoda Curless, solteronas  
ambas; Parkins Gillespie y  
su  
agente, Nolly Gardener,  
iban en el coche policial de  
Salem's Lot (el Ford de**

**Parkins con una insignia  
pegada  
en el tablero); Lawrence  
Crockett y su cetrina  
mujer; Charles Rhodes, el  
mordaz conductor de  
autobuses, que  
por principio acudía a  
todos los funerales; la  
familia de Charles Griffen,  
con su mujer y dos de sus  
hijos, Hal y  
Jack, los únicos de su  
progenie que seguían  
viviendo en la casa.**

**Esa mañana temprano,  
Mike Ryerson y Royal  
Snow habían cavado la  
tumba, disponiendo el  
césped  
artificial sobre la tierra  
extraída. Mike había  
encendido la Llama del  
Recuerdo, tal como habían  
pedido los  
Glick. Mike recordaba que  
esa mañana había pensado  
que Royal no parecía el  
mismo. Generalmente,  
Royal**

**era todo bromas y tonadas  
referentes al trabajo que  
hacían («Te envuelven en  
una gran sábana blanca y  
te**

**entierran para oír crecer  
las plantas»), solía cantar  
con desafinada voz de  
tenor), pero esa mañana se  
había**

**mostrado**

**excepcionalmente callado,  
sombrió casi. Resaca, tal  
vez, pensó Mike. Snow y su  
corpulento amigo,**

**Peters, habían estado  
bebiendo en el bar de Dell  
la noche anterior.**

**Hacía apenas cinco  
minutos que, al ver el coche  
fúnebre que se acercaba  
por la colina, todavía a un  
kilómetro y medio de  
distancia, Mike había  
abierto los portones de  
hierro, no sin echar una  
mirada a las  
alcayatas, como lo hacía  
siempre desde el día que  
encontrara a Doc colgado**

**de ellas. Una vez abiertos los portones, volvió hacia la tumba recién abierta, donde esperaba el padre Donald Callahan, el sacerdote de la parroquia de Jerusalem's Lot. Llevaba una estola sobre los hombros, y en la mano sostenía un libro abierto por la página del servicio funerario para niños. Estaban en lo que se**

**llamaba la tercera estación,  
recordó Mike. La  
primera era la casa del  
difunto; la segunda, la  
pequeña iglesia católica de  
St Andrew. La última,  
Harmony  
Hill. Todo el mundo fuera.  
Un escalofrío le estremeció,  
y Mike bajó la vista hacia  
el reluciente césped  
artificial, preguntándose  
por  
qué eso tenía que ser parte  
de todos los funerales.  
Parecía exactamente lo que**

**era: una barata imitación de la vida, que enmascaraba discretamente los pesados terrones oscuros de la tierra final.**

**Callahan era un hombre alto, de penetrantes ojos azules y cutis rubicundo, con el pelo gris acerado. A Ryerson, que no había vuelto a ir a la iglesia desde los dieciséis años, le parecía el mejor de los médicos brujos de la zona. John Groggins, el ministro**



**metodista, era un  
vejstorio hipócrita, y  
Patterson, de la Iglesia  
de los Santos y Seguidores  
de la Cruz del Último Día,  
estaba como un cencerro.  
En el funeral celebrado por  
uno de los diáconos de la  
iglesia, hacía dos o tres  
años, Patterson había  
llegado al extremo de  
revolcarse por el  
suelo. En cambio, Callahan  
parecía bastante buena  
persona, para ser católico;**

**sus funerales eran serenos  
y  
consoladores, e  
invariablemente cortos.  
Ryerson dudaba que las  
venitas rojas que le cubrían  
la nariz y las  
mejillas fueran resultado  
de la oración, pero si  
Callahan bebía algún que  
otro trago, eso no era  
motivo para  
condenarle. Tal como  
estaba el mundo, lo  
asombroso era que todos**

**esos sacerdotes no  
terminaran en un  
manicomio.**

**—Gracias, Mike —dijo el  
padre Callahan, y miró  
hacia el cielo luminoso—.  
Éste va a ser difícil.**

**—Me imagino. ¿Cuánto  
durará?**

**—No más de diez minutos.  
No quiero prolongar la  
agonía de los padres. Ya  
tienen bastante con lo que  
les espera.**

**—Ya lo creo —asintió  
Mike.**

**Se encaminó hacia el fondo del cementerio, pensando en saltar el muro de piedra, internarse en el bosque y comerse su bocadillo. Sabía, por larga experiencia, que lo último que los sufrientes deudos y amigos quieren ver durante la tercera estación es al sepulturero, con su mono sucio de tierra: era como dejar caer una mancha en la luminosa imagen de inmortalidad y**

**celestiales puertas que se abren que les presentaba el sacerdote.**

**Cerca del fondo se detuvo y se inclinó a examinar una lápida caída. Al enderezarla, volvió a sentir un**

**escalofrío mientras sacudía la tierra de la inscripción:**

**HUBERT BARCLAY**

**MARSTEN**

**6 de octubre de 1889 12 de agosto de 1939**

**El Ángel de la Muerte**

**que sostiene la broncínea  
lámpara**

**que hay más allá de la  
puerta de oro**

**te sumergió en oscuras**

**Aguas**

**Y debajo, casi borrado por  
treinta y seis estaciones de  
heladas y deshielos:**

**Quiera Dios que descansa  
en paz.**

**Todavía vagamente  
inquieto, y aún sin saber  
por qué, Mike Ryerson se  
dirigió al bosque y se sentó  
junto**

**al arroyo a comer.**

**3**

**En su primera época en el seminario, un amigo del padre Callahan le había dado una blasfema estampa**

**que en ese momento le había provocado risas horrorizadas, pero que a medida que pasaban los años le parecía**

**más verdad y menos blasfema: «Que Dios me dé la serenidad de aceptar lo que no puedo cambiar, la**

**tenacidad de cambiar lo  
que puedo, y la buena  
suerte de no confundirlos  
demasiado a menudo.»**

**Todo en letra  
gótica, con un sol naciente  
en el fondo.**

**Ahora, de pie ante los  
deudos de Danny Glick, el  
antiguo credo volvía a  
aflorar.**

**El féretro, llevado por dos  
tíos y dos primos del  
muchacho fallecido, había  
quedado en el suelo.**

**Marjorie**



**Glick, vestida con un abrigo y sombrero negros con velo, el rostro pálido como un requesón tras la malla de la red, se tambaleaba sostenida por el brazo protector de su madre, aferrada a su bolso negro como si fuera un salvavidas. Tony Glick estaba a cierta distancia de ella, con expresión aturdida y ausente. Varias veces**

**durante el servicio religioso  
había mirado alrededor,  
como para asegurarse de  
que estaba entre esas  
personas.**

**Su rostro era el de un  
hombre convencido de que  
todo es un sueño.**

**La Iglesia no puede detener  
ese sueño, pensaba  
Callahan. Ni toda la  
serenidad, tenacidad o  
buena suerte  
del mundo. La confusión ya  
había empezado.**

**Roció con agua bendita el  
ataúd y la tumba,  
santificándolos para toda la  
eternidad.**

**—Oremos —empezó, y las  
palabras surgieron  
melodiosamente de su  
garganta, como siempre, en  
el  
resplandor y la sombra, en  
la embriaguez o la  
sobriedad. Los deudos  
inclinaron la cabeza.**

**»Señor Dios, por tu  
misericordia los que han**

**vivido en la fe encuentran  
la paz eterna. Bendice esta  
tumba y envía a tu ángel a  
vigilarla. Recibe en tu  
presencia el cuerpo de  
Danny Glick que estamos  
sepultando  
y deja que con tus santos se  
regocije en ti para siempre.  
Te lo pedimos por Cristo  
Nuestro Señor. Amén. —  
Amén murmuró la  
congregación.  
Tony Glick miraba  
alrededor con ojos muy  
abiertos, alucinados. Su**

**mujer se llevó a la boca un pañuelo de papel.**

**— Con fe en Jesucristo, traemos reverentemente el cuerpo de este niño para enterrarlo en su humana imperfección. Oremos confiados en Dios, que da vida a todas las cosas, para que Él eleve este cuerpo mortal a la perfección y la compañía de sus santos.**

**Volvió las páginas del misal. Una mujer de la**

**tercera fila de la herradura  
en torno de la tumba  
empezó a  
sollozar roncamente. En  
algún rincón del bosque  
gorjeaba un pájaro.**

**— Oremos a Nuestro Señor  
Jesucristo por nuestro  
hermano Daniel Glick —  
prosiguió el padre  
Callahan**

**— .Él nos dijo: «Yo soy la  
resurrección y la vida: el  
que cree en mí, aunque esté  
muerto, vivirá. Y todo  
aquel**

**que vive y cree en mí, no morirá eternamente.»**

**Señor, Tú que lloraste a la muerte de Lázaro, tu amigo,**

**consuélanos en nuestro dolor. En nuestra fe te lo pedimos.**

**— Señor, escucha nuestra súplica — respondieron los católicos.**

**— Tú que volviste al muerto a la vida, da a nuestro hermano Daniel la vida eterna. En nuestra fe te lo**

**pedimos.**

**— Señor, escucha nuestra súplica — respondieron las voces. En los ojos de Tony Glick empezaba a expresarse algo; una revelación, tal vez.**

**— Nuestro hermano Daniel fue lavado por las aguas del bautismo; dale la compañía de todos tus santos.**

**En nuestra fe te lo pedimos.**

**— Señor, escucha nuestra súplica.**



**Marjorie Glick había empezado a mecerse atrás y adelante, gimiendo.**

**— Consuélanos en nuestro dolor por la muerte de nuestro hermano; que nuestra fe sea nuestro consuelo y la vida eterna nuestra esperanza. En nuestra fe te lo pedimos.**

**— Señor, escucha nuestra súplica. El padre Callahan cerró el misal.**

**—Oremos como nos enseñó Nuestro Señor —dijo en**

**voz baja—. Padre nuestro  
que estás en los cielos...  
—¿No! —vociferó Tony  
Glick, y se precipitó hacia  
adelante—. ¡No vais a  
echarle tierra a mi hijo!  
Las manos que intentaron  
detenerlo llegaron tarde.  
Durante un momento, Tony  
se tambaleó al borde del  
sepulcro; después el césped  
artificial se deslizó y cedió,  
y el hombre cayó en la fosa  
y chocó contra el féretro  
de su hijo, con un golpe  
sordo.**

**—Danny, ¡sal de ahí! —se desgañitó el padre.**

**—Oh, Dios —susurró Mabel Werts.**

**Mientras se apretaba contra los labios un pañuelo de seda negra, sus ojos, brillantes y ávidos, recogieron la escena como una ardilla recoge nueces para el invierno.**

**—¡Maldita sea, Danny, acaba con esta tontería!  
El padre Callahan hizo un gesto a dos de los que**

**habían llevado a pulso el ataúd; los hombres se adelantaron, pero hicieron falta tres más, entre ellos Parkins Gillespie y Nolly Gardener, para poder sacar de la fosa a Tony Glick, que pateaba, aullaba y vociferaba.**

**—¡Danny, termina de una vez, que estás asustando a mamá! ¡Te voy a dar de azotes por lo que haces! ¡Soltadme! ¡Soltadme... quiero ver a mi hijo!**

**¡Soltadme, malditos... oh,  
Dios!**

**—Padre nuestro que estás  
en los cielos —volvió a  
empezar Callahan, y otras  
voces se le unieron,  
elevando las palabras hacia  
el escudo indiferente del  
cielo.**

**—... santificado sea tu  
nombre. Venga a nosotros  
tu reino, hágase tu  
voluntad...**

**—Danny, ven aquí, ¿me  
oyes? ¿Me oyes?**

**—,.. así en la tierra como  
en el cielo. El pan nuestro  
de cada día, dánoslo hoy, y  
perdónanos...**

**—Daaanny...**

**—... nuestras deudas, así  
como nosotros  
perdonarnos a nuestros  
deudores...**

**—No está muerto, no está  
muerto, ¡sobradme, hijos  
de puta!**

**—... y no nos dejes caer en  
la tentación. Mas líbranos  
del mal. Amén.**

**—No está muerto —  
sollozaba Tony Glick—. No  
puede ser.**

**Si no tiene más de doce  
años. —Y empezó a llorar  
copiosamente, echándose  
hacia adelante a pesar de  
los hombres que lo  
sostenían, con la cara  
demudada y sucia de  
lágrimas. Cayó de rodillas  
a los pies de  
Callahan y le aferró los  
pantalones con las manos  
llenas de tierra—. Por**

**favor, devuélvame a mi  
hijo. Por  
favor, no siga burlándose  
de mí.**

**Callahan le apoyó ambas  
manos en la cabeza.**

**—Oremos —repitió,  
mientras sentía vibrar  
contra las piernas los  
sollozos desgarradores de  
Glick.**

**—Señor, consuela en su  
dolor a este hombre y a su  
esposa. Tú lavaste a este  
niño en las aguas del**



**bautismo y le diste nueva vida. Que podamos un día unirnos con él para gozar para siempre de los goces del**

**cielo. Te lo pedimos en el nombre de Jesús, amén.**

**Al levantar la cabeza, vio que Marjorie Glick se había desmayado.**

**4**

**Cuando todos se fueron, Mike Ryerson volvió y se sentó al borde de la tumba a comerse su último**

**bocadillo mientras  
esperaba a que regresara  
Royal Snow.**

**El funeral había sido a las  
cuatro, y ahora eran casi  
las cinco. Las sombras se  
habían alargado y el sol se  
inclinaba tras los altos  
robles. Ese estúpido de  
Royal había prometido  
estar de vuelta a las cinco  
menos cuarto  
a más tardar; ¿dónde  
demonios estaría?**

**El bocadillo era de salami y  
queso, su favorito. Todos**

**los bocadillos que se preparaban eran sus favoritos; ésa era una de las ventajas de estar soltero. Lo terminó y se sacudió las manos; algunas migas de pan cayeron sobre el ataúd. Alguien estaba observándolo. Lo sintió súbitamente, con total certeza. Recorrió el cementerio con ojos muy abiertos.**

**—Royal, ¿estás ahí, Royal?**

**Nadie respondió. El viento .suspiraba entre los árboles, haciéndoles emitir susurros misteriosos. A la sombra oscilante de los olmos que se alzaban del otro lado del muro, podía ver la lápida de Hubert Marsten, y de pronto se acordó del perro de Win, ensartado en los barrotes del portón de hierro.**

**Ojos. Fijos e impasibles.  
Que observaban.**

**Oscuridad, no me alcances  
aquí.**

**Se puso en pie de un  
brinco, como si alguien  
hubiera hablado en voz  
alta.**

**—Maldito seas, Royal —  
masculló.**

**Ya no pensaba que Royal  
pudiera andar por allí, ni  
siquiera que volvería.**

**Tendría que hacer el  
trabajo**

**solo, y le llevaría  
muchísimo tiempo. Hasta  
que anocheciera, tal vez.**

**Se puso a trabajar, sin tratar de comprender el terror que se había adueñado de él, sin preguntarse por qué ese trabajo que jamás le había intranquilizado le parecía ahora tan inquietante.**

**Con gestos rápidos y precisos sacó las franjas de césped artificial del montón de tierra y las dobló cuidadosamente. Se las colgó del brazo y las llevó a su camión, aparcado del**

**otro lado del portón; una vez**

**fuera del cementerio, la horrenda sensación de ser vigilado se desvaneció.**

**Puso el césped en la parte de atrás del camión y buscó una pala. Echó a andar, pero vaciló. Cuando miró hacia la tumba abierta, tuvo la sensación de que se burlaba de él.**

**Se dio cuenta de que la sensación de estar vigilado había desaparecido tan pronto como dejó de ver el**

**féretro que descansaba en el fondo de la fosa. De pronto tuvo la imagen de Danny Glick tendido sobre la almohadita de satén, con los ojos abiertos. No... qué estupidez. Si les cerraban los ojos. Muchas veces se lo había visto hacer a Cari Foreman. «Claro que se los pegamos —le había dicho una vez Cari—. No querrás que el cadáver haga guiños a la gente, ¿no?»»**



**Arrojó una palada de tierra a la fosa, donde cayó con un ruido sordo sobre el cajón de caoba lustrada; Mike dio un respingo. Se enderezó y miró alrededor las ofrendas de flores. Qué desperdicio. Mañana los pétalos estarían todos marchitos. Mike no entendía por qué la gente hacía eso. Si estaban dispuestos a gastar dinero, ¿por qué no enviárselo a la Liga Contra el Cáncer o a la Sociedad**

**de Beneficencia? Así por lo  
menos**

**serviría de algo.**

**Echó otra palada a la fosa  
y volvió a descansar.**

**Ese ataúd, otro**

**desperdicio. Un hermoso**

**féretro de caoba, de mil**

**dólares por lo menos, y ahí**

**estaba él**

**cubriéndolo de tierra. Los**

**Glick no tenían más dinero**

**que cualquier otro del**

**pueblo, y ¿quién saca un**

**seguro**

**de vida para un chico?  
Probablemente se habrían  
endeudado hasta el cuello,  
y todo por un cajón que iba  
a la  
tierra.**

**Se inclinó a recoger otra  
palada y volvió a arrojarla  
de mala gana. Otra vez ese  
golpe horrible, definitivo.  
La tapa del ataúd ya estaba  
semicubierta de tierra,  
pero seguía distinguiendo  
el brillo de la caoba, casi  
como  
un reproche.**

**Deja de mirarme, pensó.  
Recogió una palada más,  
no muy grande, y la echó  
en la fosa.**

**Las sombras eran ya muy  
largas. Se detuvo y levantó  
la vista. Allá estaba la casa  
de los Marsten, con los  
postigos cerrados,  
impasible. El lado este de la  
casa, el que primero daba  
los buenos días al sol,  
miraba  
directamente hacia el  
portón de hierro del  
cementerio, donde Doc...**

**Se obligó a coger otra palada de tierra y arrojarla en el hoyo.**

**Bump.**

**Un poco de tierra se deslizó por los lados, amontonándose en las bisagras de bronce. Ahora, si alguien lo abriera, haría un ruido áspero y chirriante como cuando se abre la puerta de una tumba.**

**Deja de mirarme, mierda.**

**Volvió a inclinarse, pero la sola idea de tener que**

**levantar la pala lo agotó, y descansó durante un minuto. Una vez había leído —en el National Enquirer, tal vez— algo sobre un hacendado de Texas que había especificado en su testamento que quería que lo enterraran en un Cadillac. Y lo hicieron, desde luego. Cavaron la fosa con una excavadora y levantaron el coche con una grúa. Por**

**todo el país hay gente que  
anda  
por ahí en coches viejos  
pegados con saliva y atados  
con alambre de embalar, y  
uno de esos cerdos ricos se  
hace enterrar sentado al  
volante de un coche de diez  
mil dólares con todos los  
accesorios...**

**De pronto se estremeció y  
dio un paso atrás,  
sacudiendo la cabeza.  
Había estado a punto de...  
bueno, de**

**caer en un trance, o algo parecido. La sensación de estar vigilado era ahora más intensa.**

**Miró el cielo y se alarmó al ver cómo había huido la luz. Solamente el piso alto de la casa de los Marsten brillaba ahora a la luz del sol. Su reloj marcaba las seis menos diez. Cristo, ¡había pasado una hora y no había echado más de media docena de paladas de tierra!**



**Mike se dedicó a hacer su trabajo tratando de no pensar. Bump, bump, bump; ahora el ruido de la tierra al caer sobre la madera se había amortiguado; la tapa del ataúd estaba cubierta, y la tierra se desmoronaba y llegaba casi a la cerradura y el pasador. Echó dos paladas más y se detuvo. ¿Cerradura y pasador? Pero ¿por qué, en nombre de Dios, se le ocurría a**

**alguien poner una  
cerradura a un ataúd?**

**¿Acaso  
pensaban que alguien iba a  
tratar de entrar? Eso tenía  
que ser. No podían pensar  
que alguien tratara de  
salir...**

**—Deja de mirarme —dijo  
en voz alta y sintió que el  
corazón se había alojado en  
su garganta.**

**Sintió un súbito impulso de  
huir de ese lugar, de salir  
corriendo por el camino  
hasta llegar al pueblo.**

**Tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse. No era más que sus nervios de punta, nada más. Trabajando en un cementerio, ¿a quién no le pasaba de cuando en cuando? Era como una maldita película de terror, eso de tener que cubrir a ese chico, de doce años nada más, y con los ojos tan abiertos... —Por favor, ¡basta! —gritó Mike.**

**Miró con desesperación  
hacia la casa de los  
Marsten. Ahora, sólo el  
techo recibía la luz del sol.  
Eran las  
seis y cuarto.**

**Después empezó a trabajar  
de nuevo con más rapidez,  
inclinándose, levantando  
las paladas e intentando  
mantener la mente en  
blanco. Pero la sensación  
de estar vigilado parecía  
intensificarse, y cada  
palada de tierra**

**le resultaba más pesada que la anterior. La tapa de la caja ya estaba cubierta, pero se seguía distinguiendo la forma, amortajada por la tierra.**

**Empezó a rondarle por la cabeza la plegaria católica por los muertos, sin motivo alguno. Se la había oído recitar a Callahan mientras estaba comiendo, junto al arroyo. También había oído gritos desesperados del**

**padre.**

**«Oremos por nuestro  
hermano a Nuestro Señor  
Jesucristo, que nos dijo...  
(Oh, padre mío,  
favoréceme.)»**

**Se detuvo a mirar  
inexpresivamente dentro de  
la tumba. Era muy honda.  
Las sombras del anochecer  
inminente se habían  
derramado ya en su  
interior, como algo  
pegajoso y viviente.  
Todavía era profunda.  
Mike**

**no podría llenarla antes de  
que cayera la noche.**

**Imposible.**

**«Yo soy la resurrección y la  
vida: el que cree en mí,  
aunque esté muerto,  
vivirá... (Señor de las  
Moscas,  
favoréceme.)»**

**Sí, los ojos estaban  
abiertos. Por eso se sentía  
observado, vigilado. Carl  
no les había puesto  
suficiente  
goma y los párpados se  
habían levantado como los**

**visillos de una ventana, y el chico de los Glick estaba mirándole. Sí, eso era.**

**Tenía que hacer algo.**

**«...y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente... (Aquí te traigo carne descompuesta y carroña hedionda,))»**

**Sacar la tierra con la pala.**

**Eso era. Sacar la tierra, romper la cerradura con la pala y abrir el ataúd para cerrar esos ojos**

**espantosamente fijos. Mike**



**no tenía la goma que  
usaban para eso, pero en el  
bolsillo llevaba  
dos monedas de veinticinco  
centavos. Eso serviría.  
Plata. Sí, plata era lo que  
necesitaba el niño.  
El sol ya pasaba sobre el  
techo de la casa de los  
Marsten, y apenas si  
rozaba los abetos más altos  
y más  
viejos, al oeste del pueblo.  
Hasta con los postigos  
cerrados, parecía que la  
casa estuviera mirándole.**

**«Tú que volviste al muerto a la vida, da a nuestro hermano Daniel la vida eterna. (Por conseguir tu favor ofrecí el sacrificio. Con la mano izquierda te lo traigo.)»**

**De pronto, Mike Ryerson saltó dentro de la tumba y empezó a excavar furiosamente, arrojando la tierra fuera en sombrías explosiones. Finalmente la pala chocó con la madera,**

**y Mike empezó a apartar los últimos restos de tierra y pronto se encontró de rodillas sobre el ataúd, golpeando y volviendo a golpear el reborde de bronce de la cerradura. Por el arroyo, las ranas habían empezado a croar, un chotacabras cantaba en las sombras y más cerca se elevaba la aguda llamada de un grupo de chovas. Las siete menos diez.**

**¿Qué estoy haciendo?, se preguntó. En el nombre de Dios, ¿qué estoy haciendo? Arrodillado sobre la tapa del féretro, trató de pensar... pero algo en el fondo de su mente le instaba a darse prisa, a darse prisa porque el sol se iba... Oscuridad, no me alcances aquí.**

**Alzó la pala y una vez más la dejó caer sobre la cerradura. Se oyó un chasquido; ya estaba rota.**

**Levantó la vista, en un último destello de cordura, con la cara sucia y surcada de sudor y tierra, los ojos convertidos en desorbitados globos blancos.**

**Venus resplandecía en el escote del cielo.**

**Jadeante, salió de la tumba, se tendió cuan largo era y buscó las manijas de la tapa del ataúd. Las encontró y tiró. La tapa giró sobre sus goznes, con un chirrido como Mike lo**

**había previsto, y al  
levantarse  
dejó ver primero el satén  
blanco, luego un brazo  
cubierto con una manga  
oscura (a Danny Glick le  
habían  
enterrado con su traje de  
primera comunión) y  
después... la cara.  
A Mike se le congeló el  
aliento.  
Los ojos estaban abiertos.  
Tal como él los había visto  
en su mente. Bien abiertos,  
y nada vidriosos. A la**

**última luz moribunda del día parecían resplandecer con una vida horrorosa. Y esa cara no tenía la palidez de la muerte; las mejillas parecían rebosar vitalidad. Trató de apartar los ojos del destello escalofriante de aquella mirada de hielo, y no pudo.**

**—Jesús... —murmuró.**

**El arco decreciente del sol se sumergió en el horizonte.**

**Mark Petrie estaba  
trabajando en la  
construcción de un  
monstruo —un  
Frankenstein— en su  
habitación,  
mientras escuchaba la  
conversación de sus padres  
abajo, en la sala. Su cuarto  
estaba en el piso alto de la  
casa  
que habían comprado en el  
sur de Jointner Avenue, y  
aunque ahora la casa se  
calentaba con una moderna**



**caldera de petróleo, las  
viejas bocas de calefacción  
del primer piso se  
conservaban. Antes,  
cuando la  
calefacción de la casa  
consistía en una vieja  
cocina, las tuberías que  
llevaban el aire caliente  
habían servido  
para impedir que el primer  
piso se enfriara demasiado,  
pese a lo cual la mujer que  
desde 1873 a 1896 había  
vivido allí se llevaba  
siempre a la cama un**

**ladrillo caliente envuelto en franela. Ahora, las tuberías servían para otros fines. Eran excelentes conductores del sonido.**

**Aunque sus padres estuvieran en la sala, lo mismo podrían haber estado hablando de él al otro lado de la puerta.**

**Una vez en que su padre le había sorprendido escuchando a la puerta en**

**su anterior casa, cuando  
Mark  
sólo tenía seis años, le  
espetó un viejo proverbio:  
Ir por lana y volver  
trasquilado. Eso quería  
decir, le había  
explicado el padre, que uno  
puede oír que dicen de él  
algo que tal vez no sea  
precisamente de su agrado.  
Claro que había otro  
proverbio, también:  
Hombre prevenido vale por  
dos.**

**A sus doce años, Mark Petrie era más menudo que lo habitual para su edad, y de aspecto un tanto delicado. Sin embargo, se movía con una gracia y una ligereza poco comunes en los muchachos de esa edad, que suelen parecer todo codos, rodillas y cardenales. De cutis blanco, casi lechoso, sus rasgos, que cuando fuera mayor serían considerados aquilinos, parecían ahora levemente**

**femeninos, cosa que ya le  
había traído  
algunos inconvenientes  
antes del incidente con  
Richie Boddin en el colegio,  
de manera que había  
decidido  
encararlo a su manera.  
Empezó por un análisis del  
problema. Decidió que la  
mayoría de los matones  
eran  
grandes, feos y torpes.  
Asustaban a la gente  
porque podían hacerle**

**daño. Y para eso, en la  
pelea eran sucios.**

**De manera que si uno no  
tenía miedo de que le  
hicieran daño, y si estaba  
dispuesto a pelear sucio,  
podía  
ganarle a un matón.**

**Richard Boddin había sido  
la primera confirmación  
cabal de su teoría. En la  
pelea del  
colegio, él y el matón  
habían empatado (lo que  
en cierto modo había sido**

**una victoria; el matón,  
magullado  
pero no sometido, había  
proclamado a toda la  
comunidad escolar que él y  
Mark Petrie eran aliados.  
Mark, que  
pensaba que aquel  
bravucón era un idiota, no  
le contradijo. Él sabía ser  
discreto. Hablar con los  
bravucones  
no servía de nada. Al  
parecer, el único idioma  
que entendían los Richie**

**Boddin de este mundo eran los golpes, y Mark suponía que por eso el mundo había ido siempre tan mal. Ese día le habían mandado a su casa, y su padre se había enojado, hasta que Mark, resignado a recibir los rituales azotes con un periódico doblado, le dijo que, en el fondo, Hitler no había sido más que un Richie Boddin. Eso había hecho que su padre riera**



**hasta desternillarse, y hasta su madre esbozó una risita. Y había evitado los azotes.**

**—¿Tú crees que le ha afectado, Henry? — preguntaba en ese momento June Petrie.**

**—Es... difícil decirlo. —Por la pausa, Mark supo que su padre estaba encendiendo la pipa—. Hay que ver la cara inexpresiva que tiene.**

**—Sin embargo, las aguas quietas son profundas.**

**Su madre siempre andaba diciendo cosas como las aguas quietas son profundas, o es el largo camino del que no se vuelve. Mark les quería mucho a los dos, pero a veces le parecían tan pesados como algunos libros de la biblioteca... e igualmente polvorientos. —Piensa que venía a ver a Mark —continuó ella—. A jugar con su tren**

**eléctrico... y ahora, ¡uno  
muerto  
y el otro desaparecido! No  
te engañes, Henry. El chico  
debe sentirse afectado.**

**—Tiene los pies muy bien  
puestos en la tierra —  
insistió el señor Petrie—. Y  
estoy seguro de que, sienta  
lo que sienta, mantiene el  
dominio de sí.**

**Mark encoló el brazo  
izquierdo del Frankenstein  
en el hueco del hombro.  
Era un modelo Aurora, con  
un**

**tratamiento especial que le daba un resplandor verde en la oscuridad, como el Jesús de plástico que había ganado por aprenderse de memoria todo el Salmo 119 en la escuela dominical.**

**—A veces pienso que deberíamos haber tenido otro —decía en ese momento su padre—.**

**Entre otras cosas, habría sido bueno para Mark.**

**—No será porque no lo hayamos intentado, cariño**

**—repuso su madre con  
tono picaresco.**

**Un gruñido de su padre.  
Se produjo una larga pausa  
en la conversación. Mark  
sabía que su padre estaría  
hojeando el Wall Street  
Journal, y su madre una  
novela de Jane Austen, o  
tal vez de Henry James.  
Las leía una y otra vez, y  
maldito si  
Mark le veía algún sentido  
a leer más de una vez un  
libro.**

**—¿No te parece peligroso dejarlo jugar en el bosque detrás de la casa? — preguntaba ahora su madre—.**

**Dicen que por algún lado hay arenas movedizas.**

**—A varios kilómetros de aquí.**

**Mark se relajó un poco y pegó el otro brazo del monstruo. Tenía una gran mesa cubierta de monstruos terroríficos Aurora, formando una escena que**

**su propietario alteraba  
cada vez que agregaba un  
elemento  
nuevo al conjunto. Era una  
colección muy buena. En  
realidad, era eso lo que  
iban a ver Danny y Ralphie  
la**

**noche que... lo que fuera.**

**—No creo que haya  
inconveniente —declaró su  
padre—. Mientras sea de  
día, claro.**

**—Bueno, pues espero que  
ese funeral espantoso no le  
provoque pesadillas.**

**Mark casi podía ver el encogimiento de hombros de su padre.**

**—Tony Glick... pobre hombre. Pero el dolor y la muerte son parte de la vida. Ya debería estar acostumbrado a la idea.**

**—Tal vez.**

**Otra pausa.**

**Mark se preguntó qué seguiría ahora. El niño es el padre del hombre, tal vez.**

**O es el arbolito joven al que hay que enderezar.**

**Mark encoló el monstruo**



**sobre su base, un túmulo  
con una lápida torcida en el  
fondo.**

**—En medio de la vida,  
estamos en la muerte. Lo  
que es yo, podría tener  
pesadillas.**

**—¿Sí?**

**—Ese señor Foreman debe  
ser un verdadero artista,  
por espantoso que suene. Si  
realmente parecía  
dormido, como si en  
cualquier momento fuera a  
abrir los ojos y bostezar y...**

**No sé por qué la gente  
insiste en  
torturarse con esos  
servicios con el ataúd  
abierto. Es tan pagano...**

**—En fin, ya pasó.**

**—Sí, claro. Es un buen  
chico, ¿no te parece,  
Henry?**

**—¿Mark? Mejor no lo hay.  
Mark sonrió.**

**—¿Habrá algo interesante  
en la televisión?**

**—Veámoslo.**

**Mark prescindió de lo  
demás; lo importante había**

**terminado. Puso el modelo sobre el alféizar de la ventana, para que se secara y endureciera. Dentro de quince minutos, su madre le llamaría para decirle que tenía que acostarse. Sacó su pijama del cajón superior de la cómoda y empezó a desvestirse.**

**En realidad, su madre se preocupaba sin necesidad por su equilibrio psíquico, en modo alguno frágil.**

**Tampoco había motivos especiales para que lo**

**fuera; en casi todos los aspectos, y pese a su constitución menuda y graciosa, Mark era un muchacho típico. Su familia era de clase media alta y aún seguía ascendiendo; el matrimonio de sus padres era sólido. Los dos se amaban con firmeza, aunque en forma un tanto insípida. En la vida de Mark jamás había habido ningún trauma**

**importante. Las pocas peleas que había tenido en la escuela no le habían dejado cicatrices. Se llevaba bien con sus compañeros, y en general tenía las mismas aficiones que ellos. Si algo hacía de él un ser aparte, era su reserva, un calma autodominio que nadie le había inculcado; aparentemente, Mark había nacido así. Cuando su perrito Chopper fue**

**atropellado por un coche,  
Mark insistió  
en ir con su madre al  
veterinario. Cuando éste le  
dijo: «Tendremos que  
dormir a tu perro, hijo  
mío.**

**¿Comprendes por qué?»  
Mark contestó: «No le van  
a hacer dormir. Lo van a  
matar con gas, ¿no es eso?»**

**El  
veterinario asintió. Mark le  
dijo que estaba bien, que lo  
hiciera, pero primero besó  
a Chopper. Le había**

**dolido, pero no había  
llorado, ni las lagrimas  
habían afluorado. Su madre  
sí había llorado, pero tres  
días**

**después, Chopper era para  
ella parte de un nebuloso  
pasado, cosa que nunca  
sería para Mark. Ése era el  
valor**

**de no llorar. Llorar era  
como desparramarlo todo  
por el suelo.**

**A Mark le había  
conmovido la desaparición  
de Ralphie Glick, y**

**también la muerte de  
Danny, pero no se  
había sentido asustado.  
Había oído decir a un  
hombre en la tienda que tal  
vez Ralphie hubiera sido  
atacado por un maníaco  
sexual. Mark sabía lo que  
era eso. Eran tipos que le  
hacían a uno algo terrible,  
y después lo estrangulaban  
(en  
las historietas, el tipo a  
quien estrangulaban  
siempre decía Aarrjj) y lo**



**enterraban en un pozo de  
escombros o  
debajo de las tablas de  
algún cobertizo  
abandonado. Si alguna vez  
un maníaco sexual le  
ofrecía caramelos,  
Mark le daría una patada  
en los huevos y escaparía  
por piernas.**

**—¿Mark? —se oyó la voz  
de su madre, por la  
escalera.**

**—Soy yo —respondió, y  
volvió a sonreír.**

**—Cuando te laves, no te olvides de las orejas.**

**—Descuida.**

**Bajó a la sala para darles el beso de buenas noches, con sus movimientos leves y graciosos, no sin echar un último vistazo a la mesa donde se despleaban sus monstruos: Drácula, con la boca abierta, mostrando los colmillos, amenazaba a una muchacha tendida en el suelo, mientras el Médico**

**Loco torturaba a una  
mujer en  
el potro y Mr. Hyde se  
acercaba furtivamente a un  
anciano que regresaba a su  
casa.**

**¿Que si entendía la  
muerte? Desde luego. Era  
cuando los monstruos se  
adueñaban de uno.**

**6**

**Roy McDougall arrimó el  
coche a su remolque a las  
ocho y media y detuvo el  
motor del viejo Ford. El**

**tubo de escape estaba casi desprendido, las luces intermitentes no funcionaban y el seguro le vencía el mes próximo. Vaya coche. Vaya vida. Dentro de la casa, el crío lloraba y Sandy le gritaba. Estupendo, el matrimonio. Bajó del coche y tropezó con una de las losas que desde el último verano estaba pensando en usar para**

**hacer un camino desde los  
escalones del remolque a la  
entrada.**

**—A la mierda —masculló,  
echando una mirada  
furibunda a las losas  
mientras se frotaba la  
espinilla.**

**Estaba muy borracho.  
Desde que saliera del  
trabajo, a las tres,  
había estado bebiendo en el  
bar de Dell, con Hank  
Peters y Buddy Mayberry.  
A Hank le habían**

**despedido hacía pocos días,  
y parecía decidido a  
beberse toda la  
indemnización. Roy sabía  
lo que Sandy  
pensaba de sus amigos.  
Bueno, pues que se fuera a  
la mierda. Reprocharle a  
un hombre que se tomara  
unas  
cervezas el sábado y el  
domingo después de  
haberse deslomado toda la  
semana en la maldita  
tejeduría... y las**

**horas extra del fin de  
semana, además. ¿Quién  
era ella para hacerse la  
santa? Si se pasaba todo el  
día sentada  
en la casa sin nada que  
hacer, a no ser charlar con  
el cartero y vigilar que el  
crío no se metiera gateando  
dentro del horno. Y de  
todas maneras, ni siquiera  
le había vigilado muy bien  
últimamente. El maldito  
mocososo  
se había caído de la mesa  
mientras 'lo mudaba.**

**«¿Y tú dónde estabas?»**

**«Yo le estaba sosteniendo,  
Roy. Pero es que se mueve  
tanto.»**

**Se mueve. Sí.**

**Todavía echando chispas,  
se acercó a la puerta. Le  
dolía la pierna que se había  
golpeado. Y no era de  
ella de quien podía esperar  
compasión. Vaya, ¿qué  
hacía ella mientras él  
sudaba la gota gorda con  
ese maldito  
capataz? Leer revistas del  
corazón y comer bombones**



**de fruta, o ver la televisión  
y comer bombones, o  
charlar por teléfono con  
sus amigas y comer  
bombones. Le estaban  
saliendo granos en el  
cuerpo y la cara.**

**De un empujón, abrió la  
puerta y entró.**

**La escena le golpeó como  
un mazazo, atravesando la  
bruma de la cerveza: el  
bebé, desnudo y  
vociferante, sangraba por  
la nariz; Sandy lo tenía en  
brazos, y su blusa sin**

**mangas estaba manchada de sangre, mientras miraba a Roy por encima del hombro de la criatura, contraído el rostro por la sorpresa y el miedo; el pañal estaba en el suelo.**

**Randy, con los ojos rodeados de círculos oscuros, levantó las manos en un gesto de súplica.**

**—¿Qué cono pasa aquí? — preguntó lentamente Roy.**

**—Nada, Roy. Es que...**

**—Le has pegado —la acusó  
él con una voz sin inflexión  
—. Como no se estaba  
quieto mientras lo  
cambiabas, le has pegado.  
—No —respondió ella—.  
Se volvió de repente y se  
golpeó la nariz, nada más.  
—Tendría que matarte a  
golpes —siseó Roy.  
—Roy, es sólo que se  
golpeó la nariz...  
Él se relajó de pronto.  
—¿Qué hay para comer?**

**—Hamburguesas, pero se me han quemado —  
respondió Sandy.  
Se sacó el faldón de la blusa de los téjanos para secarle la nariz a Randy.  
Roy vio el michelín que se le estaba formando. No había adelgazado después de tener el bebé. No le importaba.  
—Hazlo callar.  
—Pero no...  
—¡Hazlo callar! —vociferó Roy, y Randy, que para**

**entonces ya comenzaba a callarse, volvió a estallar en llanto.**

**—Le daré un biberón — dijo Sandy, y se levantó.**

**—Y prepárame la cena. —**

**Roy empezó a quitarse la chaqueta—. Dios, qué asco de casa. ¿Qué cono haces durante todo el día, te masturbas?**

**—¡Roy! —protestó Sandy, escandalizada.**

**Después dejó escapar una risita. Su frenético estallido**

**de furia con el bebé que no se estaba quieto mientras ella le cambiaba los pañales empezaba a parecerle lejano, como algo sucedido en alguna de las series de la tarde, en Centro Médico.**

**—Prepárame la comida y después limpia un poco esta pocilga.**

**—Está bien. Sí, enseguida.**

**—Sandy sacó un biberón de la nevera, puso a Randy en el parque y se lo dio.**

**El niño empezó a chupar apáticamente, mientras sus ojos iban en pequeños círculos prisioneros del padre a la madre.**

**—Roy.**

**—¿Eh? ¿Qué hay?**

**—Se acabó.**

**—¿El qué?**

**—Ya sabes. ¿Quieres?**

**¿Esta noche?**

**—Sí, claro —respondió él**

**—. Desde luego.**

**Qué vida. Vaya vida de mierda, volvió a pensar.**

**7**

**Nolly Gardener estaba escuchando rock por la WLOB y haciendo chascar los dedos, cuando sonó el teléfono. Parkins dejó la revista de crucigramas.**

**—Baja un poco eso, ¿quieres? —pidió.**

**—Sí, Park. —Nolly bajó el volumen de la radio y siguió chascando los dedos.**

**—¿Diga? —atendió Parkins.**

**—¿Agente Gillespie?**

**—Sí.**



**—Habla Tom Hanrahan,  
señor. Tengo la información  
que usted necesitaba.**

**—Vaya, me alegro.**

**—Sin embargo, no es  
mucho lo que tenemos para  
usted.**

**—Lo que sea estará bien —  
respondió Parkins—. ¿Qué  
han averiguado?**

**—Ben Mears fue  
interrogado a raíz de un  
fatal accidente de tráfico  
ocurrido en el estado de  
Nueva York,**

**en mayo de 1973. No se formularon cargos. Fue un choque en motocicleta, y su esposa Miranda se mató.**

**Los**

**testigos declararon que él conducía despacio y las pruebas de alcoholemia dieron negativo. Parece que resbaló**

**en un sitio húmedo. En política, es de izquierdas.**

**Participó en una marcha por la paz en Princeton, en 1966.**

**Habló en una  
manifestación antibelicista  
en Brooklyn, en 1967. En  
marchas sobre Washington  
en 1968 y  
1970. Arrestado durante  
una marcha de la paz en  
San Francisco, en  
noviembre de 1971. Es todo  
lo que  
tenemos sobre él.**

**—¿Qué más?**

**—Kurt Barlow. Es inglés  
naturalizado, no de  
nacimiento. Nació en**

**Alemania y marchó a  
Inglaterra en  
1938, al parecer huyendo  
de la Gestapo. Sus datos no  
los tenemos, pero es  
probable que ande por los  
setenta.**

**Su apellido real es  
Breichen. Desde 1945 está  
en Londres, en el negocio  
de importación  
exportación, pero es  
un tipo escurridizo.  
Straker es su socio desde  
entonces, y parece que es el**

**que se encarga de tratar  
con el  
público.**

**—¿Ah, sí?**

**—Straker es inglés de  
nacimiento. Cincuenta y  
ocho años. El padre era  
ebanista en Manchester.**

**Parece**

**que le dejó bastante dinero,  
y que a Straker le ha ido  
bien. Hace dieciocho meses,  
los dos solicitaron visados  
para pasar una larga  
temporada en Estados  
Unidos. Es lo único que**

**sabemos, aparte de que es posible que haya entre ellos una relación homosexual.**

**—Aja —asintió Parkins, y suspiro—. Más o menos lo que me imaginaba.**

**—Si necesita algo más, podemos preguntar a la CID y a Scotland Yard.**

**—No, es suficiente.**

**—Otra cosa, no existe relación entre Mears y los otros dos, salvo que la mantengan en secreto.**

**—Perfecto. Gracias.**

**—Cuando necesite algo,  
llame.**

**—Así lo haré, gracias.**

**—Volvió a poner el  
receptor en la horquilla y  
se quedó mirándolo  
pensativamente.**

**—¿Quién era, Park? —  
preguntó Nolly, mientras  
volvía a subir la radio.**

**—Del Café Excellent. No  
tienen sandwiches de  
jamón con pan de centeno.  
Únicamente de queso y  
ensalada.**

**—Si quieres, tengo frambuesas en mi escritorio.**

**—No, gracias —declinó Parkins, y volvió a suspirar.**

**8**

**El vertedero aún seguía humeando.**

**Dud Rogers caminaba por el borde, olfateando la fragancia de la basura quemada. Bajo sus pies, pequeñas botellas se hacían pedazos, y a cada paso se**



**elevaban negras bocanadas de polvo ceniciento. En el lugar destinado a quemar la basura, un amplio lecho de carbones intensificaba o disminuía su resplandor según los caprichos del viento, recordando a un enorme ojo carmesí que se abriera y se cerrara, el ojo de un gigante. De vez en cuando se oía alguna pequeña explosión ahogada, el estallido de algún aerosol o de una**

**bombilla. Esa mañana, al encender el fuego, habían salido muchísimas ratas del vertedero, más de las que Dud había visto nunca. Había matado a tiros unas tres docenas, y la pistola estaba caliente cuando volvió a enfundarla. Y eran enormes: algunas medían sesenta centímetros, desde la cabeza a la punta de la cola. Era extraño cómo aumentaba o disminuía su número según**

**los años. Tal vez tuviera algo que ver con el tiempo. Si seguían aumentando, tendría que empezar a ponerles cebos envenenados, cosa que no había hecho desde 1964.**

**Ahí iba una ahora. Dud sacó la pistola, le quitó el seguro, apuntó y disparó. El proyectil levantó la tierra frente a la rata, hasta salpicarla. Pero en vez de escapar, el animal se sentó**

**sobre las patas traseras y le  
miró,  
mientras las cuencas  
rojizas de sus ojillos  
brillaban al resplandor del  
fuego. ¡Vaya si eran  
atrevidas esas ratas!  
—Adiós, señora rata —  
murmuró Dud y volvió a  
disparar.  
La rata se desplomó,  
estremeciéndose.  
Dud fue hasta ella y la  
volvió con su bota de  
trabajo. La rata mordió**

**débilmente el cuero,  
mientras sus  
costados se movían apenas.  
—Hija de puta —masculló  
Dud, y le aplastó la cabeza.  
Se puso en cuclillas para  
mirarla y se encontró  
pensando en Ruthie  
Crockett, que no usaba  
sostén.**

**Cuando se ponía uno de  
esos suéteres que se  
adherían al cuerpo, se le  
traslucían con tanta  
claridad los**

**pezoncillos, endurecidos  
por el roce contra la lana, y  
si un hombre pudiera  
adueñarse de ellos y  
frotárselos un  
poco, un poco nada más,  
una perra como ésa estaría  
inmediatamente dispuesta  
a irse a la cama con ese  
hombre...**

**Levantó la rata por la cola  
y la hizo oscilar como un  
péndulo.**

**—¿Qué te parecería  
encontrarte a doña rata en  
tu caja de lápices, Ruthie?**

**Aquello le hizo gracia, y Dud dejó escapar una risita aguda. Luego arrojó la rata hacia el centro del vertedero. Al hacerlo, se dio la vuelta y divisó una figura, una silueta alta y delgada, unos cincuenta pasos hacia la derecha.**

**Dud se restregó las manos contra sus pantalones verdes, y echó a andar hacia allí.**

**—El vertedero está cerrado, señor.**

**El hombre se volvió hacia él. El rostro que apareció al rojo resplandor del fuego moribundo era taciturno y de pómulos salientes. El pelo blanco estaba veteado de mechones grises. El tipo se lo había apartado de la frente alta y cerúlea con un gesto de concertista maricón. Los ojos reflejaban el resplandor carmesí de los tizones, que los hacía parecer inyectados en sangre.**



**—¿ Ah, sí? —preguntó el hombre, con un débil acento francés o centroeuropeo—. He venido para mirar el fuego. Es muy hermoso. —Sí —coincidió Dud—. ¿Vive usted aquí? —Hace poco que resido en su hermoso pueblo, sí. ¿Mata muchas ratas? —Algunas, sí. Últimamente hay millones de estas hijas de puta. ¿No es usted el tipo que compró la casa de los Marsten?**

**—Depredadores —  
reflexionó el hombre  
mientras entrelazaba las  
manos a la espalda. Dud  
observó con  
sorpresa que llevaba un  
traje, con chaleco y todo—.  
Adoro a los depredadores  
de la noche. Las ratas... los  
lobos. ¿No hay lobos en  
esta zona?**

**—No —le informó Dud—.  
Hace un par de años, un  
tipo de Durham atrapó un  
coyote, Y hay una**

**manada de perros salvajes  
que atacan a los ciervos...**

**—Perros —repitió el  
extranjero, con un gesto de  
desprecio—. Miserables  
animales que tiemblan y  
aúllan al sonido de un paso  
extraño. No sirven más que  
para aullar y arrastrarse.  
Hay que matarlos, es lo que  
siempre digo. ¡A todos!**

**—Bueno, yo no pienso de  
esa manera —objetó Dud,  
dando un paso hacia atrás  
—. Siempre es agradable**

tener alguien que salga a recibirlo a uno, sabe... demonios, los domingos el vertedero se cierra a las seis y ya son las nueve y media y... —Muy bien. Pero el extranjero no hizo ademán alguno de moverse. Dud pensó que había sacado ventaja al resto del pueblo. Todo el mundo conjeturaba cómo sería ese tipo, Straker, y él era el

**primero en enterarse,  
aparte Larry  
Crockett, tal vez, que se las  
traía. La próxima vez que  
bajara al pueblo a  
comprarle cartuchos al  
remilgado de  
George Middler, le dejaría  
caer como quien no quiere  
la cosa:**

**«Hace unos días vi por la  
noche a ese tipo nuevo.»**

**«¿Cómo, quién?» «Ya  
sabes, el que compró la  
casa**

**de los Marsten. Bastante simpático. Tenía un acento centroeuropeo.»**

**—¿No hay fantasmas en esa casa? —preguntó, cuando el otro no dio muestras de largarse.**

**—¡Fantasmas! —sonrió el viejo, y había algo inquietante en su sonrisa. Un tiburón podría sonreír así—.**

**No; fantasmas no. —Al repetirla, enfatizó débilmente la palabra,**

**como si en la casa pudiera haber algo mucho peor.**

**—Bueno... se está haciendo tarde y... en realidad, es hora de que se vaya, ¿señor...?**

**—Es agradable hablar con usted —objetó el visitante y por primera vez volvió la cara hacia Dud y lo miró a los ojos. Ojos muy apartados, enrojecidos todavía por el sombrío resplandor del fuego. Aunque fuera**

**mala educación, no había  
manera de apartar la vista  
de ellos—. ¿No tiene  
inconveniente en que  
conversemos  
un poco más, no?**

**—No, claro que no —  
respondió Dud, y su voz le  
sonó muy lejana.**

**Aquellos ojos parecían  
expandirse, crecer, como  
oscuros pozos cercados de  
fuego, pozos donde uno  
podía caerse y ahogarse.**

**—Gracias. Dígame... esa  
joroba que tiene en la**



**espalda, ¿no le resulta molesta para su trabajo? —No —contestó Dud, que seguía sintiéndose muy lejano. Que me cuelguen si no me está hipnotizando, pensó. Como aquel tipo de la feria de Topsham... ¿cómo se llamaba? El señor Mefisto. Le dormía a uno y le hacía hacer toda clase de cosas graciosas, portarse como un pollo, o dar vueltas corriendo como un perro, o**

**contar lo que pasó en la  
fiesta que celebraron  
cuando cumplió los seis  
años. Por Dios si reímos  
cuando  
hipnotizó al viejo Reggie  
Sawyer...**

**—¿Tampoco le produce  
otro inconveniente?**

**—No... bueno... —**

**Fascinado, seguía mirando  
aquellos ojos.**

**—Vamos, dígalo —le instó  
suavemente—. ¿No somos  
amigos, acaso?  
Cuéntemelo.**

—Bueno... las chicas... las chicas, ya sabe.

—Naturalmente. —La voz era comprensiva—. Las chicas se ríen de usted, ¿no es eso? No tienen idea de su virilidad. Ni de su fuerza.

—Exactamente —susurró Dud—. Se ríen. Ella se ríe.

—¿Quién es ella?

—Ruthie Crockett. Es... es... —La idea se le fue, pero no importaba. Nada importaba, salvo esa paz. Esa

**paz completa que sentía.**

**—¿Es ella quien hace los chistes? ¿Y oculta las risitas con la mano? ¿Y da con el codo a sus amigas cuando usted pasa?**

**—Sí...**

**—Pero usted la desea — insistió la voz—. ¿No es eso?**

**—Oh, sí...**

**—Pues la conseguirá. Estoy seguro.**

**Había algo placentero en todo aquello. A lo lejos, le**

**parecía oír voces dulces  
que entonaban palabras  
obscenas. Campanas de  
plata... rostros blancos... la  
voz de Ruthie Crockett.  
Casi podía verla,  
sosteniéndose  
los pechos con las manos,  
dos maduras semiesferas  
blancas mientras la voz  
susurraba: Bésamelos,  
Dud...  
muérdemelos...  
chúpamelos...**

**Era como ahogarse.**

**Ahogarse en los ojos del  
viejo.**

**Mientras el hombre se le  
acercaba, Dud lo  
comprendió todo y lo  
aceptó, y cuando sintió el  
dolor, era  
dulce como la plata y verde  
como el mar.**

**9**

**La mano le temblaba, y en  
vez de aferrar la botella, los  
dedos la hicieron saltar del  
escritorio y caer con**

**un golpe sordo sobre la alfombra, donde se quedó gorgoteando whisky.**

**—¡Mierda! —masculló el padre Callahan mientras se inclinaba a levantarla antes de que se perdiera todo.**

**En realidad no había mucho que perder. Volvió a ponerla sobre el escritorio (lejos del borde) y fue a la cocina en busca de un trapo y una botella de líquido limpiador.**

**Cualquier cosa con tal que la señora Curless no encontrara una mancha de whisky junto a la pata de su escritorio. Ya era bastante difícil aceptar sus bondadosas miradas de compasión en las largas mañanas en que se sentía un poco deprimido... Con resaca, querrás decir. Sí, con resaca, está bien. Es hora de enfrentar la verdad, indudablemente.**



**Saber la verdad te hará libre.**

**Espadachín de la verdad.**

**Encontró una botella de algo que se llamaba E-Vap, un nombre bastante parecido al ruido de un vómito**

**(«¡E-Vap!», graznaba el viejo borrachín mientras lanzaba el almuerzo) y se la llevó al estudio, sin hacer esos.**

**«Fíjate, Ossifer, voy a andar derecho por la línea blanca hasta el semáforo.»**

**A sus cincuenta y tres años,  
Callahan era imponente. El  
pelo de plata, los ojos de un  
azul límpido (ahora  
un poco estriados de rojo)  
rodeados por las patas de  
gallo de su risa irlandesa,  
la boca firme, y más firme  
aún  
el mentón ligeramente  
hendido. Algunas mañanas,  
al mirarse en el espejo,  
pensaba que cuando  
cumpliera los  
sesenta abandonaría el  
sacerdocio para irse a**

**Hollywood, donde conseguiría trabajo haciendo de Spencer Tracy.**

**—Padre Flanagan, ¿dónde está usted cuando lo necesitamos? —masculló mientras se agachaba junto a la mancha. Con los ojos entrecerrados, leyó las instrucciones en la etiqueta del frasco y echó sobre la mancha un chorro de E-Vap. La mancha se puso blanca y**

**empezó a burbujear. Un poco alarmado, Callahan volvió a consultar la etiqueta. —Para manchas muy rebeldes —leyó en voz alta, con la riqueza de inflexiones que tanto prestigio le había ganado en la parroquia después de los largos sermones punteados por chasquidos de la dentadura postiza del pobre y anciano padre Hume—, déjese**

**actuar de siete a diez minutos.**

**Se dirigió a la ventana del estudio, que daba Elm Street y, del lado más alejado, a St, Andrew.**

**Bueno, bueno, pensó. Heme aquí, el domingo a la noche, otra vez borracho.**

**Bendígame, padre, porque he pecado.**

**Si uno iba despacio y seguía trabajando (durante sus largas veladas solitarias, el padre Callahan**

**trabajaba en sus notas.  
Hacía casi siete años que  
había empezado a  
escribirlas, supuestamente  
para un libro  
sobre la Iglesia católica en  
Nueva Inglaterra, aunque  
de vez en cuando  
sospechaba que el libro  
jamás  
terminaría de escribirse.  
En realidad, las notas y su  
problema de alcoholismo  
habían empezado al mismo  
tiempo. Génesis, 1,1: «En el  
principio era el whisky,, y**

**el padre Callahan dijo:  
"Háganse las Notas"**

**Apenas si  
se daba cuenta del lento  
avance de la ebriedad.**

**Ha pasado por lo menos un  
día desde mi última  
confesión.**

**Eran las once y media, y al  
mirar por la ventana vio  
una oscuridad uniforme,  
rota solamente por el  
círculo que formaba la  
farola de la calle instalada  
frente a la iglesia. En**

**cualquier momento, en esa  
mancha  
podía aparecer Fred  
Astaire, bailando con su  
sombbrero de copa, frac,  
polainas y zapatos blancos,  
haciendo  
girar su bastón. Ginger  
Rogers lo estaría esperando  
y ambos evolucionarían al  
compás de Siento otra vez  
la  
tristeza cósmica de E-Vap.  
Apoyó la frente contra el  
cristal, dejando que el  
hermoso rostro que en**



**alguna medida había sido  
su  
maldición se relajara en las  
líneas de un distraído  
cansancio.**

**Padre, soy un borracho y  
un mal sacerdote.**

**Con los ojos cerrados podía  
ver la penumbra del  
confesionario, podía sentir  
cómo sus dedos corrían la  
ventanilla y levantaban el  
telón sobre todos los  
secretos del corazón  
humano, podía oler el  
barniz y el añejo**

**terciopelo de los bancos, y  
el sudor de los viejos; podía  
saborear el rastro de alcali  
en su saliva.**

**Bendígame, padre,  
(Rompí el coche de mi  
hermano, azoté a mi mujer,  
espié por la ventana a la  
señora Sawyer mientras se  
desvestía, mentí, estafé,  
tuve pensamientos  
lujuriosos, siempre yo, yo,  
yo.)**

**porque he pecado.**

**Abrió los ojos, pero Fred  
Astaire todavía no había**

**aparecido. Al dar la  
medianoche, tal vez. Su  
pueblo  
dormía. Salvo...**

**Levantó los ojos. Sí, allá  
arriba las luces estaban  
encendidas.**

**Pensó en la chica de Bowie  
—no, McDougall, ahora se  
llamaba señora McDougall  
—, que con una  
vocecita quebrada le había  
dicho que había pegado al  
bebé, y cuando le preguntó  
cuántas veces, pudo  
percibir**

**cómo giraban las ruedas en su mente, calculando sesenta veces, o ciento veinte. Triste excusa para un ser humano. El padre Callahan había bautizado al bebé. Randall Fratus McDougall. Concebido en el asiento trasero del coche de Royce McDougall, probablemente durante la segunda película de un programa doble en el cine al aire libre. Una criatura minúscula y**

**chillona. Se preguntó si  
Sandy sabía o sospechaba  
que él sentía  
deseos de sacar ambas  
manos por la ventanuca y  
aferrar el alma que  
aleteaba y se retorció del  
otro lado, y  
estrujarla hasta que  
gritara. Tu penitencia son  
seis golpes en la cabeza y  
una buena patada en el  
culo. Vete y  
no peques más.  
—Sórdido —dijo en voz  
alta.**

**Pero había algo más que sordidez en el confesionario; no era sólo eso lo que le enervaba, lo que lo había empujado hacia ese club cada vez más numeroso, la Asociación de Sacerdotes Católicos de la Botella y la Orden del Caballo Blanco. Era el mecanismo constante, ciego, mortal de la Iglesia, aplastando todos los pecadillos en su interminable movimiento**

**de lanzadera hacia el cielo.  
Era el reconocimiento  
ritual del mal por  
una Iglesia que ahora se  
preocupaba más por los  
males sociales; la expiación  
recitada en cuentas de  
rosario  
por ancianas cuyos padres  
habían hablado lenguas  
europeas. Era la presencia  
real del mal en el  
confesionario,  
tan real como el olor del  
terciopelo viejo. Pero un  
mal impremeditado y**

**estúpido frente al cual no  
cabía  
misericordia ni represalia.  
El puño que se estrellaba  
contra el rostro del bebé, el  
neumático destripado con  
una  
navaja, la pelea en el bar, la  
inserción de hojitas de  
afeitar en las manzanas de  
caramelo, todos los  
constantes e  
insípidos calificativos que  
es capaz de vomitar la  
mente humana en sus**



**laberínticos giros y  
retorcimientos.**

**«Caballeros, esto se cura  
con mejores prisiones.**

**Mejor Policía. Mejores  
organismos de servicios  
sociales.**

**Mejor control de la  
natalidad. Mejores técnicas  
de esterilización, mejores  
abortos. Caballeros, si  
arrancamos  
este feto del útero  
convertido en una masa  
sanguinolenta de brazos y**

**piernas informes, jamás  
llegará a matar a  
martillazos a una anciana.  
Señoras, si atamos a este  
hombre a una silla y lo  
freímos como una chuleta  
de  
cerdo, no volverá a  
torturar y matar más  
niños. Compatriotas, si  
aprobamos esta ley de  
eugenesia, puedo  
garantizaros que nunca  
más...»  
Mierda.**

**Hacía ya unos tres años tal vez que veía con claridad lo que le sucedía. La imagen había ganado en definición, como una película desenfocada que se va ajustando hasta que cada línea aparece nítida.**

**El padre**

**Callahan estaba ávido de un desafío. Los sacerdotes nuevos lo tenían: era la discriminación racial, el movimiento de liberación femenina, incluso el movimiento de liberación**

**de los homosexuales; la  
pobreza, la  
insania, la ilegalidad. A él le  
hacían sentir incómodo.  
Los únicos sacerdotes con  
conciencia social con  
quienes  
se sentía cómodo eran los  
que se habían opuesto en  
actitud militante a la  
guerra de Vietnam. Ahora  
que su  
causa había pasado de  
moda, se sentaban a hablar  
de marchas y**

**manifestaciones como los  
viejos matrimonios  
que evocan su luna de miel  
o sus primeros viajes en  
tren. Pero Callahan no  
pertenece ni a los  
sacerdotes  
nuevos ni a los viejos; se  
encontraba preso en el  
papel de un tradicionalista  
que ya no puede creer en  
sus  
postulados básicos. Quería  
mandar una división del  
ejército de... ¿quién? Dios,  
el bien, el derecho, no eran**

**más que nombres para la  
misma cosa..., la batalla  
contra el mal. Él quería  
problemas y batallas, nada  
de  
quedarse en la puerta de  
los supermercados  
repartiendo octavillas  
sobre el boicot a las  
lechugas o la huelga de  
las uvas. Quería ver el mal  
despojado del manto con  
que seducía a la gente,  
quería verlo inequívoco y  
conocer**

**cada rasgo de su faz.  
Quería enfrentarse mano a  
mano con el mal, como  
Mohamed Alí con Joe  
Frazier, los  
Celtics con los Knicks,  
Jacob con el ángel. Quería  
que su lucha fuera pura,  
que no estuviera  
contaminada por  
la política que cabalgaba a  
lomos de todos los  
problemas sociales como  
un deforme gemelo siamés.  
Era lo**

**que había deseado desde  
que pensó en ser sacerdote;  
era una llamada que había  
oído cuando tenía catorce  
años, cuando se sintió  
exaltado por la historia de  
san Esteban, el primer  
mártir cristiano, que había  
muerto  
lapidado y había visto a  
Cristo en el momento de  
morir. El cielo ofrecía un  
pálido atractivo  
comparado con el  
de luchar —de perecer tal  
vez— al servicio del Señor.**



**Pero no había batallas.  
Apenas pequeñas  
escaramuzas de resultado  
indefinido. Y el mal no  
tenía  
solamente un rostro sino  
muchos, y todos esos  
rostros eran vanos y casi  
todos tenían el mentón  
pegajoso de  
baba. En realidad estaba  
llegando a la forzosa  
conclusión de que en el  
mundo no había nada que  
fuera el Mal,**

**sino apenas el mal... En momentos así sospechaba que Hitler no había sido más que un burócrata acorralado, y que el propio Satán era un retrasado mental con un sentido del humor rudimentario, como el de los que encuentran divertidísimo darles a las gaviotas un petardo oculto en un trozo de pan. Las grandes batallas sociales, morales y espirituales de la época**

**habían quedado reducidas  
a Sandy**

**McDougall, que le  
aplastaba la nariz a su  
bebé, y cuando el chico  
creciera le daría de  
bofetadas a su propio  
hijo. «Oh mundo  
interminable, aleluya, viva  
la mantequilla de  
cacahuete. Santa María,  
llena eres de gracia,  
ayúdame a ganar esta  
carrera en la que se conoce  
el nombre del ganador  
incluso antes de correr.»**

**Era más que sórdido. Era  
escalofriante, en sus  
consecuencias para  
cualquier definición  
coherente de la  
vida, y quizá hasta del  
cielo. ¿Qué era el cielo?  
¿Una eternidad de loterías  
de parroquia, juegos en  
parques de  
atracciones, carreras por el  
centro de una ciudad en  
calles sin semáforos?  
Dirigió la mirada al reloj  
de la pared. Seis minutos**

**después de la medianoche,  
y todavía ni rastro de Fred  
Astaire ni de Ginger  
Rogers. Ni de Mickey  
Rooney siquiera. Pero el E-  
Vap había tenido tiempo de  
actuar.**

**Ahora pasaría la  
aspiradora y al día  
siguiente la señora Curless  
no lo miraría con esa  
expresión compasiva, y  
la vida seguiría adelante.**

**Amén.**

**SIETE**

**MATT**

**1**

**El martes, al final de la tercera hora, Matt fue hacia su despacho, donde Ben Mears estaba esperándole.**

**— Hola — le saludó — .**

**Has sido puntual. Ben se levantó a estrecharle la mano.**

**— Creo que es la maldición de la familia. Oye, los chicos no me comerán, ¿verdad?**

**— Claro que no —  
respondió Matt — . Vamos.**

**Estaba un poco sorprendido. Ben se había puesto una chaqueta de deporte y unos gruesos pantalones grises. Zapatos buenos, que no parecían haber sido usados durante mucho tiempo. Matt había invitado a sus clases a otros tipos relacionados con la actividad literaria, y normalmente aparecían vestidos de manera**

**descuidada, o incluso  
espeluznante. Un año atrás  
había preguntado a una  
poetisa bastante conocida,  
que  
acababa de dar una  
conferencia en la  
Universidad de Maine, en  
Portland, si al día siguiente  
querría dar una  
charla sobre poesía en una  
de sus clases. La mujer se  
presentó con un traje  
estrafalario y tacones altos,  
como**



**si estuviera diciendo:  
«Miradme, he vencido al  
sistema en su propio juego.  
Soy libre como el viento.»  
En comparación, la  
admiración de Matt por  
Ben subió un grado. Tras  
más de treinta años de  
enseñanza,  
creía que nadie derrotaba  
verdaderamente al sistema  
ni ganaba la partida, y que  
sólo los idiotas eran  
capaces  
de creer que la estaban  
ganando.**

**—Bonito edificio —  
comentó Ben, mirando  
alrededor mientras  
caminaban por el vestíbulo  
—. Muy  
diferente del instituto al  
que yo asistí. La mayoría  
de las ventanas parecían  
troneras.**

**—Tu primer error —señaló  
Matt— es llamarlo edificio.  
Es una «planta». Las  
pizarras son «ayudas  
visuales». Y los chicos son  
«un cuerpo homogéneo de  
adolescentes en una**

**experiencia de  
coeducación».**

**—Qué suerte tienen.**

**—Ya lo creo. ¿Tú fuiste a la  
universidad, Ben?**

**—Lo intenté. Pero todo el  
mundo parecía estar  
corriendo en una carrera  
enloquecida... Y uno  
también  
puede ponerse una meta y  
alcanzarla, y hacerse  
conocer y amar. Por eso  
mandé a paseo la  
universidad.**

**Cuando empezó a venderse  
La hija de Conway, yo  
cargaba cajas de coca-cola  
en los camiones de reparto.**

**—Cuéntaselo a los chicos,  
les interesará.**

**—¿A ti te gusta enseñar?**

**—preguntó Ben.**

**—Claro que sí. Hace  
tiempo que habría  
reventado si no me gustara.  
Sonó el último timbre,  
llenando de ecos los  
corredores, vacíos salvo  
por un estudiante  
retrasado que**

**seguía lentamente la dirección de una flecha que anunciaba «Taller de carpintería».**

**—¿Hay problema de drogas aquí? —preguntó Ben.**

**—Como en todos los institutos de Estados Unidos. El nuestro es el alcohol, más que ninguna otra cosa.**

**—¿La marihuana no?**

**—Yo no considero que la hierba sea un problema, ni**

**el director tampoco,  
cuando se habla  
extraoficialmente con él y  
lleva encima unas copas de  
más. Y casualmente sé que  
nuestro asesor psicológico,  
que es uno de los mejores  
en su especialidad, no tiene  
inconveniente en fumar un  
poco antes de ir al cine. Yo  
mismo la he probado. El  
efecto es fantástico, pero a  
mí me da acidez.**

**—¿Tu la has probado?**

**—Sshh, que el Gran  
Hermano escucha —dijo**

**Matt—. Además, ya estamos en mi aula.**

**-Oh..,**

**—No te pongas nervioso.**

**—Matt le hizo pasar—.**

**Buenos días, jóvenes — saludó a la veintena de estudiantes que clavaban los ojos en Ben—. Les presento al señor Ben Mears.**

**2**

**Al principio, Ben pensó que se había equivocado de casa.**

**Estaba seguro de que cuando Matt Burke le invitó a comer le había dicho que la casa era la pequeña y gris contigua a la de ladrillo rojo, pero de esa casa salía un torrente de rock and roll por las ventanas.**

**Llamó con el manchado llamador de bronce y, al no recibir respuesta, insistió. Esa vez el volumen de la**



**música disminuyó y la  
inconfundible voz de Matt  
vociferó:**

**—¡Adelante! ¡Está abierto!**

**Ben entró, mirando con  
curiosidad. Por la puerta  
principal se entraba**

**directamente a una  
pequeña sala**

**con muebles de estilo  
colonial americano de  
segunda mano, donde la  
nota dominante era un  
televisor**

**Motorola increíblemente  
viejo. La música surgía de**

**una cadena KLH con dos altavoces.**

**Matt salió de la cocina, ataviado con un delantal a cuadros rojos y blancos y seguido por el aroma de la salsa para espaguetis.**

**—Disculpa si es mucho ruido, pero como soy un poco sordo, lo subo.**

**—Buena música.**

**—Soy fanático del rock desde los tiempos de Buddy Holly. Me encanta. ¿Tienes hambre?**

**—Pues sí. Y te vuelvo a agradecer que me invitaras. Desde que he vuelto a Salem's Lot, creo que he salido a comer más que en los últimos cinco años.**

**—Es un pueblo muy cordial. Espero que no tengas inconveniente en comer en la cocina. Hace un par de meses apareció un anticuario que me ofreció doscientos dólares por la**

**mesa del comedor, y  
todavía no la he  
sustituido por otra.**

**—Claro que no me  
importa. En mi familia hay  
una larga tradición de  
comer en la cocina.**

**La cocina era de una  
pulcra austeridad. Sobre  
uno de los cuatro  
quemadores hervía una  
olla de salsa para  
fideos, mientras un colador  
lleno de espaguetis  
esperaba humeante. En**

**una pequeña mesa plegable  
había dos  
platos que no tenían nada  
que ver entre sí, y los vasos  
tenían en los bordes una  
hilera de personajes de  
dibujos  
animados. Vasos de  
mermeladas, pensó Ben,  
divertido, y la última  
sensación de estar con un  
extraño se  
desvaneció. Empezó a  
sentirse en casa.**

**—En el armario que hay  
sobre el fregadero tengo**

**dos clases de whisky, y también hay vodka —  
anunció**

**Matt—. Y en la nevera algunas bebidas para mezclar. Nada excepcional, me temo.**

**—Para mí está bien whisky con agua del grifo.**

**—Pues sírvete. Yo voy a terminar con este desastre.**

**—Me gustaron tus muchachos —comentó Ben, mientras se preparaba la bebida—. Hicieron preguntas**

**interesantes. Agresivas  
pero interesantes.**

**—¿Como de dónde sacabas  
las ideas, por ejemplo? —  
preguntó Matt, imitando el  
balbuceo infantil y  
sensual de Ruthie Crockett.**

**—Es un buen elemento.**

**—Ya lo creo. En la nevera,  
detrás de la lata de pina,  
hay una botella de Lancers.**

**La conseguí  
especialmente.**

**—Oye, pero no debías...**

**—Oh, vamos, Ben. No  
todos los días tenemos**

**autores de bestsellers en  
Solar.**

**—'Me parece un poco  
exagerado.**

**Ben terminó su bebida,  
tomó el plato de espaguetis  
que le tendía Matt, le echó  
un cucharón de salsa y los  
enroscó en el tenedor,  
ayudándose con la cuchara.**

**—Fantástico —aprobó—.**

**Mamma mia.**

**—Pues me alegro.**

**Ben miró su plato, que se  
había vaciado con una**



**rapidez sorprendente, y se  
secó los labios, sintiéndose  
un poco culpable.**

**—¿Más?**

**—Medio plato, por favor.  
Están estupendos.**

**Matt le sirvió un plato  
lleno.**

**—Si no los terminamos, se  
los comerá el gato.**

**Desdichado animal. Pesa  
diez kilos y se acerca a su  
tazón**

**caminando como un pato.**

**—No lo he visto.**

**—Anda de excursión —  
sonrió Matt—. ¿Tu nuevo  
libro es una novela?**

**—Es algo así como ficción  
—respondió Ben—. Para  
serte sincero, estoy  
escribiéndolo por dinero.**

**El**

**arte es una gran cosa, pero  
por una vez quisiera  
conseguir varias ediciones  
de un libro.**

**—¿Y qué perspectivas  
tiene?**

**—Tristísimas.**

**—Vamos a la sala —sugirió  
Matt—. Los sillones son  
malos, pero más cómodos  
que estos horrores de la  
cocina. ¿Has comido lo  
suficiente?**

**—¿Cómo puedes dudarlo?  
En el cuarto de estar, Matt  
apartó una pila de álbumes  
y se puso a encender una  
pipa enorme y nudosa.  
Cuando consideró que  
estaba bien encendida  
(sentado en la mitad de una  
nube de humo) levantó los  
ojos**

**hacia Ben.**

**—No —dijo—. Desde aquí  
no puedes verla.**

**Bruscamente, Ben miró  
alrededor.**

**—¿Ver qué?**

**—La casa de los Marsten.**

**Apuesto cinco centavos a  
que es eso lo que estabas  
buscando.**

**Ben rió, incómodo.**

**—No me gusta apostar.**

**—¿Tu libro se desarrolla  
en un pueblo como Salem's  
Lot?**

**—El pueblo y la gente—  
asintió Ben—. Hay una  
serie de crímenes sexuales  
y mutilaciones. Voy a  
empezarlo con uno de ellos  
y describirlos  
progresivamente, del  
principio al fin, con todo  
detalle. Estaba  
trabajando en esa parte  
cuando desapareció  
Ralphie Glick y me...  
bueno, me cayó muy mal.  
—¿Y para todo eso te basas  
en las desapariciones que**

**sucedieron por los años  
treinta en el municipio?**

**Ben le miró.**

**—Veo que estás al tanto de  
eso ¿eh?**

**—Oh, sí. Y muchos de los  
antiguos residentes  
también. Yo no estaba  
entonces en Salem's Lot,  
pero sí**

**Mabel Werts, Glynis  
Mayberry y Milt Crossen.**

**Algunos de ellos ya han  
establecido la relación.**

**—¿Qué relación?**

**—Vamos, Ben. Es una relación bastante obvia, ¿no?**

**—Imagino que sí. La última vez que la casa estuvo ocupada, desaparecieron cuatro chiquillos en un período de diez años. Ahora, después de treinta y seis años, vuelve a estar habitada, y Ralphie Glick desaparece de la noche a la mañana.**

**—¿Crees que es una coincidencia?**

**—Supongo que sí —  
admitió Ben, en cuyos oídos  
resonaban las palabras de  
advertencia de Susan**

**—.Pero  
es extraño. Estuve mirando  
los ejemplares del Ledger,  
desde 1939 a 1970, para  
hacer una comparación.  
Desaparecieron tres chicos.  
Uno se había escapado 'de  
casa y después lo  
encontraron trabajando en  
Boston;  
tenía dieciséis años, pero  
parecía mayor. A otro lo**



**pescaron un mes después,  
ahogado en el  
Androscoggin. Y  
el tercero apareció  
enterrado cerca de la  
carretera 116, en Gates,  
víctima, al parecer, de un  
conductor que  
escapó. Pero todos los casos  
se aclararon.**

**—Tal vez la desaparición  
del chico de los Glick  
también se aclare.**

**—Es posible.**

**—Pero tú no lo crees. ¿Qué sabes de ese hombre, Straker?**

**—Absolutamente nada — declaró Ben—. Ni siquiera estoy seguro de querer conocerlo. En este momento estoy trabajando en un libro que es inseparable de cierto concepto de la casa de los Marsten y de quienes la habitan. Y si descubro que Straker es un hombre de negocios**

**normal, como sin duda lo es, se romperá el esquema. De modo que...**

**—No creo que sea el caso. Sabes que hoy abrió su tienda. Susie Norton y su madre pasaron por allí... demonios, la mayoría de las mujeres del pueblo se dio una vuelta para espiar un poco. Según Dell Markey, que es una fuente de información fidedigna, hasta Mabell Werts se dejó**

**caer. Parece que se trata de un hombre fascinante. Elegante, con mucha gracia, totalmente calvo. Y encantador. Me dijeron que vendió varias piezas.**

**—Vaya —sonrió Ben—.**

**¿Nadie ha visto la otra mitad del equipo?**

**—Se supone que está en viaje de negocios.**

**Matt se encogió de hombros con inquietud.**

**—No lo sé. Es probable que todo sea perfectamente normal, pero esa casa me pone nervioso. Es casi como si los dos la hubieran buscado. Como tú dijiste, parece un ídolo instalado en lo alto de la colina.**

**Ben asintió.**

**—Y por si esto fuera poco, tenemos la desaparición de otro chico. Y el hermano de Ralphie, Danny, muerto a los doce años.**

**Causa de la muerte:  
anemia perniciosa.**

**—¿Y eso qué tiene de raro?  
Es lamentable,  
ciertamente...**

**—Mi medico es un tipo  
joven, se llama Jimmy  
Cody. Fue alumno mío en  
el instituto. Es un medico  
excelente, aunque entonces  
era un pequeño diablo. Sea  
como sea, todo esto no son  
más que comentarios.  
Habladurías.**

**—Ya.**

**—Yo fui a hacerme un  
examen, y casualmente  
comenté que era una pena**

**lo del chico de los Glick, y  
qué  
tremendo para los padres  
después de la desaparición  
del otro. Jimmy me dijo  
que había consultado el  
caso con  
George Gorby. El chico  
estaba anémico, sí. Pero él  
me dijo que un recuento de  
glóbulos rojos en un  
muchacho de la edad de  
Danny ronda el noventa  
por ciento. El de Danny  
estaba en el cincuenta por  
ciento.**

**Ben dejó escapar un silbido de asombro.**

**—Estaban poniéndole inyecciones de vitamina B y de hígado, y parecía dar buen resultado. Iban a darle el alta al día siguiente.**

**—Más vale que Mabel Werts no se entere de eso —comentó Ben—, porque empezará a ver indígenas con cerbatanas por el parque.**

**—No se lo he comentado a nadie más que a ti, ni**



**pienso hacerlo. Y de paso,  
Ben, yo de ti no diría ni  
palabra sobre el tema del  
libro. Si Loretta Starcher te  
pregunta sobre qué estás  
escribiendo, dile que es  
algo de  
arquitectura.**

**—Es un consejo que ya me  
han dado.**

**—Susan Norton, sin duda.  
Ben consultó su reloj y se  
levantó.**

**—Hablando de Susan...**

**—El macho que despliega  
todo su plumaje para el**

**cortejo —sonrió Matt—.**

**Pues yo tengo que volver al  
instituto. Estamos  
ensayando el tercer acto de  
la comedia estudiantil, una  
obra de gran contenido  
social que se  
llama El problema de  
Charley.**

**—¿Y cuál es el problema?**

**—El acné —contestó Matt  
con una mueca.**

**Se dirigieron a la puerta y  
Matt se detuvo para  
ponerse una desteñida**

**chaqueta. Ben pensó que parecía más bien un entrenador de deporte envejecido que un sedentario profesor de inglés, hasta que uno le miraba la cara, inteligente aunque soñolienta, y de alguna manera inocente.**

**—Escucha —dijo Matt mientras salían a la escalinata—, ¿qué piensas hacer el viernes por la noche?**

**—No lo sé —respondió Ben  
—. Había pensado en ir  
con Susan a ver una  
película. Es más o menos lo  
único que se puede hacer  
por aquí.**

**—A mí se me ocurre otra  
cosa —sugirió Matt—.  
Podríamos formar una  
comisión de tres y subir en  
el  
coche hasta la casa de los  
Marsten para saludar al  
nuevo propietario. En  
nombre del pueblo, claro:**

**—Buena idea —asintió Ben  
—. Un gesto de simple  
cortesía, ¿no?**

**—Una delegación de  
bienvenida.**

**—Se lo diré a Susan esta  
noche. Creo que aceptará.**

**—Muy bien.**

**Matt levantó la mano  
mientras el Citroen de Ben  
se alejaba, ronroneando.**

**Ben respondió con un par  
de**

**bocinazos, y después las  
luces rojas del coche se  
perdieron sobre la colina.**

**Durante casi un minuto después que el ruido del Citroen se hubo extinguido, Matt permaneció en los escalones, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, vueltos los ojos hacia la casa de la colina.**

**3**

**Como el jueves por la noche no había ensayo, Matt acudió a la taberna de Dell a las nueve, a tomar un par de cervezas. Si el maldito charlatán de**

**Jimmy Cody no le recetaba nada para el insomnio, se lo recetaría él mismo.**

**Las noches que no había orquesta, el bar no se llenaba mucho. Matt no vio más que a tres personas conocidas: Weasel Craig, que le hacía los honores a una cerveza, solo en un rincón; Floyd Tibbits, con el ceño tormentoso (esa semana había hablado tres veces con Susan, dos por teléfono**

**y una personalmente, en la sala de los Norton, sin que ninguna de las conversaciones hubiera tenido resultado satisfactorio) y Mike Ryerson, que estaba sentado en uno de los pequeños reservados, contra la pared. Matt fue hacia la barra, donde Dell Markey estaba secando vasos mientras miraba una serie en un televisor portátil.**



**—Hola, Matt. ¿Qué tal?**

**—Bien. Noche floja.**

**Dell se encogió de hombros.**

**—Aja. En el cine al aire libre de Gates dan un par de filmes de motos y no puedo competir con eso.**

**¿Vaso o botella?**

**—Botella.**

**Dell la sirvió, le quitó la espuma y le agregó unos centímetros más. Matt pagó y, después de titubear un**

**momento, se dirigió al reservado donde estaba**

**Mike. Mike había pasado por una de las clases de inglés de Matt, como casi toda la gente joven de Solar, y Matt se había encariñado con él. Poseedor de una inteligencia media, había hecho un trabajo superior a la media, porque trabajaba con empeño y preguntaba una y otra vez las cosas que no entendía, hasta comprenderlas. Además, tenía un gran**

**sentido del humor, y una agradable e individualista personalidad que lo convertía en uno de los favoritos de la clase.**

**—Hola, Mike —le saludó —. ¿No te molesta que me sienta contigo?**

**Mike Ryerson levantó los ojos hacia él y Matt sintió un impacto como si hubiera tocado un cable.**

**Drogas, fue lo primero que pensó. Y de las duras.**

**—Por favor, señor Burke.  
Siéntese. —Su voz sonó  
indiferente.**

**Tenía el cutis pálido y  
profundas ojeras. Los ojos  
parecían  
desmesuradamente  
grandes y brillantes. En la  
semipenumbra del bar, sus  
manos se movían  
lentamente sobre la mesa,  
con aire espectral. Ante él,  
intacto,  
había un vaso de cerveza.**

**—¿Cómo va tu vida, Mike?**

**—Matt se sirvió un vaso de**

**cerveza dominando sus  
manos, que querían  
echarse a temblar.**

**Su vida había sido siempre  
tranquila y regular, como  
un gráfico con altibajos  
moderados (y hasta sus  
depresiones habían sido  
siempre leves desde la  
muerte de su madre,  
ocurrida hacía trece años),  
y una de las  
cosas que lo angustiaban  
era el desdichado final que  
les reservaba la suerte a**

**algunos de sus alumnos.**

**Billy**

**Royko, muerto en Vietnam,  
en un accidente aéreo, dos  
meses antes del alto el  
fuego; Sally Greer, una de  
las**

**alumnas más inteligentes y  
despiertas que había  
tenido, asesinada por su  
amigo borracho cuando le  
dijo que**

**quería terminar con él;  
Gary Coleman, que se  
había quedado ciego**

**debido a una misteriosa  
degeneración del  
nervio óptico; Doug, el  
hermano de Buddy  
Mayberry, el único chico  
valioso de una familia de  
semirretrasados, ahogado  
en la playa de Old  
Orchard; y las drogas, esa  
muerte en miniatura. No  
todos los que  
se aventuraban en las  
aguas del Leteo sentían la  
necesidad de sumergirse en  
ellas, pero había bastantes  
chicos**

**que habían hecho de los  
sueños su pan de cada día.**

**—¿Quiere decir qué hago?**

**—repitió lentamente Mike**

**—. No sé, señor Burke.**

**Nada importante.**

**—¿Qué mierda te has**

**metido dentro, Mike? —**

**preguntó suavemente Matt.**

**Mike le miró sin**

**comprender.**

**—Qué droga —aclaró Matt**

**—. ¿Benzedrina? ¿Ácido?**

**¿Coca? Oes...**



**—No estoy drogado —negó Mike—. Creo que estoy enfermo.**

**—¿De verdad?**

**—Jamás en mi vida he tomado drogas duras — declaró Mike con un gran esfuerzo—. Nada más que grifa, y hace cuatro meses que no la pruebo. Me siento mal... me siento mal desde el lunes. Fíjese que el domingo por la noche me quedé dormido en Harmony Hill, y no me**

**desperté hasta el lunes por la mañana. —**

**Sacudió lentamente la cabeza—. Me sentía molido. Desde entonces me siento molido. Y peor cada día.—**

**Suspiró, y fue como si el soplo de aire sacudiera su cuerpo como una hoja seca en los arces de noviembre.**

**Matt se acercó, preocupado.**

**—¿Eso te pasó después del funeral de Danny Glick?**

**—Sí. —Mike volvió a mirarle—. Volví para terminar el trabajo después que se fueron todos, pero el imbécil... perdón, señor Burke... pero Royal Snow no apareció. Le esperé un rato, y debió de ser entonces cuando empecé a sentirme mal, porque después todo es... ay, cómo me duele la cabeza. Me cuesta pensar.**  
**—¿Qué recuerdas, Mike?**  
**—¿Lo que recuerdo?**

**Mike miraba el vaso de  
cerveza, observando cómo  
se desprendían las  
burbujas y subían a la  
superficie.**

**—Recuerdo una canción —  
evocó—. La canción más  
dulce que he oído nunca. Y  
una sensación como...  
como de ahogarme. Sólo  
que era agradable. Excepto  
los ojos. Los ojos.  
Se aferró los codos con un  
estremecimiento.**

**—¿Los ojos de quién? —  
preguntó Matt.**

**—Eran rojos. Oh, qué ojos tan terribles.**

**—Pero ¿de quién'?**

**—No lo recuerdo. No había ojos. Fue todo un sueño. — Mike lo apartó de su mente y Matt casi pudo ver cómo lo hacía—. No recuerdo nada más del domingo por la noche. El lunes por la mañana me desperté en el suelo, y al principio no podía levantarme, de cansado que estaba. Pero**

**finalmente me levanté. El sol estaba subiendo y tuve miedo de que me quemara, así que me fui al bosque, junto al arroyo. Me encontraba agotado.**

**Dios, qué agotado.**

**Entonces seguí durmiendo.**

**Dormí hasta... creo que hasta las cuatro o las cinco.**

**—Soltó**

**una risita—. Cuando desperté estaba cubierto de hojas, pero me sentía un**

**poco mejor. Me levanté y volví al camión. —Se pasó la mano por la cara—. Sin embargo, el domingo por la noche debí terminar el trabajo del niño de los Glick. Es raro. Ni siquiera me acuerdo. —¿Terminarlo? —Con Royal o sin él, la tumba estaba cubierta. La tierra alisada y todo. Un buen trabajo. No recuerdo haberlo hecho. Sin duda estaba realmente enfermo.**

**—¿Dónde pasaste la noche del lunes?**

**—En casa. ¿Dónde si no?**

**—Y cómo te sentías el martes por la mañana?**

**—El martes seguí durmiendo todo el día. No desperté hasta la noche.**

**—¿Cómo te sentías?**

**—Fatal. Las piernas parecían de goma. Cuando quise tomar un vaso de agua, casi me caí. Tuve que ir a**

**la cocina apoyándome en los muebles. Débil como un**



**garito. —Frunció el  
entrecejo—. Tenía una lata  
de  
guisado para la cena... uno  
de esos de legumbres,  
sabe... pero no pude comer.  
Era como si con sólo  
mirarlo se  
me revolviere el estómago.  
Como cuando uno tiene  
una resaca espantosa y le  
ofrecen comida.**

**—¿No comiste nada?**

**—Intenté hacerlo pero  
vomité. Sin embargo, me  
sentí un poco mejor. Salí y**

**caminé un rato. Después me volví a acostar. —Sus dedos recorrían las viejas marcas que había sobre la mesa—. Tuve miedo antes de acostarme, como un chico que se asusta de la oscuridad. Recorrí toda la casa, asegurándome de que las ventanas estuvieran con el cerrojo corrido. Y me dormí con las luces encendidas. —¿Y ayer por la mañana?**

**—¿Eh? No... no desperté hasta anoche a las nueve.**

**—Rió—. Pensé que si seguía así me pasaría todo el día durmiendo. Y eso es lo que uno hace cuando está muerto.**

**Matt le observaba. Floyd Tibbits se levantó, insertó una moneda de veinticinco centavos en el tocadiscos y empezó a seleccionar canciones. El bar se llenó de música pegajosa.**

**—Lo raro —siguió Mike—  
es que la ventana de mi  
dormitorio estaba abierta  
cuando me levanté. Tuve  
un sueño... alguien llamaba  
a la ventana y yo me  
levantaba... me levantaba  
para dejarle entrar. Como  
cuando  
uno se levanta para hacer  
pasar a un viejo amigo que  
tiene frío o hambre.**

**—¿Quién era?**

**—No era más que un  
sueño, señor Burke.**

**—Pero en el sueño, ¿quién era?**

**—No lo sé. Otra vez intenté comer, pero la sola idea me hizo sentir mal.**

**—¿Qué hiciste?**

**—Vi la tele hasta que terminó Johnny Canon, y me sentí mejor. Después me acosté.**

**—¿Cerraste las ventanas?**

**—No.**

**—¿Y dormiste todo el día?**

**—Me desperté hacia la puesta de sol.**

**—¿Débil?**

**—No se imagina. —Se pasó una mano por la cara—.**

**Me siento decaído —gimió con voz quebrada—.**

**Será la gripe o algo así, ¿no cree, señor Burke? No estaré enfermo, ¿verdad?**

**—No lo sé —respondió Matt.**

**—Pensé que unas cervezas me levantarían el ánimo, pero no puedo beber. Tomé un sorbo y casi me dio arcadas. La semana pasada... todo me parece una pesadilla. Y tengo**

**miedo. Un miedo  
espantoso. —Se cubrió  
la cara con las delgadas  
manos, y Matt advirtió que  
estaba llorando.**

**—¿Mike?**

**No hubo respuesta.**

**—Mike. —Suavemente, le  
apartó las manos de la cara  
—. Quiero que vengas  
conmigo a casa esta noche.  
Dormirás en mi cuarto de  
huéspedes. ¿Lo harás?**

**—Está bien. Me da lo  
mismo. —Con lentitud, se  
frotó los ojos con la manga.**

**—Y mañana, vendrás  
conmigo a ver al doctor  
Cody.**

**—Está bien.**

**—Bueno, vamos.**

**Matt pensó en llamar a Ben  
Mears, pero no lo hizo.**

**4**

**—Adelante —respondió  
Mike Ryerson cuando Matt  
llamó a la puerta del  
dormitorio. Matt entró,  
llevando en la mano un  
pijama.**

**—Tal vez te quede un poco  
grande...**



**—No importa, señor  
Burke. Yo duermo en  
calzoncillos.**

**Ahora no tenía puesta otra  
prenda, y Matt vio que  
todo el cuerpo presentaba  
una palidez enfermiza. Las  
costillas sobresalían como  
rebordes circulares.**

**—Gira la cabeza hacia este  
lado, Mike.**

**Mike obedeció.**

**—Mike, ¿dónde te hiciste  
estas marcas?**

**Mike se llevó la mano a la garganta, bajo el ángulo del maxilar.**

**—No lo sé.**

**Matt hizo una pausa, inquieto. Después se dirigió a la ventana. El cerrojo estaba bien asegurado, pero**

**Matt lo descorrió y volvió a correrlo con manos torpes. Del otro lado, la oscuridad se apoyaba pesadamente contra el cristal.**

**—Llámame si necesitas algo. Incluso si tienes una pesadilla. ¿Lo harás, Mike?**

**—Sí.**

**—Lo digo en serio. Estoy al otro lado del pasillo.**

**—De acuerdo.**

**Vacilante, con la sensación de que había otras cosas que debería hacer, Matt se retiró.**

**5**

**No durmió ni un instante, y lo único que lo disuadía de llamar a Ben Mears era la seguridad de que en la**

**pensión de Eva todo el mundo estaría ya acostado. La mayoría de los huéspedes eran ancianos, y cuando el teléfono sonaba a altas horas de la noche quería decir que había muerto alguien.**

**Siguió tendido, inquieto, mirando cómo las manecillas luminosas del despertador pasaban de las once y media a las doce. En la casa reinaba un silencio**

**extraño, tal vez porque sus  
oídos estaban agudizados  
para  
detectar el menor ruido. La  
casa era vieja y de  
construcción sólida. No se  
oía otro ruido que el del  
reloj y el  
débil susurro del viento en  
el exterior. Entre semana  
ningún coche pasaba por  
Taggart Stream Road a  
esas  
horas de la noche.  
Lo que estás pensando es  
una locura, se dijo.**

**Pero, paso a paso, se había visto obligado a retroceder hacia esa certeza. Claro que, como literato, era lo primero que se le había ocurrido cuando Jimmy Cody le señaló el caso de Danny Glick. Él y Cody se habían reído del asunto. Tal vez ése fuera el castigo por reírse.**

**¿Arañazos?, se preguntó. Esas marcas que tenía Mike no eran arañazos.**

**Claro que no. Eran  
pinchazos.**

**A uno le enseñaban que  
esas cosas no podían ser;  
que las cosas como la  
Cristabel de Coleridge o el  
siniestro cuento de hadas  
de Bram Stoker no eran  
más que la urdimbre y la  
trama de la fantasía. Claro  
que  
existían los monstruos;  
eran los hombres que en  
seis países apoyaban el  
dedo en los botones  
nucleares, los**

**secuestradores, los  
genocidas, los violadores de  
niños. Pero esto no. Uno  
sabe que no es así. Que la  
marca del  
diablo que tiene una mujer  
en el pecho no es más que  
una verruga, que el  
hombre que regresó de  
entre los  
muertos y llamó a la puerta  
de su mujer envuelto en los  
atavíos del sepulcro  
padecía de ataxia  
locomotriz, que**



**el monstruo que se acurruca en el rincón del dormitorio de un niño no es más que un montón de mantas.**

**Algunos clérigos habían proclamado incluso que Dios, ese venerable brujo blanco, había muerto.**

**Ningún ruido se oía en el pasillo. Está durmiendo, pensó Matt. Bueno, ¿por qué no? ¿Por qué había invitado a Mike a su casa, sino para que durmiera bien toda la noche, sin que**

**lo interrumpieran los... los malos sueños? Se levantó de la cama, encendió la lámpara y fue hacia la ventana. Desde allí apenas se podía distinguir el tejado de la casa de los Marsten, bajo la luz helada de la luna. Tengo miedo, pensó. Mentalmente, evocó las antiquísimas protecciones contra una enfermedad innombrable: el ajo, la hostia y el agua bendita, el**

**crucifijo, la rosa, el agua corriente. Él no tenía ninguna cosa sagrada. Era metodista y no practicaba. El único objeto religioso que había en la casa era...**

**De pronto, en la casa silenciosa se oyó la voz de Mike Ryerson:**

**—Sí. Adelante.**

**La respiración de Matt se detuvo y después exhaló un suspiro silencioso. Se sintió desmayar de espanto.**

**Parecía que el vientre se le hubiera vuelto de plomo.**

**¿Qué, en nombre de Dios,  
había sido invitado a  
entrar en  
su casa?**

**Oyó el ruido que hacía el  
cerrojo de la ventana del  
cuarto de huéspedes al  
correrse. Y el chirrido de  
madera contra madera, al  
abrirse lentamente la  
ventana.**

**Podía bajar las escaleras y  
coger la Biblia en el  
aparador del comedor.  
Volver a subir corriendo,  
abrir la**

**puerta de la habitación de huéspedes, sosteniendo en alto la Biblia, y leer: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te conmino a que te vayas...» Pero ¿quién estaba allá? «Llámame si necesitas algo.» Pero no puedo, Mike. Soy un viejo y tengo miedo.**

**La noche se adueñó de su cerebro en un desfile de imágenes terroríficas que**

**aparecían y desaparecían  
en  
las sombras. Blancos  
rostros de payaso, ojos  
enormes, dientes agudos,  
formas que se deslizaban  
de la sombra  
con largas manos blancas  
tendidas para... para...  
Mientras se cubría el rostro  
con las manos, emitió un  
gemido estremecedor.  
No puedo. Tengo miedo.  
No podría haberse  
levantado ni siquiera si el  
picaporte de bronce de su**

**puerta hubiera empezado a girar.**

**Estaba paralizado por el miedo y anheló locamente no haber ido esa noche a la taberna de Dell.**

**Tengo miedo, se repitió.**

**Y en el espantoso silencio de la casa, mientras seguía sentado en la cama, impotente, con el rostro oculto**

**entre las manos, oyó la risa aguda, dulce, maligna de un niño...**

**... y después, la succión.**

**SEGUNDA PARTE  
EL EMPERADOR DE  
LOS HELADOS**

**Llama, al que lía los  
enormes cigarros,  
al musculoso, y pídele que  
bata  
en los cuencos de la cocina  
el coágulo de la lujuria.  
Que las criadas  
holgazaneen, vestidas  
con el traje que  
acostumbran usar, y los  
muchachos  
traigan flores envueltas en  
periódicos atrasados.**



**No molestes el final de la  
apariciencia.**

**El único emperador es el  
emperador de los helados.**

**Saca de la cómoda de  
tablones de pino**

**a la que le faltan tres**

**perillas de vidrio, aquella  
sábana**

**donde ella una vez bordó  
tres cisnes,**

**y extiéndela sobre ella para  
cubrirle el rostro.**

**Y si sus pies callosos  
sobresalen, lo hacen**

**para mostrar hasta qué  
punto está fría, y muda.  
Deja que la lámpara  
concentre sus rayos.**

**El único emperador es el  
emperador de los helados.**

**WALLACE STEVENS**

**La columna tiene  
un agujero. ¿No puedes ver  
a la Reina de los Muertos?**

**GEORGE SEFERIS**

**OCHO**

**BEN (III)**

**1**

**Debían de haber estado  
golpeando desde hacía**

**largo rato, porque los ecos parecían venir desde muy lejos mientras él luchaba lentamente por despertarse. Fuera estaba oscuro, pero cuando se dio la vuelta para tomar el reloj y acercárselo a la cara, se le cayó al suelo. Se sentía desorientado y asustado. —¿Quién es? —preguntó. —Soy Eva, señor Mears. Hay una llamada para usted.**

**Se levantó, se puso los pantalones y abrió la puerta sin acabar de vestirse. Eva Miller llevaba una bata blanca, y en su cara se reflejaba la vulnerabilidad de una persona que todavía está medio dormida. Los dos se miraron, mientras Ben pensaba: ¿Quién estará enfermo? ¿Quién habrá muerto?**

**—¿Larga distancia?**

**—No; es Matthew Burke.**

**La respuesta no le alivió  
como habría debido.**

**—¿Qué hora es?**

**—Un poco más de las  
cuatro. El señor Burke  
parece muy alterado.**

**Ben fue al piso bajo y cogió  
el teléfono.**

**—Soy Ben, Matt.**

**—¿Puedes venir, Ben?**

**¿Ahora mismo>**

**—Sí, desde luego. ¿Qué  
pasa? ¿Estás enfermo?**

**—Por teléfono no. Ven.**

**—Diez minutos.**

**—¿Ben?**

**—Sí.**

**—¿Tienes un crucifijo o una medalla de san Cristóbal? ¿Algo así?**

**—No, demonios. Yo soy... era baptista.**

**—Está bien. Ven enseguida. Ben colgó y subió las escaleras. Eva le esperaba apoyada contra la barandilla, la indecisión y la inquietud dibujadas en su rostro; por un lado quería saber, por otro no quería**

**mezclarse en los asuntos de  
su  
inquilino.**

**—¿Está enfermo el señor  
Burke?**

**—Dice que no. Me pidió  
que... dígame, ¿usted es  
católica?**

**—Mi marido lo era.**

**—¿No tiene un crucifijo o  
un rosario o una medalla  
de san Cristóbal?**

**—Bueno... en el dormitorio  
está el crucifijo de mi  
marido... Podría...**

**—Sí, por favor.**

**Eva subió, arrastrando las zapatillas por la alfombra desteñida. Ben entró en su habitación, se puso la camisa y se calzó un par de mocasines. Cuando volvió a salir, Eva estaba de pie junto a su puerta, con el crucifijo en la mano. Bajo la luz, despedía un tenue resplandor de plata.**

**—Gracias —le dijo él.**

**—¿Se lo pidió el señor Burke?**

**—Sí, así es.**



**Más despierta ya, Eva  
fruncía el entrecejo.**

**—Pero él no es católico. No  
creo que vaya a la iglesia.**

**—No me explicó nada.**

**—Claro. —Con un gesto de  
comprensión, la mujer le  
entregó el crucifijo—.**

**Cúidelo, por favor, que  
tiene mucho valor para mí.**

**—Lo comprendo. No se  
preocupe.**

**—Espero que el señor  
Burke se encuentre bien.  
Es todo un caballero.**

**Ben bajó y salió al porche. Como no podía sostener el crucifijo y buscar las llaves del Citroen al mismo tiempo, en vez de pasárselo de la mano derecha a la izquierda, se lo colgó al cuello. La cruz de plata se deslizó suavemente sobre su camisa y, al subir al coche, Ben apenas si se dio cuenta de que se sentía consolado.**

**2**

**Todas las ventanas de la planta baja de la casa de**

**Matt estaban iluminadas. Cuando los faros del coche barrieron la fachada al tomar el camino de entrada, Matt abrió la puerta y salió a esperarlo. Ben se acercó y el rostro de Matt le impresionó. Estaba mortalmente pálido y le temblaba la boca. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, como si no pudiera parpadear. —Vamos a la cocina —dijo. Mientras Ben entraba, la luz del vestíbulo hizo**

**refulgir la cruz que  
descansaba sobre su pecho.**

**—Has conseguido un  
crucifijo.**

**—Es de Eva Miller. ¿Qué  
sucede?**

**—A la cocina —repitió  
Matt.**

**Cuando pasaron frente a la  
escalera que conducía al  
piso superior, Ben miró  
hacia arriba y tuvo la  
impresión de que al mismo  
tiempo retrocedía.**

**La mesa de la cocina,  
donde habían comido horas**

**antes, estaba vacía, salvo por tres objetos, dos de ellos**

**sorprendentes: una taza de café, una antigua Biblia con cierre metálico y un revólver calibre 38.**

**—¿Qué pasa, Matt? Tienes muy mal aspecto.**

**—Es posible que lo haya soñado todo, pero agradezco a Dios que estés aquí. —Había cogido el revólver y lo hacía girar con inquietud entre sus manos.**

**—Cuéntame, y deja de jugar con eso. ¿Está cargado?**

**Matt volvió a dejar el arma y se mesó el pelo.**

**—Sí, está cargado. Aunque no sé si serviría de algo..., a menos que disparara contra mí mismo. —Soltó una risa enfermiza y entrecortada, como un cristal que se astilla.**

**—Deja de decir tonterías. La aspereza de su voz quebró la extraña mirada**

**fija de Matt, que sacudió la cabeza, no en un gesto negativo sino como se sacuden algunos animales al salir del agua.**

**—Arriba hay un hombre muerto —dijo.**

**—¿Quién?**

**—Mike Ryerson. Un jardinero del ayuntamiento.**

**—¿Estás seguro de que está muerto?**

**—Estoy en mis cabales, aunque no haya entrado a**

**verle. No tuve valor.**

**Porque, en otro sentido, es posible que no esté muerto.**

**—Matt, lo que dices no tiene sentido.**

**—¿Y crees que no lo sé?**

**Estoy diciendo disparates y pensando locuras. Pero no**

**tenía a quién llamar,**

**salvo a ti. En todo**

**Jerusalem's Lot, tú eres la**

**única persona que podría...**

**podría... —Meneó la**

**cabeza y volvió**



**a empezar—. ¿Recuerdas  
que estuvimos hablando de  
Danny Glick?**

**—Sí.**

**—¿Y de que podría haber  
muerto de anemia  
perniciosa, de lo que  
nuestros abuelos habrían  
llamado  
consunción?**

**—Sí.**

**—Mike lo enterró. Y Mike  
encontró el perro de Win  
Purinton ensartado en un  
barrote del cementerio de**

**Harmony Hill. Anoche me  
encontré con Mike Ryerson  
en el bar de Dell y...**

**3**

**—... y no pude entrar —  
concluyó—. No pude. Me  
quedé casi cuatro horas  
sentado en la cama.**

**Después**

**bajé las escaleras  
furtivamente, como un  
ladrón, para llamarte.**

**¿Qué piensas?**

**Ben se había quitado el  
crucifijo; con un dedo**

**vacilante, jugueteó con el montoncito brillante que formaba la delgada cadena. Eran casi las cinco, y hacia el este la aurora coloreaba de rosa el cielo. El tubo fluorescente del techo había palidecido.**

**—Creo que lo mejor será que vayamos a tu cuarto de huéspedes. Creo que eso es todo, por el momento.**

**—Ahora, con la luz que entra por la ventana, todo parece la pesadilla de un**

**loco. —Matt emitió una  
risa  
temblorosa—, y espero que  
lo sea. Espero que Mike  
esté durmiendo como un  
niño.**

**—Bueno, vamos a ver.  
Matt dominó el temblor de  
los labios.**

**—De acuerdo. —Sus ojos  
se posaron en la mesa y  
después miraron  
interrogativamente a Ben.**

**—Por supuesto —dijo éste,  
y le deslizó al cuello el  
crucifijo.**

**—Realmente me hace sentir mejor —sonrió Matt, avergonzado.**

**—¿No quieres el arma?**

**—No, creo que no.**

**Cuando subieron las escaleras, Ben abrió la marcha. En el piso superior había un corto pasillo que se**

**abrió hacia ambos lados.**

**En un extremo, la puerta del dormitorio de Matt seguía abierta, y por ella el pálido**

**haz de luz de la lámpara se  
derramaba sobre el pasillo  
anaranjado.**

**—Hacia el otro lado —dijo  
Matt.**

**Ben recorrió el pasillo y se  
detuvo ante la puerta del  
cuarto de huéspedes.**

**Aunque no creyera la  
monstruosidad implícita en  
el relato de Matt, se sintió  
sumergido por una oleada  
del terror más negro que  
hubiera sentido en su vida.**

**Ahora abres la puerta y  
estará colgado de la viga,**

**con la cara hinchada,  
deformada y negra, y luego  
los  
ojos se abrirán y aunque  
estén saliéndose de las  
órbitas, son ojos que te  
verán y se alegrarán de que  
hayas  
venido...**

**El recuerdo le invadió con  
una realidad casi sensible,  
y en el momento en que se  
hizo más intenso le  
dejó paralizado. Hasta  
podía oler el yeso húmedo y  
el hedor salvaje de las**

**alimañas. Le pareció que la simple  
puerta de madera barnizada de la habitación de huéspedes de Matt Burke se erguía entre él y todos los secretos del infierno. Después hizo girar el picaporte y la abrió. A sus espaldas, Matt aferraba el crucifijo de Eva. El cuarto de huéspedes daba hacia el este, y el arco del sol acababa de asomar por el horizonte. La**



**diafanidad de los primeros rayos se volcaba por la ventana, y unas pocas motas doradas danzaban en el haz**

**que iba a terminar sobre la sábana de hilo blanco que cubría a Mike Ryerson hasta el pecho.**

**Ben miró a Matt con gesto tranquilizador.**

**—Está perfectamente — susurró—. Durmiendo.**

**—La ventana está abierta — señaló Matt—. Estaba**

**cerrada y con cerrojo. Lo comprobé yo mismo. Los ojos de Ben se detuvieron en el dobladillo de la sábana que cubría a Mike. Allí se veía una minúscula gota de sangre, seca y ennegrecida. —No creo que respire — dijo Matt. Ben se adelantó dos pasos y se detuvo. —¿Mike? Mike Ryerson. ¡Despierte, Mike! No hubo respuesta. Tenía el pelo revuelto sobre la**

frente, y Ben pensó que en esa pálida luz parecía más que un hombre apuesto; era tan bello como una estatua griega. Un leve color florecía en sus mejillas, y el cuerpo no tenía la mortal palidez que había mencionado Matt, sino el tono de una piel sana. —Claro que respira —dijo con cierta impaciencia—. No está más que dormido. Mike. —Tendió la mano para sacudirle suavemente.

**El brazo izquierdo de Mike, que descansaba sobre el pecho, cayó inerte por el lado de la cama y los nudillos golpearon contra el suelo, como los de alguien que llama para entrar.**

**Matt dio un paso adelante y levantó el brazo inmóvil, oprimiéndole la muñeca con el índice.**

**—No tiene pulso.**

**Empezó a soltarlo, recordó el ruido estremecedor que**

**habían hecho los nudillos y volvió a dejar el brazo sobre el pecho de Ryerson. Cuando empezó a deslizarse, lo devolvió a su lugar con más firmeza, haciendo una mueca.**

**Ben no podía creerlo. Estaba dormido, tenía que estar dormido. El buen color, la relajación evidente de los músculos, los labios entreabiertos como para respirar... le asaltó una**

**oleada de irrealidad. Apoyó  
la  
muñeca contra el hombro  
de Ryerson y comprobó  
que la piel estaba fría.  
Se humedeció un dedo y lo  
puso frente a los labios  
entreabiertos. Nada. Ni un  
soplo de hálito.  
Ben y Matt se miraron.  
Ben tomó con ambas  
manos la mandíbula de  
Ryerson y la hizo girar  
hasta apoyar la mejilla  
sobre la**

**almohada. El movimiento desplazó el brazo izquierdo, y los nudillos volvieron a dar contra el suelo.**

**En el cuello de Mike Ryerson no había marca alguna.**

**4**

**Estaban otra vez sentados ante la mesa de la cocina. Eran las 5.35. Se oyeron los mugidos de las vacas de Griffen, a las que acababan de soltar para que bajaran al campo de**

**pastoreo del este, al pie de la colina, del otro lado del cinturón de arbustos y malezas que ocultaba de la vista el arroyo de Taggart Stream.**

**—De acuerdo con la leyenda, las marcas desaparecen —dijo Matt—. Cuando la víctima muere, las marcas desaparecen.**

**—Sí, lo sé —asintió Ben, que lo recordaba por el Drácula de Stoker y por los filmes de la Hammer que**



**hicieran famoso a  
Christopher Lee.**

**—Tenemos que clavarle  
una estaca de fresno en el  
corazón.**

**—Más vale que lo pienses  
dos veces —aconsejó Ben, y  
bebió un sorbo de café—.**

**Me gustaría verte  
explicándoselo a un jurado.  
Irías a la cárcel por  
profanar un cadáver, en el  
mejor de los casos. Y más  
probablemente al  
manicomio.**

**—¿Piensas que estoy loco?**

**—preguntó Matt.**

**—No —respondió Ben.**

**—¿Me crees lo de las  
marcas?**

**—No lo sé. Imagino que  
tengo que creerte. ¿Por qué  
habrías de mentirme? No  
veo que ganaras nada  
mintiendo. Supongo que  
mentirías si lo hubieras  
matado tú.**

**—Tal vez fue así, pues —  
aventuró Matt,  
observándolo.**

**—Hay tres argumentos en  
contra de eso. Primero, el  
móvil. Perdóname, Matt,  
pero eres demasiado viejo  
para que se pueda pensar  
en los móviles clásicos,  
como los celos y el dinero.  
Segundo, ¿cómo lo hiciste?  
Si lo  
envenenaste, debió tener  
una muerte muy fácil. Su  
aspecto no puede ser más  
sereno, y eso elimina la  
mayoría  
de los venenos comunes.  
—¿Y el tercero?**

**—Ningún asesino en sus  
cabales inventaría una  
historia como la tuya para  
encubrir el asesinato. Sería  
una locura.**

**—Y volvemos a mi salud  
mental —suspiró Matt—.  
Como me lo esperaba.**

**—Yo no creo que estés loco  
—declaró Ben—. Me  
pareces bastante racional.**

**—Pero tú no eres médico,  
¿no? Y a veces los locos  
pueden imitar  
increíblemente bien la  
cordura.**

**Ben asintió.**

**—Y eso, ¿adonde nos lleva?**

**—Al punto de partida.**

**—No. Ninguno de nosotros puede decir eso, porque arriba hay un muerto y pronto habrá que explicarlo.**

**La policía querrá saber lo que sucedió, y el médico forense también, y lo mismo el sheriff del condado. Matt,**

**¿no tendría alguna enfermedad vírica y vino a morir en tu casa?**

**Por primera vez desde que habían vuelto abajo, Matt dio signos de agitación.**

**—Ben, ya te he contado lo que dijo. ¡Le vi las marcas en el cuello! ¡Y oí que invitaba a alguien a entrar en mi casa! Después oí... ¡Dios, oí esa risa! —Sus ojos habían vuelto a adquirir una peculiar mirada inexpresiva.**

**—Está bien.**

**Ben se levantó y fue hacia la ventana, procurando ordenar sus pensamientos. Nada concordaba. Como le había dicho a Susan, parecía que las cosas se las arreglaran para escaparse de las manos.**

**Estaban mirando hacia la casa de los Marsten.**

**—Matt, ¿sabes lo que te sucederá si insinúas lo que me has contado?**

**Matt no respondió.**

**—Cuando te encuentren  
por la calle, la gente se  
llevará un dedo a la sien.  
Los chiquillos se pondrán  
los  
colmillos postizos que usan  
el día de Todos los Santos  
cuando te vean venir, y  
empezarán a saltar y a  
burlarse  
de ti cuando pases por  
delante de su casa. Alguien  
inventará una cancioncita  
del tipo Un, dos y tres, te  
chupo**



**la sangre otra vez. Y la  
oirás por los corredores del  
instituto. Tus colegas te  
mirarán de manera rara.**

**Recibirás**

**llamadas anónimas de  
gente que dirá ser Danny  
Glick o Mike Ryerson. Tu  
vida se convertirá en una  
pesadilla**

**y en seis meses te  
ahuyentarán del pueblo.**

**—Ben, por favor. Me  
conocen.**

**Ben se volvió desde la  
ventana.**

**—¿A quién conocen? A un extraño anciano que vive solo en Taggart Stream Road. Es posible que, de todas maneras, el solo hecho de que no estés casado baste para hacerles pensar que tienes un tornillo flojo. Y yo, ¿en qué puedo respaldarte? Vi el cuerpo, pero nada más. Y aunque fuera de otro modo, dirían que yo no soy del pueblo. Hasta podrían llegar a afirmar**

**que somos una pareja rara y excéntrica.**

**Matt lo miraba con horror creciente.**

**—Una sola palabra. Matt. Es todo lo que hace falta para liquidarte en Salem's Lot.**

**—Entonces no hay nada que hacer.**

**—Sí hay. Tú tienes cierta teoría sobre quién o qué mató a Mike Ryerson. La teoría es relativamente simple de comprobar o desechar, creo. Yo estoy en**

**un lío de mil demonios. No puedo creer que estés loco, y tampoco puedo creer que Danny Glick haya vuelto de entre los muertos para chuparle la sangre a Mike Ryerson una semana antes de matarlo. Pero voy a poner a prueba la idea, y tú tienes que ayudarme.**

**—¿Cómo?**

**—Llama a tu médico...**

**¿Cody, se llama? Y después a Parkins Gillespie. Deja que ellos se hagan cargo.**

**Cuenta las cosas como si no hubieras oído nada durante la noche. Fuiste al bar de Dell y te sentaste con Mike. Te contó que se había sentido enfermo desde el domingo pasado, y le invitaste a que fuera a tu casa. A eso de las tres y media de la madrugada, subiste para ver cómo estaba, no pudiste despertarlo y me llamaste. —¿Y eso es todo?**

**—Todo. Cuando hables con Cody, no le digas siquiera que está muerto.**

**—Que no está...**

**—Mierda, ¿cómo podemos saber nosotros que lo esta?**

**—estallo Ben—. Tú le tomaste el pulso y no se lo encontraste; yo traté de sentirle el aliento y no lo conseguí. Si yo supiera que a mí me enterrarán sobre esa**

**base, pondría el grito en el cielo. Y mucho más**

**teniendo el aspecto de vida que él tiene.**

**—Eso te preocupa tanto como a mí, ¿verdad?**

**—Sí me preocupa — admitió Ben—. Parece una figura de cera.**

**—Bueno —suspiró Matt—. Lo que dices es sensato... lo más sensato que se puede ser en una situación como ésta. Imagino que yo debía parecer un chinado... Pero supongamos (como hipótesis, nada mas) que mi**

**sospecha inicial fuera  
correcta. ¿Aceptarías una  
remota posibilidad de que  
Mike pudiera... volver?**

**—Como te he dicho, esa  
teoría es fácil de probar o  
desechar. Y no es lo que  
más me preocupa.**

**—¿Qué es?**

**—Espera. Primero lo más  
importante. Probarla o  
desecharla no tiene por qué  
ser más que un ejercicio de  
lógica... una exclusión de  
posibilidades. Primera  
posibilidad: Mike murió de**



**alguna enfermedad. ¿Cómo se confirma o se desecha eso? Matt se encogió de hombros.**

**—Con un examen médico, imagino.**

**—Exactamente. Y del mismo modo se confirma o se descarta una jugada sucia. Si alguien lo envenenó o le disparó o le dio un postre envenenado...**

**—No sería la primera vez que un asesinato no se aclara.**

**—Seguro que no. Pero apuesto por el médico que lo examine.**

**—¿Y si el veredicto del médico es «causa desconocida»?**

**—Entonces —respondió lentamente Ben—, podemos ir a visitar su tumba después del funeral, para ver si se levanta. Si lo hace, lo que me resulta**

**inconcebible, nos  
convenceremos. Si no, nos  
encontraremos frente  
al hecho que a mí me  
preocupa.**

**—Mi locura —articuló  
lentamente Matt—. Ben, te  
juro que esas marcas  
existían y que oí cómo se  
levantaba la ventana, y  
que...**

**—Te creo —le interrumpió  
Ben en voz baja,  
Matt se detuvo. Su  
expresión era la de un  
hombre que se ha**

**preparado para recibir un golpe, sin que éste le llegue.**

**—¿De veras? —preguntó con incertidumbre.**

**—Digámoslo de otra manera. Me niego a, creer que estés loco o que hayas tenido una alucinación.**

**Una vez tuve una experiencia..., una experiencia relacionada con esa maldita casa de la colina... que me hace**

**comprender a la gente que cuenta cosas que parecen imposibles a la luz de la razón. Algún día te la contaré.**

**—¿Por qué no ahora?**

**—No hay tiempo. Tienes que hacer esas llamadas. Y a mí me queda una pregunta por hacer**

**¿Tienes enemigos?**

**—Ninguno que pudiera llegar a este extremo.**

**—¿Un ex alumno, tal vez?  
¿Algún resentido?**

**Matt, que sabía exactamente hasta qué punto influía sobre la vida de sus alumnos, rió discretamente.**

**—Está bien, creo en tu palabra. —Ben sacudió la cabeza—. Esto no me gusta. Primero ese perro que aparece ensartado en las rejas del cementerio. Después Ralphie Glick desaparece, su hermano muere y Mike**

**Ryerson también. Tal vez todo eso esté vinculado de algún modo. Pero... no puedo creerlo. —Mejor será que llame a Cody —dijo Matt, mientras se ponía de pie—. Parkins debe de estar en su casa.**

**—También puedes avisar en el instituto que estás enfermo.**

**—Es cierto. —Matt rió sin ganas—. Será la primera vez que diga algo así en tres años.**

**Fue a la sala y desde allí  
empezó a hacer las  
llamadas, esperando, al  
terminar de marcar cada  
número,  
que el sonido del teléfono  
despertara á los  
durmientes. Cody debía de  
estar de guardia, porque su  
mujer le dio  
otro número. Después de  
marcarlo, Matt preguntó  
por Cody, y cuando éste se  
puso al aparato dio  
comienzo a  
su relato.**



**—Jimmy estará aquí  
dentro de una hora —  
anunció al colgar.**

**—Está bien —asintió Ben  
—. Yo voy arriba.**

**—No toques nada.**

**—Descuida.**

**Llegaba al descanso del  
piso inferior cuando oyó  
que Matt contestaba por  
teléfono las preguntas de  
Parkins Gillespie. Cuando  
Ben enfiló el pasillo, las  
palabras se convirtieron en  
un murmullo de fondo.**

**Esa sensación de terror a medias recordado, a medias imaginado, volvió a embargarle mientras contemplaba la puerta de la habitación de huéspedes. Mentalmente, podía verse avanzando para abrirla. A los ojos de un niño, la habitación parece más grande. El cuerpo está tendido tal como lo dejaron, con el brazo izquierdo colgando, rozando el suelo, la mejilla**

**izquierda descansando  
sobre la almohada. De  
pronto los ojos  
se abren, inundados por un  
triunfo inexpresivo,  
animal. La puerta se cierra  
de un golpe. El brazo  
izquierdo se  
levanta, la mano  
convertida en una garra, y  
los labios esbozan una  
sonrisa lobuna que muestra  
los grandes  
incisivos...**

**Avanzó y abrió la puerta,  
con dedos tensos. Las  
bisagras chirriaron apenas.  
El cuerpo yacía en la  
posición en que lo habían  
dejado, con el brazo  
izquierdo caído, la mejilla  
izquierda  
apoyada sobre la  
almohada...**

**—Parkins ya viene —  
anunció Matt desde el  
vestíbulo de abajo, y Ben  
estuvo a punto de gritar.**

**Ben pensaba en lo apropiada que había sido su frase: «Deja que ellos se hagan cargo.» Era algo tan semejante a un mecanismo, a uno de esos elaborados juguetes alemanes en que un mecanismo de relojería y ruedas dentadas pone en movimiento dos figuras que se mueven en una danza complicada.**

**Parkins Gillespie fue el primero en llegar, con una corbata verde adornada**

**con un alfiler con la  
insignia  
del Cuerpo de Veteranos.  
En sus ojos quedaban aún  
vestigios de sueño. Anunció  
que había avisado al juez  
del  
condado.**

**—Aunque no venga  
personalmente él —dijo,  
mientras se metía un Pall  
Mall en la comisura de la  
boca—**

**, mandará un delegado.  
¿Han tocado el cadáver?**

**—Tiene un brazo fuera de la cama —explicó Ben—.**

**Yo traté de levantárselo, pero volvió a caer.**

**Parkins lo miró de arriba abajo, pero no dijo nada.**

**Ben pensó en el horrible ruido que habían hecho los nudillos sobre el suelo de madera, y sintió que su vientre se revolvía. Tragó saliva.**

**Matt los condujo arriba y Parkins rodeó al cuerpo.**

**—Oigan, ¿están seguros de que está muerto? —**

**preguntó finalmente—.**

**¿Han tratado de despertarlo?**

**James Cody, doctor en medicina, fue el siguiente en llegar; acababa de atender un parto en Cumberland.**

**Una vez hubieron terminado con las cortesías («Encantado de conocerle»), dijo Parkins Gillespie mientras encendía otro cigarrillo), Matt volvió a guiarlos a todos arriba. Bastaría con**



**que todos supiéramos tocar  
algún  
instrumento, pensó Ben,  
para ofrecerle una hermosa  
despedida al muchacho.  
Y otra vez sintió que la risa  
le cosquilleaba en la  
garganta.**

**Cody apartó la sábana y  
miró el cuerpo. Ben se  
quedó atónito ante la calma  
con que Matt Burke dijo:  
—Me hizo pensar en lo que  
dijiste del chico de los  
Glick, Jimmy.**

—Eso fue un secreto, señor Burke —dijo suavemente Jimmy Cody—. Si la familia Glick descubriera que usted ha dicho eso, podrían procesarme.

—¿Y ganarían?

—No, probablemente no —dijo Jimmy, y suspiró.

—¿Qué es eso del chico de los Glick? —preguntó Parkins, frunciendo el entrecejo.

—Nada —respondió Jimmy—. No tiene importancia.

**Escuchó con el  
estetoscopio, refunfuñó,  
levantó un párpado y envió  
un destello de luz sobre el  
ojo  
vidrioso.**

**Ben vio cómo la pupila se  
contraía y suspiró de  
asombro.**

**—Interesante reflejo, ¿no?**

**—comentó Jimmy. Cuando  
soltó el párpado, éste se  
deslizó hacia abajo con  
grotesca lentitud, como si el  
cadáver les hiciera un**

**guiño—. En el hospital  
John Hopkins, David Prine  
observó contracción  
pupilar en algunos  
cadáveres hasta pasadas  
nueve horas.**

**—Ahora se ha vuelto un  
erudito —gruñó Matt—.  
Hay que ver las notas que  
solía sacar en composición.**

**—Es que a usted no le  
gustaba que escribiera  
sobre disecciones, viejo  
rezongón —contestó  
Jimmy con**

**aire ausente, y sacó un martillito.**

**Está bien, pensó Ben. No pierde sus modales de cabecera aunque el paciente sea, como diría Parkins, un cadáver. La risa volvió a agitarse en su interior.**

**—¿Muerto? —preguntó Parkins, mientras echaba la ceniza en un florero vacío. Matt dio un respingo.**

**—Vaya si lo está —respondió Jimmy.**

**Se levantó, retiró la sábana hasta los pies y golpeó la rodilla derecha. Los dedos permanecieron inmóviles. Ben notó que Mike Ryerson tenía callosidades amarillentas en la planta de los pies, en el talón y en el empeine, y recordó aquel poema de Wallace Stevens sobre la mujer muerta. —Que esto sea el final de la apariencia —citó erróneamente—. El único**

**emperador es el emperador  
de  
los helados.**

**Matt le miró sobresaltado,  
y por un momento su  
dominio de sí pareció  
vacilar.**

**—¿Qué es eso? —preguntó  
Parkins.**

**—Un poema —explicó  
Matt—. Un fragmento de  
un poema sobre la muerte.**

**—A mí me suena más a  
chiste —declaró Parkins, y  
otra vez volvió a echar la  
ceniza en el florero.**

**6**

**—¿Nos conocemos? —  
preguntó Jimmy a Ben.**

**—Os han presentado, pero  
de pasada —explicó Matt  
—. Jimmy Cody, nuestro  
matasanos. Ben Mears,  
nuestro escriba.**

**—Siempre ha tenido ese  
tipo de humor —apuntó  
Jimmy—. Fue así como  
hizo todo su dinero.**

**Se estrecharon la mano por  
encima del cadáver.**

**—Ayúdeme a darle la  
vuelta, señor Mears.**



**Con cierta repugnancia,  
Ben colaboró en poner el  
cuerpo boca abajo. Aún no  
había adquirido el rigor  
mortis. Jimmy observó la  
espalda y después le bajó  
los calzoncillos en las  
nalgas.**

**—¿Para qué hace eso? —  
preguntó Parkins.**

**—Estoy tratando de  
establecer la hora de la  
muerte por la lividez de la  
piel —explicó Jimmy—.**

**Cuando**

**se interrumpe el bombeo,  
la sangre tiende a buscar el  
nivel más bajo, como  
cualquier otro fluido.**

**—Sí, como en ese anuncio  
de Drano. Ésa es tarea del  
forense, ¿no?**

**—Usted sabe que  
mandarán a Norbert —  
respondió Jimmy—. Y a  
Brent Norbert jamás le ha  
molestado  
que sus amigos le ayuden  
un poco.**

**—Norbert sería incapaz de  
encontrarse el ombligo —**

**declaró Parkins, y arrojó la colilla del cigarrillo por la ventana abierta—. Esta ventana ha perdido la cortina, Matt; cuando llegué estaba abajo, caída en el césped.**

**—¿Ah sí? —preguntó Matt, controlando la voz.**

**—Así es.**

**Cody había sacado un termómetro de su maletín; se lo introdujo a Ryerson en el ano y dejó su reloj sobre la sábana almidonada, donde brilló al**

**recibir la luz del sol. Eran las siete menos cuarto.**

**—Voy abajo —anunció Matt roncamente.**

**—Sí, podéis iros —asintió Jimmy—. Yo tardaré un poco más. ¿Podría preparar café, señor Burke?**

**—Ahora mismo.**

**Todos salieron y fue Ben el que cerró la puerta. Una última mirada le dejó grabada la escena: la luminosa habitación bañada por el sol, la**

**sábana limpia, recogida, el  
reloj de pulsera que  
arrojaba brillantes  
destellos de luz sobre el  
empapelado, y el propio  
Cody, con su pelo rojo  
fuego, inmóvil junto al  
cadáver como  
si fuera un grabado.**

**Matt estaba preparando el  
café cuando apareció  
Brenton Norbert, el  
ayudante del forense, en un  
viejo**

**Dodge gris. Entró  
acompañado de otro**

**hombre que llevaba una  
cámara.**

**—¿Dónde está? —**

**preguntó Norbert.**

**Con el pulgar, Parkins  
Gillespie indicó las  
escaleras.**

**—Jim Cody está arriba.**

**—Bien —repuso Norbert, y  
subió por las escaleras  
junto con el fotógrafo.**

**Parkins Gillespie se sirvió  
crema con el café hasta que  
se le volcó sobre el platillo,  
la probó con el**

**pulgar, se lo limpió en los pantalones, encendió otro Pall Malí y preguntó:**

**—¿Cuál es su papel en esto, señor Mears?**

**De modo que Ben y Matt empezaron con su pequeño número preparado, sin decir ninguna mentira, pero**

**evitando decir lo suficiente para quedar unidos por un tenue vínculo de conspiración, y lo suficiente para que**

**Ben se preguntara con inquietud si estaría ocultando una inofensiva chifladura o algo más serio, algo oscuro.**

**Recordó que Matt había dicho que le había llamado porque creía que era la única persona en Salem's Lot que podía prestar oídos a semejante historia. Fueran cuales fueran las flaquezas mentales de Matt Burke, pensó**



**Ben, entre ellas no se contaba la incapacidad para discernir caracteres. Y eso también le puso nervioso.**

**7**

**A las 9,30 todo estaba concluido.**

**Cari Foreman había mandado su furgón para recoger el cuerpo de Mike Ryerson, y con él su muerte se**

**hizo pública en el pueblo.**

**Jimmy Cody había vuelto a**

**su consulta, Norbert y el fotógrafo habían ido a Portland a hablar con el juez.**

**Parkins Gillespie se detuvo un momento en la escalinata, mirando cómo el furgón se alejaba lentamente por el camino. Un cigarrillo pendía de sus labios.**

**—Tantas veces como Mike estuvo al volante, apuesto a que jamás imaginó que pronto le llevarían a él**

**detrás. —Se volvió hacia Ben—. Usted no se va todavía del pueblo, ¿verdad?**

**—No, no me voy.**

**—Hice que los federales y la policía estatal de Maine en Augusta investigaran sobre usted —le informó—. No tiene antecedentes delictivos.**

**—Siempre es bueno saberlo —dijo Ben.**

**—He oído decir que está saliendo con la hija de Bill Norton.**

**—Culpable —confesó Ben.**

**—Es una buena hija —  
comentó Parkins.**

**El furgón ya se había  
perdido de vista; hasta el  
ruido del motor se había  
debilitado en un zumbido  
que**

**terminó por extinguirse.**

**—Me parece que  
últimamente no sale mucho  
con Floyd Tibbits.**

**—¿No tendrá usted que  
preparar su informe,  
Parkins? —le azuzó  
suavemente Matt.**

**Gillespie suspiró y arrojó la colilla al suelo.**

**—Desde luego que sí. Por triplicado, no doblar ni arrugar. Durante las dos últimas semanas, el trabajo me ha traído más líos que una ramera histérica. Esa casa de los Marsten debe de tener alguna maldición. Ben y Matt siguieron con rostros imperturbables.**

**—Bueno, me voy —  
Después de abrir la puerta del coche, se volvió hacia ellos—. No me estarán**

**ocultando algo, ¿verdad?**

**—Parkins, no hay nada que ocultar —respondió Matt—. Está muerto.**

**Los ojos descoloridos les miraron un momento más, penetrantes y vivaces bajo las cejas en arco.**

**Después, Parkins suspiró.**

**—Supongo —asintió—.**

**Pero todo es muy raro. El perro, el chico de los Glick, el otro chico de los Glick, y ahora Mike... Para un pueblo de mala muerte como éste, es un año**

**maldito. Mi abuela solía decir que las calamidades vienen de tres en tres, no de cuatro en cuatro.**

**Subió al coche, puso en marcha el motor y dio marcha atrás por el camino de entrada. Poco después desaparecía del otro lado de la colina, con un bocinazo de despedida.**

**Matt dejó escapar un profundo suspiro.**

**—Asunto concluido.**

**—Sí —asintió Ben—. Estoy exhausto. ¿Y tú?**

**—También, pero me siento... colocado. ¿Conoces la palabra, en el sentido en que la usan los chicos?**

**—Sí.**

**—Dios, debes de pensar que soy un lunático. —Se frotó la cara con la mano —. A la luz del día parece el delirio de un loco, ¿no?**

**—Sí y no —respondió Ben, y apoyó una mano tímida**



**en el hombro de Matt—. Gillespie tiene razón, sabes. Está sucediendo algo raro. Y estoy convencido de que tiene relación con la casa de los Marsten. Aparte de mí, la gente de allí arriba son los únicos nuevos en el pueblo. Y sé que yo no he hecho nada. El proyecto de ir allí esta noche, ¿sigue en pie? ¿La expedición de bienvenida? —Si quieres...**

**—Yo sí. Ve a dormir un rato, que yo iré a ver a Susan y esta tarde te pasaremos a buscar.**

**—De acuerdo. —Matt hizo una pausa—. Hay otra cosa que me preocupa desde que hablaste de la autopsia...**

**—¿Qué es?**

**—La risa que oí... o que me pareció oír, era una risa de niño. Horrible y despiadada, pero una risa de**

**niño. En relación con lo que contó Mike, ¿no te hace pensar en Danny Glick?**

**—Sí, claro que sí.**

**—¿Sabes en qué consiste el procedimiento para embalsamar?**

**—No exactamente. Se le retira la sangre al cadáver y se sustituye con algún fluido. Solían usar formaldehído, pero ahora debe de haber métodos más modernos. Y se retiran las vísceras del cadáver.**

**—Me pregunto si todo eso se lo hicieron a Danny —  
repuso Matt, mirándole.**

**—¿Conoces lo suficiente a  
Cari Foreman para  
preguntárselo?**

**—Sí, creo que podría  
encontrar la forma.**

**—Pues no dejes de hacerlo.**

**—De acuerdo.**

**Los dos se miraron un  
momento más, y la mirada  
que intercambiaron,  
aunque amistosa, tenía algo  
indefinible; por parte de  
Matt, la inquietud**

**obstinada del hombre  
racional que se ha visto  
obligado a hablar  
irracionalmente; por la de  
Ben, una especie de miedo  
impreciso ante fuerzas que  
no podía entender lo  
suficiente para definir las.**

**8**

**Cuando Ben entró, Eva  
estaba planchando  
mientras seguía un  
concurso por televisión. En  
ese momento  
el premio llegaba a  
cuarenta y cinco dólares, y**

**el animador estaba sacando  
números telefónicos de un  
gran  
recipiente de cristal.**

**—Ya me he enterado —  
comentó Eva mientras él  
abría la nevera para sacar  
una coca-cola—. Qué  
horror,  
pobre Mike.**

**—Espantoso. —Ben sacó  
del bolsillo de la camisa el  
crucifijo con su cadena.**

**—¿No saben qué...?**

**—Todavía no —respondió  
Ben—. Estoy muy cansado,**

**señorita Miller. Creo que dormiré un rato.**

**—Bien. Ese cuarto de arriba es caluroso a mediodía, incluso en esta época del año. Si quiere, ocupe el de abajo. Las sábanas están limpias.**

**—No» gracias. En el mío conozco todos los ruidos.**

**—Sí, una persona se acostumbra a lo que es suyo —asintió ella—.**

**¿Para qué quería el señor Burke el**

**crucifijo de Ralph?**

**Ben se detuvo antes de  
empezar a subir por las  
escaleras.**

**—Creo que Matt debió de  
pensar que Mike Ryerson  
era católico.**

**Eva colocó otra camisa en  
el extremo de la tabla de  
planchar.**

**—Pues tendría que saber  
que no lo era. Después de  
todo, Mike fue su alumno  
en la escuela, y en su  
familia todos eran  
luteranos.**



**Ben no supo qué responder. Subió las escaleras, se desvistió y se metió en la cama. Se durmió enseguida, pero no soñó nada.**

**9**

**Cuando despertó eran las cuatro y cuarto. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y se había destapado mientras dormía. De todas maneras, sentía la cabeza despejada. Los acontecimientos de la mañana parecían**

**lejanos e inciertos, y las fantasías de Matt Burke no eran tan apremiantes. Lo que tenía que hacer esa noche era distraerle y hacer que se divirtiera, si eso era posible.**

**10**

**Decidió llamar a Susan desde el bar de Spencer para reunirse allí. Podían ir hasta el parque, y allí Ben le contaría toda la historia. Escucharía la opinión de**

**ella mientras iban a ver a  
Matt, y una vez en casa de  
éste,**

**Susan podría escuchar su  
versión y completar su  
juicio. Después irían a la  
casa de los Marsten. La  
idea le**

**provocó un escalofrío.**

**Tan perdido estaba en sus  
propios pensamientos que  
no advirtió que alguien  
estaba esperándole en su  
coche hasta que la puerta  
se abrió y la alta figura se**

**apeó. Por un momento su mente estuvo demasiado aturdida para controlar su cuerpo, que retrocedió ante lo que a primera vista le pareció un espantapájaros animado. Los rayos oblicuos del sol destacaban la figura con un detalle nítido y cruel: el viejo sombrero de fieltro encajado hasta las orejas, las gafas de sol, el raído abrigo con el cuello levantado, las manos**

**enfundadas en gruesos  
guantes de goma verde.  
—¿Quién...? —fue lo único  
que Ben tuvo tiempo de  
articular.**

**La figura se le acercó. Los  
puños se cerraron. Ben  
sintió un olor amarillento y  
rancio en el que reconoció  
la naftalina. Oía también  
respirar trabajosamente.  
—Tú eres el hijo de puta  
que me ha robado a mi  
chica —le acusó Floyd  
Tibbits con voz áspera y sin**

**inflexiones—. Te voy a matar.**

**Y mientras Ben seguía tratando de comprender todo eso, Floyd Tibbits se le echó encima.**

**NUEVE**

**SUSAN (II)**

**1**

**Susan llegó a Portland pasadas las tres de la tarde, y entró en la casa cargada con tres crujientes bolsas de papel marrón de unos grandes almacenes; había vendido dos cuadros por**

**poco más de ochenta  
dólares y  
había decidido hacer  
algunas compras. Dos  
faldas nuevas y una  
chaqueta de punto.**

**También habría podido...**

**—¿Suze? —llamó su  
madre—. ¿Eres tú?**

**—Sí. He traído...**

**—Ven aquí, Susan, quiero  
hablar contigo.**

**La muchacha reconoció  
instantáneamente el tono,  
aunque no lo hubiera oído  
con esa precisión desde la**

**época del instituto, cuando las discusiones por el largo de los dobladillos y por los amigos se sucedían un día tras otro.**

**Dejó las bolsas y se dirigió a la sala. Su madre había ido mostrándose cada vez más fría respecto del tema de Ben Mears, y Susan imaginó que ahora iba a decir su última palabra.**

**La señora Norton estaba sentada en la mecedora,**



**junto a la ventana,  
tejiendo. El televisor estaba  
apagado. La unión de  
ambas cosas configuraba  
un signo ominoso.**

**—Imagino que no te has  
enterado de la última  
noticia, con lo temprano  
que te fuiste esta mañana  
—dijo,**

**mientras las agujas se  
movían tan rápidamente  
que se enredaron en la lana  
verde oscuro con que  
trabajaba en**

**pulcras hileras. Alguna  
bufanda para el invierno.**

**—¿La última?**

**—Anoche, Mike Ryerson  
murió en casa de Matthew  
Burke, y quién iba a estar  
presente ante el lecho de  
muerte sino tu amigo el  
escritor.**

**—Mike... Ben... ¿Qué?  
La señora Norton esbozó  
una sonrisa hosca.**

**—Mabel me llamó esta  
mañana y me lo contó. El  
señor Burke dice que**

**anoche se encontró con  
Mike en  
la taberna de Delbert  
Markey (realmente, no me  
explico qué se le ha perdido  
a un profesor por los bares)  
y  
que se lo llevó consigo a  
casa porque Mike no se  
sentía bien. Murió durante  
la noche. ¡Y aparentemente  
nadie  
sabe qué hacía allí el señor  
Mears!**

**—Los dos se conocen —  
reflexionó Susan, ausente**

**—. En realidad, Ben dice que se entendieron tan bien... ¿Qué ha pasado con Mike, Ma?**

**Pero la señora Norton no se iba a dejar apartar tan fácilmente del tema.**

**—Sea como fuere, hay quien piensa que ya hemos tenido demasiadas emociones en Salem's Lot desde que apareció por aquí el señor Mears.**

**—¡Qué estupidez! —  
replicó Susan, exasperada  
—. Ahora, dime si Mike...  
—Eso no se sabe todavía —  
dijo la señora Norton. Hizo  
girar el ovillo de lana y lo  
aflojó—. Hay quien  
piensa que pudo haberse  
contagiado una  
enfermedad del niño de los  
Glick.**

**—Entonces, ¿por qué no se  
contagió nadie más? ¿Los  
padres, por ejemplo?**

**—Hay jóvenes que creen  
saberlo todo —comentó la**

**señora Norton, hablando a nadie en particular, mientras las agujas echaban chispas.**

**Susan se levantó.**

**—Iré a ver si...**

**—Vuelve a sentarte un momento —ordenó la señora Norton—. Todavía tengo algo más que decirte.**

**Susan se sentó de nuevo, tratando de mostrarse razonable.**

**—A veces los jóvenes no saben todo lo que hay que saber —señaló Ann**

**Norton. En su voz se insinuaba un híbrido tono de consuelo que a Susan le pareció sospechoso.**  
**—¿Como qué, Ma?**  
**—Bueno, pues parece que ese Ben Mears tuvo un accidente hace unos años, después de la publicación de su segundo libro. Iba en motocicleta. Estaba bebido. Su mujer se mató.**  
**Susan volvió a levantarse.**  
**—No quiero oír nada más.**

**—Te lo estoy diciendo por tu bien —explicó la señora Norton.**

**—¿Quién te lo ha contado?**

**—preguntó Susan. No sentía nada de la vieja cólera impotente, ni la necesidad de correr a su cuarto a llorar, lejos de esa voz tranquila que lo sabía todo. Se sentía simplemente fría y distante, como si flotara en el espacio—. Ha sido Mabel Werts, ¿no?**

**—Eso no tiene importancia. Es la verdad.**



**—Seguro que sí. Además, hemos ganado la guerra de Vietnam, y Jesucristo se pasea todos los días por el centro del pueblo.**

**—A Mabel le pareció una cara conocida —continuó Ann Norton— y se puso a examinar, caja por caja, sus recortes de periódico, y...**

**—¿Te refieres a su colección de escándalos?  
¿De periódicos especializados en astrología y fotos de**

**accidentes automovilísticos y señas de aspirantes a estrellas? Pues vaya fuente de información. —Rió ásperamente.**

**—No hace falta que digas obscenidades. La historia estaba allí, en letras de molde. La mujer, supongamos que era su esposa, iba en el asiento de atrás y él derrapó sobre el asfalto y fueron a estrellarse contra el costado de un camión. El artículo decía**

**que allí mismo le hicieron  
la prueba de alcoholemia.**

**Allí**

**mismo... —acentuó las  
palabras golpeando con  
una aguja el brazo de la  
mecedora.**

**—Entonces, ¿por qué no  
está en prisión?**

**—Estos personajes famosos  
siempre conocen gente —  
repuso su madre con  
tranquila certidumbre—.**

**Si**

**uno tiene dinero suficiente,  
puede salir de cualquier**

**cosa. Y si no, mira de qué situaciones se han salvado los Kennedy.**

**—¿Fue procesado?**

**—Te he dicho que le hicieron un...**

**—Sí, lo has dicho, mamá.**

**¿Pero estaba ebrio?**

**—¡Te he dicho que estaba ebrio! —En sus mejillas habían empezado a aparecer manchas de color —. Si**

**estás sobrio no te hacen la prueba de alcoholemia. ¡ Y**

**su mujer murió! ¡Es lo mismo que el asunto de Chappaquiddick!**

**¡Exactamente!**

**—Me iré a vivir al pueblo**

**—anunció lentamente**

**Susan—. Ya había pensado**

**decírtelo. Es algo que**

**tendría que haber hecho**

**hace mucho tiempo, Ma.**

**Por ti y por mí. He estado**

**hablando con Babs Griffen,**

**y**

**dice que en Sister's Lane**

**hay un sitio adecuado, con**

**cuatro habitaciones...**

**—¡ Ay, estás ofendida! Te he estropeado tu bonita imagen del importantísimo señor Ben Mears y estás tan furiosa que escupirías —comentó su madre con un tono que años atrás era infalible.**

**—Madre, ¿qué te pasa? — preguntó Susan—. No es propio de ti... llegar tan bajo.**

**Ann Norton levantó bruscamente la cabeza. La labor se le resbaló del**

**regazo cuando se levantó  
para  
apoyar ambas manos en los  
hombros de Susan y  
sacudirla.**

**—¡Escúchame! No voy a  
tolerar que andes por ahí  
como una cualquiera con el  
primer afeminado que te  
llena la cabeza de fantasías.**

**¿Me oyes?**

**Susan le propinó una  
bofetada.**

**Los ojos de Ann Norton  
parpadearon y se abrieron**

**de sorpresa y aturdimiento. Durante un momento las dos se miraron, en silencio, espantadas. En la garganta de Susan se formó un nudo. —Me voy arriba —dijo—. El martes, como muy tarde, me marcharé. —Hoy ha venido Floyd —dijo la señora Norton con el rostro aún rígido. Los dedos de su hija le habían dejado unas marcas rojas, como signos de admiración.**



**—Estoy harta de Floyd —  
repuso Susan, impasible—.  
Es mejor que te hagas a la  
idea. Y puedes  
decírselo por teléfono a tu  
amiga Mabel, ¿por qué no?  
Tal vez así te parezca más  
real.**

**—Floyd te ama, Susan.  
Esto le está... haciendo  
daño. Se derrumbó y me lo  
contó todo. Me abrió su  
corazón. —Los ojos le  
brillaban al recordarlo—.  
Finalmente, se confió y  
lloró como un niño.**

**Susan pensó que eso no era propio de Floyd, y se preguntó si su madre estaría inventándolo. La miró fijamente; sus ojos le dijeron que no.**

**—¿Eso es lo que quieres para mí, madre? ¿Un niño llorón? ¿O simplemente te fascina la idea de tener nietos rubios? Imagino que es una preocupación para ti... que no puedes sentir que tu misión ha terminado**

**mientras no me veas  
casada y sometida a un  
hombre bueno a quien tú  
puedas ponerle el pie  
encima. Con un  
tipo que me deje  
embarazada y me convierta  
en señora de su casa sin  
pérdida de tiempo. Ésa es  
tu ilusión,  
¿no? Bueno, ¿nunca has  
pensado en lo que pueda  
querer yo?  
—Susan, tú ni siquiera  
sabes qué quieres.**

**Y lo decía con tan absoluta certidumbre que durante un momento Susan estuvo tentada de creerla. Tuvo una visión de ella y de su madre, para siempre en la misma situación, la madre junto a la mecedora, ella junto a la puerta; sólo que estaban unidas por una madeja de lana verde, de un hilado deshilachado y débil a fuerza de tantos tirones. La imagen se transformó en la**

**de su madre con gorro de  
pescador, con la cinta  
decorada con  
moscas, mientras trataba  
desesperadamente de  
recoger una gran trucha  
que llevaba una camisa  
amarilla  
estampada. Trataba de  
recogerla, por última vez,  
para echarla en la cesta de  
mimbre. Pero ¿con qué  
fin? ¿Para  
comérsela?**

**—Sí, lo sé, mamá. Sé exactamente lo que quiero. Quiero a Ben Mears. Giró sobre sus talones y subió por las escaleras. Su madre corrió tras ella, y la llamó con voz chillona: —¡No puedes alquilar nada si no tienes dinero! —Tengo cien dólares en efectivo y trescientos en el banco —respondió Susan —. Y creo que puedo conseguir trabajo en el bar de Spencer. El señor**

**Labree me lo ha ofrecido varias veces.**

**—Lo único que le interesa es mirarte por debajo de las faldas —advirtió la señora Norton. Su voz había**

**descendido una octava.**

**Buena parte de su enojo se había esfumado, y ahora se sentía asustada.**

**—Pues déjalo. Me pondré los calzones de la abuela.**

**—Tesoro, no hagas locuras —subió un par de**

**escalones—. Lo único que quiero es lo mejor para...**

**—Terminemos, mamá.**

**Lamento haberte abofeteado. He hecho muy mal. Te quiero, pero me voy. Ya es hora, tienes que comprenderlo.**

**—Piénsalo mejor —insistió la señora Norton, ahora tan arrepentida como asustada—. Todavía no creo haber hablado de más. Yo sé lo que son los oportunistas como Ben**



**Mears. Lo único que le  
interesa es...**

**—Basta ya:**

**Susan siguió subiendo. Su  
madre subió un escalón  
más y dijo:**

**—Cuando Floyd se fue de  
aquí estaba en un estado...  
La puerta de la habitación  
de Susan, al cerrarse, la  
dejó con la palabra en la  
boca.**

**La muchacha se arrojó  
sobre su cama, que no  
hacía mucho tiempo había**

**estado decorada con  
animales  
de peluche, entre ellos un  
perro de aguas con una  
radio de transistores en la  
barriga, y se quedó  
mirando la  
pared, tratando de no  
pensar. En la pared tenía  
varios pósters del Club  
Sierra, pero no hacía  
mucho que se  
había visto rodeada de  
pósters de los que venían  
en Rolling Stone y Cream y**

**Crawdaddy, con imágenes  
de  
sus ídolos: Jim Morrison y  
John Lennon, Dave van  
Ronnk y Chuck Berry. Los  
fantasmas de esos días se  
agolparon en su recuerdo  
como mal expuestos  
negativos de la memoria.  
Susan casi podía ver la  
noticia, destacándose entre  
el resto del material  
barato: ANDARIEGO  
JOVEN  
ESCRITOR Y su ESPOSA  
AFECTADOS POR**

**«POSIBLE» ACCIDENTE  
DE MOTO. Lo demás,  
insinuaciones  
cuidadosamente deslizadas.  
Tal vez una foto tomada en  
el lugar del accidente por  
un fotógrafo  
local, demasiado  
sangrienta, del gusto exacto  
de la gente como Mabel.  
Y lo peor era que había  
quedado sembrada una  
semilla de duda. Estúpida.  
¿Acaso pensabas que vivía  
en**

**una nevera antes de que  
llegara aquí? ¿Que llegó  
envuelto en una bolsa de  
celofán esterilizada, como  
los**

**vasos en los moteles?**

**Estúpida. Pero la semilla  
estaba sembrada. Y por eso  
sentía hacia su madre algo  
más**

**que resentimiento  
adolescente... sentía algo  
sombrio que rayaba con el  
odio.**

**Apartó esas ideas, se puso  
un brazo sobre la cara y se**

**sumió en una inquieta  
modorra que fue  
interrumpida por el timbre  
del teléfono, abajo, y  
después en forma más  
definida por la voz de su  
madre:**

**—¡Susan, es para tí!  
Susan bajó, fijándose en  
que eran poco más de las  
cinco y media. El sol se  
retiraba hacia poniente y la  
señora Norton estaba en la  
cocina, empezando a  
preparar la cena. Su padre  
no había llegado todavía.**

**—¿Sí?**

**—¿Susan? —La voz era familiar, pero ella no pudo reconocerla inmediatamente.**

**—Sí, ¿quién habla?**

**—Soy Eva Miller. Tengo que darte una mala noticia.**

**—¿Le ha pasado algo a Ben? —De pronto se quedó sin saliva y se llevó la mano a la garganta. La señora Norton había salido de la cocina y la miraba desde la puerta, con una espátula en la mano.**

**—Bueno, hubo una pelea.  
Esta tarde apareció por  
aquí Floyd Tibbits...**

**—¡Floyd!**

**Ante su tono de voz, la  
señora Norton dio un paso  
atrás.**

**—... y le dije que el señor  
Mears estaba durmiendo.  
Dijo que estaba bien, tan  
cortésmente como siempre,  
pero iba vestido de una  
manera rarísima. Le  
pregunté si se sentía bien.  
Llevaba un abrigo  
viejísimo y un**



**sombrero extravagante, y no sacó las manos de los bolsillos. Ni me acordé de mencionárselo al señor Mears**

**cuando se levantó. Ha habido tantas emociones...**

**—¿Qué sucedió? — preguntó Susan.**

**—Bueno, Floyd le golpeó— dijo Eva—. Ahí mismo, en mi aparcamiento. Sheldon Corson y Ed Craig salieron y los apartaron.**

**—¿Y Ben? ¿Está bien?**

**—Creo que no.**

**—¿Qué tiene? —Susan aferraba el auricular.**

**—Con el último golpe que le dio, Floyd arrojó al señor Mears contra un coche, y se golpeó en la cabeza.**

**Cari Foreman lo llevó al hospital, y estaba inconsciente. Es lo único que sé. Si tú...**

**Susan colgó, corrió al armario y sacó su abrigo de la percha.**

**—Susan, ¿qué pasa?**

**—Ese encanto de Floyd Tibbits —respondió Susan,**

**sin darse cuenta de que  
había empezado a llorar—  
ha mandado a Ben al  
hospital.**

**Sin esperar respuesta, salió  
corriendo.**

**2**

**Llegó al hospital a las seis y  
media y se sentó en una  
incómoda silla de plástico a  
hojear, sin verlo, un  
ejemplar de Good House-  
keeping. Había pensado en  
ir a llamar a Matt Burke,  
pero la idea de que el  
médico**

**viniera y no la encontrara  
la detuvo.**

**Los minutos se arrastraban  
en el reloj de la sala de  
espera, hasta que a las siete  
menos diez apareció un  
médico con un montón de  
papeles en la mano.**

**—¿La señorita Norton? —  
preguntó.**

**—Sí. ¿Cómo está Ben?**

**—No puedo responder a  
eso por el momento. Parece  
bien —agregó al ver el  
espanto que se reflejó en su**

**rostro—, pero estará en  
observación dos o tres días.  
Tiene una fractura en el  
nacimiento del pelo,  
contusiones  
múltiples y un ojo  
completamente negro.**

**—¿Puedo verle?**

**—No, esta noche no. Está  
bajo el efecto de sedantes.**

**—¿Y un minuto, por  
favor? Sólo un minuto.**

**Él suspiró.**

**—De acuerdo. Es probable  
que esté dormido. Si él no  
le habla, no le diga nada.**

**La llevó hasta el tercer piso y después la condujo a una habitación situada al fondo de un pasillo que olía a desinfectante. El hombre que estaba en la otra cama, leyendo una revista, los miró inexpresivamente. Ben estaba acostado con los ojos cerrados; una sábana le cubría hasta el mentón. Estaba tan pálido e inmóvil que durante un terrible momento Susan tuvo la seguridad de que**

**estaba muerto, de que se  
les había  
ido mientras ella y el  
médico hablaban abajo.  
Después advirtió el  
movimiento lento y regular  
del pecho, y  
sintió un intenso alivio. Le  
miró el rostro, pero no veía  
las marcas y moraduras.  
Afeminado, había dicho su  
madre, y Susan veía de  
dónde había sacado la idea.  
Los rasgos eran acentuados  
pero delicados (ojalá  
hubiera**

**una palabra mejor que  
«delicado», que era la que  
uno usaría para describir a  
la bibliotecario, que en sus  
ratos  
de ocio escribía pomposos  
sonetos a los narcisos; pero  
Susan no encontraba otra).  
Lo único que parecía viril  
en el sentido tradicional  
era el pelo, negro y espeso,  
que parecía casi flotar  
sobre la cara. El vendaje  
blanco en**



**el lado izquierdo, sobre la sien, se destacaba en un elocuente contraste.**

**Te amo, pensó Susan.**

**Cúrate, Ben. Cúrate y termina tu libro para que podamos irnos de Salem's Lot, si**

**es que me quieres. Solar se ha puesto en contra de nosotros.**

**—Creo que es mejor que ahora se vaya —indicó el médico—. Tal vez mañana...**

**Ben se movió y emitió un leve gruñido. Los párpados se abrieron lentamente, se cerraron, volvieron a abrirse. Tenía los ojos enturbiados por el sedante, pero en ellos se leyó que había advertido la presencia de Susan. Movi3 una mano hacia la de ella. Los ojos de Susan se llenaron de l3grimas; sonri3 y le apret3 la mano.**

**Ben movió los labios y ella se inclinó para oírlo.**

**—Son... tipos duros los de... este pueblo, ¿eh?**

**—Ben, ¡lo siento tanto!**

**—Creo que... le rompí un par de dientes antes de que... me aturdiera — susurró Ben—. No está mal para un escritor...**

**—Ben...**

**—Ya es suficiente, señor Mears —intervino el médico—. Demos tiempo a que el calmante haga su**

**efecto.**

**Ben lo miró.**

**—Un minuto más... por favor.**

**El médico levantó los ojos al cielo.**

**—Lo mismo dijo ella.**

**Los párpados de Ben volvieron a bajarse, luego se abrieron con dificultad. Sus labios dijeron algo ininteligible.**

**Susan se le acercó más.**

**—¿Qué, mi vida?**

**—¿Es ya... de noche?**

**—Sí.**

**—¿Quieres ir a ver...?**

**—¿A Matt?**

**Un gesto de asentimiento.**

**—Dile... que yo he dicho  
que te lo contara todo.**

**Pregúntale si... conoce al  
padre Callahan. Él  
entenderá.**

**—Está bien. Le daré el  
mensaje. Duérmete ahora,  
cariño.**

**—Gracias. Te... quiero.  
Murmuró algo más, lo  
repitió y los ojos se le  
cerraron. Su respiración se  
hizo más profunda.**

**—¿Qué le ha dicho? —  
preguntó el médico.**

**Susan le miró con ceño.**

**—Algo como «echa el  
cerrojo a las ventanas» —  
dijo.**

**3**

**Eva Miller y Weasel Craig  
estaban en la sala de espera  
cuando Susan fue a recoger  
su abrigo. Eva  
llevaba una vieja chaqueta  
con un estropeado cuello de  
piel, obvio recuerdo de  
tiempos mejores, y Weasel**

**flotaba dentro de un enorme anorak de motorista. Susan se sintió más animada al verlos.**

**—¿Cómo está? —preguntó Eva.**

**—Creo que no será nada. Susan le contó el diagnóstico del médico y Eva se tranquilizó.**

**—Cuánto me alegro. El señor Mears me parece una excelente persona. En mi casa jamás sucedió algo así. Y Parkins Gillespie tuvo que encerrar a Floyd**

**en la celda para  
borrachos... aunque no  
parecía borracho.**

**Más bien como... dopado y  
confundido.**

**Susan sacudió la cabeza.**

**—Eso es muy raro en  
Floyd...**

**Se produjo un incómodo  
momento de silencio.**

**—Ben es un hombre  
estupendo —declaró**

**Weasel, y palmeó la mano  
de Susan—. Se repondrá en  
un**



**abrir y cerrar de ojos.**

**Espera y verás.**

**—De eso estoy segura. —**

**Susan le cogió la mano—.**

**Eva, ¿el padre Callahan es  
el sacerdote de St.**

**Andrew?**

**—Sí, ¿por qué?**

**—Oh... por curiosidad.**

**Escuchad, os agradezco**

**que hayáis venido. Si**

**pudierais volver mañana...**

**—Seguro que sí —**

**respondió Weasel—. ¿No es**

**verdad, Eva? —le pasó un**

**brazo por la cintura. El tramo era largo, pero finalmente lo completó.**

**—Sí que vendremos.**

**Susan los acompañó hasta el aparcamiento y después regresaron a Salem's Lot.**

**4**

**Matt no respondió a la llamada ni vociferó «¡Adelante!» como era su costumbre.**

**—¿Quién es? —preguntó una voz muy contenida,**

**que a Susan le costó  
reconocer.**

**—Susie Norton, señor  
Burke.**

**Cuando Matt abrió la  
puerta, para Susan fue una  
sorpresa ver cómo había  
cambiado su aspecto.**

**Parecía  
viejo y ojeroso. Un  
momento después advirtió  
que llevaba al cuello un  
pesado crucifijo de oro.  
Había algo tan  
extraño y ridículo en ese  
ornamento que brillaba**

**sobre la camisa de tela  
escocesa que Susan estuvo  
a punto de  
reír, pero se contuvo.**

**—Entra. ¿Dónde está Ben?  
Cuando lo supo, el rostro  
de Matt se ensombreció.**

**—Así que a Floyd Tibbits  
no se le ha ocurrido más  
que hacerse el amante  
agraviado, ¿no? Bueno,  
pues  
no podría haber sucedido  
en un momento más  
inoportuno. Esta tarde a**

**última hora trajeron a  
Mike Ryerson  
de Portland para que  
Foreman prepare el  
funeral. Imagino que  
nuestra visita a la casa de  
los Marsten quedará  
para otra ocasión...**

**—¿Qué visita? ¿Y qué es  
eso de Mike?**

**—¿Quieres café? —  
preguntó Matt con aire  
ausente.**

**—No. Quiero saber qué  
está ocurriendo. Ben me**

**dijo que usted me lo explicaría.**

**—Pues vaya tarea que me encarga. A Ben puede resultarle fácil decir que te lo cuente todo. Hacerlo es más difícil, pero lo intentaré.**

**-¿Qué...?**

**Matt levantó una mano.**

**—Una pregunta antes, Susan. El otro día, tú y tu madre fuisteis a la nueva tienda.**

**—Sí. ¿Por qué?**

**—¿Puedes darme tu impresión del lugar, y más específicamente de su propietario?**

**—¿Del señor Straker?**

**—Sí.**

**—Bueno, como persona es encantador. Tiene modales de cortesano, si quiere una palabra para definirlo.**

**Elogió a Glynis Mayberry su vestido, y ella se ruborizó como una colegiala. Y a la señora Boddin le preguntó**

por el vendaje que tenía en el brazo... se había salpicado con aceite caliente, ¿sabe? Entonces le dio una receta para cataplasma y se la escribió. Y cuando vino Male... —Susan rió al recordarlo.

-¿Sí?

—Le ofreció una silla. Pero no una silla, sino una especie de trono. Enorme, de caoba tallada. Él mismo se la trajo desde la trastienda, sin dejar de



**sonreír y de conversar con las demás señoras. Y debía pesar unos cincuenta kilos. La dejó caer en el suelo y acompañó a Mabel a que se sentara; hasta la tomó del brazo. Y ella lo dejó hacer, entre risitas. Si usted ha visto las risitas de Mabel, no le queda nada por ver. Y sirvió café, muy fuerte, pero bueno. —¿A ti te gustó? — preguntó Matt.**

**—Eso es parte de la  
cuestión, ¿no?**

**—Podría ser, sí.**

**—Bueno, entonces le  
explicaré mi reacción como  
mujer. Me gustó y no me  
gustó. Me resultó atractivo,  
creo que con un leve matiz  
sexual. Un hombre mayor,  
muy atento, encantador y  
cortés. Con mirarlo se sabe  
que puede pedir la comida  
en un restaurante francés y  
saber qué vino corresponde  
a cada plato, no sólo si**

**blanco o tinto, sino el año y hasta la bodega.**

**Decididamente, no es de la clase de hombres que hay por aquí,**

**pero de ninguna manera afeminado. Y además,**

**siempre es atractivo un hombre que no se**

**avergüenza de su**

**calvicie. —Sonrió un poco**

**a la defensiva, dándose**

**cuenta de que se había**

**ruborizado.**

**—Pero no te gustó —**

**concluyó Matt.**

**Susan se encogió de  
hombros.**

**—Eso es más difícil de  
decir. Creo... creo que  
percibí cierto desdén bajo  
la superficie. Cierta  
cinismo.**

**Como si estuviera  
representando un papel, y  
representándolo bien, pero  
consciente de que no iba a  
necesitar  
de todos sus recursos para  
engañarnos. Con un toque  
de condescendencia. —  
Miró a Matt con**

**incertidumbre—. Y me pareció que había cierta crueldad en él. No sé por qué.**

**—¿Alguien compró algo?**

**—No mucho, pero no parecía que eso le importara. Mamá le compró un pequeño estante yugoslavo para porcelanas, y la señora Petrie una mesita plegable que es un encanto, pero no vi que le compraran más.  
No**

**parecía disgustado.  
Simplemente pidió a la  
gente que le dijera a sus  
amigos que la tienda estaba  
abierta, que  
fueran a visitarla. Tiene un  
encanto muy europeo.**

**—¿Y te parece que la gente  
se quedó encantada?**

**—En general, sí—  
respondió Susan,  
comparando mentalmente  
el entusiasmo de su madre  
por R. T.**

**Straker con el disgusto inmediato que le había provocado Ben.**

**—¿No viste a su socio?**

**—¿Al señor Barlow? No, está en Nueva York en viaje de negocios.**

**—Me pregunto si es así — caviló Matt para sí mismo**

**—. El esquivo señor Barlow.**

**—Señor Burke, ¿no es mejor que me cuente qué es todo este asunto?**

**Matt suspiró con desánimo.**

**—Supongo que tendré que hacerlo. Lo que acabas de decirme es inquietante. Muy inquietante. Todo concuerda...**

**—No lo entiendo...**

**—Empezaré por mi encuentro con Mike Ryerson en el bar de Dell, anoche... que me parece que ocurrió hace ya un siglo.**

**5**

**Cuando terminó el relato eran las ocho menos veinte,**



**y ambos se habían bebido  
dos tazas de café.**

**—Creo que eso es todo —  
concluyó Matt—. Ahora,  
¿quieres que haga mi  
imitación de Napoleón? ¿O  
que te cuente mis  
conversaciones astrales con  
Toulouse Lautrec?**

**—No se haga el tonto —  
respondió Susan—.**

**Aunque esté sucediendo  
algo, no puede ser lo que  
usted  
piensa.**

**—No estoy seguro.**

**—Si nadie tiene nada  
contra usted, como sugirió  
Ben, entonces es posible  
que sea algo que hizo el  
propio Mike, en un delirio  
o algo así. —Aunque eso no  
sonaba convincente, Susan  
prosiguió—: O tal vez se  
durmió usted sin darse  
cuenta y lo soñó todo. Más  
de una vez yo me he  
quedado dormitando y me  
he perdido  
quince o veinte minutos.  
Matt se encogió de  
hombros.**

**—¿Cómo defiende uno un testimonio que ninguna mente racional puede aceptar al pie de la letra?**

**Oí lo**

**que oí. Y no estaba dormido. Y hay algo que me tiene preocupado... muy preocupado. De acuerdo con las antiguas leyendas, un vampiro no puede entrar simplemente en una casa para chuparle a uno la sangre. No.**

**Tiene que ser invitado.  
Pero anoche, Mike Ryerson  
invitó a entrar a Danny  
Glick. ¡Y yo mismo invité a  
Mike!**

**—¿Le habló Ben de su  
nuevo libro?**

**Él jugueteó con la pipa, sin  
encenderla.**

**—Muy poco. Sólo me dijo  
que está relacionado con la  
casa de los Marsten.**

**—¿No le contó que de niño  
tuvo una experiencia  
traumática en esa casa?  
Matt la miró, sorprendido.**

**—¿Dentro de ella? No.**

**—Entró por un desafío.**

**Quería formar parte de un club, y como prueba le impusieron que entrara en la**

**casa de los Marsten y volviera a salir con algo. Lo hizo, en efecto... pero antes de salir subió hasta el dormitorio del piso alto, donde se ahorcó Hubie Marsten. Cuando abrió la puerta, vio a Hubie allí colgado, y**

**abrió los ojos. Ben salió  
huyendo. Eso ha estado  
carcomiéndole desde hace  
veinticuatro años. Volvió a  
Solar**

**para ver si escribiéndolo  
podía liberarse de ello.**

**—Cristo —murmuró Matt.**

**—Él tiene... cierta teoría  
sobre la casa de los**

**Marsten. En parte es fruto  
de su experiencia, y en  
parte de**

**algunas investigaciones que  
ha hecho sobre Hubert  
Marsten...**

**—¿Y su tendencia a la adoración del demonio?**

**Susan dio un respingo.**

**—¿Cómo lo sabía usted?**

**Matt sonrió.**

**—No todas las habladurías en un pueblo pequeño son públicas. Las hay secretas.**

**Y algunas de las**

**habladurías secretas de**

**Salem's Lot se refieren a**

**Hubie Marsten. Ahora son**

**cosas compartidas entre**

**una**

**docena de las personas más**

**ancianas, tal vez... y una de**

**ellas es Mabel Werts. Fue  
hace mucho tiempo, Susan.  
Pero aun así hay algunas  
historias que nunca pasan  
de moda. Es raro, sabes. Ni  
siquiera Mabel habla de  
Hubie**

**Marsten con nadie ajeno a  
su propio círculo. Hablan  
de su muerte, claro. Y del  
asesinato. Pero si les  
preguntas**

**por los diez años que él y su  
mujer pasaron en esa casa,  
haciendo sabe Dios qué, se  
pone en funcionamiento**



**una especie de regulador...  
una especie de tabú. Se ha  
rumoreado incluso que  
Hubert Marsten  
secuestraba y  
sacrificaba niños pequeños  
a sus dioses infernales. Me  
sorprende que Ben haya  
llegado a averiguar tanto.**

**El**

**secreto referente a ese  
aspecto de Hubie, su mujer  
y su casa, tiene un matiz  
casi tribal.**

**—No fue en Solar donde lo  
supo.**

**—Eso lo explica, entonces. Sospecho que su teoría es una fábula bastante vieja en parapsicología: que los seres humanos producen el mal de la misma manera que producen mocos o excrementos o uñas. Que es algo que no desaparece. Más concretamente, que la casa de los Marsten puede haberse convertido en una especie de generador de perversidad, en una batería donde se recarga el mal.**

**—Sí. Él lo expresó exactamente en esos términos. —Susan le miró con expresión interrogante. Matt respondió con una risita.**

**—Hemos leído los mismos libros. ¿Qué piensas tú, Susan? ¿Cabe algo más que el cielo y la tierra en tu filosofía?**

**—No —respondió ella—. Las casas no son más que casas. El mal muere con la perpetración de actos malignos.**

**—¿Sugieres que la inestabilidad de Ben puede llevarme a conducirlo por la senda de la insania que yo estoy ya recorriendo?**

**—No, claro que no. No es que lo considere insano. Pero, señor Burke, tiene usted que reconocer...**

**—Callate.**

**Matt había inclinado la cabeza hacia adelante. Susan dejó de hablar y escuchó. Nada... a no ser el crujido**

**de una tabla. Le miró y él sacudió la cabeza.**

**—¿Decías?**

**—Únicamente, que por una coincidencia no llegó en buen momento para exorcizar los demonios de su**

**juventud. Se han dicho muchas tonterías por el pueblo desde que se volvió a ocupar la casa de los Marsten y se abrió la tienda... incluso se ha hablado del propio**

**Ben. Se sabe que a veces los ritos de exorcismo escapan de control y se vuelven contra el exorcista. Creo que Ben debe irse de este pueblo, y tal vez también a usted le sentara bien tomarse unas vacaciones.**

**Al hablar de exorcismo se acordó de que Ben le había pedido que mencionara a Matt el sacerdote católico. Siguiendo un impulso, decidió no hacerlo. La razón de que él**

**se lo hubiera pedido  
aparecía ahora  
con toda claridad, pero  
hacerlo no sería más que  
agregar leña a un fuego  
que, en opinión de Susan,  
ardía ya  
con peligrosa fuerza.**

**Cuando Ben se lo  
preguntara, si lo hacía  
alguna vez, le diría que se  
había olvidado.**

**—Yo sé hasta qué punto  
debe parecer una locura —  
dijo Matt—. Hasta para  
mí, que oí levantarse la**

**ventana, y oí esa risa, y esta mañana vi la cortina caída junto a la entrada para coches. Pero si de alguna manera eso calma tus temores, te diré que la reacción de Ben fue muy sensata. Sugirió que partiéramos de que hay que demostrar o descartar una teoría, y que empezáramos por... —De nuevo se interrumpió. Esa vez el silencio se devanó como una madeja,**



**y cuando Matt volvió a hablar, a Susan le asustó la suave certidumbre de su voz.**

**—Hay alguien arriba. La muchacha escuchó. Nada.**

**—Se imagina cosas.**

**—Conozco mi casa — afirmó Matt—. Hay alguien en la habitación de huéspedes... ¿lo oyes?**

**Y esta vez Susan lo oyó. El sonido de una tabla, que crujía como suelen hacerlo las tablas en las casas**

**viejas, sin razón alguna.  
Pero a Susan le pareció que  
en ese ruido había algo  
más... algo de una  
malignidad  
pavorosa.**

**—Voy a subir —anunció  
Matt.**

**La palabra le salió en un  
impulso impensado.  
¿Quién está ahora sentado  
en el rincón de la  
chimenea, se  
preguntó, pensando que el  
viento en los aleros es un  
augurio de muerte?**

**—Anoche me asusté y no hice nada, y las cosas empeoraron. Ahora voy a subir.**

**—Señor Burke...**

**Los dos habían empezado a hablar en voz baja. Como si fuera un gusano, la tensión se les había infiltrado en las venas, entumeciéndoles los músculos. Tal vez había alguien arriba. Algún ladrón.**

**—Habla —dijo Matt—. Cuando yo haya salido,**

**sigue hablando, de cualquier cosa.**

**Y antes de que ella pudiera replicar, se levantó y se dirigió al vestíbulo, avanzando con una agilidad**

**pasmosa. Una vez miró hacia atrás, pero la muchacha no pudo leer su mirada. Matt empezó a subir por las escaleras.**

**Susan sintió que su mente se deslizaba en la realidad, con el rápido giro que**

**habían tomado las cosas.**

**No**

**hacía dos minutos estaban hablando con tranquilidad del tema, bajo la luz de las bombillas eléctricas. Y**

**ahora**

**Susan tenía miedo.**

**Pregunta: Si se pone a un psicólogo en una habitación junto con un hombre que piensa que es Napoleón, y se los deja allí durante un año (o diez o veinte), ¿encontraremos a dos psicólogos o a dos**

**chalados con la mano  
metida en el chaleco?**

**Respuesta: No hay datos  
suficientes para responder.**

**Empezó a hablar:**

**—El domingo, Ben y yo  
pensábamos tomar la  
carretera uno y llegar hasta  
Camden..., ya sabe, el  
pueblo  
donde filmaron La caldera  
del diablo, pero ahora, por  
supuesto, tendremos que  
esperar. Ahí hay una  
preciosa  
iglesia...**

**Descubrió que no le costaba nada seguir divagando, por más que tuviera las manos tensamente entrelazadas sobre el regazo. Su mente consciente estaba tranquila, ajena a toda impresión de historias de sanguijuelas y muertos vivientes. Era de la médula espinal, con su ancestral red de nervios y ganglios, de**

**donde emanaba el terror en oscuras oleadas.**

**6**

**Subir por las escaleras fue lo más difícil que Matt Burke había hecho en su vida. Salvo una cosa, tal vez.**

**A los ocho años había estado en un grupo de boy scouts. La casa principal del campamento estaba a un kilómetro y medio por el camino. Ir hasta allí era muy grato; estupendo,**



**porque uno iba por la tarde, con las últimas luces del día. Pero uno volvía cuando se había iniciado el crepúsculo y la sombras se cernían sobre el camino, largamente retorcidas. Pero si la reunión había sido especialmente entusiasta y se había hecho tarde, había que volver de noche, en plena oscuridad. Solo. Solo. Sí, ésa es la palabra clave, la palabra más tremenda. Asesino no le**

**llega a los talones, e  
infierno no  
es más que un pálido  
sinónimo...**

**Por el camino había una  
iglesia en ruinas, antiguo  
centro de reuniones  
metodistas, que se erguía  
vacilante al final de una  
extensión de hierba  
irregular y quemada por  
las heladas. Cuando uno  
pasaba por  
delante de sus ventanas  
insensatas que lo miraban  
con fijeza, se le moría en**

**los labios la canción que  
venía  
silbando y empezaba a  
pensar en lo que habría  
dentro», los candelabros  
caídos, los libros de himnos  
podridos  
por la humedad, el  
desmoronado altar donde  
ahora sólo los ratones  
celebraban el ritual... y se  
preguntaba  
también qué más podía  
haber allí, aparte de los  
ratones; qué locuras, qué**

**monstruos. Tal vez en ese momento  
estuvieran siguiéndolo a uno con sus amarillos ojos de víbora. Y tal vez una noche no se conformaran con  
espiar; tal vez alguna noche esa puerta astillada que apenas se sostenía en los goznes se abriría de pronto, y uno vería allí algo capaz de enloquecerlo.  
Y eso no se les podía explicar a papá y mamá,**

**que eran criaturas de la luz. Como tampoco se les podía explicar que cuando uno tenía tres años, la manta puesta a los pies de la cama se convertía en un montón de serpientes inmóviles que le miraban a uno con sus inexpresivos ojos sin párpados. Ningún niño vence jamás esos terrores, pensó Matt. Si a un miedo no se le puede dar forma, no se le**

**puede vencer. Y los miedos  
que se  
agazapan en los pequeños  
cerebros son demasiado  
grandes para pasar por la  
boca. Tarde o temprano,  
uno  
encontraba alguien con  
quien pasar por delante de  
todas las casas  
abandonadas por las cuales  
tenía que pasar  
entre la infancia sonriente  
y la senilidad gruñona.  
Hasta esta noche. Hasta  
esta noche en que uno se**

**encontraba con que ninguno de los antiguos miedos infantiles había sido superado; todos esperaban acurrucados en sus diminutos ataúdes de niño, con una rosa silvestre sobre la tapa.**

**No encendió la luz. Subió los escalones uno por uno, sin pisar el sexto, que crujía. Aferraba el crucifijo y sentía la palma de la mano sudada y pegajosa.**

**Llegó al piso de arriba y se dio la vuelta para mirar hacia el pasillo. La puerta del cuarto de huéspedes estaba entornada; él la había dejado cerrada. Del piso de abajo le llegaba el murmullo de la voz de Susan.**

**Caminando con cuidado para evitar los crujidos, se acercó a la puerta hasta detenerse frente a ella. La base de todos los miedos humanos, pensó. Una**



**puerta entreabierta, apenas entornada.**

**La abrió.**

**Mike Ryerson estaba tendido en la cama.**

**La luz de la luna entraba por las ventanas y teñía de plata el cuarto, convirtiéndolo en una laguna de ensueño. Matt sacudió la cabeza, como para despejarla. Le parecía haber retrocedido en el tiempo, que era la**

**noche anterior. Ahora bajaría las escaleras para telefonar a Ben, porque Ben todavía no estaba en el hospital.**

**Mike abrió los ojos.**

**Por un momento, bajo la luz de la luna, destellaron como medallones de plata bordeados de rojo. Eran tan inexpresivos como una pizarra borrada. Ni un pensamiento, ni un sentimiento humano en ellos. «Los ojos**

**son las ventanas del alma»,  
había dicho Wordsworth.  
Si así era, esas ventanas se  
abrían sobre un cuarto  
vacío.**

**Mike se sentó y, al caérsele  
la sábana, Matt vio los  
burdos puntos con que el  
forense había reparado el  
trabajo de la autopsia,  
silbando tal vez mientras  
cosía.**

**Mike sonrió, y sus caninos  
e incisivos eran blancos y  
agudos. La sonrisa no era  
más que una contracción**

**de los músculos que rodeaban la boca, no alcanzaba a los ojos, que conservaban su mortal inexpresividad.**

**—Mírame —dijo Mike con absoluta claridad.**

**Matt lo miró. Sí, los ojos eran un vacío total. Pero muy profundos. Uno casi podía ver una diminuta imagen de sí mismo en esos ojos, como un camafeo de plata, que se sumergía dulcemente, sin que el mundo**

**pareciera importante, sin que los miedos parecieran importantes...**

**—¡No! ¡No! —gritó, mientras daba un paso atrás, y le presentó el crucifijo.**

**Aquello que había sido Mike Ryerson silbó como si le hubieran echado agua hirviendo en la cara. Sus brazos se levantaron como para defenderse de un golpe. Matt dio un paso hacia el interior de la habitación;**

**Ryerson retrocedió un  
paso.**

**—¡Vete de aquí! —gritó  
Matt.**

**Ryerson soltó un alarido,  
un largo grito ululante  
de dolor y odio. Dio cuatro  
pasos vacilantes hacia  
atrás,  
chocó con el borde de la  
ventana abierta y perdió el  
equilibrio. ...**

**—Te veré dormir entre los  
muertos, maestro.**

**Y cayó hacia la noche,  
hacia atrás con las manos**

**por encima de la cabeza,  
como un nadador que se  
zambulle desde el  
trampolín. El cuerpo  
pálido relucía como si  
fuera mármol, en un nítido  
contraste con los  
negros puntos que  
atravesaban el torso,  
dibujando una Y.**

**Matt dejó escapar un loco  
alarido de terror y corrió  
hacia la ventana, pero nada  
se veía aparte de la noche  
bañada por la luna... y  
suspendida en el aire,**

**debajo de la ventaja y por encima del haz de luz que salía de la sala, una nube danzarina de motas que podrían haber sido de polvo.**

**Giraron en un torbellino, se consolidaron en una forma abominablemente humana y por fin se disolvieron en la nada.**

**Matt se dio la vuelta para huir y en ese momento sintió una punzada en el**



**pecho que le hizo  
tambalear.**

**Se llevó las manos al  
corazón y se inclinó.**

**Parecía que el dolor le  
subiera por el brazo en  
lentas oleadas**

**pulsátiles. El crucifijo se  
sacudía bajo sus ojos.**

**Salió de la habitación con  
los antebrazos cruzados  
ante el pecho, aferrando  
todavía con la mano  
derecha**

**la cadena del crucifijo. La  
imagen de Mike Ryerson**

**suspendido en el aire  
oscuro como un pálido  
nadador que  
se zambulle seguía ante sus  
ojos.**

**—¡Señor Burke!**

**—Mi médico es James  
Cody... —balbuceó Matt  
con labios helados—. Está  
en el listín telefónico. Creo  
que he sufrido... un ataque  
al corazón.**

**Y se desplomó de bruces en  
el pasillo.**

**Susan marcó el número de Jimmy Cody. Contestó una voz de mujer, -¿Está el doctor? -«-preguntó Susana ¡Es urgente! —Sí, le pongo con él —respondió la mujer.**

**—Habla el doctor Cody.**

**—Susan Norton, doctor.**

**Estoy en casa del señor Burke. Ha sufrido un ataque al corazón.**

**—¿Quién? ¿Matt Burke?**

**—Sí. Está inconsciente.**

**¿Qué tengo que...?**

**—Llama a una  
ambulancia. En  
Cumberland, el teléfono es  
841 4000. Quédate con él.  
Cúbrela con una  
manta, pero no le muevas.  
¿Enriendes?**

**—Sí.**

**—Dentro de veinte minutos  
estaré allí. —¿Quiere  
usted...?**

**Pero la línea se cortó con  
un clic, y Susan se quedó  
sola.**

**Llamó a la ambulancia y  
volvió a quedarse sola,**

**enfrentada a la necesidad  
de subir las escaleras, para  
ir  
hacia donde estaba él.**

**8**

**Se quedó mirando la  
escalera con una vacilación  
que a ella misma la dejaba  
atónita. Deseó que nada de  
eso hubiera sucedido, no  
tanto para que Matt  
estuviera bien como para  
que ella no tuviera que  
sentir ese  
miedo enfermizo. Su  
incredulidad había sido**

**total; había visto todo lo que Matt percibió durante la noche anterior como algo que había que definir en función de las realidades que ella misma aceptaba, ni más ni menos. Y ahora, esa firme incredulidad ya no la sostenía y Susan se sentía desfallecer. Había oído la voz de Matt, y había oído un terrible conjuro sin inflexiones: «Te veré dormir entre los**

**muertos, maestro.» La voz que había articulado esas palabras no tenía más cualidad que el ladrido de un perro.**

**Susan volvió a subir por las escaleras, obligándose a dar cada paso. Ni siquiera la luz del pasillo la tranquilizaba. Matt estaba tendido donde ella le había dejado, con el rostro vuelto hacia un lado, la mejilla derecha apoyada contra la gastada moqueta del**

**pasillo; su aliento era áspero y entrecortado. Susan se inclinó para desprenderle los dos botones superiores de la camisa y le pareció que respiraba un poco mejor. Después fue al cuarto de huéspedes a buscar una manta. La habitación estaba fría. La ventana seguía abierta. Habían deshecho la cama, dejando sólo el colchón, pero había mantas en el estante alto del armario.**



**En el momento en que  
volvía al pasillo, le llamó la  
atención**

**algo que la luz de la luna  
hacía brillar sobre el suelo  
y se inclinó a recogerlo. Lo  
reconoció de inmediato.**

**Era**

**uno de los anillos que el  
instituto de Cumberland  
daba como recuerdo a sus  
alumnos. Las iniciales  
grabadas**

**en su interior eran M. C. R.  
Michael Corey Ryerson.**

**En ese momento, en la  
oscuridad, lo creyó todo.  
Un grito subió por su  
garganta y Susan lo sofocó,  
pero  
el anillo se le escurrió entre  
los dedos y quedó en el  
suelo, bajo la ventana,  
brillando bajo la luna que  
iluminaba la oscuridad  
otoñal.**

**DIEZ**

**SOLAR (III)**

**1**

**El pueblo sabía de  
oscuridades.**

**Conocía la oscuridad que  
desciende sobre la tierra  
cuando la rotación la  
oculta del sol, y sabía de la  
oscuridad del alma  
humana. El pueblo es una  
acumulación de tres partes.  
El pueblo es la gente que  
vive allí,  
los edificios que han  
levantado para cobijarse o  
comerciar en ellos, y es la  
tierra. Los habitantes son  
escoceses, ingleses y  
franceses. Hay otros, claro,  
pero no son muchos. En ese**

**crisol nunca se hicieron  
muchas  
amalgamas. Casi todos los  
edificios están contruidos  
de madera noble. Muchas  
de las casas más viejas son  
de  
estilo colonial con doble  
planta al frente, y la  
mayoría de los negocios  
tienen dos frentes, aunque  
nadie podría  
decir por qué. La gente  
sabe que detrás de esas  
falsas fachadas no hay**

**nada, de la misma manera  
que saben  
que Loretta Starcher usa  
postizos en el sostén. El  
suelo tiene base de granito  
y está cubierto por una  
delgada  
capa de tierra. La labranza  
es un trabajo ingrato,  
agotador, miserable y  
disparatado. La reja del  
arado  
desentierra grandes trozos  
de granito y se rompe  
contra ellos. En mayo uno**

**saca el camión tan pronto  
como el  
suelo se ha secado lo  
bastante,  
y con sus hijos varones se  
pone a llenarlo de piedras;  
las va arrojando en la  
enorme pila cubierta de  
malezas donde hace la  
misma operación desde  
1955, cuando por primera  
vez decidió tomar el toro  
por los  
cuernos. Y cuando ha  
recogido lo suficiente y  
tiene los dedos**

**entumecidos, entonces  
engancha el arado en el  
tractor y antes de haber  
abierto dos surcos ya se le  
ha roto una de las rejas en  
una piedra traicionera. Y  
mientras cambia la reja y  
el hijo mayor sostiene los  
arreos para que pueda  
trabajar, le pasa junto al  
oído el  
primer mosquito sediento  
de sangre de la temporada,  
con ese zumbido  
conmovedor que siempre le  
hace**

**pensar a uno que ése debe de ser el ruido que oyen los chiflados antes de matar a todos sus hijos o de cerrar los ojos en la carretera y pisar el acelerador o de accionar con el dedo gordo del pie el gatillo de la escopeta que acaba de ponerse bajo su propia mandíbula, y entonces al muchacho se le resbalan los arreos a causa de la transpiración y uno se rasguña la piel del brazo y**



**cuando mira alrededor en  
esa desolada, desesperada  
fracción**

**de segundo en que siente  
que podría abandonarlo  
todo para dedicarse a la  
bebida o ir al banco para  
declararse**

**en quiebra, en ese  
momento en que odia a la  
tierra y la suave succión de  
la gravedad que lo ata a  
ella, es**

**cuando sabe de oscuridades  
y comprende que siempre**

**lo ha sabido. La tierra le  
retiene a uno  
implacablemente, lo mismo  
que la casa y la mujer de  
quien uno se enamoró (sólo  
que entonces era una  
muchacha y uno no sabía  
mucho de muchachas,  
salvo que tenía una y  
estaba pendiente de ella, y  
ella escribía  
el nombre de uno en la  
tapa de todos sus libros).  
Primero uno la conquistó y  
después ella le conquistó a  
uno y**

**desde entonces ninguno de los dos tuvo que preocuparse más por eso. Y luego vinieron los hijos, esas criaturas que uno concibió en la rechinante cama matrimonial, con ella debajo de uno. Seis niños, o siete, o diez. Y el banco le tiene a uno cogido, y el que le vendió el automóvil, y las tiendas Sears de Lewiston, y John**

**Deere en Brunswick. Pero sobre todo le tiene a uno cogido el pueblo, porque lo conoce como conoce la forma del pecho de su mujer. Uno sabe quién anda dando vueltas durante el día por la tienda de Crossen porque Knapp Shoe lo despidió. Sabe quién nene líos de mujeres antes de que él mismo lo sepa, como le sucede a**

**Reggie Sawyer, a quien el  
chico de la compañía  
telefónica le está  
seduciendo la dama; uno  
sabe a dónde van  
los caminos, y a dónde se  
puede ir los viernes al  
anocheecer a tomar un par  
de cervezas con Hank y  
Nolly  
Gardener. Uno conoce el  
terreno y por dónde hay  
que atravesar los pantanos  
en abril sin mojarse las  
botas**

**hasta arriba. Uno lo conoce todo. Y el pueblo le conoce a uno, sabe el dolor que le deja en el trasero el asiento del tractor después de estar arando durante toda la jornada y sabe que eso que tiene en la espalda sólo es un quiste y que no es nada serio como dijo al principio el doctor, y sabe cómo le da vueltas a uno la cabeza con las facturas que van llegando durante la última semana del mes. Las**

**mentiras son  
transparentes, hasta las  
que  
uno se dice a sí mismo,  
como que el año que viene,  
o el otro llevará a la mujer  
y a los chicos a  
Disneylandia,  
como que si corta la leña el  
próximo otoño podrá pagar  
los plazos de un nuevo  
televisor en color, como que  
todo va a salir perfecto.  
Estar en el pueblo es como  
un coito cotidiano, tan**

**completo que por  
comparación  
todo lo que uno hace con su  
mujer en la cama no parece  
más que un apretón de  
manos. Estar en el pueblo  
es  
visceral, sensual,  
alcohólico. Y en la  
oscuridad, el pueblo es de  
uno y uno es del pueblo y el  
sueño de ambos  
es como el de los muertos,  
como el de las piedras.  
Aquí no hay otra vida que**



**la lenta muerte de los días,  
de  
modo que cuando el mal se  
abate sobre el pueblo, su  
llegada parece casi  
preordenada, dulce e  
hipnótica. Es  
casi como si el pueblo  
supiera que el mal se  
aproxima, y qué forma  
tomará.**

**El pueblo tiene sus secretos  
y los sabe guardar. La  
gente no los conoce todos.  
Saben que la mujer del**

**viejo Albie Crane se largó  
con un viajante de Nueva  
York... o creen saberlo.  
Pero Albie le partió el  
cráneo  
cuando el viajante la  
abandonó y después le ató  
una piedra a los pies y la  
arrojó al viejo pozo. Veinte  
años  
después Albie murió  
pacíficamente en su cama  
de un ataque al corazón, lo  
mismo que morirá más  
tarde en**

**este relato su hijo Joe. Tal vez un día algún chiquillo tropiece con el viejo pozo escondido por una maraña de**

**zarzamoras y aparte las tablas pulidas y descoloridas por el tiempo y vea allí ese esqueleto mirando fijamente con ojos vacíos desde el fondo del pozo.**

**Saben que Hubie Marsten mató a su mujer, pero no saben qué le hizo hacer**

**antes, o qué pasó entre  
ellos  
en la cocina momentos  
antes de que él le volara la  
cabeza, mientras el aroma  
de las madre selvas estaba  
suspendido en el aire  
sofocante como el olor  
dulzón que emana de un  
osario. No saben que ella le  
rogaba que  
lo hiciera.**

**Algunas de las mujeres  
más viejas del pueblo —  
Mabel Werts, Glynis**

**Mayberry, Audrey Hersey**

---

**recuerdan que Larry  
McLeod encontró unos  
papeles carbonizados en la  
chimenea del piso de  
arriba, pero  
nadie sabe que los papeles  
eran la correspondencia de  
doce años entre Hubie  
Marsten y un noble  
austriaco  
apellidado Breichen.  
Tampoco saben que la  
correspondencia de estos**

**hombres se había iniciado  
merced a los  
buenos oficios de un  
extraordinario librero de  
Boston que falleció de una  
muerte horrible en 1933, ni  
que  
Hubie quemó todas y cada  
una de las cartas antes de  
colgarse, echándolas una a  
una al fuego, mirando  
cómo  
las llamas ennegrecían el  
papel color crema e iban  
borrando aquella caligrafía**

**elegante y diminuta. No saben que sonreía mientras lo hacía, de la misma manera que sonrío ahora Larry Crockett cuando piensa en los títulos de propiedad que duermen en la caja de seguridad de su banco en Portland.**

**Saben que Coretta Simons, la viuda del viejo Jumpin Simons, se está muriendo lenta y terriblemente de**

**cáncer de intestino, pero no  
saben que hay más de  
treinta mil dólares en  
efectivo escondidos tras el  
sucio  
empapelado del comedor,  
que cobró de una póliza de  
seguro y que no llegó a  
gastar y de la que ahora, en  
su  
última agonía, se ha  
olvidado por completo.  
Saben que un incendio  
devoró la mitad del pueblo  
en aquella brumosa tarde**



**de septiembre de 1951,  
pero  
no saben que fue  
provocado, ni saben que el  
muchacho que lo provocó  
fue el que hizo el discurso  
de  
despedida de su clase al  
graduarse en 1953 y que  
después consiguió una  
fortuna en Wall Street, y  
aunque lo  
hubieran sabido no  
habrían sabido qué fue lo  
que le indujo a hacerlo ni**

**la forma en que siguió  
carcomiéndole  
los sesos durante veinte  
años, hasta que una  
embolia cerebral le llevó  
prematuramente a la  
tumba a los  
cuarenta y seis años.**

**Ignoran que el reverendo  
John Groggins se despierta  
a veces a medianoche con  
sueños horribles; sueños  
en los que, desnudo y  
meloso, predica ante la  
clase de catecismo para**

**niñas de los jueves por la  
noche,  
mientras ellas le miran con  
ojos de deseo; o que ese  
viernes Floyd Tibbits  
estuvo sumido todo el día  
en un  
sopor enfermizo, sintiendo  
el sol como algo  
aborrecible sobre su piel  
extrañamente pálida,  
recordando apenas  
vagamente que había ido a  
ver a Ann Norton, pero no  
que había atacado a Ben  
Mears; pero sí recordaba la**

**gratitud con que saludó la  
puesta de sol, la gratitud y  
la anticipación de algo  
grande y grato; o que Hal  
Griffen**

**tiene seis revistas obscenas  
ocultas en el fondo de su  
armario y con ellas se  
masturba cada vez que  
puede; que**

**George Middler tiene una  
maleta llena de bragas y  
sostenes de seda, y de  
medias y leotardos, y que a  
veces**

**baja las cortinas del piso  
donde vive, encima de la  
ferretería, y cierra la  
puerta con cerrojo y  
cadena y se pone  
de pie frente al espejo de  
cuerpo entero que tiene en  
el dormitorio hasta que  
jadea y entonces se  
arrodilla y se  
masturba, que Cari  
Foreman trató de chillar  
cuando Mike Ryerson  
empezó a estremecerse  
sobre la mesa**

**metálica del sótano de la  
funeraria, y que el grito se  
le ahogó en la garganta  
cuando Mike abrió los ojos  
y se  
sentó; o que el pequeño  
Randy McDougall no se  
defendió siquiera cuando  
Danny Glick se coló por la  
ventana  
de su dormitorio y levantó  
al bebé de su cuna para  
clavarle los dientes en el  
cuello todavía amoratado  
por los  
golpes de la madre. :**

**Ésos son los secretos del pueblo. Algunos se sabrán más adelante y otros nunca se sabrán. El pueblo los guarda en su seno, detrás del más impasible e imperturbable de los rostros.**

**Al pueblo no le importa la obra del diablo más de lo que le importa la obra de Dios, ni la del hombre.**

**Sabía de oscuridades. Y con la oscuridad le bastaba.**

**Sandy McDougall se dio cuenta de que algo iba mal cuando despertó, pero no sabía exactamente qué. El otro lado de la cama estaba vacío; era el día libre de Roy, que se había ido a pescar con unos amigos. Volvería al mediodía. Nada estaba quemándose, y a Sandy no le dolía nada. Entonces, ¿qué podía ir mal? El sol. El sol era lo que estaba mal.**



**Ya daba de lleno sobre el empapelado, oscilando entre las sombras que proyectaba el arce por la ventana. Pero Randy siempre la despertaba antes de que el sol estuviera tan alto como para que la sombra del arce diera sobre la pared\*.. Sus ojos sobresaltados se dirigieron al reloj que había sobre la cómoda. Eran las nueve y diez. La alarma le cerró la garganta.**

**—¿Randy? —llamó y la bata onduló tras ella mientras corría por el estrecho pasillo del remolque—.**

**¿Randy?**

**El dormitorio del bebé estaba bañado por la escasa luz que entraba por la única ventanita, situada encima de la cuna... y abierta. Pero Sandy la había cerrado cuando se acostó. Siempre la cerraba.**

**La cuna estaba vacía.**

**—¿Randy? —susurró.**

**Después lo vio.**

**El cuerpecillo, vestido todavía con su pijama desteñido por los lavados, yacía arrojado en un rincón**

**como si fuera un desperdicio. Una de las piernas se elevaba, grotesca, como un signo de admiración invertido.**

**—¡Randy!**

**Se precipitó junto al cuerpo, desfigurado el rostro por las ásperas**

**líneas del espanto, y tomó  
en brazos al  
niño.**

**—Randy, pequeño mío,  
despiértate. Randy, vamos,  
despiértate...**

**Las magulladuras habían  
desaparecido. Durante la  
noche se habían borrado,  
dejando impecables la  
carita**

**y el cuerpo. Randy tenía  
buen color. Por primera  
vez desde su nacimiento la  
madre lo encontró  
hermoso, y la**

**visión de esa belleza le hizo lanzar un alarido horrible y desolado.**

**—¡Randy! ¡Despierta!**

**¿Randy?**

**Se levantó con el bebé en brazos y corrió por el pasillo, mientras la bata se le resbalaba del hombro.**

**La**

**sillita alta seguía en la cocina, con la bandeja salpicada de pegotes de la comida de Randy la noche anterior.**

**Deslizó al niño en la silla,  
bañada por un rayo de luz  
matinal. La cabeza de  
Randy pendió sobre el  
pecho y el  
cuerpo se deslizó hacia un  
lado con una lentitud  
terrible, hasta quedar  
encajado en el ángulo que  
formaba la  
bandeja con un brazo de la  
silla.**

**—¿Randy? —le sonrió su  
madre, desorbitados los  
ojos hasta convertirse en  
bolitas de vidrio azul**

**jaspeado, y le palmeó las mejillas—. Despierta ya, Randy, que hay que desayunar. ¿No tienes hambre? Por favor, oh Dios, por favor... Se apartó de él para abrir de golpe uno de los armarios de la cocina y rebuscó apresuradamente en su interior, derribando un paquete de arroz, una lata de raviolis y una botella de aceite, que se hizo trizas,**

**desparramando el denso líquido por el fregadero y el suelo. Encontró un envase de crema de chocolate y cogió una cucharilla de plástico.**

**—Mira, Randy. Tu favorita. Despierta y mira qué crema tan buena. Chocolate, Randy. Choco, chocolate.**

**-La cólera y el terror la inundaron oscuramente—. ¡Despierta de una puta vez! —vociferó, y gotas de saliva**



**perlaron la piel traslúcida  
de la frente y las mejillas  
de Randy—. ¡Despierta,  
mocoso de mierda,  
despierta!**

**Quitó la tapa del envase y  
llenó la cuchara con crema  
de chocolate. Su mano, que  
ya sabía la verdad,  
temblaba de tal manera  
que la derramó casi toda.  
Embutió lo que quedaba en  
el interior de la boquita  
inerte, y  
algo más se derramó sobre  
la bandeja, con un tétrico**

**chasquido. La cuchara  
chocó contra los  
dientecillos.**

**—Tesoro —suplicó Sandy  
—, deja de burlarte de  
mamá.**

**Extendió la otra mano para  
abrirle la boca y meterle el  
resto de la crema.**

**—Bueno —suspiró Sandy  
McDougall y sus labios se  
distendieron en una  
sonrisa, teñida de una  
esperanza  
indescriptiblemente rota.**

**Se recostó en su silla,  
relajándose poco a poco.**

**Ahora ya estaba bien.**

**Ahora Randy se daría  
cuenta de**

**que su madre le amaba y  
acabaría con esa broma  
cruel.**

**-¿Está bueno? —preguntó  
en un murmullo-. ¿Está  
bueno el chocolate, Randy?  
¿Le haces una sonrisita a  
mamá? Sé bueno con  
mamá y sonrío una vez.**

**Con dedos temblorosos,  
volvió a levantar el ángulo  
de la boca del niño.**

**El chocolate cayó sobre la  
bandeja... pfop. Sandy  
empezó a chillar.**

**3**

**El sábado por la mañana  
Tony Glick despertó  
cuando Marjorie, su mujer,  
se cayó en la sala.**

**—¿Margie? —la llamó,  
mientras bajaba los pies de  
la cama—. ¿Margie?**

**—Estoy bien, Tony —  
respondió ella después de  
un largo momento.**

**Tony se sentó en el borde  
de la cama, mirándose los  
pies. Tenía el pecho  
desnudo y el cordón de su  
pantalón de pijama a rayas  
le pendía entre las piernas.  
El pelo, enmarañado, era  
un verdadero nido de  
cuervos.**

**Tony tenía abundante  
cabello negro, que sus dos  
hijos habían heredado. La**

**gente creía que era judío,  
pero él  
pensaba que ese pelo  
debería traicionar su  
origen italiano. Su abuelo  
se había apellidado  
Gliccucchi. Cuando  
alguien le dijo que en  
Estados Unidos era más  
fácil abrirse paso con un  
apellido sajón, algo breve y  
fácil de  
recordar, el abuelo se lo  
había hecho cambiar  
legalmente por Glick. El**

**cuerpo de Tony Glick era robusto, moreno y musculoso. Su rostro reflejaba la expresión de un hombre a quien han atacado a golpes en el momento en que salía de un bar.**

**Había pedido permiso en su trabajó, y durante la última semana había dormido mucho. Cuando dormía todo le parecía más fácil. A las siete y media se**

**sumergía en un dormir sin  
sueños hasta las diez de la  
mañana  
siguiente, y durante la  
tarde hacía una siesta de  
dos a tres. El tiempo  
transcurrido entre la  
escena que había  
protagonizado durante el  
funeral de Danny y esa  
soleada mañana de sábado,  
casi una semana después, le  
parecía incierto, como si no  
fuera real. La gente seguía  
llevándoles comida.**



**Guisados, conservas,  
bizcochos,  
pasteles. Margie decía que  
no sabía qué iban a hacer  
con todo eso. Ninguno de  
los dos tenía hambre. El  
miércoles por la noche  
Tony había intentado hacer  
el amor con su mujer y los  
dos se habían echado a  
llorar.**

**Y Margie no tenía buen  
aspecto. Su forma de hacer  
frente a la situación había  
consistido en ponerse á**

**limpiar la casa de punta a punta, con una dedicación maniática que no dejaba lugar para ningún otro pensamiento. A lo largo de los días, resonaban los golpes de los cubos de limpieza y el zumbido de la aspiradora, y el aire estaba siempre impregnado del olor áspero del amoníaco y los desinfectantes. Margie había llevado toda la ropa y los juguetes de los niños, pulcramente**

**empaquetados, al Ejercito de Salvación y a la feria de beneficencia. El jueves por la mañana, cuando Tony salió del dormitorio, todas esas cajas estaban alineadas junto a la puerta principal, cada una con una pulcra etiqueta. Tony jamás había visto nada tan horrible como esas cajas silenciosas. Margie había sacado todas las alfombras al patio del fondo, las había**

**colgado en las cuerdas para  
secar ropa y las había  
sacudido despiadadamente.  
Y hasta para la opaca  
semiconciencia de Tony era  
evidente lo pálida que  
estaba desde el martes o el  
miércoles; parecía que  
hasta los  
labios hubieran perdido Su  
color natural, y debajo de  
los ojos se le insinuaban  
sombras oscuras.  
Todo eso pasó por la mente  
de Tony en menos tiempo  
del que se tarda en**

**contarlo, y estaba a punto de volver a tumbarse en la cama cuando oyó que ella volvía a desplomarse; esta vez no contesto a su llamada.**

**Cuando él se levantó y fue hacia la sala, la vio tendida en el suelo; su respiración era superficial y tenía los ojos aturcidos, vagamente fijos en el espacio. Había comenzado a cambiar la disposición de los muebles, y**

**todos estaban fuera de su sitio, con k> que la habitación tenía un aspecto extraño, como descoyuntado.**

**Fuera lo que fuese lo que le pasaba, su mal había empeorado durante la noche, y su aspecto era tan terrible que desconcertó a su marido. Margie seguía todavía envuelta en su bata, que al caer se le había abierto hasta medio muslo. Tenía las piernas de un color**

**marmóreo en el que nada quedaba del hermoso bronceado de las vacaciones de verano. Sus manos se movían espasmódicamente. Respiraba con la boca entreabierta, como si le faltara el aire y a Tony le pareció ver una extraña prominencia en los dientes, pero no le dio importancia.**

**—¿Margie, cariño?**

**Su mujer trató de contestar y no pudo. Presa del**

**pánico, Tony se levantó para llamar al médico. —No... —balbuceó ella cuando él ya llegaba al teléfono, y repitió la palabra después de haber aspirado con audible esfuerzo—. No. —Había conseguido sentarse trabajosamente, y el soleado silencio de la casa se interrumpía con el dificultoso jadeo de su respiración—. Llévame...**



**sácame... el sol da con tanta fuerza...**

**Tony, al levantarla, se quedó atónito ante la liviandad de su peso. Su mujer no parecía pesar más que una brazada de paja.**

**—... sofá...**

**Allí la depositó, con la espalda recostada contra el apoyabrazos. Al quedar fuera del haz de sol que entraba por la ventana para dibujar un cuadrado sobre la alfombra, Margie**

**pareció respirar con más  
facilidad.**

**Por un momento cerró los  
ojos, y a Tony volvió a  
impresionarle la tersa  
blancura de los dientes en  
contraste  
con sus labios. Sintió deseos  
de besarla.**

**—Déjame llamar al  
medico.**

**—No, ya estoy mejor. Es  
que el sol me... hacía mal.  
Como si me debilitara. Ya  
me siento mejor. —**

**Efectivamente, las mejillas se le habían coloreado un poco.**

**—¿Estás segura?**

**—Sí, ya estoy bien.**

**—Has trabajado demasiado, cariño.**

**—Sí —asintió ella con ojos indiferentes.**

**Tony k acarició el pelo con afecto.**

**—Tenemos que superar esto, Margie. Es necesario.**

**Tienes un aspecto... —**

**Como no quería hierirla, se detuvo.**

**—Tengo un aspecto  
espantoso, ya lo sé. Anoche,  
antes de acostarme, me  
miré en el espejo del cuarto  
de  
baño y casi creí que no  
estaba. Por un momento...  
—una sonrisa se dibujó en  
sus labios— me pareció  
que  
podía ver la bañera a  
través de mi cuerpo. Como  
si quedara apenas un velo  
de mí, y ese velo fuera... tan  
pálido...**

**—Quiero que te vea el doctor Reardon.**

**—Estas tres o cuatro últimas noches he tenido un sueño hermoso, Tony — prosiguió ella como si no le hubiera oído—. Tan real. En el sueño, Danny vuelve y me dice: «Mami, mami, cuánto me alegro de estar en casa.» Y dice... dice...**

**—¿Qué dice? —preguntó Tony con suavidad.**

**—Dice... que es otra vez mi bebé. Mi hijito, y le doy de**

**mamar y... y tengo una  
sensación de dulzura,  
pero con algo amargo  
también, como era antes de  
destetarlo, pero cuando ya  
tenía dientes y me mordía...  
oh,  
qué horrible debe de  
parecer todo esto. Como  
una de esas historias para  
psiquiatras.**

**—No —la tranquilizó él—.**

**Nada de eso.**

**Se arrodilló junto a ella, y  
Margie le echó los brazos al**

**cuello, sollozando. Sus  
brazos estaban frescos.**

**—No llames al médico,  
Tony, por favor. Hoy  
descansaré.**

**—Está bien —cedió él sin  
demasiada convicción.**

**—Es un sueño tan  
hernioso, Tony —continuó  
ella, con los labios  
apoyados contra su  
garganta. El  
movimiento de los labios, la  
amortiguada dureza de los  
dientes que se percibía  
detrás de ellos, tenía una**

**increíble sensualidad. Tony experimentó una súbita erección—. Ojalá pudiera tenerlo otra vez esta noche. —Tal vez lo tengas —la tranquilizó él, acariciándole el pelo—. Sí, tal vez lo tengas.**

**4**

**—Por Dios, qué aspecto tan maravilloso —la saludó Ben.**

**En el marco de blancos impecables y verdes anémicos del hospital,**



**Susan Norton tenía un aspecto realmente magnífico. Llevaba una blusa amarillo brillante con rayas verticales negras, y falda corta tejada.**

**—Tú también parece estar bien —respondió la muchacha mientras cruzaba la habitación. Ben la besó con ardor, mientras su mano se deslizaba hacia la curva de la cadera.**

**—Eh —protestó Susan,  
interrumpiendo el beso—.**

**Que nos reñirán por esto.**

**—A mí no me reñirán.**

**—Pero a mí sí.**

**Los dos se miraron.**

**—Te quiero, Ben.**

**—Yo también te quiero.**

**—Si pudiera meterme  
ahora mismo contigo en la  
cama...**

**—Espera a que aparte las  
mantas.**

**—Pero ¿cómo se lo explico  
a las enfermeras? —Diles**

**que me estás dando un  
masaje.**

**Sonriente, Susan sacudió la  
cabeza y acercó una silla.**

**—Han sucedido muchas  
cosas en el pueblo, Ben.**

**Él se puso serio.**

**—¿Como qué?**

**—Realmente no sé cómo  
contártelo —vaciló Susan  
—, ni qué creer yo misma.**

**Estoy hecha un lío, por  
decirlo de la manera más  
suave.**

**—Bueno, pues cuéntamelo y déjame a mí desenredarlo.**

**—¿Cómo te sientes, Ben?**

**—Mejor. Nada grave. El medico de Matt, el doctor Cody...**

**—¿Cómo te sientes mentalmente? ¿Hasta qué punto crees esta historia del conde Drácula?**

**—Ah, te refieres a eso.**

**¿Matt te lo contó?**

**—Matt está aquí, en el hospital, En la unidad de cuidados intensivos. ;**

**—¿Qué? —Ben se irguió,  
apoyándose en los codos—.**

**¿Qué le sucedió?**

**—Un infarto.**

**—¡Dios mío!**

**—El doctor Cody dice que  
su estado se ha  
estabilizado, aunque  
todavía persiste la  
gravedad, pero eso es  
lo normal durante las  
primeras cuarenta y ocho  
horas. Yo estaba con él  
cuando sucedió.**

**—Cuéntame todo lo que  
recuerdes, Susan.**

**La expresión de placer  
había desaparecido de su  
rostro, que estaba ahora  
alerta y tenso. Perdido en  
la  
habitación blanca y las  
sábanas blancas y el  
camisón blanco del  
hospital, a Susan le  
produjo la impresión de  
un hombre al borde 'del  
abismo.**

**'—No has respondido a mi  
pregunta, Ben.**

**¿Sobre qué pienso de la  
historia de Matt?**

—Sí.

—Te contestaré diciéndote lo que tú piensas. Tú crees que la casa de los Marsten me ha trastornado hasta el punto de que veo murciélagos hasta en la sopa, por decirlo así. ¿Me equivoco?

—Sí, así es. Pero jamás lo pensé en términos tan... tan rudos.

—Ya lo sé, Susan. Intentaré describirte la secuencia de mis pensamientos. A mí mismo me puede hacer

**bien ponerlos en claro. Por tu cara, puedo decir que sucedió algo que hizo vacilar un tanto tu convicción, ¿no es verdad?**

**—Sí..., pero no creo, no puedo...**

**—Un momento. Con el no puedo bloqueamos cualquier cosa. Ahí fue donde yo me atasqué. En ese**

**maldito imperativo absoluto. No puedo. Yo no le creí a Matt, Susan,**



**porque esas cosas no pueden ser verdad.**

**Pero por más vueltas que le di, no pude encontrar una sola fisura en su historia.**

**La conclusión más obvia era**

**que en algún momento se le había aflojado un tornillo, ¿no?**

**—Sí.**

**—¿A ti te pareció chiflado?**

**—No, pero...**

**—Espera. —Ben levantó la mano—. Ya estás pensando en términos de no se puede.**

**—Sí, creo que sí  
readmití»Susan**

**—A mí tampoco me  
pareció irracional ni  
chillado. Y tú y yo  
¿sabemos que las fantasías  
paranoides o los  
complejos persecutorios no  
aparecen de la noche a la  
mañana. Van creciendo a lo  
largo del tiempo. Y  
necesitan riego, cuidado y  
abonos. ¿Alguna vez has  
oído decir en el pueblo que  
Matt tuviera un tornillo  
flojo?**

**¿O le oíste decir a Matt que alguien le perseguía con un cuchillo? ¿Expresó alguna vez un interés particular en cosas como sesiones de espiritismo o proyección astral o reencarnación?**

**¿Ha estado detenido alguna vez, que tú sepas?**

**—No respondió Susan Pero, Ben.M me duele decir esto de Matt, y hasta insinuarlo, pero hay gente que**

**pierde la razón sin que se note. Enloquece por dentro.**

**—No lo careo repuso Ben. Siempre hay indicios, A veces uno no los advierte antes, pero después los entiende. Si fueras parte de un jurado, ¿admitirías el testimonio de Matt sobre un accidente de automóvil?**

**—Sí...**

**—¿Y le creerías si hubiera dicho que vio cómo alguien mataba a Mike Ryerson?**

**—Sí, imagino que sí.**

**—Pero esto no se lo crees.**

**—Ben, es que no puedo...**

**—Ya está; lo has dicho otra vez. No estoy defendiendo su causa, Susan. Lo único que hago es explicarte mi propio proceso mental. ¿De acuerdo?**

**—Está bien. Sigue.**

**—Lo segundo que se me ocurrió fue que alguien le estaba usando. Alguien que le guarda rencor, o le odia.**

**—Sí, eso también lo pensé yo.**

**—Matt dice que no tiene enemigos, y le creo.**

**—Todo el mundo tiene enemigos.**

**—Pero es una cuestión de grado. No te olvides de lo más importante... que en todo ese asunto hay un muerto. Si alguien se proponía liquidar a Matt, entonces tuvo que asesinar a Mike Ryerson intencionadamente.**

**—¿Porqué?**

**—Porque ni el guión ni la música tienen sentido si no**

**hay cadáver. Sin embargo, según cuenta Matt, su encuentro con Mike fue casual. Nadie te llevó el jueves pasado a la taberna de Dell. No hubo una llamada**

**anónima, ni una nota ni nada. El encuentro es tan casual que basta para excluir cualquier arreglo.**

**—Y eso, ¿qué posible explicación racional nos deja?**

**—Que Matt soñó que oía el ruido de la ventana al**

**abrirse, la risa y el ruido de succión. Que Mike murió debido a alguna causa natural, aunque desconocida.**

**—Pero tú no crees eso.**

**—No creo que soñara cómo se abría la ventana, porque estaba abierta. Y la persiana exterior estaba caída en el césped. Yo lo advertí, y también Parkins Gillespie. Y advertí algo más. En la casa de Matt, esas**



**persianas exteriores son de las que se cierran con cerrojo por fuera, no desde dentro. Desde el interior no se puede abrir a menos que se use un destornillador, y aun así costaría trabajo, y dejaría marcas. Yo no vi ninguna marca. Y hay otra cosa: debajo de esa ventana, el suelo era relativamente blando. Si alguien quería retirar una persiana del piso alto, tendría que haber**

**usado una escalera, y eso también deja huellas.**

**Tampoco**

**había huellas. Eso es lo que más me preocupa. Que**

**hayan quitado una**

**persiana del segundo piso, desde fuera,**

**sin que abajo queden**

**rastros de una escalera.**

**Los dos se miraron sombríamente.**

**—Esta mañana he estado pensando en todo eso —**

**continuó Ben—. Y cuanto más lo pensaba, más**

**coherente me parecía el relato de Matt. De modo que decidí correr el riesgo y me olvidé del no es posible.**

**Ahora, cuéntame lo que sucedió anoche en casa de Matt. Si sirve para desechar todo esto, nadie se alegrará más que yo.**

**—Ojalá —suspiró tristemente Susan—. Al contrario, lo empeora. Matt acababa de contarme la historia**

**de Mike Ryerson cuando dijo que había alguien arriba. Tenía miedo, pero subió. —Susan cruzó las manos sobre la falda, aferrándose las con fuerza, como para evitar que se le escaparan—. Durante un rato, no sucedió nada más... y Matt habló en voz alta, como si retirara su invitación. Después... bueno, realmente no sé cómo...**

**—No te atormentes pensándolo y sigue. —Creo que alguien... alguien más... hizo una especie de ruido sibilante. Se oyó un golpe, como si algo se hubiera caído. —Susan le miraba con desamparo—.**

**Entonces oí una voz que decía: «Te veré dormir entre los muertos, maestro.» Y más tarde, cuando entré en la habitación a buscar una manta para Matt, encontré esto.**

**Susan sacó del bolsillo de la blusa el anillo y lo dejó caer en la mano de Ben.**

**Ben lo inclinó hacia la ventana para que la luz le permitiera leer las iniciales.**

**—M. C. R. ¿Mike Ryerson?**

**—Mike Corey Ryerson. Lo levanté, lo tiré y me obligué a recogerlo de nuevo...**

**pensé que tal vez tú o Matt desearíais verlo.**

**Guárdalo tú» yo no quiero tenerlo.**

**—¿Te hace sentir...?**

**—Mal. Muy mal. —Susan levantó la cabeza, desafiante—.**

**Pero no hay teoría racional que admita esto. Estaría más dispuesta a creer que de algún modo Matt asesinó a Mike Ryerson e inventó esa disparatada historia de los vampiros por sabe Dios qué razones. Que aflojó la persiana para que se cayera. Que mientras yo estaba abajo hizo un**

**número de ventriloquia en  
el  
cuarto de huéspedes, qué  
dejó intencionadamente el  
anillo de Mike...**

**—Y se provocó un ataque  
cardíaco para dar mayor  
realismo a esa historia —  
terminó secamente Ben—.**

**Susan, yo no he  
abandonado la esperanza  
de encontrar explicaciones  
racionales. Estoy buscando  
una, rogando  
por una. En el cine los  
monstruos son divertidos,**



**pero la idea de que en la realidad puedan andar merodeando en la noche no es nada divertida. Puedo aceptar incluso que se podría haber aflojado la ventana.**

**Vayamos más lejos. Matt es una persona culta. Imagino que debe de haber venenos, y tal vez venenos imposibles de descubrir, que pueden causar los síntomas que presentaba Mike. Claro**

**que la idea del veneno es  
un poco  
difícil de creer si se piensa  
en lo poco que comía  
Mike...**

**—Esa información  
depende sólo de la palabra  
de Matt —señaló Susan.**

**—Pero él no mentiría  
porque sabría que en una  
autopsia es importante el  
examen del estomago de la  
víctima. Y una inyección  
deja huellas. Pero, para los  
fines de nuestra teoría;  
digamos que fuera posible**

**hacerlo. Y un hombre como Matt podría, seguramente, tomar algo que diera la apariencia de un ataque cardíaco. Pero ¿por qué? Susan sacudió la cabeza con desaliento.**

**—Y aun si suponemos un motivo que desconocemos, ¿por qué habría de caer en semejante bizantinismo o inventar una historia tan disparatada? Ellery Queen encontraría alguna explicación, pero la vida no es una**

**trama de Ellery Queen.**

**—Pero esto... esto otro es una locura, Ben.**

**—Sí, como Hiroshimá**

**—¡Quieres terminar con eso! —exclamó**

**¡súbitamente Susan. ¡No sigas haciéndote el intelectual cínico**

**que no te va nada bien! De lo que estamos hablando es de historias dé viejas, pesadillas, psicosis o corno quieras llamarlo...**

**—Oh, mierda —masculló Ben—. Míralo de otro**

**modo. El mundo se está viniendo abajo y tú te escandalizas por unos pocos vampiros.**

**— Salem's Lot es mi pueblo — se obstinó Susan — , y si algo sucede aquí, es real, no son delirios.**

**— No me lo digas a mí. — Con un dedo, Ben señaló el vendaje que tenía en la cabeza — . Y a tu ex parece que le dio fuerte.**

**—Oh, lo siento. Es un aspecto de Floyd que no conocía. Y no lo entiendo.**

**—¿Dónde está él ahora?**

**— En la celda de los borrachos. Parkins Gillespie le contó a mamá que tendría que entregarlo al**

**condado... es decir, al sheriff McCaslin, pero que prefería esperar a ver si tú pensabas presentar una denuncia.**

**— ¿Qué sientes tú hacia él?**

**— Nada — respondió Susan con firmeza — . Ha dejado de ser parte de mi vida.**

— **No voy a denunciarlo.**

— **Las cejas de Susan se arquearon — . Pero quiero hablar con él.**

— **¿De nosotros?**

— **Del motivo por el que se me echó encima con abrigo, sombrero, gafas de sol., y guantes de goma.**

‘

;

— **Bueno — sánalo Ben, mirándola — , el sol ya estaba alto. Y daba sobre él. Y tuve la impresión de que no le gustaba.**

**Los dos se miraron sin decir palabra. No parecía que hubiera más que decir sobre el tema.**

**5**

**Cuando Nolly le llevó a Floyd su desayuno traído del Café Excellent, Floyd dormía profundamente, y a Nolly le pareció una tontería despertarlo para que se comiera un par de huevos fritos recocidos y unas rodajas de tocino grasiento que había preparado Pauline**



**Dickens, de modo que el propio Nolly dio cuenta de todo eso**

**en la oficina, y se bebió el café también. El café sí era bueno; eso había que reconocérselo a Pauline.**

**Pero**

**cuando le llevó la comida y Floyd seguía durmiendo sin haber cambiado de posición, Nolly empezó a asustarse y dejó la bandeja en el suelo para golpear la reja con una cuchara.**

**—¡Eh, Floyd! Despierta que te traigo la comida. Floyd no se despertó y Nolly sacó el llavero del bolsillo para abrir la puerta de la celda. Antes de meter la llave en la cerradura, se detuvo. La historieta de Gunsmoke de la semana pasada era sobre un tipo que se fingía enfermo para abalanzarse sobre el carcelero.**

**Se quedó indeciso, con la cuchara en una mano y el llavero en la otra; era un hombre robusto que al mediodía, cuando hacía calor, tenía siempre manchas de sudor en las axilas de sus camisas. Era un buen jugador de bolos y, durante los fines de semana, asiduo cliente de los bares; en su billetero, tras el calendario de fiestas de la Iglesia luterana, llevaba una lista de los bares y moteles de**

**más dudosa reputación de  
Portland.**

**De carácter amistoso,  
cabeza de turco por  
naturaleza, era hombre de  
reacciones lentas y lento  
también para la  
cólera. A cambio de estas  
riada despreciables  
cualidades, no destacaba  
por su agilidad mental, y  
durante  
varios minutos se quedó  
pensando cómo debería  
proceder, mientras**

**golpeaba los barrotes con  
la cuchara,  
llamando a Floyd y  
deseando que éste se  
muriera, roncara o hiciera  
cualquier cosa. En el  
momento en que  
decidió que lo mejor sería  
llamar a Parkins por radio  
para pedirle instrucciones,  
el propio Parkins le  
preguntó  
desde la puerta del  
despacho:**

**—¿Qué demonios estás  
haciendo, Nolly?**

**¿Llamando a los cerdos?  
Nolly se ruborizó.**

**—Floyd no se mueve, Park.  
Me temo que está...  
enfermo, ¿sabes?**

**—Bueno, ¿y te parece que  
golpeando los barrotes con  
esa maldita cuchara se va a  
curar? —Parkins se  
acercó y abrió la celda.**

**—¿Floyd? —le sacudió por  
el hombro—. ¿Te sientes  
b.«?**

**Floyd rodó de la litera adosada a la pared y cayó al suelo.**

**—Maldición, está muerto...**

**—masculló Nolly.**

**Parkins no dio señales de oírlo. Miraba con fijeza el rostro pavorosamente tranquilo de Floyd. Nolly vio**

**que Parkins tenía el aspecto de un hombre mortalmente asustado.**

**—¿Qué pasa, Park?**

**—Nada —respondió Parkins—. Es que...**

**salgamos de aquí. —Y, casi como para sí mismo, agregó—:**

**Cristo, ojalá no le hubiera tocado.**

**Nolly miraba con creciente horror el cuerpo de Floyd.**

**—No te quedes ahí pasmado —le dijo Parkins —, tenemos que traer al médico.**

**6**

**Mediaba la tarde cuando Franklin Boddin y Virgil Rathbun llegaron al portón de madera situado al final**



**de la bifurcación de Burns Road, unos tres kilómetros más allá del cementerio de Harmony Hill. Iban en la camioneta Chevrolet 1957 de Franklin, un vehículo que allá por el primer año del segundo mandato presidencial de Ike Eisenhower había sido de color marfil, pero que ahora era una mezcla de marrón y rojo.**

**Más o menos una vez al mes, él y Virgil llevaban al**

**vertedero un cargamento de botellas vacías, latas de cerveza vacías, barrilillos vacíos, botellas de vino vacías y de vodka Popov.**

**—Cerrado —anunció Franklin Boddin, mientras intentaba leer el cartel clavado al portón—. Vaya, que me cuelguen.**

**Se bebió un trago de la botella que llevaba entre las piernas, y se enjugó la boca con el brazo.**

**—Hoy es sábado, ¿no?**

**—Pues sí —le confirmó  
Virgil Rathbun, que no  
tenía la más remota idea de  
si era sábado o martes.  
Estaba tan borracho que ni  
siquiera sabía con  
seguridad el mes en que  
vivía.**

**—El vertedero está abierto  
los sábados, ¿no? —siguió  
preguntando Franklin.  
Aunque no hubiera más  
que un cartel, él veía tres.  
Volvió a entrecerrar los  
ojos. Los tres decían**

**«Cerrado». La pintura era roja, y había salido indudablemente de la lata que Dud Rogers, el encargado, guardaba dentro de su cabaña, junto a la puerta. —Jamás ha estado cerrado los sábados —afirmó Virgil. Se llevó la botella de cerveza a la boca, pero no acertó y se echó un chorro en el hombro izquierdo—. Dios, esto es el colmo. Cerrado repitió Franklin con creciente indignación**

**—. Ese hijo de puta se ha ido de parranda, eso es lo que pasa. Ya le voy a dar yo cerrado. —Encendió el motor y puso la primera. Con la sacudida la cerveza se derramó, espumeante, de la botella que llevaba entre las piernas, y empezó a correrle por los pantalones.**

**—¡Adelante, Franklin! —gritó Virgil, mientras dejaba escapar un sonoro eructo.**

**Franklin puso la segunda y aceleró por el camino irregular y cubierto de baches. La camioneta saltaba sobre sus gastados amortiguadores, mientras las botellas que caían de la parte de atrás se estrellaban contra el suelo. Las gaviotas se elevaron en vastos círculos vociferantes.**

**A unos cuatrocientos metros del portón, la bifurcación de Burns Road**

**(lo que ahora llamaban el camino del vertedero) terminaba en un amplio descampado destinado a la basura. Arces y alisos se abrían para dejar libre una gran superficie plana de tierra removida y surcada por la vieja excavadora que Dud usaba y que ahora estaba aparcada junto a su cabaña. Más allá estaba el pozo donde iba a**

**parar el material  
combustible.**

**Basuras y desperdicios,  
adornados por el brillo de  
botellas y latas de aluminio,  
sé elevaban en dunas  
gigantescas.**

**—¡Maldito jorobado  
inservible! Parece que en  
toda la semana no ha  
enterrado ni quemado  
nada —**

**masculló Franklin, y pisó el  
freno, que se hundió hasta  
el suelo con un chillido  
mecánico. Al cabo de un**



**momento el vehículo se  
detuvo—. Estará  
durmiendo la mona, eso es  
lo que pasa.**

**—Nunca he oído que Dud  
bebiera mucho —comentó  
Virgil mientras arrojaba  
por la ventanilla la botella  
vacía y sacaba otra de la  
bolsa marrón que  
descansaba en el suelo. La  
abrió contra el picaporte  
de la puerta y  
la cerveza, enloquecida por  
los saltos, se le derramó**

**burbujeando sobre la  
mano.**

**—Todos los jorobados  
beben —sentenció  
sabiamente Franklin.**

**Después de escupir por la  
ventana, se**

**dio cuenta de que estaba  
cerrada y frotó con la  
manga de la camisa el  
vidrio rayado y opaco—.**

**Vamos a verle.**

**Tal vez le pase algo.**

**Dio marcha atrás a la  
camioneta, describiendo un  
amplio círculo impreciso,**

**hasta detenerla con la parte trasera contra la última acumulación de desperdicios de Solar. Cuando apagó el motor, el silencio dejó sentir repentinamente su peso sobre ellos. A no ser por los graznidos inquietos de las gaviotas, no se oía ruido alguno.**

**—Vaya quietud —  
murmuró Virgil.**

**Bajaron del vehículo para dirigirse hacia la parte de**

**atrás. Franklin retiró las trabas que sostenían la puerta abatible y la dejó caer con estrépito. Las gaviotas que habían estado comiendo hacia el fondo del**

**vertedero se elevaron en una nube, entre aletazos y graznidos.**

**Sin decir palabra, los dos hombres subieron a la caja de la camioneta y empezaron a descargarla.**

**Las**

**bolsas de plástico verde  
caían rodando y se abrían  
al aplastarse contra el  
suelo. Era tarea conocida  
para  
ambos. Los dos eran una  
parte del pueblo que pocos  
turistas veían, primero  
porque el pueblo mismo los  
ignoraba en virtud de un  
acuerdo tácito, y segundo  
porque Franklin y Virgil se  
habían recubierto de una  
coloración protectora. Si  
uno se cruzaba con la  
camioneta por el camino, se**

**olvidaba de ella en el  
mismo  
momento en que  
desaparecía del espejo  
retrovisor. Si por  
casualidad se veía la choza  
en que vivían, y desde la  
cual una chimenea de lata  
enviaba al pálido cielo de  
noviembre una línea  
delgada de humo, no se le  
prestaba  
atención. Si alguien  
tropezaba con Virgil  
cuando éste salía de la  
cooperativa de**

**Cumberland con una  
botella  
de vodka barata en una  
bolsa de papel marrón, le  
saludaba con un «hola» sin  
que después .pudiera  
recordar  
con quién se había  
encontrado: la cara le  
parecía familiar, pero el  
nombre se le escapaba. El  
hermano de  
Franklin era Derek  
Boddin, el padre de Richie  
(el recientemente**

**derrocado rey del colegio de Stanley Street), y Derek casi se había olvidado de que su hermano aún vivía y estaba en el pueblo. Franklin había superado la condición de oveja negra: era completamente gris. Una vez vacía la camioneta, Franklin le dio un puntapié a la última lata y se volvió a ajustar en la cintura los pantalones verdes de trabajo.**



**—Vamos a ver a Dud  
-propuso. ,  
Virgil se pisó el cordón de  
un zapato y cayó sentado  
de culo.  
—¡Joder, qué mal que  
hacen los zapatos  
últimamente —masculló.  
Mientras se acercaban a la  
cabaña de Dud vieron que  
la puerta estaba cerrada.  
—¡Dud! —vociferó  
Franklin—. ¡Eh, Dud  
Rogers!  
Dio un golpe a la puerta y  
la cabaña entera se**

**estremeció. El gancho que cerraba la puerta por dentro se soltó, y ésta se abrió, vacilante. La cabaña estaba vacía, pero se percibía un olor dulzón y enfermizo que hizo que los dos hombres se miraran poniendo mala cara, a pesar de estar acostumbrados a toda clase de hedores.**

**A Franklin le recordó fugazmente los encurtidos que han pasado muchos**

**años en un recipiente, a  
oscuras,  
hasta que el líquido en que  
están sumergidos se pone  
blancuzco.**

**—Huele peor que la  
gangrena —masculló  
Virgil.**

**Sin embargo, la cabaña  
estaba impecablemente  
limpia. La camisa de Dud  
pendía de un gancho  
encima  
de la cama, la astillada silla  
de cocina estaba junto a la  
mesa, y el jergón estaba**

**tendido como si fuera un  
catre  
de campaña. La lata de  
pintura roja, con  
churretones aún frescos en  
los costados, estaba situada  
sobre un  
periódico doblado, detrás,  
de la puerta.**

**—Si no salimos de aquí  
acabaré vomitando —  
anunció Virgil, cuyo rostro  
había adquirido un tono  
blanco verdoso.**

**Franklin, que no se sentía mejor, retrocedió y cerró la puerta.**

**Ambos se quedaron mirando el vertedero, tan desierto y estéril como la luna.**

**—Por aquí no está —  
concluyó Franklin—.**

**Andará por el bosque.**

**—¿Frank?**

**—¿Qué?**

**—La puerta tenía el seguro puesto por dentro. Si Dud no está ahí, ¿cómo salió?**

**Sobresaltado, Franklin se dio vuelta a mirar la cabaña. Por la ventana, pensó decir, pero no lo dijo.**

**La**

**ventana no era más que un rectángulo recortado y cubierto con un plástico transparente. Y no era**

**bastante**

**grande para que Dud, con su giba, pudiera pasar por allí.**

**7**

**—Qué importa —gruñó hoscamente—. Si Dud no**

**quiere darnos nuestra  
parte, que se muera.**

**Vamonos  
de aquí.**

**Volvieron hacia la  
camioneta, mientras  
Franklin sentía que algo se  
infiltraba a través de la  
membrana  
protectora de la ebriedad;  
algo pavoroso. Era como si  
el vertedero tuviera una  
palpitación propia, un  
latido  
lento, pero lleno de una  
terrible vitalidad. De**

**pronto sintió la necesidad  
de huir de allí.**

**—No se ve ninguna rata —  
comentó Virgil.**

**Y no se veía ninguna;  
gaviotas, únicamente.**

**Franklin trató de recordar  
alguna vez que hubiera**

**llevado su**

**cargamento al vertedero y  
no hubiera visto ratas.**

**Nunca.**

**—Debe de haber puesto  
cebos envenenados, ¿eh,  
Frank?**



**—Ven, vamos —fue la  
única respuesta—.**

**Larguémonos de aquí  
cuanto antes.**

**Después de la cena,  
autorizaron a Ben para que  
subiera a ver a Matt**

**Burke. La visita fue breve;  
Matt**

**estaba durmiendo. Sin  
embargo, le habían  
retirado ya la tienda de  
oxigenó; y la jefa de  
enfermeras le dijo que  
seguramente a la mañana  
siguiente Matt estaría**

**despierto y podría recibir alguna visita breve.**

**Ben observó que el rostro de su amigo estaba tenso y avejentado; por primera vez era el rostro de un viejo. Ahí tendido, inmóvil, parecía vulnerable e indefenso. Si todo esto es verdad, pensó Ben, esta gente no te está haciendo favor alguno, Matt. Si esto es verdad, entonces estamos en la ciudadela de la incredulidad,**

**donde las pesadillas se  
disipan con desinfectantes,  
escalpelos y quimioterapia,  
no con estacas de fresno y  
Biblias y tomillo silvestre.**

**Aquí son felices con los  
pulmones de acero, las  
agujas hipodérmicas y los  
irrigadores llenos de  
soluciones de bario. Si la  
columna de la verdad tiene  
una gotera, ni se enteran ni  
les  
importa.**

**Fue hacia la cabecera de la  
cama y suavemente tomó la**

**cabeza de Matt para volverla. En la piel del cuello no había marcas. Tras un momento de vacilación, se dirigió al armario y lo abrió. Allí estaba la ropa de Matt, y del picaporte interior de la puerta pendía el crucifijo que llevaba Matt cuando Susan fue a visitarle. Ben volvió a acercarse a la cama y se lo colocó de nuevo alrededor del cuello.**

**—Oiga, ¿qué está  
haciendo? —preguntó una  
enfermera que acababa de  
entrar con una jarra de  
agua y  
una toalla.**

**—Estoy poniéndole su cruz  
en el cuello —respondió  
Ben.**

**—¿Es católico?**

**—Ahora sí —dijo con un  
suspiro.**

**8**

**Era ya de noche cuando se  
oyó un golpecito en la**

**puerta de la cocina de la casa de los Sawyer en Deep Cut Road. Bonnie Sawyer fue a abrir. Llevaba un corto delantal atado a la cintura, tacones altos, y nada más.**

**Cuando la puerta se abrió, los ojos de Corey Briant se agrandaron y su boca se abrió.**

**—Oh... —articuló—.**

**¿Bonnie?**

**—¿Qué pasa, Corey**

**Deliberadamente apoyó una mano en el marco de la**

**puerta, para mostrar sus pechos desnudos. Al mismo tiempo cruzó los pies para llamar la atención sobre las piernas.**

**—Dios, Bonnie, ¿y si hubiera sido...?**

**—¿El empleado de la telefónica? —preguntó ella con una risita. Le tomó una mano y se la apoyó en el pecho—. ¿Quiere leer el contador?**

**Con un gruñido en el que había una nota de desesperación (la del**

**hombre que se ahoga y al hundirse por tercera vez encuentra una sirena en vez de una tabla), él la abrazó. Sus manos se cerraron sobre las nalgas, y el delantal almidonado crujió ásperamente.**

**—Ay, por favor. —Bonnie se retorció contra él—. ¿Es que va a probar si funciona el receptor, señor de la telefónica? Durante todo el día he estado esperando una llamada importante...**



**Corey la levantó y cerró la  
puerta de un puntapié.  
Bonnie no tuvo que decirle  
dónde estaba el  
dormitorio: él ya lo sabía.  
—¿Estás segura de que no  
vendrá? —preguntó.  
Los ojos de Bonnie  
brillaban en la oscuridad.  
—No sé a quién se refiere,  
señor de la telefónica. Si es  
a mi marido... está en  
Burlington, Vermont.  
Él la tendió sobre la cama,  
con las piernas colgando  
hacia un lado.**

**—Enciende la luz —pidió  
Bonnie, con voz  
súbitamente lenta y ronca  
—, que quiero ver lo que  
haces.**

**Corey encendió el foco que  
había al lado de la cama y  
la miró. El delantal estaba  
corrido hacia un  
costado. Los ojos de  
Bonnie, entrecerrados y  
ardientes, tenían las  
pupilas brillantes y  
dilatadas.**

**—Quítate eso —indicó él  
con un gesto.**

**—Quítemelo usted, que puede deshacer los nudos, señor de la telefónica.**

**Corey se inclinó obedientemente. Bonnie siempre le hacía sentir como un chiquillo inexperto que prueba por primera vez el plato, y a él siempre le temblaban las manos cuando estaba cerca de ella, como si su cuerpo transmitiera una corriente eléctrica. Ya no había momento en que no la**

**tuviera presente. Bonnie se le había metido en la cabeza como una de esas pequeñas llagas dentro de la boca que uno no deja de tocarse con la lengua hasta se le aparecía juguetonamente en sueños, con su piel dorada y excitante. Su imaginación no conocía límites.**

**—No; de rodillas —le dijo —. Ponte de rodillas.**

**Él se hincó torpemente y se arrastró hacia Bonnie,**

**tendiendo la mano hacia  
las cintas del delantal,  
mientras ella le apoyaba los  
pies en los hombros. Corey  
se inclinó a besarle el  
interior del muslo,  
sintiendo la  
carne firme y cálida.**

**—Así, Corey, así, sigue  
subiendo, sigue...**

**—Una escena muy  
interesante.**

**Bonnie Sawyer dio un grito  
de espanto.**

**Corey Briant levantó los ojos, parpadeando confundido.**

**Reggie Sawyer estaba apoyado contra la puerta del dormitorio. Apoyado en el antebrazo en forma descuidada y con los cañones hacia el piso, tenía una escopeta,**

**—Así que es verdad —se admiró Reggie, y dio un paso hacia el interior de la habitación, sonriendo—.**

**¿Qué os parece? Le debo una caja de cerveza a ese**

**borrachín de Mickey  
Sylvester, maldita sea.  
Bonnie fue la primera en  
recuperar la voz.**

**—Reggie, escúchame. No es  
lo que crees. Se metió en la  
casa, parecía enloquecido,  
estaba.»**

**—Cállate, puta. —Reggie  
seguía sonriendo.**

**Era un hombre enorme.  
Llevaba el mismo traje de  
color acerado que vestía  
dos horas antes, cuando  
Bonnie le había dado el  
beso de despedida.**

**—Escuche —dijo débilmente Corey, que sentía la boca llena de saliva—, por favor. Por favor, no me mate, aunque me lo merezca. Usted no querrá ir a la cárcel. No vale la pena por esto. Pégueme, sé que eso es inevitable, pero por favor no...**

**—No sigas de rodillas, Perry Masón —dijo Reggie Sawyer sin que la sonrisa se borrara de sus labios—.**



**Tienes abierta la  
cremallera de la bragueta.  
—Escuche, señor Sawyer..  
—Oh, llámame Reggie —  
continuó él, siempre  
sonriente—. Si somos poco  
menos que compinches.  
Hasta he estado  
aprovechando tus roñosas  
sobras, ¿no es así?  
—Reggie, no es lo que tú  
piensas, me violó..  
Su esposo la miró con su  
sonrisa dulce y bondadosa.  
—Si dices una palabra  
más, te meteré esto por el**

**cono y no volverás a abrir la boca nunca más.**

**Bonnie empezó a lloriquear. La cara se le había puesto mortalmente pálida.**

**—Señor Sawyer... Reggie...**

**—Tu apellido es Bryant, ¿verdad? ¿Tu padre es Pete Bryant?**

**La cabeza de Corey asintió desesperadamente.**

**—Sí, eso es. Escuche...**

**—Cuando yo trabajaba para Jim Webber solía venderle gasolina —evocó**

**Reggie con una sonrisa—.**

**Fue**

**unos cuatro o cinco años  
antes de que conociera a  
esta perra. ¿Sabe tu padre  
que estás aquí?**

**—No, señor, y se le partiría  
el corazón. Pégueme» me lo  
merezco, pero si me mata  
mi padre lo sabrá  
todo y le matará, y será  
usted responsable de dos...**

**—No, apuesto a que él no  
lo sabe. Ven un momento a  
la sala, que tenemos que  
hablar de este asunto.**

**Ven. —Le sonrió para  
hacerle ver que no tenía  
mala intención, y después  
sus ojos se detuvieron en  
Bonnie,  
que le miraba aterrada—.  
Tú quédate aquí, preciosa.  
Vamos, Bryant. —Le hizo  
un gesto con la escopeta.  
Tambaleante, Corey pasó a  
la sala seguido por Reggie.  
Sentía las piernas como de  
goma. De repente, la  
espalda empezó a picarle  
desesperadamente. Ahí me  
va a apuntar, pensó,**

**exactamente entre los omóplatos. Se preguntó si viviría lo suficiente para ver sus entrañas estrellándose contra la pared...**

**—Date la vuelta —dijo Reggie.**

**Corey, que empezaba a gimotear, giró sobre los talones. Aunque no quería lloriquear, no podía evitarlo.**

**La escopeta ya no pendía indolentemente del antebrazo de Reggie; el**

**doble cañón apuntaba a la cara de**

**Bryant. Le pareció que los orificios gemelos se agrandaban hasta convertirse en pozos insondables.**

**—¿Sabes lo que has estado haciendo? —preguntó Reggie. La sonrisa había desaparecido y la expresión de su rostro era muy seria. Corey no contestó. Era una pregunta estúpida. Pero siguió lloriqueando\***

**—Te has acostado con la mujer del prójimo, Corey.**

**¿Así te llamas?**

**Corey asintió en silencio, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.**

**—¿Sabes qué les pasa a los que hacen eso cuando los atrapan?**

**Corey volvió a asentir.**

**—Coge el cañón de esta escopeta, Corey. Es muy fácil. Para disparar el gatillo se necesita una fuerza**

**determinada, digamos que yo ya estoy aplicando la mitad de esa fuerza. Haz como si estuvieras acariciando a mi mujer.**

**La mano temblorosa de Corey se dirigió hacia el cañón de la escopeta. Sintió el frío del metal contra la palma sudorosa. De su garganta brotó un largo gemido de agonía. No había nada que hacer. Las súplicas eran inútiles.**



**—Póntela en la boca,  
Corey. Los dos cañones. Sí,  
eso es... Así está bien. Sí  
que tienes la boca bastante  
grande, Métetela hasta la  
garganta.**

**Las mandíbulas de Corey  
estaban abiertas hasta el  
límite. Los cañones de la  
escopeta se le apoyaban  
casi**

**en el paladar, y las arcadas  
le sacudían el estómago.**

**Sentía el acero aceitoso  
contra los dientes.**

**-Cierra los ojos, Corey. ¡**

**Corey se quedó mirándolo,  
los ojos llenos de lágrimas y  
tan grandes como platos.  
Reggie volvió a sonreír  
cordialmente.**

**—Cierra tus ojitos azules  
de bebé.**

**Corey lo hizo.**

**Apenas si tuvo conciencia  
de que los esfínteres se le  
aflojaban.**

**Reggie apretó los dos  
gatillos, y los percutores  
cayeron con un doble clic  
sobre las cámaras vacías.**

**Corey se desplomó en el suelo, desmayado.**

**Sin dejar de sonreír, Reggie le miró un momento y después dio vuelta a la escopeta y la cogió por los cañones.**

**—Ahora voy, Bonnie — anunció, volviéndose hacia el dormitorio.**

**Bonnie Sawyer empezó a chillar.**

**9**

**Corey Bryant se encaminó tambaleándose por Deep**

**Cut Road hacia el lugar donde había dejado aparcada la furgoneta de la telefónica. Su cuerpo hedía, y tenía los ojos vidriosos e inyectados en sangre. En la parte posterior de la cabeza, donde se había golpeado contra el suelo al desmayarse, tenía un gran chichón.**

**Sus botas hacían un ruido extraño al arrastrarse sobre la tierra blanda.**

**Corey trataba de no pensar en la ruina**

**total en que se había  
convertido su vida. Eran  
las ocho y cuarto. • Cuando  
le había despedido en la  
puerta de  
la cocina, Reggie Sawyer  
seguía sonriéndole  
bondadosamente. Desde el  
dormitorio, como un  
contrapunto a  
sus palabras, llegaban los  
sollozos desgarradores de  
Bonnie.**

**—Ahora te vas como un  
buen chico. Te metes en tu**

**furgoneta y te vuelves al pueblo. A las diez menos cuarto pasa el autobús que va de Lewiston a Boston. En Boston puedes tomar otro a cualquier lugar del país.**

**La parada está en el bar de Spencer. Márchate, porque si te vuelvo a ver te mataré. Con ella no pasará nada; ya está domada. Durante un par de semanas tendrá que usar pantalones, y blusas de manga larga, pero en la**

**cara no le quedará marca alguna. Lo mejor que puedes hacer es irte de Salem's Lot sin cambiarte de ropa siquiera, antes de que vuelvas a pensar que eres un hombre.**

**Y ahí iba Corey, caminando y dispuesto a hacer exactamente lo que le había dicho Reggie Sawyer. Desde Boston podría ir hacia el Sur... a cualquier parte. En el banco tenía**

**una cuenta con algo mas de  
mil  
dólares. Su madre siempre  
había dicho que era un  
muchacho muy ahorrativo.  
Podía telegrafiar para que  
le  
enviaran el dinero, y vivir  
de eso hasta que  
consiguiera trabajo y  
empezara con la larga y  
ardua tarea de  
olvidarse de esa noche, del  
sabor del cañón de la  
escopeta, del olor de sus**



**excrementos aplastados  
contra los  
pantalones.**

**—Hola, señor Bryant.**

**Corey soltó un grito  
ahogado y miró a la  
oscuridad\* sin ver nada al  
principio. El viento se  
movía en los  
árboles y hacía que las  
sombras danzaran a través  
del camino. De pronto sus  
ojos distinguieron una  
sombra  
más sólida, de pie junto al  
muro de piedra que corría**

**entre el camino y el campo  
de Cari Smith. La sombra  
tenía forma humana, pero  
había algo... algo...**

**—¿Quién es usted?**

**=—Un amigo que ve  
mucho, señor Bryant.**

**La forma salió de las  
sombras. A la débil luz,  
Corey vio un hombre de  
mediana edad con bigote  
negro y**

**brillantes ojos hundidos.**

**-Le han tratado a usted  
mal, señor Bryant. ,**

**-¿Qué sabe usted de mis cosas?**

**-Es mucho lo que se. Saber es mi oficio; ¿Fuma?**

**-Sí.-Corey aceptó con agradecimiento el cigarrillo que le ofrecían.**

**El extraño encendió una cerilla, y a la luz de la llama pudo ver que el hombre tenía pómulos salientes, esclavos, la frente pálida y huesuda, y que su pelo negro estaba peinado hacia**

**atrás. Después la cerilla se  
apagó  
y el humo penetró, áspero,  
en sus pulmones. Era un  
cigarrillo barato, pero era  
mejor que nada. Empezó a  
sosegar.**

**—¿Quién es usted? —  
volvió a preguntar.**

**El extraño soltó una risa  
sorprendentemente gutural  
que se disipó en la leve  
brisa lo mismo que el humo  
del cigarrillo de Corey.**

**—¡Nombres! —exclamó su  
interlocutor—. ¡Oh, los**

**norteamericanos y su  
insistencia en los nombres!  
¡Permítame que le venda  
un coche, soy Bill Smith!  
¡Cómase esto! ¡Vea aquello  
por televisión! Mi nombre  
es**

**Barlow, por si eso le  
tranquiliza. —Y volvió a  
soltar la risa, mientras sus  
ojos brillantes  
pestañeaban.**

**Corey sintió que una  
sonrisa se deslizaba  
también hasta sus labios, y  
apenas si pudo creerlo. Sus**

**problemas parecían  
distantes, sin importancia,  
en comparación con el  
desdeñoso buen humor de  
aquellos ojos  
oscuros.**

**—Es extranjero, ¿verdad?**

**—le preguntó.**

**—Soy de muchas tierras;  
pero para mí este país...  
este pueblo... es como si  
estuviera lleno de  
extranjeros.**

**¿Comprende usted? ¿Eh?**

**—Otra vez estalló en  
aquella risa gutural.**

**Y esta vez Corey se encontró riendo también. La risa se le escapó de la garganta como un croar disonante.**

**—Extranjeros, sí —  
continuó el otro—, pero  
hermosos extranjeros, de  
sangre caliente,  
emprendedores y  
llenos de vida. ¿Sabe usted  
qué hermosa es la gente de  
su país y de su pueblo,  
señor Bryant?**

**Corey apenas pudo emitir  
una risita, pero no apartó**

**los ojos de la cara del extraño, que le había fascinado.**

**—El pueblo de este país jamás ha sabido lo que es hambre o necesidad. Han pasado dos generaciones desde que conocieron algo que se le pareciera, e incluso entonces fue breve y circunstancial. Creen haber conocido la tristeza, pero su tristeza es la de un niño a quien en una fiesta de**



**cumpleaños se le cae al  
suelo el  
helado. No hay... ¿cómo se  
dice en su idioma...?,  
flaqueza en ellos.  
Derraman vigorosamente  
la sangre de su  
prójimo. ¿No lo cree usted?  
¿No lo ve?**

**—Sí —asintió Corey.**

**Al mirar los ojos del  
extraño pudo ver muchas  
cosas, todas admirables.**

**—Este país es una  
sorprendente paradoja. En  
otros países, cuando un**

**hombre come sin  
restricciones día  
tras día, se vuelve gordo...  
dormilón..., se pone hecho  
un cerdo. Pero aquí...  
parece que cuanto más  
tenéis, más  
agresivos os volvéis. Como  
el señor Sawyer. Con todo  
lo que tiene, te regatea  
unas pocas migajas de su  
mesa.**

**Él también es como un niño  
en una fiesta de  
cumpleaños, que aparta de**

**un empujón a otro bebé,  
aunque él ya  
no pueda comer más, ¿no  
es así?**

**—Sí —<sup>^</sup>balbuceó Corey.  
Los ojos de Barlow eran  
tan grandes y tan  
comprensivos... No era más  
que cuestión de...**

**—Todo es cuestión de  
perspectiva, ¿no es verdad?**

**—¡Sí! —exclamó Corey.  
El hombre había  
pronunciado la palabra  
justa, exacta, perfecta. El**

**cigarrillo se le escurrió de los dedos y cayó al suelo.**

**—Yo podría haber pasado por alto una comunidad rústica como ésta — reflexionó el extraño—.**

**Podría**

**haber ido a una de vuestras grandes ciudades**

**bulliciosas. ¡Bah! —Se enderezó súbitamente,**

**mientras sus ojos**

**centelleaban—. ¿Qué sé yo de las ciudades? ¡Allí me atropellaría el primer**

**cabriolé que pasara por la  
calle!**

**¡Me ahogaría en ese aire  
infecto! Entraría en  
contacto con hombres  
untuosos y estúpidos, cuyas  
preocupaciones son para  
mí... ¿cómo decís,  
hostiles...?, sí, hostiles.  
¿Cómo podría enfrentarse  
un pobre  
campesino como yo con el  
huero refinamiento de una  
gran ciudad... aunque sea  
de una ciudad**

norteamericana? ¡No! ¡Yo repudio vuestras ciudades!  
^¡Oh, sí! —susurró Corey.  
—Por eso he venido aquí, a un lugar del cual me habló por primera vez un hombre brillante, que fue vecino de este pueblo y ahora lamentablemente ha muerto. Aquí las gentes siguen siendo ricas y sanguíneas, gente rebotante de la agresión y la oscuridad que tan necesarias son para...

**no hay palabra para eso en  
vuestro  
idioma. Pokol; vurderlak;  
eyalik. ¿Sabes a qué me  
refiero?**

**—Sí —balbuceó Corey.**

**—La gente no se ha  
separado de la vitalidad  
que fluye de la madre  
tierra, cubriéndola con un  
caparazón  
de cemento. Sus manos se  
hunden en la savia de la  
vida. ¿Han arrancado la  
vida de la tierra, entera y  
palpitante! ¿No es verdad?**

**-¡Sí!**

**Con una risita bondadosa,  
el extraño apoyó una mano  
en el hombro de Corey.**

**—Eres un buen muchacho.  
Un hermoso muchacho,  
fuerte. No creo que quieras  
irte de un pueblo tan  
perfecto, ¿no?**

**—No... —murmuró Corey,  
pero de pronto dudó.  
El miedo regresaba. Pero  
seguramente no tenía  
importancia. Ese hombre  
no permitiría que le  
sucediera**



**nada malo.**

**—Pues no te irás. Nunca.**

**Corey se quedó inmóvil y**

**tembloroso, como si**

**hubiera echado raíces,**

**mientras la cabeza de**

**Barlow se**

**inclinaba hacia él.**

**—Y lograrás vengarte de**

**los que se llenan mientras**

**otros padecen necesidad.**

**Corey Bryant se hundía en**

**el gran río del olvido, y ese**

**río era el tiempo, y sus**

**aguas eran rojas.**

**10**

**Eran las nueve, y por el  
televisor del hospital,  
empotrado en la pared,  
estaba a punto de empezar  
la  
película del sábado por la  
noche, cuando sonó el  
teléfono que había junto a  
la cama de Ben. Era Susan,  
que  
apenas si podía mantener  
el control de su voz.**

**—Ben, Floyd Tibbits ha  
muerto. Murió en la celda,  
en algún momento de la  
noche. El doctor Cody dice**

**que por anemia aguda...  
¡pero yo conocía a Floyd!  
Sufría de hipertensión y  
por eso no le aceptaron en  
el  
ejército.**

**—Tranquilízate —aconsejó  
Ben, mientras se sentaba en  
la cama.**

**—Hay más. Una familia de  
apellido McDougall, que  
vive en el Bend. Se les  
murió un bebé de diez  
meses. A la señora  
McDougall la han detenido.**

**—¿Sabes cómo murió el bebé?**

**—Mi madre dijo que la señora Evans fue a ver por qué gritaba Sandra McDougall, y fue ella quien llamó**

**al anciano doctor**

**Plowman. Plowman no dijo nada, pero la señora Evans le comentó a mi madre que al bebé**

**no parecía pasarle nada..., salvo que estaba muerto.**

**—Y tanto Matt como yo, los estrafalarios, estamos**

**casualmente fuera del pueblo y fuera de combate**

—

**reflexionó Ben, más para sí que para Susan—. Casi como si fuera planeado.**

**—Hay más.**

**—¿Más?**

**—Cari Foreman ha desaparecido, y el cuerpo de Mike Ryerson también.**

**—Creo que es eso —se oyó decir Ben—. Tiene que ser eso. Voy a salir de aquí mañana.**

—¿Te darán de alta tan pronto?

—No tendrán nada que decir al respecto. —Ben articuló las palabras sin pensar en ellas; su mente estaba

en otra cosa—. ¿Tienes un crucifijo?

—Un... —Su voz sonó sorprendida, y un poco divertida—. Vaya, pues no.

—No bromeo, Susan.

Jamás he hablado más en serio. ¿Hay algún lugar

**donde puedas conseguir  
uno a  
esta hora?**

**—Bueno, está Mane  
Boddin. Podría ir hasta...**

**—No. No salgas a la calle.  
Quédate en casa. Haz uno  
tú misma, aunque sea  
encolando dos trozos de  
madera. Y déjalo junto a tu  
cama,**

**—Ben, todavía no puedo  
creerlo. Tal vez es un  
maníaco, alguien que cree  
ser un vampiro, pero...**

**—Tú cree lo que quieras,  
pero haz esa cruz.**

**—Pero...**

**—¿La harás aunque no sea  
más que para darme  
gusto?**

**La respuesta llegó de mala  
gana:**

**—Sí, Ben.**

**—¿Puedes venir al hospital  
mañana a las nueve?**

**—Sí.**

**—Muy bien. Subiremos los  
dos a informar a Matt.**

**Después tú y yo iremos a  
hablar con el doctor Cody.**



**—Pensará que estás loco,  
Ben. ¿Es que no lo sabes?**

**—Imagino que así es. Pero  
todo parece más real  
cuando se hace de noche,  
¿o no?**

**—Sí —admitió en voz baja  
Susan—. Por Dios, sí.  
Sin razón alguna, Ben  
pensó en la muerte de  
Miranda: la motocicleta  
que derrapaba sobre el  
asfalto  
mojado, perdido el control,  
el grito de ella, el sordo**

**pánico de él, el flanco del  
camión que crecía y crecía  
mientras se aproximaban  
hacia él oblicuamente.**

**—¿Susan?**

**—Sí.**

**—Cuídate, por favor.**

**Después, Ben se quedó  
mirando la televisión, casi  
sin ver la comedia de Doris  
Day y Rock Hudson. Se  
sentía desnudo,  
desprotegido. Él mismo no  
tenía cruz. Sus ojos  
vagaron inciertamente  
hacia las ventanas, que**

**no le mostraron más que la oscuridad. El viejo terror infantil de las tinieblas empezó a crecer, y al mirar la película, donde Doris Day le daba un baño de espuma a un perro peludo, sintió miedo.**

**11**

**En Portland, el depósito de cadáveres del condado es un salón frío y aséptico, revestido de azulejos verdes. Los suelos y las paredes son de un verde**

**uniforme, y el techo un poco más claro. En las paredes se abren puertas cuadradas que parecen las taquillas de una terminal de autobuses. Los largos tubos fluorescentes, paralelos, arrojan una luz neutra y fría sobre el conjunto. No es un decorado muy agradable, pero jamás se ha sabido de ningún cliente que se quejara.**

**A las diez menos cuarto de  
ese sábado por la noche,  
dos ayudantes entraron la  
camilla donde venía,  
cubierto por una sábana, el  
cuerpo de un joven  
homosexual a quien habían  
disparado en un bar. Era el  
primer  
cadáver que recibían esa  
noche; las víctimas de la  
carretera solían llegar  
entre la una y las tres de la  
madrugada.**

**Buddy Bascomb estaba  
contando un chiste verde**

**sobre desodorantes  
vaginales, cuando se  
interrumpió  
en mitad de una frase y se  
quedó mirando la línea de  
puertas de la M a la Z. Dos  
de ellas estaban abiertas.  
Buddy y Bob Greenberg  
dejaron al recién llegado y  
se dirigieron hacia allí.  
Buddy miró la etiqueta  
colocada en la puerta a que  
llegó primero, mientras  
Bob seguía hacia la otra.  
TIBBIST, FLOYD  
MARTIN**

**Sexo: M**

**Ingreso: 4.10.75**

**Autopsia fijada para:  
5.10.75**

**Firmado: J. M. Cody,  
médico**

**Bob tiró de la puerta y la  
plataforma se deslizó  
silenciosamente hacia fuera  
sobre sus ruedecillas.**

**Vacía.**

**—¡Eh! —vociferó**

**Greenberg—. ¡Este maldito  
agujero está vacío! ¿Quién  
diablos...?**

**—Yo estuve todo el tiempo en el escritorio —dijo Buddy—, y nadie pasó por allí. Puedo jurarlo. Debió ocurrir durante la guardia de Carty. ¿Qué nombre hay en ese otro?**

**—McDougall, Randall Fratus. ¿Qué quiere decir la abreviatura N.?**

**—Niño —explicó sombríamente Buddy—. Por Cristo, creo que hay algún problema.**

**12**

**Algo le había despertado.**



**Se quedó inmóvil en la  
oscuridad palpitante,  
mirando el techo.**

**Un mudo. Se oía un ruido.  
Pero la casa estaba en  
silencio.**

**Otra vez. Como si  
rascaran.**

**Mark Petrie se dio la vuelta  
en la cama y miró por la  
ventana, y ahí estaba**

**Danny Glick con los ojos  
fijos**

**en él a través del cristal,  
con la cara de una palidez  
sepulcral, los ojos**

**desencajados y enrojecidos.**

**Tenía los**

**labios y el mentón**

**embadurnados con alguna**

**sustancia oscura, y cuando**

**vio que Mark le miraba le**

**sonrió,**

**mostrando unos dientes**

**horriblemente largos y**

**agudos.**

**—Déjame entrar —**

**susurró.**

**Mark no estaba seguro de**

**si las palabras habían**

**atravesado el aire oscuro o**

**sonaban sólo dentro de su**

**cabeza.**

**Se dio cuenta de que estaba asustado, y de que su cuerpo lo había sabido antes que su mente. Jamás había estado tan asustado, ni siquiera cuando se cansó de nadar al volver de la boya de Pop-ham Beach y creyó que se ahogaría. Su mente, que en cierto modo seguía siendo la de un niño, hizo en pocos segundos un balance de su situación. El peligro que corría era más que peligro de muerte.**

**—Déjame entrar, Mark.  
Quiero jugar contigo.  
No había nada donde  
pudiera sostenerse ese ente  
abominable que estaba del  
otro lado de la ventana, la  
habitación de Mark estaba  
en el piso de arriba, y la  
ventana no tenía alféizar.  
Sin embargo, de alguna  
manera  
se mantenía suspendido en  
el vacío, o tal vez estaba  
aferrado a los ladrillos  
como un oscuro insecto.**

**—Mark... por fin he podido venir. Por favor...**

**Claro. Uno tiene que invitarles a entrar, pensó Mark.**

**Mark lo sabía por sus revistas de monstruos, las que su madre temía que pudieran trastornarlo de alguna manera.**

**Al levantarse de la cama, casi se cayó. Sólo entonces se dio cuenta de que miedo era una palabra**

**demasiado débil para eso.  
Ni siquiera terror servía  
para expresar lo que sentía.  
El pálido rostro que lo  
miraba  
desde fuera procuraba  
sonreír, pero llevaba  
demasiado tiempo en las  
tinieblas para recordar  
cómo se hacía. Lo  
que Mark veía era una  
mueca crispada, una  
sangrienta máscara de  
tragedia.  
Sin embargo, si uno le  
miraba a los ojos, no era**

**tan terrible. Si uno le  
miraba a los ojos, ya no  
tenía tanto  
miedo y comprendía que  
todo lo que tenía que hacer  
era abrir la ventana y decir  
«Entra, Danny», y que  
entonces ya no tendría más  
miedo porque sería lo  
mismo que Danny y que  
todos ellos, y lo mismo que  
éL**

**Sería...**

**¡No! ¡Así es como te  
atrapan!**

**Apartó los ojos, y para hacerlo necesitó de toda su fuerza de voluntad.**

**—¡Mark, déjame entrar!  
¡Te lo ordeno! \Él lo ordena!**

**Mark empezó otra vez a caminar hacia la ventana. Era imposible de evitar. No había manera de negar esa voz. A medida que se aproximaba al cristal, el maligno rostro infantil empezó a convulsionarse y a hacer**



**horribles muecas,  
ansiosamente. Las uñas,  
negras de tierra, rascaban  
el cristal de la ventana.  
Piensa en algo. ¡Rápido!, se  
ordenó Mark.  
—El arzobispo de  
Constantinopla —susurró  
roncamente—. El  
arzobispo de  
Constantinopla se quiere  
desarzobispoconstantinopo  
lizar. El  
desarzobispoconstantinopo  
lizador que lo**

**desarzobispoconstantinopo  
lice**

**buen**

**desarzobispoconstantinopo  
lizador será.**

**Danny Glick, con la mirada  
fija en él, emitía un sonido  
sibilante.**

**—¡Mark! ¡Abre la  
ventana!**

**—En un plato de patatas...**

**—La ventana, Mark, \él lo  
manda!**

**—... tres tristes tigres  
comen trigo.**

**Se sentía debilitar. Esa voz susurrante estaba atravesando sus defensas, y la orden era imperativa.**

**Los**

**ojos de Mark se fijaron en su escritorio, atestado de monstruos de juguete que ahora parecían tan ingenuos y estúpidos... Y al reparar de pronto en una de las figuras, se hicieron más grandes.**

**El vampiro de plástico se paseaba por un**

**camposanto de plástico, y uno de los monumentos tenía forma de cruz.**

**Sin detenerse a pensarlo ni considerarlo (cosas ambas que se le habrían ocurrido a un adulto, a su padre, por ejemplo, y que para él habrían sido la rutina), Mark arrancó la cruz, la empuñó con firmeza y dijo: —Pues entra, entonces. El rostro esbozó una astuta expresión de triunfo. La**

**ventana se abrió y Danny  
entró en la habitación y  
dio dos pasos. La  
exhalación de la boca  
abierta era fétida; el hedor  
de un osario. Las manos  
blancas, frías  
como peces, se apoyaron en  
los hombros de Mark. Su  
cabeza se inclinó como la  
de un perro mientras el  
labio  
superior se elevaba sobre  
los colmillos  
resplandecientes.**

**Con un gesto decidido,  
Mark levantó la cruz de  
plástico y la apoyó contra  
la mejilla de Danny Glick.  
El alarido fue horrible,  
sobrenatural... y silencioso.  
Sólo despertó ecos en los  
corredores de su cerebro y  
en las cámaras de su alma.  
En aquello que era el  
rostro de Glick, la sonrisa  
de triunfo se transformó en  
una  
desesperada mueca de  
agonía. De la carne pálida  
empezó a brotar humo y**

**durante un momento, antes  
de que  
la criatura se retorciera, a  
medias arrojándose, a  
medias cayendo por la  
ventana, Mark sintió que la  
carne  
cedía como si fuera humo.  
De pronto todo terminó,  
como si jamás hubiera  
sucedido.  
Pero por un momento la  
cruz resplandeció con una  
luz incandescente, como si  
la iluminara un fuego  
interior.**

**Mark oyó el clic  
inconfundible de la  
lámpara al encenderse en  
el dormitorio de sus  
padres, y la voz de su  
padre:**

**—¿Qué demonios ha sido  
eso?**

**13**

**Dos minutos después se  
abrió la puerta de su  
dormitorio, pero él ya  
había tenido tiempo de  
ponerlo todo  
en orden.**



**—Hijo, ¿estás despierto?**  
**—preguntó Henry Petrie.**  
**—Creo que sí —respondió**  
**Mark con voz soñolienta.**  
**—¿Has tenido una**  
**pesadilla?**  
**—Creo que sí... No me**  
**acuerdo.**  
**—Es que gritaste en**  
**sueños.**  
**—Disculpa.**  
**—No importa. —Después**  
**de cierta vacilación, el**  
**padre le contó sus**  
**recuerdos de cuando Mark**  
**era un**

**bebé, fuente de más  
problemas pero  
infinitamente más  
manejable—. ¿No quieres  
un poco de agua?**

**—No, gracias, papá.**

**Henry Petrie examinó  
rápidamente la habitación,  
sin poder entender la  
estremecedora sensación de  
miedo que le había  
despertado, y que todavía  
persistía, una sensación de  
desastre al que había  
escapado por**

**un pelo. Sí, todo parecía en orden. La ventana estaba cerrada. Todo estaba en su lugar.**

**—Mark, ¿pasa algo?**

**—No, papá.**

**—Bueno... buenas noches, entonces.**

**—Buenas noches.**

**La puerta se cerró suavemente, y los pies de su padre, calzados con pantuflas, descendieron por las escaleras. Mark se relajó. En ese momento, un adulto**

**podría haber cedido a la  
histeria, lo mismo que un  
niño  
un poco mayor o más  
pequeño. Pero Mark sintió  
que el terror se desvanecía  
en él. Y a medida que el  
terror se  
alejaba, la somnolencia  
empezó a ocupar su lugar.  
Antes de abandonarse por  
completo, Mark se dio  
cuenta de que estaba  
pensando, y no por  
primera vez,**

**lo extraño que eran los  
adultos. Tomaban laxantes,  
alcohol o pildoras para  
dormir, para ahuyentar sus  
terrores**

**y conseguir conciliar el  
sueño, y sus temores eran  
tan mansos, tan  
domésticos: el trabajo, el  
dinero, lo que  
pensará la maestra si  
Jennie no va a la escuela  
mejor vestida, si me amará  
mi mujer, quiénes serán  
mis**

**amigos. Pálidos miedos  
comparados con los que  
experimentan todos los  
niños en la oscuridad de  
sus lechos,  
sin poder confesárselos a  
nadie en la esperanza de  
ser comprendido, a no ser a  
otro niño. No hay terapia  
de  
grupo ni psiquiatría ni  
servicios sociales de la  
comunidad para el niño  
que debe hacer frente a eso  
que todas**

**las noches está en el sótano o debajo de la cama, a eso que acecha, se mueve y amenaza detrás del punto donde la visión se acaba. Y noche tras noche hay que librar la misma batalla solitaria, y la única cura es que al final las facultades imaginativas terminan por anquilosarse, y a eso se le llama ser adulto. En una especie de taquigrafía mental, más breve y más simple, esas**

**ideas le pasaron por la  
cabeza. La  
noche anterior, Matt Burke  
había hecho frente a un  
terror semejante y le había  
abatido un infarto  
provocado  
por el miedo; esta noche  
Mark Petrie lo había  
superado, y diez minutos  
más tarde descansaba en la  
falda del  
sueño, con la cruz de  
plástico todavía en la mano  
derecha, como un bebé**



**sostiene el sonajero. Tal vez  
la  
diferencia entre el hombre  
y el niño.**

**ONCE**

**BEN (IV)**

**1**

**A las nueve y diez de la  
mañana del domingo —un  
día luminoso y bañado por  
el sol—, cuando Ben  
empezaba a preocuparse  
por no saber nada de  
Susan, sonó el teléfono al  
lado de su cama. Ben  
respondió con**

**impaciencia.**

**—¿Dónde estás?**

**—Tranquilízate. Estoy aquí arriba con Matt Burke, que solicita el placer de tu compañía tan pronto como puedas ofrecérsela.**

**—¿Por qué no has venido...?**

**—He pasado a verte, más temprano, y dormías como un cordero.**

**—Es que por la noche te dan unas drogas que te aturden, para poder**

**robarte órganos para  
pacientes  
millonarios —bromeó Ben  
—. ¿Cómo está Matt?  
—Ven tú mismo a verlo —  
respondió Susan, y apenas  
había hecho más que  
colgar cuando ya Ben  
estaba  
enfundándose en su bata.**

**2**

**Matt parecía mucho mejor,  
casi rejuvenecido. Susan  
estaba sentada junto a la  
cama con un vestido de**

**color azul brillante, y cuando Ben entró en la habitación, Matt levantó una mano para saludarlo. Ben acercó una de las incómodas sillas del hospital y se sentó.**

**—¿Y tú cómo te sientes?**

**—Mucho mejor. Débil, pero mejor. Anoche me quitaron el suero endovenoso y esta mañana me han dado un huevo pasado por agua. Anticipos del asilo para ancianos.**

**Ben besó levemente a Susan y advirtió en el rostro de ella una especie de tensa compostura, como si**

**todo estuviera sostenido por un delgado alambre.**

**—¿Alguna novedad desde que llamaste anoche?**

**—Ninguna, que yo sepa.**

**Pero yo he salido de casa a eso de las siete, y los domingos el pueblo se despierta un poco más tarde.**

**Ben dirigió la mirada a Matt.**

**—¿Te sientes bien para hablar de esto?**

**—Sí, creo que sí —  
respondió Matt, y cambió de posición. Con el movimiento, la cruz de oro que Ben le había colgado al cuello relumbró—. Por cierto, gracias por esto. Es un gran consuelo, aunque la compraras el**

**viernes por la tarde en la  
sección saldos de  
Woodworth.**

**—¿Cómo estás ahora?**

**—«Estabilizado» es el  
repugnante término que  
usó el joven doctor Cody  
cuando me examinó ayer a  
última hora de la tarde. De  
acuerdo con el ECG que  
me hizo, fue estrictamente  
un infarto de segunda  
división... sin formación de  
coágulos —carraspeó—.  
En interés de él, es de  
esperar que así sea. —Se**

**interrumpió y miró a Ben  
—. Dijo que había visto  
casos así producidos por  
una fuerte conmoción. Yo,  
como si  
tuviera cremallera en la  
boca. ¿Hice bien?  
—En ese momento sí. Pero  
las cosas han cambiado.  
Hoy, Susan y yo vamos a  
ver a Cody y le  
pondremos al tanto de  
todo. Si no firma  
inmediatamente los papeles  
para encerrarme en el  
manicomio, le**



**diremos que hable contigo.**

**—Pues le haré el favor de escucharle —dijo maliciosamente Matt—. El muy presumido no me deja fumar mi pipa.**

**—¿Te contó Susan lo que ha sucedido en Salem's Lot desde el viernes por la noche?**

**—No. Dijo que prefería esperar a que estuviéramos todos juntos.**

**—Antes de que hable ella, ¿quieres contarme qué fue**

**lo que pasó exactamente en tu casa?**

**El rostro de Matt se ensombreció y por un momento la máscara de la convalecencia se esfumó.**

**Ben tuvo un atisbo del viejo a quien había visto dormido el día anterior.**

**—SÍ no te sientes lo bastante...**

**—Oh, sí, estoy bien. Tengo que estar bien, si la mitad de lo que sospecho es verdad —sonrió**

**amargamente—. Siempre me he considerado un poco librepensador, y difícil de asustar. Pero es asombrosa la forma en que la mente trata de excluir algo que no le gusta o que considera amenazante. Como las pizarras mágicas con que jugábamos cuando éramos niños. Si a uno no le gustaba lo que había dibujado, no tenía más**

**que correr la línea y  
desaparecía.**

**—Pero la línea quedaba  
marcada para siempre en  
el fondo —señaló Susan.**

**—Sí —le sonrió Matt—.**

**Una hermosa metáfora de  
la interacción entre lo  
consciente y lo  
inconsciente.**

**Lástima que Freud eligió la  
de la cebolla. Pero estamos  
divagando. —Miró a Ben  
—. ¿A ti te lo ha contado  
Susan?**

**—Sí, pero...**

**—Entiendo. Vayamos al grano.**

**Relató la historia con voz tranquila y casi sin inflexiones, con una única pausa cuando una enfermera entró a preguntarle si quería un vaso de zumo. Matt le dijo que le encantaría, y se lo bebió a pequeños sorbos con la pajita, mientras hablaba. Ben observó que al llegar a la parte en que**

**Mike se caía hacia atrás por la ventana, los cubos de hielo tintineaban un poco en el vaso que sostenía en la mano. Sin embargo, la voz no vaciló; siguió sonando con la misma inflexión monótona que Matt usaba en sus clases. Ben pensó, no por primera vez, que era un hombre admirable. Terminado el relato, se produjo una breve pausa,**

**que fue rota por el propio Matt.**

**—Bien. Vosotros, que no habéis visto nada con vuestros propios ojos, ¿qué pensáis de esto?**

**—Ayer, Ben y yo hablamos bastante sobre ello --dijo Susan—, pero dejaré que sea él quien se lo diga a usted.**

**Con cierta timidez, Ben fue planteando cada una de las explicaciones razonables, para descartarlas**

**después. Cuando mencionó la persiana, el terreno blando y la falta de huellas de escalera, Matt aplaudió. ' —¡Bravo! ¡Buen detective! —Después miró a Susan—. Y usted, señorita Norton, que solía escribir unos ensayos tan sólidos, con párrafos como ladrillos unidos por el cemento de oraciones, ¿qué piensa usted?**

**La muchacha se miró las manos, que jugaban con un**



**pliegue de su vestido, y después levantó los ojos hacia él.**

**—Como ayer Ben me dio una conferencia sobre el significado lingüístico de no puedo\* no usaré esa expresión. Pero me resulta muy difícil aceptar que anden vampiros al acecho por Salem's Lot, señor Burke.**

**—Si se pueden disponer las cosas para que no se viole el secreto, estoy dispuesto a someterme a un**

**detector de mentiras —dijo suavemente Matt.**

**Susan enrojeció un poco.**

**—No, no... no me entienda mal, por favor. Estoy convencida de que algo sucede en el pueblo. Algo... horrible.. Pero esa»**

**Matt tendió una mano y la apoyó sobre las de ella.**

**—Eso lo entiendo, Susan. ¿Pero quieres hacer algo por mí?**

**—Si puedo.**

**—Quisiera que los tres nos decidiéramos a partir de la**

**premisa de que todo esto es real. Que tengamos presente esa premisa hasta que podamos refutarla. El método científico. Ben y yo ya hemos analizado los modos y maneras de ponerla a prueba. Y nadie desea más que yo poder refutarla.**

**—Pero no cree que sea posible, ¿no es eso?**

**—No, no lo creo —admitió Matt—. Después de una larga conversación**

**conmigo mismo, llegué a una decisión: creo en lo que vi. —Dejemos de lado por un momento las cuestiones de creer y no creer —sugirió Ben—, que por ahora son académicas.**

**—De acuerdo —aprobo Matt—. ¿Cuáles son tus ideas sobre el procedimiento?**

**—Bueno —empezó Ben-, yo te designaría jefe de investigación; Dados tus antecedentes, resultas**

**adecuado para la tarea. Y  
estás obligado a mantener  
inactividad física.**

**Los ojos de Matt brillaron  
como cuando habló de la  
perfidia de Cody al  
prohibirle la pipa.**

**—Cuando abra la  
biblioteca, telefonearé a  
Loretta Starcher.**

**Necesitará una carretilla  
para traerme los  
libros.**

**—Es domingo y la  
biblioteca está cerrada —le  
recordó Susan.**

**—La abrirá para mí —  
afirmó Matt—, y si no,  
sabré por qué.**

**—Pídele todo lo que haya  
sobre el tema —indicó Ben  
—, tanto psicológico como  
parapsicológico o  
místico. Todo.**

**•—Iré tomando notas —  
dijo Matt—. ¡Por Dios que  
sí! —Miró a ambos—.  
Desde que me desperté  
aquí,  
es la primera vez que me  
siento un hombre. ¿Qué  
vais a hacer?**

**—Primero, hablar con  
Cody. Él examinó a  
Ryerson y a Floyd Tibbits.  
Tal vez podemos  
persuadirle de  
exhumar el cuerpo de  
Danny Glick.**

**—Pero ¿lo hará? —  
preguntó Susan.**

**Matt bebió un sorbo de  
zumo antes de contestar.**

**—El Jimmy Cody que fue  
mi discípulo lo habría  
hecho, sin duda. Era un  
muchacho imaginativo y de**

**mentalidad abierta,  
notablemente resistente a  
la hipocresía. Hasta qué  
punto puedan haberlo  
convertido en  
empirista la universidad y  
la facultad de medicina, no  
lo sé.**

**—Todo esto me parece  
descabellado —señaló  
Susan—. Especialmente lo  
de ir a ver al doctor Cody,  
a  
riesgo de que nos rechace  
sin contemplaciones. ¿Por**



**qué no vamos Ben y yo a casa de los Marsten y terminamos con todo esto? Eso estaba en el programa de la semana pasada.**

**—Te diré por qué — intervino Ben—, Porque vamos a proceder partiendo de la premisa de que todo esto es real ¿Estás tan ansiosa por ir a meter la cabeza en la boca del lobo?**

**—Yo creía que los vampiros dormían de día.**

**—Sea lo que sea Straker,  
no es un vampiro —señaló  
Ben—, a menos que las  
antiguas leyendas estén  
equivocadas. Se muestra a  
plena luz del día. Y lo  
menos que haría sería  
echarnos como intrusos, sin  
que  
llegáramos a enterarnos de  
nada. En el peor de los  
casos, si nos venciera y nos  
encerrara allí hasta la  
noche,**

**seríamos el bocado perfecto para cuando despertara el conde.**

**—¿Barlow?**

**Ben se encogió de hombros.**

**—¿Por qué no? La historia del viaje de negocios a Nueva York es demasiado buena para ser cierta.**

**Aunque la expresión de sus ojos seguía siendo obstinada, Susan no dijo nada.**

**—¿Y qué .haréis si Cody se ríe de vosotros? —**

**preguntó Matt—. Eso, suponiendo que no os haga encerrar.**

**—Entonces iremos al cementerio al caer el sol •— declaró Ben—. A vigilar el sepulcro de Danny Glick. Cuestión de pruebas, digamos.**

**Matt se enderezó un poco sobre las almohadas.**

**—Prometedme que tendréis cuidado.**

**¡Prometédmelo, Ben!**

**—Claro que sí. Iremos rebosantes de cruces.**

**—No hagas bromas —  
balbuceó Matt—. Si tú  
hubieras visto lo que yo...**

**—Volvió la cabeza para  
mirar**

**por la ventana, que  
mostraba las hojas de un  
aliso iluminadas por el sol  
y, más allá, el luminoso  
cielo otoñal.**

**—Si ella bromea, yo no —  
afirmó Ben—. Tomaremos  
todas las precauciones.**

**—Id a ver al padre  
Callahan —recomendó  
Matt—. Pedidle que os dé**

**un poco de agua bendita, y  
si es  
posible también una hostia.  
—¿Qué clase de hombre  
es? —quiso saber Ben.  
Matt se encogió de  
hombros.**

**—Un poco raro. Borracho,  
tal vez. En todo caso, si lo  
es, es un borracho  
cultivado y cortés. Tal vez  
un  
poco resentido bajo el yugo  
de un Papado ilustrado.**

**—¿Está usted seguro de  
que el padre Callahan es...**

**de que bebe? —preguntó Susan.**

**—Seguro no —respondió Matt—. Pero un ex alumno mío, Brad Champion, trabajaba en la tienda de licores de Yarmouth y dice que Callahan es uno de los clientes habituales. De Jim Beam. Buen gusto.**

**—¿Sería posible hablar con él? —preguntó Ben.**

**—No lo sé, pero deberíais intentarlo.**

**—Entonces, ¿tú no lo conoces?**

**—No. Está escribiendo una historia de la Iglesia católica en Nueva Inglaterra, y sabe mucho de los poetas de nuestra supuesta edad de oro... Whittier, Longfellow, Russell, Holmes, todos éstos. A fines del año pasado lo invité a hablar en mi clase de estudiantes de literatura norteamericana. Tiene una mente rápida y punzante, que agradó a los muchachos.**



**—Lo veré, y me dejaré  
guiar por mi olfato —  
prometió Ben.**

**Una enfermera se asomó,  
hizo un gesto de  
asentimiento y un momento  
después entraba Jimmy  
Cody,  
con un estetoscopio colgado  
del cuello.**

**—¿Molestando a mi  
paciente? —bromeó.**

**—No tanto como tú —  
protestó Matt—. Quiero mi  
pipa.**

**—Pues puede usted tenerla  
—respondió Cody con aire  
ausente, mientras  
estudiaba los datos clínicos  
de  
Matt.**

**—Matasanos de mala  
muerte —masculló Matt.  
Cody dejó la ficha clínica y  
corrió la cortina verde que  
pendía alrededor de la  
cama, de un riel de acero  
en forma de C.**

**—Tengo que pedirles que  
salgan un momento. ¿Qué**

**tal va su cabeza, señor  
Mears?**

**—Bueno, parece que no se  
me ha salido nada de  
dentro.**

**—¿Sabe lo de Floyd  
Tibbits?**

**—Susan me lo contó, y  
quisiera hablar con usted,  
si tiene un momento  
cuando termine sus visitas.**

**—Si quiere, puedo dejarlo  
como el último paciente de  
la visita. A eso de las once.**

**—Espléndido.**

**Cody volvió a mover la cortina.**

**—Y ahora, si usted y Susan quieren disculparnos...**

**—Hemos aquí, amigos, en el aislamiento —declamó Matt—. Decid la palabra secreta y os ganaréis cien dólares.**

**La cortina se interpuso entre Ben y Susan y la cama.**

**—La próxima vez que lo tenga a usted con oxígeno —le oyeron decir a Cody —, creo que aprovecharé**

**para extirparle la lengua y  
más o menos la mitad del  
lóbulo frontal.**

**Ben y Susan sonrieron,  
como sonríen los  
enamorados cuando están  
al sol y no pasa nada grave,  
pero las  
sonrisas se desvanecieron  
casi instantáneamente. Por  
un momento se  
preguntaron si todo aquello  
no sería una  
chifladura.**

**3**

**Cuando Jimmy Cody entró finalmente en el cuarto de Ben, eran las once y veinte.**

**—De lo que yo quería hablar con usted... —  
empezó Ben.**

**—Primero la cabeza y después hablamos. —Cody le apartó suavemente el pelo, miró un momento y dijo—: Esto le va a doler. Cuando le quitó el vendaje adhesivo, Ben dio un respingo.**

**—Bonito chichón —  
comentó Cody, y volvió a**

**cubrir la herida con una  
venda más pequeña.  
Dirigió la luz de su linterna  
a los ojos de Ben y después  
le golpeó la rodilla  
izquierda con un martillito  
de goma. Con súbita  
morbosidad, Ben pensó si  
sería el mismo que había  
usado con Mike Ryerson.  
—Parece que todo va bien  
—comentó el médico,  
mientras dejaba a un lado  
sus instrumentos—. ¿Cuál  
era el apellido de soltera de  
su madre?**

**—Ashford—respondió  
Ben, a quien le habían  
hecho preguntas similares  
cuando recuperó por  
primera  
vez el conocimiento.**

**—¿Y la maestra de primer  
grado?**

**—La señora Perkins. Se  
teñía el pelo.**

**—¿El segundo nombre de  
su padre?**

**—Merton.**

**—¿Mareos o náuseas?**

**—No.**



**—¿No percibe olores raros, colores o...?**

**—No, no y no. Estoy perfectamente.**

**—Eso lo decidiré yo — especificó Cody—. ¿En algún momento vio doble imagen?**

**—Desde la última vez que bebí toda una botella de Thunderbird, no.**

**—Muy bien. Le declaro curado gracias a las maravillas de la ciencia moderna y a la suerte de tener la**

**cabeza dura. Ahora, ¿de  
qué quería hablarme? De  
Tibbits y del chico de los  
McDougall, imagino. Lo  
único**

**que puedo decirle es lo que  
le dije a Parkins Gillespie.  
Primero, que me alegro de  
que no haya aparecido en  
los periódicos; en un  
pueblo pequeño, con un  
escándalo por siglo es  
bastante. Segundo, que no  
sé quién pudo  
hacer una cosa tan  
retorcida. No puede haber**

**sido nadie del pueblo.**

**Tenemos nuestra cuota de  
horrores,**

**pero...**

**Se interrumpió al ver la  
expresión intrigada de Ben  
y Susan.**

**—¿No lo saben? ¿No les  
han contado?**

**—¿Contado qué? —  
preguntó Ben.**

**—Parece algo de Boris  
Karloff y Mary Shelley.**

**Anoche alguien se llevó los  
cadáveres del depósito en  
Portland.**

**—Cristo —murmuró  
Susan.**

**—¿Qué pasa? —preguntó  
Cody—. ¿Es que ustedes  
saben algo de esto?**

**—Estoy empezando a  
pensar que sí —respondió  
Ben.**

**4**

**Cuando terminaron de  
contárselo todo eran las  
12.10. La enfermera había  
traído el almuerzo de Ben  
en**

**una bandeja, que seguía  
intacta junto a la cama.**

**La última palabra se  
extinguió y no se oyó otro  
ruido que el entrechocar de  
vasos y cubiertos por la  
puerta entreabierta,  
mientras los demás  
pacientes del pabellón  
comían.**

**—Vampiros —repitió  
Jimmy Cody—. Y Matt  
Burke. Tratándose de él, es  
muy difícil tomarlo a risa.  
Ben y Susan se quedaron  
en silencio.**

**—Así que quieren que  
exhume el cadáver del**

**chico de los Glick —  
masculló—. Lo único que  
faltaba.**

**Sacó un frasco de su  
maletín y se lo arrojó a  
Ben, que lo atrapó al vuelo.  
—Aspirina —informó—.**

**¿La usa usted?**

**—Mucho.**

**—Mi padre solía decir que  
era la mejor enfermera de  
un buen médico. ¿Sabe  
usted cómo actúa?**

**—No —contestó Ben,  
mientras hacía girar en las**

**manos el frasco de aspirinas.**

**No conocía a Cody lo suficiente para saber qué era lo que ocultaba o lo que dejaba ver, pero estaba seguro de que no eran muchos los pacientes que lo veían así, nublado el rostro juvenil por las cavilaciones y la introspección. No quiso interrumpir el estado de ánimo de Cody.**

**—Ni yo —continuó éste—. Ni nadie, en realidad. Pero**

**es buena para el dolor de cabeza, la artritis y el reumatismo. Tampoco sabemos qué son esas dolencias. ¿Por qué ha de dolerle a uno la cabeza, si no hay nervios en el cerebro? Sabemos que la composición química de la aspirina se parece mucho a la del LSD, pero ¿por qué uno de ellos alivia el dolor de cabeza mientras el otro hace que la**



**cabeza se llene de flores?**

**En**

**parte, la razón de que no lo entendamos es que no sabemos realmente qué es el cerebro. El mejor médico del**

**mundo está en un islote en medio de un mar de ignorancia. Sacudimos nuestras varas de brujos, matamos**

**nuestros cobayas, y leemos mensajes en la sangre. Y todo eso funciona muchas veces. Magia blanca. Bene**

**gris gris. Mis profes de la facultad se tirarían de los pelos si me oyeran decir esto. Algunos ya lo hicieron cuando supieron que me dedicaría a la medicina general en una zona rural de Maine —sonrió—. Y clamarían si supieran que voy a pedir autorización para exhumar el cadáver del chico de Glick.**

**—¿Lo hará usted? — preguntó Susan, azorada.**

**—¿Qué daño puede hacer?  
Si está muerto, está  
muerto. Y si no, tendré algo  
para remover el avispero  
en  
la próxima convención de  
la Asociación Médica  
Norteamericana. Diré a los  
funcionarios del condado  
que  
busco signos de encefalitis  
infecciosa, es la única  
explicación verosímil que  
se me ocurre.**

**—¿Podría ser eso,  
realmente? —preguntó,  
Susan.**

**—Improbable.**

**—¿Cuándo sería lo más  
pronto que se podría hacer  
eso? —preguntó Ben.**

**—Mañana. Pero si tengo  
que ir de un lado a otro, el  
martes o miércoles.**

**—¿Qué aspecto debería  
tener? —preguntó Ben—.**

**Ya sabe, me refiero a...**

**—Sí, sé a qué se refiere.**

**Los Glick no habrán hecho**

**embalsamar al chico,  
¿verdad?**

**—No.**

**—¿Y hace una semana que  
lo enterraron?**

**—Sí.**

**—Cuando se abra el ataúd,  
es posible que haya un olor  
muy desagradable y que el  
cuerpo esté hinchado.**

**Es posible que el pelo le  
llegue al cuello... es  
sorprendente durante  
cuánto tiempo sigue  
creciendo... y también**

**tendrá las uñas muy largas.**

**En cuanto a los ojos,**

**estarán hundidos.**

**Susan trataba de mantener**

**una expresión de**

**imparcialidad científica.**

**Ben se alegró de no haber**

**comido**

**su almuerzo.**

**—La verdadera**

**descomposición del**

**cadáver no se habrá**

**iniciado todavía —continuó**

**Cody—, pero es**

**posible que haya humedad**

**suficiente para producir**

**crecimientos fungosos en  
mejillas y manos; quizá  
una  
sustancia musgosa que se  
llama... —Se interrumpió  
—. Oh, perdón. Les estoy  
impresionando.  
—Puede haber cosas  
peores que la podredumbre  
—señaló Ben—.  
Supongamos que no se  
encuentra  
ninguno de esos signos, que  
el cadáver sigue con un  
aspecto tan natural como  
el día que lo enterraron.**

**Entonces ¿qué? ¿Se le clava una estaca en el corazón?**

**—Difícil —respondió Cody —. Para empezar, algún funcionario del condado estará presente. No creo que ni siquiera a Brent Norbert le pareciera muy profesional de mi parte que sacara una estaca del maletín y la clavara a martillazos en el cadáver de un niño.**

**—¿Y qué hará usted? — preguntó Ben.**



**—Bueno, con perdón de Matt Burke, no creo que eso suceda. Si el cuerpo estuviera en ese estado, sin duda lo llevaría al Centro Médico de Maine para un examen exhaustivo. Y una vez allí, trataría de alargar el reconocimiento hasta el anochecer... y observaría cualquier fenómeno que pudiera producirse.**

**—¿Y si se levanta?**

**—Lo mismo que ustedes, no puedo concebirlo.**

—A mí me parece cada vez más concebible —dijo Ben—. ¿Podría estar presente cuando todo eso suceda... si es que sucede?

—Podríamos arreglarlo.

—De acuerdo —asintió Ben. Se levantó de la cama y se dirigió al armario donde estaba su ropa—. Yo voy a...

Se oyó una risita de Susan, y Ben se volvió.

—¿Qué pasa?

Cody también reía.

**Los camisones de hospital  
suelen abrirse por la  
espalda, señor Mears.**

**—Demonios —masculló  
Ben, instintivamente se dio  
la vuelta para cerrarse el  
camisón—. Será mejor  
que me tutees.**

**—Bien —dijo Cody,  
levantándose—, Susan y yo  
nos vamos. Cuando estés  
presentable, ve a la  
cafetería  
de abajo. Esta tarde, tú y  
yo tenemos cosas que  
hacer.**

**—¿De veras?**

**—Sí. Habrá que contarles a los Glick la historia de la encefalitis. SÍ quieres, puedes hacerte pasar por mi**

**colega. No hace falta que digas nada.**

**—Pero no les va a gustar, ¿verdad?**

**—¿Te gustaría a ti?**

**—No lo creo —admitió Ben.**

**—¿Necesitas el permiso de ellos para conseguir una**

**orden de exhumación? —  
preguntó Susan.**

**—Técnicamente no. Desde un punto de vista práctico, es probable que sí. Mi única experiencia con la exhumación de cadáveres fue cuando estudié medicina forense. Si los Glick se oponen, tendríamos que acudir a los tribunales, lo que representaría perder quince días o un mes, y llegados a ese punto, dudo que la teoría de**

**la encefalitis resista. —**

**Hizo una pausa para mirarlos—.**

**Con lo cual llegamos a lo que más me inquieta en todo este asunto, aparte la historia del señor Burke. El de Danny Glick es el único cadáver sobre el cual podemos trabajar. Los demás, simplemente se han esfumado.**

**5**

**Ben y Jimmy Cody llegaron a casa de los Glick**

**sobre la una y media. Él  
coche de Tony Glick estaba  
aparcado en el camino de  
entrada, pero la casa  
estaba en silencio. Después  
de llamar tres veces sin  
obtener  
respuesta, cruzaron el  
camino para dirigirse a la  
pequeña cabaña vecina, un  
triste refugio prefabricado  
de los  
años cincuenta, apuntalado  
en uno de sus extremos. El  
nombre que se leía en el  
buzón era Dickens. Un**

**flamenco rosado estaba en  
el césped, junto al camino,  
y un pequeño cocker  
spaniel les saludó  
meneando el  
rabo cuando se acercaron.  
Pauline Dickens, camarera  
y socia del Café Excellent,  
abrió la puerta un  
momento después de que  
Cody  
tocara el timbre, vestida  
con su uniforme.  
—Hola, Pauline —la  
saludó Jimmy—. ¿ No**



**sabes dónde están los  
Glick?**

**—¿Quieres decir que no lo  
sabes?**

**—¿Que no sé qué?**

**—La señora Glick ha  
muerto esta mañana. A  
Tony Glick lo llevaron al  
hospital general de Maine.**

**Ha**

**sufrido una conmoción.**

**Ben miró a Cody, que tenía  
el aspecto de un hombre a  
quien acaban de darle una  
patada en el estómago.**

**Ben se hizo cargo de la situación.**

**—¿Dónde llevaron el cadáver de ella?**

**Pauline se pasó las manos por las caderas, para asegurarse de que su uniforme estaba impecable.**

**—Bueno, hace una hora hablé por teléfono con Mabel Werts y me dijo que Parkins Gillespie iba a llevar**

**el cadáver directamente a esa casa funeraria judía que hay en Cumberland.**

**Como nadie sabe dónde  
está Cari**

**Foreman...**

**—Gracias—dijo Cody.**

**—Qué cosa tan espantosa**

**—dijo ella, mientras sus  
ojos se volvían hacia la casa**

**vacía del otro lado del**

**camino. El coche de Tony**

**Glick seguía en el camino**

**de entrada como un perro**

**grande y polvoriento a**

**quien**

**hubieran dejado**

**encadenado antes de**

**abandonarlo—. Si yo fuera**

**una persona supersticiosa,  
tendría miedo.**

**—¿Miedo de qué, Pauline?**

**—interrogó Cody.**

**—Oh... miedo —sonrió  
vagamente, mientras sus  
dedos subían hasta una  
cadenita que le colgaba del  
cuello, con una medalla de  
san Cristóbal.**

**6**

**De nuevo estaban sentados  
en el automóvil, desde  
donde habían visto, sin  
decir palabra, cómo  
Pauline se**

**marchaba hacia su trabajo.**

**—¿Y ahora? —preguntó  
Ben.**

**—Menudo lío —reflexionó  
Jimmy—. El de la  
funeraria es Maury Green.  
Tal vez tendríamos que ir  
con  
el coche hasta  
Cumberland. Hace nueve  
años, el hijo de Maury  
estuvo a punto de ahogarse  
en el lago.**

**Casualmente, yo estaba allí  
con una amiga y le hice la**

**respiración artificial al  
chico. Le puse de nuevo el  
motor en marcha. Quizá  
esta vez tenga que  
aprovecharme de la buena  
disposición de él.**

**—¿Y de qué servirá la  
buena disposición? Los  
funcionarios del condado se  
habrán llevado el cadáver  
para hacerle la autopsia, o  
lo que corresponda.**

**—Lo dudo. Hoy es  
domingo, ¿recuerdas? Uno  
de ellos es geólogo**

**aficionado y estará de  
excursión por  
el bosque. Y Norbert... ¿te  
acuerdas de Norbert?  
Ben asintió con un gesto.  
—Norbert debe de estar de  
guardia, pero es un  
excéntrico. Lo más  
probable es que haya  
descolgado el  
teléfono para ver el partido  
de béisbol. Si vamos ahora  
a la casa funeraria de  
Maury Green, hay  
bastantes**

**probabilidades de que el  
cuerpo siga ahí y que nadie  
lo reclame hasta el  
anochecer.**

**—Bueno, vamos —asintió  
Ben.**

**Recordó que tenía que  
llamar al padre Callahan,  
pero eso tendría que  
esperar. Las cosas iban  
muy  
deprisa, demasiado para su  
gusto. Fantasía y realidad  
se habían confundido.**



**Sumidos en sus propios pensamientos, viajaron en silencio hasta llegar a la autopista de peaje. Ben pensaba en lo que Cody había dicho en el hospital. Cari Foreman no estaba. Los cuerpos de Floyd Tibbits y del bebé de los McDougall habían desaparecido en las narices de los empleados del depósito de cadáveres. Mike Ryerson también había desaparecido, y sabría Dios quién más.**

**¿Cuántas personas había en Salem's Lot que podrían evaporarse sin que nadie las echara de menos durante una semana... o dos... o un mes? ¿Doscientas? Sintió que las manos le sudaban.**

**—Esto empieza a parecer el sueño de un paranoico — comentó Jimmy— o una historieta de Graham Wilson. Y lo más aterrador, desde un punto de vista académico, es la relativa facilidad con que se podría**

**fundar una colonia de vampiros a partir de un primero. Solar es una ciudad-dormitorio para Portland, Lewiston y Gates Falls, principalmente. En el pueblo no hay una industria que pudiera verse afectada por absentismo laboral. Las escuelas reúnen a chicos de tres pueblos, y si las listas de ausentes se alargaran un poco, ¿quién se daría cuenta? Mucha gente va a**

**la iglesia en Cumberland, y otros no van siquiera. Y la televisión ha puesto fin a las reuniones que solían celebrarse en el vecindario, a no ser las de los vejestorios que se encuentran en la tienda de Milt. Todo se podría ir llevando perfectamente entre bastidores.**

**—Sí —asintió Ben—.**

**Danny Glick contagia a Mike. Mike contagia... o,**

**no sé. A Floyd, tal vez. El  
bebé  
de los McDougall contagia  
a... ¿su padre? ¿Su madre?  
¿Cómo están ellos? ¿Los ha  
examinado alguien?**

**—No son pacientes míos.  
Supongo que habrá sido el  
doctor Plowman quien les  
llamó esta mañana para  
informarles de la  
desaparición de su hijo.  
Pero en realidad, no puedo  
saber si les llamó ni si se  
puso**

**efectivamente en contacto con ellos.**

**—Habría que examinarles —señaló Ben—. Ya ves con qué facilidad podríamos terminar mordiéndonos la cola. Una persona que no fuera del pueblo podría pasar por Solar sin ver nada que le llamara la atención.**

**Simplemente otro pueblo rural donde todo se cierra a las nueve. Pero ¿quién sabe lo que sucede en las casas,**

**tras las cortinas corridas?  
La gente podría estar  
metida en su cama... o  
guardada en los armarios,  
como  
escobas, o en los sótanos, a  
la espera de que caiga la  
noche. Y cada vez que el sol  
despuntara, habría menos  
gente en las calles. Menos  
cada día. —Al tragar saliva  
le dolió la garganta.  
—No hagas elucubraciones  
—aconsejó Jimmy—. Nada  
de esto está demostrado.**

**—Las pruebas se están amontonando —protestó Ben—. Si nos moviéramos en un contexto habitual y aceptable, con un posible brote de tifoidea o de gripe, por ejemplo, a estas alturas todo el pueblo estaría ya en cuarentena.**

**—Lo dudo. No olvides que sólo una persona ha visto algo.**

**—Hablas como si fuera el borracho del pueblo.**



**—Si una historia así se  
conociera, lo crucificarían  
—objetó Jimmy.**

**—¿Quién? No pensarás en  
Pauline Dickens, seguro,  
que ya está a punto de  
clavar amuletos central el  
mal de ojo en su puerta.**

**—En la era del Watergate  
y de la carencia de  
petróleo, es una excepción  
—señaló Jimmy.**

**El resto del camino lo  
hicieron sin hablar. La  
funeraria de Green estaba**

**al norte de Cumberland, y  
había  
dos furgones aparcados al  
fondo, entre la puerta de  
atrás de la capilla y una  
cerca de madera. Jimmy  
apagó el  
motor y miró a Ben.**

**—¿Dispuesto?**

**—Sí.**

**Los dos bajaron.**

**8**

**Durante toda la tarde, la  
rebelión había ido  
creciendo dentro de ella,**

**hasta que finalmente  
estalló. Qué  
enfoque tan estúpido,  
dar tantos rodeos para  
demostrar algo que de  
todos modos no era  
(perdón, señor Burke)  
probablemente  
más que un montón de  
tonterías. Susan decidió ir  
a la casa de los Marsten,  
esa misma tarde.  
Bajó por las escaleras y  
recogió su bolso. Ann  
Norton estaba haciendo un**

**bizcocho y su padre estaba en la sala, viendo el partido de béisbol.**

**—¿Adonde vas? —le preguntó la señora Norton. —A dar una vuelta en coche.**

**—Cenamos a las siete. Procura estar de vuelta a tiempo.**

**—Vendré a las cinco. Susan salió y subió a su coche. Ella misma lo había pagado (casi, se corrigió; aún le faltaban seis plazos)**

**con su propio trabajo, con su propio talento. Era un Vega que tenía ya dos años. Susan lo sacó del garaje marcha atrás y levantó una mano para saludar a su madre, que la miraba desde la ventana de la cocina. La ruptura seguía latente entre ellas; no se mencionaba, pero tampoco estaba superada. Las otras rencillas, por ásperas que hubieran sido, terminaban por olvidarse;**

**simplemente, la vida  
seguía, sepultando las  
heridas bajo  
su vendaje de días, que no  
volvía a ser arrancado  
hasta la disputa siguiente,  
cuando todos los viejos  
resentimientos y afrentas  
volvían a aflorar y eran  
tenidos en cuenta como los  
naipes en una mano. Pero  
esta  
vez todo era distinto, había  
sido una guerra definitiva.  
No eran heridas que se**

**pudieran curar. No quedaba más que la amputación. Susan ya había empaquetado la mayor parte de sus cosas, y se sentía bien. Hacía tiempo que debería haberlo hecho. Condujo su coche por Brock Street. Experimentaba una sensación de placer y resolución (con un trasfondo, no desagradable, de absurdo) a medida que dejaba atrás**

**la casa. Iba a emprender  
realmente la  
acción, y la idea le  
resultaba tonificante.  
Susan era una muchacha  
decidida, y los  
acontecimientos del fin de  
semana la habían dejado  
perpleja, como si estuviera  
a la deriva en el mar. ¡Pues  
ahora iba a empezar a  
remar!  
Se bajó del coche en la  
loma que se elevaba  
suavemente más allá de los**



**límites del pueblo y entró a  
píe  
en el campo de Cari Smith,  
hasta donde había un rollo  
de cerca para la nieve,  
pintada de rojo, en espera  
del  
invierno. La sensación de  
absurdo se había  
intensificado, y Susan no  
pudo dejar de sonreír  
mientras movía  
atrás una de las estacas,  
hasta que el alambre  
flexible que la mantenía**

**unida a las demás se rompió. De este modo, se hizo con una estaca de casi un metro de largo, terminada en punta. La llevó al coche y la dejó en el asiento de atrás. Sabía para qué era (cuando iban en parejas al cine al aire libre había visto suficientes películas de la Hammer para saber que a los vampiros se les clava una estaca en el corazón), no se detuvo a**

**preguntarse si sería capaz de clavarla en el pecho de un hombre en caso de que la situación lo requiriese. Siguió con su pequeño coche hasta salir de los límites del pueblo y entrar en Cumberland. A la izquierda había una pequeña tienda que permanecía abierta los domingos y en la cual su padre compraba el Times. Susan recordó que junto al mostrador había un**

**pequeño estante donde se exhibían joyas de bisutería. Entró a comprar el Times y después eligió un pequeño crucifijo de oro. Sus gastos ascendieron a cinco dólares, según marcó la caja registradora, accionada por un hombre gordo que apenas si dejó de mirar el televisor, donde un astro del béisbol tenía que resolver una situación difícil.**

**Tomó hacia el norte por County Road, un nuevo tramo de carretera pavimentada con dos carriles. En la tarde soleada, todo parecía fresco, crujiente y vivo. El sol salió por detrás de unos cúmulos que se desplazaban lentamente, se inundó el camino con parches de luz y sombra que se filtraban por entre los árboles. En un día como**

**éste, pensó Susan, uno  
podía creer en  
un final feliz.**

**Tras haber recorrido unos  
ocho kilómetros por  
County Road se desvió por  
Brooks Road, que todavía  
no  
había sido asfaltado. El  
camino subía, volvía a  
descender y serpenteaba  
entre la densa área boscosa  
que se  
extendía al noroeste del  
pueblo, y buena parte del  
luminoso sol de la tarde se**

**perdía entre el follaje. Por allí no había casas ni remolques. La mayor parte de la tierra era propiedad de una compañía papelera. Cada treinta metros, al borde del camino aparecían carteles de «Prohibido entrar» y «Prohibido cazar». Al pasar por el desvío que conducía al vertedero, Susan sintió un estremecimiento. En ese**

**sombrío tramo de la  
carretera, las  
posibilidades nebulosas  
parecían más reales. La  
muchacha se preguntó, y  
no por primera vez, por  
qué un  
hombre normal habría de  
comprar las ruinas de la  
casa de un suicida, y  
después mantener los  
postigos  
cerrados contra la luz del  
sol.**

**El camino descendía  
abruptamente y con no**



**menos brusquedad volvía a  
trepar por el flanco  
occidental  
de la colina donde estaba  
situada la casa de los  
Marsten. Susan podía  
distinguir, entre los árboles,  
el tejado.**

**Aparcó al comienzo de una  
senda que se adentraba en  
el bosque, en la hondonada,  
y bajó. Tras un  
momento de vacilación,  
tomó la estaca y se colgó  
del cuello el crucifijo.**

**Seguía sintiéndose ridícula,  
pero sin  
duda se sentiría mucho  
más si se encontrara con  
alguien que la conociera y  
la viera andando a pie por  
el  
camino, llevando en la  
mano una estaca sacada de  
una cerca.**

**«Hola, Suze, ¿adonde vas?»**

**«Oh, hasta la vieja casa de  
los Marsten a matar un  
vampiro, pero tengo que**

**darme prisa porque en casa de mis padres se cena a las siete.»**

**Susan decidió que iría a través del bosque.**

**Pasó por encima de los restos de un muro de piedra que había junto a la cuneta, alegrándose de haberse**

**puesto pantalones. Muy haute contare para las intrépidas cazadoras de vampiros. Antes del bosque**

**propiamente dicho, el suelo estaba cubierto de malezas y árboles caídos.**

**Bajo los pinos, la temperatura descendía varios grados y estaba más oscuro todavía. El suelo aparecía cubierto por una alfombra de pinocha y el viento silbaba entre los árboles.**

**En alguna parte, un animalillo hizo crujir los arbustos. De pronto, Susan se dio cuenta de que si iba hacia la**

**izquierda, en menos de un kilómetro se hallaría en el cementerio de Harmony Hill, si tenía la agilidad suficiente para escalar el muro de atrás. Trabajosamente siguió subiendo la pendiente, procurando hacer el menor ruido posible. A medida que se acercaba a la cima de la colina empezó a divisar la casa a través de la cada vez más tenue pantalla de ramas; la**

**parte visible era la fachada que miraba hacia el lado contrario del pueblo. Susan empezó a tener un miedo inmotivado, similar al que había sentido en casa de Matt Burke. Estaba bastante segura de que nadie podía oírla, y aún era pleno día, pero el miedo estaba ahí, con su peso opresivo y constante. Parecía que fluyera a su conciencia desde alguna parte del cerebro que por**

**lo general se mantenía en silencio y que probablemente estuviera tan atrofiada como el apéndice. El placer que suponía la belleza del paisaje había desaparecido.**

**La**

**decisión había desaparecido. Susan se encontró pensando en películas de terror, donde la heroína se aventura por las estrechas escaleras del ático para ver qué había asustado a la anciana**

**señora Cobham, o  
desciende a  
algún oscuro sótano  
tapizado de telarañas  
donde las paredes son de  
piedra, húmeda y rugosa,  
como un útero  
simbólico. En las películas,  
cómodamente rodeada por  
el brazo de su  
acompañante, Susan solía  
pensar:  
Menuda estúpida, ¡yo  
jamás haría eso! Y ahora  
estaba aquí haciendo eso**



**precisamente. Empezó a darse cuenta de lo profunda que se había hecho en el ser humano la división entre la parte del cerebro que controla los pensamientos y acciones conscientes y el mesencéfalo, que transmite reacciones instintivas. Es extraño que uno pueda verse empujado a seguir, pese a las advertencias que le**

**transmite esa parte  
instintiva, tan  
similar por su estructura  
física al encéfalo del  
cocodrilo. El cerebro podía  
obligarle a uno a seguir  
hasta que la  
puerta del ático se abriera  
de pronto a un horror  
inenarrable, o una se  
encontrara en el sótano  
ante un nicho a  
medio cerrar y viera...  
Susan apartó esos  
pensamientos y se dio  
cuenta de que estaba**

**sudando. Nada más que por la simple visión de una casa vieja con los postigos cerrados. A ver si dejas de ser tan estúpida, se dijo. Simplemente, vas a subir hasta allí para espiar un poco, nada más. Desde el patio de delante puedes ver tu propia casa.**

**Y**

**dime, en nombre de Dios, ¿qué te puede ocurrir a la vista de tu propia casa? .**

**A pesar de todo, se encorvó un poco y aferró con más**

**fuerza la estaca, y cuando la pantalla de los árboles se hizo demasiado tenue para servirle de protección, empezó a arrastrarse a cuatro patas. Tres o cuatro minutos después había avanzado todo lo posible sin quedar al descubierto. Desde su escondite tras un último grupo de pinos y una mata de juníperos, podía distinguir el lado oeste de**

**la casa y el enmarañado  
cerco de  
madreselvas» desnudadas  
ahora por el otoño. El  
césped del verano, aunque  
amarillento por la falta de  
riego,  
todavía llegaba a la altura  
de la rodilla. Nadie se  
había molestado ¿n  
cortarlo.**

**De pronto un motor rugió  
en el silencio, y a Susan el  
corazón se le subió a la  
garganta. Se dominó,**

**hincando los dedos en la tierra mientras se mordía el labio inferior. Un momento después apareció un viejo coche negro que se detuvo al término del camino de entrada y. después tomó por la carretera en dirección al pueblo. Antes de que se perdiera de vista, Susan distinguió á su ocupante: calvo y con una gran cabeza, con**

**los ojos tan hundidos que sólo se veían las cuencas, y un traje oscuro. Straker. Probablemente fuera a la tienda de Crossen, Susan vio que la mayoría de los postigos tenían tablillas rotas. Pues muy bien; Se acercaría a espiar por allí cuanto le fuera posible. Probablemente, todo lo que vería sería una casa en las primeras etapas de un largo**

**proceso de reparación;  
debían de estar  
blanqueando y quizá  
empapelando, y todo  
estaría lleno de  
herramientas, escaleras y  
cubos. Más o menos tan  
romántico y sobrenatural  
como ver un partido de  
fútbol por  
la televisión.  
Pero el miedo seguía  
presente.  
-Se elevó de pronto un  
brote de emoción  
derramado sobre la lógica,**



**'brillante y razonable  
superficie de  
fórmica del cerebro, que le  
llenó la boca de un sabor  
terroso.**

**Antes de que la mano se  
apoyara en un hombro,  
Susan ya sabía que había  
alguien detrás de ella.**

**9**

**Estaba casi oscuro.**

**Ben se levantó de la silla  
plegable de madera, fue  
hasta la ventana que daba  
sobre el patio de atrás de la**

**funeraria y no vio nada de particular. Eran las siete menos cuarto y el atardecer había alargado las sombras.**

**Pese a lo avanzado del año, el césped seguía verde en el patio, y Ben imaginó que el empresario de Pampas Fúnebres se proponía mantenerlo así hasta que, la nieve lo cubriera. Un símbolo de la vida que continúa en mitad de la muerte del año. La idea le pareció tan**

**deprimente que se apartó  
de la ventana.**

**—Ojalá tuviera un  
cigarrillo —suspiró.**

**—Son veneno —le recordó  
Jimmy, sin volverse. Estaba  
mirando un programa  
sobre la vida de los  
animales salvajes en el  
pequeño Sony de Maury  
Green—. Pero a mí  
también me vendría bien  
uno. Dejé de  
fumar hace diez años, en  
cuanto el cirujano jefe**

**montó su cruzada contra el tabaco; habría sido mal antecedente no hacerlo. Pero siempre me despierto buscando el paquete de cigarrillos en la mesilla de noche.**

**—¿Pero no lo habías dejado?**

**—Sí, pero los tengo por la misma razón que algunos alcohólicos guardan una botella de whisky en el armario de la cocina. El poder de la voluntad, amigo mío.**

**Ben miró el reloj: las 18.47.  
El periódico dominical de  
Maury Green decía que el  
sol se pondría a las  
19.02, hora del este.  
Jimmy había llevado bien  
las cosas. Maury Green era  
un hombrecillo que les  
abrió la puerta vestido con  
un chaleco negro, que  
llevaba sin abotonar, y una  
camisa blanca de cuello  
abierto. Su expresión  
sobria e**

**interrogante se trocó en una amplia sonrisa de bienvenida.**

**—Shalom, Jimmy! —  
exclamó—. ¡Cuanto me  
alegra verte! ¿Dónde te  
habías metido?**

**—He estado salvando al  
mundo de resfriados y  
gripes —sonrió Jimmy  
mientras Green le  
estrechaba la  
mano—. Quiero  
presentarte a un amigo  
mío. Maury Green, Ben  
Mears.**

**La mano de Ben quedó  
atrapada en las de Maury,  
cuyos ojos brillaban tras  
unas gafas de montura  
negra.**

**—Shalom. Cualquier  
amigo de Jimmy es mi  
amigo. Entrad. Podría  
llamar a Rachel...**

**—No, por favor —lo  
interrumpió Jimmy—.  
Venimos a pedirte un favor.  
Un gran favor.  
Green estudió el rostro de  
Jimmy.**

**—Un gran favor —repitió  
—. ¿Y por qué? Como si  
alguna vez hubieras hecho  
algo por mí, para que mi  
hijo esté estudiando ahora  
con las mejores notas en la  
Universidad del Noroeste.  
Lo que quieras, Jimmy.**

**Jimmy se ruborizó.**

**—Hice lo que habría hecho  
cualquiera, Maury.**

**—No vamos a discutirlo  
ahora —repuso el otro—.  
Habla. ¿Qué os preocupa a  
ti y al señor Mears?  
¿Algún accidente?**



**—No, nada de eso.**

**Maury los había llevado a una diminuta cocina situada detrás de la capilla, y mientras hablaban empezó a preparar café en una vieja cafetera que puso sobre el hornillo.**

**—¿No ha venido aún Norbert por la señora Glick? —preguntó Jimmy.**

**—No, no ha aparecido —respondió Maury mientras ponía sobre la mesa el**

**azúcar y las tazas—.**

**Seguro**

**que se presenta a las once de la noche, asombrado de que yo no esté para hacerlo pasar. —Suspiró—. Pobre señora, qué tragedia en una sola familia. Y parece encantadora, Jimmy. El que la trajo fue ese idiota de**

**Reardon. ¿Era paciente tuya?**

**—No, pero a Ben y a mí... nos gustaría quedarnos**

**esta tarde con ella, Maury  
—explicó Jimmy—. Aquí  
abajo.**

**Green, que tendía la mano  
hacia la cafetera, se detuvo.**

**—¿Quedaros con ella?**

**¿Quieres decir examinarla?**

**—No —dijo Jimmy—.**

**Quiero decir quedarnos  
con ella.**

**—¿Estáis bromeando? —**

**Los miró con más atención**

**—. No, ya veo que no. Pero**

**¿por qué queréis hacer  
eso?**

—No puedo decírtelo,  
Maury.

—Ah. —Maury sirvió el  
café, se sentó con ellos y lo  
probó—. ¿Es que tuvo  
algo? ¿Algo infeccioso?  
Jimmy y Ben se miraron.

—En el sentido habitual  
del término, no —dijo  
Jimmy.

—Quieres que guarde  
silencio respecto de esto,  
¿verdad?

—Sí.

—¿Y si viene Norbert?

**—Yo me ocuparé de Norbert —le aseguró Jimmy—. Le diré que Reardon me pidió que investigara si pudo haber padecido una encefalitis infecciosa. Él jamás lo verificará. Green asintió.**

**—Norbert no es capaz siquiera de verificar su reloj, a menos que alguien se lo pida.**

**—¿No te importa, Maury?**

**—No, de ningún modo.  
Creí que necesitabas un  
gran favor.**

**—Tal vez sea mayor de lo  
que piensas.**

**—Cuando termine el café  
me iré a casa a ver qué  
horror ha preparado  
Rachel para la cena del  
domingo.**

**Aquí tenéis la llave. Cierra  
cuando te vayas.**

**Jimmy se la guardó en el  
bolsillo.**

**—No lo olvidare. Gracias,  
Maury.**

**—Tonterías. Hazme un favor a cambio.**

**—Dispara.**

**—Si el cadáver te dice algo, escríbelo para la posteridad —Maury empezó a festejar el chiste con una risita, pero vio la expresión de las dos caras y se detuvo.**

**10**

**Eran las 18.55, y Ben sentía que la tensión empezaba a apoderarse de su cuerpo.**

**—Nada cambiaría si  
dejaras de mirar el reloj—  
le dijo Jimmy—. No vas a  
conseguir que ande más  
rápido.**

**Ben dio un respingo.**

**—Dudo mucho que los  
vampiros, si es que existen,  
se levanten exactamente a  
la puesta del sol —  
comentó Jimmy—. A esa  
hora no está del todo  
oscuro.**

**Sin embargo, se levantó  
para apagar el televisor.**



**El silencio envolvió la habitación como una manta. Estaban en el cuarto de trabajo de Green, y el cuerpo de Marjorie Glick yacía sobre una mesa de acero inoxidable. A Ben le hizo pensar en las camillas de las salas de parto de los hospitales. Al entrar, Jimmy había retirado la sábana que cubría el cuerpo para examinarlo rápidamente. La señora**

**Glick llevaba un salto de cama acolchado de color borgoña y zapatillas. En la pierna izquierda tenía una tirita;**

**tal vez se hubiera cortado al depilarse. Ben apartó la mirada, pero sus ojos volvían una y otra vez hacia ella.**

**—¿Qué te parece?— preguntó Ben.**

**—Prefiero no decir nada cuando probablemente en el plazo de tres horas el**

**problema se habrá  
resuelto.**

**Pero su estado es  
sorprendentemente  
parecido al de Mike  
Ryerson... sin lividez y sin  
signos de rigidez.**

**Eran las siete y dos  
minutos.**

**—¿Dónde está tu cruz?**

**Ben se sobresaltó.**

**—¿Mi cruz? ¡Por Dios, no  
la he traído!**

**—Se ve que nunca fuiste  
boy scout —comentó**

**Jimmy mientras abría su maletín—. En cambio, yo siempre estoy preparado. Sacó dos cruces y les quitó la envoltura de celofán.**

**—Bendícela —pidió a Ben: —¿Qué? No puedo... no sé cómo se hace.**

**—Pues lo inventas —le urgió Jimmy, cuyo rostro cordial se había tensado súbitamente—. Tú eres el escritor, y tendrás que ser el oficiante. Y date prisa, por Dios. Creo que va a**

**sucedier algo. ¿No lo percibes?**

**Claro que Ben lo percibía. Como si algo estuviera formándose en la lenta penumbra purpúrea, algo todavía invisible, pero denso y eléctrico. La boca se le había secado, y tuvo que humedecerse los labios antes de poder hablar.**

**—En nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y de la Virgen María —**

**añadió—. Bendigo esta  
cruz**

**y...**

**Las palabras acudieron a  
sus labios con súbita y  
misteriosa seguridad.**

**—El Señor es mi pastor —  
salmodió, y sus palabras  
resonaron en el cuarto  
como piedras que cayeran  
en**

**la profundidad de un lago,  
hundiéndose hasta  
desaparecer sin alterar la  
superficie—. Nada me ha  
de faltar. Él**

**me lleva a pacer en las  
verdes praderas. Él me  
guía más allá de las aguas  
inmóviles. Él reconforta mi  
alma.**

**La voz de Jimmy se le unió  
en la recitación.**

**—La fuerza de Su nombre  
me guía por la senda del  
bien. Y aunque marche por  
el valle de las sombras,  
no temeré el mal...**

**Les resultaba difícil  
respirar. Ben se dio cuenta  
de que se le había puesto la**

**carne de gallina, y el vello de la nuca había empezado a erizársele.**

**—Tu báculo y Tu cayado me consuelan. Tú preparas la mesa para mí en presencia de mis enemigos; Tú unges de aceite mi cabeza y haces desbordar mi copa. La bondad y la misericordia podrán... La sábana que cubría el cuerpo de Marjorie Glick empezó a estremecerse.**



**Una mano asomó por  
debajo y  
los dedos empezaron una  
torpe danza en el aire,  
retorciéndose y girando.  
—Cristo, ¿es posible lo que  
estoy viendo? —susurró  
Jimmy. Su rostro se había  
puesto pálido hasta el  
punto de que las pecas se  
destacaban como  
salpicaduras en el cristal de  
una ventana.  
—...acompañarme hasta el  
término de mis días —**

**concluyó Ben—. Jimmy,  
mira la cruz.**

**La cruz resplandecía,  
derramándole sobre la  
mano un fantástico  
torrente de luz.**

**Una voz lenta y ahogada  
habló en medio del silencio,  
con la aspereza de  
fragmentos de porcelana  
rota:**

**—¿Danny?**

**Ben sintió que la lengua se  
le pegaba al paladar. El  
cuerpo que había bajo la  
sábana se estaba**

**enderezando. En la habitación a oscuras, las sombras se movían por el suelo.**

**—Danny, ¿dónde estás, cariño?**

**La sábana resbaló de la cara y se le amontonó sobre el regazo.**

**El rostro de Marjorie Glick era un círculo de una palidez lunar en la semioscuridad, interrumpido solamente por los negros agujeros de los ojos.**

**Cuando los vio, la boca se le abrió en una mueca espantosa y el moribundo resplandor del día le iluminó los dientes. Al bajar las piernas de la mesa, se le cayó una zapatilla.**

**—¡No te muevas! —le ordenó Jimmy.**

**La respuesta de ella fue un gruñido. La figura se deslizó de la mesa hasta bajarse, vacilante, y avanzó hacia ellos. Ben se dio cuenta de que estaba**

**mirando el fondo de aquellos ojos vacíos y se forzó en apartar los suyos. Ahí dentro había tenebrosas galaxias de horror. Y uno se veía allí dentro, ahogándose, y le gustaba.**

**—No la mires a la cara — advirtió Jimmy.**

**Iban retrocediendo, dejando que ella los acorralara contra el angosto pasillo que daba a las escaleras.**

**—La cruz, Ben.**

**Casi se había olvidado de que la tenía. La levantó, fulgurante de luz hasta el punto de que le obligó a entrecerrar los ojos. La señora Glick emitió un espantoso ruido sibilante y levantó las manos para protegerse la cara. Sus rasgos se encogían y retraían, retorciéndose como un nido de serpientes. Dio un paso atrás, vacilante.**

**—¡La hemos detenido! —  
vociferó Jimmy.**

**Ben avanzó hacia ella, con  
la cruz levantada. Una  
mano crispada como una  
garra trató de  
arrebatársela.**

**Ben la bajó rápidamente y  
volvió a amenazarla. Un  
chillido ululante brotó de la  
garganta de la figura.**

**Para Ben, todo lo que  
siguió tuvo los tonos  
sombrios de una pesadilla.  
Aunque les esperaban más**

**horrores, los sueños de los días y las noches siguientes volverían a traerle a Marjorie Glick, empujada hacia la mesa funeraria, donde la sábana que la había cubierto yacía junto a una zapatilla.**

**Retrocedía contra su voluntad, mientras sus ojos iban alternativamente de la cruz a un punto del cuello de Ben, a la derecha del mentón. Los ruidos que emitía su garganta eran**



**balbuceos sibilantes y  
gutturales, y  
tan ciega aversión había en  
la forma en que reculaba  
que empezó a dar la  
impresión de un insecto  
torpe y  
gigantesco. Si no tuviera  
esta cruz delante de mí,  
pensó Ben, me desgarraría  
la garganta con las uñas  
para  
succionar la sangre que  
brotara de la carótida y la  
yugular, como un náufrago  
sediento.**

**Jimmy se había separado de él y describía un círculo hacia la izquierda, sin que ella lo viera. Sus ojos se clavaban en Ben, oscuros y llenos de odio, llenos de miedo.**

**Jimmy rodeó la mesa y cuando ella retrocedió hacia allí, le echó ambos brazos al cuello con un grito ahogado.**

**La figura dio un grito agudo, escalofriante, y se**

**revolvió. Ben vio cómo las  
uñas de Jimmy arrancaban  
un trozo de piel del  
hombro, sin que nada  
brotara de allí; el corte era  
como una boca sin labios.  
Después,  
increíblemente, ella le  
arrojó a través de la  
habitación. Jimmy cayó en  
un rincón, derribando el  
televisor  
portátil de Maury Green.  
Con la rapidez del rayo se  
le echó encima, con un**

**presuroso movimiento  
furtivo y encorvado que  
recordaba a una araña.  
Ben la vio fugazmente  
como una sombra confusa  
que descendía sobre  
Jimmy,  
agarrándole el cuello de la  
camisa, y distinguió el  
salvaje gesto de embestida  
de la cabeza que descendía  
oblicuamente, las  
mandíbulas abiertas al  
abatirse sobre él.  
Jimmy Cody chilló, con el  
grito agudo y desesperado**

**de los condenados sin remisión.**

**Ben se arrojó sobre ella y al hacerlo tropezó con el televisor destrozado en el suelo. La oía respirar con dificultad, con un ruido como de paja, mezclado con el asqueroso ruido de los labios que chascaban, impacientes por chupar. Aferrándola por el cuello de la bata, la levantó en vilo, momentáneamente olvidado de la cruz. La cabeza**

**de ella se volvió con  
aterradora rapidez. Los  
ojos dilatados brillaban, los  
labios y el mentón  
manchados de  
sangre. Sintió su aliento de  
indescriptible fetidez, el  
hálito de la tumba. Como  
en cámara lenta, Ben vio  
cómo  
se pasaba la lengua por los  
dientes.**

**Levantó la cruz en el  
momento en que ella se  
abalanzaba sobre él, con**

**una fuerza sobrehumana.**

**El eje**

**de la cruz la golpeó bajo el mentón y después siguió**

**hacia arriba, sin encontrar resistencia en la carne. Los**

**ojos de Ben quedaron**

**deslumbrados por el**

**destello de algo que no era**

**luz, y que no se produjo**

**ante sus ojos**

**sino, aparentemente, por**

**detrás de ellos. Aspiró el**

**hedor caliente de la carne**

**quemada. Esta vez, el grito**

**de la**

**mujer fue de agonía. Más  
que verla, Ben sintió que se  
lanzaba hacia atrás,  
tropezaba con el televisor y  
caía al  
suelo, con un brazo blanco  
extendido para amortiguar  
la caída. Volvió a  
levantarse con la agilidad  
de un lobo,  
los ojos agostados por el  
dolor seguían mostrando  
una avidez insana. En el  
maxilar inferior, la carne  
estaba**



**ennegrecida y humeante.  
La cara exhibía los dientes.  
—Acércate, perra —la  
desafió Ben—. Acércate y  
verás.**

**Volvió a levantar ante sí la  
cruz y la obligó a  
retroceder hacia el extremo  
de la habitación. Cuando la  
tuvo allí, se dispuso a  
hundirle la cruz en la  
frente.**

**Pero, de espaldas a la  
pared, ella emitió una risa  
aguda y escalofriante,  
haciendo que Ben diera un**

**respingo. Era como el  
ruido de un tenedor al  
raspar contra el esmalte  
del fregadero.**

**—¡Ahora mismo alguien se  
ríe! ¡Ahora mismo tu  
círculo se estrecha!**

**Y ante los ojos de Ben, el  
cuerpo pareció alargarse y  
volverse traslúcido.**

**Durante un momento creyó  
que**

**ella seguía ahí, riéndose de  
él, y de pronto el fulgor  
blanco de la farola de la  
calle cayó sobre la pared**

**desnuda, y a Ben no le  
quedó más que una fugaz  
sensación que parecía  
decirle que ella se había  
hundido en  
los resquicios de la pared,  
como si fuera de humo.  
Había desaparecido, y  
Jimmy estaba gritando.**

**11**

**Ben encendió los  
fluorescentes y se volvió a  
mirar a su amigo, pero  
Jimmy ya estaba de pie,  
con las**

**manos en el cuello, teñidos  
los dedos de púrpura.**

**—¡Me ha mordido! —  
aullaba—. ¡Oh, Dios Santo,  
me mordió!**

**Ben se acercó a él, pero  
Jimmy le apartó, mientras  
los ojos le giraban en las  
órbitas.**

**—No me toques. Me ha  
contaminado...**

**—Jimmy...**

**—Dame el maletín. Por  
Dios, Ben, que lo estoy  
sintiendo. Siento cómo me**

**afecta. ¡Por el amor de  
Dios,**

**dame el maletín!**

**Ben se lo tendió y Jimmy se  
lo arrebató de la mano. Se  
dirigió a la mesa. Tenía el  
rostro mortalmente  
pálido y cubierto de sudor.**

**La sangre manaba de la  
herida del cuello. Jimmy se  
sentó sobre la mesa, abrió  
el**

**maletín y rebuscó  
desesperadamente, sin  
dejar de respirar con**

**dificultad por la boca  
abierta.**

**—Me ha mordido —seguía  
mascullando—. La boca...**

**por Dios... qué boca  
inmunda y hedionda...**

**Sacó del maletín una  
botella de desinfectante y el  
tapón cayó al suelo. Jimmy  
se echó hacia atrás,  
apoyándose en un brazo,  
inclinó el frasco sobre la  
garganta, vertiendo el  
contenido sobre la herida,  
su ropa y**

**la mesa. La sangre se  
escurría en hilos. Jimmy  
cerró los ojos y aulló de  
dolor, pero en ningún  
momento le  
tembló la mano.**

**—Jimmy, ¿qué puedo...?**

**—Un momento —masculló  
Jimmy—. Espera. Es  
mejor. Espera...**

**Arrojó la botella, que se  
estrelló contra el suelo. La  
herida.**

**una vez limpia de la sangre  
contaminada, se veía con**

**toda claridad. Ben vio no un orificio, sino dos, no lejos de la yugular, uno de ellos horribilmente lacerado.**

**Jimmy había sacado del maletín una ampolla y una jeringuilla. Quitó la cubierta protectora de la aguja y la clavó en el tapón de la ampolla. Ahora las manos le temblaban tanto que tuvo que hacer dos intentos. Llenó**



**la jeringuilla y se la tendió a Ben.**

**—Antitetánica —le explicó —. Pónmela aquí — extendió el brazo, haciéndolo girar para descubrir la axila.**

**—Pero Jimmy...**

**—¡Vamos! ¡Pónmela!**

**Ben tomó la aguja y le miró a los ojos con vacilación.**

**Jimmy hizo un gesto de asentimiento, y Ben le clavó la aguja.**

**El cuerpo de Jimmy se puso tenso, como si fuera un resorte. Durante un momento fue una estatua de agonía, dibujado hasta el último tendón en nítido relieve. Poco a poco empezó a relajarse. Un escalofrío recorrió su cuerpo, y Ben vio que la reacción había mezclado lágrimas al sudor que le cubría la cara. —Ponme la cruz encima — pidió—. Si todavía estoy**

**contaminado por ella, me...  
me servirá de algo.**

**—¿Tú crees?**

**—Estoy seguro. Cuando tú  
ibas persiguiéndola, levanté  
los ojos y sentí deseos de  
seguirte. A Dios  
gracias, fue así. Y cuando  
miré esa cruz... sentí  
náuseas.**

**Ben le apoyó la cruz en el  
cuello. Nada sucedió. El  
resplandor, si es que había  
habido en ella un**

**resplandor, había  
desaparecido por completo.  
Ben retiró la cruz.**

**—Bueno —concluyó  
Jimmy—, creo que más no  
podemos hacer. —Volvió a  
rebuscar en el maletín  
hasta que encontró un  
sobre con dos pildoras que  
se metió en la boca—.**

**Tranquilizantes. Un gran  
invento,**

**¿Puedes vendarme el  
cuello?**

**—Claro —asintió Ben.**

**Jimmy le entregó gasa,  
esparadrapo y unas tijeras  
de cirugía. Al inclinarse  
para colocarle el vendaje,  
Ben  
vio que la piel en los bordes  
de la herida había  
adquirido un desagradable  
color rojo. Jimmy dio un  
respingo  
cuando él le puso la venda.  
—Mientras estaba ahí —  
comentó—, pensé que me  
volvería loco. Loco de  
veras, clínicamente. Esos**

**labios... esa mordedura...  
—La garganta le tembló  
mientras tragaba saliva—.  
Y mientras ella lo hacía, a  
mí me  
gustaba, Ben. Hasta tuve  
una erección, ¿puedes  
creerlo? Si no hubieras  
estado tú para quitármela  
de encima,  
yo la habría... la habría  
dejado...  
—No pienses más —le  
aconsejó Ben.**

**—Hay otra cosa que tengo que hacer, aunque no me gusta.**

**—¿Qué es?**

**—Mírame un momento.**

**Ben terminó con el vendaje y se hizo atrás para mirarlo.**

**—¿Qué...?**

**Jimmy le asestó un puñetazo. La mente de Ben se llenó de estrellas, dio tres pasos vacilantes hacia atrás y se cayó sentado. Sacudió la cabeza y vio que Jimmy**

**se bajaba de la mesa para acercarse a él. Tanteó en busca de la cruz, pensando: Esto es lo que se dice un final inesperado.**

**—¿Estás bien? —le preguntó Jimmy—.**

**Perdóname, pero es más fácil cuando uno no sabe que le van a pegar.**

**—Pero ¿qué demonios...? Jimmy se sentó en el suelo, junto a él.**

**—Te explicaré la historia que vamos a contar. Hace**



**aguas por todos lados, pero  
estoy seguro de que  
Maury Green nos  
respaldará. A mi me  
permitirá seguir  
trabajando, y evitará que  
nos encierren a los dos..., y  
en este momento lo que me  
preocupa es seguir en  
libertad para luchar  
contra... eso, llámalo como  
quieras, un  
día más. ¿Lo comprendes?  
—Vaya realismo —  
comentó Ben mientras se  
tocaba la mandíbula,**

**dolorido. El mentón se le  
había  
inflamado.**

**—Alguien se metió aquí  
mientras yo estaba  
examinando a la señora  
Glick —comenzó Jimmy—.**

**Ese**

**alguien te golpeó y después  
se ocupó de mí. Durante la  
pelea me mordió. Es lo  
único que recordamos. Lo  
único. ¿Entendido?**

**Ben asintió.**

**—El tipo llevaba un abrigo  
azul o negro, y un gorro**

**tejido verde o gris. Es  
cuanto pudimos ver. ¿De  
acuerdo?**

**—¿Nunca se te ha ocurrido  
dejar la medicina para  
hacer carrera como  
escritor?**

**—Sólo soy creativo cuando  
mi propio interés está en  
juego —sonrió Jimmy—.**

**¿Recordarás la historia?**

**—Claro que sí. Y no me  
parece que sea tan  
inverosímil como piensas.  
Después de todo, el de ella  
no es**

**el primer cadáver que desaparece últimamente.**

**—Tengo la esperanza de que empiecen a establecer relaciones.**

**Pero el sheriff del condado es más despierto de lo que jamás podría serlo Parkins Gillespie. Tenemos que mirar dónde pisamos. No adornes demasiado el cuento.**

**—¿Crees que alguien con un cargo oficial podría empezar a ver qué hay detrás de todo esto?**

**Jimmy sacudió la cabeza.  
—Ni remotamente. Todo  
eso tendremos que  
resolverlo nosotros dos  
solos. Y recuerda que a  
partir de  
este momento somos  
delincuentes.  
Dicho eso se dirigió al  
teléfono para llamar a  
Maury Green, y luego a  
Homer McCaslin, el sheriff  
del  
condado.**

**Ben llegó a casa de Eva quince minutos después de la medianoche y se preparó una taza de café en la desierta cocina de abajo. Lo bebió lentamente, mientras revivía los acontecimientos de la noche con la intensa concentración de un hombre que acaba de salvarse por los pelos de caer por un acantilado. El sheriff era un hombre alto, de calvicie incipiente,**

**y que mascaba tabaco. Sus movimientos eran lentos, pero sus ojos eran vivaces y observadores. Sacó una libreta manoseada y una anticuada pluma estilográfica.**

**Interrogó a Ben y Jimmy mientras dos de sus agentes lo espolvoreaban todo en busca de huellas digitales y tomaban fotografías.**

**Maury Green se mantuvo en segundo plano, y de vez en cuando miraba a Jimmy con**

**expresión intrigada.**

**—¿Por qué estaba en la funeraria de Green?**

**Jimmy respondió con la historia de la encefalitis.**

**—¿Doc Reardon estaba al tanto de eso?**

**Bueno, no. A Jimmy le había parecido mejor hacer un examen por su cuenta antes de comentar el asunto**

**con nadie. Se sabía que en ocasiones Doc Reardon era, digamos, bastante charlatán.**



**—¿Y qué pasa con la encefalitis? ¿La mujer había muerto de eso? No, casi con seguridad que no. El examen médico había sido concluido antes de que apareciera el hombre del abrigo oscuro, y él (Jimmy) no podía ni quería decir exactamente de qué había muerto la mujer, pero indudablemente no era de encefalitis.**

**—¿Podrían describir al tipo?**

**Los dos respondieron lo que habían urdido previamente y Ben le agregó un par de botas de trabajo.**

**McCaslin hizo unas preguntas más, y ya Ben empezaba a tener la sensación de que saldrían bien parados del asunto cuándo el sheriff se volvió hacia él.**

**—¿Y qué hace usted en todo esto, Mears, si no es médico?**

**Sus ojos parpadeaban  
bondadosamente. Jimmy  
abrió la boca para  
contestar, pero el sheriff le  
impuso  
silencio con un gesto.  
Si el propósito de McCaslin  
con su súbita interpelación  
había sido sorprender a  
Ben en alguna expresión  
o gesto que indicara  
culpabilidad, no lo  
consiguió. Ben estaba  
demasiado agotado  
emocionalmente para  
poder**

**tener una reacción muy  
intensa. Que lo cogieran en  
una declaración  
incongruente, después de  
todo lo que ya  
había sucedido, no parecía  
demasiado raro.**

**—Soy escritor, no médico.  
En este momento estoy  
escribiendo una novela en  
que un personaje  
secundario de cierta  
importancia es hijo de un  
empresario de pompas  
fúnebres, y quise echar un  
vistazo al**

**escenario. Le pedí a Jimmy que me trajera, y como él me dijo que prefería no hablar de lo que venía a hacer,**

**no le pregunté más. —Se frotó el mentón—. Y conseguí algo más de lo que esperaba.**

**—Pues parece que sí. Usted es el autor de La hija de Conway, ¿No?**

**—Sí.**

**—Mi mujer leyó una parte en no sé qué revista de**

**mujeres. Cosmopolita»,  
creo. Se divirtió mucho. Yo  
le eché un vistazo y no me  
pareció nada divertido eso  
de una niña pequeña  
drogada.**

**—No. —Ben miró a  
McCaslin—. No fue mi  
intención que resultara  
divertido.**

**—Ese libro nuevo que está  
escribiendo, ¿es sobre  
Solar? —Sí.**

**—Tal vez sería bueno que  
lo leyera Moe Green —**

**sugirió McCaslin—. Para ver si están bien logradas las partes de la funeraria. —Esa parte todavía no está escrita —aclaró Ben—. Yo siempre reúno información antes de escribir. Es más fácil.**

**El sheriff sacudió la cabeza.**

**—Pues fíjense que lo que ustedes cuentan parece uno de esos libros de Fu Manchú. Un tipo se mete aquí, se deshace de dos hombres robustos y se**

**larga con el cadáver de una  
pobre mujer muerta por  
causas  
desconocidas.**

**—Escuche, Homer... —  
empezó Jimmy.**

**—No me líame Homer —  
protestó McCaslin—. Nada  
de esto me gusta. Eso de la  
encefalitis se contagia,  
¿no?**

**—Sí, es infecciosa —  
respondió con cautela  
Jimmy.**

**—¿Y aun así vino usted  
aquí con este escritor?**



**¿Sabiendo que ella podía haber muerto de algo contagioso?**

**Jimmy se encogió de hombros.**

**—Sheriff, yo no pongo en duda su juicio profesional, y usted tendrá que respetar el mío. La encefalitis no es una infección muy virulenta. No consideré que hubiera peligro para ninguno de nosotros. Y dígame, ¿no sería mejor que tratara de encontrar al que robó el**

**cuerpo de la señora Glick...  
sea Fu Manchú o quien  
fuere?**

**¿O es que se divierte  
interrogándonos?**

**McCaslin suspiró y cerró  
de golpe su libreta.**

**—Bueno, Jimmy, dudo que  
saquemos mucho en limpio  
de todo esto, a no ser que el  
chiflado sea otra**

**vez alguien del  
aserradero... si es que hubo  
algún chiflado.**

**Jimmy arqueó las cejas.**

**—Ustedes me están  
mintiendo —dijo McCaslin  
—. Yo lo sé, lo saben los  
agentes, y hasta es  
probable  
que lo sepa también el viejo  
Moe. No sé cuánto me  
mienten, si mucho o poco,  
pero no puedo demostrar  
que  
mienten mientras los dos  
sigan contando la misma  
historia. Podría ponerlos a  
los dos a la sombra, pero  
las**

**normas dicen que tienen  
derecho a una llamada  
telefónica, y hasta un  
imberbe recién salido de la  
facultad de  
derecho podría sacarlos,  
pues sólo cuento con  
sospechas de que aquí hay  
gato encerrado. Y apuesto  
a que su  
abogado no es un joven  
recién salido de la facultad,  
¿no?**

**—Efectivamente —  
confirmó Jimmy.**

**—De todas maneras, los metería a los dos en la celda si no fuera porque tengo la sensación de que no están mintiendo porque hayan hecho algo que viole la ley. —Pisó el pedal de la tapa del cubo de acero inoxidable colocado junto a la mesa, y cuando ésta se abrió escupió dentro un oscuro chorro de jugo de tabaco. Maury Green dio un respingo—. ¿Alguno de ustedes querría, digamos,**

**revisar su historia? —  
preguntó  
en voz baja, de la que  
habían desaparecido todas  
las inflexiones campesinas  
—. Este asunto es grave.  
Ha  
habido cuatro muertes en  
el pueblo, y los cuatro  
cadáveres han  
desaparecido. Quiero saber  
qué está  
ocurriendo aquí.  
—Le hemos contado todo  
lo que sabemos —contestó**

**Jimmy—.** Si pudiéramos decirle algo más, no dude que lo haríamos.

**McCaslin lo miró con ceño.**

**—Usted está cagado de miedo —dijo—. Usted y el escritor, los dos. Tienen el mismo aspecto que tenían algunos tipos en Corea cuando regresaban del frente.**

**Los dos agentes les miraban. Ni Ben ni Jimmy dijeron nada.**

**McCaslin volvió a suspirar.**

**—Bueno, vamos de aquí. Mañana a las diez en mi oficina a prestar declaración. Si a las diez no están allí, les mandaré a buscar con un coche patrulla.**

**—No será necesario — prometió Ben.**

**McCaslin le miró y sacudió la cabeza.**

**—Usted tendría que escribir libros más sensatos. Como ese tipo que escribe los cuentos de Travis**



**McGee. A esos cuentos uno  
puede hincarles el diente.**

**13**

**Ben se levantó de la mesa,  
enjuagó la taza de café en  
el fregadero y se quedó  
mirando por la ventana la  
negrura de la noche.**

**¿Qué se ocultaba allí?**

**¿Marjorie Glick, reunida  
finalmente con su hijo?**

**¿Mike Ryerson? ¿Floyd  
Tibbits?**

**¿Cari Foreman?**

**Se apartó de la ventana y  
subió a su cuarto.**

**Durante el resto de la noche durmió con la luz encendida sobre el escritorio, y dejó sobre la mesita, al alcance de la mano, la cruz que había derrotado a la señora Glick. Su último pensamiento antes de que le ganara el sueño fue para Susan, preguntándose si estaría bien y a salvo.**

**DOCE**

**MARK**

**1**

**Cuando oyó por primera vez, aún distante, un crujido de ramitas, se deslizó tras el tronco de un enorme abeto y se quedó expectante. Ellos no podían salir a la luz del día, pero eso no significa que no pudieran conseguir gente que lo hiciera; darles dinero era una manera, pero no la única. Mark había visto en el pueblo**

**al tipo ese, Straker, que tenía los ojos como los de un sapo que toma el sol sobre una roca. Daba la impresión de ser capaz de romperle un brazo a un bebé, y sonreír mientras lo hacía. Palpó el pesado bulto que formaba en el bolsillo de su chaqueta la pistola de su padre. Contra ellos las balas no servían —a menos que fueran de plata, tal vez—, pero, desde luego, un tiro entre los ojos acabaría**

**con ese Straker.**

**Por un momento sus ojos bajaron hacia la forma cilíndrica apoyada contra el árbol, envuelta en un viejo**

**trozo de toalla. Detrás de su casa había una pila de leña, un montón de leños de fresno para la chimenea que**

**Mark y su padre habían cortado en julio y agosto con la sierra mecánica de McCulloch. Henry Petrie era un**

**hombre metódico, y Mark  
sabía que cada leño  
mediría casi un metro. Su  
padre sabía cuál era el  
largo**

**adecuado, y también que  
después del otoño venía el  
invierno y que el fresno era  
lo que ardía durante más  
tiempo y con menos humo  
en la chimenea de la sala.  
Su hijo, que sabía otras  
cosas, sabía que el fresno  
sería para hombres... para  
cosas... como él. Esa**

**mañana, mientras sus  
padres salían a dar su  
paseo a pie de los  
domingos, Mark había  
sacado una de las  
estacas y, con su pequeña  
hacha de boy scout, le  
había afilado un extremo.  
Era un poco burdo, pero  
serviría.**

**Vio un destello de color y  
volvió a encogerse contra el  
árbol, atisbando con un ojo  
por encima de la  
áspera corteza. Un  
momento después**

**distinguió quién era la  
persona que trepaba por la  
colina. Era una  
muchacha. Le invadió una  
sensación de alivio,  
mezclada con desilusión.  
No era ningún secuaz del  
diablo sino  
la hija del señor Norton.  
De nuevo aguzó la vista.  
¡Ella también llevaba un  
palo! A medida que Susan  
se acercaba, le dieron  
ganas de reírse,  
amargamente: llevaba una  
estaca de cerca para la**



**nieve. Con dos golpes de  
martillo se partiría  
en dos.**

**La muchacha iba a pasar a  
la derecha del árbol que le  
servía de escondite.**

**Mientras se aproximaba,  
Mark**

**empezó a deslizarse  
alrededor del tronco, hacia  
la izquierda, evitando pisar  
cualquier ramita que  
pudiera crujir  
y denunciar su presencia.**

**Finalmente, tras una  
cuidadosa sincronización,**

**terminó la operación:  
Susan le daba  
la espalda al seguir  
subiendo por la colina,  
hacia donde terminaban los  
árboles. Andaba con  
cuidado, observó  
Mark. Eso estaba bien.  
Pese a la inservible estaca  
que llevaba, parecía tener  
cierta idea de dónde se  
estaba  
metiendo. Así y todo, si  
seguía avanzando  
demasiado podía**

**encontrarse en dificultades.  
Straker estaba en  
casa. Mark estaba allí  
desde las doce y media y  
había visto que Straker se  
asomaba al camino de  
entrada para  
mirar la carretera, y  
después volvía a entrar en  
la casa. Mark había estado  
tratando de tomar una  
decisión  
cuando la aparición de la  
muchacha vino a  
interrumpirlo.**

**Tal vez lo hiciera bien. Se había detenido detrás de una mata de arbustos y estaba allí en cuclillas, mirando hacia la casa. Mark hizo un examen mental. Era obvio que ella lo sabía. Concluyó que lo mejor sería advertirle que Straker no había salido, y que estaba alerta. Probablemente no iría armada, ni siquiera con un arma pequeña como la de él.**

**Mientras cavilaba cómo hacer que advirtiera su presencia sin que se asustara y gritara, oyó el ruido del coche de Straker. Susan se sobresaltó, y en el primer momento Mark temió que echara a correr desatinadamente por el bosque, delatando su presencia. Pero la chica volvió a agazaparse, pegándose al suelo.**

**Aunque sea estúpida, tiene agallas, pensó Mark con aprobación.**

**El automóvil de Straker retrocedió por el camino de entrada (desde donde estaba, Susan debía de verlo**

**mejor que él, que sólo podía distinguir el techo negro del Packard), vaciló por un instante y después tomó por**

**la carretera en dirección al pueblo.**

**Mark decidió que debían trabajar en equipo. Cualquier cosa sería mejor que entrar solo en esa casa.**

**Él**

**ya había percibido la atmósfera ponzoñosa que la rodeaba. La había advertido desde casi un kilómetro de distancia y a medida que uno se aproximaba se hacía más densa.**

**Corrió rápidamente por la pendiente tapizada de hojas, hasta apoyarle la**

**mano en el hombro. Sintió  
que  
el cuerpo de ella se tensaba  
e intuyó que iba a gritar.  
—No grites —le advirtió—.  
No hay peligro. Soy yo.  
Susan no gritó, pero dejó  
escapar un suspiro  
aterrorizado. Con el  
semblante pálido, se volvió  
para  
mirarle.  
—¿Quién eres tú?  
El muchacho se sentó junto  
a ella.**



**—Me llamo Mark Petrie, y te conozco: tú eres Sue Norton. Mi padre conoce al tuyo.**

**—¿Petrie...? ¿Henry Petrie?**

**—Sí, es mi padre.**

**—¿Qué estás haciendo tú aquí? —Sus ojos lo recorrían como si Susan todavía no pudiera convencerse de que él era real.**

**—Lo mismo que tú. Sólo que esa estaca no te servirá. Es demasiado... —**

**Recurrió a una palabra  
que  
había buscado en el  
diccionario y cuya  
definición sabía, pero que  
nunca había usado—.**

**Demasiado endeble.**

**Susan miró la estaca que  
tenía en la mano y  
enrojeció.**

**—Ah, esto. Bueno, es que  
la encontré en el bosque y...  
y pensé que alguien podía  
tropezar con ella, así  
que...**

**El chico la interrumpió con impaciencia.**

**—Has venido a matar al vampiro, ¿no?**

**—¿De dónde has sacado semejante idea? ¿Vampiros y cosas así?**

**—Un vampiro trató de atraparme anoche... y casi lo logró.**

**—Qué disparate. Que un muchacho de tu edad no sepa que esas cosas...**

**—Era Danny Glick.**

**Susan se echó hacia atrás, entrecerrando los ojos.**

**Torpemente tendió una mano, encontró el brazo de Mark y lo aferró. Los ojos de ambos se encontraron.**

**—¿No lo estás inventando, Mark?**

**—No —respondió el chico, y brevemente le contó la historia de la recién pasada noche.**

**—¿Y has venido aquí solo?**

**—preguntó Susan cuando él hubo terminado—. ¿Lo creías y has venido aquí solo?**

**—¿Si lo creía? —Mark la miró, sorprendido—. Claro que lo creía. ¿Acaso no lo vi?**

**Su pregunta no tuvo respuesta, y de pronto Susan se sintió avergonzada.**

**—¿Cómo es que estás tú aquí? —preguntó Mark. La muchacha vaciló un momento.**

**—En el pueblo hay algunos hombres que sospechan que en esta casa hay**

**alguien a quien nadie ha visto.**

**Y que podría ser un... un...**

**—Susan todavía no era capaz de pronunciar la palabra, pero Mark asintió.**

**Aunque**

**acabara de conocerle,**

**aquel muchacho parecía**

**extraordinario—.Entonces**

**vine á ver si descubriría algo**

**—dijo**

**Susan, como síntesis de**

**cuanto podría haber**

**agregado.**

**Con un gesto, Mark señaló la estaca.**

**—¿Y has traído eso para atravesarlo?**

**—No sé si sería capaz de hacerlo.**

**—Yo sí —afirmó el chico —, después de lo que vi anoche. Danny estaba al otro lado de mi ventana, suspendido como una mosca enorme. Y sus dientes...—Con un gesto apartó la pesadilla.**

**—¿Sabes tus padres que estás aquí? —preguntó**

**Susan, segura de que no lo sabían.**

**—No —admitió él—. El domingo es el día que dedican a la naturaleza. Por la mañana salen a caminar y estudiar los pájaros, y por la tarde hacen alguna otra cosa. A veces los acompaño, y otras no. Hoy han ido a recorrer la costa en coche. —Eres valiente—se admiró ella.**

**—No lo creas. —La compostura de Mark no se**



**alteró ante el elogio—. Pero voy a librarme de él. — Levantó los ojos hacia la casa.**

**—¿Estás seguro...?**

**—Claro que sí. Y tú también. ¿Acaso no sientes lo malvado que es? ¿Esa casa no te da miedo con sólo mirarla?**

**—Sí —admitió Susan.**

**La lógica de Mark era la lógica de los nervios a flor de piel y, a diferencia de la de Ben o la de Matt, era**

**irresistible.**

**—¿Y cómo lo haremos? —  
preguntó la muchacha,  
entregándole el liderazgo  
de la aventura.**

**—Subiremos hasta allá y  
entraremos, nada más. Lo  
encontraremos y le  
clavaremos la estaca, pero  
la  
maza, en el corazón, y  
volveremos a salir.**

**Probablemente estará en el  
sótano. Les gustan los  
lugares oscuros.**

**¿Tienes una linterna?**

**—No.**

**—Demonios, yo tampoco...**

**Y no habrás traído una  
cruz tampoco, ¿o sí?**

**—Sí, eso sí.—Susan se sacó  
la cadenilla de la blusa  
para mostrársela. Mark  
hizo un gesto de  
asentimiento y a su vez se  
sacó su cadenilla de la  
camisa.**

**—Espero poder devolverla  
antes de que regresen mis  
padres —dijo—. La cogí  
del joyero de mi madre, y**

**si se da cuenta me costará caro.**

**Mark miró alrededor.**

**Mientras hablaban, las sombras se habían**

**alargado, y los dos se sentían**

**impulsados a prolongar la situación.**

**—Cuando lo encontremos, no le mires a los ojos —le aconsejó Mark—. Mientras**

**no oscurezca, no**

**puede salir de su ataúd,**

**pero de todas maneras**

**puede inmovilizarte con los**

**ojos. ¿Sabes alguna  
oración?**

**Habían empezado a  
avanzar entre los arbustos  
que separaban el bosque  
del descuidado césped de la  
casa  
de los Marsten.**

**—Bueno, el padrenuestro...**

**—Eso será suficiente. Es la  
misma que sé yo. La  
diremos juntos mientras yo  
le clavo la estaca.**

**Al ver la expresión entre  
asqueada y amilanada de**

**Susan, le tomó la mano. Su autodomínio resultaba desconcertante.**

**—Escucha, es necesario.**

**Apostaría a que después de anoche se adueñó de la mitad del pueblo. Y si seguimos esperando se lo apropiará por completo. Todo será muy rápido.**

**—¿Después de anoche?**

**—Lo soñé. —Mark habló con voz calma, pero sus ojos eran sombríos—. Soñé que iban a las casas y**

**llamaban por el interfono  
pidiendo que les dejaran  
entrar. Alguna gente lo  
sabía, en lo más hondo de sí  
lo  
sabían, pero los dejaban  
entrar, porque eso era más  
fácil que pensar que algo  
tan espantoso pudiera ser  
real.**

**—No es más que un sueño**

**—repuso Susan con  
inquietud.**

**—Apuesto a que en este  
momento hay un montón  
de gente que está en la**

**cama con las cortinas  
cerradas  
o las persianas bajadas,  
creyendo que han pillado  
un resfriado o la gripe o  
algo parecido. Que se  
sienten  
débiles y no tienen ganas de  
comer. Con sólo pensar en  
comer, ya les entran ganas  
de vomitar.**

**—¿Cómo sabes esto?**

**—Porque leo revistas de  
monstruos y voy al cine  
siempre que puedo —**



**explicó Mark—. Por lo  
general,  
a mamá tengo que decirle  
que dan alguna de Walt  
Disney. Y en todo éso se  
puede confiar. A veces  
exageran  
las cosas para que la  
historia resulte más  
truculenta.  
Estaban al lado de la casa.  
Vaya grupo que formamos  
los creyentes, pensó Susan.  
Un viejo profesor  
medio chiflado por los  
libros, un escritor**

**obsesionado por las  
pesadillas de su infancia,  
un chiquillo doctorado  
en vampirología. Y yo. Pero  
¿realmente creo? ¿Se me  
están contagiando las  
fantasías paranoides?  
Susan creía.**

**Como había dicho Mark, a  
esa distancia de la casa no  
era posible tomarse el  
asunto en broma. Todos los  
procesos de pensamiento, el  
acto mismo de conversar,  
tenían lugar en el marco de  
una voz más fundamental**

**que no dejaba de gritar  
«¡peligro! ¡Peligro!» en un  
idioma ajeno a las  
palabras. Sentía tensión y  
pesadez en los  
ríñones. Sus ojos habían  
adquirido una agudeza  
preternatural, a la que no  
se le escapaba una astilla ni  
una  
mancha que hubiera en el  
muro de la casa. Y para  
que todo eso se  
desencadenara no había  
hecho falta ningún**

**estímulo externo: ni  
hombres armados, ni  
perros amenazantes, ni  
indicios de fuego. Un vigía  
más profundo  
que sus cinco sentidos  
había despertado tras un  
largo período de sueño, y  
no había manera de  
ignorarlo.**

**Susan espió por una  
abertura que había en uno  
de los postigos de abajo.  
—Pero cómo es posible que  
no hayan hecho nada —**

**comentó casi enfadada—.**

**Es una roña.**

**—Déjame ver.**

**Susan cruzó los dedos para que él pudiera apoyarse y mirar por entre las tablillas rotas el destartelado salón de la casa de los Marsten. El chico vio un desierto salón rectangular con el suelo cubierto por una espesa alfombra de polvo (sobre la cual aparecían huellas de muchas pisadas), el**

**empapelado desprendido,  
dos o tres  
viejos sillones, una mesa  
coja. Los ángulos  
superiores de la habitación,  
cerca del techo, estaban  
festoneados  
de telarañas.**

**Antes de que Susan  
pudiera oponerse, Mark  
había forzado el gancho  
que cerraba la ventana  
empujándolo con el  
extremo más grueso de su  
estaca. Las dos piezas**

**enmohecidas del seguro  
cayeron al suelo  
y, con un chirrido, los  
postigos se abrieron un par  
de centímetros hacia fuera.  
—¡Eh! —protestó Susan—.  
No hagas eso.**

**—¿Y qué quieres que  
hagamos, tocar el timbre?  
El chico plegó hacia atrás  
el postigo de la derecha y  
rompió uno de los sucios  
cristales, cuyos trozos  
cayeron hacia dentro con  
un tintineo. El miedo se  
apoderó de Susan,**

**llenándole la boca de un  
regusto  
metálico.**

**—Estamos a tiempo de  
escapar —dijo la  
muchacha casi para sí.  
Él la miró, sin que sus ojos  
reflejaran desdén alguno;  
sólo una seriedad y un  
miedo tan intensos como  
los  
de ella.**

**—Si tienes que irte, vete —  
le dijo.**

**—No tengo que irme. —  
Susan procuró tragarse el**



**nudo que le obstruía la garganta—. Pero date prisa.**

**Mark retiró los trozos de vidrio que quedaban del cristal roto, se pasó la estaca a la otra mano y después**

**retiró la traba de la ventana, que gimió levemente mientras él la levantaba.**

**Los dos se quedaron mirando la ventana sin decir palabra. Después ella**

**dio un paso, abrió del todo el postigo de la derecha y apoyó las manos sobre el alféizar astillado, preparándose para trepar. El miedo era tan intenso que le producía náuseas. Por fin entendía lo que había sentido Matt Burke mientras subía las escaleras de su casa para hacer frente a lo que le esperaba en el cuarto de huéspedes.**

**Susan siempre había entendido el miedo mediante una sencilla ecuación: miedo = desconocido. Y para resolver la ecuación no había más que reducir el problema a simples términos algebraicos: desconocido = tabla que cruje (o lo que fuera), tabla que cruje = nada que temer. En el mundo moderno, todos los miedos**

**podían ser desentrañados así.**

**Flexionó los músculos para elevarse, pasó una pierna por sobre el alféizar, se dejó caer sobre el polvoriento suelo de la sala y miró alrededor. Reinaba un olor que emanaba de las paredes como un miasma casi visible. Susan procuró convencerse de que no era más que el olor del yeso enmohecido, o del guano acumulado y húmedo de todos los animales que se**

**habían refugiado en esas ruinas: marmotas, ratas, incluso tal vez algún mapache. Pero algo más. Aquel olor era más denso que un hedor animal, más penetrante. Hacía pensar en lágrimas, en vómitos\* en tinieblas. —Eh —llamó suavemente Mark, agitando las manos por sobre el alféizar—. Ayúdame. Susan se inclinó hacia afuera y lo ayudó a entrar.**

**Sus pies calzados con  
zapatillas resonaron sobre  
la  
alfombra, y la casa volvió a  
quedar en silencio.**

**Los dos se encontraron  
fascinados escuchando el  
silencio y el latido de la  
sangre en sus propios  
oídos.**

**Sin embargo, los dos sabían  
que no estaban solos.**

**2**

**—Vamos —dijo Mark  
—Echemos un vistazo. —**

**Aferró la estaca y durante un momento volvió con nostalgia los ojos hacia la ventana.**

**Seguida por él, Susan avanzó lentamente hacia el vestíbulo. Al lado de la puerta había una mesita sobre la cual reposaba un libro. Mark lo cogió.**

**—Oye —preguntó—, ¿tú sabes latín? —Un poco.**

**—¿Qué significa esto? — Mark le mostró la tapa. La**

**chica leyó las palabras  
frunciendo el ceño. —No lo  
sé —dijo, sacudiendo la  
cabeza. Mark abrió el libro  
y se estremeció. Había una  
figura de un hombre  
desnudo  
que ofrecía el cuerpo  
mutilado de un niño a algo  
que no alcanzaba a ver. El  
muchacho volvió a dejar el  
libro,  
contento de soltarlo (al  
tacto de su mano, el  
material con que estaba**



**encuadernado era inquietantemente familiar), y ambos se dirigieron hacia la cocina. Allí las sombras eran más intensas. El sol había dado la vuelta hacia el otro lado de la casa. —¿Notas el olor? —preguntó Mark. —Sí. —Aquí atrás es peor, ¿no? —Sí, Mark recordó la despensa que tenía su madre en la otra casa, donde un año tres cestas de tomates se**

**habían echado a perder.  
Era un olor así, como de  
tomates podridos. —Dios,  
qué miedo tengo —  
murmuró**

**Susan. La mano de Mark  
se tendió en busca de la de  
ella, y la aferró. El linóleo  
de la cocina era viejo,  
áspero  
y gastado, descolorido  
delante del antiguo  
fregadero enlozado. Una  
gran mesa llena de marcas  
y rozaduras,**

**sobre la cual había un plato amarillo, un cuchillo y un tenedor, y un trozo de hamburguesa cruda, ocupaba el centro de la cocina.**

**La puerta del sótano estaba entreabierta.**

**—Ahí es donde tenemos que ir —señaló Mark.**

**—Oh—exclamó débilmente Susan.**

**La abertura era apenas una rendija y la luz no llegaba a entrar. Parecía**

**como si una lengua de  
oscuridad  
lamiera ávidamente la  
cocina, en espera de que  
llegara la noche para  
devorarla entera. Ese  
centímetro de  
oscuridad era abominable  
y sus posibilidades,  
indecibles. Incapaz de  
moverse, Susan  
permaneció junto a  
Mark.  
El chico avanzó, empujó la  
puerta hasta abrirla y miró**

**hacia abajo. Susan veía cómo le temblaba un músculo en la mandíbula. —Creo,, -empezó a decir Mark, y ella oyó algo a sus espaldas y se volvió, con la súbita sensación de que ya era demasiado tarde. Era Straker. Su sonrisa era una mueca. Mark giró sobre los talones, lo vio y trató de eludirlo. El puño de Straker se estrelló contra su mentón y el chico no supo nada más.**

**3**

**Cuando Mark recuperó el conocimiento estaban subiéndolo por unas escaleras, pero no eran las del sótano. No sentía esa sensación pétrea de encierro, y el aire no era tan fétido. Entreabrió sus párpados apenas, sin que la cabeza dejara de pender inerte del cuello. Habían llegado a un descanso: el primer piso. Se podía**

**ver con bastante claridad.  
El sol no se había puesto  
todavía. Quedaba una  
tenue esperanza.**

**Al llegar al descansillo, de  
pronto los brazos que lo  
sostenían desaparecieron y  
Mark cayó pesadamente  
al suelo, golpeándose la  
cabeza.**

**—¿No te parece que yo sé  
cuándo alguien se está  
haciendo él tonto,  
jovencito? —le preguntó  
Straker.**

**Visto desde el suelo,  
parecía de tres metros de  
estatura. El cráneo calvo  
relucía con discreta  
elegancia en  
la creciente oscuridad.  
Mark vio con terror que en  
el hombro llevaba un rollo  
de cuerda.  
Se llevó la mano al bolsillo  
donde había puesto la  
pistola.  
Straker se echó a reír.  
—Me tomé la libertad de  
quitarte la pistola,  
jovencito. Los niños no**



**deben portar armas... ni tampoco conviene que lleven a una señorita a lugares donde no les han invitado.**

**—¿Qué ha hecho con Susan Norton?**

**Straker sonrió.**

**—La llevé donde ella quería ir, amiguito. Al sótano. Más tarde, cuando se ponga el sol, se encontrará con el hombre a quien vino a ver. Y tú también lo conocerás, tal vez esta**

**misma noche, tal vez  
mañana por la  
noche. Es posible que él te  
entregue a la muchacha,  
pero más bien pienso que  
se ocupará personalmente  
de ti.**

**La chica tendrá sus propios  
amigos, entre ellos tal vez  
algunos entremetidos como  
tú.**

**Con ambos pies, Mark  
trató de darle una patada  
en la entrepierna, pero  
Straker se apartó  
ágilmente a un**

**lado, como un bailarín. Al mismo tiempo le devolvió el golpe, un enérgico puntapié en los riñones.**

**Mark se mordió los labios, retorciéndose en el suelo.**

**—Vamos, jovencito. De pie —le ordenó Straker con una risita.**

**—No... no puedo.**

**—Pues arrástrate —dijo Straker, y le asestó otra patada.**

**El dolor fue muy intenso, pero Mark apretó los ciernes. Consiguió ponerse**

**de rodillas y después de  
pie.**

**Siguieron andando por el  
vestíbulo hasta la puerta  
del otro extremo.**

**—¿Qué va a hacer  
conmigo?**

**—Prepararte como a un  
pavo de Navidad, jovencito.  
Más tarde, cuando mi amo  
se haya ocupado de ti,  
quedarás en libertad.**

**—¿Como los otros?**

**Straker sonrió.**

**Mientras abría la puerta  
para entrar en la**

**habitación donde se había  
suicidado Hubie Marsten,  
algo**

**extraño sucedió en la  
mente de Mark. El miedo  
no desapareció, pero  
aparentemente dejó de  
actuar como un  
freno sobre sus procesos  
mentales y de interferir las  
señales positivas. Su  
cerebro empezó a  
funcionar con una  
velocidad pasmosa, no  
valiéndose de palabras ni  
de imágenes, sino de una**

**especie de taquigrafía  
simbólica. El  
muchacho se sentía como  
una pequeña lámpara que  
de pronto recibe una  
sobrecarga de una fuente  
desconocida.**

**El cuarto como tal era  
absolutamente prosaico. El  
empapelado colgaba en  
jirones, dejando ver el yeso  
y  
la piedra. El tiempo había  
cubierto el suelo con una  
espesa capa de polvo y**

**yeso, pero sólo se veían las  
huellas  
de una persona, como si  
alguien hubiera subido a  
echar un vistazo. Había dos  
pilas de revistas, una cama  
de  
hierro sin somier ni  
colchón y una pequeña  
plancha metálica con un  
grabado desvaído. La  
ventana tenía los  
postigos cerrados, pero por  
ellos se filtraba,  
polvorienta, luz suficiente**

**para que Mark pensara  
que quedaba  
todavía una hora hasta que  
cayese la noche. En el  
cuarto flotaba algo maligno  
y hediondo.**

**En el lapso de unos  
segundos, el chico abrió la  
puerta, registró todo lo que  
había y avanzó hasta el  
centro  
de la habitación, donde  
Straker le dijo que se  
detuviera. En esos breves  
momentos, vio tres  
escapatorias**



**posibles.**

**En una de ellas, él se precipitaba súbitamente hacia la ventana cerrada, y trataba de lanzarse a través de los cristales y los postigos como el héroe de una película del Oeste, para saltar ciegamente hacia fuera.**

**Mentalmente, con un ojo se vio caer sobre un herrumbrado montón de herramientas de jardín para terminar su**

**vida retorciéndose  
ensartado en una horquilla  
mellada como un insecto en  
un alfiler. Con el otro ojo,  
vio  
cómo se estrellaba contra  
los cristales sin conseguir  
que se abriera el postigo, y  
cómo Straker se apoderaba  
otra vez de su cuerpo,  
lacerado y sangrante.  
Se vio atado sobre el suelo,  
vio cómo se extinguía la  
luz, cómo sus esfuerzos por  
liberarse eran cada vez**

**más frenéticos e inútiles, y oyó finalmente cómo subía ominosamente las escaleras un individuo mil veces peor que Straker.**

**Se vio recurriendo a una treta que había aprendido el verano anterior cuando leía un libro sobre Houdini, el famoso mago capaz de escaparse de una celda, de un cajón cerrado con cadenas y de la bóveda de un banco. Podía soltarse de cuerdas, esposas de acero e**

**instrumentos de tortura  
chinos. Y una de las cosas  
que  
hacía era contener el  
aliento y tensar  
fuertemente los puños  
cuando una persona del  
público le ataba. También  
había que contraer los  
muslos, los antebrazos y los  
músculos del cuello. Si uno  
tenía músculos bien  
desarrollados, al relajarlos  
conseguía cierta flojedad  
en las ligaduras. Entonces,**

**todo consistía en relajarse  
por  
completo y trabajar con  
lentitud y tesón para  
escapar, sin dejarse  
dominar por el pánico.  
Poco a poco, también  
el cuerpo ayudaba,  
lubricándose con sudor. En  
el libro parecía muy fácil.  
— Date la vuelta; te voy a  
atar— le dijo Straker — .  
Y mientras lo haga no te  
muevas, porque si te  
mueves, con esto — levantó  
el pulgar — te vaciaré el**

**ojo derecho. ¿Lo  
entiendes?**

**Mark asintió. Hizo una  
inspiración profunda,  
retuvo el aire y contrajo los  
músculos.**

**Straker arrojó la cuerda  
por encima de una viga.**

**— Acuéstate — le dijo.**

**Mark obedeció.**

**Straker le cruzó las manos  
a la espalda y se las ató  
firmemente con la cuerda.**

**Hizo un lazo, se lo pasó  
por el cuello y lo aseguró**

**— Estás atado a la misma viga de donde se colgó el amigo y patrono de mi amo en esta comarca, jovencito. ¿No te halaga? Mark emitió un gruñido y Straker rió. Le pasó la cuerda entre las piernas, y el chico gimió cuando se la ajustó con un tirón brutal. — ¿Te duele? — acotó con cínico humor — . No será por mucho rato. De todas maneras, llevarás una vida ascética, hijo... una vida muy larga.**

**Rodeó con la cuerda los  
tensos muslos del chico,  
aseguró el nudo y volvió a  
rodearle las rodillas y los  
tobillos. A Mark ya se le  
hacía difícil contener la  
respiración, pero se dominó  
obstinadamente.**

**— Estás temblando,  
jovencito — se burló  
Straker — . Tienes todo el  
cuerpo entumecido. Y toda  
la carne  
blanca... ¡pero la tendrás  
más blanca aún! No tienes  
por qué tener tanto miedo.**



**Mi amo es muy capaz de ser bondadoso. Y es muy venerado aquí en tu propio pueblo. No es más que un pequeño pinchazo; como cuando el médico te pone una inyección, y después todo es dulzura. Y más tarde quedarás libre. E irás a ver a tu padre y a tu madre, ¿verdad? Irás a verlos mientras duermen.**

**Se levantó y miró con benevolencia a Mark.**  
**— Ahora tengo que dejarte por un rato, Jovencito. He de acomodar a tu encantadora consorte.**  
**Cuando volvamos a vernos, me tendrás más afecto.**  
**Y salió, dando un portazo.**  
**Una llave resonó en la cerradura.**  
**Mientras sus pies se alejaban por la escalera, Mark dejó escapar el**

**aliento y relajó los  
músculos con un  
gran suspiro. . Las cuerdas  
que le inmovilizaban se  
aflojaron un poco.  
Se quedó quieto. Su mente  
seguía volando eufórica.  
Miró a lo largo del suelo  
irregular en dirección a la  
cama de hierro. Más allá se  
elevaba la pared. En esa  
parte, el empapelado se  
había desprendido y estaba  
caído  
jumo al armazón de la  
cama como la desechada**

**piel de una víbora. Mark se concentró en un pequeño sector de la pared y lo examinó con atención, apartando de su mente todo lo demás. El libro sobre Houdini decía que lo más importante era la concentración. No había que permitir que el pánico se insinuara en la mente. El cuerpo debía estar completamente relajado. Y la fuga debía tener lugar**

**mentalmente antes de mover un solo dedo. Cada paso debía existir concretamente en el pensamiento.**

**Mientras miraba la pared, pasaban los minutos.**

**La pared era blanca e irregular. Por último, a medida que su cuerpo se relajaba, empezó a verse a sí**

**mismo proyectado: un muchachito de camiseta azul y téjanos. Estaba**

**situado de costado, con los  
brazos  
atados a la espalda, las  
muñecas apoyadas en la  
depresión lumbar. Tenía un  
lazo corredizo alrededor  
del  
cuello, y cualquier  
movimiento impulsivo lo  
ajustaría inexorablemente  
hasta privar al cerebro del  
oxígeno  
indispensable para  
mantener la lucidez.  
Siguió mirando la pared.**

**La figura allí proyectada  
había empezado a moverse  
cautelosamente, aunque el  
propio Mark siguiera  
tendido, perfectamente  
inmóvil. Como extasiado,  
observó todos los  
movimientos de la imagen.  
Había  
alcanzado un nivel de  
concentración propio de los  
faquires y los yoguis de la  
India. Ya no le preocupaba  
Straker ni la menguante  
luz del día. Había dejado  
de ver el suelo irregular, el**

**armazón de la cama, la  
pared  
incluso. Lo único que veía  
era al muchacho, una  
figura perfecta que se  
movía en una leve danza de  
músculos  
cuidadosamente  
controlados.  
Siguió mirando la pared.  
Finalmente empezó a  
mover las muñecas. Al  
límite de cada movimiento  
las partes de las palmas  
más**



**próximas al pulgar se tocaban, sin que se movieran otros músculos que los de la parte inferior del antebrazo.**

**Sin apresurarse, Mark seguía mirando la pared. Cuando el sudor empezó a brotarle, las muñecas se movieron con más libertad. Los movimientos se ampliaron. Al término de cada uno, los dorsos de las manos se tocaban. Las vueltas de cuerda que las**

**sujetaban se habían  
aflojado un poco.**

**Mark se detuvo.**

**Pasado un momento,  
empezó a flexionar los  
pulgares contra las palmas,  
mientras contraía los dedos  
en**

**un movimiento sinuoso. Su  
rostro se mantenía  
absolutamente inexpresivo:  
era como la cara de yeso de  
un**

**maniquí en una tienda.**

**Pasaron cinco minutos. Las  
manos ya le transpiraban**

**abundantemente. La increíble intensidad de la concentración hacía que el chico pudiera controlar parcialmente el sistema nervioso simpático, otra técnica de los yoguis y los faquires; sin darse cuenta, había llegado a obtener cierto control sobre las funciones involuntarias del cuerpo. El sudor no se podía explicar como producto de sus cuidadosos movimientos. Sentía**

**las manos como engrasadas, y de la frente le caían gotitas que oscurecían el polvo blanco del suelo.**

**Empezó a mover los brazos en un movimiento ascendente y descendente, como de pistón, haciendo trabajar ahora los bíceps y los músculos de la espalda. El nudo corredizo se ajustó un poco, pero al mismo tiempo Mark sentía que una de las vueltas de cuerda que le sujetaban las**

**manos comenzaba a  
descender sobre  
la palma derecha. Ahora se  
apoyaba sobre la parte  
carnosa del pulgar. Sintió  
una oleada de excitación y  
se  
obligó a detenerse hasta  
que la emoción se hubo  
calmado por completo.  
Sólo en ese momento volvió  
a  
empezar. Arriba abajo.  
Arriba abajo. Arriba  
abajo. Cada vez ganaba**

**medio centímetro, o menos.**

**De pronto,  
su mano derecha quedó  
libre.**

**La dejó donde estaba,  
flexionándola. Cuando los  
músculos recuperaron la  
flexibilidad, introdujo los  
dedos bajo el lazo que le  
ataba la muñeca izquierda  
y tanteó, hasta que  
consiguió liberar la mano  
izquierda.**

**Entonces, apoyó ambas  
manos en el suelo. Cerró  
los ojos.**

**Ahora, lo importante era no pensar que la partida estaba ganada, Ahora había que actuar aún con más cuidado.**

**Se apoyó en la mano izquierda, y con la derecha recorrió el nado que aseguraba el lazo corredizo que le rodeaba el cuello.**

**Inmediatamente comprendió que para soltarlo tendría que ahogarse o poco menos, y**

**también que incrementaría la presión que le oprimía los testículos, donde sentía ya un sordo latido.**

**Respiró profundamente y empezó a trabajar con el nudo. La cuerda fue tensándose poco a poco, y la**

**presión en el cuello y entre las piernas se intensificó.**

**Las fibras del cáñamo se incrustaban en la garganta como minúsculas agujas. El nudo le desafió durante un tiempo interminable. Su**



**visión empezó a  
difuminarse  
bajo la embestida de las  
enormes flores negras que  
estallaban en silenciosa  
floración ante sus ojos,  
pero Mark  
se legaba a darse  
prisa/Retorció sin descanso  
el nudo, hasta percibir una  
nueva flojedad. Durante un  
momento  
la presión en la ingle se  
hizo insoportable, hasta  
que con un movimiento**

**convulsivo se pasó el lazo por encima de la cabeza y el dolor disminuyó.**

**El muchacho se sentó e inclinó la cabeza hacia adelante, respirando de manera entrecortada, mientras con ambas manos se frotaba los testículos lacerados. El interno dolor se convirtió en una incomodidad sorda y penetrante que le dio una sensación de náusea..'**

**Cuando empezó a pasársele, Mark miro hacia la ventana cerrada. La luz que entraba a través de las fisuras de la madera se había desteñido hasta alcanzar un ocre opaco. El sol debía de estar poniéndose. Y la puerta estaba cerrada con llave.**

**Tiró de la cuerda hasta descolgarla de la viga y empezó a aflojar los nudos de las piernas. Estaban muy**

**ajustados, y la reacción  
provocada por el éxito  
inicial había empezado a  
debilitar la concentración  
de Mark;**

**Se soltó los muslos, las  
rodillas y, tras un  
denodado esfuerzo, los  
tobillos. Se levantó  
tambaleante y  
empezó a frotarse las  
piernas**

**Abajo se oyó ruido de  
pasos.**

**Invadido por el pánico,  
levantó la mirada, mientras**

**sus narices se dilataban.  
Avanzó torpemente hacia  
la  
ventana e intentó abrirla.  
Estaba asegurada con  
clavos enmohecidos,  
doblados a martillazos  
sobre la madera  
del alféizar.  
Los pasos ascendían por la  
escalera.  
Mark se enjugó la boca con  
la mano y miró con  
desesperación alrededor.  
Dos pilas de revistas. Una**

**pequeña plancha metálica  
con un desgastado  
grabado. El armazón de la  
cama de hierro fundido.  
A ella se dirigió y la levantó  
por un extremo. Y tal vez  
algún dios remoto, al ver  
cuánto era lo que el  
muchacho había hecho  
solo, se compadeció de él.  
Los pasos habían  
empezado a acercarse a la  
puerta cuando Mark  
consiguió acabar de  
destornillar la pata  
de la cama.**

**4**

**Cuando se abrió la puerta,  
Mark estaba detrás de ella  
con la pata de la cama  
levantada, como un piel  
roja  
con su tomahawk.**

**—Jovencito, vengo a...**

**Cuando vio la cuerda  
tendida en el piso, la  
sorpresa lo paralizó,  
durante un segundo tal vez.**

**Ya había  
cruzado la puerta.**

**Mark vivía las cosas con la  
lentitud de una jugada de**

**fútbol que se repite en cámara lenta. Tenía la sensación de disponer de minutos, no de apenas unos segundos, para apuntar al cráneo que aparecía más acá del umbral de la puerta. Con ambas manos asestó el golpe con la pata, no con toda la fuerza de que era capaz, porque prefirió sacrificar un poco de fuerza para conseguir mejor puntería. Alcanzó a**



**Straker exactamente  
encima de la sien,  
en el momento en que éste  
empezaba a darse la vuelta  
para mirar detrás de la  
puerta. Los ojos, que tenía  
muy  
abiertos, se cerraron  
bruscamente por el dolor.  
Del cuero cabelludo  
comenzó a manar sangre a  
borbotones.  
El cuerpo de Straker se  
contrajo y retrocedió,  
tambaleante, hacia el**

**interior del cuarto, con la  
cara  
desencajada por una  
mueca. Al ver que extendía  
la mano, Mark volvió a  
golpearlo. Esta vez el metal  
cayó  
sobre la calva, encima de la  
convexidad de la frente,  
abriendo un nuevo  
manantial de sangre.  
Se desplomó con los ojos en  
blanco.  
Mark rodeó el cuerpo,  
mirándolo con ojos  
desorbitados. El extremo**

**de la pata de cama estaba manchado de sangre, y era más oscura que la de las películas en technicolor. Mark se sintió descompuesto al verla, pero cuando miró a Straker no sentía nada. Le he matado, pensó, y su reacción inmediata añadir: por fin. La mano de Straker le aferró el tobillo. Con un sobresalto, Mark intentó zafarse. La mano se**

**cerraba sobre su pie como una trampa de acero, y ahora Straker estaba mirándole, con sus ojos fríos que brillaban a través de la máscara de sangre.**

**Aunque sus labios se movían, no emitían ningún sonido.**

**Mark tiró con más fuerza, inútilmente. Con un gruñido sordo, empezó a golpear la mano de Straker con la pata de cama. Una vez, dos, tres,**

**cuatro. Los dedos se  
quebraron  
como un estremecedor  
crujido de lápices. La presa  
se aňojo y el muchacho se  
soltó con un tirón que le  
hizo  
pasar, tambaleante, por la  
puerta hasta llegar al  
pasillo.**

**La cabeza de Straker había  
vuelto a caer sobre el suelo,  
pero su mano destrozada  
siguió abriéndose y  
cerrándose en el aire con  
una vitalidad siniestra,**

**como la del perro que se  
estremece al soñar que está  
cazando  
gatos.**

**La pata de la cama se le  
escurrió entre los dedos  
agarrotados, y entonces  
retrocedió, tembloroso. El  
pánico se adueñó de él y  
huyó a saltos por las  
escaleras, bajando dos o  
tres peldaños cada vez,  
pese a sus  
piernas entumecidas,  
mientras su mano volaba**

**sobre el pasamanos  
astillado.**

**La puerta principal se  
perdía en las tinieblas, en  
una oscuridad abominable.**

**Llegó a la cocina. Su  
mirada, tímida y  
enloquecida, pasó  
fugazmente por la puerta  
abierta del sótano. El  
sol descendía en una  
ardiente columna de rojos,  
amarillos y púrpuras. En el  
salón de una funeraria, a  
veinticinco kilómetros de  
distancia, Ben Mears no**

**apartaba los ojos del reloj,  
mientras las manecillas  
vacilaban entre las 7.01 y  
las 7.02.**

**Mark no sabía nada de eso,  
pero sabía que la hora de  
los vampiros era  
inminente. Permanecer allí  
significaba superponer un  
enfrentamiento a otro;  
descender a ese sótano  
para intentar salvar a  
Susan  
significaba verse  
arrastrado al reino de los  
muertos vivientes.**



**Sin embargo, fue hacia la  
puerta del sótano y hasta  
bajó los tres primeros  
escalones antes de que el  
miedo lo envolviera como  
una ligadura casi física, sin  
permitirle dar un paso  
más. El chico estaba  
llorando y  
todo el cuerpo le temblaba  
como presa del paludismo.  
—¡Susan! —gritó—.  
¡Escapa!  
—¿Mark? —Su voz sonaba  
débil y aturdida—. No veo  
nada. Está oscuro...**

**Entonces se oyó un ruido similar al disparo de un arma de fuego, seguido por una risa profunda y desalmada.**

**Susan emitió un alarido que fue diluyéndose en un gemido, y después en el silencio.**

**Aunque sus pies eran plumas que querían llevárselo volando, Mark esperaba todavía.**

**Desde abajo le llegó una voz sorprendentemente parecida a la de su padre.**

**—Ven abajo, hijo mío. Qué muchacho tan admirable eres.**

**El poder de esa voz era tal que Mark sintió que el miedo se desvanecía, que las plumas de sus pies se convertían en plomo. Ya había empezado a bajar a tientas otro escalón cuando consiguió rehacerse, aunque para eso necesitó de toda la exhausta disciplina que aún conservaba.**

**—Baja —volvió a decir la voz, ahora desde más cerca. Tras el matiz paternal y amistoso se insinuaba una orden, acerada y tersa. —¡Sé quién eres! —gritó Mark hacia abajo—. ¡Tú eres Barlow! Y salió corriendo. Cuando llegó a la puerta principal, el miedo había vuelto a apoderarse de él, y si la puerta no hubiera estado abierta habría podido atravesarla,**

**dejando recortada en ella su silueta como en un dibujo animado.**

**Huyó por la carretera (como había hecho hacía muchos años Benjamín Mears) y después siguió por el centro de Brooks Road rumbo al pueblo y a su incierta seguridad. ¿Podría perseguirle, aun ahora, el rey de los vampiros?**

**Se apartó del camino para atravesar a tientas el**

**bosque, vadeó el arroyo,  
tropezó con unos arbustos  
al**

**otro lado, y finalmente  
entró por el patio de atrás  
de su casa.**

**Atravesó la puerta de la  
cocina y al mirar por la  
arcada que daba a la sala  
vio a su madre, que con la  
preocupación dibujada en  
el rostro, hablaba por  
teléfono, con la guía abierta  
sobre el regazo.**

**Al levantar la vista, le vio y una oleada de alivio se difundió sobre su rostro.**

**—... aquí está...**

**Sin esperar respuesta, colgó y se dirigió hacia él. Con más pena de lo que él mismo habría esperado, Mark advirtió que su madre había estado llorando.**

**—Oh, Mark... ¿dónde has estado?**

**—¿Ya ha vuelto? — preguntó su padre desde el**

**estudio. Su rostro, invisible,  
se cubría ya de nubes de  
tormenta.**

**—¿Dónde has estado? —Su  
madre le tomó por los  
hombros y le sacudió.**

**—Por ahí —dijo Mark—.  
Me caí mientras volvía a  
casa.**

**No había nada más que  
decir. La característica  
esencial de la niñez no es  
que sueño y realidad se  
mezclen sin esfuerzo, sino  
la alienación. No hay  
palabras para los oscuros**



**efluvios y peripecias de esa edad.**

**Los niños que saben lo admiten, y aceptan las consecuencias. Un chico que calcula los costes ya ha dejado de ser un niño.**

**—Se me pasó el tiempo — agregó—, y., .**

**En ese momento, su padre se hizo cargo de él.**

**5**

**En la oscuridad que precede al amanecer del**

**lunes, algo rascaba en la  
ventana.**

**Regresó desde el sueño sin  
intervalo alguno de  
somnolencia ni  
desorientación. La insania  
del sueño y de  
la vigilia se parecían ahora  
notablemente.**

**El rostro que destacaba en  
la oscuridad al otro lado de  
la ventana era el de Susan.**

**—Mark... déjame entrar.**

**El chico se levantó de la  
cama. El suelo estaba frío**

**para sus pies desnudos.**

**Estaba tiritando.**

**—Vete—le dijo.**

**No había ninguna inflexión en su voz. Observó que ella llevaba todavía la misma blusa, los mismos pantalones. Quien sabe si los padres de ella estarán preocupados, pensó Mark. Si habrán llamado a la policía.**

**—No está tan mal, Mark.**

**—Mientras hablaba, Susan le miraba con inexpresivos ojos de obsidiana. Al**

**sonreírle mostró los  
dientes, que se destacaron  
con nítido relieve bajo la  
palidez de las encías—. Es  
muy  
bueno, en realidad. Déjame  
entrar, que te enseñaré.  
Quiero besarte, Mark.  
Besarte todo, como nunca  
te ha  
besado tu madre.  
—Vete —repitió él.  
—Alguno de nosotros te  
vencerá, tarde o temprano  
—expresó Susan—. Ahora  
somos muchos. Déjame**

**entrar, Mark... Tengo  
hambre. —Intentó sonreír,  
pero la sonrisa se convirtió  
en una oscura mueca que a  
Mark  
le hizo sentir un escalofrío.  
Levantó la cruz y la apoyó  
contra la ventana.  
Ella emitió un silbido como  
si la hubieran quemado y  
se soltó del marco. Durante  
un momento siguió  
suspendida en el aire,  
mientras su cuerpo iba  
volviéndose indistinto y**

**nebuloso. Después  
desapareció, pero no  
sin que Mark viera (o le  
pareciera ver) en su rostro  
una mirada de desesperada  
infelicidad.**

**La noche volvió a quedar  
tranquila y silenciosa.**

**«Ahora somos muchos...»**

**Los pensamientos de Mark  
regresaron hasta sus  
padres, que ajenos al  
peligro dormían en la  
habitación  
de abajo, y el espanto le  
agarrotó las entrañas.**

**Algunos hombres sabían,  
había dicho Susan, o  
sospechaban.**

**¿Quiénes?**

**El escritor, seguro. Ese que  
salía con ella. Mears, se  
llamaba. Vivía en la  
pensión de Eva. Los  
escritores**

**sabían muchas cosas. Tenía  
que ser él. Y Mark tenía  
que advertir a Mears antes  
de que ella...**

**Mientras volvía a la cama  
se detuvo en seco.**

**¿Y si ya había llegado?**

**TRECE**

**EL PADRE CALLAHAN**

**1**

**Ese mismo domingo por la noche, el padre Callahan entró con cierta vacilación en la habitación de Matt Burke en el hospital, en el momento en que el reloj de Matt marcaba las siete menos cuarto. La mesita de noche, e incluso el cobertor de la cama, estaban cubiertos de libros, algunos de ellos viejos y polvorientos.**



**Matt había llamado por teléfono a Loretta Starcher a su apartamento de soltera, y había conseguido no solamente que abriera la biblioteca pese a ser domingo, sino que le llevara personalmente los libros. Loretta había aparecido seguida por tres ayudantes del hospital, a cual más cargado de libros, y se había ido un poco**

**ofendida, porque Matt se negó a responder a sus preguntas sobre tan extraña selección.**

**El padre Callahan observó con curiosidad al profesor. Tenía aspecto fatigado, pero no tan fatigado ni tan horrorizado como la mayoría de pacientes que él había visitado en circunstancias similares. Callahan había visto que, en general, la primera reacción ante la noticia de un cáncer, un**

**derrame, un infarto o cualquier fallo en un órgano importante era sentirse traicionado. Al principio, el paciente se quedaba atónito al descubrir que un amigo tan cercano (y, por lo menos hasta entonces, tan bien conocido) como el propio cuerpo pudiera ser tan desconsiderado como para hacer mal su trabajo. La reacción que seguía a**

**esa primera era pensar que  
no  
valía la pena tener un  
amigo capaz de  
abandonarle a uno tan  
cruelmente. La conclusión  
que seguía a esas  
reacciones era que no  
importaba que valiera o no  
la pena tener ese amigo.  
Uno no podía negarse a  
hablar con  
su cuerpo traidor, ni podía  
llevarle a juicio ni fingir  
que no estaba en casa**

**cuando le pedía algo. La idea en que culminaba esta forma de razonamiento característica era la aborrecible posibilidad de que uno no tuviera en el cuerpo un amigo, sino un enemigo implacable, dedicado a destruir la fuerza superior que venía usando y abusando de él desde el momento en que se declaró el mal.**

**Una vez, llevado por un  
ejemplar entusiasmo de  
borracho, Callahan se  
había puesto a escribir  
sobre el  
tema para LA Gaceta,  
Católica. Incluso lo había  
ilustrado con una  
desafiante caricatura en la  
página del  
editorial, que mostraba un  
cerebro apostado en la  
cornisa más alta de un  
rascacielos. El edificio (que  
un rótulo**

**definía como «El cuerpo humano») estaba en llamas (definidas como «Cáncer», aunque podrían haber sido otras cosas). La caricatura se titulaba «Demasiado alta para saltar». Durante el forzado turno de sobriedad del día siguiente, Callahan había hecho añicos su artículo, al mismo tiempo que quemaba el dibujo; en la doctrina católica no había lugar para esas imágenes si uno**

**no se avenía a añadirle un helicóptero con la etiqueta de «Cristo», del cual pendiera una escala de cuerda. Pese a todo, seguía convencido de que su intuición le había señalado la verdad, y encontraba que el resultado de esa lógica peculiar del lecho de enfermo solía provocar en el paciente una depresión aguda. Los síntomas incluían ojos**



**inexpresivos, reacciones  
lentas, suspiros  
profundos y, a veces,  
lágrimas al ver al  
sacerdote, ese cuerpo  
ominoso cuya función  
dependía en última  
instancia de lo que el ser  
pensante creyera respecto  
de su mortalidad.**

**Matt Burke no mostraba  
signos de tal depresión. Le  
tendió la mano y Callahan  
se encontró con un  
apretón  
sorprendentemente firme.**

**—Padre Callahan, le agradezco que haya venido.**

**—Con todo gusto. Un buen maestro, como una buena esposa, es una perla inapreciable.**

**—¿También un viejo oso agnóstico como yo?**

**—Muy especialmente — respondió Callahan, encantado—. Tal vez le encuentre a usted en mal momento. Me han dicho que en la unidad de cuidados intensivos ya no quedan ateos, y poquísimos**

**agnósticos.**

**—Pronto me sacarán de aquí, lamentablemente.**

**—Una lástima —sonrió Callahan—. Todavía le veremos a usted diciendo padrenuestros y avemarías.**

**—Pues eso no es tan absurdo como podría usted pensar —acotó Matt.**

**El padre Callahan se sentó y, cuando acomodaba su silla, pegó un rodillazo contra la cama. Una pila de libros cayó sobre sus piernas, y él fue leyendo los**

**títulos en voz alta a medida que volvía a colocarlos.**

**—Drácula. El huésped de**

**Drácula. La búsqueda de**

**Drácula. La rama dorada.**

**Historia natural de los**

**vampiros. Relatos de**

**folclore húngaro.**

**Monstruos de la oscuridad.**

**Monstruos de la vida real**

**Peter Kurtin, el**

**monstruo de Dusseldorf.**

**Y... —Sacudió la capa de**

**polvo de la última cubierta,**

**revelando una figura**

**espectral**

**que se cernía amenazante  
sobre una damisela  
dormida— Varney el  
vampiro, o la fiesta de la  
sangre. Vaya,  
vaya... ¿lectura  
recomendada para  
convalecientes de ataques  
cardíacos?**

**Matt sonrió.**

**—Pobre Varney. Ése lo leí  
hace mucho tiempo, para  
preparar una clase  
mientras estaba en la  
universidad... Literatura  
del romanticismo. El**

**profesor, cuya idea de lo fantástico arrancaba de Beowulf y llegaba hasta The Screwtape Letters, se escandalizó mucho. Me puso una nota y me recomendó que buscara una bibliografía más seria. —Pero el caso de Peter Kurtin resulta bastante interesante, por repulsivo que sea —señaló el padre Callahan. —¿Conoce usted la historia?**

**—Sí, la mayor parte de ella. Me interesé por esas cosas cuando estudiaba teología. Mi excusa ante los profesores demasiado escépticos era que, para ser buen sacerdote, uno tenía que profundizar en los abismos de la naturaleza humana y no sólo aspirar a alcanzar sus cumbres. Pura palabrería, en realidad. Simplemente, un poco de terror me gustaba tanto como a**

**cualquiera. Creo que de  
muchacho, Kurtin asesinó  
a dos de sus  
compañeros de juego,  
llevándolos hasta una boya  
anclada en medio de un río,  
y después se dedicó a  
arrojarlos  
al agua hasta que se  
cansaron y se hundieron.  
—Sí —confirmó Matt—. Y  
cuando era adolescente, en  
dos ocasiones trató de  
matar a los padres de una  
chica que se había negado a  
salir con él, y después**



**prendió fuego a la casa.**

**Pero no es ésa la parte de  
su...**

**carrera, digamos, que me  
interesa.**

**—Imagino que no, a juzgar  
por lo que ha estado  
leyendo.**

**El padre Callahan cogió de  
la cama una revista que  
presentaba en la cubierta  
la imagen de una joven  
increíblemente bien  
dotada, que llevaba un  
vestido ajustado como un**

**guante y le estaba  
chupando la sangre a  
un muchacho. La expresión  
de éste parecía una  
inquietante combinación de  
terror y lujuria. El nombre  
de la  
revista —y el de la  
muchacha, aparentemente  
— era Vampirella. Cada  
vez más intrigado,  
Callahan volvió a  
dejarla,  
—Kurtin atacó y mató a  
más de una docena de  
mujeres —recordó—. A**

**muchas otras las mutiló  
con un  
martillo. Y si era el  
momento correspondiente  
del mes, les bebía el flujo.  
Matt Burke volvió a hacer  
un gesto de asentimiento.  
—Lo que no es tan sabido  
—agregó— es que también  
mutilaba animales. En la  
época en que su  
obsesión era más intensa,  
les arrancó la cabeza a dos  
cisnes del parque central  
de Dusseldorf y se bebió la**

**sangre que les brotaba del  
cuello.**

**—¿Todo esto tiene relación  
con el hecho de que usted  
quisiera verme? —**

**preguntó Callahan—. La  
señora Curless me dijo que  
era por un asunto de  
extrema importancia.**

**—Sí, exactamente.**

**—¿De qué se trata, pues?**

**Si su intención era  
intrigarme, lo ha  
conseguido.**

**Matt le miró.**

**—Un excelente amigo mío,  
Ben Mears, debía ponerse  
hoy en contacto con usted.  
Su ama de llaves me  
dijo que no había llamado.**

**—Así es. No he visto a  
nadie desde hoy a las dos  
de la tarde.**

**—Yo tampoco pude  
comunicarme con él. Salió  
del hospital en compañía  
de James Cody, mi médico.  
Tampoco he podido dar  
con él. Y lo mismo me  
sucedió con Susan Norton,**

**la amiga de Ben. Salió esta tarde**

**temprano, prometiendo a sus padres que estaría de vuelta a las seis, y no ha regresado aún, por lo que ellos**

**están preocupados.**

**A Callahan le interesó el dato. En cierta ocasión había conocido a Bill**

**Norton, que fue a**

**consultarle**

**sobre un problema referido a algunos colaboradores católicos.**

**—¿Sospecha algo?**

**—Permita que le haga una pregunta —pidió Matt—.**

**Pero tómelo muy en serio,**

**Y piénselo antes de**

**contestar. ¿Últimamente ha notado algo fuera de lo común en el pueblo?**

**La primera impresión de Callahan, convertida ahora en certidumbre, había sido de encontrarse ante un hombre que procedía con extremo cuidado, procurando no asustarle con su preocupación. Ese**

**amontonamiento de libros  
ya sugería algo bastante  
atroz.**

**—¿Que haya vampiros en  
Salem's Lot? —preguntó.  
Estaba pensando que la  
aguda depresión que suele  
seguir a las enfermedades  
graves se podía evitar a  
veces si la persona afectada  
tema suficiente interés en  
la vida: un artista, un  
músico, un arquitecto cuya  
inquietud se centrara en un  
edificio a medio construir**



**Ese interés también podía estar constituido por una psicosis inofensiva (o no tan inofensiva), incipiente antes de la enfermedad.**

**Una vez había hablado largo rato con un señor de edad, apellidado Horns, que estaba internado en el Centro Médico de Maine con un cáncer de intestino avanzado. Pese a que el dolor debía de ser intolerable, había estado conversando con Callahan, con**

**minucioso y lúcido detalle,  
de las criaturas  
procedentes de Urano  
que estaban infiltrándose  
en todos los sectores de la  
vida norteamericana.**

**—Un día —le había dicho  
aquel locuaz esqueleto de  
ojos brillantes—, el tipo  
que le llena a uno el  
depósito de gasolina en el  
surtidor de Sonny es  
realmente Joe Blow, de  
Falmouth y al día siguiente  
es un**

**habitante de Urano que  
tiene el mismo aspecto que  
Joe Blow. Hasta tiene los  
recuerdos y la manera de  
hablar**

**de Joe Blow, porque los  
uranitas se alimentan de  
ondas alfa... ¡glup, glup,  
glup!**

**Harris afirmaba que él no  
tenía cáncer, sino que era  
un caso avanzado de  
envenenamiento por rayos  
láser. Los uranitas,  
alarmados porque él se  
había enterado de sus**

**maquinaciones, habían  
decidido quitarle de  
en medio. Horris lo  
aceptaba, y estaba decidido  
a morir luchando.  
Callahan no intentó sacarle  
de su error. Que  
de eso se encargaran los  
bienintencionados y  
estúpidos parientes. La  
experiencia de Callahan  
era que la  
psicosis, lo mismo que una  
generosa medida de White  
Horse, podía ser  
enormemente beneficiosa.**

**Por eso, ahora se limitó a cruzar las manos, en espera de que Matt siguiera hablando.**

**—Ya así resulta bastante difícil seguir —dijo éste—.**

**Pero lo será aún más si usted piensa que la enfermedad me ha enloquecido.**

**Sobresaltado al oír expresar los mismos pensamientos que acababan de pasarle por la cabeza. Callahan**

**consiguió con dificultad  
conservar su rostro  
impasible, aunque la  
emoción que se habría  
reflejado en él no  
habría sido la inquietud,  
sino la admiración.**

**—Por el contrario —negó  
—, me parece usted  
completamente lúcido.**

**Matt suspiró.**

**—La lucidez no presupone  
cordura, y usted bien lo  
sabe. —Se removió en la  
cama, mientras volvía a**

**acomodar los libros—. Si es que hay un Dios, debe 'estar imponiéndome una penitencia por una vida de cuidadoso academicismo, de negativa a pisar ningún terreno que no estuviera ya minuciosamente comentado e interpretado. Ahora, por segunda vez en el mismo día, me veo obligado a hacer la más desatinada de las declaraciones sin la menor prueba que la respalde. Lo**

**único que puedo decir en  
defensa de mi propia  
cordura  
es que mis afirmaciones se  
pueden demostrar o  
descartar sin demasiada  
dificultad, y que espero que  
me tome  
usted con la seriedad  
suficiente para ponerlas a  
prueba antes de que sea  
demasiado tarde. Antes de  
que sea  
demasiado tarde—repitió  
con una risita—. Suena  
como algo sacado de**



**alguna revista  
sensacionalista de los  
años treinta, ¿no?**

**—La vida está llena de  
melodrama —le recordó  
Callahan, aunque pensaba  
que, de ser así, a él le había  
tocado ver muy poco de eso  
últimamente.**

**. —Quisiera preguntarle de  
nuevo si ha notado usted  
algo... cualquier cosa  
peculiar o extraordinaria  
durante este fin de semana.**

**—Relacionada con  
vampiros o...**

**—Relacionada con cualquier cosa.**

**.Callahan lo pensó.**

**—El vertedero está cerrado —dijo por fin—. Pero como el portón estaba roto, entré con mi coche —sonrió—. En realidad, me gusta llevar mis desperdicios al vertedero. Es algo tan práctico y humilde que puedo dar total cauce a mis fantasías de un proletariado pobre pero**

**feliz. Y Dud Rogers no aparecía por ninguna parte.**

**—¿Algo más?**

**—Bueno... esta mañana, los Crockett no fueron a misa, y es rarísimo que la señora Crockett falte.**

**—¿Qué más?**

**—Está la pobre señora Glick, claro...**

**Matt se enderezó, apoyándose en un codo.**

**—¿Qué pasa con la señora Glick?**

**—Ha muerto.**

**—¿De que?**

**—Pauline Dickens pensaba que de un ataque al corazón —respondió Callahan con tono vacilante.**

**—¿ Ha muerto alguien más hoy en Solar? —**

**Normalmente, la pregunta habría sido una tornería.**

**En un**

**pueblo pequeño como**

**Salem's Lot, ya pesar de la elevada proporción de ancianos en la población, las muertes**

**son en general poco  
frecuentes.**

**—No —dijo Callahan—.**

**Pero en los últimos tiempos  
la tasa de mortalidad se ha  
elevado, ¿no le parece?**

**Mike Ryerson... Floyd  
Tibbits... el bebé de los  
McDougall.**

**Matt asintió con un gesto  
fatigado.**

**—Es raro—dijo después—.**

**Sí. Pero las cosas están  
llegando al punto en que  
ellos podrán encubrirse**

**unos a otros. Con unas pocas noches, me temo que... me temo...**

**—Dejémonos de andar por las ramas —sugirió Callahan.**

**—De acuerdo. Ya hemos andado bastante por las ramas, ¿no es eso?**

**Y Matt empezó a contar su historia desde el comienzo, agregándole los aportes de Susan y de Jimmy, sin reservarse nada. En el momento en que terminó, el horror de esa noche ya**

**había acabado para Ben y para Jimmy. Para Susan Norton, apenas si había comenzado.**

**2**

**Cuando hubo terminado, Matt guardó un momento de silencio.**

**—Bien. ¿Estoy loco? — preguntó después.**

**—Por lo menos, está decidido a que la gente lo piense —señaló Callahan —, pese al hecho de que, al parecer, ha convencido usted al señor Mears y a su**

**propio médico. No, no creo que esté usted loco.**

**Después**

**de todo, mi profesión consiste en hacer frente a lo sobrenatural. Si me atreviera a hacer un pequeño chiste, diría que es mi pan de cada día.**

**—Pero...**

**—Voy a contarle algo. No respondo de la verdad del relato, pero sí doy fe de mi convicción en que es**



**verdad. Tiene que ver con un excelente amigo, el padre Raymond Bissonnette, que desde hace unos años está a cargo de una parroquia en Cornualles. Hace cinco años me escribió para contarme que lo habían llamado a un remoto rincón de la parroquia para celebrar el funeral de una muchacha que acababa de «consumirse». El**

**ataúd de la chica estaba  
lleno de rosas silvestres, lo  
que a Ray le pareció  
extraño. Pero lo que le  
pareció  
sencillamente grotesco fue  
que le hubieran mantenido  
la boca abierta con un palo  
y se la hubieran llenado de  
ajo y tomillo silvestre.**

**—Pero eso es...**

**—Parte del ritual  
tradicional para que los  
muertos vivientes no se  
levanten, exacto. Remedios**

**folclóricos. A la pregunta de Ray, el padre de la chica contestó con toda naturalidad que la había matado un íncubo. ¿Sabe usted lo que es?**

**—Un vampiro sexual.**

**—La chica había estado prometida para casarse con un muchacho llamado Bannock, que tenía en un lado del cuello una gran marca de nacimiento de color fresa. Dos semanas**

**antes de la boda, cuando  
volvía del  
trabajo a su casa, un coche  
le atropello y lo mató. Dos  
años más tarde, la  
muchacha se comprometió  
con otro  
hombre. De forma  
inesperada, rompió el  
compromiso la semana  
antes de que se leyeran por  
segunda vez las  
amonestaciones. Contó a  
sus padres y a sus amigos  
que John Bannock había**

**ido a visitarla durante  
varias  
noches, y que ella se había  
acostado con él. Según  
contaba Ray, al segundo  
novio le inquietaba más la  
idea de  
que su prometida pudiera  
sufrir algún desequilibrio  
mental que la posibilidad  
de las visitas demoníacas.  
Sea  
como fuere, la muchacha se  
consumió, murió, y fue  
enterrada con el**

**ceremonial habitual de la Iglesia.**

**»Pero el motivo de la carta de Ray no era ese. La razón fue algo que ocurrió un par de meses después del entierro de la muchacha.**

**Una vez que había salido a caminar, por la mañana temprano, Ray vio a un joven de pie junto a la tumba de la muchacha, y ese joven tenía en el cuello una marca de nacimiento del color de las**

**fresas. Tampoco acaba ahí la historia. Para la Navidad anterior, sus padres habían regalado a Ray una cámara Polaroid, con la que él se entretenía tomando instantáneas de la comarca de Cornualles. Yo he visto algunas en el álbum que guarda en la rectoría, y son bastante buenas. Como esa mañana había salido con la cámara, tomó varias instantáneas del muchacho y, cuando las**

**mostró en el pueblo, la  
reacción que provocó fue  
pasmosa. Una anciana cayó  
desmayada, y la madre de  
la muchacha muerta se  
puso a rezar en plena calle.  
Pero a la mañana siguiente,  
cuando Ray se levantó, la  
figura del muchacho se  
había borrado  
completamente  
de las fotografías, y lo  
único que quedaba eran  
unas cuantas vistas del  
cementerio del pueblo.**



**—¿ Y cree usted eso? —  
preguntó Matt.**

**—Claro que sí. Y sospecho  
que la mayoría de la gente  
lo creería. Las personas no  
tienen tantos recelos  
ante lo sobrenatural como  
les gusta creer a los  
novelistas. La mayoría de  
los escritores que se ocupan  
de ese  
tema, en realidad, son más  
escépticos respecto de los  
espíritus, los demonios y los  
espantajos de lo que suele**

**serlo el hombre de la calle.  
Lovecraft era ateo. Edgar  
Allan Poe, un  
trascendentalista bastante  
ignorante. Y la  
religión de Hawthorne no  
era más que convencional.  
-Tiene usted un notable  
conocimiento del tema  
comentó Matt.  
El sacerdote se encogió de  
hombros.  
—De muchacho me  
interesé por lo oculto y lo  
extravagante —evocó—, y**

**de mayor mi vocación por el sacerdocio fomentó ese interés más que disminuirlo. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Pero últimamente he empezado a plantearme interrogantes muy arduos respecto a la naturaleza del mal en el mundo... y eso ha estropeado bastante la diversión —concluyó con una sonrisa agria.**

**—Entonces... ¿investigaría usted algo si yo se lo pidiera? ¿Y no tendría inconveniente en llevar una hostia y un poco de agua bendita?**

**—Ahora empieza usted a pisar un resbaladizo terreno teológico —señaló Callahan con seriedad.**

**—¿Por qué?**

**—A estas alturas ya no voy a decirle que no —le aseguró Callahan—. Y debo afirmar que, si se hubiera**

**dirigido usted a un sacerdote más joven, probablemente le habría dicho que sí sin ningún escrúpulo de conciencia. —Sonrió con amargura—. Para ellos, los objetos de la Iglesia son más simbólicos que prácticos.**

**Tal vez un sacerdote joven concluiría que usted está chiflado, pero si con echarle un poco de agua bendita se**

**alivia su chifladura, pues  
adelante. Yo no puedo  
actuar así. Si yo me  
aviniera a investigar lo que  
usted me  
pide con un pulcro traje de  
tweed y sin llevar bajo el  
brazo nada más que un  
ejemplar del Manual del  
perfecto  
exorcista o algo parecido,  
eso quedaría entre usted y  
yo. Pero si voy con la  
hostia... entonces voy como  
representante de la Iglesia  
católica y dispuesto a**

**ejecutar lo que considero los ritos más espirituales de nuestros servicios. Voy como el representante de Cristo sobre la Tierra. — Miró a Matt con solemne gravedad—. Es posible que yo sea un pobre ejemplo de sacerdocio por lo menos eso pienso a veces, un poco desalentado, un poco cínico, e incluso últimamente he sufrido una crisis de ¿digamos fe?, ¿o identidad...? De todas maneras, sigo creyendo lo**

**suficiente en los poderes  
místicos y deificantes de la  
Iglesia que me respalda,  
como para que me haga  
temblar un poco la idea de  
aceptar su petición a la  
ligera. La  
Iglesia es algo más que un  
montón de ideales, como  
parecen creer los jóvenes.  
Es algo más que un  
regimiento  
de boy scouts espirituales.  
La Iglesia es una fuerza... y  
poner en movimiento una  
fuerza no es cosa de broma.**



**Frunció el entrecejo  
mientras miraba a Matt—.  
¿Lo comprende? Que usted  
entienda esto es de  
importancia  
vital. —Sí, lo entiendo.  
—Fíjese que el concepto  
general del mal en la  
Iglesia católica ha sufrido  
un cambio radical durante  
este  
siglo. ¿Sabe cuál fue la  
causa?  
—Freud, imagino.  
—Exactamente. A medida  
que nos adentrábamos en**

**el siglo veinte, la Iglesia empezó a tener que vérselas con una idea nueva: la del mal con m minúscula. Con un diablo que no era un monstruo rojo con cuernos, cola bifurcada y pezuñas hendidas, ni una serpiente que se deslizaba por el jardín... por más adecuada psicológicamente que sea la imagen. El diablo, de acuerdo con el evangelio, según Freud, sería algo**

**neutro, el subconsciente de todos nosotros.**

**—Sin duda —objetó Matt — la idea es mejor que la de los espantajos o demonios con cola y con las narices tan sensibles que para ahuyentarlos basta un buen pedo de un clérigo estreñado.**

**—Estupenda, sí. Pero impersonal, despiadada, intocable. Ahuyentar al diablo de Freud es tan imposible**

**como el problema de  
Shylock: cortar una libra  
de carne sin derramar una  
gota de sangre. La Iglesia  
se ha visto  
obligada a replantearse  
todo su enfoque del mal...  
por los bombardeos sobre  
Camboya, por las guerras  
en  
Irlanda y en Oriente  
Medio, por los asesinatos  
de policías y los tumultos  
en los guetos, por los  
millones de**

**pequeños males que todos los días se vuelcan sobre el mundo como una plaga de mosquitos. Y el proceso en que se encuentra ahora es el de despojarse del viejo pellejo de médico-brujo para renacer como un organismo socialmente activo y movido por la conciencia social.**

**Los centros de orientación psicológica de las grandes ciudades predominan sobre el confesionario. La**

**comuni3n hace de segundo viol3n al movimiento por los derechos civiles y por la renovaci3n urban3stica. La Iglesia ha estado ocupada en la tarea de apoyar ambos pies en este mundo. —Donde no hay brujas, ni 3ncubos, ni vampiros — complet3 Matt—, sino ni3os maltratados, incestos y contaminaci3n del medio ambiente. —S3.**

**—Y a usted le enferma eso, ¿no es verdad? —pregunt3**

**Matt. —Sí —respondió Callahan sin alzar la voz—. Me parece una abominación. Es la forma que tiene la Iglesia católica de decir que Dios no ha muerto, que sólo está un poco senil. Y creo que ésta es mi respuesta. Bien, ¿qué quiere que haga? Matt se lo explicó.**

**—¿Se da cuenta de que va en contra de todo lo que acabo de decirle? —**

**preguntó Callahan,  
después de  
pensarlo.**

**—Al contrario, creo que es  
la oportunidad que tiene  
usted de poner a prueba su  
Iglesia... la suya.**

**—Está bien, acepto. —**

**Callahan hizo una  
profunda inspiración—.**

**Pero con una condición...**

**—Que todos los que vamos  
a participar en esa pequeña  
expedición vayamos  
primero a la tienda que ha**



**puesto ese señor Straker.  
Que el señor Mears se  
encargue de hablarle  
francamente del asunto, en  
nombre de  
todos. Que todos tengamos  
la oportunidad de observar  
sus reacciones y,  
finalmente, que él pueda  
tener  
oportunidad de reírse nos  
en la cara. Matt frunció el  
entrecejo. —Eso sería  
prevenirle.  
Callahan hizo un gesto de  
negación con la cabeza. —**

**Creo que la prevención no serviría de nada si nosotros tres (me refiero al señor Mears, el doctor Cody y yo) estamos de acuerdo en que, independientemente de eso, hay que seguir adelante.**

**—Está bien —convino Matt—. Aceptado, siempre que Ben y Jimmy Cody estén de acuerdo.**

**—Perfecto —suspiró Callahan—. ¿Se ofenderá usted si le digo que sigo**

**teniendo la esperanza de  
que  
todo esto no sean más que  
ideas tuyas? ¿Y de que  
Straker se nos ría en la  
cara, y con fundadas  
razones?**

**—No, no me ofenderé.**

**—Pues realmente lo espero.  
He accedido a más de lo  
que usted se imagina, y me  
da miedo.**

**—A mí también me da  
miedo —le recordó Matt.**

**3**

**Sin embargo, mientras volvía a pie a St. Andrew, el padre Callahan no sentía miedo alguno. Se sentía eufórico, renovado. Por primera vez desde hacía años, estaba sobrio y no echaba en falta un trago. Volvió a la casa parroquial, cogió el teléfono y marcó el número de la pensión de Eva Miller.**

**—¿Señora Miller? ¿Puedo hablar con el señor Mears...? Ah no esta. Si, ya veo... No, ningún mensaje.**

**Volveré a llamar mañana.**

**Gracias.**

**Colgó y se acercó a la  
ventana.**

**¿Estaría Mears por ahí,  
bebiendo cerveza en alguna  
taberna de los alrededores,  
o sería posible que todo  
lo que le había contado el  
anciano maestro fuera  
verdad?**

**Porque entonces...**

**entonces...**

**Callahan no podía  
quedarse en casa. Salió al  
porche del fondo a respirar**

**el aire vivificante y acerado  
de  
octubre, mientras miraba  
hacia la oscuridad. Tal vez  
en definitiva no fuera todo  
cuestión de Freud. Tal vez  
buena parte de eso se  
debiera a la invención de la  
luz eléctrica, que había  
matado las sombras de la  
mente del  
hombre de manera más  
eficaz que una estaca  
clavada en el corazón de un  
vampiro... y menos cruenta  
también.**

**El mal seguía existiendo,  
pero ahora en el resplandor  
innoble y duro de las luces  
fluorescentes en los  
aparcamientos, de los tubos  
de neón, de los millones y  
millones de bombillas de  
cien watos. Los generales  
planeaban la estrategia de  
sus ataques aéreos bajo el  
resplandor racional de la  
corriente alterna. «No hice  
más  
que obedecer órdenes.» Sí,  
eso era la verdad, la verdad  
patente. Todos éramos**

**soldados y nos limitábamos  
a  
cumplir órdenes. Pero las  
órdenes, en última  
instancia, ¿de quién  
venían? «Quiero hablar  
con su jefe.» Pero  
¿dónde está su despacho?  
«No hice más que obedecer  
órdenes. El pueblo me  
eligió.» Pero ¿al pueblo  
quién lo  
eligió?**

**Algo aleteó por encima de  
su cabeza y Callahan  
levantó la vista, arrancado**



**de su confusa ensoñación  
por  
el sobresalto. ¿Un pájaro?  
¿Un murciélago? Ya se  
había ido. Qué importaba.  
Escuchó los ruidos del  
pueblo, sin percibir nada  
más que el gemido de los  
cables del teléfono.  
«De noche, cuando el  
kudzul invade tus campos,  
duermes como los  
muertos.»  
La exaltación se había  
desvanecido como un triste**

**eco del orgullo. Como un golpe, el terror le tocó el corazón. No era terror por su vida ni por su honor ni porque su ama de llaves llegara a descubrir que él bebía.**

**Era un terror que jamás había imaginado, ni siquiera en los días más torturados de su adolescencia.**

**Callahan sentía terror por su alma inmortal.**

**TERCERA PARTE**

**LA ALDEA**

**ABANDONADA**

**Oí una voz, que de muy  
hondo llamaba:**

**Ven a unirte conmigo,  
nena, en mi sueño sin fin.**

**Viejo rock and roll**

**Y los viajeros que ahora  
atraviesan el valle ven por  
las ventanas iluminadas de  
rojo vagas formas que  
danzan al ritmo fantástico  
de una melodía  
discordante; mientras,  
como el torrente espectral  
de un río, por la**

**pálida puerta, abominable,  
una multitud se precipita  
eternamente riendo..., pero  
sin jamás sonreír.**

**EDGAR ALLAN POE**

**The Haunted Palace**

**CATORCE**

**SOLAR (IV)**

**1**

**Del Almanaque del  
Granjero:**

**Domingo 5 de octubre de  
1975, el sol se pone a las  
19,02 h. Lunes 6 de octubre  
de 1975, el sol sale a las  
6.49 h.**

**El período de oscuridad en Salem's Lot durante esa particular rotación de la Tierra, trece días después del equinoccio, duró 11 horas y 47 minutos. Había luna nueva. El refrán que daba para el día el Almanaque del Granjero rezaba: «Luz amortiguada, cosecha terminada.»**

**De la estación meteorológica de Portland: La temperatura máxima para el período de**

**oscuridad fue de 15°,  
registrada a las 19.05 h. La  
mínima fue  
de 8°, registrada a las 4.06  
h. Nubosidad escasa,  
precipitaciones nulas.  
Vientos del sector noroeste  
con una  
velocidad de 8 a 15  
kilómetros por hora.  
Del borrador de  
anotaciones de la policía  
del condado de  
Cumberland:  
Nada.**

**Nadie declaró que Salem's Lot estaba muerto en la mañana del 6 de octubre; nadie sabía que lo estuviera. Como los cadáveres de los días anteriores, el pueblo mantenía toda la apariencia de la vida.**

**Ruthie Crockett, que había pasado el fin de semana en cama, pálida y enferma, desapareció el lunes por la mañana. Nadie la echó en falta. Su madre estaba en el sótano, tendida tras**

**los estantes donde guardaban las conservas, cubierta por un trozo de lona encerada, y Larry Crockett —que por cierto despertó muy tarde —**

**— supuso simplemente que su hija se había ido a la escuela. Decidió que ese día no iría a la oficina. Se sentía débil, desgastado y con la cabeza vacía. Gripe o algo parecido. La luz le hacía**



**daño en los ojos. Se levantó  
a  
bajar las cortinas, y emitió  
un gemido cuando la luz  
del sol le dio de lleno en el  
brazo. Algún día, cuando se  
sintiera mejor, tendría que  
hacer cambiar ese cristal.  
Uno volvía a su casa en un  
día de sol y se la  
encontraba  
ardiendo como un tizón, y  
los de la compañía de  
seguros decían que era  
combustión espontánea y se  
negaban**

**a pagar un centavo. Ya se ocuparía de eso cuando estuviera mejor. Pensó en tomarse un café y se le revolvió el estómago. Se preguntó vagamente dónde estaría su mujer y después se olvidó del asunto. Se volvió a acostar, pasándose el dedo por una pequeña herida en el cuello que debía de haberse hecho al afeitarse, se**

**cubrió con la sábana hasta  
las pálidas mejillas y se  
quedó otra vez dormido.  
Su hija, entretanto, dormía  
en la esmaltada oscuridad  
de un congelador  
abandonado, junto a Dud  
Rogers,  
y en el mundo nocturno de  
su nueva existencia,  
encontraba que sus caricias  
entre las montañas de  
desperdicios le parecían  
muy aceptables.  
Loretta Starcher, la  
bibliotecaria del pueblo,**

**también había  
desaparecido, pero en su  
solitaria vida de  
solterona nadie la echaba  
de menos. Residía ahora en  
el oscuro y mohoso tercer  
piso de la biblioteca  
pública  
de Salem's Lot. El tercer  
piso estaba siempre bajo  
llave (ella tenía la única  
llave, que llevaba siempre  
en una  
cadena colgada al cuello).  
Ahora ella misma  
descansaba allí, como una**

**primera edición un poco  
diferente, tan fresca como  
cuando  
acababa de llegar al  
mundo. Su  
encuadernación, por así  
decirlo, jamás había sido  
abierta.**

**También la desaparición de  
Virgil Rathbun pasó  
inadvertida. Franklin  
Boddin se despertó a las  
nueve,  
en la cabaña que ambos  
ocupaban, advirtió  
vagamente que el jergón de**

**Virgil estaba vacío, no sacó de ello conclusión alguna y procuró salir de la cama a ver si encontraba una cerveza, pero se cayó de espaldas. Las piernas le parecían de goma y la cabeza le daba vueltas.**

**Cristo, pensó mientras volvía a sumirse en el sueño, ¿qué nos darían anoche?**

**Mientras tanto, debajo de la choza, entre el frescor de**

**las hojas caídas  
acumuladas durante veinte  
otoños  
y en medio de una montaña  
de latas de cerveza  
enmohecidas, arrojadas  
entre las tablas  
boquiabiertas del suelo  
de la habitación de delante,  
estaba tendido Virgil, a la  
espera de la noche. En la  
oscura arcilla de su cerebro  
se  
removían quizá visiones de  
un líquido más  
embriagador que el mejor**

**whisky, más agradable que el vino más añejo.**

**Durante el desayuno Eva Miller echó de menos a Weasel Craig» pero no le dio importancia. Estaba demasiado ocupada en vigilar la cocina mientras sus huéspedes daban cuenta del desayuno y después se retiraban, vacilantes, a enfrentar una semana más de trabajo. Después estuvo**



**demasiado ocupada en volver a ordenar todo y en lavar los platos de ese condenado de Grover Verrill, y del inútil de Mickey Sylvester, que invariablemente hacían caso omiso del cartel que desde hacía años rogaba, pegado encima del fregadero: «Por favor, lave su plato.» Pero/a medida que «1 silencio iba infiltrándose de nuevo en el día, y que el**

**trajín frenético del  
desayuno  
se diluía en la rutina de las  
cosas que hacer, Eva volvió  
a echarlo de menos. El  
lunes era el día que  
recogían la  
basura en Railroad Street,  
y siempre era Weasel el que  
sacaba las grandes bolsas  
verdes de plástico hasta el  
borde de la acera, para que  
Royal Snow las recogiera  
en su destartado camión  
International Hámster.  
Hoy,**

**las bolsas verdes estaban todavía en los escalones del fondo.**

**Eva subió hasta la habitación de él y llamó suavemente.**

**—¿Ed?**

**No hubo respuesta.**

**Cualquier otro día, la viuda habría supuesto que estaba borracho y se habría limitado a sacar ella misma las bolsas. Pero esa mañana sintió que en su interior se**

**removía una débil  
inquietud, de  
modo que abrió la puerta y  
asomó la cabeza.**

**—¿Ed? —repitió en voz  
baja.**

**El cuarto estaba vacío. La  
ventana próxima a la  
cabecera de la cama estaba  
abierta, y las cortinas  
flotaban perezosamente al  
suave impulso de la brisa.  
La cama estaba deshecha, y  
Eva volvió a hacerla sin  
pensarlo, dejando  
simplemente que sus manos**

**hicieran su trabajo. Al dar la vuelta hacia el otro lado, algo crujió bajo su pie. Cuando miró, vio que era el espejo de marco de carey de Weasel, hecho pedazos en e) suelo. Lo levantó y se quedó mirándolo con ceño. El espejo había pertenecido a la madre de Weasel, y en una ocasión él había declinado los diez dólares que le**

**ofreció un anticuario. Pero eso había sido antes de que empezara a beber.**

**Eva buscó la papelera en el armario del pasillo y recogió los restos con gestos lentos y pensativos. Sabía que Weasel no se había acostado ebrio la noche anterior, y después de las nueve no había donde pudiera comprar cerveza, a no ser que alguien le hubiera llevado en coche hasta el**

**bar de Dell o a  
Cumberland.**

**Arrojó los trocitos del  
espejo en la papelera de  
Weasel, y durante un  
momento se vio deshecha  
en mil  
reflejos. Miró en la  
papelera, pero ahí no había  
ninguna botella vacía. Y de  
todas maneras, el estilo de  
Ed  
Craig no era beber a  
escondidas.**

**Bueno, ya volverá, se dijo.**

**Pero mientras bajaba por la escalera, la inquietud no la abandonó. Aunque no lo admitiera conscientemente, Eva sabía que sus sentimientos hacia Weasel eran más profundos que una preocupación amistosa.**

**—¿Señora?**

**Sobresaltada, vio al extraño que estaba en la cocina. Era un muchacho que llevaba pantalones de pana y**



**una pulcra camiseta azul. Parece que se haya caído de la bicicleta, pensó. El chico le pareció conocido, pero no conseguía identificarlo. Probablemente fuera de alguna de las familias nuevas que se habían instalado en Jointner Avenue. —¿Ben Mears vive aquí? Eva estuvo a punto de preguntarle por qué no estaba en el instituto, pero no lo hizo. Su expresión era**

**muy seria, e incluso grave.  
Bajo los ojos se le veían  
sombras azules. —Está  
durmiendo. —¿Puedo  
esperarlo?**

**Desde la funeraria de  
Green, Homer McCaslin  
había ido directamente a la  
casa de los Norton en  
Brock**

**Street. Cuando llegó allí  
eran las once. La señora  
Norton estaba llorando, y  
aunque Bill Norton parecía**

**tranquilo, estaba fumando un cigarrillo tras otro y su expresión era tensa.**

**McCaslin prometió que transmitiría telegráficamente una descripción de la chica. Sí, los llamaría tan pronto como supiera algo. Claro que averiguaría en los hospitales de la zona, ése era el procedimiento de rutina, y también llamaría al depósito de cadáveres. En su fuero interno**

**pensaba que la chica debía de haberse escapado de casa tras alguna discusión. Susan había estado hablando de marcharse.**

**Así y todo, recorrió algunos de los caminos apartados, mientras oía las descargas de la radio. Pocos minutos después de medianoche, cuando volvía por Brooks Road hacia el pueblo, las luces del coche chocaron con algo que devolvió un brillo metálico:**

**un coche aparcado en el bosque.**

**El sheriff se detuvo, retrocedió y bajó. El coche estaba aparcado en una vieja senda abandonada del bosque. Un Chevy Vega, marrón claro, de dos años. Sacó su gruesa agenda, la recorrió hasta dejar atrás la**

**entrevista con Ben y Jimmy, e iluminó con su linterna el número de matrícula que le había dado la señora**

**Norton» Sí, coincidía. Era el coche de la chica. Ahora la cosa parecía más grave. Apoyó la mano sobre el capó del motor: estaba frío —¿Sheriff?**

**Una voz leve, alegre como un campanilleo. ¿Por qué de pronto su mano había saltado a la culata del revólver?**

**Al darse la vuelta vio a la hija de los Norton, increíblemente hermosa, que se le acercaba de la mano de**

**un hombre joven, cuyo pelo negro estaba anticuadamente peinado hacia atrás, descubriéndole la frente.**

**McCaslin le dirigió el haz de la linterna a la cara y tuvo la extraña impresión de que la luz brillaba a través de él, sin iluminarle. Y aunque venían caminando, no dejaban huella alguna en la tierra 6/anda. Sintió miedo y**

**prevención, y su mano se  
tensó sobre el revólver.**

**McCaslin apagó la linterna  
y esperó.**

**—Sheriff —dijo Susan en  
voz baja, acariciante.**

**—Qué amable que viniera  
—agregó su acompañante.**

**Los dos se abalanzaron  
sobre él.**

**Ahora, el coche patrulla  
estaba aparcado donde  
terminaba Deep Cut Road,  
y apenas si algún destello  
de**



**cromo se distinguía entre los brotes de juníperos, heléchos y enredaderas. McCaslin estaba doblado en dos en el maletero. La radio le llamaba a intervalos. Esa misma mañana, más tarde, Susan hizo una breve visita a su madre, pero sin dañarla mucho; como una sanguijuela que acaba de sacar buen partido de un nadador lento, estaba**

**satisfecha. Pero de todas  
maneras  
la habían invitado a entrar,  
y ahora podía moverse a su  
antojó. Ya volvería a tener  
hambre esa noche y todas  
las noches.**

**Esa misma madrugada  
poco después de las cinco,  
con la cara cincelada por la  
furia en una máscara  
sardónica. Charles Griffin  
había despertado a su  
mujer. Fuera, las vacas sin  
ordeñar mugían  
lastimosamente**

**con las ubres llenas.**

**—Estos malditos  
muchachos se han  
escapado —fueron las  
palabras con que resumió  
la situación.**

**Pero no era así. Danny  
Glick se había encontrado  
con Jack Griffin y se había  
saciado a expensas de él,  
tras lo cual Jack había ido  
al cuarto de su hermano  
Hal a poner término de una  
vez a su preocupación por  
los**

**libros, la escuela y los  
padres inflexibles. Ahora  
los dos descansaban en el  
centro de una enorme pila  
de heno  
en lo alto del granero, con  
el pelo lleno de paja,  
mientras un polen dorado  
se les metía en las narices  
oscuras e  
inmóviles. Algún que otro  
ratón les corría por la cara.  
Ahora que la luz se  
derramaba por la comarca,  
todo lo malo dormía. Iba a  
ser un hermoso día otoñal,**

**fresco y transparente, lleno de sol. En general, la gente del pueblo (que no sabía que estaba muerto) se iría a su trabajo sin sospechar lo sucedido durante la noche. Según ti Almanaque del Granjero, el lunes el sol se ocultaría a las siete en punto.**

**Los días se acortaban, acercándose deprisa a la fiesta de Todos los Santos, y después hacia el invierno.**

**3**

**Cuando Ben bajó las  
escaleras a las nueve menos  
cuarto, Eva Miller le  
advirtió desde el fregadero:  
—Hay alguien esperándole  
en el porche.**

**Él hizo un gesto de  
asentimiento y se dirigió a  
la puerta del fondo, en  
pantufas, esperando ver a  
Susan o  
al sheriff McCaslin. pero el  
visitante era un  
muchachito menudo y  
delgado que estaba sentado  
en el escalón**

**superior del porche,  
mirando hacia el pueblo,  
que iba recuperando  
lentamente su vitalidad de  
los lunes por la  
mañana.**

**—Hola —le saludó Ben, y  
el chico se dio la vuelta  
rápidamente.**

**Los dos se miraron por un  
momento, pero que para  
Ben pareció alargarse de  
una manera extraña,  
mientras le invadía una  
sensación de irrealidad. El  
muchacho le recordaba**

**físicamente al chiquillo que  
él  
mismo había sido, pero  
había algo más. Tuvo la  
sensación de un peso en la  
nuca, como si de alguna  
manera  
percibiera que la reunión  
de sus vidas era algo mas  
que casual. Fue algo que le  
recordó el día que se: había  
encontrado con Susan en el  
parque, y cómo la  
superficial conversación  
entre dos personas que  
acababan de**



**conocerse le había parecido  
extrañamente densa y  
cargada de presagios.**

**Tal vez el chico sintiera  
algo parecido, porque sus  
ojos se abrieron un poco  
más, mientras su manó se  
tendía hacia la baranda del  
porche, como si buscara  
apoyo,**

**—Usted es el señor Mears**

**—dijo, y no era una  
pregunta. -Si, Pero me  
temo que tú me llevas  
ventaja.**

**-Yo me llamo Mark Petrie  
—dijo el muchacho—. Y  
tengo malas noticias para  
usted.**

**Seguro que las tienes,  
pensó acongojado Barlow y  
trató de acorazarse para lo  
que pudiera ser, pero  
cuando  
el chico habló la sorpresa  
fue total, devastadora.**

**—Susan Norton es uno de  
ellos —dijo—. Barlow la  
sometió en la casa. Pero yo  
maté a Straker, al  
menos eso creo.**

**Ben se quedó sin habla.  
Sin esfuerzo, el chico se  
hizo cargo de la situación.  
—Tal vez pudiéramos dar  
una vuelta en su coche  
mientras hablamos. No  
quisiera que nadie me viera  
por  
ahí. A estas horas debería  
estar en el instituto, y  
además ya tengo problemas  
con mis padres.  
Ben dijo algo, sin saber  
bien qué. Después del  
accidente de motocicleta**

**que costó la vida a  
Miranda, se  
había levantado del  
pavimento aturdido, pero  
ilesos, y el camionero había  
venido hacia él,  
proyectando una  
doble sombra bajo la luz de  
los focos de la carretera y  
de los del camión. Era un  
hombre grande y calvo que  
llevaba un bolígrafo en el  
bolsillo del pecho de su  
camisa blanca, y en el  
bolígrafo se leía en letras  
doradas**

**«Frank's Mobil Sta» y lo demás no se veía porque lo ocultaba el bolsillo, pero Ben adivinó que las últimas letras eran «ñon», elemental, mi querido Watson, elemental. El camionero le había dicho algo, Ben no recordaba qué, y después lo había cogido suavemente del brazo, procurando apartarlo de allí. Pero Ben estaba mirando uno de los mocasines de Miranda,**

**caído junto a las enormes  
ruedas traseras del camión  
de mudanzas  
y, soltándose de la mano  
del camionero, había  
empezado a andar hacia  
allí y el hombre había dado  
dos pasos  
detrás de él y le había  
dicho: «Yo de usted no lo  
haría.» Y Ben lo había  
mirado estúpidamente,  
ilesos a no ser  
por un pequeño rasguño en  
la mano izquierda, sin  
poder decirle al camionero**

**que cinco minutos antes eso  
no  
había sucedido, sin poder  
decirle que en algún  
mundo paralelo él y  
Miranda habían doblado a  
la izquierda en  
la esquina anterior y  
segúan avanzando hacia  
un futuro totalmente  
diferente. Una pequeña  
multitud iba  
reuniéndose, procedente de  
un bar que había en una  
esquina y de una lechería  
en la esquina de enfrente. Y**

**entonces había empezado a sentir lo mismo que sentía ahora: esa tremenda, espantosa interacción de lo mental y lo físico que es el comienzo de la aceptación y cuya única contrapartida es la violencia. Parece que el estómago descendiera; Los labios se entumescen. En el paladar se forma una especie de espuma. Un sonido**



**como de timbre retumba en los oídos. La piel de los testículos hormiguea y se tensa. La mente, como si se apartara, como si desviara los ojos ante una luz demasiado intensa. Por segunda vez, Ben se había soltado de las manos del bienintencionado camionero y había ido hacia el zapato. Lo levantó. Le dio vueltas. Metió una mano dentro y sintió que conservaba todavía el calor**

**del pie. Con el zapato en la  
mano, había dado dos  
pasos  
más y había visto asomar  
las piernas de Miranda por  
debajo de las ruedas  
delanteras del camión, con  
los  
téjanos amarillos que tan  
alegre y  
despreocupadamente se  
había puesto para salir del  
apartamento. Era  
imposible creer que la  
muchacha que se había  
enfundado esos pantalones**

**estuviera muerta y, sin embargo, Ben sentía que la aceptación del hecho estaba ahí, la sentía ya en el vientre, en la boca, en los testículos. Y había lanzado un grito, y en ese momento el periodista le había fotografiado, para la colección de recortes de Mabel. Un zapato puesto, el otro no. La gente mirando ese pie desnudo**

**como si jamás hubiera  
visto uno. Ben  
se había apartado un par  
de pasos, doblándose en  
dos.**

**—Voy a vomitar.**

**—Claro.**

**Se fue detrás del Citroen,  
doblado en dos,  
aferrándose al picaporte.  
Cerró los ojos, sintió que la  
oscuridad se vertía sobre él  
y en la oscuridad apareció  
el rostro de Susan, que le  
sonreía, mirándole con sus**

**ojos adorables, profundos. Volvió a abrir los ojos y se le ocurrió que tal vez el chico estuviera mintiendo o estuviera confundido, o fuera un psicópata. Pero la idea no le dio esperanza alguna. Ese chico no era así. Se volvió para mirarle y en su rostro sólo había inquietud, nada más.**

**—Vamos—le dijo.**

**Mark subió al coche y arrancaron. Desde la ventana de la cocina, con el**

**entrecejo fruncido, Eva  
Miller**

**los vio partir. Algo malo  
había pasado, Eva lo  
sentía. Estaba llena de eso,  
de la misma manera que  
había**

**estado llena de un terror  
oscuro el día que murió su  
marido.**

**Se levantó para telefonar  
a Loretta Starcher. El  
teléfono sonó y sonó sin que  
nadie lo cogiera. ¿Dónde**

**podría estar? En la biblioteca no, sin duda. Los lunes estaba cerrada.**

**Se quedó inmóvil, mirando pensativamente el teléfono.**

**Tenía la sensación de un gran desastre, tal vez algo tan espantoso como el incendio de 1951.**

**Finalmente volvió a tomar el teléfono y llamó a Mabel Werts, que estaba al tanto de los últimos comentarios, y deseosa de saber más. Hacía años que**

**no había un fin de semana  
así en el pueblo.**

**4**

**Ben condujo el Citroen sin  
rumbo mientras Mark le  
contaba su historia. Fue un  
buen relato, iniciado la  
noche en que Danny Glick  
había llamado a su  
ventana, para terminar con  
la visita nocturna de esa  
madrugada.**

**—¿Estás seguro de que era  
Susan? —preguntó Ben.  
Mark Petrie asintió con un  
gesto.**



**Ben dio un brusco giro de  
ciento ochenta grados y  
volvió a acelerar por  
Jointner Avenue.**

**—¿Adonde vas? ¿A...?**

**—No, ahí no. Todavía no.**

**5**

**—Espera. Detengámonos.**

**Ben paró el Citroen y los  
dos bajaron. Habían**

**recorrido lentamente**

**Brooks Road, por la parte  
inferior de**

**la colina donde se elevaba  
la casa de los Marsten. La**

**senda del bosque donde  
Homer McCaslin había  
encontrado el Vega de  
Susan. Los dos habían  
distinguido el brillo del sol  
sobre algo metálico y  
juntos  
recorrieron la senda  
abandonada, sin hablar.  
Había huellas de ruedas,  
profundas y polvorientas, y  
el césped  
crecía entre ellas. Por  
alguna parte gorjeaba un  
pájaro.**

**No tardaron en encontrar el coche;**

**Ben vaciló un momento y se detuvo. Se sentía descompuesto de nuevo y tenía los brazos cubiertos de un sudor frío.**

**—Acércate tú—pidió.**

**Mark se acercó al automóvil y miró por la ventanilla del conductor.**

**—Las llaves están puestas—dijo.**

**Cuando Ben echó a andar hacia el coche tropezó con**

**algo; Al mirar, vio un  
revólver calibre 38 caído en  
el suelo. Lo levantó para  
observarlo. Tenía todo el  
aspecto de un revólver de  
la policía.**

**—¿De quién será? —  
preguntó Mark, mientras  
se acercaba con las llaves  
de Susan en la mano.**

**—No lo sé. —Ben  
comprobó que el seguro  
estaba puesto y después se  
guardó el arma en el  
bolsillo.**

**Mark le ofreció las llaves y Ben se dirigió hacia el Vega, con la sensación de que todo era un sueño. Le temblaban las manos, y tuvo que intentarlo dos veces antes de conseguir meter la llave en la cerradura del maletero. La hizo girar y levantó la tapa, sin permitir a su mente pensamiento alguno. Los dos miraron al mismo tiempo. En el maletero había una rueda de**

**recambio, un gato y nada más. Ben suspiró.**

**—¿Y ahora? —preguntó Mark.**

**Por un momento Ben no contestó. Sólo habló cuando se sintió capaz de controlar la voz.**

**—Vamos a ver a un amigo mío que está en el hospital. Se llama Matt Burke, y ha estado estudiando el asunto de los vampiros. En los ojos del chico seguía habiendo ansiedad.**

**—¿Entonces me crees?**

**—Sí —dijo Ben, y al pronunciar la palabra fue como confirmarla y darle peso. Imposible retirarla ahora—. Sí, te creo.**

**—El señor Burke es profesor del instituto, ¿no? ¿Y está al tanto de esto?**

**—Sí, y su médico también.**

**—¿El doctor Cody?**

**—Sí.**

**Los dos seguían mirando el coche mientras hablaban, como si fuera una reliquia de alguna civilización**

**extinguida que acabaran de descubrir en el bosque soleado, al oeste del pueblo.**

**El maletero abierto**

**bostezaba**

**como una boca, y Ben lo**

**cerró de golpe. El sordo**

**ruido de la cerradura le**

**resonó en el corazón.**

**—Y después de hablar —**

**continuó— iremos a la casa**

**de los Marsten para**

**arreglar cuentas con el que**

**ha**

**hecho esto.**

**Mark le miró.**



**—Tal vez no sea tan fácil como piensas. Ella también está allí, y ahora le pertenece.**

**—Llegará el momento en que desee no haber visto jamás este pueblo —dijo Ben en voz baja—. Vamos.**

**6**

**Cuando llegaron al hospital, a las nueve y media, Jimmy Cody estaba en la habitación de Matt.**

**Miró a**

**Ben y después sus ojos se dirigieron con curiosidad hacia Mark Petrie.**

**—Tengo malas noticias**

**Ben. Sue Norton ha desaparecido.**

**—Se convirtió en vampiro**

**—repuso inexpresivamente**

**Ben, y Matt gimió desde su lecho.**

**—¿Estás seguro? —**

**preguntó Jimmy.**

**Ben señaló a Mark y lo presentó.**

**—Éste es Mark, que el sábado por la noche recibió**

**una visita de Danny Glick.**

**Él te contará el resto.**

**Mark repitió el relato, del**

**principio al fin, de la**

**misma manera que se lo**

**había hecho antes a Ben.**

**Matt fue el primero en**

**hablar cuando hubo**

**terminado.**

**—Ben, no hay palabras**

**para expresar cuánto lo**

**siento.**

**—Puedo darle algo si lo**

**necesita —ofreció Jimmy.**

**—Yo sé cuál es el remedio**

**que necesito, Jimmy.**

**Quiero atacar a ese Barlow hoy. Ahora, antes de que sea de noche.**

**—Está bien —asintió Jimmy—. Yo he cancelado todas las visitas. Además, llamé a la oficina del sheriff del condado, y McCaslin también ha desaparecido. —Tal vez así se explique esto —conjeturó Ben, mientras sacaba la pistola del bolsillo y la dejaba sobre la mesa de noche de Matt.**

**Parecía algo extraño y fuera de lugar en la habitación de un hospital.**

**—¿Dónde la has encontrado? —preguntó Jimmy, mientras la levantaba.**

**—Junto al coche de Susan.**

**—Pues ya lo imagino.**

**McCaslin acudió a la casa de los Norton cuando se separó de nosotros. Le contaron la desaparición de Susan, le dieron la marca, modelo y matrícula del coche. Debió de comenzar a**

**recorrer los caminos  
apartados, por si acaso. Y...  
Se hizo un silencio  
angustioso, que nadie  
intentó llenar.**

**—Foreman no ha vuelto a  
abrir la funeraria —dijo  
Jimmy—. Y muchos de los  
viejos que frecuentan la  
tienda de Crossen se han  
quejado por lo del  
vertedero. Hace una  
semana que nadie ha visto  
a Dud Rogers,  
Todos se miraron,  
impotentes.**

**—Anoche hablé con el padre Callahan —contó Matt—. Se mostró dispuesto a ir, siempre que vosotros dos... y Mark, por supuesto, os detengáis primero en la tienda nueva para hablar con Straker.**

**—No creo que hoy pueda hablar con nadie —señaló Mark en voz baja.**

**—¿A qué conclusión llegó usted sobre e/tos? —preguntó Jimmy—.**

**¿Averiguó algo útil?**

**—Bueno, creo que he  
llegado a entender algunas  
cosas. Straker debe de ser  
el fiel guardián y  
guardaespaldas humano  
de... eso. Una especie de  
demonio familiar humano.  
Debe de haber estado en el  
pueblo desde mucho antes  
de que apareciera Barlow.  
Había que cumplir con  
ciertos ritos propiciatorios  
ante  
el Padre Tenebroso. Es que  
hasta el propio Barlow  
tiene su amo. —Miró**



**sombríamente a sus interlocutores—.**

**Sospecho que jamás se encontrará ningún rastro de Ralphie Glick. Creo que él fue la cuota de ingreso de Barlow. Straker lo secuestró para sacrificarlo.**

**—Maldito hijo de puta — murmuró Jimmy.**

**—¿Y Danny? —preguntó Ben.**

**—Straker fue el primero en desanjarlo —explicó Matt —. La primera sangre para el fiel servidor.**

**Después el propio Barlow debió encargarse de la tarea. Pero Straker se ocupó de hacer otro servicio para su Amo, antes de que Barlow llegara. ¿Sabe alguno de ustedes cuál fue?**

**Tras un momento de silencio, se oyó la voz de Mark.**

**—El perro que ese hombre encontró en la puerta del cementerio.**

**—¿Qué? —exclamó Jimmy  
—. ¿Por qué tenía que  
hacer eso?**

**—Los ojos blancos —  
prosiguió Mark, y miró con  
aire interrogante a Matt,  
quien asintió un poco  
sorprendido.**

**—Y yo que me pasé la  
noche estudiando esos  
libros, sin saber que había  
un erudito entre nosotros.**

**—El  
chico se sonrojó un poco—.  
Es exactamente como dice**

**Mark. De acuerdo con varias referencias clásicas sobre el folclore de lo sobrenatural, una de las formas de ahuyentar a un vampiro es pintar un par de «ojos de ángel», blancos, sobre los ojos de un perro negro. Pues bien. Doc era todo negro, salvo dos manchas blancas. Win solía decir que eran sus faros, las tenía directamente encima de los**

**ojos. Él dejaba salir al  
perro de noche,  
y Straker lo descubrió en  
una de sus andanzas, lo  
mató y lo colgó en el portón  
del cementerio.**

**—¿Y en cuanto a ese  
Barlow? —preguntó  
Jimmy—. ¿Cómo llegó al  
pueblo?**

**Matt se encogió de  
hombros.**

**—No estoy seguro. Imagino  
que tendremos que  
suponer, tal como afirman  
las leyendas, que es viejo,**

**muy viejo. Es posible que haya cambiado de nombre una docena de veces... o un millar. Puede haber nacido casi en cualquier lugar del mundo, aunque sospecho que debe de ser de origen rumano o húngaro. De todas maneras, no importa cómo llegó al pueblo... aunque no me sorprendería que Larry Crockett haya tenido algo que ver. Lo importante es que está aquí.**

**» Ahora, veamos qué debéis hacer. Cuando vayáis, llevad una estaca. Y un arma de fuego, por si Straker estuviera vivo. El revólver del sheriff McCaslin puede servir. Si la estaca no atraviesa el corazón, el vampiro volverá a levantarse. Tú puedes comprobar eso, Jimmy. Cuando le hayáis clavado la estaca debéis cortar la**

**cabeza, llenarle la boca de  
ajos y ponerlo boca abajo  
en el ataúd. En la mayoría  
de los relatos de vampiros,  
en  
los de Hollywood incluso, el  
vampiro se reduce  
instantáneamente a polvo  
al clavarle la estaca, pero es  
posible  
que eso no suceda en la  
vida real. En ese caso,  
debéis cargar con el féretro  
y arrojarlo en una  
corriente de**



**agua. Yo propondría el río Royal. ¿Alguna pregunta más?**

**Nadie preguntó nada.**

**—Bueno. Debéis llevar cada uno un jarro con agua bendita y un fragmento de hostia consagrada. Y antes de salir, el padre Callahan debe oíros a todos en confesión.**

**—Creo que ninguno de nosotros es católico —  
señaló Ben.**

**—Yo sí, aunque no practico  
—dijo Jimmy.**

**—Sea como fuere, debéis confesaros y hacer un acto de contrición. Así iréis puros, lavados en la sangre de Cristo, sangre pura, no contaminada.**

**—Está bien —asintió Ben.**

**—Ben, ¿tú te habías acostado con Susan?  
Perdóname, pero...**

**—Sí.**

**—Entonces debes de ser tú quien les clave la estaca, primero a Barlow y después a ella. En nuestro**

**grupo, tú eres la única  
persona directamente  
afectada. Tendrás que  
actuar como el marido, y  
no debes vacilar.**

**Piensa que la estarás  
liberando.**

**—Está bien.**

**—Sobre todo —Matt miró  
sucesivamente a todos— no  
debéis mirarlo a los ojos. Si  
lo hacéis, se  
apoderará de vosotros y os  
pondrá en contra de  
vuestros compañeros,**

**incluso al precio de vuestra propia vida.**

**¡Acordaos de Floyd Tibbits! Por eso es peligroso llevar un revólver, aunque pueda ser necesario. Llévalo tú, Jimmy, y quédate un poco atrás. Si tienes que examinar a Barlow o a Susan, dáselo a Mark.**

**—Entendido —asintió Jimmy.**

**—No os olvidéis de llevar ajos. Y rosas, si es posible.**

**¿Esa pequeña floristería de Cumberland todavía está abierta, Jimmy?**

**—¿La Bella del Norte?**

**Creo que sí.**

**—Pues comprad una rosa blanca para cada uno. Os la atáis en el pelo o alrededor del cuello. Y os vuelvo**

**a repetir... ¡no les miréis a los ojos! Podría seguir diciéndoos muchas cosas más, pero será mejor que vayáis.**

**Ya son las diez y no quisiera que el padre Callahan se echara atrás a fuerza de pensarlo. Mis mejores deseos y mis plegarias os acompañan. La oración no es cosa fácil para un viejo agnóstico como yo, pero creo que tampoco soy tan agnóstico como antes, ¿Fue Carlyle quien dijo que si un hombre destrona a Dios en su**

**corazón, entonces Satán  
debe ocupar su lugar?**

**Nadie respondió, y Mark  
dejó escapar un suspiro.**

**—Jimmy, quisiera mirarte  
el cuello.**

**Jimmy se acercó a la cama  
y levantó el mentón. Las  
heridas eran punzantes,  
pero las dos se habían  
cerrado y parecían estar  
cicatrizando bien.**

**—¿Te duele? —preguntó  
Matt—. ¿Te escuece?**

**—No.**

**—Tuviste mucha suerte.**

**—Creo que jamás llegaré a saber la suerte que tuve.**

**Matt volvió a recostarse en la cama, con el rostro tenso y los ojos hundidos.**

**—Si me la dieras, yo tomaría la píldora que le ofreciste a Ben.**

**—Se lo diré a la enfermera.**

**—Mientras vosotros hacéis vuestra tarea, yo dormiré**

**—dijo Matt—. Más tarde habrá que... Bueno, basta por ahora. —Sus ojos se detuvieron en Mark—.**

**Ayer hiciste algo notable,**



**hijo. Descabellado y  
temerario,  
pero notable.**

**—El precio lo pagó ella —  
respondió Mark en voz  
baja y entrelazó las manos  
temblorosas.**

**—Sí, y es posible que tú  
tengas que pagarlo  
también. Y cualquiera de  
vosotros, o todos. ¡No le  
subestiméis! Y ahora, si no  
os importa, estoy muy  
cansado. He pasado casi  
toda la noche leyendo.  
Llamadme**

**tan pronto hayáis  
terminado.**

**Se fueron. En el vestíbulo,  
Ben miró a Jimmy.**

**—¿No te hizo pensar en  
nadie? —le preguntó.**

**—Sí. En Van Helsing.**

**7**

**A las diez y cuarto, Eva  
Miller bajó al sótano a  
buscar dos envases de  
cereal en conserva para  
llevarle a  
la señora Norton que,  
según le había contado  
Mabel Werts, estaba en**

**cama, Eva se había pasado casi todo el mes de septiembre en la cocina, afanada envasando conservas, blanqueando verduras y almacenándolas, cubriendo con parafina el contenido de los frascos donde había guardado sus mermeladas caseras. En las estanterías de su pulcro sótano de suelo de tierra apisonada había más de doscientos botes de conservas;**

**preparar conservas era uno de los grandes placeres de Eva. Más avanzado el año, cuando el otoño fuera cediendo paso al invierno y las fiestas estuvieran más cerca, prepararía las conservas de carne.**

**El olor la sorprendió cuando abrió la puerta del sótano.**

**—Demonios —masculló, conteniendo la respiración, y bajó cuidadosamente, como si fuera vadeando aguas contaminadas.**

**Su marido había  
construido personalmente  
el sótano, y había hecho las  
paredes de piedra para que  
fuera  
fresco. De vez en cuando  
alguna rata almizclera, una  
marmota o un visón se  
quedaba atrapado en  
alguna de  
las grietas y moría allí. Eso  
era lo que debía de haber  
pasado, por más que Eva  
no recordaba haber sentido  
nunca un hedor tan fuerte.**

**Terminó de bajar y recorrió las paredes, entrecerrando los ojos bajo la tenue luz que enviaban desde el techo las dos bombillas de 50 vatios. Sería mejor poner de 75, pensó. Encontró los envases, con la pulcra etiqueta que anunciaba CEREAL escrita de su puño y letra (había puesto una rodaja de pimiento rojo en lo**

**alto de cada uno) y prosiguió con su inspección,, mirando incluso en el espacio detrás de la caldera con sus múltiples conductos. No encontró nada.**

**Se dirigió otra vez hacia los escalones que subían a la cocina y miró alrededor con ceño, apoyando las manos en las caderas. El amplio sótano estaba más limpio desde que les había encargado a los dos hijos de**

**Larry Crockett que le  
construyeran un cobertizo  
para guardar las  
herramientas detrás de la  
casa, hacía un par  
de años. Ahí estaba la  
caldera, que parecía una  
escultura impresionista de  
la diosa Kali, con sus veinte  
caños  
que salían retorciéndose en  
todas direcciones; estaban  
los dobles cristales para las  
ventanas, que tendría que  
hacer colocar pronto,  
ahora que había llegado**



**octubre y la calefacción  
estaba tan cara; estaba,  
cubierta de  
plástico, la mesa de billar  
que había sido de Ralph.  
Eva le pasaba la  
aspiradora al paño cuando  
llegaba el mes  
de mayo, aunque nadie  
hubiera jugado en ella  
desde la muerte de Ralph  
en 1959. Y no era mucho  
más lo que  
había allí abajo. Un cajón  
Heno de libros que pensaba  
llevar al hospital de**

**Cumberland, una pala  
para la  
nieve, con el mango  
partido, un tablero del que  
pendían todavía algunas de  
las viejas herramientas de  
Ralph,  
un baúl donde había  
guardado cortinas que ya  
debían de estar  
enmohecidas.  
Pero ese olor la inquietaba.  
Volvió a recorrer los muros  
con la mirada.  
Sus ojos se posaron en la  
puertecita que llevaba al**

**sótano del piso inferior,  
pero hoy no pensaba bajar  
allí, de ningún modo.**

**Además, las paredes del  
otro sótano eran de  
cemento; no era probable  
que se hubiera  
metido allí ningún animal.**

**Sin embargo...**

**—¿Ed? —llamó de pronto,  
sin razón alguna. La hueca  
resonancia de su voz la  
asustó.**

**La palabra se extinguió en  
la penumbra del sótano. En**

**nombre de Dios, ¿por qué se le había ocurrido hacer eso? ¿Qué iba a estar haciendo Ed Craig ahí abajo, aunque fuera un sitio idóneo para esconderse?**

**¿Bebiendo? A Eva no se le ocurría que en todo el pueblo hubiera un lugar más deprimente para beber que ese**

**sótano. Lo más probable era que anduviera por el bosque con ese inútil de su amigo, Virgil Rathbun,**

**bebiéndose el sueldo de  
alguien.**

**Así y todo, permaneció un  
momento más, mientras  
miraba alrededor. Aquel  
olor era espantoso,  
sencillamente espantoso.**

**Ojalá no tuviera que hacer  
fumigar el sótano.**

**Echó una última mirada a  
la puertecita del otro  
sótano y empezó a subir  
por las escaleras.**

**8**

**El padre Callahan les  
escuchó a los tres, y cuando**

**terminaron su relato eran  
las once y media pasadas.  
Estaban sentados en el  
fresco y espacioso salón de  
la rectoría, y el sol se  
derramaba por los grandes  
ventanales del frente en  
bloques que parecían tan  
sólidos que se pudieran  
cortar. Al mirar las motas  
de polvo  
que danzaban en los rayos  
del sol, el padre Callahan  
se acordó de una vieja  
historieta. Una mujer que  
está**

**barriendo con una escoba  
mira el suelo, sorprendida:  
ha barrido parte de su  
sombra. En ese momento,  
él se  
sentía un poco así. Por  
segunda vez en veinticuatro  
horas, se veía enfrentado  
con una total  
imposibilidad, sólo  
que ahora la imposibilidad  
se veía corroborada por un  
escritor, un muchachito  
aparentemente equilibrado  
y un**

**médico a quien todo el pueblo respetaba. Así y todo, una imposibilidad es una imposibilidad. Uno no puede barrer su propia sombra. Pero eso era lo que parecía haber pasado.**

**—Me resultaría más fácil aceptar que consiguieron provocar una tormenta y un corte de luz —dijo.**

**—Pues es verdad, se lo aseguro —le reiteró Jimmy, mientras se llevaba la mano al cuello.**



**El padre Callahan se levantó y sacó algo del maletín de Jimmy: dos bates de béisbol truncados, con la punta aguzada.**

**—Es un momento nada más, señora Smith —dijo mientras giraba en sus manos a uno de ellos—. No le dolerá.**

**Nadie rió.**

**Callahan volvió a dejar las estacas, se dirigió a la**

**ventana y miró hacia  
Jointner Avenue.**

**—Todos ustedes son muy  
convincientes —comentó—.**

**E imagino que debo  
agregar una pequeña  
información de la que aún  
no disponen.**

**Nuevamente se dirigió a  
ellos.**

**—En el escaparate de la  
tienda de muebles de  
Barlow y Straker hay un  
cartel de «Cerrado hasta  
nuevo**

**aviso». Esta mañana a las nueve fui a hablar con el misterioso señor Straker sobre las afirmaciones del señor**

**Burke. Las dos puertas de la tienda, la de delante y la de atrás, estaban cerradas con candado.**

**—Tendrá que admitir que eso concuerda con lo que dice Mark —señaló Ben.**

**—Es posible. Y también es posible que se trate de una mera casualidad.**

**Permítanme que vuelva a**

**preguntarles si están  
seguros de que deben hacer  
intervenir en esto a la  
Iglesia católica.**

**—Sí —respondió Ben—.**

**Pero si es necesario,  
prescindiremos de usted. Y  
en último caso, estoy  
dispuesto a ir solo.**

**—No será necesario —  
respondió el padre  
Callahan, mientras se  
ponía en pie**

**—Acompañenme a la  
iglesia, caballeros, para que  
pueda oírles en confesión.**

**9**

**Ben se arrodilló  
torpemente en la mohosa  
penumbra del  
confesionario. Su mente  
era un torbellino  
atravesado por destellos de  
imágenes surrealistas:  
Susan en el parque; la  
señora Glick que  
retrocedía ante la  
cruz, su boca convertida en  
una herida abierta que se  
retorcía; Floyd Tibbits que  
salía de su coche, dando**

**traspíés, vestido como un  
espantapájaros, para  
arremeter contra él; Mark  
Petrie asomado a la  
ventana del  
coche de Susan. Por  
primera y única vez, se le  
ocurrió que todo eso  
pudiera ser un sueño, y su  
espíritu  
fatigado se aferró  
ansiosamente a ella.  
Divisó algo caído en un  
rincón del confesionario y  
se inclinó a recogerlo. Era  
una cajita vacía de**

**pastillas de menta; tal vez se le había caído del bolsillo a algún niño. Ese toque de realidad era innegable. El cartón era real y tangible bajo sus dedos. La pesadilla era real.**

**La puertecilla corredera se abrió pero Ben no pudo ver nada. Una gruesa pantalla cubría la abertura.**

**—¿Qué tengo que hacer?**

**—preguntó a la pantalla.**

**—Diga «Bendígame, padre, porque he pecado».**

**—Bendígame, padre,  
porque he pecado —repitió  
Ben y su voz le sonó hueca  
e irreal en ese espacio  
cerrado.**

**—Ahora dígame sus  
pecados.**

**—¿Todos? —preguntó Ben,  
abrumado.**

**—Los más representativos  
—dijo Callahan con voz  
seca—. Ya sé que tenemos  
algo que hacer antes de  
que caiga la noche.**

**Con esfuerzo, y  
procurando tener presentes**



**los Diez Mandamientos  
como marco de referencia,  
Ben**

**empezó. Proseguir no se le  
hizo fácil. No tenía  
sensación alguna de  
catarsis; sólo la torpe  
incomodidad de  
estar contándole a un  
extraño los secretos más  
sórdidos de su vida. Pese a  
todo, se daba cuenta de que  
era un  
ritual que podía volverse  
compulsivo; tan  
cruelmente compulsivo**

**como el alcohol  
desnaturalizado para el  
bebedor habitual. Era un  
acto que tenía algo de  
medieval, algo de  
execrable, como un ritual  
de regurgitación.**

**De pronto recordó una  
escena de la película de  
Bergman El séptimo sello,  
donde una multitud de  
penitentes  
harapientos atraviesan un  
pueblo asolado por la peste  
negra. Los penitentes van**

**autoflagelándose con  
ramas  
de abedul, hasta hacerse  
sangrar. Tan aborrecible se  
le hacía desnudarse de esa  
manera (y perversamente  
no se  
permitió mentir, aunque  
podría haberlo hecho de  
manera convincente) que la  
misión de ese día cobró a  
sus  
ojos definitiva realidad,  
hasta que casi pudo ver la  
palabra «vampiro»**

**impresa en su mente, y no con letras de presentación de película de terror, sino en un cuerpo pequeño y fino, como talladas en madera o escritas en pergamino. Prisionero de ese ritual ajeno, se sentía desvalido, sustraído a todo contacto con su época. El confesionario podía haber sido un producto directo hacia los días en que íncubos, hombres lobo y brujas eran**

**parte aceptada de la  
oscuridad externa y la  
Iglesia el único fanal de luz.  
Por primera vez en su vida  
Ben sintió  
el vaivén lento y terrible de  
las edades, y vio su propia  
vida como una tenue chispa  
que brillaba en un edificio  
que, si se viera con  
claridad, podría enloquecer  
a todos los hombres. Matt  
no les había hablado de la  
idea del  
padre Callahan, que sentía  
a su Iglesia como una**

**fuerza, pero en ese momento Ben la habría entendido. En ese cubículo fétido podía percibir la fuerza, que se adentraba en él como una palpitación, dejándole desnudo y despreciable. La sentía como jamás podía sentirla un católico, habituado a la confesión desde su infancia. Cuando salió, recibió con agradecimiento el aire fresco que entraba por las**

**puertas abiertas. Se  
masajeó  
el cuello y retiró la mano  
cubierta de sudor.  
Callahan se asomó.  
—No ha terminado todavía  
—le advirtió.  
Sin decir palabra, Ben  
volvió al confesionario,  
pero no se arrodilló.  
Callahan le ordenó un acto  
de  
contrición. Diez  
padrenuestros y diez  
avemarías.**

**—Eso no lo sé —explicó Ben.**

**—Le daré una tarjeta donde están escritas las oraciones —dijo la voz del sacerdote—. Puede ir diciéndolas en silencio mientras vamos en el coche hasta Cumberland.**

**Ben titubeó un momento.**

**—¿Sabe que Matt tenía razón cuando dijo que iba a ser más difícil de lo que pensábamos? Antes de que esto termine, vamos a sudar sangre.**



**—¿Sí? —se limitó a decir  
Callahan.**

**¿Cortesía o incertidumbre?**

**Ben no habría podido  
decirlo. Cuando bajó los  
ojos advirtió que todavía  
tenía en la mano la cajita  
de pastillas de menta, que  
se había convertido en una  
masa informe bajo la  
presión  
convulsiva de sus dedos.**

**10**

**Era ya casi la una cuando  
todos subieron al gran**

**Buick de Jimmy Cody y salieron. Ninguno de ellos hablaba. El padre Donald Callahan llevaba sotana, sobrepelliz y una estola blanca bordeada de púrpura. Le había entregado a cada uno un tubito de agua de la pila y los había bendecido con la señal de la Cruz. Él llevaba consigo una pequeña píxide que contenía varias hostias consagradas.**

**Se detuvieron primero en la consulta de Jimmy en Cumberland. Jimmy dejó el motor en marcha mientras entraba. Cuando volvió a salir, vestía una holgada chaqueta con la que disimulaba el bulto del revólver de McCaslin. En la mano derecha llevaba un martillo de carpintero. Ben le miró como fascinado, y con el rabillo del ojo vio que Mark y Callahan tampoco le quitaban los**

**ojos de encima. El martillo tenía la cabeza de acero azulado y una empuñadura de goma en el mango.**

**—Feo, ¿no? —comentó Jimmy.**

**Ben pensó que tendría que usar ese martillo con Susan para hundirle una estaca entre los pechos, y sintió que el estómago le subía lentamente, como en un avión que desciende repentinamente.**

**—Sí. Ya lo creo que es feo**

**—contestó, mientras se humedecía los labios.**

**En el supermercado de Cumberland, Ben y Jimmy compraron todo el ajo que encontraron en los estantes de la verdulería. La cajera levantó las cejas mientras los atendía. Moviendo la cabeza, les dijo:**

**—Me alegro de no tener que salir con vosotros esta noche, muchachos.**

**—¿Cuál es la base de la eficacia del ajo en estos**

**casos? —preguntó Ben  
mientras salían—. Imagino  
que**

**algo que dice la Biblia, o  
una antigua maldición, o...**

**—Yo sospecho que es una  
alergia —declaró Jimmy.**

**—¿Alergia?**

**Callahan, que alcanzó a oír  
la última palabra, pidió  
que le explicarán de qué se  
trataba mientras iban  
hacia la floristería La Bella  
del Norte.**

**—Pues sí, yo estoy de  
acuerdo con el doctor Cody**

**—expresó—.**

**Probablemente sea una  
alergia... si es  
que tiene algún efecto, lo  
que no está demostrado  
todavía, no lo olviden.**

**—Qué idea tan rara para  
un sacerdote —se  
sorprendió Mark.**

**—¿Por qué? Si debo  
aceptar la existencia de  
vampiros (y parece que es  
así de momento), ¿debo  
aceptar  
también que son criaturas  
situadas más allá de las**

**leyes naturales? De algunas, sin duda. La leyenda afirma que no se les puede ver en los espejos, que pueden transformarse en murciélagos o en lobos o pájaros, que pueden adelgazar su cuerpo hasta colarse por las rendijas más pequeñas. Pero sabemos que ven, oyen, hablan... y sin duda saborean. Es posible que**



**conozcan también la  
incomodidad, el dolor...**

**—¿Y el amor? —preguntó  
Ben, mirando al frente.**

**—No —respondió Jimmy  
—. Sospecho que el amor  
está más allá de su alcance.**

**—Mientras hablaba,  
entró en el pequeño  
aparcamiento de una  
tienda de floristería en  
forma de L, que tenía a su  
lado un  
invernadero.**

**Una campanilla tintineó  
sobre la puerta mientras**

**entraban, y se sintieron  
invadidos por el denso  
aroma  
de las flores. Ben se sintió  
descompuesto al aspirar la  
pegajosa densidad de los  
perfumes mezclados, que le  
hizo pensar en un velatorio.  
—Hola —les saludó un  
hombre alto que llevaba un  
delantal de lona y que salió  
a atenderlos con una  
maceta en la mano.  
Apenas si Ben había  
empezado a explicarle lo  
que quería cuando el**

**hombre le interrumpió,  
sacudiendo  
la cabeza.**

**—Me temo que han llegado tarde. El viernes pasado vino un hombre que me compró todo el surtido de rosas que tenía... rojas, blancas y amarillas. Hasta el miércoles no volveré a tener. A menos que quieran otra...**

**—¿Qué aspecto tenía ese hombre?**

**—Muy extraño —recordó el florista, mientras dejaba**

**la maceta Alto, totalmente calvo. Ojos penetrantes. Fumaba cigarrillos extranjeros. Tuvo que hacer tres viajes a su coche para llevarse las flores. Las puso en la parte de atrás de un Dodge muy viejo.**

**—Un Packard —dijo Ben —. Un Packard negro.**

**—Entonces le conocen.**

**—Digámoslo así.**

**—Pagó en efectivo. Cosa rara, teniendo en cuenta el**

**importe de la compra. Pero es posible que si se ponen en contacto con él...**

**—Sí, es posible —asintió Ben.**

**De vuelta en el coche, discutieron el asunto.**

**—En Falmouth hay una tienda... —empezó el padre Callahan.**

**—¡No! —exclamó Ben—.**

**¡No! —El matiz de histeria que vibraba en su voz hizo que todos se**

**miraran—. ¿Y cuando**

**lleguemos a Falmouth y**

**descubramos que Straker  
también ha pasado por  
ahí?**

**¿Entonces iremos a  
Portland, a Kittery? ¿A  
Boston? ¿No os dais cuenta  
de lo que sucede? ¿Lo ha  
previsto  
todo!**

**—Ben, sé razonable —  
intervino Jimmy—. ¿No te  
parece que por lo menos  
tendríamos...?**

**—¿No recuerdas lo que  
dijo Matt? «No debéis**

**engañaros pensando que porque no puede levantarse durante el día tampoco puede haceros daño.» Mira tu reloj, Jimmy.**

**—Las dos y cuarto —dijo Jimmy, y levantó los ojos al cielo como si dudara de las agujas. Pero era así: las sombras se inclinaban ya hacia el otro lado.**

**—Se nos ha anticipado —insistió Ben—. Cada paso que hemos dado, él lo dio antes que nosotros.**

**¿Acaso pudimos siquiera imaginar que él podía ignorar alegremente nuestra existencia? ¿Que jamás tuvo en cuenta la posibilidad de que lo descubrieran y le hicieran frente? Tenemos que ir ahora, en vez de perder el resto del día discutiendo cuántos ángeles pueden bailar sobre la cabeza de un alfiler.**

**—Tiene razón —dijo con serenidad Callahan—. Lo**



**mejor es que dejemos de hablar y nos pongamos en marcha.**

**—Pues entonces, vamos —  
urgió Mark.**

**Jimmy salió velozmente del  
aparcamiento de la  
floristería, haciendo  
chirriar los neumáticos  
sobre el  
asfalto. El propietario se  
los quedó mirando: tres  
hombres, uno de ellos  
sacerdote, que iban con un  
niño en un**

**coche con matrícula de  
médico y que hablaban a  
gritos de los disparates más  
increíbles.**

**11**

**Cody llegó a la casa de los  
Marsten desde Brooks  
Road, del lado que no daba  
al pueblo, y al verla desde  
ese nuevo ángulo, Donald  
Callahan pensó: Vaya,  
realmente se eleva sobre el  
pueblo. Qué raro que no  
me  
haya dado cuenta antes.  
Debe de tener una**

**proyección perfecta allí,  
retrepada en su colina por  
encima del  
cruce de Jointner Avenue y  
Brock Street. Una  
proyección perfecta y una  
perspectiva del pueblo de  
casi 360  
grados. Era un lugar  
enorme e incierto, que con  
los postigos cerrados se  
convertía en una figura  
desmesurada  
e inquietante; una especie  
de sarcófago monolítico,  
una evocación del desastre.**

**Y había sido sede de suicidio y asesinato, es decir que pisaban terreno profanado.**

**Callahan abrió la boca para decirlo, pero se abstuvo.**

**Cody tomó por Brooks Road y por un momento la casa se perdió entre los árboles. Después estos empezaron a escasear y se encontraron ya en el camino de entrada. El Packard estaba fuera del garaje. Cuando**

**Jimmy apagó el motor,  
sacó el revólver de  
McCaslin.**

**Callahan sintió que la  
atmósfera del lugar se  
apoderaba de él. Sacó del  
bolsillo un crucifijo que  
había  
sido de su madre y se lo  
colgó al cuello junto con el  
suyo propio. En aquellos  
árboles desnudados por el  
otoño  
ningún pájaro cantaba. El  
césped, alto y descuidado,  
parecía más seco y más**

**deshidratado de lo que  
cabía**

**esperar dado lo avanzado  
de la estación: hasta la  
tierra se veía gris y  
agotada.**

**Los escalones que  
ascendían hacia el porche  
estaban deformados, y en  
uno de los postes del  
porche se  
veía un rectángulo en el  
que la pintura conservaba  
un color más brillante,  
donde hasta hacía poco  
tiempo**

**pendía un cartel de  
prevención para los  
intrusos. Bajo el cerrojo  
enmohecido de la puerta  
principal se veía el  
brillo bronceíneo de una  
cerradura Yale nueva.  
Todos intercambiaron  
miradas.**

**—Una ventana, tal vez,  
como hizo Mark... —  
propuso Jimmy, vacilante.  
—No —se opuso Ben—.  
Entraremos por la puerta  
principal. Si hay que  
romperla, la romperemos.**

**—No creo que sea  
necesario —declaró  
Callahan.**

**Desde que habían bajado  
del coche, se puso a la  
cabeza sin sombra de  
vacilación. Una especie de  
vehemencia, la misma que  
había creído desaparecida  
para siempre, pareció  
invadirle a medida que se  
aproximaba a la puerta.  
Era como si la casa se les  
acercara para rodearlos,  
como si el mal rezumara  
por los**



**desconchados de la pintura  
reseca. Sin embargo,  
Callahan no vaciló. Ya no  
pensaba en contemporarizar.**

**En**

**esos momentos, más que  
guiar a nadie, él mismo se  
movía obedeciendo a un  
impulso.**

**—¡En nombre de Dios! —  
proclamó, mientras su voz  
asumía una áspera nota  
imperativa que hizo que  
todos se acercaran a él—.**

**¡Ordeno que el mal se  
retire de esta casa!**

**¡Alejaos, espíritus  
malignos! —Y, sin  
tener conciencia de lo que  
hacía, golpeó la puerta con  
el crucifijo que llevaba en  
la mano.**

**Hubo un destello de luz  
(después, todos coincidirían  
en haberlo visto), y un  
ruido restallante, como si  
las  
tablas hubieran gritado. La  
ventana semicircular que  
había encima de la puerta  
estalló de pronto hacia  
fuera,**

**al mismo tiempo que el gran ventanal de la izquierda escupía fragmentos de cristal sobre la hierba. Jimmy dejó escapar un grito. La flamante cerradura Yale yacía a sus pies, sobre el suelo de madera del porche, convertida en una masa casi irreconocible. Mark se inclinó a recogerla y exhaló un gemido. —¡Quema! —exclamó.**

**Callahan se apartó de la puerta, tembloroso, mientras miraba la cruz que tenía en la mano. Ben empujó la puerta, que se abrió sin dificultad. Esperó a que Callahan entrara primero. En el vestíbulo, el sacerdote miró a Mark.**

**—AJ sótano se llega por la cocina —explicó el chico—. Straker está en el piso de arriba. Pero... —Hizo una pausa, con el entrecejo fruncido—. Hay alguna**

**diferencia, aunque no sé  
qué es. No es lo mismo que  
antes.**

**Primero fueron al piso  
superior, y aunque Ben no  
abría la marcha, al  
aproximarse a la puerta del  
fondo  
del pasillo sintió el  
aguijonazo de un terror  
ancestral. Ahora, casi un  
mes después de haber  
regresado a  
Salem's Lot, estaba a punto  
de ver por segunda vez el  
interior de esa habitación.**

**Cuando Callahan empujó  
la  
puerta y la abrió, Ben  
levantó los ojos, y antes de  
poder detenerlo sintió que  
un alarido se escapaba de  
su  
garganta, agudo, histérico.  
Pero el que pendía de la  
viga por encima de sus  
cabezas no era Hubert  
Marsten, ni su espíritu.  
Era Straker, colgado  
cabeza abajo como un  
cerdo en un matadero, con  
la garganta abierta.**

**Estaba completamente desangrado.**

**12**

**—Santo Dios... —murmuró el padre Callahan—. Santo Dios.**

**Lentamente, entraron en la habitación, Callahan y Cody por delante, mientras Mark y Ben se mantenían atrás, el uno muy cerca del otro.**

**A Straker le habían atado ambos pies para después izarlo y dejarlo ahí**

**colgado. Alguna parte  
recóndita  
del cerebro de Ben pensó  
que debía haber sido un  
hombre de una fuerza  
descomunal el que levantó  
ese peso  
muerto hasta una altura en  
que las manos inertes no  
llegaban a tocar el suelo.  
Jimmy le tocó la frente y  
después levantó una mano  
del cadáver.  
—Hace unas dieciocho  
horas que ha muerto —**



**dijo, mientras dejaba caer la mano con un estremecimiento—. Dios mío, qué manera tan espantosa de... Esto no lo entiendo. Quién... por qué...**

**—Ha sido Barlow —dijo Mark, que miraba el cadáver de Straker con ojos impávidos.**

**—Y Straker está frito —comentó Jimmy—. No habrá vida eterna para él. Pero ¿por qué de esta manera,**

**colgado patas arriba?  
—Es tan viejo como  
Macedonia —señaló el  
padre Callahan—. Colgar  
patas arriba el cuerpo del  
enemigo, o del traidor, de  
modo que la cabeza mire  
hacia la tierra y no hacia el  
cielo. Es la forma en que  
crucificaron a san Pablo,  
en una cruz en forma de X,  
con las piernas quebradas.  
Ben volvió a hablar; su voz  
sonaba cansada y  
polvorienta en su garganta.**

**—Todavía sigue  
distrayéndonos. Sus tretas  
son interminables. Vamos.  
Todos le siguieron por el  
pasillo y bajaron las  
escaleras hacia la cocina.  
Una vez allí, Ben volvió a  
ceder  
la cabeza al padre  
Callahan. Por un momento  
los dos se miraron, y  
después los ojos de Ben se  
dirigieron a la  
puerta del sótano que los  
conduciría hacia abajo,  
como hacía veinticinco**

**años había empezado a  
subir unas  
escaleras que le llevaron a  
enfrentarse a una pregunta  
abrumadora.**

**13**

**Cuando el sacerdote abrió  
la puerta, Mark volvió a  
sentir el rancio olor a  
podrido que le hería el  
olfato,  
pero también eso era  
diferente: no tan fuerte, no  
tan malévolos.**

**El sacerdote empezó a  
bajar los peldaños, pero**

**Mark necesitó de toda su fuerza de voluntad para descender tras el padre Callahan al interior de aquel pozo de la muerte. Jimmy encendió la linterna. El haz iluminó el suelo, llegó hasta una pared y retrocedió. Se detuvo sobre una canasta alargada y después cayó sobre una mesa.**

**—Ahí —dijo Jimmy—. Mirad.**

**Era un sobre, pulcro y  
brillante en esa oscuridad  
pegajosa, de rico  
pergamino amarillento.**

**—Es una trampa —  
advirtió el padre Callahan  
—. Mejor no tocarlo.**

**—No. —En la voz de  
Mark, el alivio se mezclaba  
con la desilusión—. Ya no  
está aquí. Se ha ido. Eso es  
un mensaje para nosotros.  
Lleno de insultos,  
probablemente.**

**Ben se adelantó a recoger  
el sobre. Por un momento**

**fe dio vueltas entre sus  
manos, y Mark vio, bajo la  
luz de la linterna, cómo le  
temblaban los dedos.**

**Después lo abrió.**

**Dentro había una sola hoja,  
de pergamino como el  
sobre, y todos se acercaron  
a leer. Jimmy enfocó la  
linterna sobre la página,  
cubierta de una escritura  
elegante, con una letra  
diminuta como telaraña.**

**La leyeron**

**juntos, Mark un poco más  
lentamente que los demás.**

**4 de octubre**

**Estimados y jóvenes**

**amigos:**

**¡Qué amable de vuestra parte haber venido por aquí!**

**No soy en modo alguno adverso a la compañía, que ha sido uno de mis grandes placeres durante una vida larga y con frecuencia solitaria. Si hubierais venido por la noche, habría tenido el mayor placer en recibirlos personalmente. Sin embargo, como**



**sospechaba que podríais  
preferir haceros presentes  
durante el  
día, me pareció mejor no  
estar.**

**Os he dejado una pequeña  
prenda de mi aprecio;  
alguien muy próximo y  
querido para uno de  
vosotros  
está ahora en el lugar  
donde yo pasaba mis días  
hasta que decidí que otro  
refugio podría resultarme  
más**

**simpático. Es una  
muchacha encantadora,  
señor Mears, muy  
apetitosa, si me permite  
usted la pequeña broma.  
Como ya no la necesito, os  
la he dejado para que con  
ella os vayáis  
entusiasmando para lo que  
vendrá  
después. Para abriros el  
apetito, si os parece. Así  
veremos qué tal os sienta el  
aperitivo antes del plato  
fuerte**

**que esperáis hallar,  
¿verdad?**

**Jovencito Petrie, tú me  
privaste del servidor más  
fiel e ingenioso que haya  
tenido jamás. De manera  
indirecta, hiciste que me  
convirtiera en causante de  
su ruina, al dar motivo  
para que mis propios  
apetitos me  
traicionaran.**

**Indudablemente, le  
atacaste por la espalda. Me  
causará un gran placer  
vérmelas contigo. Aunque**

**creo que empezaré por tus  
padres, esta noche... o  
mañana por la noche... ya  
veremos. En cuanto a ti,  
entrarás a  
integrar el coro de niños de  
mi iglesia como castratum.  
Bien, el padre Callahan,  
veo que le persuadieron de  
que viniera. Me lo  
imaginaba. Desde mi  
llegada a  
Salem's Lot le he  
observado con cierto  
detenimiento... como un**

**buen jugador de ajedrez  
estudia las partidas  
de su contrincante, ¿no es  
eso? Sin embargo, ¡la  
Iglesia católica no es el más  
antiguo de mis  
contrincantes! Yo  
era ya viejo cuando ella era  
joven, cuando sus  
miembros se ocultaban en  
las catacumbas de Roma y  
se  
pintaban peces en el pecho  
para distinguirse entre  
ellos. Yo era fuerte cuando**

**ese estúpido club de  
comedores  
de pan y bebedores de vino  
que veneran al salvador de  
las ovejas era débil. Mis  
ritos eran milenarios  
cuando  
los ritos de su Iglesia aún  
no habían nacido. Pero no  
la subestimo. Conozco los  
caminos del bien tanto  
como  
los caminos del mal. Y no  
estoy saciado.  
Y os venceré. ¿Cómo?,  
preguntáis. ¿Acaso**

**Callahan no lleva el  
símbolo de la Pureza?  
¿Acaso él no se  
mueve de día tanto como  
de noche? ¿No hay  
encantamientos y pócimas,  
tanto cristianos como  
paganos, de los  
que mi excelente amigo  
Matthew Burke os ha  
puesto al tanto para  
defenderos de mí y de mis  
compatriotas?  
Sí, sí y sí. Pero yo he vivido  
más tiempo que vosotros.**

**Yo no soy la serpiente, soy el padre de las serpientes. Así y todo, decís, eso no es suficiente. Pues claro que lo es. Finalmente, padre Callahan, quiero decirle que usted solo se destruirá. Su fe en la Pureza es blanda y débil y cuando habla de amor se trata de una presunción por su parte. Sólo cuando habla de la botella está bien informado.**



**Mis buenos amigos —señor Mears, señor Cody, jovencito Petrie, padre Callahan—, disfrutad de vuestra estancia. El Medoc es excelente; me lo procuró especialmente el difunto propietario de la casa, de cuya compañía personal jamás llegué a disfrutar. Os ruego que os consideréis mis invitados y bebáis, si aún os quedan ánimos para hacerlo cuando hayáis**

**terminado vuestra tarea.  
Ya volveremos a  
encontrarnos, en  
persona, y en ese momento  
os daré mi enhorabuena en  
forma más personal a cada  
uno. Hasta entonces, adiós.  
BARLOW.**

**Tembloroso, Ben dejó la  
carta sobre la mesa y miró  
a los demás. Mark estaba  
inmóvil con los puños  
contraídos, la boca  
inmovilizada en el gesto de  
alguien que acaba de**

**morder algo podrido; el  
rostro  
extrañamente infantil de  
Jimmy aparecía pálido y  
tenso; y aunque el padre  
Callahan seguía teniendo  
los ojos  
iluminados, su boca era un  
arco tembloroso.**

**Uno a uno, todos le  
miraron.**

**—Vamos —dijo Ben, y  
juntos echaron a andar.**

**14**

**Parkins Gillespie estaba de  
pie en los peldaños del**

**edificio de ladrillo del  
ayuntamiento, mirando con  
sus**

**potentes binoculares Zeiss,  
cuando Nolly Gardener  
llegó en el coche de policía  
del pueblo y bajó de él.**

**—¿Qué pasa, Park? —  
preguntó mientras subía  
los peldaños.**

**Sin decir palabra, Parkins  
le entregó los prismáticos, y  
su calloso pulgar señaló  
hacia la casa de los  
Marsten,**

**Nolly miró. Vio el viejo Packard, y frente a él un Buick nuevo. El aumento de los binoculares no era suficiente para distinguir el número de matrícula. Nolly bajó los prismáticos.**

**—Es el coche del doctor Cody, ¿no?**

**—Sí, creo que sí. —Parkins se puso un Pall Malí entre los labios y raspó una cerilla en la pared que había a sus espaldas.**

**—Jamás he visto un coche  
allá arriba, a no ser ese  
viejo Packard.**

**—Exactamente —asintió  
Parkins, meditabundo.**

**—¿Te parece que  
tendríamos que ir a echar  
un vistazo? —En la  
manera de hablar de Nolly  
no había  
mucho de su entusiasmo  
habitual. Era policía desde  
hacía cinco años, y todavía  
estaba fascinado con su  
cargo.**

**—No —declaró Parkins—. Será mejor que no nos metamos.**

**Se sacó el reloj del bolsillo del chaleco y abrió la tapa de plata grabada, como un jefe de estación que verifica la llegada de un expreso. Eran las 15.41.**

**Parkins comparó su reloj con la hora que indicaba el del ayuntamiento y después volvió a guardarlo.**

**—¿Cómo resultó ese asunto de Floyd Tibbits y el niño McDougall?**

**—No lo sé.**

**—Ah —refunfuñó Nolly.**

**Parkins era siempre taciturno, pero se estaba excediendo. Volvió a mirar por los binoculares, sin observar cambio alguno.**

**—Qué silencioso parece hoy el pueblo —comentó.**

**—Sí —corroboró Parkins, que miraba hacia Jointner Avenue y hacia el parque con sus pálidos ojos**



**azules.**

**Tanto la avenida como el  
parque estaban desiertos. Y  
desiertos habían estado  
durante la mayor parte del  
día. Era sorprendente que  
hubiera tan pocas madres  
con sus bebés, tan pocos  
ociosos sentados al sol  
junto al  
monumento a los héroes de  
la guerra.**

**—Han pasado cosas raras**

**—aventuró Nolly.**

**—Sí —admitió Parkins, no  
sin pensarlo.**

**Como último recurso,  
Nolly optó por la única  
carnada que Parkins  
picaba infaliblemente en  
cualquier  
conversación: el tiempo.  
—Se está nublando —  
comentó—. A la noche  
tendremos lluvia.  
Parkins observó el cielo.  
Sobre sus cabezas, el cielo  
estaba aborregado, y hacia  
el sudoeste se  
amontonaban nubes más  
oscuras.**

**—Sí —coincidió, y arrojó  
la colilla.**

**—Parkins, ¿te sientes bien?  
Parkins Gillespie lo pensó  
un momento.**

**—No—respondió.**

**—Bueno, ¿qué demonios te  
pasa?**

**—Creo que estoy cagado  
de miedo.**

**—¿De qué? —preguntó  
Nolly, sorprendido.**

**—No lo sé —admitió  
Parkins.**

**De nuevo se puso a  
escudriñar la casa de los**

**Marsten, en tanto Nolly  
seguía jumo a él sin poder  
articular  
palabra.**

**15**

**Más allá de la mesa donde  
habían encontrado la carta,  
el sótano hacía un ángulo  
en L; después de doblar  
por allí, se encontraron en  
lo que antes había sido  
bodega. Había cubas de  
diferentes tamaños,  
cubiertas de  
polvo y telarañas. Una  
pared estaba cubierta por**

**un estante para colocar  
botellas de vino, y de  
algunas de las  
casillas en forma de rombo  
asomaban todavía viejas  
botellas. Algunas habían  
estallado, y allí donde antes  
el  
borgoña burbujeante había  
esperado el paladar que lo  
apreciara, anidaban ahora  
las arañas. Otras se habían  
avinagrado; un olor ácido  
flotaba en el aire, mezclado  
con el de la inexorable  
corrupción.**

**—No —dijo Ben, con la voz  
contenida del hombre que  
dice verdad—. No puedo.  
—Debe hacerlo —precisó  
el padre Callahan—. No  
será fácil, ni siquiera para  
su bien, pero debe hacerlo.  
—¡No puedo! —gimió Ben,  
y sus palabras resonaron  
en el sótano.**

**En el centro, sobre una  
especie de estrado  
iluminado por la linterna  
de Jimmy, yacía inmóvil  
Susan**

**Norton, cubierta desde los  
hombros hasta los pies por  
una tela de lino blanco.**

**Mientras se acercaban,  
ninguno**

**había sido capaz de hablar.**

**La sorpresa no dejaba  
lugar para palabras.**

**En vida, Susan había sido  
una muchacha bonita, pero  
ahora había alcanzado la  
belleza. Una oscura  
belleza.**

**La muerte no la había  
marcado con su sello. En su**

**rostro se veía un tinte como  
de rubor, y sus labios,  
vírgenes de maquillaje,  
mostraban un rojo intenso  
y resplandeciente. Aunque  
pálida, la frente era  
admirable,  
con una piel tersa. Tenía los  
ojos cerrados. Una mano  
descansaba a su lado, y la  
otra estaba levemente  
apoyada en la cintura. Sin  
embargo la impresión que  
daba no era de un encanto  
angelical, sino de una  
belleza**



**fría. En su rostro había algo apenas insinuado que a Jimmy le hizo recordar a las niñas que en Saigón, algunas con menos de trece años, se arrodillaban ante los soldados en las callejuelas de detrás de los bares. En esas muchachas, la corrupción no había sido perversión; apenas un conocimiento del mundo que les había llegado**

**demasiado pronto. El cambio que se había producido en el rostro de Susan era muy diferente, aunque Jimmy no habría podido decir en qué consistía.**

**En ese momento Callahan se adelantó y apoyó los dedos contra la carne elástica del pecho izquierdo.**

**—Aquí, en el corazón.**

**—No —repitió Ben—, no puedo.**

**—Sea usted su amante —le instó en voz baja el padre Callahan— o mejor, sea su marido. No es para hacerla sufrir, Ben. Es para liberarla. El único que sufrirá será usted.**

**Ben le miraba, aturdido. Mark, que había sacado la estaca del maletín de Jimmy, se la tendió sin decir palabra. Ben la recibió en una mano que a él mismo le pareció estaba a kilómetros de distancia.**

**Si no pienso en lo que hago  
mientras lo hago, entonces  
tal vez...**

**Pero le sería imposible no  
pensar. De pronto le volvió  
a la memoria un pasaje de  
Drácula, esa novela tan  
entretenida que ahora ya  
no le parecía nada  
entretenida. Era lo que  
decía Van Helsing a Arthur  
Holmwood,  
cuando Arthur debía hacer  
frente a esa misma tarea  
espantosa: «Debemos**

**atravesar aguas amargas  
antes de  
llegar a las dulces.»**

**¿Alguna vez volvería a  
existir para alguno de ellos  
la dulzura?**

**—¡Llévatela! —gimió—.**

**No me hagáis hacer esto...**

**No hubo respuesta.**

**Sintió que la frente, las  
mejillas y los brazos se le  
cubrían de un sudor frío.**

**La estaca, que durante  
horas**

**no había sido más que un  
simple bate de béisbol,**

**estaba ahora investida de  
una pesadez aterradora,  
como si en  
ella convergieran,  
invisibles, pero titánicas,  
mil líneas de fuerza.**

**Ben levantó la estaca y la  
apoyó sobre el pecho  
izquierdo, por encima del  
último botón prendido de  
la**

**blusa de Susan. La punta  
marcó un hoyuelo en la  
carne, y él sintió que la  
boca empezaba a  
sacudírsele en un**

**tic incontrolable.**

**—Si no está muerta... —  
dijo con voz áspera y  
pastosa, refugiándose en su  
última defensa.**

**—No —confirmó  
implacablemente Jimmy—.  
Debe morir, Ben.**

**Jimmy había hecho la  
demostración para todos;  
había atado en torno del  
brazo inmóvil el aparato de  
tomar la presión arterial y  
lo había inflado. Las cifras  
habían sido 00/00. Jimmy  
había puesto el estetoscopio**

**en el pecho de Susan y les  
había hecho escuchar a  
todos el silencio de aquel  
cuerpo.**

**Algo apareció en la otra  
mano de Ben, quien años  
más tarde no podría  
recordar aún cuál de sus  
compañeros se lo había  
entregado. El martillo. El  
martillo de carpintero, con  
la empuñadura de goma en  
el  
mango.**

**—Hazlo lo más pronto  
posible —le indicó**



**Callahan—, y sal a la luz  
del día. Nosotros nos  
encargaremos  
de todo lo demás.  
Debemos atravesar aguas  
amargas antes de llegar a  
las dulces, pensó Ben.  
—Que Dios me perdone —  
murmuró.  
Levantó el martillo y lo  
dejó caer.  
Éste golpeó la estaca, y el  
estremecimiento gelatinoso  
que se propagó a todo lo  
largo del fresno jamás**

**dejaría de volver en las  
pesadillas de Ben. Como si  
la fuerza del golpe los  
abriera, los párpados de  
Susan se  
levantaron, dejando ver los  
ojos, enormes y azules.. Un  
surtidor de sangre surgió  
por donde había entrado la  
estaca, en un torrente  
brillante y de increíble  
abundancia, que salpicó las  
manos, la camisa, las  
mejillas de**

**Ben. En un instante, el sótano se llenó del cálido y metálico olor de la sangre. Susan se retorció sobre la mesa. Sus manos se levantaron en el aire, en un enloquecido aletear. Sus pies marcaron un ritmo sin sentido sobre la madera de la plataforma. Al abrirse, la boca dejó ver los horribles colmillos lobunos, y de su garganta, como de un clarín del infierno,**

**empezaron a brotar  
alaridos inhumanos.**

**Hilos de sangre descendían  
también de las comisuras  
de la boca.**

**El martillo subía y volvía a  
caen una vez... y otra... y  
otra.**

**En el cerebro de Ben  
resonaban los graznidos de  
una gran bandada de  
cuervos negros. El tumulto  
de sus**

**pensamientos removía  
imágenes terribles y  
olvidadas. Tenía las manos**

**teñidas de escarlata, así  
como la estaca  
y el martillo que caía  
despiadadamente. La  
linterna de Jimmy, que  
temblaba, empezó a  
iluminar  
intermitentemente la cara  
enloquecida de Susan.  
Clavó los dientes en los  
labios, desgarrándolos. La  
sangre se  
derramaba sobre la sábana  
de hilo blanco, haciendo  
sobre ella dibujos que**

**parecían ideogramas  
chinos.**

**Después, repentinamente,  
la espalda se le tensó como  
un arco y la boca se le  
abrió hasta que pareció  
que**

**las mandíbulas iban a  
dislocarse. Un enorme  
borbotón de sangre, más  
oscura, brotó de la herida  
abierta por la  
estaca: la sangre del  
corazón. El alarido que se  
levantó de la cámara de**

**resonancia de esa boca  
abierta subía  
desde los sustratos de la  
más antigua memoria de la  
raza y más allá, hacia las  
húmedas oscuridades del  
alma  
humana. De pronto la  
sangre manó a borbotones  
también de la nariz y la  
boca, en una marea en la  
que había  
algo más. Algo que en la  
débil luz no era más que  
una sugerencia, una**

**sombra, de algo que saltaba y escapaba, castigado, expulsado. Algo que se mezcló con la oscuridad y desapareció.**

**Susan se reclinó hacia atrás, mientras la boca se relajaba y se cerraba. Los labios macerados dejaron escapar un último susurro de aire. Durante un momento los parpadeos aletearon y Ben vio, o le pareció ver, a**



**la Susan que había  
conocido en el parque.**

**Ya estaba hecho.**

**Ben retrocedió, mientras  
dejaba caer el martillo, con  
las manos extendidas ante  
él, como un director de  
orquesta aterrorizado  
porque la sinfonía se le ha  
convertido en un caos.**

**Callahan le apoyó la mano  
en un hombro.**

**—Ben...**

**Ben Mears salió huyendo.  
Tropezó mientras subía por  
las escaleras, se cayó y**

**subió a gatas hacia la luz. El horror de la infancia y el de la edad adulta se habían mezclado. Si miraba por encima de su hombro vería a Hubie Marsten (o tal vez a Straker) pisándole los talones, con una mueca en la cara verdosa e hinchada, con la cuerda profundamente hundida en el cuello, y la mueca dejaba ver colmillos. Dejó escapar un grito desesperado.**

**—No, dejadlo ir —oyó  
decir al padre Callahan.  
Pasó como un torbellino  
por la cocina y salió por la  
puerta. Los escalones del  
porche no existieron para  
sus pies y se precipitó  
directamente sobre la  
tierra. Se puso de rodillas,  
se arrastró un poco,  
consiguió  
levantarse y miró atrás.  
Nada.  
La casa se alzaba, sin  
sentido, despojada ahora**

**de todo su mal. De nuevo era una casa y nada más. Ben Mears se quedó en el silencio del patio sofocado por las hierbas, con la cabeza hacia atrás, aspirando ávidamente el aire.**

**16**

**En el otoño, la noche descende sobre Solar de la siguiente manera: primero el sol pierde su débil influencia sobre el aire y éste se enfría, y le hace recordar a uno que el**

**invierno se acerca, y que el  
invierno  
será largo. Se forman  
nubes y las sombras se  
alargan. Son sombras sin  
espesor, a diferencia de las  
sombras  
del verano; en los árboles  
no hay hojas ni en el cielo  
hay nubes.**

**A medida que el sol se  
acerca al horizonte, su  
amarillo empieza a  
intensificarse hasta  
convertirse en**

**destellos de un naranja  
coléricamente inflamado. Y  
arroja sobre el horizonte  
un resplandor variopinto  
imponiendo al rebaño de  
nubes una alternancia de  
rojo, anaranjado,  
bermellón y púrpura. A  
veces las nubes se  
apartan y dejan pasar  
algún inocente rayo  
amarillo de sol,  
amargamente nostálgico  
del verano que se ha ido.  
Son las siete de la tarde, la  
hora de cenar (en Solar, la**

**comida se sirve al mediodía  
y los hombres salen  
con su merienda en una  
cesta cuando se van a  
trabajar). Mabel Werts,  
con los huesos acorralados  
por la grasa  
enfermiza y pastosa de la  
vejez, está sentada ante una  
pechuga de pollo a la  
parrilla y una taza de té  
Lipton,  
con el teléfono junto al  
codo. En casa de Eva, los  
hombres recurren a las**

**provisiones que cada uno  
tiene:**

**bocadillos, carne de vaca  
enlatada, judías envasadas  
que tienen poco que ver  
con las que preparaba su  
madre**

**hace muchos años, todos  
los sábados, fideos o  
hamburguesas  
recalentadas; compradas al  
volver del trabajo en  
el McDonald's de  
Falmouth. Eva está en la  
habitación de delante, ante**



**la mesa, jugando  
exasperadamente a  
las cartas con Grovel  
Verril, al tiempo que urge a  
los demás para que cada  
uno lave su plato y dejen de  
dar  
vueltas. Nadie recuerda  
haberla visto nunca así,  
nerviosa como un gato.  
Pero los hombres saben  
qué le pasa,  
aunque ella no lo sepa.  
El señor Petrie y su mujer  
están en la cocina,  
comiendo bocadillos y**

**procurando borrar el  
asombro de la  
llamada que acaban de  
recibir, una llamada del  
sacerdote católico del  
pueblo, el padre Callahan:  
«Su hijo está  
conmigo, y está bien.  
Dentro de un rato lo llevaré  
a casa. Adiós.» Después de  
discutir si debían llamar a  
U  
policía, a Parkins Gillespie,  
han decidido esperar un  
poco más. Han advertido  
que hay cambios en su hijo.**

**Pero, aunque no lo admitan, sobre ellos siguen cerniéndose los espectros de Ralphie y de Danny Glick.**

**En la trastienda de su negocio, Milt Crossen está comiendo pan al tiempo que bebe un vaso de leche. Desde que murió su mujer, allá por el sesenta y ocho, casi no tiene apetito.**

**Delbert Markey, el propietario de la taberna, se abre paso entre las cinco**

**hamburguesas que acaba de prepararse a la parrilla. Se las come con mostaza y con cebolla cruda, y durante la mayor parte de la noche se quejará a quien quiera oírlo de que esa maldita acidez acabará con él. El ama de llaves del padre Callahan, Rhoda Curless, no come. Está preocupada porque no sabe dónde está el padre. Harriet Durham y su familia están cenando**

**chuletas de cerdo. Cari  
Smith,  
que enviudó en 1957, se  
conforma con una patata  
hervida y una botella de  
Moxie. En casa de Derek  
Boddin  
han preparado un jamón  
con coles de Bruselas.  
Richie Boddin, el pequeño  
matón derrocado, hace un  
gesto de  
asco. Coles de Bruselas.  
«Pues te las comes si no  
quieres que te arree una**

**patada», le dice su padre,  
que  
tampoco las puede tragar.  
Reggie y Bonnie Sawyer  
comen asado de costillas de  
buey con cereales  
congelados, patatas fritas, y  
de  
postre budín de pan al  
chocolate con salsa de  
Jerez. Todos platos  
favoritos de Reggie.  
Bonnie, a quien han  
empezado a desaparecerle  
las magulladuras, sirve la**

**comida con los ojos bajos.  
Reggie come con calma y  
durante la cena da cuenta  
de tres latas de cerveza.**

**Bonnie come de pie;  
todavía está demasiado  
dolorida**

**paramentarse. Tampoco  
tiene mucho apetito, pero  
de todas maneras come, no  
vaya a ser que Reggie lo  
advierta y diga algo.**

**Después de la paliza que le  
dio aquella noche, su  
marido le arrojó todas las  
pildoras por**

**el inodoro y la violó. Y desde entonces ha seguido violándola todas las noches. A las siete menos cuarto, casi todo el mundo ha acabado de cenar, casi todos los cigarros, cigarrillos y pipas de sobremesa se han apagado, casi todas las mesas están recogidas. Es el momento de lavar, enjuagar y poner a escurrir la vajilla. A los niños pequeños los enfundan en sus pijamas y**



**los mandan a la habitación  
de al  
lado para que se  
entretengan con la  
televisión hasta que sea la  
hora de acostarse.**

**Roy McDougall, a quien  
acaba de carbonizársele la  
sartén donde preparaba las  
chuletas de ternera, entre  
maldiciones arroja todo,  
sartén incluida, en el  
fregadero. Se pone la  
chaqueta tejana y se va a la  
taberna de**

**Dell, dejando que la maldita inútil de su mujer siga durmiendo. El mocoso muerto, la mujer entontecida, la comida carbonizada. Ya es hora de emborracharse. Y tal vez de recoger los bártulos e irse del pueblo. En un pequeño piso alto de Taggart Street, que no lejos de Jointner Avenue termina en un callejón sin salida, Joe Crane recibe un insólito regalo de los dioses.**

**Tras haber terminado de comer un plato de cereales, cuando se sienta a ver la televisión siente un dolor súbito e intenso que le paraliza el lado izquierdo del pecho y el brazo izquierdo. ¿Qué es esto?, se pregunta. ¿El corazón? Y así es como suele suceder. Se levanta, y ha recorrido la mitad de la distancia hasta el teléfono cuando el dolor crece de**

**pronto y le derriba sin  
piedad. El  
pequeño televisor en color  
sigue parloteando sin  
pausa, y transcurrirán  
veinticuatro horas hasta  
que alguien lo  
encuentre. Ocurrida a las  
18.51 horas, la suya es la  
única muerte natural que  
se produce en Salem's Lot  
el 6 de  
octubre.  
A las siete ya la panoplia de  
colores del horizonte se ha**

**reducido a una amarga  
línea anaranjada en el  
oeste, como si alguien  
hubiera amontonado todas  
las brasas de la caldera  
más allá del borde del  
mundo. En el  
este, ya han salido las  
estrellas y centellean como  
diamantes orgullosos. En  
esta época no hay  
misericordia en  
las estrellas, no son  
consuelo de los amantes. Su  
destello es de una bella  
indiferencia.**

**Para los niños ha llegado el momento de acostarse. Es hora de que los bebés sean arropados en sus cunitas, mientras los padres sonríen ante las protestas con que piden que los dejen levantados un rato más, que les dejen la luz encendida. Bondadosamente, abren las puertas de los roperos para que vean que no hay nada escondido allí dentro. En torno de todos ellos, la bestialidad de la noche alza**

**el vuelo con sus alas  
tenebrosas. Ha llegado la  
hora de los vampiros.**

**17**

**Matt dormitaba cuando  
entraron Ben y Jimmy, e  
inmediatamente despertó  
con un sobresalto,  
sujetando  
con más fuerza la cruz en  
su mano derecha.  
Sus ojos se cruzaron con  
los de Jimmy y se  
dirigieron hacia los de Ben.  
—¿Qué ha pasado?**

**Jimmy se lo contó brevemente. Ben no dijo nada.**

**—¿Y el cuerpo?**

**—Callahan y yo lo pusimos boca abajo en una caja que había en el sótano, tal vez la misma de que se valió Barlow para venir al pueblo. Hace una hora que la arrojamos al río Royal. La llenamos de piedras, y la llevamos con el coche de Straker. Si alguien advirtió que el coche estaba**



**aparcado junto al puente,  
habrán**

**pensado que era él.**

**—Hicisteis bien. ¿Dónde  
está Callahan? ¿Y el chico?**

**—Fueron a la casa de  
Mark. Hay que contarles  
todo a sus padres. Barlow  
les amenazó.**

**—Pero ¿lo creerán?**

**—Si no lo creen, Mark  
hará que su padre hable  
contigo.**

**Matt asintió. Parecía muy  
fatigado.**

**—Ven aquí, Ben —pidió—. Acércate y siéntate en la cama.**

**Con rostro impasible y aturdido, Ben se acercó. Se sentó y entrecruzó flojamente las manos sobre las piernas. Sus ojos ardían como carbones encendidos. —Ya sé que para ti no hay consuelo —le dijo Matt mientras le tomaba una mano entre las suyas—. Pero**

**no importa; el tiempo te lo traerá. Por el momento, ella descansa.**

**—Nos tomó el pelo —  
repitió Ben con voz hueca  
—. Se burló de nosotros, de todos. Jimmy, dale la carta. Jimmy entregó el sobre a Matt, quien sacó la hoja de pergamino y la leyó, sosteniendo el papel a pocos centímetros de la nariz. Sus labios se movían levemente al leer.**

**—Sí—dijo cuando dio la carta—, es él. Su egolatría es mayor de lo que me imaginaba. Es algo estremecedor.**

**—A ella la dejó para burlarse —siguió diciendo Ben—. Él ya se había ido, mucho antes. Luchar contra él es como luchar con el viento. No debemos parecerle más que alimañas. Alimañas indefensas que corren de**

**un lado a otro para que él se divierta.**

**Jimmy abrió la boca para decir algo, pero Matt se lo impidió con un movimiento de cabeza.**

**—Estás equivocado —le corrigió Matt—. Si hubiera podido llevarse a Susan consigo, lo habría hecho. ¡Cómo iba a renunciar a uno de sus muertos vivientes por una broma, cuando tiene tan pocos! Ben, piensa por**

**un momento qué habéis  
hecho. Matasteis a Straker,  
su demonio familiar. ¡Si  
hasta él mismo admitió que  
se  
vio obligado a participar en  
el asesinato al despertar  
sus apetitos insaciables! Y  
piensa en lo que debe de  
haberle aterrorizado  
despertar de su sueño sin  
sueños para encontrar que  
un niño, desarmado, había  
dado  
muerte a esa criatura tan  
espantosa.**

**Con cierta dificultad, se sentó en la cama. Ben había vuelto la cabeza y lo miraba; era la primera vez que daba muestras de algún interés desde que los otros habían salido de la casa cuando él estaba ya en el patio trasero.**

**—Y tal vez —siguió cavilando Matt— no sea ésa la victoria mayor. Tú le has arrojado fuera de su casa,**

**de la que él eligió como hogar. Jimmy ha dicho que el padre Callahan esterilizó el sótano con agua bendita y que selló todas las puertas con la hostia. Si vuelve allí, Barlow morirá... y él lo sabe.**

**—Pero se escapó —insistió Ben—. Lo demás ¿qué importa?**

**—Se escapó —repitió suavemente Matt—. ¿Y dónde ha dormido hoy?**



**¿En el maletero de un coche?**

**¿En el sótano de alguna de sus víctimas? Tal vez en el subsuelo de la vieja iglesia metodista de Marshes, la que se quemó en el incendio de 1951. Sea donde fuere, ¿crees que le ha gustado? ¿Piensas que se siente seguro?**

**Ben no respondió.**

**—Mañana empezareis la caza —dijo Matt, mientras**

**sus manos apretaban la de Ben—. No iréis solamente en pos de Barlow, sino de todos los peces pequeños... y después de esta noche habrá muchísimos peces pequeños. El hambre de ellos jamás se satisface. Comen hasta atiborrarse. Las noches son de Barlow, pero durante el día vosotros le perseguiréis hasta que se espante y huya, o hasta que le saquéis a rastras a la**

**luz del sol.**

**Su discurso había hecho que Ben levantara poco a poco la cabeza. En su rostro apareció cierta animación. Ahora, una débil sonrisa le distendió la boca.**

**—Sí, eso mismo —susurró —. Pero no mañana; esta noche. Ahora mismo...**

**La mano de Matt le aferró por el hombro con sorprendente energía, —Esta noche, no. Esta noche la pasaremos**

**juntos... tú y yo, con Jimmy  
y el padre Callahan, y  
Mark y  
sus padres. Ahora, él sabe y  
está asustado. Únicamente  
un loco o un santo se  
atrevería a acercarse a  
Barlow  
cuando está despierto. Y  
ninguno de nosotros es  
nada de eso. —Cerró los  
ojos antes de seguir  
hablando en  
voz baja—. Pero creo que  
estoy empezando a  
conocerlo. Aquí tendido en**

**esta cama de hospital y  
jugando al  
detective, trato de anticipar  
sus acciones poniéndome  
en su lugar. Hace siglos que  
existe, y es inteligente.  
Pero su carta demuestra  
que es también un  
egocéntrico. ¿Y por qué no  
habría de serlo? Su yo ha  
crecido como  
una perla, por sucesivos  
sedimentos, hasta hacerse  
enorme y ponzoñoso. Está  
lleno de orgullo. Y su sed  
de**

**venganza debe ser  
arrolladora pero tal vez al  
mismo tiempo algo que se  
puede aprovechar.**

**Abrió los ojos para mirar  
con solemnidad a ambos, y  
elevó ante sí la cruz.**

**—A e/, esto le detendrá,  
pero es probable que no  
detenga a alguien a quien él  
decida usar, como lo hizo  
con Floyd Tibbits. Creo  
que es posible que esta  
noche intente eliminar a  
algunos de nosotros... o tal  
vez a**

**todos.**

**Miró a Jimmy.**

**—Me parece que cometisteis un error dejando que Mark y el padre Callahan fueran a casa de los padres de Mark. Les podríamos haber llamado desde aquí» pidiéndoles que vinieran, todavía sin saber nada.**

**Ahora**

**estamos separados... y me preocupa especialmente el niño. Jimmy, sería mejor que los llamas... sin**

**tardanza.**

**—De acuerdo —dijo  
Jimmy, y se levantó.  
Matt miró a Ben.**

**—¿Te quedarás con  
nosotros? ¿Lucharás con  
nosotros?**

**—Sí —respondió Ben con  
voz ronca— Claro que sí.  
Jimmy salió de la  
habitación de Matt, se  
dirigió por el pasillo a la  
sala de enfermeras y buscó  
en la guía  
telefónica el número de los  
Petrie. Lo marcó y se**



**quedó escuchando con horror cuando, enjugando el tono de llamada, el auricular le transmitió el tono chillón de una línea fuera de servicio.**

**—Ya es tarde —gimió.**

**Al oír su voz, la supervisora de enfermeras levantó la cabeza y se quedó aterrada ante la expresión de su cara.**

**Henry Petrie era un hombre instruido. Había pasado por varias escuelas técnicas antes de doctorarse en económicas. Había abandonado la docencia en un excelente colegio para hacerse cargo de un puesto administrativo en una compañía de seguros, con la esperanza de aumentar sus ingresos y para comprobar si algunas de sus ideas daban tan buenos resultados en la**

**practica como en teoría. Y los dieron. La meta que se había establecido era empezar la década de 1980 ocupando un alto cargo en el gobierno federal.**

**La vena visionaria de su hijo no era herencia de Henry Petrie; la lógica de su padre era hermética y completa, y el mundo en que vivía estaba organizado con precisión. En las elecciones de 1972 había votado a**

**Nixon, no porque creyera  
en su honradez, ya que más  
de una vez le había dicho a  
su mujer que Richard  
Nixon  
era un ratero sin  
imaginación y con tanta  
sutileza como un ratero,  
sino porque su oponente  
era un aviador  
chinado que hubiera  
llevado al país a la ruina  
económica. Había  
contemplado la  
contracultura de fines de  
los**

**sesenta con tolerancia,  
convencido de que tal  
movimiento se  
desmoronaría por sí solo,  
ya que no tenía una  
base económica en que  
afirmarse. Su amor por su  
mujer y su hijo no era un  
amor bello —nadie  
escribiría  
jamás un poema a la pasión  
de un hombre que contaba  
sus ahorros en presencia de  
su mujer—, pero era firme  
y sin desviaciones. Recto  
como una flecha, confiaba**

**en sí mismo y en las leyes naturales que regían la física,**

**las matemáticas, la economía y (aunque en grado un poco menor) la sociología.**

**Escuchó el relato que le hicieron su hijo y el sacerdote del pueblo mientras tomaba una taza de café y les formulaba lúcidas preguntas en los puntos en que el hilo de la narración**

**se enmarañaba o se perdía.**

**Su calma**

**parecía acentuarse con lo**

**grotesco de la historia y**

**con la creciente agitación**

**de June, su mujer. Cuando**

**hubieron terminado, casi a**

**las siete de la tarde, Henry**

**Petrie expresó su veredicto**

**en cuatro sílabas,**

**meditadas**

**y tranquilas:**

**—Imposible.**

**Mark suspiró y miró a**

**Callahan.**

**—Se lo dije.**

**Efectivamente, se lo había dicho mientras venían de la rectoría en el viejo coche de Callahan.**

**June se dirigió a su marido:**

**—Henry, ¿no te parece que...?**

**—Espera.**

**La palabra y la mano levantada silenciaron a la madre de Mark, que se sentó y rodeó a su hijo con el**

**brazo, apartándolo de la proximidad de Callahan,**



**sin que el muchacho protestara.**

**Henry Petrie miró cordialmente al padre Callahan.**

**—Vamos a ver si podemos enfocar como dos personas razonables este delirio, o lo que sea.**

**—Tal vez sea imposible —respondió Callahan con la misma cordialidad—, pero lo intentaremos. Si estamos aquí, señor Petrie, es porque Barlow les ha**

**amenazado a usted y a su esposa.**

**—¿Es verdad que esta tarde atravesó usted con una estaca el corazón de esa muchacha?**

**—Yo no. Fue el señor Mears quien lo hizo.**

**—¿El cadáver está allí todavía?**

**—Lo arrojaron al río.**

**—Si todo eso es verdad — señaló Petrie—, han implicado ustedes a mi hijo en un crimen. ¿Se da cuenta**

**de eso?**

**—Claro que sí. Era necesario. Señor Petrie, con que llame usted a Matt Burke al hospital...**

**—Oh, estoy seguro de que sus testigos le respaldaran —respondió Petrie, sin abandonar su inquietante sonrisa de suficiencia—. Es una de las cosas fascinantes con estas chifladuras.**

**¿Puedo ver la carta que les dejó ese Barlow?**

**Callahan maldijo para sus adentros.**

**—La tiene el doctor Cody  
—explicó, y agregó como si  
acabara de ocurrírsele—:  
En realidad tendríamos  
que ir al hospital de  
Cumberland. Si habla  
usted con...**

**Petrie sacudió la cabeza.**

**—Antes conversemos un  
poco más. Estoy seguro de  
que sus testigos son de  
confianza, ya se lo he dicho.  
El doctor Cody es nuestro  
médico de cabecera, y nos  
gusta mucho a todos. Y**

**también tengo entendido  
que**

**Matthew Burke es  
irreprochable... como  
profesor, por lo menos.**

**—¿Pese a todo? —terció  
Callahan.**

**—Padre Callahan, se lo  
plantaré a mi manera. Si  
una docena de testigos de  
confianza le contaran que a  
mediodía han visto un  
escarabajo gigante que se  
paseaba por el parque del  
pueblo cantando Dulce  
Adelina y**

**haciendo ondear la  
bandera de la  
Confederación, ¿usted les  
creería?**

**—Si estuviera seguro de  
que los testigos eran de fiar,  
y de que no estaban  
bromeando, estaría  
dispuesto a  
creerles, sí.**

**—Pues en eso diferimos —  
declaró Petrie con su  
sonrisita.**

**—Signo de una mentalidad  
cerrada —señaló Callahan.**

**—No... simplemente de una posición firme y convencida.**

**—Es lo mismo. Dígame, ¿en la compañía donde usted trabaja están de acuerdo en que los ejecutivos tomen decisiones basadas en sus propias creencias y no en los hechos? Eso no es lógica, Petrie; es mojigatería. Petrie dejó de sonreír y se levantó.**

**—La historia que usted me cuenta es inquietante, de eso estoy seguro. Han complicado a mi hijo en algo desatinado y posiblemente peligroso. Tendrán mucha suerte si no terminan ante los tribunales por eso. Voy a llamar a sus amigos para hablar con ellos, y pienso que después lo mejor será que vayamos a ver al señor**



**Burke al hospital para discutir a fondo este asunto.**

**—Qué amable de su parte, renunciar a un principio— agradeció secamente Callahan.**

**Petrie se dirigió a la sala y cogió el teléfono. En vez de oír el tono de marcar se encontró con que la línea estaba en silencio. Con el ceño ligeramente fruncido, movió un poco la horquilla. No hubo respuesta. Volvió a**

**dejar el auricular y regresó a la cocina.**

**—Parece que el teléfono no funciona —anunció.**

**Se irritó al ver la mirada de temeroso entendimiento que intercambiaron Callahan y su hijo.**

**—Puedo asegurarles —dijo con voz un poco más alterada de lo que era su intención— que al servicio telefónico de Salem's Lot no le hacen falta vampiros para funcionar mal**

**En ese momento las luces se apagaron.**

**19**

**Jimmy volvió corriendo a la habitación de Matt.**

**—El teléfono de la casa de Petrie no funciona. Él debe de estar allí. Maldición, qué estúpidos hemos sido...**

**El rostro de Matt pareció encogerse. Ben se apartó de la cama.**

**—¿Es que no veis cómo actúa? —masculló—. ¿Con qué habilidad? Si**

**tuviéramos una hora más  
de luz**

**diurna, podríamos... pero  
no. Ya es tarde.**

**—Tenemos que ir allí—dijo  
Jimmy.**

**—¡No! ¡Eso no! Por  
vuestra vida y la mía, eso  
no.**

**—Pero ellos...**

**—¡Están a la merced de sus  
propios recursos! ¡Lo que  
está sucediendo allí, o lo  
que haya sucedido,  
habrá acabado en el  
momento en que lleguéis!**

**Indecisos, Ben y Jimmy se quedaron en la puerta. Con esfuerzo, Matt se enderezó y habló, en voz baja pero enérgica.**

**—Su egocentrismo es grande y también lo es su orgullo. Son defectos que pueden favorecernos. Pero también tiene una gran inteligencia, y debemos respetarla y tenerla en cuenta. Vosotros me mostraréis la carta... en ella habla de ajedrez. No me cabe duda**

**de que es un jugador  
estupendo. ¿No os dais  
cuenta de que  
lo que se propone hacer en  
esa casa, podría haberlo  
hecho sin cortar la línea  
telefónica? ¡Si lo ha hecho  
es  
para haceros saber que una  
de las piezas blancas está  
en jaque! Él entiende las  
fuerzas, y sabe que la  
victoria  
es más fácil si estas están  
divididas y desorientadas.**

**Por haber olvidado eso se ha apuntado él la primera jugada, por omisión; el grupo originario ha quedado escindido en dos. Si ahora vais a la casa de los Petrie, se escindiré en tres. Yo estoy solo y postrado en cama; soy presa fácil, aunque tenga cruces y libros. Todo lo que necesita es mandar a alguna de sus víctimas, de las que no son todavía**

**muertos vivientes, para que  
me mate  
con un arma cualquiera.  
Entonces no quedaréis más  
que tú y Ben, corriendo en  
la noche hacia vuestra  
propia  
destrucción. Entonces se  
habrá adueñado de Salem's  
Lot. ¿Acaso no lo  
comprendéis?  
Ben fue el primero en  
hablar.  
—Sí —admitió.  
Matt se dejó caer sobre las  
almohadas.**



**—Si hablo así, no es porque tema por mi vida, Ben. Tienes que creerme. Ni siquiera por las vuestras.**

**Temo por el pueblo. Pase lo que pase, tiene que quedar alguien que pueda detenerle mañana.**

**—Sí. Y a mí no me vencerá mientras no haya podido vengar a Susan.**

**El silencio se hizo entre ellos. Jimmy Cody lo rompió.**

**—Tal vez salgan indemnes, de todas maneras —dijo—. Creo que ha subestimado a Callahan, y estoy seguro de que subestima al muchacho. Ese chico es increíble.**

**—No perdamos la esperanza —dijo Matt, y cerró los ojos. Se dispusieron a esperar.**

**20**

**El padre Donald Callahan estaba de pie en un lado de la espaciosa cocina de los Petrie, sosteniendo en**

**alto la cruz de su madre,  
que inundaba la estancia  
con un resplandor  
espectral. Del otro lado,  
junto al  
fregadero, estaba Barlow,  
que con una mano  
inmovilizaba las de Mark a  
la espalda del chico, en  
tanto que con  
la otra le rodeaba el cuello.  
En medio de ellos, tendidos  
en el suelo entre los  
fragmentos del cristal que  
había**

**destrozado Barlow al entrar, yacían los cuerpos de Henry y June Petrie. Callahan estaba aturdido. Todo había sucedido con tal rapidez que no podía entenderlo. En un momento estaban discutiendo el asunto racionalmente con Petrie, bajo la brillante sensatez de las luces de la cocina, y al siguiente se habían visto sumergidos en la insania que el padre de Mark**

**negaba con tanta calma y tan comprensiva firmeza. Mentalmente, el padre Callahan procuró reconstruir lo sucedido. Petrie había vuelta a informarles que el teléfono no funcionaba. Casi inmediatamente se habían quedado sin luz. June Petrie dio un grito. Se oyó caer una silla. Durante unos momentos todos habían andado a tientas**

**en la oscuridad,  
llamándose unos a otros.  
Después, la ventana que  
había sobre el fregadero de  
la cocina se  
había roto  
estrepitosamente hacia  
dentro, llenando de vidrios  
el suelo de linóleo. Todo eso  
había pasado en  
menos de treinta segundos.  
Después una sombra había  
entrado en la cocina, y  
Callahan había conseguido  
romper el hechizo que lo**

**inmovilizaba. Aferró torpemente la cruz que llevaba al cuello, y tan pronto como sus dedos la tocaron, el cuarto se inundó de luz sobrenatural.**

**Vio que Mark procuraba arrastrar a su madre hacia la arcada que daba a la sala. Henry Petrie estaba junto a ellos, con la cabeza vuelta, su rostro sereno súbitamente boquiabierto al contemplar esa invasión**

**absolutamente ilógica. Y tras él, alzándose sobre todos ellos, la pálida mueca de un rostro que parecía sacado de un cuadro de Frazetta y que al sonreír dejó al descubierto los largos y agudos colmillos. Los ojos enrojecidos parecían las calderas del infierno. Las manos de Barlow se extendieron (apenas si Callahan tuvo tiempo de advertir que esos dedos lívidos eran largos y**



**sensibles como los de un concertista de piano) hasta aferrar la cabeza de Henry Petrie y la de June, para hacerlas chocar con un crujido estremecedor. Los dos se habían desplomado sobre el suelo, demostrando así que la primera amenaza de Barlow se había cumplido. Mark dejó escapar un grito desgarrador y, sin pensarlo, se arrojó contra Barlow.**

**—¡Y por fin vienes! —  
había exclamado Barlow  
con tono de buen humor y  
voz profunda y poderosa.  
Mark, que le había atacado  
en un impulso, quedó  
instantáneamente  
atrapado.**

**Con la cruz en alto,  
Callahan se adelanto.  
La mueca de triunfo de  
Barlow se convirtió en un  
rictus de agonía. Se  
tambaleó mientras  
retrocedía**

**hacia el fregadero,  
arrastrando al niño delante  
de sí. Los pies de ambos  
crujían al pisar los cristales  
rotos.**

**—En el nombre de Dios...**

**—empezó Callahan.**

**Al oír aquello Barlow dejó  
escapar un grito como si le  
hubieran azotado, con una  
mueca que dejaba ver  
el brillo maligno de sus  
colmillos. Los músculos del  
cuello se marcaban con  
enérgica nitidez.**

**—¡No te acerques! —gritó  
—. ¡No te acerques porque  
seccionaré la yugular y la  
carótida del chico antes  
de que puedas respirar  
siquiera!**

**Mientras hablaba, el labio  
superior dejaba ver los  
largos caninos aguzados  
como agujas, y al terminar,  
su  
cabeza descendió con la  
ávida velocidad de una  
serpiente, pasando a un  
centímetro escaso del cuello  
de Mark.**

**Callahan se detuvo.**

**—Atrás —ordenó Barlow, volviendo a sonreír—. Tú de tu lado de la mesa y yo del otro, ¿eh?**

**Callahan retrocedió lentamente, siempre sosteniendo su cruz al nivel de los ojos, de manera que podía mirar por encima de sus brazos. Parecía que en la cruz latiera un fuego encadenado, y su poder le levantaba el**

**brazo hasta hacer que sus  
músculos temblaran.  
Los dos se enfrentaron.  
—Juntos, por fin! —  
exclamó Barlow, sonriente.  
Su rostro era enérgico e  
inteligente y, de cierta  
manera extraño y  
repulsivo, bello; sin  
embargo, según  
como le diera la luz,  
parecía casi afeminado.  
¿Dónde había visto  
Callahan un rostro así? El  
recuerdo volvió en**

**ese momento, el de mayor  
terror que hubiera vivido:  
la cara del señor Flip, su  
propio monstruo personal,  
eso**

**que durante el día se  
ocultaba en el armario y  
que salía después de que su  
madre hubiera cerrado la  
puerta del  
dormitorio. No le dejaban  
mantener una luz  
encendida de noche, ya que  
sus padres estaban de  
acuerdo en que**

**la manera de superar esos  
miedos infantiles era  
hacerles frente, y todas las  
noches, cuando la puerta se  
cerraba  
suavemente y los pasos de  
su madre se perdían en el  
vestíbulo, la puerta del  
armario se entreabría y él  
podía  
percibir (¿o lo veía  
realmente?) el delgado  
rostro blanco y los ojos  
ardientes del señor Flip. Y  
ahí estaba otra**



**vez, fuera del armario,  
mirando fijamente por  
encima del hombro de  
Mark, con su blanca cara  
de payaso de  
ojos fascinantes y labios  
rojos y sensuales.**

**—¿Y ahora? —preguntó  
Callahan.**

**Su voz no parecía la suya.  
No apartaba la vista de los  
dedos de Barlow, esos  
dedos largos y sensibles,  
cubiertos de pequeñas  
manchas azules, que**

**oprimían levemente la garganta del chico.**

**—Eso depende. ¿Qué estás dispuesto a dar a cambio de este desgraciado?**

**Mientras hablaba, le retorció las muñecas a Mark, con la esperanza de cerrar su pregunta con un alarido,**

**pero Mark no le dio gusto.**

**Salvo el súbito silbido del aire al escapársele entre los dientes apretados, se mantuvo en silencio.**

**—Ya gritarás —le susurró  
Barlow, cuyos labios  
esbozaban una mueca de  
odio feroz—. ¡Ya gritarás  
hasta que te estalle la  
garganta!**

**—¡Déjale ya! le ordenó  
Callahan.**

**—¿Y por qué? —El odio se  
borró de su cara y una  
sombria sonrisa  
resplandeció en su lugar—.**

**¿Quieres  
que perdone al chico, que  
lo deje para otra noche?**

**-¡Sí!**

**Con una suavidad que era casi un ronroneo, Barlow volvió a hablar:**

**—Entonces, ¿tú arrojarás la cruz y nos enfrentaremos en las mismas condiciones... blanco contra negro?**

**¿Tu fe contra la mía?**

**—Sí —repitió Callahan, ya no con tanta firmeza.**

**—¡Pues hazlo! —Los labios se le movían en un gesto de anticipación. La frente le brillaba bajo la**

**espeluznante luz que  
iluminaba la escena.**

**—¿Y confiar en que tú le  
dejes ir? Menos tonto sería  
meterme una serpiente de  
cascabel en la camisa,  
confiando en que no me  
mordiera.**

**—Pues yo confío en ti..  
¡mira!**

**Dejó en libertad a Mark y  
se mantuvo inmóvil,  
levantando en el aire las  
dos manos.**

**Por un momento el chico se  
quedó quieto, incrédulo, y**

**después corrió hacia sus  
padres.**

**—¡Corre, Mark! —gritó  
Callahan—. ¡Huye!**

**Mark le miró con ojos  
oscurecidos y enormes.**

**—Creo que están  
muertos...**

**—¡Corre!**

**Lentamente, el chico se  
puso de pie y se volvió  
hacia Barlow.**

**—Pronto, hermanito —le  
dijo éste, casi con  
benignidad—. Dentro de  
poco tiempo, tú y yo...**

**Mark le escupió en la cara.  
A Barlow se le cortó el  
aliento y su rostro se llenó  
de una furia irreprimible.  
Callahan vio en sus ojos  
una  
crueldad más negra que el  
propio infierno.  
—Me has escupido —  
balbuceó Barlow.  
Su cuerpo tembloroso se  
mecía de cólera. Vacilante,  
se adelantó un paso, con  
inseguridad de ciego.**

**—¡Atrás! —fe gritó  
Callahan, volviendo a  
adelantar su cruz.**

**Barlow gimió y levantó las  
manos delante de la cara.**

**Los destellos de la cruz  
tenían un resplandor  
enceguecedor, y si se  
hubiera atrevido a  
acorralarlo, en ese  
momento Callahan podría  
haberle derrotado.**

**—Te mataré —prometió  
Mark, y desapareció, como  
un remolino de aguas  
siniestras.**



**Pareció que Barlow  
aumentara de altura. Su  
pelo, peinado hacia atrás,  
daba la impresión de flotar  
alrededor del cráneo.**

**Llevaba un traje oscuro  
con corbata burdeos,  
impecablemente anudada,  
y a los ojos de  
Callahan se aparecía como  
parte de la oscuridad que le  
rodeaba. En la  
profundidad de las órbitas,  
los ojos**

**ardían con un resplandor  
sombrió y maligno, como  
tizones.**

**—Ahora cumple tu parte  
del trato, charlatán.**

**—¡Soy un sacerdote! —le  
espetó Callahan.**

**Barlow le hizo una  
pequeña reverencia  
burlona.**

**—Sacerdote —repitió con  
tono de desprecio.**

**Callahan estaba indeciso.**

**¿Por qué arrojar la cruz?**

**Ahuyentarlo, salvar la  
situación por esa noche, y**

**mañana...**

**Pero en su mente algo más profundo le advertía que rehuir el compromiso del vampiro era arriesgarse demasiado. Si no se atrevía a separarse de la cruz, eso sería como admitir...**

**admitir ¿qué? Si las cosas no se**

**desarrollaran con tanta rapidez, si tuviera tiempo de pensar, de razonar...**

**El brillo de la cruz estaba extinguiéndose.**

**Callahan la miró con ojos dilatados. En el vientre, el miedo se convirtió en una maraña de alambres al rojo. Con un sobresalto, levantó la cabeza para mirar a Barlow, que se le acercaba lentamente a través de la cocina, con una sonrisa amplia, casi voluptuosa. —¡Atrás! —bramó roncamente Callahan mientras a su vez retrocedía—. ¡Te lo ordeno en nombre de**

**Dios!**

**Barlow se rió en su cara.**

**El resplandor de la cruz no era más que una débil luz vacilante, cruciforme. Las sombras habían vuelto al rostro del vampiro, haciendo de sus rasgos una máscara extraña y cruel, dibujada con líneas y triángulos bajo los pómulos salientes. Callahan retrocedió un paso más y chocó contra la mesa de la cocina; del otro lado sólo estaba la pared.**

**—Ya no tienes a dónde ir  
—murmuró Barlow. En sus  
ojos sombríos bullía una  
alegría infernal—. Qué  
triste es ver vacilar la fe de  
un hombre. Oh, sí...**

**La cruz tembló en la mano  
de Callahan y de pronto su  
luz terminó de  
desvanecerse. No era más  
que un  
trozo de yeso que su madre  
había comprado en una  
tienda de recuerdos de  
Dublín, probablemente a  
un precio**

**ínfimo. El poder que antes  
había comunicado a su  
brazo, un poder suficiente  
para derribar paredes y  
partir  
piedras, había  
desaparecido. Los  
músculos recordaban su  
palpitación, pero no podía  
reproducirla.**

**Desde las tinieblas, Barlow  
tendió la mano y le  
arrebató la cruz de entre  
los dedos. Callahan lanzó  
un**

**grito de agonía, el grito  
que, sin llegar jamás a la  
garganta, había vibrado en  
el alma de aquel niño de  
antaño a**

**quien todas las noches  
dejaban solo con el señor  
Flip, que desde el armario  
entreabierto lo espiaba por  
entre**

**los postigos del sueño. Y el  
ruido que siguió le acosaría  
por el resto de su vida: dos  
chasquidos secos,  
mientras Barlow rompía  
los brazos de la cruz, y el**



**ruido con que los trozos  
cayeron al suelo.**

**—¡Dios te maldiga! —le  
gritó.**

**—Pasó el momento del  
melodrama —dijo desde  
las tinieblas, con tristeza  
casi, la voz de Barlow—. Ya  
no es necesario. Tú has  
olvidado la doctrina de tu  
propia Iglesia, ¿no es así?  
La cruz, el pan y el vino, el  
confesionario... no son más  
que símbolos. Sin fe, la  
cruz no es más que**

**madera, el pan trigo  
cocido, el vino  
uva fermentada. Si  
hubieras arrojado la cruz,  
podrías haberme vencido  
otra noche. En cierto  
modo, yo  
esperaba que fuera así.  
Hace muchísimo tiempo  
que no me enfrento con un  
contrincante de peso. El  
chico  
vale diez veces más que tú,  
falso cura.  
De pronto, surgiendo de la  
oscuridad, unas manos de**

**fuerza sorprendente se  
apoderaron de los hombros  
del padre Callahan.**

**—Creo que ahora recibirás  
gozoso el olvido de mi  
muerte. Para los muertos  
vivientes no hay recuerdos.  
No hay más que hambre y  
la necesidad de servir al  
amo. Yo podría valerme de  
ti enviándote entre tus  
amigos,  
pero no lo necesito. Si no  
estás para ayudarles no  
pueden mucho. Y el chico**

**les contará lo que ha pasado. Tal vez haya un castigo más adecuado para ti, cura. Trató de escabullirse, pero las manos le sujetaban con fuerza.**

**Después, una mano le soltó. Se oyó el susurro de una tela al correr sobre la piel desnuda, y después algo que rascaba.**

**Las manos se dirigieron al cuello de Callahan.**

**—Ven, falso sacerdote.**

**Aprende lo que es una**

**verdadera religión. Toma  
mi comunión.**

**Una" horrible oleada de  
comprensión inundó a  
Callahan.**

**—¡No! No..., no...**

**Pero las manos eran  
implacables. Le atraían la  
cabeza hacia adelante...  
hacia adelante.**

**—Ahora, sacerdote —  
susurró Barlow.**

**Y le oprimió la boca contra  
la hedionda piel de su  
garganta helada, donde  
latía una vena abierta.**

**Callahan retuvo el aliento durante lo que le pareció una eternidad, debatiéndose inútilmente, manchándose de sangre las mejillas, la frente, el mentón. Finalmente, bebió.**

**21**

**Ann Norton se bajó del automóvil y echó a andar a través del aparcamiento del hospital, dirigiéndose a las brillantes luces de la recepción. En el cielo, las nubes habían escamoteado**

**las estrellas y pronto  
empezaría  
a llover. Ann no levantó los  
ojos para mirar las nubes.  
Caminaba como un  
autómata, mirando  
directamente al  
frente.**

**Su aspecto era muy  
diferente del de la dama  
que había conocido Ben  
Mears aquella primera  
noche que  
Susan le invitó a comer con  
su familia: una dama de  
mediana estatura, vestida**

**con una túnica de lana  
verde  
que no proclamaba  
riquezas, pero que hablaba  
de holgura material. Una  
dama que no era hermosa,  
pero que  
se cuidaba y era agradable  
a la vista, con el pelo gris  
recientemente ondulado.  
La mujer ahora llevaba las  
piernas desnudas, y sin el  
disfraz de las medias, las  
varices se destacaban  
inequívocamente. Llevaba  
una raída bata amarilla**



**sobre el camisón, y el  
viento le alborotaba el pelo  
en  
desordenados mechones,  
Tenía el rostro pálido, y  
oscuros círculos de sombra  
se le dibujaban bajo los  
ojos.**

**Ya se lo había dicho a  
Susan, ya la había  
prevenido sobre ese Mears  
y sus amigos, le había  
alertado  
sobre el hombre que la  
había asesinado, a  
instancias de Matt Burke.**

**Había sido una confabulación, sí. Ann Norton lo sabía. Él se lo había contado.**

**Se había pasado todo el día enferma y con sueño, casi sin poder levantarse de la cama. Y después de mediodía, cuando había caído en esa pesada somnolencia mientras su marido iba a responder las estúpidas preguntas del formulario para denunciar personas desaparecidas, él se le**

**había aparecido en un  
sueño. Tenía  
un hermoso rostro,  
autoritario y arrogante. La  
nariz tenía algo de halcón,  
el pelo le descubría  
ampliamente la  
frente, y su boca firme y  
fascinante ocultaba unos  
dientes blancos que la  
nacían estremecer cuando  
él sonreía.**

**Y los ojos... tan rojos, y con  
esa cualidad hipnótica  
Cuando él la miraba con**

**esos ojos, Ann no podía apartar la vista... ni quería. Él se lo había contado todo, y le había dicho lo que debía hacer, asegurándole que cuando lo hubiera hecho podría estar con su hija, y con tantos otros, y con él A pesar de Susan, a quien Ann quería agradar era a él; para que le diera lo que ella necesitaba con tanta avidéz: el toque, la penetración.**

**Llevaba en el bolsillo el revólver 38 de su marido. Entró en la recepción y se dirigió al escritorio de la recepcionista. Si alguien intentaba detenerla, ya sabría hacerse valer. Y no con disparos. No era cuestión de disparar hasta que hubiera llegado a la habitación de Burke. Él se lo había dicho. Si la atrapaban y la detenían antes de que hubiera hecho el trabajo, él no**

**volvería a visitarla, a darle  
besos ardientes en la noche.  
En el escritorio había una  
chica joven, de cofia y  
uniforme blanco, que  
resolvía un crucigrama al  
suave  
resplandor de la lámpara  
que la iluminaba desde la  
consola. Por el pasillo,  
dándoles la espalda, se  
alejaba un  
asistente.  
La enfermera de guardia la  
miró con una sonrisa**

**profesional cuando oyó sus pasos, pero la sonrisa se esfumó al ver a la mujer de ojos alucinados que se le acercaba, vestida con ropa de cama. Aunque inexpresivos, esos ojos tenían un brillo extraño, y le daban el aspecto de un juguete que alguien hubiera puesto en movimiento. Una paciente, tal vez, que andaba extraviada.**  
**—Señora, si...**

**Ann Norton sacó del bolsillo el arma, como un asesino a sueldo, y apuntó a la cabeza de la enfermera.**

**—Vuélvete —le dijo.**

**La boca de la muchacha se contrajo y con un movimiento convulsivo inspiró aire.**

**—No grites; si lo haces te mataré.**

**La chica había palidecido.**

**—Vuélvete.**

**Lentamente, la enfermera se levantó y se volvió. Ann**



**Norton tomó por el cañón el 38 y se preparó para descargar la culata en la cabeza de la enfermera.**

**En ese preciso instante, una patada en los pies la derribó.**

**22**

**El revólver salió volando.**

**La mujer envuelta en la raída bata amarilla no gritó, sino que emitió un gemido largo y agudo, casi plañidero. Como un cangrejo, se arrastró hacia el arma, en tanto que el**

**hombre .que estaba tras  
ella, con  
aspecto perplejo y  
asustado, se precipitaba  
también a recogerla.**

**Cuando vio que ella sería la  
primera en  
alcanzarla, la envió de un  
puntapié a través de la  
alfombra.**

**—¡Eh! —vociferó—. ¡Eh,  
socorro!**

**Ann Norton le miró por  
encima del hombro, sin  
dejar de emitir su silbido,**

**el rostro desencajado en una tensa mueca de odio, y después trató de alcanzar el revólver. El asistente que se había acercado corriendo miró con estupor la escena y después se apoderó del arma, que estaba casi a sus pies.**

**—Por Dios —exclamó—. Si está carga...**

**Ann se precipitó sobre él. Sus manos le rasgaron la cara, mientras el**

**sorprendido asistente  
trataba de  
impedirle alcanzar el  
revólver. Sin dejar de  
gemir, la mujer intentó  
arrebátárselo.**

**Otro hombre consiguió  
inmovilizarla. Más tarde,  
declararía que al sujetarla  
le había parecido agarrar  
una  
bolsa llena de serpientes.  
Bajo la bata, el cuerpo era  
calido y repulsivo, y no  
había músculo que no se  
contrajera y retorciera.**

**Mientras Ann luchaba por soltarse, el asistente le asestó un puñetazo en la mandíbula, y la mujer se desplomó.**

**El asistente y el hombre se miraron.**

**La enfermera a cargo de recepción gritaba con todas sus fuerzas, cubriéndose la boca con las manos, y sus gritos tenían un extraño efecto de sirena de niebla.**

**—Pero ¿qué clase de hospital es éste caramba?  
—preguntó el hombre.  
—Que me aspen si lo sé —  
masculló el asistente—.  
¿Qué demonios ha pasado?  
—Yo iba a visitar a mi  
hermana, que acaba de  
tener un bebé, cuando vino  
ese chico a decirme que  
acababa de entrar una  
mujer con un revólver, y...  
—¿Qué chico?  
El hombre que había ido a  
visitar a su hermana miró**

**alrededor. El vestíbulo de recepción iba llenándose de gente, pero todos parecían normales.**

**—Ahora no lo veo, pero estaba aquí. ¿El arma está cargada?**

**—Sin duda —afirmó el asistente.**

**—Pero ¿qué clase de hospital es éste, caramba?**

**—volvió a preguntar el hombre.**

**23**

**Habían visto a dos enfermeras corriendo en**

**dirección a los ascensores,  
y se había oído un vago  
alboroto**

**procedente de las escaleras.**

**Ben miró a Jimmy, y éste se  
encogió de hombros. Matt  
dormitaba con la boca  
abierta.**

**Ben cerró la puerta y  
apagó las luces. Jimmy se  
agazapó a los pies de la  
cama de Matt, y cuando  
oyeron**

**que los pasos vacilaban del  
otro lado de la puerta, Ben  
se colocó junto a ella,**



**alerta. Al ver que se abría y que  
asomaba una cabeza, le  
aplicó un puñetazo  
mientras con la otra mano  
le ponía la cruz frente a la  
cara.**

**—¡Suéltame!**

**Instantáneamente se  
encendió la luz del techo y  
vieron a Matt, sentado en  
la cama, mirando con ojos  
parpadeantes a Mark  
Petrie, que se debatía en los  
brazos de Ben.**

**Jimmy se levantó para correr hacia el chico, pero de repente vaciló.**

**—Levanta el mentón.**

**Mark obedeció mostrándoles a los tres que no tenía marcas en el cuello.**

**Jimmy suspiró.**

**—Hijo, jamás en mi vida me he alegrado tanto de ver a nadie. ¿Dónde está el padre?**

**—No lo sé —respondió**

**Mark—. Barlow me atrapó... mató a mis**

**padres. Están muertos. Mis  
padres  
están muertos. Golpeó sus  
cabezas una contra otra.  
Los mató. Después me  
atrapó y dijo al padre  
Callahan que  
si él le prometía arrojar su  
cruz, me dejaría ir. El  
padre Callahan lo prometió  
y yo escapé. Pero antes de  
huir le  
escupí. Le escupí y voy a  
matarlo.  
De pie ante la puerta, se  
tambaleaba. Tenía la frente**

**y las mejillas arañadas por las ramas. Había venido corriendo por el bosque, por la senda donde tiempo atrás Danny Glick y su hermano habían encontrado su destrucción. Al vadear Taggart Stream, se había mojado los pantalones hasta las rodillas. Después alguien le había llevado en coche, pero no podía recordar quién. Era un coche que**

**tenía la radio encendida, de  
eso se  
acordaba.**

**Ben sentía la lengua  
entumecida, y no sabía qué  
decir.**

**—Mi pobre niño —dijo  
Matt—. Mi pobre y  
valiente niño.**

**Los rasgos de Mark  
empezaron a aflojarse. Los  
ojos se le cerraron y la  
boca temblorosa se  
contrajo de  
dolor.**

**—Mi mama madre.**

**Tambaleante, dio unos  
pasos a tientas, y Ben le  
sostuvo en sus brazos, le  
envolvió y le meció  
mientras  
las lágrimas anegaban sus  
ojos.**

**24**

**El padre Donald Callahan  
no sabía cuánto hacía que  
caminaba en la oscuridad.  
Había vuelto hacia el  
pueblo tambaleándose por  
Jointner Avenue, sin pensar  
en su coche, que quedó**

**aparcado en casa de los  
Petrie.**

**A ratos andaba por el  
medio de la carretera.  
para luego seguir por la  
acera, vacilante. Un coche  
se precipitó hacia él con los  
faros encendidos  
mientras hacía sonar el  
claxon, hasta que en el  
último momento viró,  
haciendo chirriar los  
neumáticos en el  
asfalto. Cuando ya estaba  
cerca de la parpadeante luz  
amarilla, empezó a llover.**

**En las calles no había nadie; esa noche, puertas y postigos se habían cerrado en Salem's Lot. El restaurante estaba vacío, y en el bar de Spencer la señorita Coogan estaba sentada junto a la caja registradora, leyendo una fotonovela bajo la fría luz de los tubos fluorescentes. Fuera, bajo el cartel de neón que mostraba el perro azul en la mitad de un salto, un letrero rojo de**



**neón anunciaba:  
AUTOBÚS,  
Tenían miedo, imaginó  
Callahan, y no les faltaban  
razones para ello. Dentro  
de ellos había algo que  
percibía el peligro, y esa  
noche, en Solar, se habían  
echado cerrojos que  
durante años no se habían  
cerrado.**

**Andaba solo por las calles,  
él, el único que no tenía  
nada que temer. Qué  
paradójico. Su risa sonó  
como**

**un sollozo desesperado. A él  
ningún vampiro le tocaría.  
A otros tal vez, pero a él no.  
El amo le había  
señalado, y hasta que lo  
reclamara estaría en  
libertad.**

**La iglesia de St. Andrew se  
elevaba ante él.**

**Un momento de vacilación;  
después echó a andar por  
la senda. Entraría a rezar.  
Pasaría toda la noche en  
oración, si era necesario. Y  
no rezaría al nuevo Dios, al**

**Dios de los guetos y la conciencia social y la medicina gratuita, sino al Dios de mañana, al que por mediación de Moisés había proclamado que no toleraría la existencia de hechiceros y que había otorgado a su Hijo el poder de levantarse de entre los muertos. Una segunda oportunidad, Dios. Toda mi vida para la penitencia a cambio de una segunda oportunidad.**

**Torpemente subió los escalones, el hábito enfangado, en su boca el sabor de la sangre de Barlow.**

**Al llegar arriba se detuvo y tendió la mano hacia el picaporte de la puerta central.**

**Al tocarlo se produjo un relámpago azul que lo arrojó de espaldas. El dolor le recorrió el cuerpo al caer hecho un ovillo sobre los peldaños de granito y rodar hasta el sendero.**

**Tembloroso, con la mano  
ardiendo, quedó tendido  
bajo la lluvia.**

**Levantó la mano para  
mirársela. Estaba  
quemada;**

**—Impuro —balbuceó—.**

**Oh, Dios, qué impuro soy.  
Y se echó a temblar.**

**Aferrándose los hombros  
con las manos, se  
estremeció bajo la lluvia  
mientras la  
iglesia se alzaba a sus  
espaldas, con las puertas  
cerradas para él.**

**25**

**Mark Petrie estaba sentado en la cama de Matt, en el mismo sitio donde se había sentado Ben cuando él y Jimmy entraron. Mark se había enjugado las lágrimas con la manga de la camisa, y aunque tenía los ojos hinchados y enrojecidos, aparentemente se dominaba.**

**—Tú sabes que la situación de Salem's Lot es**

**desesperada, ¿verdad? —le preguntó Matt.**

**El chico asintió.**

**—Ya en este momento, sus muertos vivientes están recorriéndola como serpientes —continuó sombríamente Matt—, ganando a otros para sus filas. Esta noche no podrán apoderarse de todos, pero mañana os espera una misión terrible.**

**—Matt, quiero que duerma usted un poco —intervino**

**Jimmy—. No se preocupe,  
todos estaremos aquí.  
No tiene buen aspecto. Esto  
ha sido un esfuerzo  
excesivo para usted...**

**—Mi pueblo está  
desintegrándose ante mis  
ojos, ¿y tú quieres que  
duerma? —Sus ojos le  
miraron con  
mirada febril desde el  
rostro consumido.**

**—Si quiere estar presente  
cuando esto acabe, es  
mejor que ahorre sus**



**fuerzas —insistió Jimmy—.**

**Se lo**

**digo como médico, diablos.**

**—Está bien. Enseguida. —**

**Matt miró a todos—.**

**Mañana, vosotros tres**

**debéis ir a casa de Mark.**

**Tendréis que preparar**

**estacas. Muchas.**

**Lentamente, fueron**

**comprendiendo lo que eso**

**significaba.**

**—¿Cuántas? —preguntó**

**Ben.**

**—Yo diría que por lo**

**menos trescientas, pero os**

**aconsejo que preparéis quinientas.**

**—Es imposible —se opuso Jimmy—. No puede ser que haya tantos.**

**—Los muertos vivientes están sedientos — respondió Matt—, y es mejor que estéis preparados. Tenéis que ir juntos. No os atreváis a separaros, ni siquiera de día. Será como una cacería, se trata de comenzar por**

**un extremo del pueblo y  
llegar hasta el otro. —  
Jamás podremos  
encontrarlos a todos —  
objetó Ben—. Ni  
siquiera si pudiéramos  
comenzar con las primeras  
luces y trabajar hasta la  
noche.**

**—Tenéis que intentarlo,  
Ben. Tal vez la gente  
empiece a creerlos. Algunos  
os ayudarán, si les  
demostráis  
que es verdad lo que decís.  
Y cuando vuelva a**

**descender la oscuridad,  
gran parte de su obra  
estará deshecha  
—suspiró—. Tenemos que  
suponer que hemos perdido  
al padre Callahan, y eso es  
malo. Pero así y todo  
vosotros debéis seguir  
adelante. Tendréis que ser  
cuidadosos. Estar  
dispuestos a mentir. Si os  
detienen y  
encarcelan, eso también  
servirá a su propósito. Y si  
no lo habéis considerado  
todavía, será mejor que lo**

**hagáis: existen todas las posibilidades de que si alguno de nosotros vive y triunfa, no sea más que para verse procesado por asesinato. Fue mirándolos a la cara, uno a uno. Lo que vio en ellos debió de dejarle satisfecho, porque volvió a atender a Mark. —¿Tú sabes cuál es la tarea más importante? —Sí — respondió Mark—. Matar a Barlow. Matt sonrió débilmente.**

**—Me temo que eso es planear las cosas al revés. Primero tenemos que encontrarle. —Miró al chico—.**

**¿Esta noche no viste algo, no oíste, oíste o tocaste algo que pudiera ayudar a localizarlo? ¡Piénsalo antes de contestar! ¡Tú sabes mejor que nadie la importancia de esto!**

**Mark reflexionó. Ben no había visto jamás que nadie se tomara una orden**

**tan al pie de la letra. Apoyó  
el  
mentón en la palma de la  
mano y cerró los ojos.  
Daba la impresión de estar  
recorriendo  
minuciosamente hasta  
el último detalle de la  
experiencia de esa noche.  
—Nada —dijo por fin,  
sacudiendo la cabeza,  
después de abrir los ojos y  
mirar por un momento a  
sus  
acompañantes.**

**Pese a la decepción que se reflejó en su cara, Matt no cejó.**

**—¿Una hoja pegada en la chaqueta, tal vez? ¿Un poco de césped en los pantalones? ¿Barro en los zapatos? ¿Algún hilo que le colgara? —Con un gesto de impotencia, aporreó la cama. Por Dios santo, ¿es posible que no tenga un punto débil?**

**De pronto, los ojos de Mark se dilataron.**



**—¿Qué? —preguntó Matt, cogiéndole por el codo—.**

**¿Qué es? ¿De qué te has acordado?**

**—Tiza azul —dijo Mark—. Cuando me rodeaba el cuello con el brazo, pude ver su mano. Tenía los dedos largos y blancos, y en dos dedos tenía manchas de tiza azul.**

**—Tiza azul —repitió pensativamente Matt.**

**—Debe de ser en algún colegio -conjeturó Ben.**

—El instituto no es —  
objetó Matt—. Toda la tiza  
se le compra a la compañía  
Dennison, de Portland, y  
ellos sólo fabrican blanca y  
amarilla. Hace años que la  
llevo en la ropa y los dedos.  
—¿Y las clases de arte?—  
preguntó Ben.  
—No, en la secundaria no  
se dictan más que artes  
gráficas, y allí usan tintas,  
no tizas. Mark, ¿estás  
seguro de que era...?  
—Tiza—asintió el chico.

**—Creo que algunos profesores de asignaturas científicas usan tizas de colores, pero, ¿qué lugar para esconderse tendría en el instituto? Tú lo viste... es un solo piso, y todo de cristal. Y entra y sale gente todo el día. Lo mismo pasa con el sótano de las calderas.**

**—¿Y detrás del escenario? Matt se encogió de hombros.**

**—Ahí está bastante oscuro.  
Pero si la señora Rodin me  
ha sustituido y están  
ensayando la comedia,  
debe  
de haber mucho  
movimiento en esa zona.  
Para él sería un riesgo.  
—¿Y qué pasa con los  
colegios? —preguntó  
Jimmy—. En los grados  
inferiores les enseñan a  
dibujar, y  
apuesto cien dólares a que  
una de las cosas que hay**

**más a mano son tizas de colores.**

**—El colegio de Stanley Street—explicó Matt— fue construido con los mismos fondos que el instituto.**

**También es moderno y tiene una sola planta, con muchos ventanales para que entre el sol. No es el tipo de edificio que le gustaría frecuentar a nuestro amigo. Ellos prefieren los edificios viejos, llenos de tradición, oscuros y húmedos como...**

**—Como el colegio de Brock Street —completó Mark. —Sí. —Matt miró a Ben—. El colegio de Brock Street es un edificio de madera, con tres pisos y sótano, construido más o menos en la misma época que la casa de los Marsten. En el momento de aprobar la construcción, se habló en el pueblo de que correría un constante riesgo de incendio. Ésa fue una de las razones de que se**

**decidieran a edificar el  
nuestro. Dos o tres  
años antes se había  
incendiado un colegio en  
New Hampshire...**

**—Lo recuerdo —murmuró  
Jimmy—. ¿No fue en  
Cobbs Ferry?**

**—Sí. Tres niños murieron  
carbonizados.**

**—El colegio de Brock  
Street todavía funciona? —  
preguntó Ben.**

**—Sólo la planta baja,  
donde se dictan los cuatro**

**primeros cursos. Los otros dos pisos están llenos de aulas vacías, con las ventanas clausuradas porque los chicos se dedicaban a tirarles piedras.**

**—Entonces es ahí — exclamó Ben—. Tiene que ser.**

**—Eso parece —admitió Matt, que en ese momento daba la impresión de estar muy cansado\*—. Pero suena demasiado simple. Demasiado transparente.**



**—Tiza azul —murmuró Jimmy, con, la mirada perdida a lo lejos.**

**—No lo sé —suspiró Matt —. Realmente no lo sé...**

**Jimmy abrió su maletín negro y sacó un frasquito de pildoras.**

**—Tómese dos con agua, ahora mismo.**

**—No —protestó Matt—. Hay demasiado que hacer. Demasiado...**

**—Demasiado para que corramos el riesgo de**

**quedarnos sin ti —dijo Ben con firmeza—. SÍ ya no tenemos al padre Callahan, ahora el más importante de nosotros eres tú. Haz lo que dice Jimmy.**

**Mark trajo un vaso de agua del cuarto de baño, y Matt obedeció de mala gana.**

**Eran las diez y cuarto. Se hizo el silencio en la habitación. Ben pensó que Matt parecía muy viejo, muy gastado. Su pelo blanco**

**estaba más ralo y más seco,  
y en unos pocos días su  
rostro aparentaba haber  
quedado marcado por las  
penurias de toda una vida.  
En cierto modo, pensaba  
Ben, era de esperar que  
cuando por fin llegaran  
problemas  
—y graves— a su vida  
asumieran esa tenebrosa  
forma onírica, fantástica,  
preparado como estaba por  
una  
existencia dedicada al trato  
con males simbólicos que**

**cobraban vida por las  
noches, a la luz de una  
lámpara,  
para disiparse al amanecer.**

**—Me preocupa—comentó  
Jimmy, en voz baja.**

**—Creía que el ataque  
había sido leve —se  
asombró Ben—. Que en  
realidad no había sido  
siquiera un  
ataque cardíaco.**

**—Fue leve, pero la  
próxima no lo será. Será  
grave. Si este asunto no se**

**resuelve pronto, acabará  
con su  
vida. —Suavemente,  
levantó la mano de Matt  
para tomarle el pulso—. Y  
eso sería una tragedia—  
concluyó.**

**Junto a la cama de Matt se  
turnaron para dormir y  
hacer la guardia. La noche  
pasó sin que Barlow  
apareciera. Estaba  
ocupado en otra parte.**

**26**

**La señorita Coogan leía un  
relato titulado «Traté de**

**estrangular a nuestro hijo»,**

**en la revista**

**Confesiones de la vida real,**

**cuando por la puerta entró**

**su primer cliente de la**

**tarde/**

**Jamás se había visto una**

**tarde tan muerta. Ruthie**

**Crockett y sus amigos no**

**habían venido siquiera a**

**beberse una gaseosa —**

**aunque claro que a esa**

**gente uno no la echaba de**

**menos—, y Loretta**

**Starcher no**

**había pasado a recoger el  
New York Times, que  
seguía pulcramente  
doblado bajo el mostrador.  
Loretta era la  
única persona en Salem's  
Lot que compraba  
regularmente el Times  
(parecía que hasta lo  
pronunciara en  
cursiva). Al día siguiente lo  
ponía en la sala de lectura.  
El señor Labree tampoco  
había ido después de  
comer, aunque en realidad  
eso no era nada extraño.**

**Labree era un viudo que tenía una gran casa cerca de la finca de los Griffen, y la señorita Coogan sabía perfectamente que no iba a comer a su casa. Cenaba hamburguesas y cerveza en la taberna de Dell. Si para las once no había vuelto (ya eran las once menos cuarto), la señorita Coogan sacaría la llave del cajón de la registradora y se encerraría con llave en el**



**drugstore. No sería la primera vez, vaya Pero todos se verían en un lío si aparecía alguien ávido de emborracharse. A veces la señorita Coogan echaba de menos la invasión que seguía a las sesiones de cine, antes de que hubieran demolido la vieja Sala Nórdica que estaba al otro lado de la calle: gente que le pedía helados con soda, batidos y leche malteada, parejitas que se**

**tomaban de la mano y  
hablaban de los deberes  
escolares para  
el día siguiente. Por más  
que a veces se hiciera  
pesado, todo eso era sano.  
No eran chicas como  
Ruthie  
Crockett y su grupo,  
siempre riéndose como  
tontas y adelantando el  
busto, y con esos téjanos  
tan ajustados  
que marcaban la línea de  
las bragas... cuando las  
llevaban. Sus auténticos**

**sentimientos hacia aquellos  
clientes  
de antaño (que, aunque la  
señorita Coogan lo hubiera  
olvidado, la irritaban tanto  
como los de ahora) estaban  
nublados por la nostalgia,  
de modo que cuando la  
puerta se abrió, levantó  
ansiosamente la cabeza  
como si  
esperara ver entrar a  
alguno de aquellos  
estudiantes de 1964 con su  
chica, dispuestos a pedirle  
un batido de**

**chocolate con ración extra de avellanas.**

**Pero era un hombre, un adulto, alguien a quien la señorita Coogan conocía pero que no acababa de identificar. Mientras él acercaba su maleta al mostrador, algo en su manera de andar o en el porte de la cabeza le permitieron identificarlo. —¡Padre Callahan! — exclamó con sorpresa. Jamás le había visto sin ropas sacerdotales. Ahora**

**vestía unos simples  
pantalones oscuros y una  
camisa  
de algodón azul como un  
obrero. .**

**De pronto, se sintió  
asustada. Su aspecto era  
pulcro y aseado, pero había  
algo en su expresión, algo  
que...**

**Súbitamente, la señorita  
Coogan recordó el día,  
veinte años atrás, que  
había regresado del  
hospital donde**

**su madre acababa de morir  
de un derrame cerebral.**

**Cuando ella se lo comunicó  
a su hermano, el aspecto de  
él**

**era un poco como el que  
tenía el padre Callahan. Su  
rostro tenía algo de**

**macilento y condenado, y  
los ojos**

**miraban aturridos y sin  
expresión. En la mirada  
había un ardor consumido,  
y en torno de la boca la piel  
aparecía roja e irritada,  
como si se hubiera afeitado**

**con demasiada insistencia o  
hubiera pasado largo rato  
frotándose con una toalla.**

**—Quiero un billete de  
autobús —pidió.**

**Claro, pensó ella. Pobre  
hombre, alguien ha muerto  
y acaban de llamarle a la  
rectoría o como se llame.**

**—Muy bien —respondió—.**

**¿Adonde?**

**—¿Cuál es el primer  
autobús?**

**—¿Hacia dónde?**

**—Hacia cualquier parte —  
fue la respuesta, que echó  
por tierra su teoría.**

**—Bueno... no... a ver —  
confundida, la señorita  
Coogan recorrió  
torpemente el horario—. A  
las 11.10**

**hay uno a Portland,  
Boston, Hartford y Nueva  
Yo...**

**—Ése. ¿Cuánto?**

**—¿Por cuánto tiempo...  
quiero decir, hasta dónde?**

**—Su confusión ya no tenía  
límites.**



**—Hasta el final —dijo él con indiferencia y sonrió. La señorita Coogan no había visto jamás una sonrisa tan espantosa, y se estremeció. Si me toca, pensó, gritaré. Gritaré con toda mi alma.**

**—E-e-es decir, hasta la ciudad de Nueva York —tartamudeó—. Veintinueve dólares.**

**Con cierta dificultad, Callahan se sacó el billetero del bolsillo de**

**atrás, y la señorita Coogan advirtió que tenía la mano derecha vendada. Puso ante ella un billete de veinte dólares y dos de uno, mientras ella derribaba un montón de billetes sin marcar, en su intento de coger uno. Cuando terminó de recogerlos, Gallaban había agregado cinco dólares más y varias monedas. Ella llenó el billete tan deprisa como le fue posible,**

**pero no había rapidez que fuera suficiente. Sentía la mirada muerta de él. Selló el billete y lo empujó sobre el mostrador, para no tener que tocarle la mano.**

**—Te tendrá que esperar fuera, padre Callahan.**

**Dentro de cinco minutos tengo que cerrar. —**

**Atropelladamente, amontonó en el cajón de la registradora monedas y billetes, sin hacer intento de contarlos,**

**—Perfectamente —asintió él, y se metió el billete en el bolsillo de la camisa. Sin mirarla, añadió—:**

**Entonces Yahvé puso una marca a Caín para que nadie que le encontrase le matara. Y Caín se alejó de la**

**presencia de Yahvé y se fue a vivir en el país de Nod, al oriente del Edén. Eso dice la Escritura, señorita Coogan. La escritura más cruel de la Biblia.**

**—¿De veras? —preguntó ella—. Pero me temo que tendrá que salir, padre Callahan. Yo... el señor Labree estará aquí dentro de un minuto y no le gusta... no le gusta que yo... que...**

**—Claro —asintió él y se dio la vuelta para irse. Pero se detuvo y se volvió a mirarla. La señorita Coogan se estremeció bajo aquella mirada—. Usted vive en**

**Falmouth ¿no es verdad,  
señorita Coogan? —Sí...**

**—¿Viaja en su propio  
coche?**

**—Sí, sí claro... Tengo que  
insistir en que espere el  
autobús fuera de...**

**—Esta noche váyase a casa  
sin demora, señorita**

**Coogan. Asegure todas las  
puertas de su coche y no se  
detenga a recoger a nadie.**

**No se detenga aunque sea  
alguien a quien usted**

**conoce. —Yo jamás subo en  
mi**

**coche a autostopistas —  
declaró virtuosamente la  
señorita Coogan.**

**—Y cuando llegue a su  
casa, no vuelva a Salem's  
Lot —prosiguió Callahan  
—. Ahora las cosas andan  
mal en Solar.**

**—No sé a qué se refiere —  
balbuceó ella—, pero  
tendrá que salir fuera a  
esperar el autobús. —Sí,  
está**

**bien. Callahan salió.**

**Súbitamente, la señorita  
Coogan adquirió**

**conciencia de lo silencioso  
que estaba el drugstore, de  
lo  
impresionante de ese  
silencio. ¿Sería posible que  
nadie hubiera entrado  
desde el anochecer, excepto  
el padre  
Callahan? Pues vaya si lo  
era. Nadie, en absoluto.  
«Ahora las cosas andan  
mal en Solar.»  
La señorita Coogan  
empezó a recorrer el local,  
apagando las luces.**



**En Solar, la oscuridad era total.**

**A las doce menos diez, a Charlie Rhodes le despertó un bocinazo prolongado. Se incorporó en su cama.**

**¡Su autobús!**

**Inmediatamente pensó:**

**¡Malditos mocosos!**

**Los chicos habían tratado otras veces de hacerle cosas así. Bien los conocía él a esos pequeños miserables. Una vez le habían desinflado los neumáticos, y aunque él no**

**vio quién lo hacía, vaya si lo sabía.**

**Había ido a ver a ese maldito subdirector para acusar a Mike Philbrook y Audie James. Él sabía que eran**

**ellos... ¿acaso hacía falta verlos?**

**«¿Está usted seguro de que fueron ellos, Rhodes?»**

**«¿No se lo he dicho ya, acaso?»**

**Y a ese idiota no le había quedado otro remedio, había tenido que**

**castigarlos. Después, una semana más tarde, el infeliz lo había llamado a su despacho.**

**«Rhodes, hoy castigamos a Andy Garvey.»**

**«¿Aja? No me sorprende. ¿Qué hizo?»**

**«Bot Thomas lo sorprendió mientras estaba desinflando los neumáticos de su autobús»**

**Y había clavado en Charlie Rhodes una larga y fría mirada apreciativa.**

**Bueno, y si había sido  
Garvey en vez de  
Philbrook y James, ¿qué?  
Todos andaban juntos,  
todos eran  
unos gamberros, todos se  
merecían que les  
aplastaran los sesos.  
Y ahora le llegaba desde  
fuera el lamento  
enloquecedor del claxon,  
agotando su batería:  
HOONK,  
HOONK, HOOOONK...**

**—Hijos de mala madre —  
masculló mientras se  
levantaba de la cama.  
Se enfundó los pantalones  
sin encender la luz. Si  
encendía la luz los muy  
cabroncetes escaparían.  
En otra ocasión, alguien le  
había puesto una bosta de  
vaca en el asiento del  
conductor, y bastante idea  
tenía él de quién lo había  
hecho. Se podía leer en sus  
ojos. Eso lo había  
aprendido durante la  
guerra. Y el**

**asunto de la bosta de vaca lo había arreglado a su manera. Durante tres días, a más de seis kilómetros del pueblo, hizo apearse de su autobús a aquel pequeño bastardo. Finalmente, el niño se le acercó llorando.**

**«Yo no hice nada, señor Rhodes. ¿Por qué me echa del autobús?»**

**«¿A llenarme el asiento de bosta le llamas nada?»**

**«Pero si no fui yo. Por Dios que no fui yo.»**

**Bueno, pero es que había  
que saber tratarlos. Eran  
capaces de mentir a su  
propia madre con una  
sonrisa  
en los labios, y  
probablemente lo hacían.  
Durante dos noches más  
siguió haciendo apearse al  
chico, y por  
Dios que al final confesó.  
Charlie lo echó una vez  
más —por si las moscas,  
digamos— y fue entonces  
cuando**

**Dave Felsen, el de la gasolinera, le dijo que mejor que se quedara tranquilo.**

**H o o o o o NK...**

**Se puso la camisa y al pasar recogió la vieja raqueta de tenis que tenía en un rincón. ¡A ver si esa noche**

**acababa rompiéndola en algún trasero!**

**Salió por la puerta de atrás y rodeó la casa, hasta el lugar donde aparcaba el autobús amarillo. Se sentía**



**decidido. Eso era  
infiltración, lo mismo que  
en el ejército.**

**Se detuvo detrás de una  
mata de adelfas para mirar  
el autobús. Sí, los veía, un  
montón de chiquillos,  
como sombras oscuras tras  
los cristales. Sintió la vieja  
furia, el odio a los niños  
como un hielo ardiente, y  
su**

**mano apretó el mango de la  
raqueta hasta que ésta  
empezó a vibrar. Ahí**

**estaban asomados a... seis,  
siete,  
ocho, ¡ocho ventanas de su  
autobús!**

**Se deslizó por detrás del  
vehículo hasta la puerta  
por donde subían los  
pasajeros. La encontró  
abierta y,  
súbitamente, trepó de un  
salto los escalones.**

**—¡Muy bien! ¡Quedaos  
donde estáis, gamberros!  
Tú deja ese maldito claxon  
o te...**

**El chico sentado en el  
asiento del conductor se  
volvió y le dirigió una  
sonrisa extraviada. Charlie  
sintió  
que se le revolvían las  
tripas. Era Richie Boddin,  
y estaba blanco, tan blanco  
como una sábana, excepto  
los  
carbones negros que eran  
sus ojos, y los labios de un  
rojo rubí. Y sus dientes...  
Charlie Rhodes miraba por  
el pasillo.**

**¿No era ése Mike  
Philbrook? ¿Y Audie  
James? Dios todopoderoso,  
¡hasta los muchachos de  
Griffen**

**estaban allí! Hal y Jack,  
sentados al fondo, con el  
pelo lleno de heno. Pero /\$\*  
ellos no viajan en mi  
autobús!**

**Mary Kate Greigson y  
Brent Tenney, sentados uno  
junto a otro, ella en  
camisón, él con téjanos y  
una camisa**

**de franela puesta del revés,  
y además con la parte de la  
espalda hacia delante.**

**Y Danny Glick. Pero... oh,  
Cristo... si estaba muerto;  
¡hacía semanas que había  
muerto!**

**—Un momento, chicos... —  
murmuró, con los labios  
entumecidos.**

**La raqueta de tenis se le  
cayó de la mano. Se oyó  
una especie de resuello y un  
golpe sordo mientras  
Richie Boddin, sin dejar de  
sonreír como un poseso,**

**accionaba la palanca de  
cerrar la puerta plegable. Y  
ahora se estaban  
levantando de los asientos,  
todos.**

**—No —les dijo, intentando  
sonreír—. Chicos... no  
comprendéis. Soy yo. Soy  
Charlie Rhodes. Soy...  
no...**

**Les sonreía con una mueca,  
extendiendo las manos  
como si quisiera  
demostrarles que no eran  
más que**

**las manos sin culpa del  
viejo Charlie Rodes, y fue  
retrocediendo hasta chocar  
contra el amplio cristal del  
parabrisas.**

**—No—susurró.**

**Siguieron avanzando,  
sonrientes.**

**—No, por favor...**

**Y cayeron sobre él.**

**28**

**Ann Norton murió en el  
corto trayecto en ascensor  
desde la planta baja al  
primer piso del hospital. Se**

**estremeció, y un hilillo de sangre se le escurrió por la comisura de la boca.**

**—Bueno —comentó uno de los asistentes. Ya podemos desconectar la sirena.**

**29**

**Eva Miller había estado soñando.**

**Era un sueño raro, sin ser exactamente una pesadilla.**

**El incendio de 1951**

**bramaba bajo un cielo despiadado que iba virando desde el azul pálido del horizonte a un blanco cruel**



**y ardiente sobre sus  
cabezas.**

**Desde ese tazón invertido,  
el sol ardía furiosamente,  
como una reluciente  
moneda de cobre. El olor  
acre del  
humo lo invadía todo;  
todas las actividades se  
habían interrumpido y la  
gente estaba inmóvil en las  
calles,  
mirando hacia el sudoeste,  
hacia los pantanos, y hacia  
el noroeste, hacia los**

**bosques. Durante toda la  
mañana  
el humo había estado en el  
aire, pero ahora, a la una  
de la tarde, se podía ver  
cómo las brillantes arterias  
del  
fuego danzaban entre el  
follaje, más allá de los  
campos de los Griffen. La  
brisa que había ayudado a  
las  
llamas a saltar una barrera  
traía ahora una  
precipitación de cenizas**

**blancas sobre el pueblo,  
como nieve de  
verano.**

**Ralph vivía, y había salido  
a ver si podían salvar el  
aserradero. Pero en el  
sueño todo estaba  
mezclado,  
porque Ed Craig estaba  
con ella, aunque Eva no  
había conocido siquiera a  
Ed hasta el otoño de 1954.  
Ella estaba mirando el  
fuego desde la ventana de  
su dormitorio en el piso de  
arriba, y estaba desnuda.**

**Unas manos la tocaron desde atrás, ásperas y morenas sobre la blancura tersa de las caderas, y Eva supo que era Ed, aunque en el cristal no se viera la sombra de su reflejo.**

**Ed, quería decirle. Ahora no. Es demasiado pronto. Nos faltan casi nueve años. Pero las manos de él eran insistentes: le recorrían el vientre, un dedo jugueteó con el ombligo, después**

**ambas manos se deslizaron  
hacia arriba hasta  
apoderarse de sus pechos  
con lasciva osadía.**

**Eva intentaba decirle que  
estaban en la ventana, que  
cualquiera que estuviera en  
la calle podía mirar por  
encima del hombro y  
verlos, pero las palabras se  
negaban a salir, y después  
sintió los labios de él en el  
brazo,  
en el hombro, hasta  
posarse con insistencia,  
lujuriosos, en su cuello.**

**Eva sintió la presión de los  
dientes y  
cómo él la mordía, la  
mordía y chupaba,  
absorbiéndole la sangre,  
mientras ella de nuevo  
intentaba protestar  
No me dejes marcas que  
Ralph se dará cuenta...  
Pero protestar se le hacía  
imposible; además, ya no  
quería protestar. A Eva ya  
no le importaba que  
alguien pudiera mirar y  
verlos.**

**Sus ojos se dirigieron  
soñolientos hacia el fuego,  
mientras los labios y los  
dientes de Ed seguían  
chupándole el cuello, y Eva  
vio que el humo era muy  
negro, tanto como la noche,  
que oscurecía ese cielo  
ardiente y metálico,  
convirtiendo el día en  
noche.**

**Y después se hizo la noche  
y el pueblo desapareció,  
pero el fuego seguía  
crepitando en la oscuridad,**

**pasando por formas  
fascinantes, calidoscópicas,  
hasta que le pareció que  
dibujaba un rostro con  
sangre, un  
rostro que tenía nariz de  
halcón, ojos ardientes y  
hundidos, labios gruesos y  
sensuales ocultos en parte  
por un  
espeso bigote, y el pelo  
peinado hacia atrás como  
el de un músico,  
descubriendo la frente.  
—El aparador de estilo  
gales —dijo una voz**



**distante, y Eva supo que era la de él—. El que está en el ático. Creo que ése nos irá muy bien. Y después arreglaremos lo de las escaleras. Hay que estar preparados. La voz se desvaneció. Las llamas se desvanecieron. Sólo quedó la oscuridad, y Eva en medio de ella, soñando o empezando a soñar. Pensó oscuramente que**

**sería un sueño dulce y  
largo, pero amargo y sin  
luz bajo la superficie, como  
las aguas del Letea**

**Otra voz, pero ésta era la  
de Ed.**

**—Vamos cariño.**

**Levántate. Tenemos que  
hacer lo que él dice.**

**—¿Ed? ¿Ed?**

**Su rostro parecía flotar  
sobre el de ella, no  
dibujado en el fuego sino  
terriblemente pálido,  
extrañamente**

**vacío. Sin embargo, Eva le amaba más que nunca. Se moría de ganas de que él la besara.**

**—Vamos, Eva.**

**—¿Es un sueño, Ed?**

**—No... un sueño no.**

**Por un momento ella se sintió asustada, pero después ya no hubo miedo, sino comprensión. Y con la comprensión vino el hambre.**

**Cuando miró el espejo no vio allí más que el reflejo**

**de su dormitorio, silencioso y vacío. La puerta del ático estaba cerrada con llave, y la llave estaba en el cajón de abajo de la cómoda, pero no importaba. Ya no tenían necesidad de llaves. Como sombras, se deslizaron a través de la puerta.**

**30**

**A las tres de la madrugada, la circulación de la sangre se enlentece y el sueño es pesado. El alma**

**duerme, en feliz ignorancia  
de la hora, o bien mira en  
torno de ella con absoluta  
desesperación. No hay  
términos medios. A las tres  
de la mañana, a esa vieja  
puta que es el mundo se le  
han descascarado los  
colores  
alegres, y se ve que le falta  
la nariz y que tiene un ojo  
de cristal. La alegría se  
ahueca y se resquebraja,  
como  
en el castillo de Poe,  
cercado por la Muerte**

**Roja. El horror se diluye en el aburrimiento. El amor es un sueño.**

**Parkins Gillespie se levantó del escritorio y fue a buscar la cafetera; tenía el aspecto de un mono delgadísimo, que acabara de sufrir una enfermedad devastadora. Tras él quedaban extendidos los naipes de un solitario. Parkins había oído varios alaridos en la noche, el sonido palpitante**

**de un claxon, y en una  
ocasión  
ruido de pies que corrían.  
No se había asomado a  
investigar nada de eso. Su  
rostro enjuto y rígido se  
veía  
acosado por las cosas que  
su intuición le decía que  
estaban pasando allí fuera.  
Llevaba al cuello una cruz,  
una  
medalla de san Cristóbal y  
el signo de la paz. No sabía  
exactamente por qué se los  
había puesto, pero de**

**alguna manera consolaban.  
Estaba pensando que si  
conseguía pasar esa noche,  
por la mañana se iría muy  
lejos, dejando su placa en  
el estante, junto al llavero.  
Mabel Werts estaba  
sentada a la mesa de la  
cocina; tenía delante una  
taza de café frío, por  
primera vez  
en años había corrido las  
cortinas, y no había sacado  
del estuche los binoculares.  
Por primera vez en sesenta**



**años no quería ver ni oír nada. La noche estaba llena de un chismorreo mortal que Mabel no quería escuchar.**

**Bill Norton iba camino del hospital de Cumberland, tras haber recibido una llamada (que había sido hecha mientras su mujer aún vivía). Tenía una expresión pétrea e inmóvil. Los limpiaparabrisas se movían rítmicamente bajo una lluvia que a cada instante**

**se hacía más intensa. Bill  
trataba de no pensar en  
nada.**

**En el pueblo también había  
personas que dormían o  
velaban, pero indemnes, la  
mayoría personas solas,  
sin familiares ni amigos  
íntimos en el pueblo.**

**Muchos de ellos no se  
habían dado cuenta de que  
estuviera  
sucediendo nada.**

**Los que velaban, sin  
embargo, estaban con  
todas las luces encendidas,**

**y cualquiera que pasara  
por el  
pueblo (y eran muchos los  
coches que pasaban en  
dirección a Portland o los  
pueblos del Sur) se  
extrañaría  
ante ese pueblecito, tan  
semejante a los otros que  
aparecían en la carretera,  
con su extraño espectáculo  
de  
viviendas completamente  
iluminadas. Tal vez el  
conductor habría**

**disminuido la marcha para comprobar si había algún incendio, o accidente, y luego volvería a acelerar sin pensar más en el asunto.**

**Y he aquí lo peculiar de entre los que velaban en Salem's Lot, ninguno sabía la verdad. Tal vez un puñado de ellos la sospechara, pero incluso esas sospechas eran vagas e informes. Y sin embargo, todos se**

**habían dirigido sin vacilar  
a los cajones de sus  
escritorios, a los baúles  
guardados en el ático o a  
los joyeros en  
la cómoda del dormitorio,  
en busca de cualquier  
símbolo religioso que  
pudieran poseer. Y lo  
hacían sin  
pensarlo, de la misma  
manera que un hombre  
que viaja solo en su coche  
durante una gran distancia  
va**

**canturreando sin darse  
cuenta de que lo hace.  
Lentamente iban andando  
de habitación en  
habitación, como si  
sus cuerpos se hubieran  
vuelto frágiles y cristalinos,  
e iban encendiendo todas  
las luces y jamás miraban  
por  
las ventanas.  
Eso, sobre todo: no  
miraban por las ventanas.  
Por más que hubiera  
ruidos o terribles temores,  
por más espantoso que**

**fuera lo desconocido, había algo todavía peor: mirar cara a cara a la Gorgona.**

**31**

**El ruido se adentró en su sueño como un clavo que se va insertando en el corazón del roble, con exquisita lentitud, fibra por fibra. Al principio, Reggie Sawyer pensó que soñaba con algo de carpintería y su cerebro, desde la penumbrosa frontera entre sueño y vigilia, colaboró**

**enviándole un lento  
fragmento de  
recuerdo de cuando él y su  
padre clavaban las tablas  
de la cabaña que habían  
levantado en Bryant Pond  
en  
1960.**

**El sueño fue desembocando  
en la nebulosa idea de que  
no estaba soñando, sino  
oyendo los golpes de un  
martillo. Después vino la  
desorientación y Reggie se  
encontró despierto y**



**advirtió que los golpes  
seguían  
sonando en la puerta  
principal, que alguien  
descargaba el puño sobre  
la madera con la  
regularidad de un  
metrónomo.  
Sus ojos se dirigieron  
primero hacia Bonnie, que  
yacía a su lado, cubierto  
por las mantas. Después  
fueron hacia el reloj: las  
cuatro y cuarto.  
Se levantó, salió  
silenciosamente del**

**dormitorio y cerró la  
puerta. Encendió la luz del  
vestíbulo, echó a  
andar hacia la puerta y de  
pronto se detuvo. Vaciló.  
Sawyer miró la puerta de  
su casa. Nadie llamaba a  
las cuatro y cuarto. Si  
alguien de la familia moría,  
lo  
comunicaban por teléfono,  
no venían a golpear a la  
puerta.  
En 1968, Reggie había  
pasado siete meses en**

**Vietnam. Aquél fue un año muy duro para los norteamericanos en Vietnam, y él sabía lo que era el combate. En aquellos días, despertarse era algo tan instantáneo como chascar los dedos o encender una lámpara; en un momento uno era una piedra, al minuto siguiente estaba alerta en la oscuridad. Reggie había perdido ese hábito tan pronto regresó a territorio**

**estadounidense, y se enorgullecía de eso, aunque nunca lo hubiera dicho. Él no era una máquina, demonios.**

**Oprímase el botón A y Johnny se despierta, oprímase el botón B y Johnny mata unos cuantos amarillos.**

**Pero ahora, de manera inesperada, la incertidumbre y la pesadez algodonosa del sueño se habían**

**desprendido de él corno se desprende la piel de una víbora, y Reggie parpadeó, alerta.**

**Había alguien ahí fuera.**

**Sería Bryant,**

**probablemente, lleno de alcohol y dispuesto a**

**vencer o morir por la bella prisionera.**

**Reggie fue hacia la sala y,**

**se dirigió al armero que**

**pendía sobre la falsa**

**chimenea. No encendió la**

**luz; a**

**tientas, conocía  
perfectamente bien ese  
camino. Bajó la escopeta, la  
abrió, y la luz del vestíbulo  
arrojó un  
opaco resplandor sobre el  
bronce de los cañones.  
Volvió a la arcada que  
comunicaba con el  
vestíbulo y se  
detuvo. Los golpes seguían,  
monótonos, con  
regularidad, pero sin  
ritmo.**

**—Entre —invitó Reggie  
Sawyer.**

**Los golpes se detuvieron.  
Se produjo una larga pausa  
y después el picaporte giró  
lentamente, hasta que por  
fin terminó su  
recorrido. Cuando la  
puerta se abrió, ahí estaba  
Corey Bryant.  
Reggie sintió que se le  
detenía el corazón. Bryant  
seguía vestido con la misma  
ropa que llevaba la noche  
que Reggie lo había echado  
a la calle, sólo que ahora  
las prendas estaban**

**desgarradas y manchadas  
de barro.**

**Tenía hojas pegadas a la  
camisa y los pantalones. Un  
trozo de tierra que k  
cruzaba la frente destacaba  
más su  
palidez.**

**—No te muevas —ordenó  
Reggie mientras levantaba  
la escopeta y le quitaba el  
seguro—, esta vez está  
cargada.**

**Pero Corey Bryant siguió  
avanzando, con sus ojos**



**opacos clavados en el  
rostro de Reggie con una  
expresión mucho peor que  
el odio. Tenía los zapatos  
embadurnados de barro,  
que la lluvia había  
convertido  
en una especie de cola  
negruzca, y mientras  
caminaba iba salpicando el  
suelo del vestíbulo. En su  
andar había  
algo inexorable y  
despiadado, algo que daba  
la impresión de una fría y**

**despiadada falta de misericordia. Los tacones embarrados seguían resonando. No habría orden capaz de detenerlos, ni ruego que pudiera persuadirlos.**

**—Si das un paso más te vuelo la cabeza —lo amenazó Reggie, atónito. Ese tipo estaba más que borracho, estaba totalmente loco. Reggie advirtió con súbita claridad que tendría**

**que disparar.**

**—Detente —volvió a decir,  
esta vez como quien no  
quiere la cosa.**

**Corey Bryant no se detuvo.  
Tenía los ojos fijos en la  
cara de Reggie, con la  
avidez mortal y chispeante  
de un animal  
embalsamado. Sus tacones  
seguían resonando con  
solemnidad.**

**A sus espaldas, oyó gritar a  
Bonnie.**

**—Vete al dormitorio —dijo  
Reggie, y retrocedió hacia**

**el vestíbulo para  
interponerse entre ambos.  
Ahora, Bryant no estaba a  
más de dos pasos de  
distancia. Una mano,  
blanca y floja, se tendió  
para  
aferrar los dos cañones de  
la escopeta.  
Reggie apretó los dos  
disparadores.  
En el estrecho vestíbulo, el  
estampido sonó como un  
trueno. De los dos cañones  
asomaron durante un**

**momento lenguas de fuego.  
El olor intenso de la  
pólvora quemada inundó el  
aire. Se oyó un nuevo y  
agudo  
grito de Bonnie. La camisa  
de Corey se ennegreció y se  
hizo trizas, desintegrada  
más que perforada. Pero al  
abrirse, destrozados los  
botones, reveló,  
increíblemente intacta, la  
blancura de pescado del  
pecho y el  
abdomen de Corey. Los  
ojos espantados de Reggie**

**recibieron la impresión de que esa carne no era carne en**

**realidad, sino algo tan insustancial como una cortina de gasa.**

**Después vio que le arrebatava el arma como si las suyas fueran las manos de un niño. Sintió que le levantaba y le arrojaba contra la pared con una fuerza sobrehumana. Las piernas se negaron a sostenerle y**

**Reggie se desplomó,  
aturdido.**

**Bryant pasó junto a él,  
hacia Bonnie, que se  
estremecía bajo la arcada,  
pero sin apartar los ojos  
del rostro  
de Corey. Reggie pudo leer  
la excitación en sus ojos.  
Corey le miró por encima  
del hombro y esbozó una  
sonrisa que era una mueca  
vacía, como las que  
dedican a los turistas las  
calaveras de los animales  
muertos en el desierto.**

**Bonnie le esperaba con los  
brazos  
abiertos. Los dos se  
estremecieron. Parecía que,  
sobre el rostro de ella, el  
terror y la lujuria  
alternaran como las  
sombras y la luz del sol al  
paso de las  
nubes.**

**—Cariño... —gimió**

**Bonnie.**

**Reggie vociferaba.**

**32**



**Llegamos a Hartford —  
anunció el conductor del  
autobús.**

**A través de la ventanilla,  
Callahan miró ese lugar  
desconocido, más  
desconocido aún bajo la  
primera luz  
incierta de la mañana. En  
Solar ahora debían de estar  
regresando a sus  
madrigueras.**

**—Gracias.**

**—Hacemos una parada de  
veinte minutos. Pueden**

**bajar a comprarse un  
bocadillo o lo que sea.  
Callahan sacó torpemente  
del bolsillo el billetero, que  
estuvo a punto de caérsele  
de la mano vendada.  
Lo raro era que la  
quemadura ya no le dolía  
mucho; sólo sentía la mano  
entumecida. Habría sido  
mejor el  
dolor. El dolor por lo  
menos era real. En la boca  
seguía sintiendo el sabor de  
la muerte, soso y arenoso  
como**

**una manzana pasada. ¿Y eso era todo? Sí, y era suficiente.**

**Le tendió un billete de veinte dólares.**

**—¿Puede traerme una botella de whisky.**

**—Señor, las reglas...**

**—Y quedarse con la vuelta, claro.**

**—Oiga, no quiero que nadie se emborrache en mi autobús. Dentro de dos horas estaremos en Nueva York, y ahí podrá comprar usted lo que quiera.**

**Creo que te equivocas,  
amigo, pensó Callahan.  
Volvió a mirar su billetero  
para ver cuánto tenía. Uno  
de  
diez, dos de cinco y uno de  
uno. Sumó el billete de diez  
a los veinte y volvió a  
extender su mano vendada.  
—Una de medio litro está  
bien —repitió—. Y puede  
quedarse con la vuelta.  
La mirada del conductor se  
dirigió de los treinta  
dólares a aquellos sombríos  
ojos hundidos y tuvo la**

**impresión de estar  
hablando con una calavera  
viviente, una calavera que  
por algún motivo ya no  
sabía sonreír.**

**—¿Treinta dólares por  
medio litro de whisky?  
Oiga, usted está loco. —  
Pero cogió el dinero, fue  
hasta la  
puerta del autobús y allí se  
dio vuelta—. Pero tenga  
cuidado. No quiero que  
nadie se emborrache en mi  
autobús.**

**Callahan hizo un gesto de asentimiento, como un niño pequeño que se ha ganado una reprimenda.**

**El conductor le miró por un momento más, y luego descendió.**

**Whisky barato, pensó Callahan. Algo que quemee la lengua y haga arder la garganta. Que haga desaparecer ese regusto dulzón y blando, o por lo menos que lo atenúe hasta que encuentre un lugar donde**

**pueda empezar a beber en serio. A beber y beber y beber.**

**Pensó entonces que podría derrumbarse y echar a llorar. Pero no le quedaban lágrimas. Se sentía seco, y totalmente vacío. Lo único que quedaba era ese regusto.**

**Date prisa conductor. Siguió mirando por la ventanilla. Al otro lado de la calle había un adolescente, sentado en los escalones**

**de un porche, con la cabeza  
apoyada en los brazos.  
Callahan lo contempló  
hasta que el autobús volvió  
a partir,  
pero el muchacho no se  
movió.**

**33**

**Ben ascendió a la superficie  
de la vigilia cuando una  
mano le tocó el brazo.**

**—Hola —le susurró Mark  
al oído.**

**Ben abrió los ojos,  
parpadeó un par de veces y  
miró hacia el mundo a**



**través de la ventana. La  
aurora  
había llegado furtivamente,  
en medio de una insistente  
lluvia otoñal Los árboles  
que rodeaban el pabellón  
situado en el lado norte del  
hospital estaban ya  
semidesnudos, y las ramas  
negras se dibujaban contra  
el gris  
del cielo como las  
gigantescas letras de un  
alfabeto desconocido. La  
carretera 30, que al salir  
del pueblo**

**describía una curva hacia el este, estaba brillante como la piel de una foca, y un coche que pasaba con las**

**luces traseras todavía encendidas dejó un maligno reflejo rojo sobre el asfalto.**

**Ben se levantó y miró alrededor. Matt dormía con un ritmo respiratorio regular, aunque superficial. Jimmy también estaba dormido, tendido en el único diván de la**

**habitación. Al ver en las mejillas de éste la barba de tres días, que le daba un aspecto no muy propio de un médico, Ben se pasó la mano por la cara.**

**Raspaba.**

**—Es hora de salir, ¿no? — preguntó Mark.**

**Ben asintió con la cabeza.**

**Por su mente pasó la visión del día que se abría ante ellos y que podría traerles muchas cosas desagradables, y sintió**

**deseos de evitarlo. La única  
manera de cumplir con lo  
que  
debían hacer sería no  
pensar en nada con más de  
diez minutos de antelación.  
Miró a Mark y vio en su  
rostro  
una ansiedad terrible.  
Se levantó y fue a despertar  
a Jimmy.  
Jimmy refunfuñó,  
debatándose en su diván  
como un nadador que  
regresa de aguas muy  
profundas. La**

**cara se le contrajo, los párpados aletearon y, al abrirse, los ojos reflejaron por un momento un terror inenarrable. Miró a ambos, sin reconocerlos.**

**—Ah... Era un sueño — balbuceó.**

**Mark hizo un gesto comprensivo.**

**—El día —murmuró Jimmy.**

**Se levantó, fue hacia la cama de Matt y le cogió la muñeca para tomarle el pulso.**

**—¿Está bien? —preguntó Ben.**

**—Me parece que está mejor que anoche —respondió Jimmy—. Ben, quiero que salgamos los tres en el ascensor de servicio, por si anoche alguien se fijó en Mark. Cuanto menos nos arriesguemos, mejor.**

**—¿No le pasará nada al señor Burke por quedarse solo? —preguntó Mark, —Creo que no —contestó Ben—. Tendremos que**

**confiar en que se las  
arregle por su cuenta.**

**Nada le**

**gustaría más a Barlow que  
mantenernos inmovilizados  
un día más.**

**Salieron de puntillas al  
corredor y se dirigieron al  
ascensor de servicio. A esa  
hora comenzaba el  
movimiento en la cocina.**

**Una de las cocineras saludó  
con la mano a Jimmy.**

**—Hola, doctor.**

**Nadie más les dirigió la  
palabra.**

**—¿Dónde vamos primero?**

**—preguntó Jimmy—. ¿Al colegio de Brock Street?**

**—No —decidió Ben—. Eso lo haremos por la tarde, ahora habrá demasiada gente allí. Mark, ¿salen temprano los más pequeños?**

**—A las dos de la tarde.**

**—Entonces tendremos bastantes horas de luz.**

**Vamos primero a casa de Mark, a preparar estacas.**

**34**



**A medida que iban  
acercándose a Solar, en el  
Buick de Jimmy fue  
condensándose una nube  
de terror  
casi palpable, y la  
conversación languideció.  
Cuando Jimmy salió de la  
carretera al llegar al gran  
cartel  
luminoso que anunciaba  
CARRETERA 12  
JERUSALEM'S LOT  
condado de  
CUMBERLAND, Ben  
recordó**

**que por ese camino habían regresado él y Susan la primera noche que salieron juntos, cuando ella había querido ver una película de persecuciones en automóvil.**

**—Qué mal está esto — comentó Jimmy, cuyo rostro infantil estaba pálido y reflejaba cólera y miedo—.**

**Por Dios, si es algo que casi se huele.**

**Y vaya si se huele, pensó Ben aunque el olor era más**

**mental que físico, una especie de emanación psíquica de las tumbas. La carretera 12 estaba casi desierta. Por el camino pasaron junto al pequeño camión de reparto de leche de Win Purimon, abandonado allí. Jimmy le dirigió una mirada interrogante, pero Ben sacudió la cabeza. —Ahí no está. Jimmy se golpeó la pierna con el puño.**

**Pero mientras entraban en el pueblo, Jimmy exclamó con una absurda sensación de alivio:**

**—¡Mirad, el bar de Crossen está abierto!**

**Y así era. Milt estaba fuera, cubriendo con un plástico sus estantes de periódicos, y junto a él, enfundado**

**en un impermeable amarillo, se veía a Lester Silvius.**

**—Pero no veo a ninguno de los demás —comentó Ben.**

**Milt les saludó con la mano, y a Ben le pareció distinguir una expresión tensa en el rostro de los dos hombres. En la funeraria de Foreman seguía el cartel de «Cerrado». También la ferretería estaba cerrada, y la tienda de Spencer, con las cortinas bajadas. El restaurante seguía abierto, y después de haber pasado frente a él, Jimmy arrimó su Buick a la acera, delante de la**

**nueva tienda. Por encima del escaparate unas sencillas letras doradas seguían anunciando: «Barlow y Straker Antigüedades.» Y pegado a la puerta, como había dicho Callahan, un letrero escrito a mano con la pulcra caligrafía que todos reconocieron, la misma de la nota que habían leído el día anterior: «Cerrado hasta nuevo aviso.»**

**—¿Por qué te detienes  
aquí? —preguntó Mark.  
—Por si estuviera  
escondido ahí dentro —dijo  
Jimmy—. Es algo tan obvio  
que tal vez haya pensado  
que  
no lo tendríamos en cuenta.  
Y creo que a veces los  
aduaneros ponen una  
marca en los cajones que  
han  
revisado, con tiza.  
Dieron la vuelta hacia la  
parte trasera de la tienda y,  
mientras Ben y Mark se**

**encorvaban para  
protegerse  
de la lluvia, Jimmy,  
cubriéndose el brazo con su  
impermeable, rompió el  
cristal de la puerta.  
Dentro, el aire era  
pestilente y rancio, como si  
aquello hubiera estado  
cerrado desde hacía siglos,  
no unos  
pocos días. Ben asomó la  
cabeza por la puerta que  
daba a la tienda, pero allí  
no había lugar donde  
escondarse.**



**—¡Venid aquí! —llamó Jimmy con voz ronca, y Ben sintió que el corazón le daba un vuelco.**

**Jimmy y Mark estaban junto a un largo cajón de tablas que Jimmy había abierto parcialmente con el extremo hendido del martillo que llevaba.**

**Dentro se distinguía una mano pálida y una manga oscura.**

**Sin vacilar, Ben se abalanzó sobre el cajón, mientras Jimmy seguía**

**utilizando el martillo en el extremo opuesto.**

**—Ben —le advirtió—, vas a hacerte daño en las manos.**

**Ben no le oía. Rompía a puñetazos las tablas del cajón y las arrancaba sin pensar en clavos ni en astillas.**

**Ahí estaba, ahí tenían a ese ser siniestro y resbaladizo, y ahora podría hundirle la estaca en el corazón de la**

**misma manera que se la  
había clavado a Susan,  
ahora... Pero de repente, se  
encontró mirando la  
palidez del  
rostro de Mike Ryerson.  
—¿Y ahora qué hacemos?  
—preguntó Jimmy.  
—Lo mejor será ir a casa  
de Mark —reiteró Ben, en  
cuya voz vibraba la  
decepción—. Ya sabemos  
dónde está, y aún no  
tenemos ninguna estaca.  
Descuidadamente,  
volvieron a poner en su**

**lugar los trozos de madera  
astillada.**

**—Deja que te examine las  
manos, están sangrando —  
dijo Jimmy.**

**—Más tarde. Vamos.**

**Volvieron a rodear el  
edificio, embargados todos  
por la inexpresada alegría  
de estar otra vez al aire  
libre.**

**Jimmy avanzó por Jointner  
Avenue y se introdujo en la  
zona residencial del pueblo,  
un poco más allá del**

**pequeño centro comercial.  
Llegaron a la casa de Mark  
en menos tiempo del que  
hubieran deseado.**

**El viejo sedán del padre  
Callahan seguía aparcado  
en el camino de entrada. Al  
verlo, Mark palideció y  
miró hacia otro lado.**

**—No puedo entrar ahí —  
balbuceó—. Lo siento, pero  
esperaré en el coche.**

**—No tienes por qué  
disculparte, Mark —le  
tranquilizó Jimmy.**

**Aparcó y bajaron del  
coche. Ben titubeó un  
momento antes de apoyar  
la mano en el hombro de  
Mark.**

**—¿Seguro que estarás  
bien?**

**—Seguro —afirmó el  
chico, pero no tenía buen  
aspecto. Le temblaba el  
mentón, y en sus ojos  
asomaba  
una mirada vacía. De  
pronto se volvió hacia Ben  
y sus ojos volvieron a**

**adquirir expresión, una  
expresión de  
dolor, anegados en  
lágrimas—. Cubridlos,  
¿queréis? Si están muertos,  
cubridlos. -Claro que sí —  
prometió  
Ben.**

**—Es mejor así —susurró  
Mark—. Mi padre... habría  
sido un buen vampiro. Tal  
vez tan bueno como  
Barlow, con el tiempo.  
Era... muy eficiente en todo  
lo que hacía. Demasiado  
eficiente, tal vez.**

**—Trata de no pensar demasiado —le dijo Ben, y sintió que despreciaba aquellas inútiles palabras. Mark levantó la vista y le miró, sonriendo débilmente.**

**—La leña está en el patio de atrás —les dijo—. Iréis más deprisa si usáis la sierra de mi padre, que está en el sótano.**

**—Está bien —asintió Ben—. Estáte tranquilo, Mark.**



**Lo más tranquilo que  
puedas.**

**El y Jimmy subieron y  
entraron en la casa.**

**35**

**—Callahan no está aquí —  
dijo Jimmy después de  
haber recorrido toda la  
casa.**

**—Barlow debe de haberlo  
vencido —se obligó a decir  
Ben.**

**Miró la cruz destrozada  
que tenía en la mano, la  
que el día anterior pendía  
del cuello de Callahan. No**

**habían encontrado ningún otro rastro de él; la cruz yacía junto a los Petrie, que estaban indudablemente muertos. Les habían golpeado las cabezas, una contra otra, con tanta fuerza que les habían partido el cráneo.**

**Ben recordó la fuerza antinatural que había exhibido la señora Glick, y tragó saliva.**

**—Vamos —le dijo a Jimmy—. Tengo que cubrirlos, lo prometí.**

**36**

**Retiraron la funda que protegía del polvo el diván de la sala y con eso los cubrieron. Ben procuraba no**

**mirar ni pensar en lo que estaban haciendo, pero le resultaba imposible.**

**Terminada la tarea, una mano —**

**cuyas uñas cuidadas y esmaltadas proclamaban que era de June Petrie— siguió asomando por debajo del**

**alegre estampado de tela, y  
Ben la empujó hacia  
adentro con la punta del  
pie, con el rostro  
desencajado. Bajo  
la funda, la forma de los  
cuerpos le hizo pensar en  
las fotos de Vietnam, los  
muertos en el campo de  
batalla,  
los soldados que  
transportaban horrendas  
cargas ocultas en sacos de  
goma negra que tenían un  
parecido**

**absurdo con las bolsas  
donde se llevan los palos de  
golf. Después bajaron, cada  
uno con una brazada de  
leña  
de fresno.**

**El sótano había sido el  
dominio de Henry Petrie, y  
reflejaba a la perfección su  
personalidad. Había tres  
luces de gran intensidad, y  
cada una de ellas contaba  
con una pantalla móvil  
para que la luz cayera  
sobre su**

**cepillo mecánico, la sierra,  
el torno o la pulidora  
eléctrica. Ben advirtió que  
Petrie estaba construyendo  
una  
casa para los pájaros, que  
probablemente pensaba  
poner en el jardín de atrás  
al llegar la primavera, y el  
plano  
que había dibujado como  
guía para el trabajo estaba  
extendido, sujeto en los  
ángulos por pisapapeles de  
metal**

**fabricados por él mismo.  
Su trabajo era competente,  
pero no imaginativo, y lo  
que estaba haciendo jamás  
quedaría terminado.**

**—Con esto no vamos a  
ninguna parte —dijo  
Jimmy.**

**—Sí, lo sé.**

**—La pila de leña —resopló  
Jimmy, mientras dejaba  
caer estrepitosamente la  
leña que llevaba en los  
brazos.**

**Los leños empezaron a  
rodar en todas direcciones,**

**mientras él dejaba escapar una risa histérica.**

**•—Jimmy...**

**La risa prevaleció sobre el intento de hablar de Ben.**

**—Varaos a salir a acabar con eso valiéndonos de una pila de leños del patio de Henry Petrie. ¿Qué tal si lo hiciéramos con patas de sillas, o con bates de béisbol?**

**—Jimmy, ¿qué otra cosa podemos hacer?**

**Jimmy le miró.**



**—Una especie de caza del tesoro —sugirió—. Contar cuarenta pasos hacia el norte en el campo de Charles Griffen, y después mirar bajo la gran piedra. Por Dios. Podemos irnos del pueblo, eso es lo que podemos hacer.**

**—Pero ¿tú quieres irte? ¿Es eso lo que quieres?**

**—No. Pero es que no va a ser solamente hoy, Ben. Pasarán semanas antes de que hayamos acabado con**

**todos, si es que alguna vez lo conseguimos. ¿Te sientes capaz de soportarlo? ¿Te sientes capaz de repetir...**

**de**

**repetir mil veces lo que le hiciste a Susan?**

**¿De ahuyentarlos de sus armarios y agujeros, vociferando y**

**retorciéndose, para hundirles una estaca que les atravesase el corazón?**

**¿Puedes seguir hasta noviembre sin enloquecer?**

**Ben lo pensó.**

**—No lo sé —respondió.**

**—Bueno, ¿y qué me dices del chico? ¿Te parece que él puede soportarlo?**

**Acabará para el chaleco de fuerza. Y Matt se morirá, eso puedo garantizárselo.**

**Además, ¿qué hacemos cuando la poli estatal empiece a**

**husmear por todos lados para descubrir qué**

**demonios es lo que sucedió en Salem's Lot? ¿Qué le decimos?**

**¿«Por favor, esperen un momento mientras acabo de clavarle la estaca a este vampiro»? ¿Qué dices a eso,  
Ben?**

**—¿Y qué demonios quieres que diga? ¿Quién cuernos ha tenido un minuto para detenerse a pensar las cosas?**

**Se dieron cuenta de que estaban frente a frente, las narices a escasos centímetros de distancia, gritándose**

**el uno al otro.**

**—Eh —reaccionó Jimmy  
—. Eh, tranquilicémonos.**

**Ben bajó los ojos.**

**—Disculpa.**

**—No te preocupes.**

**Estamos en una situación  
tensa... sin duda eso es  
exactamente lo que quiere  
Barlow.**

**—Se pasó una mano por su  
mata de pelo color  
zanahoria y miró  
alrededor. Sus ojos se  
detuvieron sobre algo**

**que había junto al plano  
dibujado por Henry Petrie:  
un lápiz blando y chato, de  
carpintero. Jimmy lo cogió.**

**—Tal vez la mejor manera  
sea ésta —murmuró.**

**—¿Cual?**

**—Tú te quedas aquí, Ben, y  
empiezas a preparar las  
estacas. Si nos vamos a  
meter en esto, tenemos que  
hacerlo científicamente. Tú  
serás el departamento de  
producción, y Mark y yo  
formaremos el de**

**investigación.**

**Recorreremos el pueblo en su busca. Y los encontraremos, de la misma manera que encontramos a Mike. Con este lápiz de carpintero marcaremos los lugares donde están. Entonces, mañana será el día de las estacas.**

**—Pero ¿no se cambiarán de lugar cuando vean las marcas?**

**—No lo creo. La señora Glick no daba la impresión**

**de relacionar muy bien las cosas. Creo que se mueven más bien por instinto. Es posible que después de un tiempo empiecen a esconderse mejor, pero al principio la cosa será como pescar en una pecera.**

**—¿Por qué no voy yo?**

**—Porque yo conozco el pueblo, y en el pueblo me conocen... de la misma manera que conocían a mi padre. Hoy, la gente que queda viva en Solar estará**



**escondida en su casa. Si tú llamas a la puerta, nadie te abrirá. Si llamo yo, es posible que me abran. Además yo conozco algunos de los lugares donde pueden ocultarse. Sé donde se esconden los borrachos en la zona de los pantanos Marshes, y hacia dónde se desvían los caminos de tierra. ¿Crees que podrás usar el torno y la sierra? —Sí —asintió Ben.**

**Jimmy tenía razón. Sin embargo, el alivio que sintió Ben al no tener que salir a hacerles frente hizo que al mismo tiempo se sintiera culpable.**

**—Está bien. Adelante. Ya es más de mediodía.**

**Ben se dirigió al torno, pero se detuvo.**

**—Si esperas una media hora, tal vez puedas llevarte una docena de estacas.**

**Jimmy se detuvo y bajó los ojos.**

**—Humm... creo que mañana... mañana sería...**

**—Como quieras—asintió Ben—. Iros, entonces volved alrededor de las tres. A esa hora, la escuela estará suficientemente tranquila para que podamos ir a ver qué pasa allí.**

**—De acuerdo.**

**—Jimmy echó a andar hacia las escaleras. Algo,**

**una idea no muy clara o  
una inspiración, le hizo  
volverse. Al otro lado del  
sótano vio a Ben,  
trabajando al resplandor  
deslumbrante de las tres  
luces  
ordenadamente dispuestas  
en hilera.**

**Ben detuvo el torno y le  
miró.**

**—¿Algo más?**

**—Sí —murmuró Jimmy—.**

**Algo que tengo en la punta  
de la lengua, pero nada  
mas.**

**Ben arqueó las cejas.**

**—Cuando me di la vuelta desde la escalera y te vi, fue como si recordara algo...**

**—¿Importante?**

**—No lo sé. —Se quedó quieto un momento, restregando los pies en el suelo, esperando que volviera el recuerdo.**

**Tenía que ver con la imagen que presentaba Ben, de pie bajo esas luces, inclinado sobre el torno.**

**Pero**

**fue en vano. Cuando se pensaba en una cosa así, lo único que se conseguía era sentirla más distante.**

**Subió por las escaleras, pero se detuvo una vez más para mirar atrás. La imagen le sugería algo obsesivamente familiar, pero que se resistía a volver. Atravesó la cocina, salió y se dirigió al coche.**

**La lluvia se había convertido en una ligera llovizna.**

**El automóvil de Roy McDougall estaba a la entrada del sector de casas prefabricadas, en Bend Road, y el hecho de verlo aparcado un día de trabajo hizo que Jimmy temiera lo peor. Él y Mark descendieron del coche; Jimmy llevaba su maletín negro. Subieron por los escalones, y Jimmy pulsó el timbre. Como no funcionaba, llamó a la puerta de la casa. Sus**

**golpes no despertaron a nadie,  
ni en casa de los McDougall  
ni en la siguiente, que  
estaba a unos veinte metros  
de distancia.**

**Jimmy trató de abrir la  
puerta, pero estaba  
cerrada.**

**—En el coche tenemos un  
martillo —dijo.**

**Cuando Mark se lo trajo,  
Jimmy rompió el vidrio de  
la puerta, por encima del  
picaporte. Luego metió la**



**mano para descorrer el cerrojo. La puerta interior no estaba cerrada. Ambos entraron.**

**El olor era inmediatamente definible, y Jimmy sintió que la nariz se le contraía, como intentando rechazarlo. Aunque no era tan intenso como el que había sentido en el sótano de los Marsten, era igualmente repugnante, un olor a muerte y podredumbre, hedor de humedad y**

**descomposición. Jimmy recordó la época en que, de niños, él y sus compañeros solían salir en bicicleta, durante las vacaciones de primavera, a recoger los envases retornables de cerveza y gaseosas que iba dejando al descubierto el deshielo. En uno de los envases, una botella de naranja Crush, estaba el cuerpo de un ratón silvestre que, atraído por el aroma, se**

**había metido dentro y no había podido salir. Una bocanada de aquel olor pútrido le había obligado a vomitar.**

**Era un olor muy semejante al que ahora les envolvía, en el que una dulzura repugnante y una acidez nauseabunda se mezclaban en una fermentación infernal. Jimmy sintió que se le cerraba la garganta. —Están aquí, en alguna parte —dijo Mark.**

**Lo recorrieron todo, sin dejar ningún armario por abrir. A Jimmy le pareció ver algo en el armario empotrado del dormitorio principal, pero no era más que un montón de ropa sucia.**

**—¿No hay sótano? — preguntó Mark.**

**—No, pero es posible que haya algún lugar que no se ve a primera vista.**

**Rodearon la casa y vieron una trampilla que daba a**

**un espacio practicado entre los débiles cimientos de la casa. Estaba cerrada con un viejo candado, que cedió después de cinco buenos golpes de martillo. Cuando Jimmy abrió la trampa, el olor los abofeteó como una ola.**

**—Están aquí —dijo Mark. Al mirar dentro, Jimmy distinguió los pies, alineados como los de los cadáveres sobre un campo de**

**batalla. Uno de ellos  
calzaba botas de trabajo, el  
otro un par de zapatillas, y  
el tercero, un par de pies  
muy  
pequeños por cierto,  
aparecía desnudo.  
Qué escena de familia,  
pensó absurdamente  
Jimmy. Reader's Digest,  
¿dónde estás cuando más  
falta  
haces? Le anegó una  
sensación de irrealidad. El  
bebé, pensó. ¿Cómo**

**podremos hacer eso a un  
bebé?» Hizo  
una marca en la puerta con  
el lápiz de carpintero y  
volvió a recoger el candado  
roto.**

**—Espera —dijo Mark—.  
Sacaré fuera a uno de ellos.**

**—¿Sacar...? ¿Para qué?**

**—Tal vez la luz del sol  
acabe con ellos —dijo  
Mark—, y así nos  
ahorraremos recurrir a las  
estacas.**

**Jimmy asintió,  
esperanzado.**

**—Está bien. ¿Cuál?**

**—El bebé no —repuso**

**Mark—. El hombre.**

**Cógele de un pie.**

**—Bien —dijo Jimmy, que sentía la boca seca.**

**Mark se arrastró boca abajo, haciendo crujir con su peso las hojas secas que alfombraban el suelo, cogió una bota de Roy**

**McDougall y empezó a tirar de ella. Jimmy, que también se había deslizado hacia adentro,**



**raspándose la espalda  
contra el marco de la  
trampilla, le imitó,  
luchando contra la  
sensación de claustrofobia.  
Entre los dos consiguieron  
sacarlo a la luz del día,  
bajo la casi imperceptible  
llovizna.**

**La escena que siguió fue  
estremecedora. Roy  
McDougall empezó a  
revolverse apenas la luz  
cayó de  
llo sobre él, como un  
hombre a quien molestan**

**mientras duerme. De sus poros salía una especie de vapor húmedo, y parecía que la piel se le aflojaba y se volvía amarillenta. Bajo los parpados cerrados, los ojos giraban enloquecidos. Los pies daban lentas patadas, como en sueños, entre las hojas húmedas. Su labio superior se encogió y dejó ver los incisivos superiores, enormes y agudos como los de un pastor alemán. Los**

**brazos se agitaban  
lentamente mientras las  
manos se cerraban y se  
abrían; una de ellas rozó la  
camisa de  
Mark, y el chico dio un  
salto atrás, con un grito de  
repugnancia.**

**Roy empezó a arrastrarse  
lentamente hacia la  
trampilla. Los brazos, las  
rodillas y la cara iban  
horadando  
surcos en la tierra blanda,  
humedecida por la lluvia.**

**Jimmy observó que había iniciado una respiración dificultosa en el momento en que el cuerpo recibió la luz, pero se interrumpió tan pronto McDougall alcanzó**

**la sombra. Lo mismo sucedió con la transpiración.**

**Una vez llegó al lugar de donde lo habían sacado, McDougall se dio la vuelta y se quedó inmóvil.**

**—Cierra —pidió Mark con voz estrangulada—. Por favor, cierra.**

**Jimmy cerró la trampa y volvió a colocar el candado.**

**La imagen del cuerpo de McDougall,**

**debaténdose como una víbora ofuscada entre la hojarasca, no se apartaba de su mente. Jimmy pensó que,**

**aunque viviera cien años, jamás habría un momento en que ese recuerdo dejara de estar presente en su**

**memoria.**

**38**

**Se quedaron de pie bajo la lluvia, mirándose en actitud temblorosa.**

**—¿La puerta siguiente?— preguntó Mark.**

**—Sí. Lógicamente, los McDougall deben de haber sido los primeros a quienes atacaron.**

**Al acercarse a la casa vecina, aquel olor inconfundible les esperaba en la puerta de entrada. El nombre**

**escrito bajo el timbre era  
Evans. Jimmy los conocía.  
David Evans y su familia.  
Él trabajaba como  
mecánico  
en la sección de  
automóviles de Sears en  
Gates Falls. Jimmy lo  
había atendido un par de  
años atrás, por un  
quiste o algo así.  
Aunque allí el timbre  
funcionaba, nadie contestó.  
Encontraron a la señora  
Evans en la cama. Los dos**

**niños estaban en una litera de su dormitorio, vestidos con pijamas idénticos, estampados con personajes de la historieta del osito Pu. Encontrar a Dave les llevó más tiempo; se había escondido en un armario para guardar maletas que había sobre la puerta del pequeño garaje. Jimmy hizo marcas circulares en la puerta de entrada y en la del garaje.**



**—Parece que vamos bien  
—comentó.**

**—¿Podrías esperar un  
momento? —preguntó  
Mark—. Me gustaría  
lavarme las manos.**

**—Claro, A mí también me  
gustaría, y no creo que los  
Evans tengan  
inconveniente en que  
usemos su  
cuarto de baño.**

**Los dos entraron, y Jimmy  
se sentó en una de las sillas  
de la sala y cerró los ojos.  
No tardó en oír el agua**

**correr en el cuarto de baño.  
Sobre la oscura pantalla de  
sus ojos cerrados veía la  
mesa de la funeraria, cómo  
la sábana que cubría a  
Marjorie Glick empezaba a  
estremecerse, cómo la  
mano se deslizaba y los  
dedos iniciaban su lenta  
danza en  
el aire...**

**Abrió otra vez los ojos.  
La casa donde se  
encontraban estaba en  
mejores condiciones que la**

**de los McDougall, más  
pulcra, más  
cuidada. Jimmy no había  
conocido a la señora Evans,  
pero tenía la impresión de  
que debía de haber sido  
una  
mujer orgullosa de su  
hogar. En un cuarto  
pequeño, que  
probablemente en el folleto  
del vendedor habría sido  
considerado como  
lavadero, estaban  
guardados ordenadamente**

**los juguetes de los niños.**

**Pobres crios, pensó**

**Jimmy, ojalá los hayan**

**disfrutado mientras**

**todavía había para ellos**

**días en que el sol y la luz**

**eran un placer.**

**Había un triciclo, varios**

**camiones de plástico, una**

**gasolinera, un vehículo con**

**tracción de oruga, y una**

**diminuta mesa de billar.**

**Jimmy apartó los ojos,**

**pero al punto volvió a**

**mirarla, sobresaltado.**

**Tiza azul.**

**Tres luces en hilera, con  
pantallas.**

**Bajo las luces, hombres que  
caminaban alrededor de la  
mesa verde, con los tacos  
en alto, sacudiéndose  
de los dedos el polvo de tiza  
azul...**

**—¡Mark! —gritó mientras  
se enderezaba bruscamente  
en la silla— ¡Mark!**

**El chico vino corriendo.**

**39**

**Un antiguo alumno de  
Matt (del curso del sesenta**

**y cuatro, con excelentes notas en literatura y sólo mediocres en composición) había ido a verlo al hospital alrededor de las dos y media. Tras hacer algún comentario sobre los libros que encontró en el cuarto del enfermo, preguntó a Matt si estaba preparando una tesis sobre ocultismo. Matt no podía recordar si se llamaba Herbert o Harold. Matt, que cuando Herbert (o Harold) entró estaba**

**leyendo un libro titulado  
Desapariciones extrañas, se  
alegró de la interrupción.  
Ya en ese momento estaba  
esperando a que sonara el  
teléfono, aunque bien sabía  
que hasta después de las  
tres de la tarde sus amigos  
no podrían entrar sin  
riesgo en el colegio de  
Block Street.**

**Ansiaba conocer cuál había  
sido la suerte del padre  
Callahan. Y tenía la  
impresión de que el día  
transcurría**

**con una rapidez alarmante, aunque siempre había oído decir que el tiempo pasaba muy lentamente en un hospital. Se sentía impotente y confundido; viejo, en una palabra. Comenzó a hablarle a Herbert (o Harold) del pueblo de Momson, en Vermont, cuya historia acababa de leer, y que había encontrado especialmente interesante porque pensaba**



**que, de ser verdad, tal historia podía ser una precursora del destino que estaba sufriendo Solar.**

**—Todo el mundo desapareció —informó a Herbert (o Harold), que lo escuchaba con cortés aunque no bien disimulado aburrimiento—. No era más que un pequeño pueblo rural al norte de Vermont, al cual se**

**accedía por la interestatal 2, y por la 19 de Vermont. El censo de 1920 arrojó una población de 312 habitantes.**

**En agosto de 1923, una mujer de Nueva York empezó a preocuparse porque hacía dos meses que su hermana no le escribía. Ella y el marido acudieron hasta allá en coche, y fueron los primeros en contar la historia a los**

**periódicos, aunque no me  
cabe duda de que los  
habitantes de alrededor  
estaban ya al tanto de la  
desaparición  
desde hacía algún tiempo.  
La hermana y el marido  
habían desaparecido, al  
igual que los demás  
habitantes de  
Momson. Las casas y los  
establos seguían en pie, y  
en una de las casas la  
comida aún estaba servida  
en la**

**mesa. Por aquel entonces fue un caso bastante sensacional. En cuanto a mí, no me habría gustado quedarme a pasar allí la noche. El autor afirma que la gente de los pueblos vecinos cuentan historias raras.» de aparecidos, duendes y cosas así. Algunos cobertizos de las afueras tenían, pintados en las paredes, cruces y signos contra**

**el mal de ojo... y pintados  
siguen hasta hoy. Fíjate,  
aquí hay una fotografía de  
la tienda, de la gasolinera y  
del  
depósito de granos y  
comestibles... lo que venía a  
ser el distrito comercial de  
Momson. ¿Qué crees que  
puede  
haber pasado?  
Herberg (o Harold) miró  
cortésmente la figura.  
Nada más que un  
pueblecito, con unas pocas  
tiendas, y**

**unas pocas casas. Algunas  
estaban ruinosas. Podría  
ser cualquier pueblo del  
país. Al pasar en coche por  
cualquiera de ellos después  
de las ocho, no se podía  
saber si había un alma  
viviente. Decididamente, el  
viejo  
se había puesto chocho con  
la edad. Herbert (o Harold)  
se acordó de su anciana tía,  
que en los dos últimos  
años estaba convencida de  
que su hija le había matado**

**él loro y se lo daba a comer  
mezclado con las  
hamburguesas. Los viejos  
tienen ideas raras.**

**—Muy interesante —  
comentó mientras  
levantaba la vista hacia  
Matt—, pero no creo...**

**¡Señor Burke!**

**Señor Burke, ¿se encuentra  
bien? ¡Enfermera! ¡Oiga,  
enfermera!**

**Matt se había quedado con  
los ojos fijos, una mano  
contraída sobre la sábana,  
mientras con la otra se**

**apretaba el pecho. Su cara se había puesto muy pálida, y en el centro de la frente le latía una vena.**

**Es muy pronto, pensaba.**

**Aún es demasiado pronto...**

**Dolor, dolor que le azotaba en grandes oleadas, que le empujaba hacia la oscuridad.**

**Cuidado con ese último paso, es un asesino, pensó confusamente.**

**Después, la caída.**

**Herbert (o Harold) salió corriendo de la habitación,**



**derribando a su paso una  
silla y una pila de libros.  
La enfermera ya acudía a  
su llamada.**

**—Es el señor Burke —  
balbuceó Herberg (o  
Harold), que seguía con el  
libro en la mano, señalando  
con  
el índice la página donde  
estaba la fotografía de  
Momson, Vermont.  
La enfermera entró en la  
habitación. Matt estaba  
tendido con la cabeza**

**colgando fuera de la cama  
y los  
ojos cerrados.**

**—¿Está...? —balbuceó  
Herbert (o Harold). No  
hacía falta completar la  
pregunta.**

**—Sí, creo que sí —contestó  
la enfermera, al mismo  
tiempo que pulsaba un  
botón para llamar al  
servicio  
de urgencia—. Ahora  
tendrá usted que retirarse.**

**40**

**—Pero en Solar no hay sala de billares —objetó Mark —. La más próxima está en Gates Falls. ¿Tú crees que iría hasta allá?**

**—No, claro que no. Pero hay gente que tiene una mesa de billar en su propia casa.**

**—Sí, eso lo sé.**

**—Y hay otra cosa que no puedo recordar —dijo Jimmy.**

**Se recostó con los ojos cerrados y los cubrió con**

**las manos. Había otra cosa,  
que en su mente se  
vinculaba con algo de  
plástico, ¿Porqué plástico?  
Había juguetes de plástico,  
utensilios de plástico para  
salir  
de picnic, cubiertas de  
plástico para proteger los  
botes durante el invierno...  
De pronto se formó en su  
mente la imagen de una  
mesa de billar envuelta en  
una gran funda de plástico  
para protegerla del polvo...  
Una imagen completa,**

**hasta con banda de sonido,  
con una voz que decía: «En  
realidad tendría que  
venderla antes de que el  
fieltro se llene de moho,  
como dice Ed Craig que  
puede pasar,  
pero como era de Ralph...»  
Jimmy abrió los ojos.  
—Ya sé dónde está —  
anunció—. Sé dónde está  
Barlow. Está en el sótano  
de la pensión de Eva Miller.  
Y era verdad; lo sabía.  
Sentía la verdad en su**

**mente como algo  
incontestable.**

**Los ojos de Mark  
destellaron.**

**—Vamos a buscarlo.**

**—Espera.**

**Jimmy fue al teléfono,  
buscó en la guía el número  
de Eva y marcó, sin  
demora. El teléfono sonó  
sin que  
nadie contestara. Diez  
veces, once, doce. Asustado,  
colgó. En la casa de Evans  
habría por los menos diez**

**huéspedes, muchos de ellos  
ancianos jubilados. Allí  
siempre había alguien.  
Antes de que ocurriera  
todo,  
siempre había alguien.  
Miró su reloj. Eran las tres  
y cuarto; el tiempo volaba.  
Había que apresurarse.  
—Vamos —dijo.  
—¿Qué hacemos con Ben?  
—No podemos llamarle —  
dijo Jimmy—. En tu casa  
no hay línea. Si vamos a  
casa de Eva, y nos**

**equivocamos, todavía  
tendremos varias horas de  
luz. Y si estamos en lo  
cierto, iremos en busca de  
Ben para  
volver todos juntos.**

**41**

**El Citroen de Ben seguía en  
el aparcamiento de Eva,  
cubierto ahora de hojas  
húmedas caídas de los  
olmos que daban sombra al  
rectángulo de grava. El  
cartel que anunciaba el  
alquiler de habitaciones  
oscilaba**



**chirriante en la tarde gris.  
La casa estaba envuelta en  
un silencio fantasmagórico  
en el que había un matiz de  
espera que heló la sangre a  
Jimmy. El mismo silencio  
de la casa de los Marsten.  
Por un momento pensó si  
alguien se habría suicidado  
también allí. Eva debía  
saberlo, pero con Eva no  
sería posible hablar, ya no.  
—Sería perfecto —  
comentó—. Establecerse en  
la pensión del pueblo para**

**ir rodeándose  
paulatinamente  
de su familia.**

**—¿Estás seguro de que no  
hace falta llamar a Ben?**

**—Más tarde. Vamos.**

**Bajaron del coche y  
echaron a andar hacia el  
porche. El viento les  
revolvía el pelo. Todas las  
persianas  
estaban bajadas, y la casa  
daba la impresión de estar  
pensando malignamente en  
ellos.**

**—¿Sientes el olor? —  
preguntó Jimmy.**

**—Sí, más fuerte que nunca.**

**—¿Estás preparado?**

**—Sí —respondió Mark con  
firmeza—. ¿Y tú?**

**—Por Dios que sí.**

**Subieron los escalones del  
porche y Jimmy abrió la  
puerta. No estaba cerrada  
con llave. Cuando entraron  
en la amplia cocina  
inmaculadamente limpia  
de Eva Miller, les asaltó el  
hedor de un vertedero de  
basura**

**reseco, ahumado por los años.**

**Jimmy recordó su conversación con Eva, casi cuatro años atrás, poco después de que él hubiera obtenido**

**su doctorado en medicina.**

**Eva había ido para que le hiciera un chequeo.**

**Durante años, había sido paciente de**

**su padre, y cuando Jimmy ocupó su lugar y llevó sus cosas al mismo consultorio en Cumberland, Eva había**

**ido sin reparos a visitarle.  
Habían hablado de Ralph  
(por entonces hacía doce  
años que había muerto), y  
ella le  
había contado que el  
fantasma de su marido  
seguía andando por la casa,  
que de vez en cuando  
encontraba  
algo nuevo en el ático o en  
un cajón del escritorio.  
Claro que también estaba  
la mesa de billar, en el  
sótano.**

**Eva decía que tendría que deshacerse de ella, ya que no hacía más que ocupar un espacio que podría servir**

**para otra cosa. Pero como había pertenecido a Ralph, no acababa de decidirse a poner un anuncio de venta en**

**el periódico, ni a telefonear al programa de la radio local donde se recibían ofertas y demandas.**

**Los dos cruzaron la cocina, dirigiéndose hacia la**

**puerta del sótano. Jimmy la abrió: la pestilencia era densa y agobiante. Accionó el interruptor de la luz, pero no funcionó. Claro, Barlow lo había inutilizado.**

**—Busca por ahí —le dijo a Mark—, a ver si encuentras una linterna o velas.**

**Mark empezó a registrar la cocina, abriendo los cajones. Observó que la rejilla para secar cubiertos que**

**pendía sobre el fregadero  
estaba vacía, pero en ese  
momento no le dio  
importancia. El corazón le  
latía con  
dolorosa lentitud, como un  
tambor amortiguado.  
Estaba al borde de su  
capacidad física y mental  
de  
resistencia. Parecía que su  
cerebro ya no pensara, que  
se limitara a reaccionar.  
Continuamente le parecía  
advertir movimientos por  
el rabillo del ojo, y volvía la**



**cabeza sobresaltado, pero no veía nada. Un veterano de guerra hubiera reconocido los síntomas de la fatiga de combate.**

**Fue al vestíbulo para buscar en el aparador que había allí. En el tercer cajón encontró una linterna y volvió a la cocina...**

**—Aquí tienes, Jim...**

**Se oyó un ruido como de maderas, seguido por un golpe.**

**La puerta del sótano estaba abierta.**

**Después empezaron los gritos.**

**42**

**Cuando Mark volvió a la cocina de Eva, eran las cinco menos veinte. Tenía los ojos desorbitados y la camiseta manchada de sangre.**

**Miraba con aire aturdido y de pronto soltó un grito, un alarido que subía desde el vientre, por el oscuro**

**pasaje de la garganta y  
salió por la boca  
desesperadamente abierta.  
Siguió gritando hasta tener  
la sensación de  
que el cerebro empezaba a  
limpiarse de locura. Gritó  
hasta que su garganta no  
pudo más y un dolor  
terrible se  
le clavó en las cuerdas  
vocales. Y aun cuando ya  
hubiera dado cauce a todo  
el miedo, el horror, la furia  
y el**

**dolor, estaba esa presión  
espantosa que seguía  
subiendo en oleadas desde  
el sótano, delatando allá  
abajo, en  
alguna parte, la presencia  
de Barlow. Y ahora faltaba  
poco para oscurecer.  
Salió al porche a respirar  
ávidamente aire fresco.  
Tenía que reunirse con  
Ben. Pero parecía que un  
extraño letargo hubiera  
convertido sus piernas en  
plomo. ¿De qué serviría, si  
Barlow les iba a derrotar?**

**Hacerle frente había sido una locura. Y ahora Jimmy acababa de pagar el precio de su temeridad, como Susan, como el padre Callahan. Su voluntad se templó. No. No. No.**

**Bajó por los escalones del porche y subió al Buick de Jimmy, que tenía las llaves puestas.**

**Ve en busca de Ben, inténtalo una vez más, se dijo.**

**Sus cortas piernas apenas llegaban a los pedales. Rectificó la altura del asiento y encendió el motor. Movi6 la palanca del cambio y pis6 el acelerador. El coche dio un corcoveo. Mark pis6 el freno y se golpe6 dolorosamente contra el volante. El claxon son6. ¡No podr6 conducirlo! Le pareci6 oír a su padre, diciendo con su voz l6gica y arrogante: «Tienes que ser cuidadoso cuando**

**aprendas a conducir, Mark. La conducción de coches es el único medio de transporte que no está completamente regulado por las leyes federales. Como resultado, todos los conductores son aficionados. Y muchos de esos aficionados son suicidas. Por ende, tú debes ser muy cuidadoso. El acelerador se debe usar como si entre el pie y el pedal hubiera un huevo. Y cuando se conduce un**

**coche con cambio automático, como el nuestro, entonces el pie izquierdo no se usa para nada. Sólo se usa el derecho; primero el freno, después el acelerador.»**

**Quitó el pie del freno, y el automóvil se arrastró por el camino de entrada. El parabrisas se había empañado. Lo frotó con la manga y sólo consiguió ensuciarlo más.**

**—Al diablo —masculló.**



**Volvió a arrancar,  
torpemente, describió una  
curva amplia e insegura y  
tomó la dirección de su  
casa.**

**Tenía que estirar el cuello  
para ver por encima del  
volante. Buscó a tientas con  
la mano derecha, consiguió  
encender la radio y la puso  
a todo volumen. Estaba  
llorando.**

**43**

**Ben iba andando por  
Jointner Avenue en  
dirección al pueblo cuando**

**apareció por el camino el Buick de Jimmy, avanzando con espasmódicas sacudidas, zigzagueando como un borracho. Le hizo señas con la mano y el coche se acercó, una de las ruedas delanteras chocó contra la acera y finalmente se detuvo. Mientras preparaba las estacas, Ben había perdido la noción del tiempo, y se había sobresaltado al**

**comprobar que eran casi las cuatro y diez. Entonces se aseguró un par de estacas en el cinturón y subió por las escaleras para hablar por teléfono. Cuando se disponía a coger el aparato, recordó que no funcionaba. Preocupado, corrió hacia fuera y miró los dos coches aparcados, el de Callahan y el de Petrie. Ninguno tenía las llaves puestas. Podría haber vuelto a buscarlas en los bolsillos de**

**Henry Petrie, pero la sola idea le repelía. Entonces echó a andar a paso vivo por la carretera, la mirada alerta por si veía el coche de Jimmy.**

**Había pensado ir directamente al colegio Brock Street cuando vio venir el Buick.**

**Cuando el coche se detuvo, corrió hacia el lado del conductor y se encontró a Mark Petrie sentado al**

**volante, solo. El chico miró con aturdimiento a Ben.**

**Movía los labios sin conseguir sonido alguno.**

**—¿Qué ha pasado?**

**¿Dónde está Jimmy?**

**—Muerto... —balbuceó por**

**fin Mark—. Barlow ha**

**vuelto a ganarnos la**

**partida. Está escondido en**

**el**

**sótano de la pensión de la**

**señora Miller. Jimmy**

**también está allí... Yo bajé**

**para ayudarlo, y casi no**

**pude**

**volver a subir. Pero  
encontré una tabla por  
donde pude trepar; pensé  
que me quedaría atrapado  
allí abajo»,  
hasta que se pusiera el sol...  
—¿Qué pasó? ¿De qué  
estás hablando?  
—Jimmy entendió lo de la  
tiza azul. Mientras  
estábamos en una casa, en  
el Bend. Tiza azul... mesas  
de  
billar. En el sótano de la  
casa de Eva Miller hay una  
mesa de billar que**

**perteneció a su marido.**

**Jimmy**

**telefoneó a la pensión, y  
como nadie contestaba,  
fuimos allá.**

**Levantó su rostro sin  
lágrimas.**

**—Me dijo que buscara una  
linterna, porque la luz del  
sótano no funcionaba, lo  
mismo que en la casa de  
los Marsten, así que me  
puse a mirar por allí. Y.. vi  
que faltaban todos los  
cuchillos de la rejilla que  
hay sobre**

**el fregadero, pero no se me  
ocurrió pensar nada. Así  
que en cierto modo, yo lo  
maté. Fui yo. Ha sido por  
mi  
culpa, sólo por mi culpa...  
Ben le sacudió con energía.  
—Basta, Mark. ¡Basta!  
Mark se llevó las manos a  
la boca para detener el  
balbuceo de la histeria  
antes de que empezara a  
desbordarse. Por encima  
de las manos, su mirada se  
clavó en la de Ben.**



**—En el aparador del  
vestíbulo encontré una  
linterna, sabes —pudo  
continuar por fin—. Y en  
ese  
momento fue cuando  
Jimmy se cayó y empezó a  
gritar. Se... yo también me  
habría caído, pero él me  
previno.  
«Cuidado, Mark», fueron  
sus últimas palabras.  
—Pero ¿qué fue? —insistió  
Ben.  
—Barlow y los otros  
destruyeron la escalera —**

**explicó Mark con voz  
monocorde—. Aserraron  
todos los  
escalones hacia abajo, a  
partir del tercero. Dejaron  
un trozo del pasamanos  
más para que pareciera...  
para  
que... —Sacudió la cabeza  
—. En la oscuridad, Jimmy  
creyó que todo estaba bien.  
—Ya —asintió Ben—. ¿Y  
los cuchillos?  
—Estaban todos dispuestos  
abajo, en el suelo —susurró  
el chico—. Ellos**

**atravesaron los cuchillos en un trozo de madera y les quitaron los mangos para que la madera quedara plana, con las hojas hacia arriba...**

**—Oh —gimió Ben, impotente—. Oh, Cristo. — Se inclinó y aferró de los hombros al muchacho—. ¿Estás seguro de que está muerto, Mark?**

**—Sí. Te... tenía media docena de heridas. Y la sangre...**

**Ben volvió a consultar el reloj. Las cinco menos diez. Volvió a acosarle la sensación de apremio, de que el tiempo se le escapaba. —¿Qué haremos ahora? — preguntó Mark. —Ir al pueblo para telefonar a Matt. Después iremos a ver a Parkins Gillespie y hablaremos con él. Antes de que oscurezca tenemos que acabar con Barlow.**

**Mark sonrió con una mueca débil y enfermiza. —Es lo mismo que dijo Jimmy. Pero él sigue infligiéndonos derrota tras derrota. Otros mejores que nosotros deben de haberlo intentado, y fracasaron. Ben miró de nuevo al chico y se preparó para hacer algo horroroso. —Pareces asustado —le dijo. —Estoy asustado — confirmó Mark, sin**

**reaccionar—. ¿Tú no lo estás?**

**—Sí, lo estoy —contestó Ben—, pero también estoy loco de furia. He perdido a la chica que amaba... Y los dos hemos perdido a Jimmy. Y tú has perdido a tus padres. Están tirados en la sala de tu casa, cubiertos con la funda del sofá —se obligó a decir brutalmente—. ¿No quieres volver a echar un vistazo?**

**Mark se apartó de él con expresión dolorida y horrorizada.**

**—Quiero que sigas conmigo —continuó Ben, y sentía asco de sí mismo.**

**Estaba hablando como un entrenador de fútbol antes del gran partido—. No me importa si Atila y los hunos le hicieron frente y salieron derrotados. Ésta es mi oportunidad. Y quiero que estés conmigo, porque te necesito.**

**Y era verdad.**

**—Está bien —dijo Mark,  
con los ojos fijos en sus  
manos.**

**—Y a ver si te rehaces.  
Mark le miró, sin  
esperanza.**

**—Lo estoy intentando —  
dijo.**

**44**

**La gasolinera Sonny's  
Exxon, a la salida de  
Jointner Avenue, estaba  
abierta, y Sonny James  
(que  
explotaba el nombre de su  
tocayo, el músico country,**



**con un cartel en colores  
que se veía en el  
escaparate,  
junto a una pila de latas de  
aceite) les atendió  
personalmente. Era un  
hombrecillo con aspecto de  
gnomo, cuyo  
escaso pelo exhibía un  
corte de recluta que dejaba  
entrever el cuero cabelludo.**

**—Hola, señor Mears,  
¿cómo le va? ¿Y su  
Citroen?**

**—En el garaje, Sonny.  
¿Dónde está Pete? —Pete**

**Cook era el ayudante de  
Sonny. Pete vivía en el  
pueblo, pero Sonny no.  
—Hoy no ha venido, pero  
no importa. De todas  
maneras, no hay mucho  
movimiento. Parece como  
si el  
pueblo se hubiera muerto.  
Ben sintió que una risa  
oscura e histérica se le  
agitaba en el vientre,  
pugnando por escapar de la  
boca en  
grandes oleadas.**

**—¿Quieres llenármelo? —  
consiguió balbucear—.**

**Haré una llamada.**

**—Desde luego. Hola, hijo.**

**¿No has ido a la escuela  
hoy?**

**—He salido a dar una  
vuelta con el señor Mears,  
porque me sentía mal —  
explicó Mark.**

**—Ah, claro. A mi hermano  
también solía pasarle,  
muchacho. Tienes que  
cuidarte. —Fue hacia la  
parte**

**posterior del coche de Jimmy y redro la tapa del depósito.**

**Ben entró en el local para hablar por el teléfono público situado junto al estante donde se exhibían los**

**mapas de carreteras de Nueva Inglaterra.**

**—Hospital de Cumberland.**

**—Quisiera hablar con el señor Burke, por favor.**

**Habitación 402.**

**Se produjo una vacilación, y Ben estaba a punto de**

**preguntar si lo habían  
cambiado de habitación  
cuando la voz dijo:**

**—¿Quién le llama, por  
favor?**

**—Benjamín Mears. —**

**Súbitamente, la posibilidad  
de que Matt hubiera  
muerto apareció en su  
mente**

**como una larga sombra—. .**

**¿Él está bien?**

**—¿Es usted familiar?**

**—No, un amigo. Él no...**

**—El señor Burke ha  
muerto esta tarde, a las**

**tres y siete minutos, señor  
Mears. Si quiere esperar  
un**

**momento, veré si ha  
llegado el doctor Cody. Tal  
vez él pueda...**

**La voz prosiguió, pero Ben  
había dejado de oírla,  
aunque siguiera con el  
auricular pegado a la oreja.  
Como un peso que se  
desplomara sobre él, le  
aplastó la súbita  
comprensión de hasta qué  
punto había confiado**

**en que Matt les guiara a través de la pesadilla laberíntica que les esperaba esa tarde. Y Matt había muerto.**

**Insuficiencia cardiaca congestiva. Causas naturales. Era como si el propio Dios apartara de ellos su mirada.**

**Ahora no quedamos más que Mark y yo. Susan, Jimmy, el padre Callahan, Matt. Todos desaparecidos. Ahora no quedamos más que...**

**El pánico se apoderó de él y se dispuso hacerle frente silenciosamente.**

**Sin pensar en lo que hacía, colgó y salió fuera. Eran las cinco y diez. En el oeste, las nubes se estaban dispersando.**

**—Son tres dólares —le dijo alegremente Sonny—. Éste es el coche del doctor Cody, ¿no? Cuando veo matrículas de médico, siempre me acuerdo de una película que vi, una historia de gamberros que siempre**



**robaban coches con  
matrícula de médico,  
porque...**

**Ben le entregó tres billetes  
de dólar.**

**—He de apresurarme,  
Sonny. Lo siento, pero  
tengo un problema.**

**El rostro de Sonny se  
arrugó.**

**—Oh, lo lamento, señor  
Mears. ¿Malas noticias de  
su editor?**

**—Algo así. —Ben se sentó  
al volante, cerró la puerta,**

**puso en marcha el coche y  
arrancó, dejando a  
Sonny perplejo, enfundado  
en su manchado  
impermeable amarillo.**

**—Matt ha muerto,  
¿verdad? —le preguntó  
Mark.**

**—Sí, de un ataque  
cardíaco. ¿Cómo lo  
supiste?**

**—Por tu cara.**

**Eran las cinco y cuarto.**

**45**

**Parkins Gillespie estaba de  
pie en el pequeño porche**

**cubierto del edificio  
municipal, fumando un  
Pall**

**Malí mientras miraba el  
cielo, hacia poniente. De  
mala gana, prestó atención  
a Ben Mears y Mark**

**Petrie. Su  
cara tenía un aspecto triste  
y envejecido.**

**—¿Cómo está, agente?—le  
saludó Ben. —Regular —  
admitió Parkins, mientras  
se observaba las uñas—.**

**Les he visto dando vueltas.**

**Y me pareció que una vez**

**el chico iba al volante,  
cuando venía por Railroad  
Avenue, ¿o no?**

**—Sí —afirmó Mark.**

**—Casi te estrellas. Uno que  
iba en la otra dirección no  
chocó contigo por un pelo.**

**—Agente —dijo Ben—,  
queremos hablar con usted  
de lo que está sucediendo  
en el pueblo.**

**Apoyando las manos en la  
barandilla del pequeño  
porche cubierto, Parkins  
Gillespie escupió la colilla  
de**

**su cigarrillo. Sin mirar a ninguno de los dos, contestó con calma:**

**—No quiero hablar de eso.**

**Los dos se miraron, confundidos.**

**—Hoy, Nolly no se ha presentado —continuó Parkins con el mismo tono tranquilo—. Y de algún modo, sé que no vendrá. Llamó anoche a última hora y dijo que había visto el coche de Homer McCaslin allá por**

**Deep Cut Road..., creo que fue Deep Cut lo que dijo. Y después no volvió a llamar.**

**—Lenta y tristemente, Parkins buscó en el bolsillo de su camisa hasta sacar otro Pall Mall, y lo hizo girar, entre el pulgar y el índice—. Toda esta maldita historia me costará la vida —concluyó.**

**Ben volvió a intentarlo.**

**—Barlow, el hombre que compró la casa de los Marsten, en este momento**

**está oculto en el sótano de la pensión de Eva Miller.**

**—¿De veras? —preguntó Gillespie sin especial sorpresa—. Él es el vampiro, ¿no? Lo mismo que en las historietas que leíamos hace veinte años.**

**Ben no dijo nada. Cada vez se sentía más como un hombre extraviado en una pesadilla, larga y destructora, en la que el mecanismo avanza sin fin,**

**invisible, apenas por  
debajo de la superficie de  
las cosas.**

**—Me voy del pueblo —  
anunció Parkins—. Ya  
tengo todas mis cosas en el  
coche. La pistola la dejo en  
el estante, y la placa  
también. Estoy harto de la  
policía. Me voy con mi  
hermana, a Kittery.  
Supongo que está  
bastante lejos como para  
resultar seguro,  
—Vil gusano —se oyó decir  
Ben remotamente—.**



**Cobarde. El pueblo todavía está vivo, y usted lo abandona de ese modo.**

**—No está vivo. —Parkins encendió el cigarrillo con una cerilla—. Entonces él no habría venido. Está muerto, como él... y desde hace veinte años o más. Y lo mismo está pasando con todo el país. Hace un par de**

**semanas fui con Nolly al cine al aire Ubre de Falmouth, justo antes de**

**que dieran por terminada  
la temporada.**

**En una sola película del  
Oeste he visto más sangre y  
más muertos que en los dos  
años que pasé en Corea. Y  
los chavales comían  
palomitas de maíz y  
gritaban de entusiasmo,  
animándolos. —Señaló  
vagamente hacia el  
pueblo, teñido de un oro  
sobrenatural por los rayos  
oblicuos del sol, que le  
daban aspecto onírico—.  
Es**

**probable que les guste ser vampiros, pero a mí no; y esta noche Nolly vendrá a buscarme. Así que me voy. Ben le miraba, impotente. —Y para ustedes dos, lo mejor es que se metan en ese coche y se larguen de aquí —aconsejó Parkins—. El pueblo seguirá andando sin nosotros, por un tiempo... Y después no importa. Sí, pensó Ben. ¿Por qué no hacer eso, largarse sin mirar atrás?**

**Mark respondió por los dos.**

**—Porque él es malvado. Realmente malvado, señor. Por eso no nos iremos.**

**—¿De veras? —repuso Parkins. Con un gesto de asentimiento, dio una calada a su Pall Malí—.**

**Bueno, está bien. —Miró hacia el edificio del instituto—. Hoy la asistencia fue reducidísima... Los autobuses no**

**pasaban a la hora, los chicos estaban enfermos, de la escuela llamaban a las casas sin que nadie contestara. El director me llamó y yo le tranquilicé un poco. Es un hombrecillo calvo, muy gracioso, que cree que sabe lo que hace. Bueno, de todas maneras los profesores estaban presentes. Como la mayoría viven fuera del pueblo... Siempre pueden enseñarse entre ellos.**

**—No todos son de fuera del pueblo —comentó Ben, pensando en Matt.**

**—Lo mismo da —dijo Parkins y sus ojos se fijaron en las estacas que Ben llevaba—. ¿Con eso van a**

**tratar de acabar con Barlow?**

**—Sí.**

**—Si quieren un arma de fuego, cojan la mía. Esa pistola fue idea de Nolly. A Nolly le gustaba ir**

**armado, aunque ni siquiera hay un banco en el pueblo. Será un buen vampiro, una vez se acostumbre.**

**Mark le miraba cada vez más horrorizado, y Ben comprendió que tenía que llevárselo. Eso era lo peor.**

**—Vamos —le dijo—. No hay nada que hacer.**

**—Creo que no —asintió Parkins. Sus ojos descoloridos, atrapados en una red de arrugas, recorrieron el**

**pueblo—. Vaya si está  
quieto. He visto a Mabel  
Werts espiar con sus  
gemelos, pero no creo que  
hoy haya  
mucho que ver. Es  
probable que esta noche  
haya más.**

**Cuando volvieron al coche  
eran casi las 17.30.**

**46**

**A las seis menos cuarto se  
detuvieron frente a la  
iglesia de St. Andrew. Las  
sombras que arrojaba la**



**iglesia, cada vez más  
alargadas, atravesaban la  
calle para caer, como una  
profecía, sobre la casa  
parroquial.**

**Ben sacó del asiento de  
atrás el maletín de Jimmy y  
lo abrió. Encontró en él  
algunos frasquitos, los  
vació por  
la ventanilla y se los guardó  
en el bolsillo.**

**—¿Qué haces?**

**—Los llenaremos de agua  
bendita —explicó Ben—.  
Vamos.**

**Recorrieron el sendero que llevaba hasta la iglesia y subieron por los escalones. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, Mark se detuvo.**

**—Mira eso.**

**El picaporte estaba ennegrecido y ligeramente deformado, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.**

**—¿Tiene algún sentido para ti? —le preguntó Ben.**

**—No. Pero... —El chico sacudió la cabeza, como para apartar algún pensamiento incierto. Después abrió la puerta y ambos entraron. La iglesia estaba fresca, llena de esa pausa grávida e interminable de los lugares de adoración vacíos, cualquiera sea su signo. Las dos hileras de bancos estaban separadas por un amplio pasillo central, a los lados del cual se**

**elevaban dos ángeles de  
yeso, sosteniendo pilas de  
agua bendita, inclinado el  
rostro sereno y  
concentrado  
como si quisieran verse  
reflejados en el agua  
inmóvil.**

**—Lávate la cara y las  
manos —dijo Ben.**

**Mark le miró con  
inquietud.**

**—Eso es sacri...**

**—¿Sacrilégio? Esta vez no.  
Hazlo.**

**Sumergieron las manos en el agua y después se mojaron la cara.**

**Ben sacó del bolsillo el primer frasquito y estaba llenándolo cuando oyeron una voz chillona:**

**—¡Eh! ¡Eh, ustedes! ¿Qué están haciendo?**

**Ben se volvió. Era Rhode Curless, el ama de llaves del padre Callahan, que se hallaba sentada en el primer banco, desgranando un rosario entre los dedos.**

**Llevaba un vestido negro.  
Su pelo estaba en completo  
desorden, como si se lo  
hubiera peinado con los  
dedos.**

**—¿Dónde está el padre?  
¿Qué están haciendo? —  
preguntó con voz débil y  
aguda.**

**—¿Quién es usted? —  
preguntó Ben.**

**—La señora Curless. Soy el  
ama de llaves del padre  
Callahan. ¿Dónde está el  
padre? ¿Qué hacen**

**ustedes? —repitió,  
mientras sus manos se  
unían y empezaban a  
temblar.**

**—El padre Callahan ha  
desaparecido —explicó  
Ben, lo más suave que  
pudo.**

**—Oh. —La mujer cerró los  
ojos—. ¿Iba detrás de... lo  
que está contaminando este  
pueblo?**

**—Sí •—asintió Ben.**

**—Yo lo sabía sin necesidad  
de preguntárselo —afirmó**

**ella—. Entre los que visten  
sotana, él es un  
hombre bueno y fuerte.  
Siempre hubo quienes  
dijeron que le faltaban  
puntos para calzarse los  
zapatos del  
padre Bergeron, pero se  
equivocaban. Por lo que se  
ve, le quedaron pequeños.  
Abrió mucho los ojos y les  
miró. Una lágrima resbaló  
por su mejilla.**

**—No volverá, ¿verdad?**

**—No lo sé —admitió Ben.**



**—Y decían que bebía —  
prosiguió la mujer, como si  
no lo hubiera oído—.**

**¡Como si alguna vez un  
sacerdote irlandés digno de  
su nombre no hubiera  
empinado el codo! No eran  
para él las cosas tibias y  
afeminadas de algunos. ¡Él  
era diferente! —Su voz se  
elevó hasta el techo  
abovedado, casi desafiante  
—. ¡Él  
era un sacerdote, no un  
concejal del ayuntamiento!**

**Ben y Mark la escuchaban sin sentir sorpresa. Ya nada podía sorprenderles en ese día de pesadilla. Ya habían dejado de verse como factores de salvación o de venganza; el día los había absorbido.**

**Impotentes, se limitaban a vivir.**

**—Cuando le vieron por última vez, ¿estaba bien?**

**—preguntó la mujer, con lágrimas en los ojos.**

**—Sí —respondió Mark, recordando a Callahan en**

**la cocina de su madre,  
mientras sostenía en alto la  
cruz.**

**—Y ustedes, ¿van a seguir  
con su trabajo?**

**—Sí —contestó Mark.**

**—Pues adelante —les instó  
ella—. ¿A qué esperan?**

**Y se alejó lentamente por el  
pasillo central con su  
vestido negro, única  
doliente solitaria en un  
funeral  
que no se había celebrado  
allí.**

**Otra vez en casa de Eva.  
Eran las seis y diez. El sol  
pendía sobre los pinos, al  
oeste, espiando entre  
nubes de sangre.  
Ben entró en el  
aparcamiento y levantó la  
mirada hacia su  
habitación. La cortina no  
estaba corrida, y  
pudo distinguir la máquina  
de escribir, inmóvil como  
un centinela, y junto a ella,  
las hojas mecanografiadas  
y**

**el pisapapeles de cristal  
que las sujetaba. Le  
parecía insólito poder  
distinguir desde allí todas  
esas cosas,  
verlas claramente, como si  
en el mundo todo fuera  
normal y ordenado.  
Después, sus ojos  
descendieron hacia el  
porche. Las mecedoras  
donde él y Susan se habían  
dado el  
primer beso seguían allí.  
La puerta de la cocina**

**estaba abierta, tal como la había dejado Mark.**

**—No puedo —farfulló Mark—. Simplemente, no puedo. —Tenía los ojos muy abiertos. Se había abrazado las rodillas y estaba acurrucado en el asiento.**

**—Tenemos que ir los dos juntos —dijo Ben, y le mostró dos frascos llenos de agua bendita—. Vamos —repitió Ben, a quien ya no le quedaban argumentos—. Vamos, Mark.**

**—No.**

**—¡Mark!**

**—¡No!**

**—Mark, necesito tu ayuda.  
Sólo quedamos tú y yo.**

**—¡Ya he hecho bastante!**

**—gimió Mark—. ¡No  
puedo más! ¿No puedes  
entender que no me siento  
capaz de mirarle? Ve tú  
solo.**

**—Mark, tenemos que ir los  
dos.**

**Mark tomó los dos  
frasquitos y los hizo rodar**

**lentamente contra su  
pecho.**

**—Oh, Dios —gimió—. Oh,  
Dios... —Miró a Ben e hizo  
un gesto de asentimiento,  
espasmódico y  
doloroso—. Está bien,  
vamos allá.**

**»¿Dónde está el martillo?  
—preguntó mientras  
bajaban.**

**—Lo tenía Jimmy.**

**—Bien.**

**Azotados por el viento,  
cada vez más fuerte,  
subieron los escalones del**



**porche. El sol rojizo se encendía entre las nubes y teñía todo con su color. Dentro, en la cocina, el hedor de la muerte era palpable y húmedo, y pesaba sobre ellos como una losa de granito. La puerta del sótano seguía abierta.**

**—Tengo miedo —susurró Mark, estremeciéndose.**

**—Es mejor que lo tengas. ¿Dónde está la linterna?**

**—En el sótano. La dejé allí cuando...**

**—Está bien.**

**Estaban ante la entrada del sótano. Como había dicho Mark, las escaleras parecían intactas bajo la luz del crepúsculo.**

**—Sígueme —dijo Ben.**

**48**

**Ahora voy hacia mi muerte, pensó Ben sin inquietud alguna.**

**La idea surgió con toda naturalidad, sin temor ni**

**nostalgia. Toda emoción se perdía bajo la atmósfera maligna que reinaba en ese lugar. Mientras se deslizaba cautelosamente por la tabla que Mark había colocado para escapar del sótano, lo único que Ben sentía era una calma glacial. Cuando vio que las manos le resplandecían como si las llevara enfundadas en guantes fluorescentes, no se sorprendió.**

**«No molestes el final de la  
apariencia. El único  
emperador es el emperador  
de los helados.» ¿Quién  
había dicho eso? ¿Matt?  
Pero Matt estaba muerto.  
Susan estaba muerta.  
Miranda estaba muerta.  
Wallace  
Stevens también estaba  
muerto. «Yo en su lugar, no  
miraría.» Pero Ben había  
mirado. Ése era el aspecto  
que  
uno tenía cuando todo  
había acabado. El de algo**

**roto y aplastado, que había estado lleno de diferentes líquidos. No era tan terrible, no al menos como la muerte de él. Jimmy llevaba en el bolsillo la pistola de McCaslin; todavía debía de seguir allí. Se la llevaría consigo, y si el sol se ponía antes de que pudieran acabar con Barlow, entonces... primero el chico, después él. No es que eso fuera**

**bueno, pero era mejor que su muerte.**

**Se dejó caer al suelo del sótano y después ayudó a bajar a Mark. Los ojos del chico se posaron velozmente en la oscura forma contraída en el piso, y luego se apartaron.**

**—No puedo mirarlo —dijo roncamente.**

**—Está bien.**

**Mark se dio la vuelta mientras Ben se arrodillaba.**

**«Yo en su lugar, no  
miraría.»**

**—Oh, Jimmy... —empezó  
—, pero las palabras se le  
ahogaron en la garganta.  
Sosteniéndolo con el brazo  
izquierdo, con la mano  
derecha Ben fue retirando  
del cuerpo las letales hojas  
de cuchillo. Tenía seis  
heridas, y había perdido  
muchísima sangre.  
Sobre un estante, en un  
ángulo, había unas cortinas  
para la sala, pulcramente**

**dobladas. Después de haber recuperado la pistola, la linterna y el martillo, Ben cubrió con las cortinas el cuerpo de Jimmy. Se enderezó y probó la linterna. La lente de plástico se había rajado, pero la bombilla funcionaba. Paseó alrededor el haz de luz. Nada. Lo dirigió debajo de la mesa de billar. Nada. Tampoco detrás de la caldera. En**



**los estantes había  
conservas, y un tablero  
para colgar herramientas.  
La escalera amputada  
había sido  
escondida en un rincón,  
para que no fuese vista  
desde la cocina.**

**—¿Dónde está? —masculló  
Ben, mientras consultaba  
su reloj de pulsera.**

**Las agujas marcaban las  
18.23. ¿A qué hora se ponía  
el sol? Ben no lo recordaba,  
pero no podía ser más**

**tarde de las 18.55. Les quedaba, por tanto, media hora escasa.**

**—¿Dónde está? —gritó—. Siento su presencia, pero ¿dónde?**

**—¡Ahí! —exclamó Mark y señaló con una mano resplandeciente—. ¿Qué es eso?**

**Ben lo iluminó. Un aparador gales.**

**—No es lo bastante grande —objetó—. Y está contra la pared.**

**—Pues miremos detrás.**

**Ben se encogió de hombros. Cruzaron el sótano hasta el aparador y lo tomaron uno de cada lado. De pronto, se sintió invadido por la excitación. ¿El olor no era más denso ahí, más agresivo?**

**Echó una mirada a la puerta de la cocina, que había dejado abierta. La luz había disminuido, e iba perdiendo ya el reflejo dorado.**

**—Es muy pesado —jadeó Mark.**

**—No importa —dijo Ben  
—. Lo tumbaremos en el  
suelo. Cógelo lo mejor que  
puedas.**

**Mark se inclinó sobre el  
mueble, apoyando el  
hombro contra la madera.  
Sus ojos miraban con  
expresión  
de desafío.**

**—Ya está.**

**Los dos se apoyaron con  
todo su peso y el aparador  
gales se desplomó con  
estrépito, mientras el  
servicio**

**de porcelana que muchos años atrás había sido un regalo de bodas de Eva Miller se hacía trizas dentro de él.**

**—¡Lo sabía!—exclamó Mark.**

**En la pared de detrás se abría una puertecilla de no más de un metro de altura. Un flamante candado Yale aseguraba el cerrojo. Varios martillazos convencieron a Ben de que no iba a poder romperlo.**

**—Mierda —masculló con frustración.**

**Que en el último momento todo se desbaratara por un simple candado de cinco dólares...**

**Pues no. Si era necesario forzaría la puerta a mordiscos.**

**Volvió a recorrer la estancia con la linterna, hasta que el rayo de luz cayó sobre el tablero de herramientas pulcramente colgado a la derecha de las**

**escaleras. De dos clavos de  
acero pendía un hacha, con  
la hoja protegida por una  
cubierta de goma.**

**Ben corrió a arrancarla del  
tablero y retiró la cubierta  
protectora. Se sacó del**

**bolsillo uno de los  
frasquitos y lo derramó. El  
agua bendita corrió sobre  
el suelo e inmediatamente  
comenzó a refulgir. Ben**

**tomó**

**otro frasquito y bañó la  
hoja del hacha, que empezó  
a resplandecer con una**

**estremecedora luz  
sobrenatural. Y  
cuando cerró ambas manos  
sobre la empuñadura de  
madera, el contacto le dio  
la sensación de algo  
increíblemente bueno y  
justo, como si un poder  
consolidara su fuerza para  
aferrarla. Se quedó  
inmóvil,  
mirando la hoja luminosa,  
hasta que un impulso  
extraño le indujo a tocarse  
la frente con ella. Una  
firme**



**sensación de seguridad se  
adueñó de él, una sensación  
de justicia inequívoca, de  
blancura. Por primera vez  
en**

**semanas sintió que ya no  
andaba a tientas entre las  
brumas de la fe y la  
incredulidad, luchando  
contra un  
adversario cuyo cuerpo era  
demasiado insustancial  
para ser golpeado. Un  
poder que le cargaba los  
brazos**

**como una corriente  
eléctrica.**

**La hoja resplandecía cada  
vez más.**

**—¡Hazlo! —rogó Mark—.**

**Pronto, por favor, antes  
que se oculte el sol.**

**Ben Mears separó los pies,  
levantó el hacha y la  
descargó en un arco  
deslumbrante. La hoja  
cayó sobre**

**la madera con ruido  
retumbante, portentoso, y  
se incrustó hasta el mango.  
Volaron astillas.**

**Ben tiró del hacha y la  
madera gimió. Volvió a  
dejarla caer otra vez... y  
otra... y otra. Sentía cómo  
iban  
flexionándose sus músculos  
de la espalda y los brazos,  
moviéndose con una  
seguridad y una precisión  
que  
Ben jamás había  
experimentado. A cada  
golpe, astillas y trozos de  
madera volaban como  
esquirlas de**

**metralla. Al quinto hachazo la hoja atravesó la puerta y Ben empezó a ensanchar el agujero con frenesí.**

**Mark no podía apartar sus ojos atónitos. El frío fuego azul se había extendido por el mango del hacha y había ascendido por los brazos hasta que fue como si Ben se moviera en una columna de fuego. La cabeza inclinada a un lado, los músculos del cuello tensos**

**por el esfuerzo, un ojo  
abierto y destellante, el  
otro  
fuertemente cerrado. En la  
espalda, la camisa se le  
había rasgado entre los  
omóplatos, y bajo la piel los  
músculos se tensaban como  
cuerdas. Era un hombre  
arrebatado, un poseído, y  
Mark percibió, sin saberlo  
(o  
sin tener que saberlo), que  
la fuerza que lo poseía no  
era en modo alguno**

**cristiana, sino una fuerza  
primitiva y  
ancestral. Era magma en  
bruto, como si la tierra lo  
vomitara en toscos  
fragmentos; algo sin  
terminar, sin pulir.  
Era la Fuerza, era el  
Poder; cualquiera que  
fuese su nombre, era lo que  
movía los grandes  
engranajes del  
universo.**

**Ante esa fuerza desatada,  
la puerta del sótano de Eva**

**Miller no podía resistirse.  
El hacha se movía a una  
velocidad poco menos que  
cegadora, se convirtió en  
una ondulación, en una  
curva descendente, en un  
arco  
iris que iba desde el  
hombro de Ben a la  
madera astillada de la  
última puerta.  
Con un golpe final, la  
derribó y arrojó el hacha.  
Cuando levantó las manos  
a la altura de los ojos, éstos  
resplandecían.**

**Le tendió las manos a Mark, y el chico dio un paso atrás.**

**—A ti te quiero —  
murmuró Ben.**

**Se tomaron de la mano.**

**49**

**El segundo sótano era pequeño, como una celda, y estaba vacío salvo por unas botellas polvorientas, unos cajones y una enmohecida cesta de patatas que habían echado brotes en todas direcciones. Y los cuerpos.**



**En el extremo más alejado estaba el ataúd de Barlow, apoyado contra la pared como el sarcófago de una momia, y sobre él resplandecía fríamente la luz que acompañaba a Ben y Mark.**

**Frente al ataúd, dispuestos como vías que condujeran hasta él, estaban los cuerpos de las personas con quienes Ben había vivido y compartido el pan: Eva Miller y Weasel Craig;**

**Mabe Mullican, que ocupaba el cuarto del fondo del primer piso; John Snow, a quien la artritis apenas si permitía bajar a tomar el desayuno; Vinnie Upshaw; Grover Verrill.**

**Pasando por encima de ellos, llegaron hasta el ataúd. Ben volvió a mirar el reloj: eran las 18.40.**

**—Le llevaremos ahí fuera —dijo Ben—. Y lo haremos por Jimmy.**

**—Debe de pesar una tonelada —objetó Mark.**

**—No importa. Podemos hacerlo,**

**Ben extendió la mano y aferró el ángulo superior derecho del ataúd. La cima de éste fulguraba como un ojo apasionado. La madera era untuosamente desagradable al tacto, tersa como piedra con el paso de los años.**

**Parecía carecer de imperfecciones y poros que los dedos pudieran**

**reconocer, de donde pudieran asirse. Sin embargo, Ben la movió con facilidad, con una sola mano.**

**Con un pequeño empujón consiguió que el ataúd se inclinara, con la sensación de que el enorme peso era mantenido en equilibrio por contrapesos invisibles. Algo golpeó en el interior contra los lados.**

**Con una sola mano, Ben soportaba el peso del féretro.**

**—Levanta la otra parte —  
dijo a Mark.**

**Mark obedeció, y el otro  
extremo se levantó  
fácilmente, mientras el  
rostro del chico se llenaba  
de júbilo  
y perplejidad.**

**—Creo que podría  
sostenerlo con un dedo.**

**—Es muy probable. Por fin  
la situación nos es  
favorable. Pero tenemos  
que darnos prisa.**

**Pasaron el ataúd a través  
de la puerta destrozada.**

**Pareció que la parte más ancha iba a atascarse, pero Mark empujó y lo hizo pasar con un chirrido de madera.**

**Lo llevaron donde estaba tendido el cuerpo de Jimmy, cubierto con los cortinajes de Eva Miller.**

**—Aquí está, Jimmy —dijo Ben—. Aquí lo tienes.**

**Bájalo, Mark.**

**Una vez más consultó el reloj: las 18.45. Ahora, la luz que entraba desde arriba, por la puerta de la**

**cocina, era de un gris ceniciento.**

**—¿Ya? —preguntó Mark.**

**Los dos se miraron por encima del ataúd.**

**-Sí —respondió Ben.**

**Juntos bregaron contra los sellos y cerraduras del féretro, hasta que saltaron con un chasquido.**

**Levantaron la tapa.**

**Barlow apareció ante Mark y Ben, con los ojos abiertos, llameantes.**

**Ahora era un hombre joven, de pelo negro y**

**lustroso, que se derramaba  
sobre la almohada de satén  
de su  
estrecho reducto. La piel se  
veía resplandeciente de  
vida, las mejillas  
sonrosadas como el vino.  
Los dientes se  
curvaban, sobre los labios  
sensuales, mostrando  
intensas vetas amarillentas,  
como el marfil.  
—Es... —empezó a decir  
Mark, pero no pudo seguir.  
Los ojos encarnados de  
Barlow giraron en sus**



**órbitas, llenándose de una vida abominable, con una burlona expresión de triunfo. Se clavaron en los ojos de Mark y la mirada del chico se hundió insondablemente en ellos, mientras sus ojos se volvían lejanos e inexpresivos.**

**—¡No le mires! —gritó Ben, pero era demasiado tarde.**

**Le apartó de un golpe. Súbitamente y emitiendo un profundo gemido, el**

**chico atacó a Ben. Tomado por sorpresa, éste retrocedió tambaleante. Un momento más tarde, las manos de Mark se introdujeron en el bolsillo de la chaqueta, en busca de la pistola de Homer McCaslin.**

**—¡No, Mark!**

**Pero el muchacho no oía. Su cara tenía la misma inexpresividad de una pizarra borrada. El gemido seguía brotando de su garganta, sin pausa, como**

**el chillido de un animal  
atrapado. Con ambas  
manos aferraba  
la pistola, y los dos  
lucharon por ella. Ben  
procuraba arrebatársela y,  
al mismo tiempo, evitar  
que hiriera a  
alguno de ellos.**

**—¡Mark! —gritó—.**

**¡Mark, despierta, por  
Dios...!**

**El cañón del arma  
apuntaba hacia su cabeza  
cuando se disparó. Ben**

**sintió que el proyectil le  
rozaba la  
sien. Sujetó a Mark por  
ambas manos y le apartó  
de una patada. El chico dio  
unos pasos atrás,  
tambaleante, y  
la pistola cayó al suelo,  
entre los dos. Sin dejar de  
gemir, el muchacho saltó  
sobre ella pero Ben le  
asestó un  
violento puñetazo en la  
boca. Sintió cómo le  
aplastaba los labios contra**

**los dientes y dejó escapar  
un grito  
como si el golpe lo hubiera  
recibido él. Mark se dejó  
caer de rodillas y Ben alejó  
el arma de un puntapié.  
Cuando Mark quiso  
arrastrarse tras ella, volvió  
a golpearle.  
Finalmente, el muchacho se  
desplomó con un suspiro de  
agotamiento.  
A Ben ya no le quedaban  
fuerzas, ni seguridad. De  
nuevo no era más que Ben  
Mears, y tenía miedo.**

**En la puerta de la cocina, el cuadrado de luz se había convertido en un púrpura desvaído; el reloj indicaba las 18.51.**

**Ben sentía que una fuerza le tiraba de la cabeza, ordenándole mirar al parásito yacente en el ataúd, junto a él.**

**Mírame, obsérvame, hombrecillo. Mira a Barlow, para quien los siglos han pasado como para ti han**

**pasado las horas, sentado  
ante el fuego con un libro.  
Mira la gran criatura de la  
noche, la que tú quisieras  
matar con tu ridícula  
estaca. Mírame,  
escritorzuelo. Yo he escrito  
en las vidas humanas, y mi  
tinta ha sido la  
sangre. ¡Mírame, y  
desespera!  
Jimmy, no puedo. Es  
demasiado tarde ya, y él  
demasiado fuerte...  
¡Mírame!  
Eran las 18.53.**

**En el suelo, Mark se quejaba.**

**—Mamá, ¿dónde estás? Me duele la cabeza», está oscuro...**

**Entrara a mi servicio como castratum.**

**Torpemente, Ben buscó una de las estacas que llevaba en el cinturón, pero se le cayó. Gritó de desesperación, amargamente. Fuera, Salem's Lot había sido abandonado por el sol, cuyos últimos rayos se**



**perdían tras el tejado de la casa de los Marsten.**

**Volvió a levantar la estaca.**

**Pero el martillo, ¿dónde estaba? ¿Dónde estaba el condenado martillo?**

**Estaba al lado de la puerta del segundo sótano y lo cruzó para recogerlo.**

**Mark estaba a medias sentado, con la boca**

**ensangrentada. Se la**

**enjugó con una mano y se quedó**

**mirándola, aturdido.**

**—¡Mamá! —se quejaba—.  
¿Dónde está mi madre?  
Eran las 18.55. Luz y  
tinieblas pendían en un  
equilibrio perfecto.  
Ben volvió a cruzar  
corriendo el sótano  
oscurecido, con la estaca en  
la mano izquierda y el  
martillo en la  
derecha.  
Como el retumbar de un  
trueno, se oyó una risa  
triunfal. Barlow se había  
sentado en el ataúd y sus  
ojos**

**enrojecidos brillaban con una infernal mirada de triunfo. Cuando se clavaron en los de Ben, éste sintió que su voluntad se disolvía. Con un alarido de desesperación y de furia, levantó la estaca por encima de la cabeza y la bajó en un arco sibilante. La punta, afilada como una navaja, desgarró la camisa de Barlow, y Ben sintió cómo penetraba**

**en la carne.**

**Barlow dejó escapar un  
aullido agudo y  
espeluznante, como el de  
un lobo. La fuerza de la  
estaca volvió  
a arrojarle de espaldas  
dentro del ataúd.**

**Crispadas como garras, se  
elevaron sus manos  
agitándose  
desesperadamente.**

**Ben asestó un martillazo en  
el extremo de la estaca y  
Barlow volvió a vociferar.  
Fría como la tumba, una**

**de sus manos se apoderó de  
la de Ben, firmemente  
cerrada sobre la estaca.**

**Ben consiguió meterse en el  
féretro, apoyando las  
rodillas sobre las de  
Barlow, mirando ahora el  
rostro  
contorsionado por el dolor  
y el odio.**

**—¡Suéltame! —aullaba  
Barlow.**

**—Toma —sollozó Ben—.**

**Toma, sanguijuela. ¡Esto es  
para ti!**

**Con todas sus fuerzas,  
volvió a dejar caer el  
martillo. La sangre brotó  
en un chorro frío que lo  
cegó por  
un momento.**

**La cabeza de Barlow se  
agitaba de un lado a otro,  
frenética, sobre el satén de  
la almohada.**

**¡Suéltame, no te atrevas, no  
te atrevas, no te atrevas a  
hacerme esto...!**

**El martillo caía una y otra  
vez. Comenzó a manar  
sangre de las narices de**

**Barlow. Dentro del ataúd,  
su  
cuerpo empezó a  
convulsionarse como el de  
un pez arponeado. Las  
manos se clavaron como  
garras en las  
mejillas de Ben, abriéndole  
largos surcos en la piel.  
—¡¡Suéltame!! '-gritó con  
un aullido desgarrador.  
Una vez más Ben dejó caer  
el martillo con todas sus  
fuerzas sobre la estaca, y  
de pronto la sangre que**

**manaba del pecho de  
Barlow se ennegreció.  
Después, en el lapso de  
pocos segundos, con  
demasiada rapidez para  
que jamás volviera a ser  
creíble a la  
luz del día, pero con la  
lentitud suficiente para  
reaparecer una y otra vez  
en las pesadillas, con un  
ritmo  
tremendo, obsesionante de  
cámara lenta, la piel se  
tornó amarilla, áspera y se**



**ampolló como una tela  
reseca.**

**Los ojos perdieron brillo,  
se ocultaron tras una  
película blanca y se  
hundieron. El pelo se le  
puso blanco y se  
desprendió como un  
plumaje apolillado. Dentro  
del traje oscuro, el cuerpo  
se encogió. La boca se  
ensanchó en  
una mueca a medida que  
los labios se encogían más y  
más, hasta unirse con la  
nariz y desaparecer en la**

**diabólica dentadura. En los  
dedos las uñas se  
ennegrecieron y se  
despegaron, hasta que sólo  
quedaron los  
huesos, todavía ornados de  
anillos, crujiendo y  
entrechocándose.**

**Bocanadas de polvo  
escapaban de las fibras  
de la camisa. El cráneo  
calvo y arrugado empezó a  
dejar ver la calavera. Sin  
nada que los llenara, los  
pantalones se aplastaron.  
Por un momento, un**

**espantajo  
aborreciblemente animado  
se retorció bajo sus golpes  
y Ben saltó fuera del ataúd,  
con un ahogado grito de  
horror. Pero le resultaba  
imposible apartar los ojos  
de la  
última metamorfosis de  
Barlow; era algo de una  
fuerza hipnótica. El cráneo  
descarnado seguía  
agitándose  
sobre la almohada de satén.  
El maxilar desnudo se  
abrió para dejar escapar**

**un grito silencioso, ya sin  
cuerdas**

**vocales que le dieran  
resonancia. Como  
marionetas, los dedos del  
esqueleto seguían  
danzando y agitándose en  
el aire.**

**En breves y densas  
bocanadas, una sucesión de  
olores asaltó su olfato antes  
de desvanecerse: de gases y  
putrefacción, repugnantes  
y carnosos, un mohoso  
vaho de biblioteca, acre y**

**polvoriento; después, nada.**

**Los**

**huesos de los dedos, sin**

**dejar de retorcerse, se**

**desintegraron como**

**lápices. La cavidad nasal se**

**ensanchó**

**hasta confundirse con la de**

**la boca. Las órbitas vacías**

**se agrandaron en una**

**descarnada expresión de**

**sorpresa**

**y horror, hasta**

**encontrarse, y después**

**desaparecer. Los huesos del**

**cráneo se hundieron como  
un antiguo  
jarrón que se desintegrara.  
Los pantalones y la  
chaqueta acabaron de  
aplastarse, vacíos.  
Pero parecía que la  
tenacidad con que Barlow  
se aferraba a este mundo  
no tuviera fin: hasta el  
polvo se  
hinchaba y se estremecía  
como animado por  
minúsculos demonios  
dentro del féretro. Después,  
súbitamente,**

**Ben percibió algo que pasaba junto a él como una ráfaga de viento, que le hizo estremecer. En el mismo momento, todas las ventanas de lo que había sido la pensión de Eva Miller estallaron.**

**—¡Cuidado, Ben! —gritó Mark—. ¡Cuidado! Giró sobre los talones y les vio salir a todos del segundo sótano. Eva, Weasel, Mabe, Grover y los otros.**

**Era su hora de salir al mundo.**

**Los gritos de Mark resonaron en sus oídos como un gran clamor de incendio, y Ben lo aferró por los hombros.**

**—¡El agua bendita! —gritó a la atormentada cara de Mark—. ¡No podrán tocarnos si la cogemos!**

**Los gritos de Mark se volvieron lloriqueos.**

**—Sube por la tabla, vamos —le dijo Ben.**



**Tuvo que obligar al chico a darse vuelta para ver la tabla, y dándole un empujón en el trasero consiguió que empezara a subir. Luego se volvió a mirar los muertos vivientes. Estaban inmóviles, a unos tres o cuatro metros de distancia, mirándole con un odio vacío e inhumano. —Has matado a nuestro amo —le acusó Eva con voz dolorida—. ¿Cómo has podido matar al amo?**

**—Ya volveré a ocuparme de vosotros —le prometió Ben.**

**Y subió por la tabla, gateando, trepando a cuatro patas. Aunque crujía bajo su peso, resistió. Al llegar arriba, Ben volvió a mirar atrás. Ahora estaban todos reunidos en torno del féretro, contemplándolo silenciosamente. Le recordaron a la gente que se había reunido en torno**

**del cuerpo de Miranda,  
después del  
accidente con el camión de  
mudanzas.**

**Miró alrededor en busca de  
Mark y le vio tendido junto  
a la puerta del porche,  
boca abajo.**

**50**

**Ben se dijo que el chico se  
había desmayado y nada  
más. Tal vez fuera cierto.  
Tenía el pulso regular. Lo  
levantó en sus brazos y le  
llevó al Citroen.**

**Se sentó al volante y puso en marcha el motor.**

**Mientras salía a Railroad Street, sintió el tardío aflojamiento de la tensión, como si fuera un golpe, y tuvo que sofocar un grito.**

**Los muertos vivientes andaban por las calles.**

**Estremeciéndose, con la cabeza llena de un ruido ronco y**

**rugiente, dobló a la izquierda para tomar Jointner Avenue y salieron de Salem's Lot.**

**QUINCE**

**BEN Y MARK**

**1**

**De vez en cuando Mark despertaba y dejaba que el zumbido continuo del Citroen fuera envolviéndole, sin pensar ni recordar. Finalmente, miró por la ventanilla y le atraparon las ásperas manos del miedo. Estaba oscuro. A ambos lados del camino, los árboles eran manchas vagas, y los**

**coches que pasaban junto a ellos**

**llevaban encendidos los faros. Emitió un ruido ahogado e inarticulado, y sus manos buscaron convulsivamente la cruz que aún llevaba al cuello.**

**—Tranquilízate —le dijo Ben—, ya no estamos en el pueblo. Estamos a más de treinta kilómetros de allí.**

**El chico se estiró bruscamente por encima de él, obligándole casi a salirse**

**del carril, y puso el seguro de la puerta del lado de Ben. Después se giró para hacerlo mismo en la suya. Luego se acurrucó lentamente en el asiento. Quería que volviera la nada, vacía y grata. La nada, sin ninguna imagen angustiosa e inquietante. El ronroneo del Citroen le llenaba de calma. Cerró los ojos. —¿Mark?**

**Mejor no contestar. Más seguro. —Mark, ¿estás bien?**

**Así, muy lejos. Así estaba bien. La nada volvió, vacía y grata, tragándose en oleadas de gris.**

**2**

**Tomaron una habitación en un motel, pasado el límite estatal de New Hampshire, y firmaron el registro como Ben Cody e hijo.**

**Mark entró en la habitación con la cruz en**



**alto. Sus ojos saltaban de un lado a otro como bestias atrapadas. Siguió sosteniendo la cruz hasta que Ben cerró la puerta, le echó la llave y colgó su propia cruz del picaporte. Había un televisor en color y Ben estuvo un rato viendo las noticias. Dos países africanos se habían declarado la guerra. Y en Los Ángeles, un hombre**

**había enloquecido y había matado a balazos a catorce personas. La previsión meteorológica anunciaba lluvia y, en el norte de Mame, temporales de nieve.**

**3**

**Salem's Lot dormía oscuramente, mientras los vampiros recorrían sus calles y los caminos de las afueras.**

**Algunos habían emergido de las tinieblas de la muerte lo suficiente para**

**recuperar cierta astucia rudimentaria.**

**Lawrence Crockett llamó a Royal Snow y le invitó a pasar por su despacho para jugar un rato a, las cartas.**

**Cuando Royal abrió la puerta de delante y entró, Lawrence y su mujer se arrojaron sobre él. Glynis Mayberry**

**telefoneó a Mabel Werts, le dijo que estaba asustada y le preguntó si podía pasar un rato con ella, hasta que su**

**marido regresara de  
Waterville. Mabel accedió  
aliviada, y cuando diez  
minutos más tarde abrió la  
puerta, ahí  
estaba Glynis, desnuda y  
con su bolso colgando del  
brazo, y mostrando al  
sonreír unos dientes  
grandes y  
ávidos. Mabel tuvo tiempo  
de dar un grito, pero nada  
más. Cuando Delbert  
Markey salió, poco después  
de las**

**ocho, de su desierta  
taberna. Cari Foreman y  
un Homer McCaslin con  
una sonrisa rígida  
surgieron de entre las  
sombras, diciendo que  
venían a beber algo. Poco  
después de la hora de  
cerrar, Milt Crossen recibió  
en su  
tienda la visita de varios de  
sus clientes más fieles y  
más viejos compinches. Y  
George Middler visitó a  
varios**

**de los chicos de la escuela secundaria que compraban cosas en su tienda y que siempre le habían mirado con**

**una mezcla de desconfianza y suficiencia, y sus más oscuras fantasías se realizaron.**

**Los automovilistas que seguían pasando por la carretera 12 no veían en Solar otra cosa que un cartel de**

**turismo y un anuncio que marcaba el límite de**

**velocidad en sesenta  
kilómetros por hora. Al  
salir del pueblo  
volvían a los ciento veinte  
y, tal vez, dedicaban un  
último pensamiento al  
lugar: Cielos, qué  
pueblecito tan  
muerto.**

**El pueblo guardaba sus  
secretos, y la casa de los  
Marsten cavilaba sobre él  
como un rey destronado.**

**4**

**Ben regresó con el coche el  
día siguiente, al amanecer,**

**dejando a Mark en la habitación del motel. Se detuvo en una bulliciosa ferretería de Westbrook para comprar un pico y una pala.**

**Salem's Lot permanecía en silencio bajo un cielo sombrío; todavía no había empezado la lluvia. Eran pocos los coches que se veían por las calles. El drugstore seguía abierto, pero el Café Excellent estaba**



**cerrado, con las cortinas  
verdes corridas. Habían  
retirado la lista de platos  
de los escaparates, y la  
pequeña  
pizarra donde se anunciaba  
la especialidad del día  
estaba borrada.**

**Al ver las calles vacías, Ben  
sintió un escalofrío y le  
volvió a la memoria una  
imagen de un viejo álbum  
de rock and roll, con la  
figura de un travestí en la  
tapa, de perfil contra un  
fondo negro, un rostro**

**extrañamente masculino,  
sangrante de maquillaje.  
Título: Sólo salen de noche.  
Fue primero a la casa de  
Eva, subió por las escaleras  
y entró en su habitación.  
Todo estaba como él lo  
había dejado: la cama sin  
hacer, un paquete de  
cigarrillos abierto sobre el  
escritorio. Debajo de éste  
había una  
papelera metálica, vacía, y  
Ben la llevó al centro de la  
habitación.**

**Tomó su manuscrito, lo arrojó a la papelera y con la página del título hizo una mecha de papel. La encendió con su Cricket y cuando estuvo inflamada la arrojó sobre el batiburrillo de páginas mecanografiadas.**

**La llama las saboreó, las encontró buenas y empezó a deslizarse ansiosamente sobre los papeles. Los ángulos se retorcían y ennegrecían. Un humo blanquecino**

**empezó a elevarse de la  
papelera. Ben se inclinó  
sobre el  
escritorio y abrió la  
ventana.**

**Su mano encontró el  
pisapapeles —el globo de  
cristal que le acompañaba  
desde los años de infancia  
pasados en ese pueblo  
ensombrecido— y sin darse  
cuenta lo aferró, reviviendo  
un sueño donde visitaba la  
casa de un monstruo.**

**«Sacúdelo y mira cómo va  
cayendo la nieve.»**

**Lo sacudió y lo puso a la altura de los ojos, como había hecho de niño, y el juguete hizo su vieja treta.**

**A**

**través de la nieve flotante se alcanzaba a ver una casita de pan de jengibre, con un camino que llevaba hasta**

**ella. Los postigos estaban cerrados, pero un muchacho imaginativo podría fantasear que uno de ellos se iba**

**abriendo lentamente, como  
en realidad parecía que  
uno de ellos se abriera  
ahora, empujado por una  
larga  
mano blanca, y que un  
rostro pálido se asomaba a  
mirarle a uno, a sonreírle  
con una mueca de dientes  
largos,  
a invitarle a entrar en esa  
casa que no era de este  
mundo, en su interminable  
país de fantasía donde la  
nieve**

**era falsa, donde el tiempo  
era un mito. El mismo  
rostro que ahora le miraba,  
pálido y hambriento, un  
rostro  
que jamás volvería a mirar  
la luz del día ni el azul del  
cielo.**

**Y que era su propio rostro.  
Ben arrojó el pisapapeles a  
un rincón, donde se hizo  
añicos.**

**Y se fue, sin esperar a ver  
qué escapaba de él.**

**Bajó al sótano en busca del cuerpo de Jimmy, y ésa fue la tarea más dura. El ataúd seguía allí donde había estado la noche anterior, vacío ya incluso de polvo. Sin embargo... no estaba vacío. La estaca había quedado dentro, y había algo más. Ben sintió que se le cerraba la garganta. Dientes. Los dientes de Barlow era lo único que quedaba de él. Ben se inclinó a recogerlos,**



**y se le retorcieron en la mano como minúsculos animalillos blancos que intentaban morder.**

**Con un grito de repugnancia, los arrojó lejos de sí.**

**—Dios —susurró, mientras se frotaba la mano contra la camisa—. Oh, Dios mío. Por favor, que esto sea el fin. Que sea realmente su fin.**

**6**

**Con dificultad consiguió sacar del sótano el cuerpo**

**de Jimmy, todavía envuelto en las cortinas de Eva.**

**Acomodó el bulto en el maletero del Buick de su amigo y después se dirigió a la casa de los Petrie. En el asiento de atrás, junto al maletín negro de Jimmy, había puesto la pala y el pico. En un claro del bosque,**

**detrás de la casa de los Petrie y próximo al acuático parloteo de Taggart Stream, se pasó la mañana y parte de**

**la tarde cavando una fosa  
de un metro y medio de  
profundidad. Allí puso el  
cuerpo de Jimmy y los de  
los  
Petrie, cubiertos todavía  
por la funda del sofá.  
Eran las dos y media  
cuando empezó a llenar la  
tumba de esos tres  
inocentes. A medida que la  
luz  
empezó a aclarar  
lentamente el cielo cubierto  
de nubes, Ben trabajaba**

**con más y más rapidez. Un sudor que no era causado solamente por el ejercicio iba condensándosele sobre la piel.**

**Hacia las cuatro, el hoyo estaba cubierto. Volvió al pueblo,**

**Jimmy. Aparcó el vehículo frente al Excellent, dejando las llaves puestas.**

**Miró alrededor. Parecía que los abandonados edificios de oficinas se**

**inclinaran con una especie  
de  
crepitación sobre la calle.  
La lluvia, que había  
comenzado al mediodía,  
caía suave y lentamente,  
como un  
símbolo de duelo. El  
parquecillo donde Ben se  
había encontrado con  
Susan Norton estaba vacío  
y solitario.  
Las cortinas del  
ayuntamiento estaban  
bajadas. En el cristal de la**

**oficina inmobiliaria de  
Larry Crockett, un  
pequeño cartel amarillento  
anunciaba irrisoriamente:  
«Vuelvo enseguida.»**

**Y el único sonido seguía  
siendo el de la lluvia.**

**Ben caminó un poco hacia  
Railroad Street, sintiendo  
el resonar de sus tacones  
sobre la acera. Cuando  
llegó a casa de Eva se  
detuvo junto a su coche,  
mirando por última vez  
alrededor. Nada se movía.**

**El pueblo estaba muerto.  
De pronto lo supo con una  
certeza absoluta, la misma  
con que había sabido que  
Miranda estaba muerta  
cuando vio su zapato en el  
asfalto.**

**Empezó a llorar.**

**Todavía lloraba cuando el  
Citroen pasó junto al cartel  
del turismo, que saludaba:  
«Te alejas ahora de  
Jerusalem's Lot, un pueblo  
agradable. ¡Vuelve  
pronto!»**

**Llegó a la autopista. La casa de los Marsten se perdió entre los árboles cuando Ben empezó a descender la rampa. Después se dirigió hacia el sur, hacia Mark, hacia la vida.**

## **EPÍLOGO**

**Entre estas aldeas diezmadas sobre este promontorio desnudo frente al viento del Sur ante nosotros un rastro de montañas,**



**escondiéndote,  
¿quién confiará en nuestra  
decisión de olvidar?**

**¡ Quién aceptará nuestra  
ofrenda en este final  
del otoño?**

**GEORGE SEFERIS**

**Ahora están sin ojos.**

**Las serpientes que una vez  
sostuvo en alto**

**le devoran las manos.**

**GEORGE SEFERIS**

**1**

**Del cuaderno de recortes  
que llevaba Ben Mears**

**(con material tomado del  
Press Herald de Portland):  
19 de noviembre de 1975  
(p. 27):**

**JERUSALEM'S LOT. —  
La familia de Charles V.  
Pritchett, que hace apenas  
un mes compró una granja  
en el pueblo de Jerusalem's  
Lot, condado de  
Cumberland, se marcha  
del pueblo porque siguen  
sucediendo  
cosas misteriosas por la  
noche, según Charles y  
Amanda Pritchett, quienes**

**antes de venir aquí vivían  
en  
Portland. La granja, un  
importante establecimiento  
local situado en Schoolyard  
Hill, había sido propiedad  
de  
Charles Griffen. El padre  
de Griffen fue propietario  
de las lecherías Sunshine,  
Inc., que en 1962 se  
incorporaron a la  
Compañía Lechera  
Slewfoot. No se pudo  
establecer contacto con  
Charles Griffen (quien**

**vendió la granja por  
mediación de un agente de  
Portland, a un precio que  
el propio Pritchett calificó  
de**

**«increíblemente bajo»)**

**para pedirle más  
información. La primera  
vez que Amanda Pritchett  
habló con su  
marido de los «ruidos  
raros» que se oían en el  
granero fue poco después  
de...**

**4 de enero de 1976 (p. 1):**

**JERUSALEM'S LOT. — A última hora de anoche o en las primeras de esta mañana se produjo un extraño accidente automovilístico en el pequeño pueblo de Jerusalem's Lot, al sur de Maine. Por las marcas de neumáticos halladas en las inmediaciones, la policía deduce que el coche, un sedán último modelo, circulaba a excesiva velocidad cuando se salió de la carretera y**

**fue a estrellarse contra uno de los postes de alta tensión de la Central Eléctrica de Maine. El coche quedó totalmente destrozado, pero aunque se encontró sangre en el asiento delantero y en el salpicadero, todavía no se ha hallado a los pasajeros. Informa la policía que el coche pertenecía al señor Cerdón Phillips, de Scarborough. Según informó un vecino, Phillips y su familia se**

**dirigían a visitar a unos familiares en Yarmouth. La policía piensa que Phillips, su mujer y sus dos hijos pueden haberse alejado y perdido a causa del aturdimiento. Se está organizando una búsqueda...**

**14 de febrero de 1976 (p. 4):**

**CUMBERLAND. — La señora Fiona Coggins, una viuda que vivía sola en Smith Road, West**

**Cumberland, fue denunciada como desaparecida ante la oficina del sheriff de Cumberland. La denuncia fue efectuada esta mañana por su sobrina, la señora Gertrude Hersey, quien dijo a los funcionarios de policía que su tía es una persona muy solitaria y de mala salud. Aunque la policía está investigando, ha declarado que**



**hasta el momento es  
imposible saber qué...  
27 de febrero de 1976 (p.  
6):**

**FALMOUTH. — John  
Farrington, anciano  
granjero que residió  
durante toda su vida en  
Falmouth, fue  
encontrado muerto en su  
establo, a primera hora de  
esta mañana, por su yerno  
Frank Vickery. Vickery  
declaró  
que Farrington estaba  
caído boca abajo junto a un**

**montón de heno, con la horquilla cerca de la mano.**

**David**

**Rice, el médico forense del condado, dice que aparentemente Farrington murió de un derrame cerebral, o tal vez de una hemorragia interna...**

**20 de mayo de 1976 (p. 17):**

**PORTLAND. — Los guardabosques del condado de Cumberland han recibido instrucciones del**

**Servicio de Conservación  
de la Fauna y Flora de  
Maine de estar alerta ante  
las depredaciones de una  
jauría de  
perros salvajes que  
probablemente asola la  
zona de Jerusalem's Lot,  
Cumberland y Falmouth.  
Durante el  
último mes se han  
encontrado varias ovejas  
muertas, con la garganta y  
el vientre destrozados. En  
algunos**

**casos, a los animales les habían sido retiradas las vísceras. «Como ustedes saben —declaró el guardabosque Upton Pruitt—, esta situación ha empeorado mucho en el sur de Maine...»**

**29 de mayo de 1976 (p. 1): JERUSALEM'S LOT. — Se sospecha algo turbio en la desaparición de la familia de Daniel Holloway, que recientemente se había trasladado a una casita**

**situada en Taggart Stream Road, en este pequeño municipio del condado de Cumberland. La policía fue alertada por el abuelo de Daniel Holloway, quien se alarmó al comprobar repetidas veces que nadie contestaba sus llamadas telefónicas.**

**El matrimonio Holloway y sus dos hijos se trasladaron a Taggart Stream Road en abril, y se habían quejado a sus amigos y familiares de que oían**

**«ruidos extraños» durante la noche.**

**Durante los últimos meses, Jerusalem's Lot se ha convertido en el centro de una serie de acontecimientos extraños, y son muchas las familias que...**

**4 de junio de 1976 (p. 2): CUMBERLAND. — La señora Elaine Tremont, una viuda que vive en una casita en Back Stage Road, en la parte occidental de este pequeño pueblo del**

**condado, fue ingresada a primera hora de esta mañana en el hospital de Cumberland, con un ataque cardíaco. La señora Tremont declaró a este periódico que había oído**

**un ruido como si rascaran la ventana de su dormitorio mientras estaba viendo la televisión, y al levantar los ojos vio una cara que la estaba mirando.**

**«Tenía una sonrisa espantosa —dijo la señora**

**Tremont—. Era horrible. Jamás he tenido tanto miedo en mi vida. Y desde que desapareció esa familia de Taggart Stream Road, me he pasado todo el tiempo asustada.»**

**Nuestra entrevistada se refería a la familia de Daniel Holloway, que a comienzos de la semana pasada desapareció de su residencia en Jerusalem's Lot. La policía dijo que se**



**está investigando si existe alguna relación, pero...**

**2**

**El hombre alto y el muchacho llegaron a Portland a mediados de septiembre y se alojaron tres semanas en un motel de la localidad. Estaban acostumbrados al calor, pero después del clima seco de Los Zapatos, el alto grado de humedad les resultaba fatigoso a ambos.**

**Los dos pasaban mucho tiempo nadando en la piscina del motel, y miraban mucho el cielo. El hombre compraba todos los días el Press Herald de Portland. Leía las predicciones meteorológicas y estaba atento a todo lo relacionado con Salem's Lot. Al noveno día de haber llegado ellos a Portland, desapareció un hombre en**

**Falmouth. Su perro apareció muerto en el patio. La policía estaba investigando.**

**El 6 de octubre el hombre se levantó temprano y se quedó un rato en el jardín delante del motel. La mayoría de los turistas ya se había ido, estaban de vuelta en Nueva York, Nueva Jersey, Florida, Ontario, Nueva Escocia, Pensilvania y California. Los turistas dejaban su basura y sus**

**dólares, y dejaban también que los nativos disfrutaran de la estación más hermosa de su comarca.**

**Esa mañana había algo nuevo en el aire. No había bruma en el horizonte, ni esas nieblas bajas, lechosas, que suelen rodear las patas de los carteles de publicidad levantados en el campo, al lado de la carretera. El cielo de la mañana estaba muy claro, y el aire se**

**sentía helado. Al parecer, el  
veranillo de San Martín  
había  
terminado de la noche a la  
mañana.**

**El chico salió y se acercó a  
él.**

**—Hoy —dijo el hombre.**

**3**

**Era casi mediodía cuando  
llegaron al desvío de  
Salem's Lot. Ben evocó  
¿olorosamente el día que  
había  
llegado allí, decidido a  
exorcizar todos los**

**demonios que le habían  
acosado, y sin dudar un  
momento del  
éxito. Era un día más  
cálido que el de hoy, y el  
viento del oeste no soplababa  
con tanta fuerza. Recordó  
haber  
visto dos chiquillos con  
cañas de pescar. Ese día el  
cielo se veía de un azul más  
duro y más frío.  
La radio del automóvil  
proclamaba que el peligro  
de incendios ascendía a**

**cinco, la segunda frecuencia en la tabla. En el sur de Maine no se habían producido precipitaciones de importancia desde la primera semana de septiembre. El disc-jockey de la emisora advirtió a los conductores que apagaran las colillas, y después puso un disco con una canción sobre un hombre que iba a saltar desde una torre por amor.**

**Siguieron por la carretera 12 hasta pasar el cartel de turismo y se encontraron en Jointner Avenue. Ben vio que el semáforo no estaba encendido. Ya no se necesitaban luces de advertencia.**

**Después entraron en el pueblo. Lo atravesaron con lentitud, y Ben sintió que el antiguo miedo volvía a descender sobre él, como una vieja chaqueta que uno encuentra en el ático y que le queda estrecha, pero**



**todavía le sirve. Mark iba rígidamente sentado junto a él, con un frasco de agua bendita que había traído desde**

**Los Zapatos. Se lo había dado el padre Gracon, como presente de despedida.**

**Con el miedo, volvieron los recuerdos, casi desgarradores.**

**El drugstore de Spencer había pasado a manos de un tal La-Verdière, pero no parecía que anduviera**

**mejor. Los escaparates  
cerrados estaban sucios y  
vacíos. La parada de  
autobuses Greyhound  
había  
desaparecido. En el  
ventanal del Café  
Excellent, un letrero  
torcido anunciaba que  
estaba en venta, y todos los  
taburetes instalados frente  
a la barra habían sido  
retirados, sin duda para  
llevarlos a más prósperos  
lugares. Al**

**seguir por la calle vieron  
que sobre lo que había sido  
la lavandería, el mismo  
cartel seguía proclamando  
«Barlow y Straker  
Antigüedades», pero ahora  
las letras doradas estaban  
manchadas de herrumbre y  
hablaban  
inútilmente a las aceras  
vacías. El escaparate  
estaba vacío; la gruesa  
alfombra, sucia. Ben pensó  
en Mike  
Ryerson y se le ocurrió si  
seguiría durmiendo en la**

**caja en la trastienda. Al pensarlo sintió que la boca se le secaba.**

**Ben disminuyó la marcha en la encrucijada. Por la colina se veía la casa de los Norton, con el césped crecido y amarillento delante, y también en el fondo, donde Bill Norton había construido la barbacoa de ladrillo. Algunas ventanas estaban rotas.**

**Un poco más adelante,  
detuvo el coche para mirar  
el parque. El monumento  
presidía el desordenado  
crecimiento de arbustos y  
malezas. La piscina de los  
niños estaba invadida por  
las plantas acuáticas del  
verano. En los bancos, la  
pintura verde se  
descascarulaba. Las  
cadenas de los columpios se  
habían  
enmohecido, y si alguien  
hubiera querido  
columpiarse en ellos, los**

**ásperos chirridos habrían  
sido lo bastante  
desagradables para  
estropear la diversión. El  
tobogán se había  
desplomado y elevaba  
rígidamente las patas,  
cómo un antílope muerto.  
Y colgaba de un ángulo del  
cuadrado de arena, con un  
brazo pendiente flojamente  
sobre la hierba, había una  
muñeca de trapo. Los  
botones que le servían de  
ojos parecían reflejar un  
horror**

**negro e insípido, como si  
hubieran visto todos los  
secretos de las tinieblas  
durante su larga  
permanencia en  
aquel cuadrado de arena. Y  
tal vez fuera así.**

**Al levantar los ojos, Ben  
vio la casa de los Marsten,  
siempre con los postigos  
cerrados, vigilando el  
pueblo con desvencijada  
malevolencia. Ahora era  
inofensiva, pero ¿por la  
noche?**

**Las lluvias debían de haberse llevado la hostia con que Callahan la había sellado. Y si ellos querían podía volver a pertenecerles, como un santuario, como un faro de las tinieblas que dominara ese pueblo muerto y esquivo. Ben se preguntó si se reunirían allí. ¿Vagaban, mortalmente pálidos, por los pasillos al**



**anocheecer, celebrando sus  
algazaras, sus siniestros  
servicios al amo de su amo?  
Sintió frío y apartó los ojos.  
Mark estaba mirando las  
casas. En la mayor parte de  
ellas, las cortinas estaban  
corridas; en otras, las  
ventanas descubiertas  
dejaban ver habitaciones  
vacías. Eran peores que las  
que se mantenían  
decentemente  
cerradas, pensó Ben.  
Parecían mirar a esos  
intrusos diurnos con la**

**mirada vacía de los  
retrasados mentales.**

**—Están en esas casas —  
dijo Mark—. Ahora  
mismo, en todas esas casas.  
Detrás de las cortinas, en  
las  
camas, en los armarios, en  
los sótanos, debajo de los  
suelos. Escondidos.**

**—Tómalo con calma —le  
aconsejó Ben.**

**El pueblo desapareció a sus  
espaldas. Ben tomó por  
Brooks Road y siguieron  
hasta pasar la casa de los**

**Marsten, con sus postigos desvencijados.**

**Mark le señalaba algo, y Ben miró. A través del césped habían ido abriendo una senda, que llevaba desde el porche al camino. Cuando la hubieron pasado, Ben sintió que algo se le aflojaba en el pecho.**

**Ya**

**habían hecho frente a lo peor, que quedaba a espaldas de ellos.**

**Después de enfilear Burns Road, no muy lejos del**

**cementerio de Harmony Hill, Ben detuvo el coche y los dos descendieron.**

**Juntos, se internaron en el bosque. Malezas y ramitas se rompían bajo sus pies, ásperamente, con un chasquido seco. Había un olor denso, y se oía el chirrido de las últimas cigarras. Los dos subieron a una pequeña prominencia, una especie de loma desde donde se dominaba el espacio entre los**

**bosques por donde corrían los cables de alta tensión de la Central de Maine, oscilantes bajo la fresca brisa de ese día. Algunos árboles empezaban a colorearse. —La gente de esa época dice que es aquí donde empezó —dijo Ben—, allá por 1951. Soplaban el viento del oeste. Ellos piensan que tal vez alguien arrojó un cigarrillo. Un cigarrillo, nada más. Y el incendio se**

**extendió por los pantanos  
sin que nadie pudiera  
detenerlo.**

**Sacó del bolsillo un  
paquete de Pall Mall, miró  
pensativamente el emblema  
—in hoc signo vinces— y  
después desgarró la  
cubierta de celofán.**

**Encendió uno y arrojó la  
cerilla. El cigarrillo le sabía  
sorprendentemente bueno,  
aunque hacía meses que no  
fumaba.**

**—Ellos tienen sus lugares  
—reflexionó—. Pero**

**podrían perderlos. Muchos de ellos podrían resultar muertos... o destruidos.**

**Pero no todos.**

**¿Comprendes?**

**—Sí —dijo Mark.**

**—No son muy inteligentes.**

**Si pierden sus escondrijos,**

**la segunda vez se**

**esconderán mal. Con que**

**un**

**par de personas buscaran**

**en los lugares obvios**

**podría ser bastante. Tal vez**

**para la primera nevada**

**todo podría**

**haber terminado en Salem's Lot... o tal vez nunca llegue a terminar. No hay garantía, ni en un sentido ni en otro. Pero sin algo que los obligue a salir, no habría probabilidad ninguna.**

**—Claro.**

**—Será desagradable y peligroso.**

**—José.**

**—Pero dicen que el fuego purifica —prosiguió Ben—. La purificación debe significar algo, ¿no crees?**



**—Sí.**

**Ben se levantó.**

**—Tenemos que regresar.**

**Arrojó la colilla en una pila de ramas secas y hojas quebradizas. La cinta blanca del humo se elevó, tenue, contra el fondo verde de los juníperos, hasta casi un metro, antes de que el viento se la llevara. Unos seis metros más allá, hacia donde soplaban el viento, había una gran trampa de caza abandonada.**

**Fascinados, los dos miraban el humo. El humo fue espesándose. Apareció una lengua de fuego. Pequeños estallidos salían de la pila de ramas y hojas secas a medida que las ramitas iban prendiendo.**

**—Esta noche no se dedicarán a matar ovejas ni a visitar granjas —dijo Ben suavemente—. Esta noche huirán. Y mañana...**

**—Tú y yo —dijo Mark, y cerró el puño.**

**Ya no tenía el semblante pálido; un color sonrosado le animaba la piel. Los ojos le brillaban.**

**Juntos volvieron al camino y se alejaron.**

**En el pequeño claro que daba sobre los cables de alta tensión, las llamas empezaron a arder con más fuerza entre la maleza, avivadas por el viento otoñal que soplabá del oeste.**

**Octubre de 1972**  
**Junio de 1975.**